



UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA
FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN
SECRETARÍA DE POSGRADO

Las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Orígenes y desarrollo de una particular conjunción entre marxismo, peronismo y lucha armada (1960-1973)

Mora González Canosa

Tesis para optar por el grado de Doctora en Ciencias Sociales

Directora María Cristina Tortti, Universidad Nacional de La Plata

Codirector Aníbal Viguera, Universidad Nacional de La Plata

La Plata, 22 de noviembre de 2012

RESUMEN

Desde mediados de la década del cincuenta hasta la última dictadura militar, la Argentina vivió un período de gran conflictividad social y política. Particularmente desde el Cordobazo de 1969, amplios sectores de la clase trabajadora, el campo cultural, la iglesia y el movimiento estudiantil protagonizaron un intenso proceso de politización, dando lugar a un conjunto de movimientos de oposición de diverso orden. Las organizaciones armadas, al desafiar el monopolio estatal de la violencia legítima y establecer diversos lazos con el movimiento de protesta social más amplio, fueron uno de los actores destacados de ese proceso.

Entre ellas, las “Fuerzas Armadas Revolucionarias” (FAR) condensan varias problemáticas de relevancia en el período: el proceso de identificación con el peronismo de numerosos sectores de izquierda, la reivindicación de la violencia como forma de intervención política y la opción por la lucha armada como modalidad específica de ponerla en práctica. Pese a su importancia, hasta el momento no se había realizado ningún trabajo académico específico sobre esta organización.

La presente tesis analiza los orígenes y el desarrollo de las FAR considerando el período que va desde los primeros sesenta, en que comenzaron a perfilarse sus grupos fundadores, hasta las elecciones presidenciales del 11 de marzo de 1973. Desde entonces no sólo cambia notablemente la dinámica política nacional, sino que la realidad de la organización ya está signada por el proceso de fusión con Montoneros, que fue anunciada de modo público en octubre de ese año.

El problema de investigación articula dos ejes analíticos. Por un lado, el proceso de identificación de las FAR con el peronismo, cuyos antecedentes se remontan a las sucesivas reinterpretaciones realizadas por sus grupos fundadores sobre el fenómeno. El segundo, con su dinámica de funcionamiento como organización político-militar de actuación nacional y urbana, gestada al calor de los cambios de estrategias que se plantearon aquellos grupos fundadores para lograr el proceso de liberación nacional y social que impulsaban. Ambas líneas de análisis implican, además, adentrarse en los modos en que la organización concibió sus vínculos con sectores más amplios de la sociedad, particularmente con aquellos que buscaba movilizar.

Para realizar la tesis se apeló a una estrategia metodológica cualitativa. Se relevaron fuentes escritas (diarios y revistas de alcance nacional, documentos de las FAR y de otras organizaciones con que se vincularon) y se realizaron entrevistas semiestructuradas a ex-miembros de la organización.

PALABRAS CLAVE

FUERZAS ARMADAS REVOLUCIONARIAS - PERONISMO - “NUEVA IZQUIERDA” - LUCHA ARMADA - ORGANIZACIÓN POLÍTICO-MILITAR

ABSTRACT

From the mid-fifties until the last military dictatorship, Argentina experienced a period of great social and political unrest. Particularly since the *Cordobazo* of 1969, large sections of the working class, the cultural field, the Catholic Church and the student movement staged an intense process of politicization, giving rise to a set of oppositional movements of diverse order. The armed organizations were one of the key actors of this process, as they challenged the state's monopoly of legitimate violence and established diverse ties with a wider movement of social protest.

Among the armed organizations, the case of the "Revolutionary Armed Forces" (FAR) leads us to several nodal issues of the socio-political history of the period: the process by which many sectors within the Left identified themselves with Peronism, the vindication of violence as a form of political intervention, and the option for armed struggle as a specific way to put violence in practice. Notwithstanding the importance of these issues, there had not been a specific academic study of this organization.

This dissertation examines the origins and development of the FAR, considering the period from the early sixties, when its founding groups began to take shape, until the presidential elections of March 11, 1973. Since this turning point, not only the national political scene changed dramatically, but the dynamics of the organization was already signed by the process of merging with Montoneros, which was announced publicly in October of that year.

The research problem articulates two analytical axes. On the one hand, I consider the process through which the FAR identified with Peronism, whose history goes back to the successive interpretations that the founding groups developed on the phenomenon. On the other, I analyze the operational dynamics of the FAR as a political and military organization of national and urban action, which was forged at the pace of the different strategies that those founding groups promoted in order to achieving national and social liberation. Both lines of analysis involve delving into the ways in which the organization conceived its links with broader sectors of the society, particularly those that it sought to mobilize.

Along my dissertation research I drew on a qualitative methodology. I analyzed written sources (newspapers and magazines nationwide, documents of the FAR and other organizations) and conducted semi-structured interviews with former members of the organization.

KEYWORDS

REVOLUTIONARY ARMED FORCES - PERONISM - "NEW LEFT" - ARMED STRUGGLE - POLITICAL-MILITARY ORGANIZATION

INDICE

Agradecimientos.....	4
-----------------------------	----------

PRIMERA PARTE: Presentación de la tesis

Introducción.....	6
Estado de la cuestión y enfoque de la investigación.....	10
Problema, supuestos y objetivos de la tesis.....	19
Algunas referencias conceptuales.....	23
Estrategia metodológica y notas de investigación.....	27

SEGUNDA PARTE: Los pasos previos. Gestación y derroteros de los grupos fundadores de las FAR (1960-1970)

Capítulo 1. Itinerarios político-ideológicos en la gestación de los grupos fundadores provenientes del Partido Comunista (1960-1966)

1.1 El Partido Comunista en los primeros sesenta: viejos malestares y nuevos ejes de disidencia.....	37
1.2 Modelo para armar: itinerarios y grupos disidentes del PC en la gestación del grupo liderado por Carlos Olmedo	
1.2.1 Vanguardia Revolucionaria (1963-1964).....	46
1.2.2 El Sindicato de Prensa (1964-1966).....	53
1.2.3 La Rosa Blindada (1964-1966).....	59
1.3 En el camino cubano: la formación del grupo liderado por Carlos Olmedo y del núcleo escindido de la Federación Juvenil Comunista.....	64

Capítulo 2. Itinerarios político-ideológicos en la gestación del grupo fundador proveniente del MIR-Praxis (1960-1966)

2.1 Referencias sobre la trayectoria política recorrida por los militantes del grupo liderado por Arturo Lewinger.....	70
2.2 El itinerario político-intelectual	
2.2.1 Variaciones en torno al “hecho peronista”.....	74

2.2.2 Nación y revolución: un “camino nacional” al socialismo.....	80
2.2.3 Los sinuosos caminos hacia la revolución: de la insurrección al foco guerrillero pasando por el golpe militar de base popular.....	83

Capítulo 3. De Cuba a Garín: grupos, estrategias y debates en la formación de las FAR (1966-1970)

3.1 El frustrado intento de sumarse a la guerrilla de Guevara en Bolivia (1966-1967).....	91
3.2 Las armas secretas: la sección argentina del ELN reorganizado por “Inti” Peredo (1968-1969).....	102
3.3 Pervivencias y torsiones: el nacimiento de la organización.....	108
3.4 La incorporación de nuevos grupos.....	117
3.5 La toma de Garín: presentación pública de las FAR.....	121
Consideraciones sobre los orígenes de las FAR.....	125

TERCERA PARTE: “Libres o muertos, jamás esclavos”. Las Fuerzas Armadas Revolucionarias (1970-1973)

Capítulo 4. Políticas de construcción del peronismo: la peronización de las FAR (1970-1971)

4.1 Los debates y tensiones previas.....	130
4.2 Convergencias entre marxismo, nación y peronismo.....	144
4.2.1 El peronismo como identidad política y el marxismo como método de análisis de la realidad nacional.....	145
4.2.2 Disputas por la “visión legítima” del peronismo: sus sectores internos, el rol de Perón y las organizaciones armadas en el contexto de lanzamiento del Gran Acuerdo Nacional.....	155
4.2.3 Disputas por la “visión legítima” del marxismo: la polémica entre las FAR y el ERP.....	168
4.3 Consideraciones sobre la peronización de las FAR.....	180

Capítulo 5. Estrategias y prácticas políticas: las armas, la política, las masas

5.1 Legados, estrategias y prácticas políticas (1970-1971)
--

5.1.1 Reelaboraciones y persistencias de la concepción del “foco” y lecturas sobre la violencia popular previa.....	187
5.1.2 La lógica de sus prácticas político-militares y el problema de la relación con las masas.....	194
5.2 Debates y combates: las “Organizaciones Armadas Peronistas” (1971-1972).....	207
5.2.1 Principales ejes de debate entre las OAP.....	209
5.2.2 Acciones conjuntas.....	219
5.3 El crecimiento de la organización: un panorama sobre sus regionales y contactos con “agrupaciones de base”.....	223
5.4 La postura de las FAR frente a las elecciones: una táctica para consolidar las fuerzas propias en el marco de la guerra popular y prolongada (1972-1973).....	238
Conclusiones.....	257
Bibliografía y fuentes citadas.....	269
Siglas utilizadas.....	299
Índice Onomástico.....	301

Agradecimientos

Pese a que la realización de esta tesis implicó largos períodos de trabajo solitario, hay muchas personas que colaboraron e influyeron en su realización a las que quisiera agradecer. Afortunadamente, a esta altura me une a gran parte de ellos no sólo un conjunto de temas e intereses compartidos sino también lazos de afecto y amistad.

En principio, quisiera agradecerles a Cristina Tortti y Aníbal Viguera, la directora y el codirector de esta tesis, por el apoyo y el constante aliento que ambos me brindaron. Sin los agudos comentarios y las observaciones de Cristina, esta tesis no hubiera sido posible. Desde los inicios y en posteriores momentos de desánimo siempre supo hacerme ver, de uno u otro modo, que realizar esta investigación tenía sentido. Mi deuda intelectual con ella y mi reconocimiento por el esfuerzo con que me acompañó es enorme.

También quisiera agradecer a mis compañeros del Equipo de Investigación “Aportes para repensar la trayectoria de la ‘nueva izquierda’ (1955-1976): estrategias, rupturas y reagrupamientos”, que dirige Cristina Tortti y está radicado en el Centro de Investigaciones Sociohistóricas (CISH) de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la UNLP. Con Alberto Bozza, Adrián Celentano, Horacio Robles, Luciana Sotelo, Fernanda Volonté, Anabela Ghilini, Nayla Pis Diez y Nicolás Dip comparto desde hace años lecturas y discusiones sumamente enriquecedoras.

Además, varios profesores y amigos influyeron de distintos modos en mi trabajo durante estos años, como Alberto Pérez, Ana Barletta, Laura Lenci, Ana Julia Ramírez, Hernán Sorgentini, Jorge Cernadas y Roberto Pittaluga. En todos ellos he encontrado la preocupación por hallar un lugar desde el cual mirar nuestro pasado reciente con el que puedo identificarme.

Hay también un conjunto de instituciones a las que les debo reconocimiento puesto que fueron centrales para que pudiera realizar esta tesis. Por un lado, al Departamento de Sociología, donde realicé mi carrera de grado y me desempeñé como auxiliar docente, al Doctorado en Ciencias Sociales y a la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la UNLP, por la calidad de la enseñanza que brindan y el apoyo institucional con que siempre contienen a sus alumnos, graduados y docentes. Y al Conicet, por haber financiado esta investigación a través de sus becas de posgrado. Además, un conjunto de archivos y hemerotecas resultaron fundamentales a la hora de recolectar las fuentes necesarias para esta investigación, como la Comisión Provincial por la Memoria, que gestiona el Archivo de la ex Dirección de Inteligencia de

la Policía de la Provincia de Buenos Aires (DIPBA), el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina (CeDInCI), el Archivo Oral de Memoria Abierta y las hemerotecas de la Legislatura y de la Universidad Nacional de La Plata.

También quisiera dedicarles un agradecimiento muy especial a quienes brindaron sus testimonios para esta tesis. En todos los casos me encontré con personas sumamente reflexivas y generosas, que estuvieron dispuestas a colaborar conmigo de todos los modos a su alcance. Con ellos compartí no sólo largas horas de entrevistas sino intercambios posteriores, lecturas de documentos de la época y el esfuerzo por comprender las conexiones de sentido que guiaban sus reflexiones y prácticas de entonces. Sin dudas, entrevistarlos y escuchar sus historias fue la experiencia más interesante que viví durante estos años de trabajo. Si no hubiera contado con esas voces, que emergerán una y otra vez a lo largo del relato, esta tesis tampoco hubiera sido posible.

Por último, aunque en primer lugar, quiero agradecerles a Mauricio, a mis padres, la familia y los/as amigos/as por su apoyo incondicional.

PRIMERA PARTE

Presentación de la tesis

Introducción

Desde mediados de la década del cincuenta hasta la última dictadura militar, la Argentina vivió un proceso de creciente conflictividad social e inestabilidad política. El período estuvo signado por la convergencia de diversas crisis, tanto debido al agotamiento de su régimen de acumulación como a la crisis de legitimidad que atravesaron sus instituciones democráticas tras la proscripción del peronismo. La falta de resolución de esta situación no sólo produjo el descrédito del sistema de partidos, que contrastaba con el poder de grupos de presión como las Fuerzas Armadas, los sectores empresarios y los sindicatos; sino que derivó en serios cuestionamientos y rupturas en diversas organizaciones e instituciones de la sociedad civil. Todo ello generó transformaciones significativas en las orientaciones y prácticas políticas de actores sociales preexistentes y también la emergencia de otros nuevos.

En el caso de los partidos y agrupaciones de izquierda -como también de grandes contingentes de la clase media-, uno de los elementos centrales fue el replanteo de la caracterización del peronismo dada su persistencia como identidad política de la mayoría de los sectores trabajadores. Este proceso se vio complejizado por el impacto de la Revolución Cubana, que reinstaló el tema de la revolución en la agenda de una izquierda hasta entonces apegada a concepciones gradualistas y a la utilización de medios parlamentarios y legales en la lucha política (Torti 1999a, 2009). Profundos procesos de transformación y radicalización tuvieron lugar también en diversos sectores del movimiento peronista (James, 1999; Raimundo, 2000; Bozza, 2001) y de los cristianos, que de la crítica de las estructuras eclesíásticas pasaron progresivamente a la impugnación del sistema social (Morello, 2003; Sarlo, 2001a). En este contexto, y particularmente desde el “Cordobazo” de 1969, se abrió en el país un período de cuestionamiento generalizado que se manifestó en los más variados ámbitos de la sociedad civil (Portantiero, 1977; O'Donnell, 1982; Cavarozzi, 2002; Gordillo, 2003). Por entonces, amplios sectores de la clase trabajadora, el campo cultural, la iglesia y el movimiento estudiantil protagonizaron un intenso proceso de

politización que, junto con la emergencia del activismo armado, dio lugar a un heterogéneo conglomerado de fuerzas sociales y políticas que ha sido denominado “nueva izquierda”. Pese a su diversidad, que incluyó tanto la protesta social como la radicalización política, puede considerarse que estos sectores convergieron en torno a un lenguaje y estilo político común que comenzó a expresar sus demandas en términos de “liberación nacional”, “socialismo” y “revolución” (Tortti, 1999b y 2006). El surgimiento de este conjunto de movimientos de oposición de diverso orden alteró notablemente la dinámica política nacional precipitando, junto a otros factores, el fin de la dictadura de la “Revolución Argentina” (1966-1973) y el regreso del peronismo al poder (Pucciarelli, 1999). La aparición en la escena pública de las organizaciones armadas, al desafiar el monopolio estatal de la violencia legítima y establecer variados lazos con el movimiento de protesta social más amplio, constituyó una de las experiencias más resonantes en este convulsionado proceso.

Entre ellas, las “Fuerzas Armadas Revolucionarias” (FAR) condensan varias problemáticas de relevancia en el período: el proceso de identificación con el peronismo de numerosos sectores de izquierda, particularmente de sus filas juveniles de clase media ilustrada, la reivindicación de la violencia como forma de intervención política y la opción por la lucha armada como modalidad específica de ponerla en práctica. Pese a su importancia, existe un notable vacío en la producción académica sobre esta organización, de la cual no contamos con ningún trabajo específico.

Si bien venían gestándose desde tiempo atrás, las FAR se presentaron públicamente en 1970. Sus principales grupos fundadores, provenientes de rupturas de distintos partidos de izquierda, se perfilaron a lo largo de la década del sesenta. Dos de ellos fueron gestados por militantes que rompieron con el Partido Comunista (PC). El primero, liderado por Carlos Olmedo -luego máximo líder de la organización-, lo integraron activistas que ya habían transitado por diversos nucleamientos disidentes del partido a comienzos de la década, entre ellos, Roberto Quieto. El otro, donde se destacaba la figura de Marcos Osatinsky, se apartó de la Federación Juvenil Comunista en 1966. El último de estos grupos lo encabezó Arturo Lewinger y sus integrantes habían militado previamente en el “Movimiento de Izquierda Revolucionaria-Praxis” (MIR-Praxis) orientado por Silvio Frondizi. Y, luego, en una escisión de aquél denominada “Tercer Movimiento Histórico”, que estaba fuertemente influenciada por el revisionismo histórico y el nacionalismo popular. A mediados de los sesenta estos grupos comenzaron a reinterpretar el fenómeno peronista, particularmente el rol histórico que había jugado entre las masas. Básicamente,

dejaron de concebirlo como una suerte de “desvío” en la conciencia de la clase obrera para pensarlo como un “momento” en la larga marcha que la conduciría al socialismo, aunque siempre considerando que el rol del movimiento había concluido y debía ser superado. A su vez, las estrategias políticas que se plantearon por entonces para lograr la liberación nacional y social que impulsaban fueron muy variadas. En algunos casos, incluyeron desde perspectivas de visos insurreccionales que no desdeñaron la participación electoral a nivel comunal o la apuesta por un golpe militar de base popular y estilo nasserista hasta que se decidieron a poner en práctica la lucha armada. Producto de esa decisión, entre 1966 y 1967 los tres grupos viajaron a Cuba para recibir entrenamiento militar con la intención de sumarse a la guerrilla rural que Ernesto Guevara sostenía en Bolivia como parte de su proyecto continental. Luego de la muerte del “Che” y tras participar del relanzamiento de ese proyecto a cargo de Álvaro “Inti” Peredo -uno de sus antiguos combatientes bolivianos- estos grupos se fusionaron atravesando un ciclo de redefiniciones político-ideológicas. Esas redefiniciones los llevaron a abandonar la estrategia guevarista, de carácter continental y fuerte énfasis en la guerrilla rural (luego canonizada por Debray, 1967), y a delinear un proyecto centrado en las especificidades de la realidad nacional que privilegiaba la lucha en las ciudades en virtud de la importancia otorgada a la clase obrera en Argentina. Desde entonces, se constituyeron como “organización político-militar” de actuación nacional y urbana con vistas a impulsar una “guerra popular y prolongada” y sumaron a nuevos contingentes militantes. Ya bajo la sigla FAR, se presentaron públicamente en julio de 1970 con el copamiento de la localidad bonaerense de Garín. A su vez, sin dejar de reclamar una lectura marxista de la realidad nacional y al socialismo como objetivo final, en 1971 asumieron públicamente al peronismo como identidad política propia. Lo hicieron mediante una serie de consideraciones de orden teórico, ideológico y político que se convirtieron en una referencia importante para aquellos activistas interesados en la conjunción entre la izquierda marxista y el peronismo (FAR, 1971d). Además, dichas consideraciones dieron lugar a una intensa polémica con el ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo), originando uno de los debates más conocidos en el campo de las organizaciones armadas (ERP [1971], 1973a; FAR [1971], 1973a). Finalmente, en 1973 la organización terminó fusionándose con Montoneros.

La presente investigación se propone analizar la experiencia de las FAR desde una perspectiva sociopolítica considerando el período que va desde los primeros sesenta, en que comenzaron a perfilarse sus grupos fundadores, hasta las elecciones

presidenciales del 11 de marzo de 1973. Desde entonces no sólo cambia notablemente la dinámica política nacional, sino que la realidad de la organización ya está signada por el proceso de fusión con Montoneros. Si bien el anuncio formal de la unificación se realizó en octubre de ese año, lo cierto es que desde los comicios las principales definiciones públicas de ambas organizaciones fueron realizadas de modo conjunto y las agrupaciones de activistas con que ambas se habían ligado fueron confluyendo en los distintos “frentes de masas” que se lanzaron por entonces.

Nuestro análisis articula dos ejes centrales. El primero tiene que ver con el proceso de identificación de las FAR con el peronismo, cuyos antecedentes se remontan a las sucesivas reinterpretaciones realizadas por sus grupos fundadores sobre el fenómeno. El segundo, con su dinámica de funcionamiento como organización político-militar de actuación nacional y urbana, gestada al calor de los cambios de estrategias que se plantearon aquellos grupos fundadores para lograr el proceso de liberación nacional y social que impulsaban. Ambas líneas de análisis implican, además, adentrarse en los modos en que la organización concibió sus vínculos con sectores más amplios de la sociedad, particularmente con aquellos que buscaba movilizar.

En términos generales, la investigación pretende realizar un aporte a la comprensión de algunas dimensiones que consideramos claves en las décadas del sesenta y setenta: la convergencia entre izquierda y peronismo, la creciente legitimación de la lucha armada como medio de transformación social y la forma en que las organizaciones político-militares concibieron sus relaciones con otros sectores movilizados. Pero, además, la experiencia de las FAR condensa varias particularidades cuyo abordaje permite iluminar nuevas facetas aún dentro del propio campo de las organizaciones armadas peronistas¹. Como señalamos al comienzo, el proceso de politización y radicalización que eclosiona a principios de los setenta se gestó a partir de las transformaciones y rupturas operadas en distintas tradiciones político-culturales, básicamente el peronismo, el catolicismo, el nacionalismo y la izquierda. Los estudios sobre las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) y Montoneros muestran que la primera organización fue un emergente del proceso de radicalización del propio campo peronista (Luvecce, 1993; Raimundo, 2004; Pérez, 2003) y que la segunda lo fue de las transformaciones ocurridas en el mundo del nacionalismo y los cristianos (Lanusse, 2005). La mayoría de los integrantes de Descamisados, una organización más pequeña y mucho menos estudiada, provenía también de la

¹ Dada la temática de esta tesis, con esa expresión nos referiremos genéricamente a las organizaciones armadas más importantes de la izquierda peronista. Huelga aclarar que existieron vertientes de derecha en el movimiento que también apelaron a la violencia como forma de alcanzar sus objetivos.

militancia católica, tanto en agrupaciones universitarias como en la Democracia Cristiana (Salas y Castro, 2011). Mientras tanto, consideramos que esta investigación sobre las FAR puede contribuir a la comprensión de un *tercer cauce* por el que discurrió el proceso de radicalización política de la época: las profundas reconfiguraciones ocurridas en la cultura política de la izquierda argentina, tanto de sus tradiciones político-ideológicas como de sus formas de hacer política. De sus tradiciones político-ideológicas, pues los fundadores de las FAR provenían de partidos de izquierda vinculados con la tradición liberal y fuertemente críticos del peronismo como el Partido Comunista. Y de sus formas de hacer política, ya que los grupos o partidos en los que habían empezado a militar tenían concepciones de tipo gradualista para pensar la revolución, con un fuerte énfasis en los mecanismos electorales como camino hacia ella. O bien, perspectivas de tipo insurreccional en que la lucha armada no figuraba como la vía privilegiada hacia la revolución. Ese itinerario a lo largo del cual se gestaron las FAR le otorgó a su proyecto y a su identidad política una impronta particular -aunque por momentos también convergente- respecto del resto de las organizaciones armadas peronistas que intentaremos analizar en este trabajo.

Estado de la cuestión y enfoque de la investigación

En los últimos tiempos, los estudios sobre el pasado reciente argentino comprendido entre la proscripción del peronismo y la última dictadura militar, recibieron un fuerte impulso conformando un campo temático específico que es abordado desde distintas perspectivas disciplinares. Para pensar el período, comúnmente denominado los “sesenta-setenta”, resulta pertinente la noción de *época* planteada por Gilman (2003). Se trata de un concepto heurístico que permite desnaturalizar los límites temporales del calendario -ya que como señala Michel de Certeau (1995: 59) a diferencia del orden cósmico, en la historia hay días que no amanecen-, detectando ciertas cesuras en el tiempo, períodos que tienen su propia densidad histórica y conceptual. Es decir, momentos caracterizados por una singular experiencia del mundo, de la temporalidad, la subjetividad y la vida colectiva que se recortan de la continuidad histórica con un peso propio. Desde esa clave analítica, los “sesenta-setenta” remiten a una estructura de sentimientos que atravesó al mundo configurando su perfil histórico particular. Se trata de una *época* marcada, de modo predominante, por un intenso interés por la política y por la convicción de que una transformación radical, en todos los órdenes de la vida, sobrevendría de modo inminente. En que, para buena parte de sus

protagonistas, la lógica de la historia parecía ineluctable y la temporalidad se caracterizaba por la vertiginosidad y los tiempos rápidos. Un período, en fin, signado por una misma problemática: la valorización de la política y las expectativas revolucionarias. Más allá de las periodizaciones cristalizadas en los años terminados en cero, a nivel mundial esa época se abrió con los procesos de descolonización del tercer mundo (sobre todo en África e Indochina) y la Revolución Cubana. Culminó a mediados de los setenta en América Latina, asolada por cruentas dictaduras, y algo antes en los países del primer mundo, signados ya por el reflujo de la marea contestataria y la crisis del petróleo. Pensados como época, los “sesenta-setenta” argentinos hunden sus raíces también en la segunda mitad de los cincuenta y se clausuran con la dictadura militar de 1976, encontrando en el tramo abierto por el Cordobazo, un subperíodo de unos cinco años que representaron un punto de inflexión en términos de la masividad y la radicalización de la protesta social y política. En relación con nuestro tema específico de investigación, cabe destacar cuatro conjuntos de trabajos. Los que intentan explicar las características centrales de la crisis social y política que atravesó el país en el período; los que abordan específicamente el proceso de politización y radicalización que se consolidó tras el Cordobazo, dando lugar a lo que algunos autores han denominado “nueva izquierda”; algunos estudios sobre distintas organizaciones armadas y, finalmente, aquellos trabajos que, aunque de manera fragmentaria o incluso en clave testimonial, brindan referencias colaterales sobre las FAR.

Entre los trabajos de interpretación global sobre el período 1955-1973/6, pueden mencionarse los de Portantiero (1977), O'Donnell (1982), Cavarozzi (2002) y Gordillo (2003). Desde el punto de vista que interesa a esta investigación, todos han señalado que a partir del Cordobazo se abrió en el país un período de cuestionamiento generalizado que se manifestó en los más variados ámbitos sociales y que incluyó una notable pérdida de legitimidad de las instituciones estatales. Para el primer autor, se trató de una “crisis de hegemonía”; una crisis política, social y cultural signada por la incapacidad de las clases económicamente dominantes para proyectar sobre el conjunto de la sociedad un orden político que los expresara legítimamente. Para O'Donnell, de una “crisis de dominación social” que alcanzó la textura celular de la sociedad y se evidenció en la impugnación de todo tipo de autoridad, mando y deferencia en ámbitos como la familia, la escuela o el lugar de trabajo. En la misma línea, Cavarozzi se refiere a una “crisis de autoridad” que conllevó el debilitamiento del poder de los referentes externos (instituciones estatales, elites políticas, sociales y

culturales) y de las normas sociales, aumentando la posibilidad de una redefinición del sentido de las interacciones sociales 'desde adentro' de diversos ámbitos de la sociedad civil. Por su parte, para Gordillo el 69' abrió un nuevo "ciclo de protesta" signado por el surgimiento de movimientos sociales de oposición a la dictadura que ensayaron nuevos repertorios de confrontación. Según la autora, el año 1971, con las perspectivas de la apertura electoral, habría marcado el pasaje a la acción política, que adoptaría diferentes formas y vías de expresión según los actores involucrados y las alternativas políticas que cada uno sostenía.

Otros estudios con hipótesis menos abarcativas, reflexionaron sobre el fenómeno específico de la "nueva izquierda" desde diferentes ángulos. Algunos centraron su atención en la constitución de una "nueva izquierda cultural" en los sesenta, subrayando su importancia en relación con el proceso de activación social y radicalización política que eclosionará en la década siguiente. En tal sentido, Sigal (1991), Terán (1991) y Altamirano (2001a) abordaron las profundas transformaciones ocurridas en el mundo de las ideas de la época y los procesos de confluencia entre distintas tradiciones político-ideológicas. De particular interés para nuestra investigación resultan sus análisis sobre el proceso de distanciamiento de la izquierda respecto de la tradición liberal y su acercamiento al nacionalismo y el peronismo. Siendo ésta la identidad política mayoritaria de la clase trabajadora, que por entonces mostraba sectores fuertemente combativos, la izquierda se abocó a una profunda reconsideración de su rol histórico, llegando a interpretarlo, en algunos casos, como un "movimiento de liberación nacional y social". Sin dudas, un hito trascendental en este proceso fue la influencia de la Revolución Cubana. Sigal ha destacado el impacto que produjo en la intelectualidad argentina y el espacio de confluencia entre marxistas, nacionalistas y peronistas que brindó su carácter antiimperialista: "Cuba devino puente entre izquierda, nacionalismo y peronismo, transformando tanto a la izquierda, a la que 'nacionalizó' demostrando que el socialismo no lo hacían los partidos comunistas sino los movimientos nacionales; como al peronismo, creando en él un ala izquierda que compensaría con el fervor de la juventud el menos visible entusiasmo de las bases obreras por el fenómeno cubano" (1991: 201). El cuestionamiento que estos procesos produjeron a nivel político en el campo de los partidos tradicionales de la izquierda, principalmente hacia el antiperonismo y las concepciones de tipo gradualista del Partido Socialista y Comunista (PS y PC), ha sido analizado por Tortti en diversos trabajos (1999a y 2009 entre otros). Para la autora, centrada en los procesos de fragmentación política que tuvieron lugar por entonces, los "puntos de ruptura" entre

“vieja” y “nueva izquierda” transitaron por dos andariveles principales. Uno fue la convicción de que la lucha armada era la única vía al socialismo; el otro, producto de la necesidad de un acercamiento con el movimiento popular, consistió en la reinterpretación del peronismo acentuando sus potencialidades como movimiento revolucionario y antiimperialista. Estos fueron los ejes principales que promovieron las sucesivas rupturas de dichos partidos y la formación de numerosos grupos radicalizados, muchos de los cuales terminaron engrosando las filas de las organizaciones político-militares en la década siguiente.

En general, los trabajos surgidos en la década de los ochenta se sustentaron en una concepción de la política fuertemente consensualista, explorando el período previo desde la revalorización de los métodos democrático-parlamentarios propia de la época de la transición. En esa línea, estudios como los de Hilb y Lutzky (1986) y Ollier (1986 y 1989), rastrearon las causas de la legitimación social de la violencia en los rasgos autoritarios de la cultura política argentina. Además, tendieron a circunscribir el fenómeno de la “nueva izquierda” a las organizaciones armadas, enfatizando las diferencias entre su accionar y un vasto movimiento popular de carácter “espontáneo” en que las primeras habrían querido implantarse obstruyendo su carácter democratizador.

En polémica con aquellos trabajos pioneros sobre el tema, Tortti (1999b y 2006) recurrió al concepto de “nueva izquierda” para caracterizar al conjunto de fuerzas sociales y políticas disímiles que protagonizó un vasto proceso de protesta social y radicalización política desde fines de los sesenta y que incluyó desde la revuelta cultural hasta el activismo armado. Un haz de fuerzas heterogéneas que si bien no logró generar un actor político de límites precisos, fue adquiriendo cierta unidad “de hecho” al desplegar una serie de discursos y acciones que resultaban convergentes en la manera de oponerse al régimen de la “Revolución Argentina” y en sus críticas de diverso alcance al “sistema”, que en grados variables combinaban la impugnación a la dictadura con consignas antiimperialistas y socialistas. Por ello, a pesar de su heterogeneidad, las distintas organizaciones y movimientos que protagonizaron ese intenso proceso de politización desarrollaron una multiplicidad de nexos que contribuyeron a que se percibieran y fueran percibidos como parte de una misma trama, la del “campo del pueblo” y la “revolución”, generando una poderosa “sensación de amenaza” en el gobierno y los sectores dominantes. Respecto de este multifacético proceso contamos con numerosos trabajos que han abordado desde rebeliones masivas como el Cordobazo y otras puebladas desencadenadas en el interior del país

(Brennan, 1996; Balvé, 1989; Crenzel, 1991; Ramírez, 2003 y 2008a; Healey, 2003; González Canosa, 2011), el desarrollo de corrientes sindicales combativas y clasistas (Brennan, 1992; Gordillo, 1996; James, 1999 y 2003), procesos de politización de núcleos artísticos (King, 1985; Longoni y Mestman, 2008; Giunta, 2001), cristianos (Pontoriero, 1991; Lenci, 1998; Morello, 2003; Sarlo, 2001a), intelectuales (Gilman, 2003; Terán, 1991 y 2004, Sigal, 1991), sectores estudiantiles y universitarios (Barletta, 2002; Bonavena et. al, 2007; Sarlo, 2001b; Rubinich, 2003, Suasnábar, 2004), hasta movimientos de “subversión” institucional en distintos ámbitos profesionales (Ben Plotkin, 2003; Chama, 2010 y 2012). Además, algunas investigaciones recientes como las de Salcedo (2011), Robles (2011) y Lorenz (2007), han comenzado a indagar empíricamente el arraigo que las organizaciones armadas alcanzaron en distintos barrios y sindicatos específicos. Se trata de trabajos que, centrados en la mirada de los militantes barriales y gremiales, analizaron las complejas articulaciones establecidas entre sus agrupaciones y las organizaciones armadas, restituyendo el carácter activo -tanto en sus acuerdos como en sus desacuerdos- de los sujetos populares que adhirieron a ellas. Las simpatías que dichas organizaciones despertaron entre considerables sectores sociales y el temor de que consolidaran sus nexos con el movimiento de protesta más amplio fueron uno de los factores claves que torcieron el rumbo de la “Revolución Argentina”. De hecho, en 1971 Lanusse lanzó el “Gran Acuerdo Nacional” (GAN), cuyo fin era re-legitimar al Estado y detener la confluencia entre protesta social y política revolucionaria mediante la convocatoria a unas elecciones que terminarían consagrando el reingreso del peronismo al juego político legal (Amaral, 2004; de Amézola, 1999; Tortti, 1999b, entre otros). En tal sentido, Pucciarelli (1999) ha sostenido que desde el “Cordobazo” hasta el derrocamiento de Isabel Perón la presencia de la “nueva izquierda” fue tan determinante en la construcción de la correlación de fuerzas sociales y políticas del país, que debe otorgársele la misma envergadura que la de los dos contendientes principales, Peronismo y Fuerzas Armadas.

En cuanto a las organizaciones político-militares, si bien contamos con bibliografía de carácter tanto académico como testimonial, y en algunos casos con compilaciones de fuentes documentales, su conocimiento es todavía fragmentario. Algunos estudios han reconstruido tramos o la historia completa de grupos peronistas como Montoneros (Gillespi, 1998; Lanusse, 2005) y las FAP (Luvecce, 1993; Raimundo, 2006; Pérez, 2003) o de los marxistas PRT-ERP y FAL -Fuerzas Armadas de Liberación- (Pozzi, 2004 y Rot, 2003). Otros han analizado la vida cotidiana y las experiencias de sus

militantes (Pozzi, 1996); sus representaciones e imaginarios (Carnovale 2005, 2006 y 2011; Altamirano 2001b) o la violencia política que pusieron en práctica como objeto específico de indagación (Calveiro, 2005a y b; Terán, 2006; Carnovale, 2008; AAVV, 2007, entre otros). Estos últimos forman parte del intenso debate iniciado en los últimos años sobre la relación entre política y violencia durante los setenta. En general, la polémica se ha centrado en el llamado “proceso de militarización” que estas organizaciones habrían experimentado al menos desde mediados de la década. Con ello se alude a un creciente desplazamiento de las definiciones políticas en favor de criterios militares para determinar la orientación de su accionar y al progresivo aislamiento político respecto del movimiento social más amplio que ello habría generado. De todos modos, no existen consensos sobre los términos precisos que delimitarían dicho proceso de militarización, ni si se trata de un fenómeno que se inició en un momento determinado (Calveiro lo ubica para Montoneros en 1974, con su pasaje a la clandestinidad, y para el PRT en 1973, con su decisión de continuar la lucha armada durante el gobierno de Cámpora) o si estuvo inscripto en la propia lógica de constitución de este tipo de organizaciones, como parece sugerir Carnovale.

Otro trabajo centrado exclusivamente en la violencia revolucionaria es el de Vezzetti (2009). Siguiendo de algún modo la línea de análisis inaugurada en los ochenta, en su trabajo las organizaciones armadas aparecen desligadas del proceso de activación social y política más amplio que atravesó la sociedad argentina por aquellos años. Al mismo tiempo, en el estudio, centrado en analizar la subjetividad y la cultura combatiente, estos militantes aparecen “capturados” por un imaginario de guerra y violencia en cuya configuración sobresalen un conjunto de tópicos y valores que los emparentan de modo directo con el fascismo. De ese modo, el trabajo desplaza rápidamente sus ideas y proyectos al terreno de la irracionalidad, volviendo ininteligibles sus prácticas, cuestión subrayada tanto por Rabotnikof (2009) como por Acha (2010).

Como mencionamos, sobre las FAR no existe ninguna investigación específica. Sólo contamos con algunos textos que, abocados a otros temas, brindan algunas referencias colaterales sobre la organización. Algunos de ellos recogen la experiencia de antiguos militantes de las FAR (Chaves y Lewinger, 1998; Flaskamp, 2002), otros incluyen aspectos ficcionalizados (Anguita y Caparrós, 1997). Por su parte, y respecto a los orígenes de la organización, los trabajos surgidos dentro del campo académico que hacen alguna mención a las FAR, como los de Gillespi (1987), Kohan (1999), Burgos (2004), Pastoriza (2006) y Caviasca (2006), remiten sólo aspectos parciales de

las trayectorias políticas de sus fundadores. Por medio de ellos es posible saber que Roberto Quieto militó en “Vanguardia Revolucionaria”, grupo político escindido del Partido Comunista en 1963, que Carlos Olmedo formó parte del colectivo editorial de la *Rosa Blindada*, cuyos integrantes fueron expulsados del mismo partido en 1964, y acercarse a algunos aspectos de la conformación del grupo fundador de las FAR liderado por Arturo Lewinger. Por lo demás, nada se sabe sobre el itinerario político-ideológico de estos grupos en los años que van desde 1966 a 1970, cuando se ligaron a proyectos de tipo guevarista, ni sobre el proceso de redefiniciones político-ideológicas que los llevó a cambiar las premisas de su estrategia. Se trata de un período ciertamente soslayado en la bibliografía, que respecto de estos puntos suele apelar al relato que las propias FAR elaboraron sobre su historia en un conocido reportaje de la época (FAR, 1971d).

Sobre las FAR como tales (1970-1973) no es mucho más lo que se conoce. En la bibliografía citada suele destacarse el nivel político-intelectual de sus dirigentes y de los documentos que elaboraron, al tiempo que se recuerdan algunas de sus acciones, como la toma de Garín o su participación en la fuga de la cárcel de Rawson, que protagonizaron junto a militantes de Montoneros y el PRT-ERP en agosto de 1972. A su vez, la bibliografía testimonial señala que la organización tuvo regionales en distintas zonas del país (Buenos Aires, Córdoba, Tucumán, Mendoza, Santa Fe) y que logró ligarse con diversas agrupaciones estudiantiles y barriales, aunque tal política de articulación fue menos intensa que la de otras organizaciones como Montoneros. Además, cabe señalar que las FAR realizaron algunas acciones armadas en coordinación con organizaciones afines y que desde 1971 intentaron converger con FAP, Montoneros y Descamisados en una instancia organizativa común denominada “Organizaciones Armadas Peronistas” (OAP), una experiencia que se frustró debido a las diferencias políticas existentes entre todas ellas. Según señala Gillespi (1987: 141) sin brindar precisiones, estas divergencias habrían rondado en torno a las resistencias de Montoneros frente a las concepciones marxistas de las FAR, a las diferencias que mantenían sobre la caracterización del movimiento peronista y el rol que Perón debía cumplir en él, y al tipo de nexos que debían entablar las organizaciones político-militares con las agrupaciones de activistas “de base”. Por entonces, las FAP atravesaban una profunda crisis interna que derivó en sucesivas fragmentaciones, al tiempo que Descamisados se integró en Montoneros a fines de 1972, organización que ese año creció exponencialmente. Sobre todo, a partir de su articulación con la “Juventud Peronista Regionales”, una estructura que, sobre la base de agrupaciones

preexistentes, se consolidó de modo unificado a nivel nacional bajo el liderazgo de Rodolfo Galimberti y el patrocinio de Perón. A su vez, desde fines de 1972 también avanzaban los acuerdos políticos entre FAR y Montoneros con vistas a su fusión, cuyos pilares se establecieron en la cárcel de Rawson (Gillespi, 1987: 142). De hecho, a partir de los comicios de marzo de 1973, que consagraron el retorno del peronismo al poder bajo la presidencia de Cámpora, las principales declaraciones públicas de ambas organizaciones se hicieron de modo conjunto. A su vez, las organizaciones de activistas con que Montoneros y las FAR se habían ligado fueron convergiendo en los diversos “frentes de masas” creados por entonces. Entre los más importantes estuvieron la “Unión de Estudiantes Secundarios” (UES), la “Juventud Universitaria Peronista” (JUP) y la “Juventud Trabajadora Peronista” (JTP), lanzadas entre abril y mayo de ese año. Desde entonces, la fusión estaba en marcha, asumiendo su propia dinámica en cada una de las regionales y “frentes de masas” implicados. A su vez, según Flaskamp (2002), el proceso atravesó fuertes fricciones signadas por el reparto de los puestos de conducción en los distintos ámbitos militantes de la organización unificada. Lo cierto es que la fusión se realizó entre dos organizaciones que para entonces tenían fuerzas muy desiguales, lo cual se evidenció en la persistencia del nombre Montoneros y en la composición de la nueva conducción de la organización (donde Roberto Quieto, dirigente de las FAR, ocupaba recién el tercer lugar). Formalmente, la unidad de ambas organizaciones fue anunciada de modo público en octubre de 1973, cuando Perón asumió su tercera presidencia.

Como puede verse, poco se sabe sobre los orígenes y la evolución político-ideológica de las FAR, sobre la convergencia entre marxismo, nacionalismo y peronismo que constituyó una de sus notas distintivas, su dinámica de funcionamiento como organización político-militar, la manera en que se plantearon la conjugación entre lucha política armada y no armada o el modo en que concibieron sus nexos con otros grupos sociales movilizados.

Si bien no contamos con estudios específicos sobre las FAR, el conjunto de trabajos analizados aquí nos sirven tanto para trazar las coordenadas sociales y políticas en que se sitúa nuestro objeto de estudio, como para delinear los rasgos centrales de nuestro enfoque de investigación.

En principio, a diferencia de las perspectivas que primaron durante los ochenta, consideramos que la “nueva izquierda” involucró un proceso de movilización social, politización y radicalización que incluyó a las organizaciones armadas pero que no puede circunscribirse sólo a éstas. Perder de vista esa trama mayor en la que se

inscribieron -de modo complejo y muchas veces tenso-, conlleva el riesgo de volver incomprensible tanto su surgimiento y desarrollo, como las adhesiones que lograron concitar. Desde esa perspectiva, cobra relevancia avanzar en dos direcciones relativamente poco exploradas por la bibliografía en términos empíricos. Una de ellas tiene que ver con el análisis de los orígenes de este tipo de organizaciones, mostrando los procesos sociales y políticos de los cuales fueron emergentes y que despertaron un conjunto de interrogantes, dilemas y expectativas que atravesaron también a amplios sectores de la sociedad. La otra se relaciona con la exploración del tipo de nexos que visualizaron o intentaron consolidar con el movimiento de protesta social más amplio, de los cuales cabría a su vez registrar diversas modalidades e intensidades de acuerdo a la organización y al período considerado. Se trata de vínculos a veces logrados y otras tantas fallidos, no sólo por la represión sino por la misma forma en que fueron concebidos.

Teniendo en cuenta ese enfoque, esta investigación avanzará de modo panorámico en la segunda dirección, sobre todo a través de la forma en que las FAR visualizaron su relación con otros grupos movilizados. Mientras tanto, avanzaremos de modo exhaustivo en la primera dirección, la cual determina la periodización de esta investigación. De hecho, si bien la tesis está centrada en la experiencia de las FAR, parte de los primeros sesenta buscando analizar también el proceso de gestación de la organización. Lo cual denota, a su vez, la impronta procesual que buscamos imprimirle a nuestro modo de abordar el tema, procurando escapar de la tentación teleológica que asoma al conocer el drástico final de este tipo de experiencias. Y ello porque consideramos que en la restitución del carácter contingente que tuvieron los derroteros de estos militantes dentro del marco de opciones disponibles en el período, radica la posibilidad de construir una mirada atenta tanto a los márgenes de libertad de los que gozaron en sus elecciones, como a su contrapartida necesaria, la responsabilidad por las alternativas asumidas dentro del campo político de la época (Terán, 1997). En la misma línea, por fuera de los esquemas binarios que oscilan entre la celebración y la condena, y lejos de arrojar rápidamente a las tinieblas de la irracionalidad sus ideas, expectativas y proyectos, nuestra intención fundamental es volverlos inteligibles. En ese sentido, aspiramos a construir un enfoque que apunte fundamentalmente a *comprender* el sentido que los actores le atribuyeron a sus prácticas y discursos. Ese intento siempre complejo se vuelve particularmente arduo cuando, como en este caso, no sólo se trata de experiencias fallidas de las cuales conocemos su final, sino que, además, en buena medida se ha fracturado el horizonte

de sentido que las guiaba.

Problema, supuestos y objetivos de la tesis

El problema de investigación

La presente investigación se basa en la idea de que las FAR fueron, fundamentalmente, un emergente de las profundas transformaciones ocurridas en la cultura política de la izquierda argentina del período. Tanto de sus tradiciones político-ideológicas, previamente imbricadas con la tradición liberal y fuertemente críticas del peronismo, como de sus formas de hacer política, basadas en concepciones gradualistas que privilegiaban los métodos legales de lucha y donde la violencia aparecía, a lo sumo, como recurso de última instancia ejercido en forma masiva luego de una gran insurrección popular. Por tanto, nuestro problema de investigación parte del supuesto que desde sus orígenes hasta su desarrollo como organización, las FAR transitaron un proceso de *doble ruptura* respecto de esas tradiciones que fue de orden tanto político-ideológico como político-organizativo. La primera de ellas derivó en la asunción del peronismo como su propia identidad política y la segunda en su constitución como organización político-militar de actuación nacional y urbana. El problema de investigación se articula en torno a ambos ejes analíticos. Consiste en comprender, tanto en sus orígenes como en su desarrollo e implicancias: 1) el proceso de identificación de las FAR con el peronismo y 2) su dinámica de funcionamiento como organización político-militar que aspiraba a poner en marcha una “guerra revolucionaria popular y prolongada”. A su vez, entendemos que el abordaje de ambos ejes analíticos nos permitirá aproximarnos al modo en que la organización concibió sus vínculos con sectores más amplios de la sociedad, particularmente con aquellos que buscaba movilizar.

Con respecto a la periodización de la investigación (1960-1973), distinguimos dos grandes etapas: la de los orígenes (1960-1970) y la de su desarrollo como organización (1970-1973). A su vez, en el primer caso distinguimos un subperíodo más mediano (1960-1966), en que las trayectorias de sus futuros dirigentes se van entrelazando hasta perfilar los principales grupos fundadores de la organización; y otro más inmediato que recorre el itinerario político de dichos grupos hasta que se fusionaron formando la organización (1966-1970).

En la etapa de los orígenes, que abordaremos en los primeros tres capítulos de la tesis, nos proponemos analizar los primeros pasos transitados por los grupos que

fundaron las FAR -provenientes de escisiones de partidos de izquierda como el PC y el MIR-Praxis- en el itinerario de *doble ruptura* señalado. Respecto de nuestro primer eje de análisis, buscamos rastrear sus reinterpretaciones sobre el fenómeno peronista, que implicaron una revalorización del rol histórico que había cumplido entre las masas pero sin llegar a una identificación con dicho movimiento. Y, en relación con el segundo, las diversas estrategias políticas que consideraron para viabilizar la liberación nacional y social que impulsaban hasta que decidieron constituirse como organización político-militar de actuación nacional y urbana.

En la etapa de desarrollo de la organización como tal (1970-1973), que abordaremos en los dos últimos capítulos de la tesis, es cuando las pistas de esa doble ruptura terminan por consolidarse y desplegarse plenamente. En este período, nuestro primer eje de análisis (el proceso de identificación con el peronismo), de orden político-ideológico, nos lleva a abordar los principales núcleos de la estrategia discursiva que le permitió a las FAR legitimar su identificación con el peronismo desde una perspectiva marxista y un proyecto político cuyo objetivo final era el socialismo. También, sus caracterizaciones sobre el movimiento peronista, sus sectores y conflictos internos, el rol de Perón y las posiciones que asumieron ante distintas coyunturas políticas a partir de aquellas consideraciones. El segundo eje, de orden político-organizativo, implica adentrarse en su dinámica de funcionamiento como “organización político-militar” que, como tal, conjugó en una misma estructura organizativa lucha política armada y no armada, sin distinguir entre la construcción de un partido y un ejército. Buscamos analizar sus concepciones sobre la forma en que la organización debía vincularse con los sectores que aspiraba incorporar a su filas, movilizar, o entre los cuales pretendía generar consenso, qué estrategias se trazaron al respecto y cómo ello se fue cristalizando en cierta lógica de accionar. Para ello examinaremos su estrategia y sus prácticas político-militares, cómo se plantearon en diversos momentos de su historia la relación entre lucha política armada y no armada, la organización y las masas, y el modo en que todo ello se vio complejizado por la perspectiva electoral que terminó por concretarse en 1973. También identificaremos las principales regionales que las FAR establecieron en distintos puntos del país y señalaremos algunas agrupaciones de activistas con las que se ligaron. Debe tenerse en cuenta que dada la inexistencia de investigaciones sobre las FAR, nuestra exploración respecto de las dos últimas cuestiones tendrá un carácter necesariamente panorámico. Del mismo modo, si bien analizaremos las concepciones de la organización sobre la forma en que vislumbraba su relación con las masas e

identificaremos algunas agrupaciones de activistas con las que se ligó, el carácter de los vínculos efectivamente entablados con cada una de ellas implica un trabajo empírico que está fuera del alcance de esta investigación. Se trata de un tema importante que deberá ser abordado en futuras investigaciones, para las cuales un primer análisis general de los planteos de las FAR resulta indispensable.

Supuestos de la investigación

En relación con los dos ejes que articulan nuestro problema de estudio, cabe explicitar algunas líneas interpretativas que guían la investigación. En cuanto al acercamiento y posterior identificación de las FAR con el peronismo, creemos que fue una de las formas privilegiadas por la organización para intentar acortar su distancia con los sectores populares, un problema que signaba la experiencia de las izquierdas desde 1945. A su vez, consideramos que si bien este proceso les facilitó ciertos diálogos con el movimiento popular, también situó a la organización en un escenario sumamente complejo. Básicamente, un contexto tensionado entre la legitimidad popular de Perón como conductor del movimiento peronista y su aspiración de convertirse, junto a otras organizaciones armadas, en la vanguardia que liderara un proceso de liberación nacional y social que debía culminar en el socialismo. Además, y atendiendo en este caso a las *continuidades* que subyacieron al proceso de rupturas mencionado, sostenemos que el itinerario al calor del cual se gestó la organización y su resignificación bajo una nueva identidad política fue, en parte, lo que le otorgó su carácter distintivo -aunque por momentos también convergente- respecto de otras organizaciones como FAP y Montoneros, particularmente en relación con su modo de comprender el peronismo y ligarlo con objetivos socialistas. En cuanto a su dinámica de funcionamiento como organización-político militar -y prestando atención nuevamente a las persistencias de su derrotero-, creemos que en buena medida estuvo signada por las huellas que dejó en sus grupos fundadores la participación en proyectos de tipo guevarista. Más allá de la revisión por parte de la organización de las causas de la derrota de Guevara en Bolivia y de la crítica específica que realizaron a la “teoría del foco” popularizada por Debray, pensamos que subsistió la consideración de la acción armada, no como el único método pero sí como el principal generador de conciencia política entre las masas. Más específicamente, que privilegiaron la “propaganda armada” (concebida como “ejemplo” destinado a evidenciar la vulnerabilidad del oponente y difundir este método de lucha entre las masas) sobre el trabajo político de base en ámbitos como los barrios, fábricas y universidades. A su vez, entendemos que esta forma de visualizar sus relaciones con los sectores que

aspiraban dirigir experimentó ciertos cambios en el período 1972-1973. Es decir, a partir del desafío planteado por Lanusse con el lanzamiento del GAN y las posibilidades ciertas de una apertura electoral que incluyera al peronismo. Básicamente, a través de una mayor preocupación por ligarse de modo más concreto con agrupaciones de activistas preexistentes para difundir sus concepciones políticas. Y ello no sólo porque su estrategia se vio complejizada al incorporar la lucha electoral como forma de acción política, sino porque a partir de entonces las disputas por imponer lo que consideraban la “visión legítima” del peronismo adquirieron acuciante relevancia.

Objetivos de la tesis

Como objetivo general nos proponemos comprender el proceso de identificación de las FAR con el peronismo y su dinámica de funcionamiento como organización político-militar, analizando el modo en que concibieron sus vínculos con sectores más amplios de la sociedad, particularmente con aquellos que buscaban movilizar.

Nuestros objetivos específicos son los siguientes:

- Reconstruir el proceso de gestación de las FAR y el itinerario político-ideológico de sus grupos fundadores.
- Analizar las reinterpretaciones del fenómeno peronista realizadas por los grupos fundadores de las FAR y las distintas estrategias políticas que consideraron -y los proyectos en que efectivamente se embarcaron- antes de constituirse como organización político-militar de actuación nacional y urbana.
- Identificar los principales núcleos de la estrategia discursiva que le permitió a las FAR legitimar su identificación con el peronismo desde una perspectiva marxista y un proyecto político cuyo objetivo final era el socialismo.
- Analizar sus caracterizaciones sobre el movimiento peronista, sus sectores internos y el rol de Perón en el proceso de liberación nacional y social que impulsaban, rastreando debates al interior de la organización y con otros grupos peronistas y de izquierda.
- Analizar sus concepciones sobre la forma en que debían vincularse con los sectores que buscaban movilizar, considerando la lógica de sus prácticas políticas y militares y el modo en que plantearon la relación entre lucha política armada y no armada, y entre la organización y grupos de activistas en ámbitos estudiantiles, barriales y gremiales.
- Comprender el modo en que las FAR se posicionaron frente a la apertura electoral lanzada por Lanusse, atendiendo a los sentidos atribuidos a la participación del peronismo en los comicios y rastreando cambios y continuidades respecto de sus

prácticas políticas y militares.

Algunas referencias conceptuales

A continuación planteamos algunas referencias teóricas que nos resultan pertinentes para abordar los dos ejes analíticos que articula nuestro problema de investigación.

El primero de ellos, que atañe al proceso de identificación de las FAR con el peronismo, implica adentrarse en algunas cuestiones relacionadas con las identidades políticas y las ideologías. Aboy Carlés (2001: 54) define las identidades políticas como “el conjunto de prácticas sedimentadas, configuradoras de sentido, que establecen, a través de un mismo proceso de diferenciación externa y de homogeneización interna, solidaridades estables capaces de definir, a través de unidades de nominación, orientaciones gregarias de la acción en relación con la definición de asuntos públicos”. En este sentido, toda identidad política se constituye y transforma en el marco de una doble dimensión: la competencia entre las alteridades que componen el sistema y la tensión con la tradición de la propia unidad de referencia. El autor propone tres dimensiones para pensar las identidades políticas: la alteridad, la representación y la perspectiva de la tradición. El aspecto fundamental de la primera dimensión está dado por el establecimiento de los límites de una identidad política respecto a un exterior, es decir, no hay identidad si no hay límites que la definan, no hay identidad por fuera de un sistema de diferencias. Desde otra perspectiva, Giménez (2007 y 2002) también ha destacado su carácter relacional y dinámico señalando que las identidades políticas se definen en y por la confrontación, en y por el conflicto. Para el autor, este incesante conflicto es el que explica la plasticidad y variabilidad de las identidades políticas, sus frecuentes redefiniciones y reconfiguraciones. Por eso también entiende que puede pensarse que en la escena política existen identidades emergentes (*in statu nascendi*), identidades consolidadas y también identidades en trance de disolución.

Esta dimensión de la alteridad, nos alerta sobre la importancia de indagar la forma en que las FAR caracterizaron a sus enemigos, al resto de los sectores del movimiento peronista y los términos en que definieron sus diferencias frente a organizaciones afines como FAP y Montoneros, otros grupos armados de la izquierda marxista como el PRT-ERP e incluso partidos de la izquierda como el PC, de cuyas filas provenían varios de sus fundadores. Respecto de este punto no puede obviarse el señalamiento metodológico de Bourdieu (2001a y b), quien alerta sobre la lógica relacional que rige toda toma de posición en el campo político.

La segunda dimensión de las identidades políticas que señala Aboy Carlés es la representación, enfatizando su carácter constitutivo dado que entiende que no hay identidad sin representación de esa misma identidad, no hay política fuera de la representación. Aquí entran en juego tanto los procesos de constitución de liderazgos, como la conformación de ideologías políticas y la relación con ciertos símbolos como elementos cohesivos de una identidad.

El concepto de ideología tiene, como es sabido, una enorme tradición dentro de la teoría social y el pensamiento político (Eagleton: 1997). Sin desconocer la complejidad del término, aquí circunscribiremos operativamente su uso a las consideraciones de Ansart (1983: 28), para quien una ideología política se caracteriza por “señalar a grandes rasgos el sentido verdadero de los actos colectivos, trazar el modelo de la sociedad legítima y de su organización, indicar simultáneamente a los detentores legítimos de la autoridad, los fines que la comunidad debe proponerse y los medios para alcanzarlos”. Además, dadas las características del período que abordaremos y el nivel de compromiso que requerían de sus miembros organizaciones como las FAR, resulta pertinente destacar que los valores políticos transmitidos por las ideologías están investidos afectivamente, esto es, que no presentan simplemente una gama de posibilidades entre las cuales escoger, sino una suerte de “verdad moral” a la cual sería indigno y degradante sustraerse (Ansart, 1983: 35).

Por último, una dimensión central de las identidades políticas que señala Aboy Carlés es la “perspectiva de la tradición”, útil para abordar su dimensión diacrónica, es decir el proceso de devenir de toda identidad. Según el autor, toda identidad se constituye en referencia a un sistema temporal en que la interpretación del pasado y la construcción del futuro deseado se conjugan para dotar de sentido a la acción presente (2001: 68). En esa línea pueden pensarse los procesos de construcción de memoria colectiva implicados en la constitución de toda identidad (Pollak, 2006) y el recurrente juego mediante el cual las interpretaciones del pasado y las expectativas sobre el futuro legitiman las posiciones políticas del presente. Esta dinámica entre el pasado y el futuro en el presente ha sido analizada por Koselleck, quien destaca la capacidad del “horizonte de expectativas”, ese futuro hecho presente que apunta a lo no experimentado todavía, de reconfigurar incesantemente el pasado presente que constituye lo que denomina “espacio de experiencia” (1993: 338-342).

Desde otra perspectiva, el carácter selectivo de las tradiciones ha sido enfatizado por Williams (1980), quien destaca que aquellas nunca constituyen un segmento histórico inerte sino una fuerza activamente configurativa. Por ello prefiere hablar de “tradición

selectiva” para referirse a estas versiones de un pasado configurativo y de un presente preconfigurado que resultan poderosamente operativas en los procesos de identificación cultural y social (1980: 137) y que, aquí, extendemos a las identidades políticas. Si bien apuntamos que desde nuestro punto de vista toda tradición es selectiva por definición (puesto que el adjetivo podría conllevar el equívoco de considerar que existen algunas verdaderas y otras falsas), su perspectiva tiene la virtud de subrayar las cuestiones a las que nos referimos. En nuestro caso, esta dimensión de la tradición es especialmente relevante para indagar la manera en que la organización resignificó sus experiencias políticas pasadas, como su participación en proyectos de tipo guevarista e incluso la militancia de varios de sus fundadores en partidos tradicionales de la izquierda como el PC. Y, también, cómo todo ello se imbricó con el tipo de revalorización que hicieron del peronismo desde una perspectiva que se reclamaba marxista y un proyecto que aspiraba a construir una sociedad socialista. Respecto de este punto, nos interesa particularmente examinar en qué genealogías y linajes se inscribieron para dar sentido a sus acciones políticas presentes como continuidad de gestas del pasado que habrían quedado inconclusas y debían culminar en el socialismo. Se trata sin dudas de operaciones simbólicas a las que han prestado atención numerosos autores, tanto quienes han hecho de la memoria su objeto específico de indagación como aquellos que, de modo más amplio, han tomado especialmente en cuenta las disputas simbólicas como dimensión constitutiva de la política. Es el caso de Bourdieu, quien ha analizado en diversos escritos la importancia que tienen en el campo político las luchas por el monopolio de la elaboración y difusión de los principios de “visión y di-visión legítima” del mundo social y, por esa vía, la potencialidad de constituir y movilizar grupos sociales (2008 y 2001a y b). Respecto de las cuestiones a las que nos hemos referido, el autor destaca que entre las estrategias simbólicas que buscan cambiar la realidad social a partir de la transformación de sus formas de nominación y percepción “las más típicas son aquellas que apuntan a reconstruir retrospectivamente un pasado ajustado a las necesidades del presente” y, también, “a construir el futuro por una predicción creadora destinada a delimitar el sentido, siempre abierto, del presente” (1993: 137). Como mencionamos, el segundo eje de análisis de nuestro problema de investigación consiste en comprender la dinámica de funcionamiento de las FAR como “organización político-militar”, que conjugaba en una misma estructura organizativa lucha armada y no armada. Y, en relación con ello, el modo en que vislumbraban su relación con sectores más amplios del movimiento social. El carácter inédito de este

tipo de organizaciones vuelve difícil encontrar referencias teóricas sobre ellas. Una excepción al respecto podemos encontrarla en el estudio de González Calleja (2002), quien utiliza algunos aportes de la teoría de los movimientos sociales para analizar la dinámica y las características organizativas de los grupos que han apelado a la violencia como forma de intervención política. En ese marco, el autor distingue dos dimensiones: la estructura organizativa interna y la estructura externa de este tipo de organizaciones. Respecto de nuestro caso y en relación con la primera dimensión, debe considerarse que las FAR tuvieron un desarrollo de sólo tres años como tales y que en ese período no llegaron a consolidar una estructura organizativa interna tan consolidada y diferenciada como la que luego desarrollará Montoneros. Aún así, señalaremos las principales regionales que las FAR lograron desarrollar en distintos puntos del país, dependientes de su conducción nacional, y distinguiremos algunas jerarquías y niveles de militancia. Por su parte, en la perspectiva de González Calleja la estructura organizativa externa remite a las relaciones que de modo más o menos intenso este tipo de organizaciones logran establecer con sus seguidores, simpatizantes menos comprometidos y aliados. Para pensar esta dimensión, resulta útil recordar el concepto de “estructuras de movilización” de Tarrow (1997: 236), del cual es tributaria. Tarrow señala que en el seno de un movimiento social suelen aparecer “organizaciones formales” (donde incluye partidos y grupos políticos de diverso tipo y nosotros podríamos ubicar a las FAR) que buscan dirigirlo y que en ocasiones compiten con otras similares intentando convertirse en puntos focales de la confrontación. En este sentido, cuando en un movimiento social aparece una o más de estas organizaciones, sus líderes intentan desarrollar diversas instancias para impulsar y orientar las actividades de la base. Las “estructuras de movilización” serían estas instancias que vinculan el centro con la periferia, a los organizadores con la base del movimiento social que intentan dirigir. Según Tarrow, estas estructuras pueden ser explícitamente creadas por las organizaciones o bien tener una existencia previa y en algunos casos coordinarse con aquellas de modo más o menos autónomo. A su vez, puede suceder que estas últimas terminen siendo internalizadas por las organizaciones formales. Lógicamente, Tarrow analiza las posibles relaciones entre “organizaciones formales” y el movimiento social más amplio desde la perspectiva de este último, mientras que González Calleja se vale de este tipo de aportes sobre el problema de la coordinación en los movimientos sociales desde un enfoque centrado en las organizaciones. En nuestro caso, esta dimensión nos lleva a indagar el modo en que la organización se planteó sus relaciones con los sectores sociales que aspiraba

movilizar o incorporar a sus filas, explorando si se trazaron una estructura organizativa específica al respecto e identificando algunas agrupaciones de activistas con las que se ligaron, ya sea en el ámbito estudiantil, barrial o gremial. Por último, y en lo que hace a las relaciones con sus “aliados”, podríamos ubicar aquí su intento de crear con las FAP, Montoneros y Descamisados las “Organizaciones Armadas Peronistas” (OAP), analizando las discusiones implicadas y las prácticas político-militares conjuntas realizadas.

Estrategia metodológica y notas de investigación

Dado el problema y los objetivos de esta tesis, hemos apelado a un diseño de investigación flexible centrado en una estrategia metodológica de tipo cualitativo. Como técnicas de construcción de datos se realizaron entrevistas con un formato semiestructurado basado en preguntas abiertas y se relevaron fuentes escritas de diverso orden.

Las entrevistas resultaron centrales para construir la perspectiva de tipo *comprendido* que caracteriza esta tesis. Como señala la bibliografía, aquellas son una herramienta metodológica privilegiada para aproximarse al sentido que los actores le atribuyeron a sus prácticas y discursos, además de permitir la reconstrucción de procesos y acontecimientos sobre los que se carece de otro tipo de fuentes (Alonso, 1998; Piovani, 2007; Carnovale, 2007). A través de las mismas hemos buscado explorar la dimensión de la experiencia de los sujetos, el mundo de ideas, creencias y expectativas que los movilizaron en un tiempo signado por fuertes pasiones políticas. Para ello, las fuentes orales fueron especialmente relevantes ya que, como destaca Portelli, nos dicen no sólo lo que la gente hizo sino lo que deseaba hacer, lo que creía estar haciendo y lo que ahora piensa que hizo (1991: 42). Desde la misma perspectiva se relevó bibliografía testimonial y entrevistas editadas a personas que compartieron los tramos iniciales de militancia de los fundadores de las FAR, ex integrantes de la organización y también de otros grupos políticos con los cuales aquellas mantuvieron relaciones.

Realizamos 25 entrevistas a 17 testificantes distintos, 5 mujeres y 12 hombres que tenían entre 60 y 70 años cuando se llevaron a cabo. Se trata de ex miembros de las FAR, compañeros de militancia de los fundadores de la organización en los grupos

políticos que integraron en la década del sesenta y algunos informantes claves². La necesidad de realizar re-entrevistas y la duración de todas ellas (un promedio de dos horas y media cada una), surgió como necesidad durante la investigación debido a la intensidad y vertiginosidad del tiempo político que signó el período abordado y al carácter sensible de buena parte de las experiencias analizadas. Producto de la distancia, en 3 de los 25 casos no fue posible llevar a cabo las entrevistas en forma oral, por lo que establecimos un intercambio electrónico basado en cuestionarios que duró varios meses.

Además de aquellas realizadas personalmente, visualizamos 9 entrevistas disponibles para su consulta pública en el Archivo Oral de Memoria Abierta. Se trata de 6 integrantes de las FAR y 3 compañeros de sus previos itinerarios militantes. De ese conjunto de testimonios, 3 fueron brindados por mujeres y 6 por hombres.

Entre las entrevistas realizadas y las visualizadas en Memoria Abierta logramos analizar testimonios relativos a la mayoría de las regionales de las FAR, aunque predominan los de aquellos que militaron en Buenos Aires, donde la organización alcanzó su mayor desarrollo.

A su vez, los testimonios de quienes integraron las FAR desde sus inicios son mayoritarios, lo cual se debe básicamente a dos razones. En principio, a nuestra intención de analizar también los orígenes y el proceso de gestación de la organización, para lo cual resultaban indispensables. En segundo lugar, también constituyeron un vía privilegiada para acceder a una mirada de conjunto sobre las FAR, ya sea por su conocimiento personal de grupos que se incorporaron posteriormente, o bien porque luego adquirieron un nivel relevante dentro de la organización que les permitió esa visión general. Dado que esta tesis constituye el primer análisis sistemático sobre las FAR, esa mirada de conjunto, que en estos casos se dificulta por la clandestinidad y compartimentación entre sus miembros, resultaba indispensable. Consideramos que la tesis constituirá un aporte para futuras investigaciones que se propongan profundizar en sus especificidades regionales o bien en la mirada de los activistas con que se ligaron, lo cual requerirá otro tipo de entrevistados.

Por otra parte, los testimonios de quienes compartieron con los fundadores de las FAR ciertos tramos de su militancia en los sesenta fueron importantes para reconstruir los

² Nos referimos a Néstor Lavergne, que nos proporcionó información sobre los contactos con Cuba del grupo fundador liderado por Olmedo, y a José Osvaldo Candia, militante de la JP de Berisso, provincia de Buenos Aires, que nos brindó un panorama sobre las agrupaciones barriales con que se ligaron las FAR en esa zona.

orígenes de la organización por diversos motivos. En principio, porque la mayoría de sus fundadores -que luego se convirtieron en sus principales dirigentes-, fueron asesinados antes o durante la última dictadura militar. Además, mediante dichas entrevistas buscamos considerar el punto de vista de aquellos que en distintos momentos de sus trayectorias realizaron opciones políticas diversas y no se integraron a la organización. Con ello, nuestra intención fue situar el proceso de gestación y surgimiento de las FAR dentro de otras alternativas políticas disponibles en el período. En el mismo sentido, y atendiendo a la lógica relacional que rige las tomas de posición en el campo político (Bourdieu, 2001a y b), siempre que fue posible hemos rastreado los vínculos y debates mantenidos por las FAR con otras organizaciones como Montoneros, las FAP y el PRT-ERP, ya sea a través de entrevistas éditas, bibliografía académica y testimonial o documentos elaborados por esos grupos en la época.

Por lo demás, en el campo de las ciencias sociales es sabido que todas las fuentes deben analizarse relacionando su contenido con su contexto social de producción, sus destinatarios presuntos o reales, sus formas de expresión y las posiciones de sus narradores (Combessie, 2005). En el caso de las entrevistas realizadas para investigaciones sociohistóricas, dicho tratamiento metodológico general conlleva dificultades específicas vinculadas tanto a los usos políticos el pasado, como a las condiciones sociales que posibilitan o no que ciertas experiencias sean narradas, signando los recuerdos, olvidos y silencios de los testimonios. Se trata, en definitiva, de todos los problemas relativos a la construcción de la memoria individual y colectiva (Portelli, 1991; Pollak y Heinch, 2006; Pollak, 2006). Dado que la relación entre el presente de los entrevistados y su pasado militante no forma parte del objeto específico de la tesis, esas cuestiones fueron consideradas en términos metodológicos, conjugando el análisis de los testimonios con otro tipo de fuentes, o bien con otras entrevistas cuando ello no fue posible.

Con todas las dificultades que requiere la interpretación de los testimonios, en realidad fueron ciertos documentos de las FAR los que nos presentaron las mayores complejidades. En este caso se trata de cuestiones que tienen que ver con las relaciones que la propia organización estableció entre su presente en los setenta y la historia previa de sus militantes en los sesenta, que sí forman parte del objeto de estudio de la tesis. Nos referimos a los documentos fundacionales de las FAR (1971a y d), donde la organización narró sus orígenes y ciertos temas de nuestro interés se presentan de modo confuso o ciertamente soslayados. Básicamente, sus discusiones previas a la identificación con el peronismo y la participación de sus militantes en

proyectos guevaristas, cuyas premisas en varios puntos ya no coincidían con la estrategia política sostenida por la organización cuando redactó esos documentos. En este caso, la investigación logró avanzar gracias a las entrevistas realizadas tanto a ex miembros de las FAR, como a integrantes de los proyectos guevaristas en que participaron. A partir de ellas y de diversos documentos hemos buscado reconstruir los orígenes de la organización y también comprender las resignificaciones que las FAR elaboraron sobre su propia historia en virtud de sus apuestas políticas presentes.

Las mayores dificultades afrontadas en relación con las entrevistas tuvieron que ver con la clandestinidad y la compartimentación entre sus miembros. Dado el contexto represivo y la posibilidad de infiltraciones por parte de las fuerzas de seguridad, los integrantes de este tipo de organizaciones mantenían en secreto sus nombres reales y otros datos personales que permitieran identificarlos. A su vez, también guardaban reserva sobre las actividades del ámbito de militancia en el que participaban y contaban sólo con la información estrictamente necesaria respecto de otros miembros y del funcionamiento general de la organización. A ello se suma la relación radial que su conducción nacional mantenía con las regionales, lo cual tornó ardua la tarea de reconstruir un panorama de conjunto sobre las FAR, sus actividades y formas de funcionamiento. Para avanzar en la identificación de algunos grupos de la organización poco conocidos resultaron especialmente útiles los diccionarios biográficos de militantes del peronismo de izquierda elaborados por Baschetti (2007a y b).

En su mayoría y bajo su consentimiento, los entrevistados son citados en la tesis con sus nombres reales, en otros casos se remiten sus testimonios bajo seudónimos.

Respecto de los documentos escritos, se relevaron fuentes de distinto orden buscando reconstruir acontecimientos y procesos como, también, analizar las creencias, expectativas y proyectos de los actores. Dadas las características de buena parte de la documentación considerada, fue especialmente necesario tomar en cuenta el carácter performativo de la palabra política, sobre todo de sus predicciones. Se trata, según Bourdieu (2008), de pre-visiones que tienen como objetivo producir lo que enuncian, y que contribuyen prácticamente a la realidad de lo que anuncian por el hecho de enunciarlo. Es decir, por el hecho de pre-verlo y hacerlo creíble, generado así la representación y la voluntad colectivas que pueden contribuir a producirlo. En este sentido, como destaca el autor, muchos “debates de ideas” resultan menos utópicos de lo que parece si tenemos en cuenta el grado en que puede modificarse la realidad social transformando la representación que los agentes se hacen de ella.

Por un lado, relevamos documentos, panfletos, comunicados y demás publicaciones de las FAR, de los grupos por los que transitaban sus fundadores en los sesenta y de otras organizaciones políticas que mantuvieron vínculos con ellas. Buena parte de esas fuentes no hubiera podido hallarse sin el trabajo de preservación y la política de acceso público de instituciones como el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina (CeDInCI) y la Comisión Provincial por la Memoria, que gestiona el Archivo de la Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires (DIPBA). Respecto de este último archivo, en general hemos limitado nuestro análisis a los escritos originales de las FAR que fueron allanados en diversos operativos policiales. Si bien los reportes de inteligencia tienen en algunos casos información útil, usualmente resultan más valiosos para un análisis centrado en la construcción policial de la figura de la “subversión”, que para la indagación de este tipo de organizaciones en sí mismas, como es nuestro caso. Además, para la revisión de documentación de otros grupos de la izquierda peronista resultaron esenciales compilaciones como las de Baschetti (1988 y 1997) y Duhalde y Pérez (2003).

Por otro lado, se relevaron revistas político-partidarias de diversas organizaciones del peronismo y la izquierda que mantuvieron vínculos con las FAR o que se refirieron a ellas como *Cristianismo y Revolución*, *Nuevo Hombre*, *Liberación por la patria socialista*, *Estrella Roja*, *El Descamisado*, *Militancia* y *Evita Montonera*, entre otras. Para consultarlas resultaron especialmente útiles archivos digitales de reciente creación como Ruinas Digitales (www.ruinasdigitales.com) y el Topo Blindado (<http://eltopoblindado.com>).

Por último, se revisaron diarios de alcance nacional y revistas político-periodísticas, como *La Nación*, *Clarín*, *La Prensa*, *Primera Plana* y *Confirmado* en la Hemeroteca de la Legislatura y de la Universidad Nacional de La Plata. Entre otras cuestiones, este tipo de fuentes nos permitió rastrear las repercusiones de las principales acciones de las FAR. Las mismas fueron sistematizadas previamente en base a las cronologías de hechos armados que realizaban las revistas *Cristianismo y Revolución* y *Estrella Roja*.

SEGUNDA PARTE

Los pasos previos. Gestación y derroteros de los grupos fundadores de las FAR (1960-1970)

Hemos mencionado que consideramos que las FAR fueron, fundamentalmente, un emergente de las profundas reconfiguraciones experimentadas por las izquierdas en el período, tanto de sus tradiciones político-ideológicas, como de sus formas de hacer política.

A continuación abordaremos los orígenes de la organización reconstruyendo los itinerarios político-ideológicos que dieron lugar a la gestación de sus grupos fundadores y su posterior derrotero hasta que formaron las FAR en 1970. De ese modo buscamos analizar las tramas sociales y políticas al calor de las cuales se forjó la organización, como, también, los primeros pasos de estos militantes en el itinerario de *doble ruptura* que dio lugar al proyecto e identidad política de las FAR. Como señalamos, ello implica considerar tanto sus primeras reinterpretaciones sobre el peronismo, como las diversas estrategias políticas que trazaron -y los proyectos en que efectivamente se embarcaron- para viabilizar la liberación nacional y social que impulsaban.

Abordar las primeras experiencias militantes de los fundadores de las FAR, que para 1970 contaban con una considerable trayectoria política previa y por tanto también con cierta edad para los parámetros de la época, vuelve necesario retrotraer el análisis hasta comienzos de los sesenta³. Y, a su vez, reconstruir la dinámica de un conjunto de nucleamientos políticos que en su mayor parte no han sido investigados por la bibliografía. Sin embargo, sólo de ese modo podremos desandar el camino recorrido por sus fundadores y examinar tanto las alternativas políticas que afrontaron, como las estrategias que efectivamente ensayaron antes de constituir una organización político-militar de actuación nacional y urbana que, con el correr del tiempo, se definirá como peronista. Intentamos de ese modo indagar en la génesis y enfatizar la dimensión procesual de fenómenos que terminarán por delinearse y cobrar visibilidad en la

³ Los principales dirigentes de las FAR, como Roberto Quieto, Marcos Osatinsky, Alejo Levenson, Marcelo Kurlat o Arturo Lewinger, tenían 30 años o más al momento de fundar la organización. Carlos Olmedo, máximo líder de las FAR hasta su muerte, tenía 26.

década del setenta. Se trata, como planteamos al caracterizar el enfoque de la investigación, de evitar una mirada determinista restituyendo la contingencia de estos derroteros en el marco de las opciones disponibles en el período. Y, por esa vía, como ha señalado Torre (2011), intentar devolverle al pasado la incertidumbre acerca del futuro que experimentaban los actores.

Adentrarse en la dinámica de las fuerzas de izquierda durante la década del sesenta - aunque sea muy parcialmente como en nuestro caso-, implica abordar un proceso sumamente complejo. Se trata de un período de gran fluidez y dinamismo en términos de crisis de identidades partidarias, rupturas y reagrupamientos, donde, a su vez, resulta notoria la confluencia entre distintas tradiciones político-ideológicas. Por entonces, los partidos tradicionales de la izquierda -y también otros más moderados- comenzaron a fragmentarse o a sufrir el desgranamiento soterrado de sus militantes, particularmente de sus filas juveniles, y proliferaron gran variedad de grupos políticos nuevos. La fugaz existencia de muchos de ellos, su marginalidad en el campo político y la potencia desplegada por las grandes organizaciones de la década del setenta contribuyeron a que estas experiencias quedaran invisibilizadas en la bibliografía. Se trata, de hecho, de un período mucho más estudiado en términos de las transformaciones del mundo intelectual de las izquierdas (Altamirano, 2001a; Sigal, 1991; Terán, 1991 y 2004) que de sus procesos de fragmentación y recomposición política. Y ello porque, como han señalado los autores, dentro de ese mundo uno de los datos centrales del período abierto en 1955 fue la formación de una “nueva izquierda intelectual” de gran importancia en el proceso de activación social y radicalización política que eclosionó después del Cordobazo. Sin embargo, y más allá de su carácter efectivamente reducido y muchas veces efímero, los diversos grupos que emergieron por entonces constituyeron ámbitos de búsqueda en que una nueva generación militante comenzó a cuestionar los presupuestos de los partidos clásicos de la izquierda y a ensayar nuevas fórmulas políticas, poniendo en juego varios tópicos que invadirán la discusión política de la década siguiente. Como destaca Tortti (1999a y 2009), por entonces creció la desconfianza hacia los mecanismos electorales que socialistas y comunistas propugnaban como vía para alcanzar la liberación nacional y social deseada y se agudizaron las críticas hacia sus concepciones sobre el peronismo, visualizado como una suerte de “desvío” en el derrotero histórico de la clase obrera. Para varios de esos grupos, como los que aquí analizaremos, el lugar de esas creencias pasará progresivamente a ser ocupado por otras convicciones que, de formas variadas, tendieron a concebir al peronismo como un “momento” en el

desarrollo de la conciencia obrera y a la lucha armada como una práctica ineludible para acceder al poder. En este sentido, como señala la autora, adentrarse en ese mapa de grupos, fragmentaciones y recomposiciones parece imprescindible para comenzar a desentrañar el complejo proceso por medio del cual en la década del setenta el mundo de las izquierdas se vio efectivamente reconfigurado y renovados sus elencos dirigentes. Y, de ese modo, recomponer algunos de los eslabones perdidos que permiten conectar la trayectoria de las izquierdas entre las décadas del sesenta y el setenta, tanto al nivel de las continuidades y rupturas de sus reconfiguraciones ideológicas, como de sus experiencias políticas.

Respecto a nuestro objeto de estudio, hemos periodizado los orígenes de las FAR en dos grandes etapas. La primera de ellas, más mediata, es abordada en los dos primeros capítulos de esta parte de la tesis y comprende el período que va desde comienzos de la década del sesenta hasta 1966. Fue entonces cuando las trayectorias políticas de estos militantes se fueron entrelazando hasta delinear los principales grupos que luego fundaron la organización. En todos los casos se trata de analizar los núcleos político-ideológicos que los llevaron a romper con sus primeros ámbitos de militancia, a renovar o fundar nuevos nucleamientos y a terminar formando los grupos que, ya al calor de la dictadura de Onganía, intentaron sumarse a la experiencia guerrillera que Ernesto Guevara sostenía en Bolivia como parte de su estrategia continental. Como también, indagar sus ámbitos de inserción y las redes y alianzas que visualizaron o pusieron en práctica con otros grupos sociales y políticos. En el capítulo 1 abordamos la gestación de aquellos que provenían de distintas rupturas del Partido Comunista. En el caso del grupo liderado por Carlos Olmedo, lo que puede verse es un conjunto de militantes cuyas trayectorias políticas tienen un mismo origen y que, motivados por temas de debate afines, rompieron con el PC en los primeros sesenta. A partir de entonces circularon por diversos ámbitos disidentes del partido estableciendo una serie de redes y relaciones en base a las cuales terminará por delinearse el grupo. Esos núcleos disidentes fueron “Vanguardia Revolucionaria” (VR), escindido del PC en 1963; el Sindicato de Prensa, desvinculado de la órbita del partido al que tradicionalmente había estado ligado hacia 1965, y la revista político-cultural *La Rosa Blindada*, cuyos integrantes fueron expulsados en 1964⁴. Ello implica

⁴ En el primer núcleo del que participó Carlos Olmedo con la intención de apoyar la campaña de Guevara en Bolivia estaban Roberto Quieto, Antonio Caparrós, Oscar Terán, Eduardo Jozami, Lila Pastoriza y pocos activistas más. No todos ellos ingresaron a las FAR pero fueron centrales en la gestación de su grupo fundador y en el mundo de rupturas de la izquierda de la época. Roberto Quieto, Lila Pastoriza y Antonio Caparrós participaron de “Vanguardia Revolucionaria”; Carlos Olmedo, Oscar Terán y Caparrós de *La Rosa Blindada* (como también Juan Gelman que se incorporará posteriormente a las FAR) y Eduardo

adentrarnos en el mundo de rupturas y reagrupamientos del PC en tres ámbitos sociales distintos: político, gremial y cultural, cada uno con sus propias lógicas aunque, en consonancia con el proceso de politización del período, atravesados por discusiones que tenían mucho en común. Por su parte, el otro grupo fundador de las FAR proveniente del PC se gestó al calor de una ruptura posterior de la Federación Juvenil Comunista, producida en 1966 ya con la idea de viajar a Cuba para participar de algún proyecto liderado por Guevara⁵. En el segundo capítulo abordamos el itinerario político-ideológico que dio lugar al tercer grupo fundador de las FAR encabezado por Arturo Lewinger, el menos conocido en términos de los orígenes de la organización, que suele entenderse constituida exclusivamente en base a disidentes comunistas. Se trata de un conjunto de activistas que inició sus actividades políticas en el “Movimiento de Izquierda Revolucionaria-Praxis” (MIR-Praxis) orientado por Silvio Frondizi y que, luego de acompañar una serie de transformaciones en la orientación del movimiento, se incorporó a una escisión de aquél denominada “Tercer Movimiento Histórico” (3MH). En este caso, luego de considerar las principales inflexiones de esta trayectoria que fue recorrida conjuntamente prácticamente por todos sus militantes, analizamos tres tópicos íntimamente vinculados entre sí: sus consideraciones sobre el “hecho peronista”, el tema de la “cuestión nacional” y las diversas estrategias que concibieron para viabilizar la liberación nacional y social que impulsaban⁶. Finalmente, en el capítulo 3 abordamos los orígenes más inmediatos de la organización analizando el derrotero de sus grupos fundadores entre 1966 y 1970, cuando las FAR se presentaron públicamente en Garín. Nos referimos no sólo a su fallido intento de incorporarse al “Ejército de Liberación Nacional” (ELN) que Guevara fundó en Bolivia antes de su muerte en octubre de 1967, sino también a su participación en el relanzamiento de aquel proyecto entre los años 1968 y 1969, ahora bajo el mando de “Inti” Peredo. Fue recién luego de la muerte de Inti Peredo en Bolivia y de la disolución de la sección argentina del ELN, que estos grupos se fusionaron y

Jozami del Sindicato de Prensa, al cual pronto se sumó Roberto Quieto como asesor legal. A este núcleo original se incorporaron, entre otros, Osvaldo Olmedo, Eusebio Maestre, Juan Pablo Maestre, Mirta Misetich, Alberto Camps, Leonardo y Jorge Adjiman, María Angélica Sabelli, Isabel, Carlos y Liliana Goldemberg, Sergio Paz Berlín, Pilar Calveiro, Horacio y Alcira Campiglia, Claudia Uondo, María Adelaida Viñas, María Antonia Berger y Teresa Meschiatti, todos ellos luego militantes de las FAR.

⁵ Entre los militantes de este grupo estaban Marcos Osatinsky, Alejo Levenson, Sara Solarz, Marcelo Kurlat y Mercedes Carazo. También participaron de la ruptura de la FJC y viajaron con ellos a Cuba otros militantes que luego no ingresaron a las FAR como Alfredo Helman, Alfredo Moles, Jorge Gadano y Alicia Gillone.

⁶ Entre los militantes de este grupo se encontraba Arturo Lewinger, su hermano Jorge Omar Lewinger, Luis Piriz, Humberto D'Hippolito, Elida D'Hippolito, Eva Gruszka y Roberto Pampillo. Todos ellos transitaron el itinerario mencionado excepto Pampillo, que se sumó después. Posteriormente, Luis Piriz y Humberto D'Hippolito se separaron del grupo, ingresando el primero al PRT-ERP y el segundo a Descamisados.

comenzaron a repensar algunas de las premisas de su antigua estrategia. A partir de entonces sumaron nuevos contingentes de activistas a la emergente organización que, pensando ya en presentarse en la escena pública, comenzó a plantearse de modo más urgente cuál debía ser su postura frente al peronismo.

Capítulo 1

Itinerarios político-ideológicos en la gestación de los grupos fundadores provenientes del Partido Comunista (1960-1966)

1.1 El Partido Comunista en los primeros sesenta: viejos malestares y nuevos ejes de disidencia

A principios de los sesenta el Partido Comunista (PC) era la principal fuerza de izquierda del campo político argentino. Sin embargo, a lo largo de esa década fue perdiendo el virtual monopolio que tenía sobre la militancia de la izquierda marxista, primero de manera soterrada y luego bajo la forma de desgranamientos y rupturas, la más importante de las cuales dio lugar a la formación del Partido Comunista Revolucionario (PCR) en 1968. De hecho, se ha afirmado que luego de la conmoción partidaria producida con la emergencia del peronismo, este proceso constituyó una segunda gran crisis para el comunismo argentino (Campione, 2007).

Si bien no existen muchos trabajos sobre la situación del PC a principios de los sesenta, es posible distinguir algunos de los procesos y temas de debate que contribuyeron a la emergencia de lo que Tortti (1999) caracterizó como un creciente “malestar” dentro del PC que no tardaría en convertirse en un cuestionamiento hacia el “reformismo” del partido. Esos debates, suscitados por el efecto combinado de procesos de orden tanto nacional como internacional, conjugaron viejos malestares con nuevos ejes de disidencia. Básicamente, los viejos malestares tenían que ver con el problema de la distancia que el partido no lograba zanjarse respecto de una clase obrera de persistente identidad peronista. Y, los nuevos ejes de disidencia, con el tema de las “etapas” de la revolución y las “vías” adecuadas para alcanzar el socialismo. La rigidez de la dirección comunista para afrontar todo disenso o intento de renovación política e intelectual no haría más que conspirar contra la posibilidad de encauzar dentro de las filas partidarias el disconformismo que estaba surgiendo en su seno.

Hacia comienzos de la década, el PC mantenía su tradicional línea política. Consideraba que en el país predominaba una estructura económica atrasada debido a

la existencia de grandes latifundios y monopolios extranjeros, por lo que creía necesario completar primero la etapa “democrático-burguesa” de la revolución para poder iniciar en una segunda instancia la marcha hacia el socialismo. Su programa era el de la “Revolución democrática, agraria y antiimperialista”, que suponía impulsar la reforma agraria y la industria nacional, restringir el poder de los monopolios, elevar el nivel de vida del pueblo, democratizar la vida pública y sostener una política exterior independiente (Codovilla, 1962 y 1963). Para ello proponía la formación de un “Frente Democrático Nacional” que reuniera a la clase obrera, el campesinado y los sectores progresistas de la “burguesía nacional” para luchar contra el imperialismo, la “oligarquía terrateniente” y la “gran burguesía”.

Desde esa perspectiva, y al igual que el peronismo, el PC apoyó a la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI) dirigida por Arturo Frondizi en las elecciones de 1958, en cuyo programa creyó encontrar coincidencias tendientes a impulsar las tareas “democrático-burguesas” pendientes en el país. Sin embargo, con el correr de los meses, el abandono de las consignas antiimperialistas, el conflicto universitario, la represión del movimiento obrero y la persistencia de las proscripciones políticas le alienaron al nuevo gobierno buena parte de sus apoyos iniciales, entre ellos, el del PC. Pero mientras que en este nuevo contexto signado por el desencanto y la frustración ante la experiencia frondicista el PC no consideró necesario revisar las posturas asumidas, diversos sectores de la izquierda redoblaron sus cuestionamientos hacia los supuestos en que se había basado aquél apoyo. El libro en que Carlos Strasser (1959) reunió las opiniones de diversos intelectuales y dirigentes políticos sobre el papel de las izquierdas en el proceso político argentino da cuenta de este clima de cuestionamientos, como también de la proliferación de grupos al margen de los partidos tradicionales de la izquierda. Allí, una serie de críticas que por ahora surgían fuera del seno partidario, apuntaban al aspecto medular de la línea comunista al enfatizar que el gobierno de Frondizi confirmaba la imposibilidad de realizar una “revolución democrática-burguesa” con el concurso de la burguesía, cuestionando así la concepción que separaba en dos etapas las tareas de liberación nacional y las socialistas⁷. El PC respondió estas impugnaciones en el n° 50 de *Cuadernos de Cultura*, donde Ernesto Giudici constataba que la experiencia frondicista había puesto “en el centro del debate el rol de la burguesía en la revolución democrático-burguesa”

⁷ Entre otros, Silvio Frondizi, líder del MIR-Praxis, y Abel Alexis Latendorf, miembro del recientemente escindido Partido Socialista Argentino (PSA), impugnaban la línea política del PC afirmando el fracaso de la burguesía nacional como clase progresista debido a su ligazón con el imperialismo y, por lo tanto, la imposibilidad de realizar una revolución “democrático-burguesa” como etapa encerrada en sí misma (Strasser, 1959: 33-39 y 120-125).

(1961: 38). Por su parte, Juan Carlos Portantiero, por entonces joven militante comunista, ratificaba la línea del partido que poco después abandonaría, sosteniendo que “el fracaso del frondizismo” no significaba “la caducidad de las ideas de la revolución democráticoburguesa, sino la imposibilidad pequeñoburguesa de conducirla” (1961: 69).

Al mismo tiempo, diversas voces de izquierda, cada una con su propio tono, se sumaban a las críticas de vieja data que peronistas y nacionalistas le dirigían al PC por su “incomprensión de la realidad nacional”, reforzando la “situación revisionista” respecto al “hecho peronista” que por entonces estaba emergiendo entre estos sectores (Altamirano, 2001a: 53)⁸.

Más allá de estas críticas, el PC convocaba insistentemente a profundizar el “trabajo unitario” con el peronismo, convencido que de ese modo los trabajadores se incorporarían a su “verdadero partido de clase”. En efecto, luego del golpe militar de 1955, y tras la ilusión inicial de que la desperonización de las masas sería un proceso más o menos inmediato al desplazamiento del gobierno del Estado, el partido impulsó una política de unidad con los sindicatos peronistas que también intentó trasladar al plano político-electoral⁹. En consonancia con esa línea, y como otras fuerzas de izquierda, llamó a votar por el peronismo en los comicios de marzo de 1962, ocasión en que sus listas contaron con un inusual peso del sector sindical. A su vez, luego del triunfo de Andrés Framini en Buenos Aires y del peronismo en la mayor parte de las gobernaciones del país, la anulación de las elecciones y el derrocamiento del gobierno de Frondizi, el PC lanzó su informe sobre el “giro a la izquierda” del peronismo, un proceso en que el partido se otorgaba un rol central (Codovilla, 1962)¹⁰. Entusiasmado

⁸ Este clima de cuestionamientos alcanzaba tanto al PC como al PS. En el libro de Strasser, a las impugnaciones que figuras como Jorge Abelardo Ramos o Rodolfo Puiggrós podían dirigirles a esos partidos por su “incomprensión del problema nacional”, se sumaban otras voces críticas. Como veremos en el capítulo 2, Silvio Frondizi refutaba la asimilación del peronismo con el fascismo que había realizado el comunismo. Por su parte, Latendorf sostenía que el desconocimiento de la realidad nacional había llevado al PS a “no entender el proceso peronista, despreciando a la masa” e Ismael Viñas, ex frondicista, afirmaba que la izquierda carecía de un adecuado conocimiento de los movimientos políticos argentinos. (Strasser, 1959: 32, 126 y 255).

⁹ A comienzos de 1957 los dirigentes sindicales comunistas fueron los principales impulsores de la Comisión Intersindical, cuyos objetivos centrales eran promover elecciones libres en todos los sindicatos y normalizar la CGT, intervenida por el gobierno militar. Poco después, a medida que el peronismo ganaba posiciones en los sindicatos normalizados, la influencia comunista en ese organismo decayó considerablemente. A su vez, luego del fallido Congreso Normalizador de la CGT de ese año, participaron junto a los sindicatos peronistas en la formación de las “62 Organizaciones”, de las que pronto se apartaron para formar los “19 gremios” y luego el “Movimiento de Unidad y Coordinación Sindical” (James, 1999: 109-112).

¹⁰ Este “giro” había sido dispuesto por Perón desde Madrid a mediados de 1962, contexto en que se enmarca el programa de Huerta Grande, una serie de discursos de resonancias anticapitalistas formulados por Perón, Framini y otros dirigentes peronistas y cierta actitud de simpatía hacia la izquierda no peronista, principalmente el PC y el Partido Socialista de Vanguardia -PSAV- (James, 1999: 276).

con la conflictividad social del período frondicista, afirmaba que se estaba produciendo una elevación de la conciencia política de los trabajadores “influenciados por el peronismo” que los llevaría a reemplazar su ideología nacional-burguesa por el socialismo. Sostenía que el “desarrollo dialéctico de la situación” llevaría “inevitablemente a los sectores obreros y populares del peronismo a posiciones coincidentes con la de los comunistas y a la asimilación de la doctrina marxista-leninista”.

Por entonces, el PC reconocía tres sectores dentro del movimiento peronista: su ala “derecha”, en la que incluía a los sectores “integracionistas” de la dirigencia sindical y política y al vandomismo; el ala “ultraizquierdista” y los sectores gremiales liderados por Framini. En el segundo sector, ubicaba a dirigentes de la llamada “línea dura” de las “62 Organizaciones Peronistas” como Sebastián Borro, Juan Jonch y Jorge Di Pascuale, a los que impugnaba porque “llenos de impaciencia revolucionaria” hablaban de “revolución inmediata” sin considerar que no existían las “condiciones objetivas para ello ni la preparación necesaria para llevarla a cabo”¹¹. Mientras tanto, promovía el apoyo a los sectores liderados por Framini que, según el partido, comprendían que lo fundamental era “la acción de masas para preparar las condiciones favorables para la lucha por el poder” (Codovilla, 1962: 23). Por entonces, si bien el dirigente textil había mantenido una conducta extremadamente cauta frente a la anulación de las elecciones, emitiendo inclusive declaraciones de tinte anti izquierdista para apaciguar al frente militar, tuvo un lugar protagónico en el plenario de las 62 organizaciones realizado en Huerta Grande, en cuyo programa el PC encontraba coincidencias respecto de la “revolución democrática-burguesa” que impulsaba¹².

Pese a todo, esta política de acercamiento del PC al peronismo no conllevaba una reevaluación del movimiento de la magnitud que diversos sectores de la izquierda, fuera y progresivamente también dentro del comunismo, comenzaban a demandar. Tampoco borraba la imagen de gran pregnancy que situaba al partido junto a la “Unión Democrática”, o las asimilaciones que otrora hiciera entre aquél movimiento y

Diversos autores entienden esas directivas de Perón como una táctica para aislar a Vandom, cuyo poder se había afianzado luego de los comicios de marzo. (McGuire, 2004; James, 1999; Raimundo, 2000).

¹¹ La llamada “línea dura” del peronismo consistió en una mayoría que prevaleció en el seno de las 62 Organizaciones durante el gobierno de Frondizi, al que se opuso de modo intransigente. La encabezaban Jorge Di Pascuale, Sebastián Borro, Juan Racchini, Juan Jonsch y otros dirigentes que tiempo después serán identificados como parte de la “izquierda peronista” (James, 1999: 182-185, 272-281 y McGuire, 2004: 173).

¹² El programa de Huerta Grande proclamó transformaciones sociales profundas como el control obrero sobre la producción, la nacionalización de las industrias básicas y la expropiación sin compensación de la oligarquía terrateniente (Baschetti, 1998: 116-118). Si bien Framini era considerado por entonces parte de la “línea dura” del peronismo, tanto McGuire (2004) como James (1999) lo ubican en posiciones menos proclives a la izquierda que Di Pascuale o Borro.

el “nazi-fascismo”. El peronismo seguía siendo un punto ciego para el comunismo, desde cuyo prisma sólo podía concebirse como una suerte de error en el derrotero histórico de la clase obrera. En este sentido, para 1962, tanto Eduardo Jozami como Roberto Quieto, exponentes de una franja juvenil crítica que poco después romperá con el partido, coincidían en la necesidad de acercarse al peronismo, aunque ya no confiaban en las orientaciones de la dirección comunista por considerar que no se basaban en una revisión profunda de la línea partidaria sino en tácticas políticas coyunturales. Además, mientras el PC promovía el apoyo a los sectores liderados por Framini, para estos jóvenes los grupos más atractivos del movimiento eran justamente aquellos calificados de “ultraizquierdistas” (entrevista de la autora a Eduardo Jozami, 2007).

A este viejo malestar generado por las distancias que separaban al partido de una clase obrera de persistente identidad peronista se sumaron nuevos ejes de disidencia que comenzaron a complicar algunas adhesiones del PC a principios de los sesenta. Nos referimos a los debates sobre las “etapas” y las “vías” adecuadas para impulsar una revolución socialista en el país que se suscitaron sobre todo por el impacto combinado de la Revolución Cubana, las experiencias de Argelia e Indochina y las repercusiones del naciente conflicto chino-soviético.

Como es sabido, por entonces las tesis soviéticas que propugnaban la “coexistencia pacífica” entre el mundo socialista y capitalista y la posibilidad de que algunos países iniciaran la “transición” al socialismo por medios no violentos comenzaron a recibir fuertes cuestionamientos dentro del propio campo comunista internacional¹³. El PC chino, que lideraba la oposición, enfatizaba el carácter agresivo del imperialismo, llamaba a resistir activamente sus políticas intervencionistas en el tercer mundo y alentaba las luchas revolucionarias en Asia, África y Latinoamérica. Al mismo tiempo, denunciaba a la URSS por subordinarlas a su política exterior, convirtiéndolas en objeto de negociación en sus intentos de entendimiento con el imperialismo (Deustcher, 1974). Mientras a nivel internacional se extendía la discusión sobre los caminos hacia la revolución y se quebraba toda ilusión de monolitismo político e

¹³ Las tesis de “coexistencia”, “competencia” y “transición pacífica” fueron proclamadas en 1956 por el XX Congreso del PCUS y apuntaladas por el XXII Congreso de 1961. Sostenían que debido al equilibrio de fuerzas entre el Este y el Oeste, sobre todo en términos de paridad atómica, podía evitarse una tercera guerra mundial puesto que, de producirse, llevaría al hundimiento de todos los contendientes. Debido a ello, el terreno principal de enfrentamiento entre ambos bloques en el futuro sería el de la “competencia” por el poderío económico y la capacidad de aumentar el nivel de vida de la población. Desde esa perspectiva, la URSS afirmaba que la tercera “oleada” revolucionaria no sobrevendría necesariamente de un nuevo conflicto bélico, como las que habían dado lugar a la revolución rusa y china, sino que podría desencadenarse gracias a la consolidación y al apoyo del bloque soviético. Ello abriría la posibilidad de que algunos países alcanzaran la revolución por medios no violentos, es decir, que hicieran la “transición” al socialismo de modo pacífico (Deustcher, 1974).

ideológico, el PC argentino mantuvo una defensa cerrada de las tesis soviéticas, que avalaban su tradicional línea política. En este sentido, clausuró el tema calificando rápidamente de “chinoístas” a quienes reclamaban una apertura hacia las discusiones que surgían dentro del campo socialista. Estos debates, que estallarían hacia 1963, se sumaron a los precipitados por la Revolución Cubana, que ya venían poniendo en cuestión tanto el tema de las “vías” como también el de las “etapas” de la revolución en nuestro país.

Luego de las desconfianzas iniciales frente a un proceso que no había sido protagonizado por los comunistas de la isla (el PSP), el PC argentino mantuvo una posición de solidaridad activa con la Revolución Cubana, incluyendo el envío de numerosas “brigadas de voluntarios”¹⁴. Sin embargo, su postura se tornó ambigua desde que, entre sus filas juveniles, su ejemplo pareció derivar en cuestionamientos hacia la línea partidaria.

Por un lado, la experiencia cubana comenzó a ser leída como una evidencia sobre la posibilidad de encarar en lo inmediato una estrategia socialista, frente a un partido que dividía la revolución en fases y en el corto plazo sólo planteaba la realización de tareas de tipo “democrático-burgués”. Por el otro, reforzaba la discusión sobre la “vía armada” -particularmente guerrillera- hacia el socialismo, frente a un partido que dedicaba la mayoría de sus esfuerzos a ensanchar los márgenes legales de su accionar y para el que, en todo caso, la violencia aparecía como *última ratio* y no como una táctica a adoptar en lo inmediato¹⁵. De ese modo, el tema de la “actualidad” de la revolución socialista y la discusión sobre la viabilidad y oportunidad de la lucha armada en el país, que el PC solía caracterizar como “aventurerismo”, pronto ganaron el centro del debate. Desde entonces, el partido combinó la solidaridad con la “heroica Cuba

¹⁴ Algunos dirigentes de las FAR como Alejo Levenson, por entonces miembro de la FJC, tomaron contacto por primera vez con la Revolución Cubana a través de estas brigadas. Entrevista a Gregorio Levenson, 2002, Archivo Oral de Memoria Abierta -en adelante AOMA-.

¹⁵ Las formas en que el PC concibió la violencia dentro de su estrategia política son algo que resta indagar en profundidad. Gilbert (2009) destaca que el partido rechazaba el “foquismo” y el método guerrillero en base a una estrategia militar alternativa centrada no sólo en la autodefensa sino también en la labor clandestina dentro de las FFAA. Es decir, previendo, de acuerdo al modelo ruso, que parte de sus filas debía plegarse al proceso revolucionario cuando éste se desatara. En el marco de esa estrategia ubica el entrenamiento recibido por algunos de sus militantes en las escuelas militares de la URSS, como fue el caso de Marcos Osatinsky, futuro dirigente de las FAR. Dentro de esa estrategia general de trabajo político en el seno de las FFAA se registran en esta época también otro tipo de prácticas, desde algunas acciones de tipo comando, sobre todo el robo de camiones de empresas de alimentos y su reparto en villas y barrios pobres, hasta la preparación de algunos de sus cuadros en campamentos de instrucción guerrillera, como el de Icho Cruz en Córdoba, descubierto por la policía en 1964. Sobre el primer tipo de acciones puede verse *Nuestra Palabra*, 4/6/63, p. 8; 16/7/63, p. 2; 23/7/63, p. 3; 6/8/63, p. 6 y 20/8/63, p. 2; el testimonio de uno de sus participantes en Helman, 2005; y un comentario de acciones posteriores del mismo estilo en Gilbert, 2009: 418-420. Sobre el campamento de Icho Cruz ver Rot (2006). En cualquier caso, como señala Rot, estas acciones siempre se enmarcaron en una perspectiva de tipo insurreccional y no en una estrategia guerrillera como la derivada de la Revolución Cubana.

revolucionaria”, la defensa de sus logros puntuales y el realce de toda ayuda brindada por la URSS¹⁶, con diversas estrategias tendientes a prevenir que aquella experiencia derivara en la revisión de la línea partidaria. Como advierte Tortti (1999), a veces lo hacía señalando la excepcionalidad del proceso cubano, y por tanto la inaplicabilidad de ese modelo en el país. Otras, lo modelaba bajo su propia matriz política, sosteniendo que no mostraba más que un rápido pasaje entre la etapa “democrático-burguesa” de la revolución y la socialista¹⁷.

Los ecos de las voces disconformes que impugnaban la “vía pacífica” y se entusiasaban con el camino cubano resuenan en las advertencias que el partido lanzó por esos años. Su expresión paradigmática fueron las intervenciones de varios de sus dirigentes en el XII Congreso del PC realizado a principios de 1963, cuyo programa aspiraba a “señalar a la clase obrera y al pueblo el camino a seguir para la conquista del poder”. Allí, Victorio Codovilla, uno de sus máximos líderes, afirmó:

“En los últimos tiempos (...) se expresa en algunos sectores cercanos al Partido, y a veces repercute en su seno, la idea que en nuestro país se ha cerrado definitivamente la posibilidad del triunfo por la vía pacífica y que no queda otro camino que el de un levantamiento armado a través de un movimiento guerrillero. (...) Pero es preciso tener en cuenta que la lucha armada no puede empeñarse si no se ha creado una situación revolucionaria directa. Y, en lo que respecta a nuestro país, si bien se puede afirmar que está madurando una situación revolucionaria, no existen aún las condiciones subjetivas para asegurar el triunfo de la Revolución.” (Codovilla, 1963: 59-60).

Por su parte, el secretario general de la Federación Juvenil Comunista (FJC), de cuyo seno pronto se apartarían numerosos militantes para nutrir las filas de la denominada “nueva izquierda”, destacaba que “la rebeldía juvenil no encauzada por la ideología del marxismo-leninismo” solía desembocar “en el guerrillerismo frenador de la acción de masas, en la creencia de que un pequeño grupo de valientes lo resolvería todo” (Bergstein, 1963: 608).¹⁸

¹⁶ Las declaraciones de solidaridad con Cuba y las críticas al intervencionismo norteamericano son frecuentes durante el '63 y el '64 en el semanario *Nuestra Palabra* (en adelante *NP*), que también remarcó insistentemente el apoyo soviético hacia la isla. Las lecturas de la revolución centradas en sus logros puntuales pueden verse en ocasión de sus aniversarios en *Nueva Era*.

¹⁷ En este sentido pueden leerse las notas en que el PC enfatizaba que Cuba emprendía el camino al socialismo luego de haber completado la fase democrático-nacional de la revolución, confirmando “la tesis leninista de que no existe una muralla china entre ambas” (PC, 1963a: 14) y aquellas en que destacaba que el Movimiento “26 de julio” había contado en sus inicios con el apoyo de buena parte de la burguesía cubana (*NP*, 28/4/64, p. 3).

¹⁸ En 1962 la FJC ya señalaba que tras las frustradas elecciones de marzo (en las que triunfó Framini) había surgido entre la juventud una actitud “guerrillera” que desviaba su energía militante del trabajo de organización de las masas. En esa actitud notaba “mucho de impaciencia juvenil, de deseo de cambiar las cosas lo más rápidamente posible y en la forma aparentemente más revolucionaria”. Y, también, el desdén hacia la lucha por las reivindicaciones inmediatas y las conquistas democráticas: “¿Para qué luchar, dicen, por el levantamiento del estado de sitio, por la libertad de los presos, por elecciones, contra las proscripciones, si la solución está en la acción armada?” (Bergstein, 1962: 27 y 28).

Apenas un mes después del XII Congreso comenzaron a hacerse públicas algunas voces disidentes. Fue el caso de Juan Carlos Portantiero, quien para entonces ya contaba con diez años de trayectoria militante en el comunismo, en un texto que publicó por entonces y luego caracterizó como un “manifiesto de ruptura” (entrevista a Portantiero, en Tortti y Chama, 2006: 240). Allí, contradecía la línea partidaria y los dichos de Codovilla sosteniendo taxativamente que en el país existía una “situación revolucionaria” para la cual ya no quedaban “salidas burguesas” (Portantiero, 1963). Coincidió con el dirigente comunista en que faltaba consolidar las condiciones subjetivas para la revolución, aunque como lo demuestra la ruptura con el partido que encabezó por entonces y la formación de “Vanguardia Revolucionaria”, ya no consideraba que el PC fuera un vehículo adecuado para ello.

El privilegio del partido por los métodos pacíficos y legales de lucha y su búsqueda de alianzas con la burguesía nacional pasaron nuevamente al centro del debate luego del triunfo de Arturo Illia en los comicios de 1963. Si bien el PC había llamado al voto en blanco, pronto creyó encontrar, esta vez en el programa de la Unión Cívica Radical del Pueblo (UCRP), coincidencias tendientes a realizar las tareas “democrático-burguesas” pendientes. Entendía que con el nuevo gobierno se había abierto una “brecha democrática” en el país y que su tarea era ensancharla mediante la movilización de masas. Como en otras ocasiones, su estrategia era apoyar lo positivo y criticar lo negativo de su gestión, considerando que se trataba de un gobierno “liberal-burgués” profundamente heterogéneo que recibía fuertes presiones para impedir el cumplimiento de su plataforma electoral. En este sentido, asumió como tarea impulsar los puntos considerados progresivos del programa de la UCRP (restablecimiento de las libertades públicas, anulación de los contratos petroleros, derogación de la legislación represiva, ruptura con el FMI, desarrollo de una política exterior independiente) y cuestionar sus medidas regresivas o el incumplimiento de sus promesas (PC, 1963b). Esta política de “apoyo crítico” frente a un gobierno que mantenía la proscripción del peronismo no sólo complicó sus posibilidades de establecer alianzas con ese movimiento. Como veremos al analizar el caso de Vanguardia Revolucionaria y el Sindicato de Prensa, también alentó las críticas de aquellos que comenzaban a impugnar al partido por “reformista” al descreer de su política de alianzas con la burguesía nacional y de la “vía pacífica” hacia el socialismo que sostenía en línea con la política soviética.

Por último, habría que agregar que la resistencia de la dirigencia comunista a debatir cualquiera de las posturas asumidas en el plano nacional e internacional y su cerrazón

ante todo disenso terminaron conspirando contra la unidad partidaria. En este sentido, cabe señalar el disconformismo surgido entre la intelectualidad juvenil comunista ante la rigidez de la política cultural del partido, cuyas dificultades para modernizarse le impidieron canalizar las inquietudes renovadoras que estaban surgiendo en su seno (Cernadas, 2005). Dificultades que, a la vez, tampoco le permitían capitalizar el proceso de “izquierdización” de la intelectualidad que se estaba produciendo al margen de sus filas, sobre todo luego de la denominada “traición Frondizi”. El rechazo sin más de la sociología, el existencialismo y el psicoanálisis como meras “manías burguesas” por parte de Rodolfo Ghioldi fue sólo un ejemplo notable de esta cerrazón partidaria. Si bien existieron figuras partidarias más proclives a generar cierta apertura (Kohan, 2000a: 113-191), finalmente los intentos de renovación a través del diálogo con diversas vertientes del marxismo occidental que excedían el estrecho canon soviético y con otras corrientes de pensamiento terminaron en la clausura del debate y la exclusión de sus impulsores. Algunas expulsiones de esos años, como la del grupo cordobés influenciado por el pensamiento de Gramsci y el marxismo italiano que comenzó a publicar *Pasado y Presente*, y la de los promotores de *La Rosa Blindada*, fueron hitos importantes en la erosión de la hegemonía que el PC había mantenido en el margen izquierdo del campo cultural.

Los viejos malestares acumulados y los nuevos ejes de disidencia generados en las filas comunistas que hemos analizado fueron los que produjeron el progresivo alejamiento de varios de los militantes que con el correr de los años fundaron las FAR. A continuación abordaremos la dinámica de aquellos ámbitos disidentes del PC por los que transitaban a mediados de los sesenta los militantes que luego formaron junto a Olmedo uno de los grupos que se planteó apoyar la campaña guerrillera de Ernesto Guevara en Bolivia¹⁹. Y, en el último apartado, la formación tanto de este grupo como de aquél que, con los mismos objetivos, rompió con la FJC ya en 1966.

1.2 Modelo para armar: itinerarios y grupos disidentes del PC en la gestación del grupo liderado por Carlos Olmedo

¹⁹ Como ya mencionamos, en ese primer núcleo estaban Carlos Olmedo, Roberto Quieto, Antonio Caparrós, Oscar Terán, Eduardo Jozami, Lila Pastoriza y pocos activistas más. No todos ellos se incorporaron luego a las FAR pero fueron centrales en la formación de su grupo fundador y en el mundo de fragmentaciones de la izquierda en este período. Roberto Quieto, Lila Pastoriza y Antonio Caparrós participaron de “Vanguardia Revolucionaria”; Carlos Olmedo, Oscar Terán y Antonio Caparrós de *La Rosa Blindada* y Eduardo Jozami del Sindicato de Prensa, al cual pronto se sumó Quieto como asesor legal. A este núcleo original se fueron incorporando otros militantes que mencionaremos al final del capítulo.

1.2.1 Vanguardia Revolucionaria (1963-1964)

“Vanguardia Revolucionaria” (VR) fue uno de los primeros grupos juveniles escindidos del PC en la década del sesenta. Uno de sus principales dirigentes fue Juan Carlos Portantiero, por entonces destacada figura del “frente cultural” del partido, en torno a quien se nuclearon unos 200 militantes²⁰, básicamente del sector universitario de la FJC como Roberto Quieto, quien militaba en la Facultad de Derecho de la UBA²¹. El grupo, que comenzó a conocerse como “la fracción”, venía preparando su ruptura desde 1962 y la concretó a mediados del ‘63, de modo simultáneo a los cordobeses que editaban *Pasado y Presente*²². En cuanto a sus ámbitos de inserción, la organización actuó básicamente en Capital Federal, aunque alcanzó a tener núcleos militantes en Bahía Blanca y Rosario y contactos en Mendoza y Córdoba. La fractura tuvo relevancia en el ámbito estudiantil, particularmente en las facultades de Filosofía y Letras y Derecho de la UBA y en menor medida en las de Exactas y Económicas, haciéndole perder al PC el 70 % de su militancia universitaria según la prensa de la época²³. También generó una escisión importante de la FJC en el Colegio Nacional Buenos Aires. Fuera del ámbito estudiantil sólo llegó a incorporar un “círculo barrial” de Once que formaba parte de la estructura de la FJC y a establecer contactos con el sindicato de contratistas de viñas en Mendoza²⁴. En 1963 editó algunos documentos

²⁰ Tanto la prensa como los testimonios coinciden en la cifra (*Primera Plana* -en adelante *PP*-, 17/08/65 y entrevistas realizadas por la autora a Carlos Ábalo, 2009 y 2010, “Militante de VR”, 2009 y 2010 y Lila Pastoriza, 2010. En adelante, siempre que no se cite otra fuente, se trata de entrevistas de la autora). La dirección de VR estaba integrada por Juan Carlos Portantiero, Carlos Ábalo, Roberto Quieto, Antonio Caparrós, Enrique Rodríguez, Néstor Spangaro y Andrés Roldán. Entre sus miembros más conocidos pueden mencionarse a Lila Pastoriza, Juan Carlos Torre, Pablo Gerchunoff, Enrique Tandeter, Guillermo Flichman, Luis Guagnini (luego militante de Montoneros), Liliana Delfino y Luis Ortolani (luego militantes del PRT). Sus integrantes fueron expulsados poco a poco del partido. Respecto de Portantiero y otros militantes, el PC declaró que habían sido expulsados por su labor “antipartidaria y fraccionista”, mediante la cual se habían puesto al servicio de “la política que el imperialismo y sus agentes promueven contra nuestro Partido y el movimiento obrero en general.” (*NP*, 8/10/63, p. 3).

²¹ Roberto Quieto nació en 1937, estudió Derecho en la UBA y se recibió en 1962. Allí conoció a Jozami, con quien realizó un viaje de estudios a EEUU en 1960, aprovechando su regreso para conocer Cuba. En la Facultad fue un activo militante comunista, afiliándose al partido en 1961. Fue consejero estudiantil por el “Movimiento Universitario Reformista” y, como Enrique Rodríguez, responsable de la FJC en Derecho.

²² Si bien Portantiero y Juan Carlos Torre también participaron de la revista, no existieron vínculos orgánicos entre ambas experiencias. Por otra parte, a diferencia del grupo de *Pasado y Presente*, la expresión más avanzada en términos de apertura teórico-política de la naciente “nueva izquierda”, VR se propuso constituirse como una organización política.

²³ *PP*, 27/10/64, p. 11. En las facultades los militantes de VR actuaron como línea disidente dentro de las agrupaciones del PC, ocupando incluso algunos de sus cargos en los centros de estudiantes. En Filosofía y Letras más de 60 estudiantes de la FJC pasaron a VR, luego de lo cual el PC constituyó una nueva agrupación (la “Agrupación Reformista de Filosofía y Letras”). En Derecho, sumó unos 50 militantes, varios del “aparato de defensa” que la FJC tenía en aquella facultad atravesada por una fuerte polarización política (entrevista a “Militante de VR”).

²⁴ Más allá de contactos personales entre algunos de sus miembros (básicamente de Quieto y Portantiero con Jozami), VR no tuvo relación con el Sindicato de Prensa tal como aparece referido en Gillespie (1987: 269) y Burgos (2004: 145). Mientras duró la experiencia de VR (1963-64) el sindicato permaneció en la órbita del PC (entrevista a Jozami).

como “Bases para la discusión de una estrategia y una táctica revolucionaria”, mediante el cual promovió su ruptura con el PC, y “Los comicios del 7 de julio y las perspectivas de la izquierda”, en que criticaba la postura del partido frente al gobierno de Illia. En 1964 lanzó el primer y único número de su revista *Táctica* y dos números de un periódico que llevaba su mismo nombre. A mediados de ese año la organización terminó por desarticularse.

Durante su breve existencia, VR puso en discusión las diversas cuestiones que venían generando descontento entre las filas juveniles comunistas. En este sentido, su punto de partida fue cuestionar las concepciones del partido del que se había escindido, perfilando su identidad básicamente en oposición al PC.

Uno de los ejes de su crítica fue el “dogmatismo” del partido, la falta de democracia interna en una estructura caracterizada como “burocracia cerrada” con la consecuente imposibilidad de abrir discusiones sobre las resoluciones de la dirección partidaria. Según VR, el PC se había convertido en un “fetiche infalible” que exigía de sus militantes “fidelidad ciega” y la renuncia a toda reflexión crítica y autónoma (Medinabeytia, 1964)²⁵.

La distancia que separaba al partido de la clase obrera y su mirada sobre el peronismo también fueron tópicos importantes de discusión. Insistentemente señalaban la “ineficacia” de la izquierda y su divorcio con las masas, cuestionando al PC por no haber podido convertirse en la vanguardia de la clase obrera. Según escribía Portantiero en la revista del grupo, todo análisis de la crisis de la izquierda debía partir de su incompreensión sobre los cambios atravesados por los trabajadores en las décadas del 30’ y el 40’, cuyo resultado había sido el surgimiento de un “nuevo proletariado” producto de la migración del campo a la ciudad. En ese contexto, y ante la desorientación de la izquierda, el Ejército habría asumido el rol de sintetizador de la nueva experiencia política de la sociedad argentina, haciendo converger “en un movimiento populista y alrededor de la figura de un caudillo, el crecimiento de la

²⁵ De acuerdo a diversos testimonios Medinabeytia era un seudónimo, probablemente de Antonio Caparrós. Con un dejo de humor e ironía, el autor realizaba en ese escrito una parodia del PC describiendo el conjunto de “técnicas” que utilizaría para anular “la actividad crítica del militante”. La primera era la “técnica del cerrojo al pensamiento”, basada en la concepción de la duda como pecado mortal de la Iglesia. Consistía en que las células del partido no pudieran plantear ninguna duda frente a los informes “bajados” por el Comité Central sin ser censuradas por no confiar en la dirección. Si aquella no funcionaba se aplicaba la “técnica de la psicología del rumor”, divulgando una serie de frases destinadas a aislar al militante (“está confundido”, “es muy intelectual”, “tiene influencias ultraizquierdistas” o simplemente “tiene problemas”). Finalmente, -continuaba “Medinabeytia” con su parodia-, entraba en funciones la “gestapo psicológica” que directamente difamaba al activista y lo destruía moralmente. Según el autor, el énfasis en el estudio no remediaba la situación ya que se basaba en los informes del partido que reiteraban “obsesivamente el mismo tipo de formulaciones”, produciendo la “deformación del proceso cognoscitivo” del militante. Dichos informes, cual “oráculo de Delfos”, permitían afirmar, más allá de lo que sucediera, que “todo estaba pronosticado por la dirección”.

burguesía y el proletariado industrial". De ese modo, lejos de concebir al peronismo como una suerte de error histórico, el autor lo entendía, desde una perspectiva gramsciana, como la primera "expresión en la sociedad política de las transformaciones sufridas en la sociedad civil argentina como resultado del crecimiento industrial". Por su parte, la izquierda no sólo no habría comprendido estos cambios, siendo incapaz de incorporar al nuevo proletariado a sus filas, sino que luego, y subordinando siempre su política a las distintas fracciones de la burguesía, ni siquiera habría optado correctamente, participando de la Unión Democrática (Portantiero, 1964)²⁶.

De acuerdo a esta perspectiva, VR definía al peronismo como un "movimiento nacional burgués de estructura populista" y enorme base de masas, donde se hallaba su máximo potencial y la fuente de sus contradicciones internas. Para el grupo, lo fundamental era comprender que el peronismo jugaba un doble rol contradictorio: representaba tanto un "momento" en la dialéctica del movimiento de masas, de las luchas obreras por la liberación nacional y social, como un "momento" político de la burguesía. Es decir, por un lado, representaba una "etapa de la historia de la conciencia de la clase obrera", cuya comprensión era central para la izquierda. Pero, por otro lado, pese a su composición social eminentemente obrera y popular, el peronismo también era visto como una corriente política que no podía exceder los límites de la burguesía como clase. En este sentido, su composición social hacía que en ocasiones su dirección asumiera las demandas de las bases para no perder su control, pero esto no significaba que las masas pudieran acceder espontáneamente a la conducción del movimiento cambiando su contenido de clase. En base a ello, VR sostenía la necesidad de reemplazar ese "sentimiento dominante" que impregnaba "toda una etapa de la historia de las masas" por corrientes de pensamiento "realmente revolucionarias". Ello no implicaba negar aquel estadio sino superarlo cualitativamente, labor que -según afirmaba aludiendo críticamente al PC- sólo podía emprender una "vanguardia marxista-leninista despojada de lastres liberales y reformistas". De este modo, para el grupo, el peronismo no podía considerarse un "desvío" sino un "momento" en el desarrollo de la conciencia obrera que, en cualquier caso, debía ser superado para alcanzar el socialismo (VR, 1963).

²⁶ Tiempo después, Portantiero y Murmis publicaron *Estudios sobre los orígenes del peronismo* ([1971] 1972) en polémica con la clásica interpretación de Gino Germani ([1962] 1968). Mientras que allí el énfasis de Portantiero y Murmis estaba puesto en rescatar las experiencias de lucha de los trabajadores organizados en torno al socialismo, el anarquismo y el comunismo, señalando la continuidad entre "vieja" y "nueva" clase obrera, en este texto Portantiero subraya la ruptura que implicó la emergencia de un nuevo proletariado que la izquierda (principalmente el PC) no habría sabido incorporar.

Según VR, la incompreensión de la compleja dinámica interna del peronismo y de la relación de fuerzas contradictoria entre las bases y sus dirigentes es lo que habría llevado al PC a sostener una posición errónea frente al “giro a la izquierda” dispuesto por el líder exiliado. Para el grupo, este viraje no había sido más que una maniobra de la dirigencia peronista para no perder el control de las bases obreras, que efectivamente atravesaban un proceso de radicalización, y, a la vez, para negociar con las fuerzas políticas y militares su posterior integración pacífica al “sistema”. Intención, que efectivamente se evidenciaría no sólo en la ausencia de todo llamamiento a resistir la anulación de las elecciones de 1962, sino en la tentativa de conformar, junto con sectores conservadores, el “Frente Nacional y Popular” para las elecciones de 1963. Según VR, lo que el PC debería haber hecho en 1962 era centrarse en agudizar la radicalización de las bases obreras -cuyo “giro a la izquierda” sí era real-, impulsándolas a enarbolar reivindicaciones que las hicieran entrar en contradicción con sus líderes. En lugar de ello, habría cifrado sus expectativas sobre todo en las palabras de la dirigencia peronista, sobreestimando el “tono revolucionario” de sus declaraciones. Y, además, buscando aliarse con Framini, a quien VR consideraba un dirigente “conciliador”, en vez de apoyar a la “línea dura” del movimiento (Borro, Di Pascuale y otros), que el partido impugnaba por “ultraizquierdista” y el grupo definía como el sector “más revolucionario del peronismo” (VR, 1963).

Sobre el tema de las “etapas” de la revolución, VR impugnaba la línea política del PC sosteniendo que el imperialismo se había convertido en un “factor interno” de la estructura económica argentina, tesis que le permitía afirmar la urgencia de la revolución socialista en el país y la simultaneidad de las tareas de liberación nacional y social. Entendían que producto del entrelazamiento de los intereses de la burguesía nacional con el imperialismo, la izquierda debía tener una estrategia socialista, pues en el país, tal como ya había sucedido en Cuba, la fase “democrático-nacional” se fundiría con la “fase socialista”²⁷. Por tanto, si bien el proletariado debía neutralizar a la pequeña y mediana burguesía tomándola como aliada menor, no debía sobreestimar sus potencialidades revolucionarias. Este sería el error del “antiimperialismo pequeño burgués”, que concebía al imperialismo sólo como un factor externo y, por tanto, consideraba que la contradicción fundamental era entre la oligarquía y el pueblo. En el

²⁷ VR sostenía: “En la Argentina dada la presencia decisiva del imperialismo en las relaciones de producción, la aplicación consecuente de medidas de nacionalización significará, objetivamente, la aplicación de medidas de tipo anticapitalista en un sentido más general: confiscar al imperialismo significa, de hecho, destruir las bases económicas del capitalismo en la sociedad argentina. Por eso definimos la estrategia de la vanguardia revolucionaria como socialista, sin pretender por ello que en nuestro país se han agotado ya las medidas posibles de contenido nacional-liberador.” (VR, 1963: 3).

mismo sentido criticaban la postura del PC frente al gobierno de Illia, sosteniendo que la política de una vanguardia revolucionaria no podía centrarse en “modificar los errores de un gobierno burgués” y que era imposible que la UCRP cumpliera la totalidad de su programa puesto que excedía las posibilidades objetivas de la clase en el poder.

Respecto de las “vías” hacia la revolución, para VR los “movimientos de liberación nacional” del tercer mundo desmentían la posición soviética de “coexistencia” y “transición pacífica”. En esa línea, respecto del conflicto entre China y la URSS, simpatizaba con la primera postura. Sin embargo, más allá de las apresuradas calificaciones del PC, que en un Congreso de la FUA se refirió a VR como “grupo de expulsados de la FJC de línea pro-china”, ello no implicaba que se definiera como maoísta²⁸. Lo que valoraban de esa polémica era el quiebre del “monolitismo” soviético, que ahora se encontraba ante un fuerte desafío planteado desde el mismo campo socialista²⁹. Desde esta perspectiva, e influenciados especialmente por el modelo cubano sobre el tema de las “vías”, alentaban la consolidación de “focos insurreccionales” en América Latina, llegando a sostener la necesidad de organizar en el país “una vanguardia revolucionaria desde el punto de vista teórico, programático y organizativo, a nivel político y militar, preparada para la lucha de masas y la acción clandestina” (VR, 1963: 26). De hecho, al igual que el grupo de *Pasado y Presente*, VR colaboró con el “Ejército Guerrillero del Pueblo” (EGP), un núcleo guerrillero instalado en Salta, dirigido por Jorge Ricardo Masetti y promovido desde Cuba como eslabón de la estrategia de Ernesto Guevara para el cono sur de América Latina. De todos modos, este apoyo no derivó en un compromiso político orgánico. Es decir, si bien iniciaron algunas discusiones y estuvieron dispuestos a ayudarlos, no llegaron a constituirse en

²⁸ VR participó del VI Congreso de la FUA en 1963, donde el PC criticó ampliamente sus planteos. Para el partido, en aquella ocasión buscaban desviar al movimiento estudiantil de la lucha por la paz, enfrentarlo al gobierno, colocarlo “a la cola política del peronismo” y plantear un programa “ultrarrevolucionario” que repudiaba la “coexistencia pacífica” e impulsaba la revolución socialista de modo inmediato en base a la “teoría del imperialismo como factor interno”. En consonancia con la línea del PC, el Congreso proclamó la necesidad de luchar por la paz y el desarme universal, pero debió agregar en su declaración “apoyando todo paso intermedio que tienda a ello” producto de las presiones de VR y algunos grupos trotskistas (NP, 29/10/63, p.7 y entrevista a “Militante de VR”, presente en el Congreso).

²⁹ “Lo que se valoraba del conflicto era el quiebre del monolitismo, que los chinos mostraban que se podía estar en contra de la URSS, que se animaban a pararse y a decirles que los habían cagado, que no querían defender la revolución y todo lo demás.” (Entrevista a “Militante de VR”). De hecho, el escrito que VR dedicó a la controversia (Avalos -seudónimo de Carlos Ábalo-, 1964) era de orientación trotskista y por ello fue criticado por un militante que poco después formó “Vanguardia Comunista” (VC), una organización maoísta (Semán, 2004 [1964]: 21).

una suerte de “expresión política” del EGP como les solicitaba el grupo guerrillero (entrevista a Ábalo)³⁰.

Cuando la Gendarmería desarticuló el EGP entre marzo y mayo de 1964, VR manifestó su solidaridad con los militantes detenidos. En su periódico sostuvo que la experiencia había abierto una “etapa nueva en el proceso revolucionario argentino” y que para que no quedara aislada era necesario intensificar el trabajo político en las fábricas, barrios, universidades y construir el “partido que lleve a la clase obrera al poder”. Al mismo tiempo, afirmaba que la “forma militar” que asumía “la lucha campesina” en el norte “era parte de la estrategia de la construcción del partido” (VR, 1964: 3). Esta posición, que afirmaba la necesidad de construir un partido de la clase obrera y que la experiencia de Salta no era incompatible sino complementaria con esa tarea -posición que en realidad expresaba la heterogeneidad de posiciones al interior de VR-, suscitó las críticas de otros grupos de la naciente “nueva izquierda”. Fue el caso del núcleo militante que estaba por formar Vanguardia Comunista (VC), de orientación maoísta, que acusó a VR de sostener una “posición guerrillera”³¹. Sin embargo, más allá de las declaraciones de su periódico, VR no mantuvo una posición homogénea frente al EGP, ni realizó una discusión colectiva sobre el saldo dejado por esa experiencia. Carlos Ábalo, uno de sus dirigentes, fue el primero en cuestionar el proyecto, planteando que basarse en la idea guevarista del foco guerrillero era intentar resolver el problema del poder al margen de la clase obrera. A la larga, la mayoría de los miembros de VR también esbozó una crítica hacia lo sucedido, aunque con matices diferentes de acuerdo al caso. Según Ábalo, Roberto Quieto, uno de los más entusiasmados con el proyecto, sostuvo que su derrota no invalidaba el método guerrillero en general sino que planteaba el dilema entre su forma rural o urbana.

De breve duración, VR fue un ámbito de “tránsito” y de búsquedas para sus militantes, una suerte de camino de salida de la “izquierda tradicional” que luego los conducirá hacia horizontes diversos. Según Portantiero, eran “gramscianos-guevaristas-maoístas”, un “cóctel muy raro” que cobraba sentido por la primacía de la voluntad frente al determinismo histórico que podía encontrarse en todas aquellas influencias

³⁰ También Bustos (2007: 205) señala que la estructura política más sólida de respaldo al EGP fue *Pasado y Presente*. Ábalo comenta que, de todos modos, VR llegó a enviar a uno de sus militantes a un campamento del EGP para facilitarles algunos elementos necesarios.

³¹ Elías Semán criticó las declaraciones de VR sobre el EGP y también sus posturas frente al peronismo, sosteniendo que los planteos de su periódico implicaban una “renuncia simultánea a la crítica al guerrillerismo y al peronismo, rebajando así, el papel de la ideología y el Partido. Así fue como, en nombre de las concesiones tácticas a la guerrilla, se debilitaba la perspectiva estratégica del Partido revolucionario, fortaleciendo la concepción guerrillera, y en nombre de las concesiones tácticas al peronismo, se cerraba el camino para su superación por la clase obrera, apoyando de hecho a las direcciones burguesas” (2004 [1964]: 22).

(Tortti y Chama, 2006: 242). En la misma línea, a ese cóctel habría que agregar decididamente a Lenin, la única referencia reiterada en los escritos del grupo, y a Trotsky, que influenciaba a Ábalo y a otros militantes del grupo. Se trató de una experiencia signada básicamente por la oposición al PC y por la necesidad de discutir los temas que el partido clausuraba, lo que explica la heterogeneidad de posiciones que convivieron en el grupo³². De hecho, pronto comenzó a perfilarse un proceso de diferenciación interna en VR alrededor de las posturas de Ábalo y Portantiero. El primero, bajo una fuerte impronta trotskista e impugnando el “guerrillerismo” y el “foquismo”, promovía la construcción de un “partido obrero”. Mientras tanto, la posición de Portantiero habría estado más ligada a la idea de crear un movimiento en que la clase obrera hegemonizara un frente de alianzas más amplio³³.

Estas divergencias sobre el tipo de estrategia y organización política que debía construirse, precipitadas por el fracaso del EGP y el alejamiento de un grupo encabezado por Ábalo que ingresó a Política Obrera (organización trotskista liderada por Jorge Altamira, actualmente llamada Partido Obrero), pusieron fin a la experiencia de VR en 1964. Por entonces, los militantes nucleados en torno a Portantiero intensificaron sus contactos con otros grupos de la “nueva izquierda” como el “Movimiento de Liberación Nacional” (MLN) orientado por Ismael Viñas³⁴. Por su parte, además, Roberto Quieto se incorporó como abogado al Sindicato de Prensa que, bajo el liderazgo de Eduardo Jozami y Emilio Jáuregui, se alejó del Partido Comunista al que tradicionalmente había estado ligado.

³² “VR no se constituyó con un programa, se formó para discutir. En el PC no podías tener una discusión, la podías tener tipo ‘bla, bla, bla’, así, pero tenías el comisario del partido que te vigilaba.” (Entrevista a Ábalo). En el mismo sentido, pueden verse los testimonios de dos militantes de VR de Rosario (Roberto Ramírez, en González, 1995: 153-154 y Luis Ortolani, en Diana, 1997: 31). Según este último: “Andando un poco el tiempo descubrimos que lo único que teníamos en común era una crítica muy dura contra la burocracia del PC, a nivel nacional e internacional, contra los métodos antidemocráticos y una profunda necesidad de discutir. Pero en la práctica no nos unía un pensamiento político homogéneo. En general, teníamos simpatía por la Revolución Cubana, Fidel Castro, el Che Guevara y éramos foquistas”.

³³ Lógicamente, la caracterización de ambas posturas varía de acuerdo a los entrevistados. Según Jozami, cercano a Portantiero: “Hay dos propuestas, la de Portantiero, del tipo la clase obrera hegemonizando un frente más amplio, el bloque histórico gramsciano y qué sé yo, y la del sector de Ábalo, más obrerista, más la construcción de un partido obrero. Esa idea del partido de los trabajadores, que obviamente era de todos en esa época, en Portantiero aparece en un discurso más tradicional, hasta leninista te diría y con el toque gramsciano, en que ese partido se piensa como conductor de una alianza más amplia”. Por su parte, según un miembro del grupo de Ábalo: “Éramos un bloquecito contra los guerrilleros. Había un trasfondo de debate sobre una posición más partido, trotskoide, y una posición más castrista, genérica, más todo vale. Estábamos en contra de que la salida fuera armar un foco amorfo, sin ideología, sin concepto.” (Entrevista a “Militante de VR”).

³⁴ El MLN se conformó en 1961 nucleando a ex militantes frondicistas que habían editado la revista *Contorno*. Algunas de sus notas distintivas fueron sus planteos sobre la necesidad de forjar un tipo de nacionalismo popular que se conjugara con el socialismo, la revalorización del peronismo destacando su componente obrero y, bajo el influjo de la Revolución Cubana, su rechazo al carácter “etapista” de la estrategia del PC.

1.2.2 El Sindicato de Prensa (1964-1966)

Los temas de debate que venían generando disconformismo en el comunismo también impactaron en el ámbito gremial, generando una serie de disputas en el Sindicato de Prensa de Capital Federal que se proyectaron hasta la Federación Argentina de Trabajadores de Prensa (FATPREN). Estas disputas culminaron en la separación de ambos espacios sindicales de la órbita del PC y en la renovación de sus elencos dirigentes. Analizaremos la dinámica del conflicto y el nuevo arco de alianzas que gestó el grupo de jóvenes activistas que pasó a conducir el sindicato, quienes lo convirtieron en un verdadero ámbito de circulación, confluencias y articulación de redes entre militantes de la naciente “nueva izquierda”.

Para 1964 hacía casi diez años que ambos nucleamientos sindicales estaban bajo la hegemonía del PC. El Sindicato de Prensa, un gremio chico pero con cierta capacidad de trascendencia pública, era conducido por la Lista Verde y estaba adherido al “Movimiento de Unidad y Coordinación Sindical” (MUCS), organización que nucleaba a los sindicatos ligados al PC³⁵. También actuaban en el gremio dos grupos peronistas. Uno estaba encabezado por Manuel Damiano, un peronista ortodoxo que había sido su secretario general hasta la Revolución Libertadora. En el otro, filiado con corrientes más combativas del movimiento, militaban Pedro Barraza, Rubén Arbo y Blanco y Osvaldo Lamborghini³⁶. Por su parte, la FATPREN era dirigida por Venido Matheu, un miembro del Consejo Nacional del MUCS que por entonces cumplía su tercer período como secretario general de la federación.

En 1963, a fines del gobierno de José María Guido, el sindicato fue clausurado y buena parte de sus dirigentes detenidos, por lo que se realizaron movilizaciones exigiendo la reapertura del local y la liberación de los presos. Esta fue la ocasión para

³⁵ Como señalamos anteriormente, luego de alejarse de las “62 Organizaciones”, los dirigentes sindicales comunistas formaron los “19 gremios”, que en 1958 constituyeron el MUCS. A principios de los ‘60 el MUCS tenía más predicamento en el interior del país que en Buenos Aires y estaba confinado a unos pocos gremios, como canillitas y químicos además de prensa.

³⁶ Damiano, usualmente acusado de “colaboracionista”, apoyará la intervención del sindicato y la FATPREN durante la dictadura de Onganía y será secretario general de ambos con su normalización en 1968 y 1969. Luego, como líder del “Comando Militar de la Agrupación Peronista de Trabajadores de Prensa”, participó activamente en la masacre de Ezeiza. Mientras tanto, Barraza había colaborado en las revistas *18 de Marzo* y *Compañero*, dirigidas por Mario Valotta y ligadas a la tendencia “insurreccionalista” de Héctor Villalón y Gustavo Rearte. Allí denunció el crimen de Felipe Vallese señalando a los responsables, entre los que incluía a la UOM y a Vandor por no haber hecho lo suficiente frente a su desaparición. Luego militó en el Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara (MNRT), la escisión de Tacuara liderada por Joe Baxter (Duhalde, 2002). Por su parte, después de la intervención del Sindicato de Prensa en 1966, Arbo y Blanco encabezará una línea interna opuesta a la conducción de Damiano y ligada a la CGT de los argentinos.

que un grupo de jóvenes comunistas encabezados por Eduardo Jozami³⁷ y Emilio Jáuregui, que ya tenían fuertes críticas hacia el partido aunque no las habían hecho públicas, comenzaran a destacarse accediendo luego a posiciones dirigentes en ambos nucleamientos. De hecho, cuando a fines de ese año se renovaron las autoridades de la FATPREN, Jáuregui fue elegido secretario adjunto y Jozami secretario de prensa. A su vez, en los comicios del Sindicato de Prensa de julio de 1964, Jozami accedió al cargo de secretario adjunto gracias al nuevo triunfo de la Lista Verde, que seguía adherida al MUCS y contaba con algunos peronistas como Barraza y Lamborghini³⁸.

Desde entonces, y durante todo el segundo semestre de 1964, el grupo juvenil de dirigentes recientemente electos impulsó una fuerte discusión al interior del sindicato cuestionando la orientación del MUCS y, en términos más amplios, la línea política del comunismo argentino. En ese contexto, debatieron si debían seguir siendo un sindicato ligado al PC o un nucleamiento independiente, en una disputa que los oponía a los dirigentes de la propia Lista Verde que permanecían fieles a la línea del partido³⁹. En esa batalla los disidentes comunistas, entre los que también se encontraban integrantes del grupo editorial de la *Rosa Blindada*, contaban con el apoyo de los peronistas de la línea de Barraza. A su vez, comenzaron a tejer alianzas con otros grupos políticos de la “nueva izquierda” que rechazaban la línea del PC y contaban con periodistas en el gremio, como el MLN y la “Juventud Revolucionaria Peronista” (JRP), liderada por Gustavo Rearte e integrada a su vez al “Movimiento Revolucionario Peronista” (MRP)⁴⁰. Durante el conflicto renunció el secretario general del sindicato, por lo cual, Jozami pasó a ser su principal dirigente.

Mucho más centrada en el orden político-ideológico que en reivindicaciones de tipo gremial -como manifestaron los disidentes y el propio PC, al acusarlos de sostener

³⁷ Eduardo Jozami estudió Derecho en la UBA entre 1956 y 1961. Por entonces simpatizó con el frondismo, pero luego de la denominada “traición Frondizi” y bajo el influjo de la Revolución Cubana, radicalizó sus posturas hacia la izquierda. En la Facultad militó brevemente en la “Agrupación Reformista de Derecho” y luego en el “Movimiento Universitario Reformista”, siendo secretario general del Centro de Estudiantes en 1958 y consejero estudiantil en 1959. Por esos años trabó amistad con Quieto y Portantiero, con quien trabajaba en el diario *Clarín*. Militó en el PC entre 1962 a 1965, donde ingresó a través de aquellos compañeros y ya con una visión crítica de ciertas posturas asumidas por el partido, como su participación en la “Unión Democrática”. Primero militó como abogado y luego como dirigente del Sindicato de Prensa.

³⁸ NP, 26/11/63, p. 8; 30/6/64, p. 8 y 4/8/64, p. 8.

³⁹ Ellos eran Alfonso Feis, secretario gremial; Ricardo Mainardi, secretario administrativo y algunos vocales, además de Venido Matheu que era el secretario general de la FATREN.

⁴⁰ El MRP surgió en 1964 agrupando a dirigentes sindicales combativos de la FOTIA, navales, calzado, jaboneros y perfumistas; sectores ligados a la JPR orientada por Rearte, de la JP de Salta liderada por Armando Jaime y militantes cercanos a Héctor Villalón. En su programa fundacional llegó a recomendar la lucha armada como método supremo de acción, afirmando la necesidad de construir un “ejército del pueblo” y “milicias obreras” para iniciar la “lucha armada contra los sectores privilegiados nacionales e imperialistas” (MRP, 1964, en Baschetti, 1988: 161-162).

planteos de neto corte anticomunista y no explicitar una política sindical alternativa-, la discusión se articuló en torno a dos ejes centrales.

Uno de ellos, de llamativo peso en el sindicato, tenía que ver con la exigencia de abrir el debate sobre las alternativas del comunismo internacional que el partido clausuraba y, por ende, con los diversos caminos posibles hacia la revolución. El grupo encabezado por Jozami sostenía una visión crítica sobre la política de “transición” y “coexistencia pacífica” de la URSS, denunciando su falta de apoyo a los “movimientos de liberación nacional” del tercer mundo y reclamando la necesidad de discutir la postura de China. Además, realizaban una reivindicación decidida de la Revolución Cubana, centrada, todavía, más en la defensa de la “actualidad” de la revolución que en el método guerrillero como ejemplo a seguir.

El otro tema de debate, de orden nacional, era el tipo de relación que el sindicato debía mantener con el peronismo, cuestión que incidía más específicamente en términos de alternativas político-gremiales. Para 1964, el secretario general de la CGT era José Alonso, del gremio del vestido, y su dirección estaba compuesta por líderes de sindicatos ligados a las “62 Organizaciones” peronistas, hegemonizadas por el vanderismo y por entonces en una postura de dura oposición al gobierno, y a los gremios “independientes”, más proclives a negociar con el oficialismo⁴¹. Ese año la central obrera lanzó distintas etapas de un Plan de Lucha de gran envergadura que implicó la ocupación simultánea de miles de establecimientos fabriles por parte de casi cuatro millones de obreros. En ese contexto, el MUCS mantuvo un delicado equilibrio. Por un lado, apoyó buena parte de las medidas de protesta, bregando porque los trabajadores coordinaran sus acciones con otras fuerzas sociales y políticas, vislumbrando que así podría crearse un contexto propicio para sentar las bases del “frente antioligárquico y antiimperialista” que impulsaba el PC. En este sentido, criticaba a los “independientes” por no impulsar decididamente el Plan de Lucha. Al mismo tiempo, también velaba porque no se cerraran los canales de negociación con el gobierno, instando a las 62 Organizaciones a reconocer sus medidas positivas y a sostener un diálogo constructivo con Illia. Por ello, si bien desde posiciones distintas, en ocasiones el MUCS coincidió con los “independientes” en su denuncia de que las

⁴¹ Las “62 Organizaciones” agrupaban a la mayoría de los sindicatos fabriles y estaban controladas por el vanderismo, corriente entrenada en el arte de “golpear para negociar”. Para entonces, los líderes de la “línea dura” (Di Pascuale, Borro, Jonsch), que habían predominado en las “62” durante el gobierno de Frondizi y a los que ya se aludía como la “izquierda peronista”, habían sido expulsados o renunciado (James, 1999: 219-252). Los “independientes” controlaban mayormente gremios de empleados, algunos no peronistas y otros antiperonistas. En 1964, algunos de sus líderes renunciaron al consejo directivo de la CGT y llegaron a conversar con el gobierno sobre la posibilidad de crear una central paralela más cercana al oficialismo (PP, 21/4/64, p. 6; 9/6/64, p. 5; 21/7/64, p. 7; 22/9/64, p. 8).

62 perseguían fines políticos -en su caso ligados al peronismo- y por ende en su reticencia a apoyar ciertos actos de protesta, sobre todo a medida que el gobierno cumplía algunas de las demandas planteadas (ley de salario mínimo, control de precios, etc.). Básicamente, consideraba que detrás de su “verbalismo revolucionario” las 62 escondían intenciones golpistas y el objetivo de ligar las luchas del movimiento obrero con el retorno de Perón, operativo efectivamente frustrado a fines de ese año⁴². Justamente por temor a ser utilizado en función de la estrategia de Perón, el MUCS no apoyó la cuarta etapa del Plan de Lucha que fue lanzada precisamente en diciembre de 1964. En efecto, tanto la bibliografía como la prensa de la época coinciden en que los objetivos del Plan de Lucha eran eminentemente políticos, que expresó el auge del proyecto de Vandor de autonomizarse de la conducción política de Perón, y que las ocupaciones de fábricas se cumplieron de modo sumamente disciplinado, con poco espacio para la iniciativa de las bases y a veces en cierta connivencia con las empresas, que también buscaban un giro en la política del gobierno o bien su destitución. Lo cierto es que aún así buena parte de los partidos de izquierda y de los sectores combativos del peronismo antivandorista, como los gremios de la antigua “línea dura” y el emergente MRP, lo impulsaron, entusiasmándose con las potencialidades “insurreccionales” de las tomas y con la posibilidad de que al calor de los conflictos las bases desbordaran a sus dirigentes⁴³.

Por su parte, y respecto del MUCS, el grupo de activistas del Sindicato de Prensa consideraba que su política “oscilante” desalentaba a los sectores más combativos del peronismo para no incentivar la oposición al gobierno de Illia, frente al cual creían que el PC estaba asumiendo una posición contemplativa. Según el testimonio de Jozami:

⁴² La postura del MUCS en *NP*, 25/2/64, p.4 y en 19/5/64, 7/7/64, 21/7/64, 25/8/64, p. 8.

⁴³ Aunque las demandas económicas ocupaban un lugar destacado (ley de salario mínimo, vital y móvil, aumento de las jubilaciones, control de precios, etc.) y las empresas fueron el ámbito escogido para la protesta, la bibliografía señala que los objetivos del Plan de Lucha eran principalmente políticos y que apuntaban en diversas direcciones. Frente al gobierno, que por entonces amenazaba con modificar la Ley de Asociaciones Profesionales que aseguraba el poder de los líderes sindicales, presionar para negociar una mayor participación en las decisiones políticas. Frente a los militares y empresarios, demostrar que todo futuro arreglo político debía tenerlos como participantes necesarios. Y frente a Perón en el exilio, mostrar que el movimiento sindical podía plantearse metas políticas independientes (Torre, 2004; McGuire, 2004). Rouquié (1986) señala también intenciones decididamente golpistas en connivencia con las patronales y Raimundo (2000) la necesidad de canalizar el descontento obrero y responder a la presión de los dirigentes de segunda línea que acusarían a la dirección cegetista de pasividad. Respecto del “operativo retorno”, si bien Vandor estuvo entre los encargados de organizarlo, los más entusiasmados en ligar el Plan de Lucha con la vuelta de Perón -objetivo ampliamente difundido en la época- (*PP*, 8/9/64; 1/12/64, p. 10)- parecen haber sido el MRP y otros sectores combativos del peronismo antivandorista. Sobre el apoyo de éstos últimos al Plan de Lucha y de distintos partidos de izquierda -como el Partido Obrero Trotskista, el Partido Socialista de Vanguardia, el Partido Socialista de la Izquierda Nacional, Palabra Obrera, entre otros- ver Raimundo (2000) y Bozza (2002) y Cotarelo y Fernández (1997) respectivamente. Vanguardia Revolucionaria, ya al borde de la disolución, también impulsó las protestas bajo el lema “sólo las bases cumplirán el Plan de Lucha.” (VR, s/fecha [1964]: 1).

“El PC venía de un período en que se había acercado mucho al peronismo. (...) Cuando gana Illia se revierte un poco esa política porque no había un convencimiento de que eso era bueno porque en última instancia ahí estaban los trabajadores, algo de eso había porque además era medio obvio, pero también el tema era aprovechar las coyunturas políticas. Entonces, si en el '62, con el peronismo en la oposición a un gobierno como el de Guido, muy entregado a los militares, era natural esa alianza; en el '64, con un presidente más democrático que estaba siendo enfrentado por el peronismo, el PC empieza a tener una actitud más contemplativa frente a Illia. Ahí nosotros vamos a cuestionar, no a cuestionar, digamos, como se discuten las cosas en el PC, esto cuando se hizo público en el gremio es porque ya estaba todo roto, antes era una discusión, que sé yo, como las que se hacen entre los obispos.”

En este sentido, menos celosos de cuidar lo que el PC llamaba la “brecha democrática” abierta por Illia, si bien los jóvenes activistas de prensa eran críticos de las 62 Organizaciones creían necesario apoyar su enfrentamiento con el gobierno y, sobre todo, consolidar alianzas con el MRP, la FOTIA y otros sectores “duros” del peronismo. Entre estos últimos se encontraban justamente aquellos dirigentes que el PC un par de años atrás había calificado de “ultraizquierdistas”.

En el marco de esas discusiones, Jozami, Jáuregui y otros activistas fueron expulsados del PC. En marzo de 1965 se realizó una Asamblea General Extraordinaria en el sindicato de casi 400 trabajadores en que se votó su desvinculación del MUCS. En esa oportunidad los disidentes contaron con el apoyo de los diversos sectores con que habían comenzado a tejer alianzas, y los comunistas, que habían concurrido para exigir una nueva convocatoria a elecciones, se abstuvieron de votar emitiendo un comunicado en que los acusaban de haber abultado el registro de afiliados para la ocasión y de impedir el debate utilizando “elementos ajenos hasta ese momento al sindicato para imponer su posición divisionista”. Poco después, una nueva asamblea del sindicato destituía de sus cargos a los dirigentes del PC y elegía sus delegados para el IX Congreso Nacional de la FATPREN en que se renovarían sus autoridades⁴⁴. Durante esos meses, arreciaron en el gremio impugnaciones de todo tipo. Los disidentes sostenían que el MUCS intervenía excesivamente en la vida interna del sindicato y que mantenía una postura “oportunistista” frente al peronismo. Por su parte, los comunistas les reprochaban haber traicionado el mandato del gremio actuando desde su propio seno con el objetivo de lanzar al sindicato “por el camino del aventurerismo”. A su vez, respecto de su postura frente al peronismo, los acusaban de especular “con el deseo de cambios profundos de los trabajadores” utilizando “la verborragia izquierdista” para arrastrarlos tras “el caudillaje de la derecha peronista”. Por último, tomaron nota de que el sindicato se estaba convirtiendo en un verdadero ámbito de circulación de disidentes del Partido Comunista que, además, estaban

⁴⁴ NP, 31/3/65, p. 5; 12/5/65, p. 4 y 27/5/65, p. 5.

articulando lazos con otros grupos políticos de la naciente “nueva izquierda”. En este sentido destacaron que “una serie de elementos expulsados del partido”, como Juan Carlos Portantiero, Andrés Rivera, Juan Gelman y José Luis Mangieri, habían votado en las asambleas contra la línea del MUCS y la expulsión de sus dirigentes. También señalaron que detrás de los disidentes actuaba la dirección política del MLN y que aquellos se habían aliado con “elementos antiunitarios y anticomunistas” para dar el “golpe de mano en el sindicato”, aludiendo al grupo peronista liderado por Barraza⁴⁵.

Resuelta la disputa en favor del grupo disidente, la delegación de Capital Federal concurreó unida al Congreso de la FATPREN. Allí, apoyados por delegados de otras provincias (especialmente de Córdoba y Santa Fe, quienes también contaban con militancia previa en el MUCS), impugnaron al secretario general de la federación (Matheu) por no haber apoyado la quinta etapa del Plan de Lucha y sostuvieron que el MUCS no representaba los intereses de la clase obrera. En cuanto a las elecciones, pese a las gestiones realizadas por Matheu con diversas delegaciones de prensa, sólo se presentó una lista de candidatos que respondía a la línea impulsada por los disidentes de Capital Federal. La lista, cuyo secretario general era Emilio Jáuregui, triunfó con el ajustado margen de 25 votos frente a 23 abstenciones y su composición reflejaba una alianza entre activistas de Córdoba, Santa Fe, Salta y Capital Federal. Entre estos últimos se encontraban los disidentes del PC, peronistas de la línea de Barraza y militantes del MLN como Milton Roberts⁴⁶.

A partir de la ruptura definitiva del sindicato con el PC, Roberto Quieto, ex militante del partido y luego de VR, se integró como abogado al gremio, que a su vez fue consolidando sus lazos con diversas organizaciones gremiales y políticas. Por entonces participaron del sindicato militantes de la JRP, del MLN y grupos escindidos del socialismo y se volvieron frecuentes los contactos con John William Cooke y Raimundo Ongaro⁴⁷.

De ese modo, de acuerdo a la expresión de uno de sus dirigentes, el sindicato fue constituyéndose en una suerte de “polo de la nueva izquierda”, un espacio amplio en que convivían militantes cuyo horizonte era la Revolución Cubana, otros que se inclinaban por las posturas chinas o vietnamitas y otros comprometidos decididamente

⁴⁵ Todas las expresiones entrecomilladas en *NP*, 31/3/65, p. 5; 12/5/65, p. 4; 27/5/65, p. 5 y diario *La Prensa* -en adelante *LP*-, 18/3/65, p. 10 y 19/3/65, p. 10.

⁴⁶ *NP*, 27/5/65, p. 5 y Legajo N° 179, Dirección de Inteligencia de la Policía de Buenos Aires (en adelante DIPBA).

⁴⁷ Las relaciones con el MLN fueron particularmente estrechas. Jozami recuerda que por entonces él, Quieto y Portantiero se veían frecuentemente con Ismael Viñas. De hecho, a fines del '65, Portantiero y Jozami participaron junto al MLN del lanzamiento del primer y único número de *Nueva Política*, publicación que se presentaba como “una revista de coincidencias a partir de una perspectiva nacionalista, revolucionaria y socialista”.

con el peronismo (entrevista a Jozami, 2002, AOMA). De todos modos, la relación con éstos últimos, particularmente con el grupo de Barraza y Lamborghini -no así con la JRP- no estuvo exenta de conflictos. Las discrepancias, relacionadas con el peso que adquiriría en el sindicato el debate sobre las alternativas del comunismo internacional frente a las discusiones de política nacional, se hicieron públicas a mediados de 1966, luego de un viaje de Jozami y Jáuregui por China y Vietnam en relación con el cual organizaron diversas actividades en el sindicato⁴⁸. De hecho para las elecciones del gremio de 1966, el sector liderado por Barraza preveía presentar una lista exclusivamente peronista, mientras que la lista de Jozami y Jáuregui incluía, además de los disidentes del PC, activistas de la JRP, del MLN e incluso contaba con Rodolfo Walsh como candidato a congresal de la FATPREN (Jozami, 2006: 211).

Dichas elecciones y el efervescente clima político del gremio fueron clausurados por la dictadura de Onganía que, a menos de un mes del golpe militar, intervino el sindicato y la federación. A partir de entonces, la mayoría de sus afiliados migraron a otras entidades gremiales, como la Asociación de Periodistas de Buenos Aires, mientras que algunos de ellos, como Jozami, Jáuregui y Quieto -que los acompañaba como asesor legal-, comenzaron a pensar en otras formas de acción política.

1.2.3 La Rosa Blindada (1964-1966)

Esta experiencia y la de *Pasado y Presente* fueron las dos escisiones político-culturales que expresaron el disconformismo surgido entre los jóvenes intelectuales comunistas a comienzos de la década. Si bien la *Rosa Blindada* ya ha sido analizada dentro de la dinámica específica del campo cultural (Kohan, 1999 y 2000a), señalaremos sucintamente algunas cuestiones vinculadas con los procesos e itinerarios políticos que venimos planteando.

⁴⁸ Según Jozami, durante la reunión de la Organización Internacional de Periodistas realizada en Chile en 1965, la delegación china los invitó a ese viaje dado que si bien ellos no apoyaban explícitamente a los chinos, mantenían posturas independientes de los soviéticos. A su vuelta, Jozami y Jáuregui tuvieron un conflicto con el diario *El Mundo*. El diario les había encargado unas notas en relación con su viaje, pero debido a la presión de su comisión interna -hegemonizada por el PC- las publicó sin firma. Los dirigentes le iniciaron juicio al diario anunciando que donarían lo obtenido a Vietnam y a un hospital del país. A raíz de ello, Lamborghini afirmó en diversas solicitadas que la promesa de enviar ese dinero “a quienes en su tierra luchan contra el invasor norteamericano, formulada por quienes aún no se han comprometido con la realidad de su propio país” demostraba que los dirigentes seguían sujetos al “esquema cipayo de Codovilla”. Desde esa clave, los acusaba de agotar sus esfuerzos en la polémica internacional convirtiéndose en “meros propagandistas de revoluciones lejanas.” (Strafacce, 2008: 112-113).

Impulsada por José Luis Mangieri y Carlos Brocato, y nacida primero como proyecto editorial sumamente apreciado por el partido⁴⁹, la revista comenzó a publicarse en 1964 con una tirada de 10.000 ejemplares (salieron en total nueve números, entre octubre de ese año y septiembre de 1966). Tomaron su nombre de un libro del poeta comunista Raúl González Tuñón, quien fue consignado “director de honor” de la revista. Casi la totalidad de su primer colectivo editorial se había formado en el PC, varios de ellos en la revista *Cuadernos de Cultura* dirigida por Héctor Agosti y en el periódico *El Popular* dirigido por Ernesto Giudici⁵⁰.

En las páginas de la revista, particularmente abocada a reflexionar sobre la relación entre política y cultura, se dieron cita una serie de debates que conjugaban diversas expresiones del campo intelectual y cultural (desde la filosofía hasta la poesía, la pintura o el cine) con un fuerte interés por los procesos revolucionarios de la época que crecerá con el correr de sus números.

Los motivos de la expulsión fueron complejos puesto que combinaron tanto lógicas culturales como políticas y también sindicales, al converger con la militancia de varios de sus impulsores en el Sindicato de Prensa⁵¹. Respecto de las dos últimas lógicas, cabe señalar que cuando la revista apareció ya existía cierta tensión larvada con el partido y que uno de los miembros de su colectivo editorial, Juan Gelman⁵², previamente había sido expulsado por su actividad como corresponsal de la agencia de noticias Xin Hua (Nueva China) en Buenos Aires⁵³. La polémica se hizo pública con

⁴⁹ *La Rosa Blindada* fue primero una colección de poesía de Ediciones Horizonte que el partido celebró como referencia insoslayable en el campo de la política cultural (NP, 8/10/63, p. 6). Luego, aquella iniciativa dio lugar no sólo a la revista sino también a una editorial que publicó gran cantidad de libros y ediciones fonoelectricas.

⁵⁰ En el primer número Brocato y Mangieri figuraban como directores; Juan Gelman, Guillermo Harizpe y Ramón Plaza en el rubro Poesía; Andrés Rivera, Horacio Casal, Estela Canto y Octavio Getino en Narrativa; Oscar Díaz, Carlos Gorriarena, Hugo Griffio y Norberto Onofrio en Plástica; Roberto Raschella, Roberto Aizemberg y Nemesio Juárez en Cine; Roberto Cossa, Andrés Lizarraga y Susana Vallés en Teatro; León Pomer en Historia y Javier Villafañe en Literatura infantil.

⁵¹ Intentando desentrañar la especificidad de las lógicas culturales que signaron la disputa, Kohan (1999: 39) muestra que en su persistente filiación con Tuñón los jóvenes editores intervenían en las polémicas de intelectuales de la generación anterior. Básicamente en las que el poeta había mantenido con Agosti, que eran de orden estético, político y personal.

⁵² Nacido en 1930 en una familia de origen judío, Juan Gelman ingresó a la FJC con 15 años y a comienzos de los '60 era un poeta sumamente apreciado por el partido. Se apartó en mayo de 1964 por las presiones para que abandonara la agencia de noticias china, algo que no entendía por considerar que “China seguía siendo una revolución aunque no estuviera alineada con la URSS” (entrevista a Gelman, en Russo, 2001). Meses después, el PC informó -en tono serio y por eso irrisorio- que se lo había expulsado de las filas partidarias “por su indigna actitud de haber desertado de las mismas.” (NP, 29/9/64, p. 3). Años después tanto Gelman como Francisco Urondo, otro reconocido poeta, se incorporaron a las FAR.

⁵³ Según Mangieri: “No es que nos hayan expulsado de un día para otro. Nosotros dimos muchas señales de lo que pensábamos. En *El popular*, empezamos a plantear cosas que se traducían en ciertas licencias respecto de la ortodoxia. Recuerdo los artículos a favor de Cuba y Vietnam, que eran muy conflictivos para los comunistas argentinos. (...) Para cuando salió el primer número de *La Rosa Blindada*, ya éramos desclasados. Pero después de los primeros números, nos convertimos en parias totales.” (Entrevista en Casabella y Barrozo, 2004: 27-29).

el número 4 de la revista, cuyo editorial reivindicaba la figura de Tuñón frente a los “administradores de la cultura” que los acusaban de “ultraizquierdistas y generacionales” (La Rosa Blindada, 1965a: 3-4) y, según el testimonio de Mangieri, de “foquistas y militaristas” (en Casabella y Barrozo, 2004: 28). La respuesta del partido fue la expulsión de los directores de la revista, sosteniendo que, con la excusa de abrir un debate cultural, buscaban gestar un grupo político en su contra. En la misma clave, les señalaba que toda polémica debía supeditarse a las decisiones partidarias y no derivar en “agrupamientos fraccionales funcionando dentro del PC”⁵⁴. De hecho, ya en el XII Congreso de 1963, Agosti había trazado límites precisos a las polémicas culturales, resolviendo las históricas tensiones entre práctica intelectual y militancia partidaria en virtud de la intangibilidad de la línea política del PC⁵⁵. Poco después, en medio del conflicto en el Sindicato de Prensa, el PC volvía a condenar a Mangieri, Gelman y Rivera por combinar sus editoriales contra el partido en *La Rosa Blindada* con su militancia sindical “fraccionista”⁵⁶.

Respecto de los temas y debates planteados por la revista, quisiéramos destacar tres cuestiones.

La primera de ellas es su reivindicación de un marxismo de corte humanista y antideterminista que rechazaba toda reclusión de la cultura en un ámbito cerradamente superestructural y epifenoménico. Esta concepción se asociaba con la crítica al materialismo dialéctico de cuño soviético y con la recuperación de ciertos autores y temas que, como los escritos del joven Marx, Gramsci, Lefebvre o Lukács, y las problemáticas del trabajo alienado o el hombre nuevo guevarista, son referencias compartidas en los artículos filosóficos más relevantes de la revista. En ese registro puede ubicarse la publicación de “El socialismo y el hombre en Cuba” de Ernesto Guevara (1965), que se convertiría en una suerte de ideario ético de la “nueva izquierda”, un artículo de Oscar Terán (1965) que sostenía que la obra de Roger Garaudy (dirigente y filósofo oficial del PC francés luego de la expulsión de Lefebvre) expresaba todas las contradicciones de un stalinismo remozado que luego del XX Congreso del PCUS se permitía ser “humanista”, y los escritos de Cooke (1965) y

⁵⁴ NP, 14/4/65, p. 7.

⁵⁵ Allí, como responsable del frente cultural del PC, había afirmado: “Creo que no debe alarmarnos la polémica interna -y ni siquiera la exteriorización de esa polémica- cuando se refiere a cuestiones específicas que no conciernen a la línea política del Partido.” (Agosti, 1963: 719-720). En 1965, luego de la expulsión de *Pasado y Presente* y *La Rosa Blindada*, Agosti reforzó estas ideas en un informe interno donde realizaba una autocrítica por la pérdida de hegemonía del PC entre los sectores juveniles e intelectuales. En ese caso acotaba: “Hay que distinguir entre un plano y otro, y sé muy bien que a Portantiero o a Gelman no los expulsamos por razones artísticas o estéticas” (reproducido en Kohan, 2000b: 100-105).

⁵⁶ NP, 27/5/65, p. 5.

León Rozitchner (1966). Y, también, “Incentivos morales y materiales en el trabajo” de Antonio Caparrós (1965)⁵⁷, artículo originalmente publicado en una revista cubana a instancias del mismo Guevara, donde el autor apoyaba los argumentos de aquél en el debate que se libraba en Cuba sobre el aumento de la productividad. Este espíritu que anima la revista iba de la mano de la importancia atribuida a la cultura para pensar la política revolucionaria y del interés por hallar los caminos que acercaran a los intelectuales al “campo de la revolución”. Su colectivo editorial constataba que el esfuerzo no era nuevo, pero subrayaba que la “esclerosis ideológica” y la “ineficacia política” de la izquierda habían erosionado toda posibilidad de alianza entre los intelectuales y los trabajadores” (La Rosa Blindada, 1965a: 16).

La segunda cuestión que quisiéramos subrayar son las huellas que muestran cierta impronta del debate sobre el “hecho peronista” en la revista. Estas son perceptibles en la apertura al diálogo que el colectivo editorial establecía con el peronismo radicalizado convocando a una de sus figuras prototípicas, Cooke, para reflexionar sobre las “Bases para una política cultural revolucionaria” (1965), iniciando justamente así el aporte que querían realizar a la búsqueda de los caminos que acercaran a los intelectuales y los trabajadores. También en el contrapunto que, de modo implícito, Rozitchner mantenía con Cooke en “La izquierda sin sujeto”, donde destacaba el profundo trabajo de transformación de la subjetividad militante que requería todo proceso revolucionario. Allí, el autor abría varios frentes de batalla, criticando tanto al sujeto internalizado por la izquierda cultora del DIAMAT soviético como por la izquierda peronista. A ésta última -y de modo apenas velado a Cooke- le replicaba que no se podía construir el socialismo en el país teniendo como modelo de revolucionario a un general burgués. Por ello, a la figura de Perón, que retenía la clave del misterio - el camino hacia el proletariado- que la izquierda todavía no había podido resolver de modo revolucionario, Rozitchner le oponía las de Fidel Castro y el “Che” Guevara. A su vez, Carlos Olmedo y Oscar Terán⁵⁸ publicaron, ambos bajo seudónimos, un extenso artículo que evidenciaba de forma tangencial la importancia que le otorgaban a la revisión del fenómeno peronista (Eusebio y Ramírez, 1966). Allí, criticaban duramente un libro sobre la figura de Eva Perón recientemente publicado por Sebreli, al que

⁵⁷ Antonio Caparrós, de previa militancia en el PC y en VR, era por entonces un destacado intelectual. Se incorporó a la revista en el número 5 de abril de 1965, en la sección de psicología.

⁵⁸ Nacido en Paraguay en 1944, Carlos Olmedo ingresó a la FJC durante los últimos años del secundario en el Colegio Nacional Buenos Aires. Luego estudió Filosofía en la UBA, trabajó en el servicio de psiquiatría del policlínico de Lanús junto a su suegro, Mauricio Goldemberg, y en la Fundación Gillette entre los años 1968 y 1969. Por su parte, Terán también había tenido un breve pasaje por el PC. A Olmedo, quien lo invitó a participar en *La Rosa Blindada*, lo conoció en la biblioteca de la facultad cuando ambos estudiaban filosofía.

analizaban por considerar que la “valoración del proceso peronista” era “fundamental para nuestra tarea histórica” aunque el texto en cuestión no pudiera responder a “tan altas expectativas”⁵⁹.

La última cuestión a destacar es el marcado interés de la revista por los procesos revolucionarios de la época, en sintonía con la postura china respecto de su conflicto con la URSS y con un énfasis particular en las experiencias cubana y vietnamita. Si bien este interés no llegó a ocluir las notas ligadas al ámbito cultural y artístico, la evolución de la revista muestra un proceso de politización creciente en que se vuelve explícita la adhesión a una estrategia revolucionaria que privilegiaba la lucha armada. Este proceso se acentúa a partir del número sexto de 1965 e incluso motivó el alejamiento de Carlos Brocato, uno de sus directores⁶⁰. Fue en ese número que Carlos Olmedo y Oscar Terán se integraron a su staff en la sección de filosofía y que se publicaron los artículos de Guevara, Caparrós y Cooke. A partir de entonces, los materiales vinculados al debate sobre los “caminos” de la revolución inundaron las páginas de la revista, como puede verse a través de la publicación de diversos artículos de Régis Debray, autor que junto a *Pasado y Presente* publicaron por primera vez en la Argentina, de varios otros ligados a la experiencia vietnamita, peruana y venezolana y de los numerosos libros de Ho Chi Minh, Vo Nguyen Giap o Mao Tsé-Tung que publicaron como sello editorial. Finalmente, cabe destacar que el interés del grupo por los procesos revolucionarios de la época no quedó sólo a nivel editorial. De hecho, a principios de 1965, Néstor Lavergne -un ingeniero argentino, ex militante comunista, que trabajaba junto a Ernesto Guevara en el Ministerio de Industrias- les propuso a Juan Gelman, José Luis Mangieri y Antonio Caparrós comenzar a preparar un grupo político-militar previendo el inminente derrocamiento del gobierno Illia (entrevista a Lavergne, 2012)⁶¹. Si bien el proyecto no llegó a concretarse, Caparrós

⁵⁹ El libro era *Eva Perón: ¿Aventurera o militante?* Básicamente le impugnaban a Sebreli que, readaptando para sus fines la obra de Sartre, realizara una falsa identificación entre “marginalidad” y “negatividad”. Es decir, que de los “marginales” del orden establecido (negros, homosexuales o bastardos como Eva Perón) deviniera necesariamente la negación del sistema capitalista como totalidad. Y, más específicamente, que pretendiera derivar de la bastardía de Eva Perón su inclinación hacia las masas y el carácter revolucionario del peronismo.

⁶⁰ En ese número se registran ciertos cambios en el colectivo editorial de la revista. Raúl González Tuñón desaparece como “director de honor” debido a los problemas que empezaba a tener con el PC por su relación con los jóvenes editores, Andrés Rivera pasa al puesto de secretario de redacción y se agregan nuevos rubros y miembros a la publicación. A su vez, a partir del N° 8 Brocato ya no figura como director. Según Mangieri: “Brocato se fue cuando se politizó mucho (...) cuando empezamos a publicar al Che Guevara (...) y sobre todo cuando la editorial, que había comenzado siendo de poesía y literatura, comenzó a editar uno tras otro libros sobre Vietnam.” (Entrevista en Ayzemberg y Hernández, 2003).

⁶¹ Además, Mangieri y Gelman estuvieron entre los múltiples contactos establecidos por Ciro Bustos en relación con el EGP, y si bien no participaron del proyecto, Gelman llegó a entregarle a Guevara un mensaje de parte de Bustos en 1964, cuando viajó a Cuba como jurado de un concurso literario de Casa de las Américas. Por su parte, otro miembro del colectivo editorial de la revista, Alberto Szpunberg, fue

capitalizará posteriormente los contactos generados con Guevara en relación con el grupo que formará junto a Carlos Olmedo. Por otra parte, cuando se produjo el golpe de Onganía, algunos miembros de *La Rosa Blindada* ya habían retornado de un viaje por China donde, entre otras cuestiones, buscaban averiguar si existían condiciones para preparar gente para la lucha armada⁶².

1.3 En el camino cubano: la formación del grupo liderado por Carlos Olmedo y del núcleo escindido de la Federación Juvenil Comunista

Impulsada por la idea de producir una transformación radical de la sociedad, la dictadura instaurada por Juan Carlos Onganía el 28 de junio de 1966 ya no planteó retornar al orden constitucional luego de un breve interregno que garantizara las condiciones consideradas necesarias para ello. Por el contrario, se propuso como agente de una “revolución nacional” cuyo contenido básico era la modernización por vía autoritaria. Como es sabido, la tarea no tenía plazos sino objetivos: primero vendría el tiempo económico, luego el social y finalmente el político. En consonancia con esa lógica, la dictadura inhabilitó los partidos políticos manteniendo la proscripción del peronismo, intervino los sindicatos y las universidades y practicó sistemáticamente la censura guiada por concepciones de tipo tradicionalista. Sin embargo, el intento de Onganía de despolitizar la sociedad clausurando los diversos mecanismos institucionales de procesamiento de los conflictos, terminó por acrecentar lo que se había propuesto erradicar (Altamirano, 2001c).

Fue en este nuevo contexto represivo, más precisamente durante el segundo semestre de 1966, que las trayectorias disidentes que trazamos en el apartado anterior se entrelazaron formando el grupo que intentará apoyar la campaña de Guevara en Bolivia. Ese año, tanto Antonio Caparrós como Eduardo Jozami y Carlos Olmedo estuvieron en Cuba y comenzaron a nuclearse con otros militantes con quienes habían participado de “Vanguardia Revolucionaria”, el Sindicato de Prensa y *La Rosa Blindada*, entre los que estaban Roberto Quieto, Lila Pastoriza y Oscar Terán. Si bien no conocían con exactitud los planes de Guevara, desde sus primeras reuniones se plantearon formar una organización vinculada a Cuba y relacionada con

uno de los fundadores de la Brigada Masetti, la continuación urbana del EGP (Bustos, 2007: 240-242 y Taibo, 1996: 506).

⁶² Respecto del viaje a China que realizaron Rivera y Mangieri, según este último los invitaron en “tanto intelectuales amigos de China” puesto que por entonces *La Rosa Blindada* era ya una editorial importante que había publicado gran cantidad de libros, entre los que las obras de Mao y los textos vietnamitas ocupaban un lugar destacado (entrevista en Casabella y Barrozo, 2004: 31-34).

una estrategia de orden continental. Los testimonios indican que la dictadura fue percibida como el contexto propicio para lanzarse definitivamente a la lucha armada, método que desde hacía varios años consideraban imprescindible y con el que algunos ya habían tenido algún acercamiento a través de sus contactos con el EGP⁶³. También señalan otras dos cuestiones que influyeron en estas primeras adhesiones. Una de ellas tiene que ver con las frustraciones generadas a lo largo de la experiencia partidaria en el comunismo:

“Yo me acuerdo que en el hecho de armar este grupito que era tan heterodoxo en relación con lo que había sido la militancia partidaria, me acuerdo una charla con ella [Lila Pastoriza] de ese momento que era como decir ‘bueno, la verdad que lo otro muy bien no anduvo...’

P: ¿Lo otro qué es?, ¿la militancia partidaria en el PC?

R: Claro, lógico, como diciendo: seamos un poco más audaces, está bien, el foquismo, lo que se quiera, pero...” (Entrevista a Jozami).

Y, la otra, con ciertas expectativas en que el proyecto impulsado por Guevara permitiría lograr la unidad de una izquierda que, pese a llamar constantemente al “reagrupamiento”, hacía años que no dejaba de fragmentarse. En este sentido, según el relato de Vazeilles (2006: 29), la idea de que la unidad que las izquierdas no lograban consolidar podría ser “promovida desde afuera” fue uno de los argumentos que utilizó Roberto Quieto en una reunión con el MLN para intentar sumarlos a la guerrilla. El otro habría sido invocar el prestigio de la figura del “Che”, enfatizando que el proyecto ya estaba decidido “por arriba” y que él sólo se encargaba de transmitirlo. Por otra parte, si bien no era el eje central, en las primeras discusiones del grupo tampoco estuvo ausente el tema del peronismo que, junto con el de las “vías” hacia la revolución, había influido en sus disidencias con el PC reapareciendo luego en los distintos nucleamientos por los que habían transitado. Por entonces, valoraban el peronismo en tanto experiencia política de los trabajadores pero claramente no se identificaban con ese movimiento. Según el testimonio de Jozami:

“Me acuerdo haber escrito algo que discutimos con Oscar, Carlos y Lila [Terán, Olmedo y Pastoriza] donde aparecía una postura que no era muy distinta a la del MLN. Una revalorización del peronismo frente a la crítica de la vieja izquierda pero ni por asomo declararse peronistas, había que gestar una nueva vanguardia revolucionaria. En general era eso, no éramos gorilas, creíamos que había que trabajar con el peronismo porque era la experiencia política más importante de la clase obrera argentina.”

Paralelamente a la conformación de este grupo, cuyos militantes ya habían transitado por diversos ámbitos disidentes del PC, se produjo otra escisión en el partido. En este

⁶³ Luego de destacar la importancia de la dictadura de Onganía en la conformación del grupo, Jozami señala: “nosotros le compramos el discurso a Onganía, se lo creímos porque además había como una necesidad, porque le venía bien a la estrategia esta ¿no?, ‘se acabó la política, diez años de gobierno, no hay plazos sino objetivos’.” (Entrevista citada).

caso, se trató de una ruptura gestada básicamente en la FJC y ya en 1966, con la idea de viajar a Cuba para entrenarse y participar de algún proyecto liderado por Guevara. En principio rompieron con el partido alrededor de quince dirigentes de la FJC, capaces de movilizar un contingente de militantes varias veces mayor⁶⁴. Lo lideraba Alfredo Helman, y entre otros lo integraban Marcos Osatinsky, Alejo Levenson, Marcelo Kurlat, Mercedes Inés Carazo, Sara Solarz, Jorge Gadano, Alfredo Moles y Alicia Gillone, todos con una considerable trayectoria en el comunismo. Por entonces, Helman era miembro del Comité Central de la FJC, antes de lo cual había sido secretario general de la regional de Mendoza. Además, hacia fines de los cincuenta había sido miembro de la Comisión Nacional de Organización de la FJC como responsable del interior del país, época de la cual databan sus contactos con Marcos Osatinsky y Sara Solarz. Respecto de estos últimos, Osatinsky, quien ingresó en la “Fede” durante los primeros cincuenta, fue primero secretario general de la FJC de Tucumán y para la época de la ruptura ya había pasado a militar en el partido, siendo responsable de organización del PC en su provincia. Y, Sara Solarz, su esposa, era la responsable de OMA (Organización de Muchachas Argentinas) en la FJC de Tucumán, organismo dependiente de la UMA (Unión de Mujeres Argentinas) a nivel partidario. Por su parte, Levenson, Kurlat y Carazo eran dirigentes destacados de la FJC en la Facultad de Exactas de la UBA, Gadano de la Facultad de Derecho, y Moles y Gillone de Medicina. Además, algunos de estos militantes, como Osatinsky y Moles, contaban también con bastante experiencia militar producto de sus entrenamientos en la URSS bajo directivas del propio PC⁶⁵.

⁶⁴ Según Helman (2005: 128) para entonces el grupo contaba con unas cuarenta personas. Alfredo Moles (entrevista de la autora, 2010 y 2011) afirma que llegaban al centenar incluyendo a los militantes dispuestos a integrarse en una futura red de apoyo urbano a la guerrilla.

⁶⁵ Nacido en 1933 en Tucumán, Marcos Osatinsky provenía de una familia judía de origen rumano. Llegó a estudiar un año Medicina en Córdoba, carrera que abandonó para dedicarse de lleno a la militancia comunista en su provincia natal. A su vez, antes de viajar a la URSS en 1963 para adiestrarse militarmente durante un año, el PC lo había enviado a Alemania del Este a realizar un curso de formación política. Nunca llegó a militar en el PCR -como suele figurar en la bibliografía-, aunque según su mujer cuando se formó ese partido le ofrecieron un cargo de alta jerarquía que él rechazó. Sara Solarz, nacida en 1935 en una familia judía de origen polaco, también contaba con una larga trayectoria militante en la juventud comunista de Tucumán. Por su parte, Alejo Levenson estudió Química en la Facultad de Ciencias Exactas de la UBA donde ingresó a la FJC y fue consejero estudiantil. Nació en 1937, también en una familia judía, y sus padres, Gregorio Levenson y Elsa Rabinovich, habían sido activos militantes comunistas. Su hermano Bernardo, luego también será militante de las FAR. Marcelo Kurlat también estudió Química y fue un importante dirigente de la FJC en la Facultad de Exactas de la UBA, al igual que su mujer, Mercedes Inés Carazo, quien fue presidenta del centro de estudiantes de Físico-matemáticas. Por su parte, Alfredo Moles, quien en 1962 se había entrenado en la “Academia Frunze” de Moscú, además de militar en la FJC había participado de una célula del PC destinada al trabajo político entre los militares y, Alfredo Helman, de las acciones de tipo comando para repartir alimentos que mencionamos en el primer apartado de este capítulo, en su caso bajo el nombre “Brigada Fidel Castro” del “Comando contra la represión del hambre y la miseria” en Mendoza. Además de los militantes mencionados, la fractura involucró originalmente a dirigentes de las regionales de Bahía Blanca, Chaco y Río Negro, y, a nivel universitario también de otras facultades como Arquitectura e Ingeniería. Los datos sobre estas

Las críticas de estos militantes tuvieron que ver con varios de los malestares generados al interior del PC que ya hemos analizado. Centralmente, con la posición partidaria frente al debate sobre las “vías” de la revolución abierto por la Revolución Cubana y el conflicto chino-soviético. Si bien la postura “antiperonista” del PC es señalada por algunos de ellos (entrevista a Carazo; Helman, 2005), este no fue el eje central de su ruptura con la FJC que, como señalamos, se gestó ya con la idea de participar de la estrategia continental de Guevara. Aún así, Sara Solarz recuerda que ya dentro de las FAR, sus recuerdos sobre las dificultades halladas como militante de la FJC para trabajar políticamente entre las mujeres de los barrios pobres tucumanos la impulsaron en su convicción de que la organización tarde o temprano debería identificarse con el peronismo.

Por otra parte, el malestar de estos militantes databa desde tiempo atrás. De hecho, Osatinsky y Solarz, quienes durante cierto tiempo habían cifrado sus expectativas en la posibilidad de generar cambios desde adentro del partido, ya habían sido separados del PC a fines de 1965, cuando la progresiva exteriorización de sus críticas y el intento de ganar adherentes a la idea de que el camino al socialismo pasaba por la lucha armada, llegaron a los oídos de la dirigencia comunista (entrevista a Solarz). Ya separados del partido, y sin intenciones de retornar a sus filas, continuaron con dicha tarea, que incluyó la distribución de escritos que el PC no solía difundir. Entre ellos, aquellos en que la dirigencia cubana, con críticas apenas veladas a los partidos comunistas alineados con la URSS, defendía los movimientos guerrilleros que se desarrollaban en América Latina y proclamaba que allí estaban dadas las condiciones objetivas para la revolución mientras que las subjetivas sólo podrían forjarse al calor de la lucha revolucionaria (Castro, 1966a).

A mediados de 1966, y todavía como miembro del Comité Central de la FJC, Helman estableció contacto con Ciro Bustos con el objetivo de organizar el traslado de militantes para entrenarse en Cuba. Por su parte, el PC terminó por expulsarlos públicamente en diciembre de 1966, denunciándolos en su semanario por sus actividades “fraccionistas”, lo que apuró la partida de varios de ellos, que ese mismo mes viajaron a la isla⁶⁶.

trayectorias en entrevistas de la autora a Sara Solarz (2012), Mercedes Carazo (2012) y Alfredo Moles (2010 y 2011). También puede verse el testimonio de Helman (2005), Gilbert (2009), Tarcus (2007), Levenson y Jaureche (1998), Levenson, (2000), Baschetti (2007) y *NP*, 8/1/63, p. 3; 3/3/64, p. 7 y 23/7/63, p. 3.

⁶⁶ Respecto al encuentro entre Helman y Bustos, es referido por ambos, aunque el último señala que fue el propio comandante “Barbarroja” Piñeiro quien le indicó contactar a Helman, quien ya tendría relaciones con los servicios de inteligencia cubanos (Helman, 2005: 118-119; Bustos, 2007: 257). Sobre la expulsión de Helman y Levenson del PC ver *NP*, 6/12/66, p. 4.

Como veremos en el próximo capítulo al tratar este período, la muerte de Guevara en octubre de 1967 sorprendió al grupo en que estaba Olmedo y a aquel en que estaba Osatinsky sin haber podido poner sus planes en marcha. En 1968, cuando ambos grupos decidieron participar del relanzamiento del proyecto guevarista al mando de Inti Peredo, algunos de sus compañeros, que habían sido centrales en el itinerario que dio lugar a su gestación, ya no estaban entre sus filas. Fue el caso de Helman, Moles, Gadano y Gillone respecto del grupo escindido de la FJC; y de Jozami, Pastoriza y Caparrós respecto del grupo en que estaba Olmedo. Al mismo tiempo, a este último grupo se fueron incorporando nuevos militantes, antes e inmediatamente después de la muerte de Guevara. Buena parte de ellos fueron convocados por Carlos Olmedo a través de lazos familiares, laborales y de sociabilidad forjados en su paso por la Facultad de Filosofía y Letras y en su trabajo en el Colegio Nacional Buenos Aires como preceptor, en el servicio de psiquiatría del policlínico Lanús y en la empresa Gillette. Entre los más conocidos estaban su hermano Osvaldo Olmedo, Juan Pablo Maestre y su mujer, Mirta Missetich, Eusebio Maestre, María Antonia Berger, Teresa Meschiatti y un grupo de militantes jóvenes como Alberto Camps, Raquel Liliana Gelín, Leonardo y Jorge Adjiman, María Angélica Sabelli, Isabel, Carlos y Liliana Goldemberg, Sergio Paz Berlín, Pilar Calveiro, Horacio Campiglia, Alcira Campiglia, Claudia Urondo y María Adelaida Viñas, todos ellos luego militantes de las FAR⁶⁷. Más adelante, Francisco Urondo y Juan Gelman, para entonces reconocidos poetas, se incorporaron a las FAR a través de lazos familiares y políticos con integrantes de este núcleo.

Quedaban conformados entonces dos de los grupos que un par de años después fundaron las FAR. Es decir, aquellos forjados a través de las sucesivas escisiones que el PC experimentó por esos años, y compuestos por militantes que, como hemos mostrado a través de sus trayectorias y los distintos ámbitos militantes por los que transitaban, contaban ya con una considerable experiencia política. Parte de ella forjada en la FJC, es decir, en el mundo juvenil y universitario comunista, pero también

⁶⁷ Juan Pablo Maestre, sociólogo al igual que Berger, trabajó amistad con Olmedo a partir de su trabajo como bibliotecario en la Facultad de Filosofía y Letras. Luego, junto a Leonardo Adjiman y Osvaldo Olmedo trabajó en la sección de investigaciones de mercado de Gillette, mientras que Carlos Olmedo y Teresa Meschiatti lo hacían en la fundación de la empresa, encargada del repatriamiento de técnicos. El grupo juvenil fue convocado en su mayor parte a través del trabajo de Olmedo como preceptor en el Colegio Nacional Buenos, lazos que además se cruzaban con otros de tipo afectivo pues por entonces Isabel Goldemberg era su pareja. Algunos de estos militantes, como Pilar Calveiro y Leonardo Adjiman también habían militado en la FJC. (Entrevistas de la autora a "Militante de FAR 1", 2012; y testimonios de Pilar Calveiro, 2006 y Mercedes Depino, 2003, en AOMA; Anguita y Caparrós, 1997; Tarcus, 2007; Gilbert, 2009; Visacovsky, 2001 y relato de Teresa Meschiatti en Diana, 1997: 44-57).

en otros grupos políticos escindidos del partido y en ámbitos vinculados con el mundo cultural y gremial.

Capítulo 2

Itinerarios político-ideológicos en la gestación del grupo fundador proveniente del MIR-Praxis (1960-1966)

2.1 Referencias sobre la trayectoria política recorrida por los militantes del grupo liderado por Arturo Lewinger

Prácticamente todos los militantes de este grupo iniciaron su formación política a comienzos de los sesenta en el “Movimiento de Izquierda Revolucionario-Praxis” (MIR-Praxis), un nucleamiento liderado por Silvio Frondizi fuertemente crítico de las fuerzas tradicionales de la izquierda como el Partido Comunista y Socialista. Fundado en 1955 sobre la base de “Praxis” -el previo grupo de Frondizi-, el MIR-Praxis se trazó como objetivo lanzarse a la actividad política práctica. De todos modos, su rasgo distintivo siguió siendo el énfasis en la formación teórica y política de sus miembros, en consonancia con la idea de su líder de que en la Argentina estaban dadas las condiciones objetivas para la revolución pero no las subjetivas. Desde esa perspectiva, y convencido de la ausencia de una “dirección numerosa y conciente” capaz de orientar el ascenso revolucionario cuando este sucediera, el MIR-Praxis se propuso como vehículo de un lento proceso de formación de “cuadros medios obreros, manuales e intelectuales, que puedan llegar a ser grandes conductores sociales” (Frondizi, 1959: 42). Para entonces, Frondizi ya había publicado la que será su obra de mayor envergadura, *La realidad argentina*⁶⁸, que se convirtió en un programa para el MIR-Praxis y en referencia privilegiada para muchos sectores críticos de la “izquierda tradicional”. En este sentido, tanto Tarcus (1996) como Amaral (2005) han destacado la importancia del pensamiento de Frondizi en la renovación teórica de la izquierda. Y, también, del MIR-Praxis como ámbito de formación de una nueva generación de militantes que en las décadas siguientes engrosarán las filas de variadas formaciones de la “nueva izquierda”⁶⁹.

⁶⁸ Sus dos volúmenes fueron redactados en 1953 y 1954 y publicados por la editorial Praxis en 1955 y 1956.

⁶⁹ Además de varios militantes que mencionaremos en este trabajo, pasaron por el grupo figuras luego reconocidas por su trayectoria política y/o intelectual como Ricardo Sidicaro, Ramón Horacio Torres Molina, Sergio Calletti, Jorge Altamira, Hugo del Campo, Roberto Carri y Alberto Ure entre otros.

Hacia fines de los cincuenta el MIR-Praxis llegó a contar con un centenar de miembros encuadrados en una organización celular, un radio de simpatizantes y lectores varias veces mayor y vio crecer su prestigio entre la juventud crítica de la “izquierda tradicional” (Tarcus, 1996: 144)⁷⁰. Entre los factores que favorecieron su crecimiento entre estos sectores pueden apuntarse sus planteos y posicionamientos frente a ciertas coyunturas políticas claves del período. Por un lado, el MIR-Praxis había llamado al voto en blanco en las elecciones presidenciales de 1958, mientras que el comunismo y diversos sectores de izquierda habían respaldado la candidatura de Arturo Frondizi. Como mencionamos en el capítulo anterior, esos sectores experimentaron una fuerte frustración frente a la orientación del gobierno, que consideraron una “traición” al programa estatista y antiimperialista que habían apoyado. Mientras tanto, el MIR-Praxis -cuyo dirigente era hermano del entonces presidente- contaba con las advertencias que había realizado sobre tal “viraje” antes de que la UCRI ganara las elecciones y con una serie de consideraciones sobre la caducidad de la burguesía como fuerza popular de progreso para justificar teóricamente su posición. Por otro lado, Silvio Frondizi había sido un entusiasta de la Revolución Cubana desde sus comienzos y su evolución parecía confirmarle la tesis acerca del carácter “permanente” de la revolución latinoamericana que sostenía en clave trotskista, pues partiendo de demandas nacional-democráticas viraba rápidamente hacia el socialismo. Además, sus críticas a los partidos tradicionales de la izquierda y su intento de realizar un balance sobre el peronismo que se quería matizado, seguramente hayan resultado atractivos para las filas juveniles descontentas con las posiciones que esos partidos habían asumido frente a dicho movimiento⁷¹.

Lo cierto es que durante la segunda mitad de los años cincuenta las actividades del MIR-Praxis se circunscribían en buena medida a la formación política de sus miembros y a la elaboración y difusión de las ideas del movimiento. En mayo de 1960, con la puesta en marcha del Plan CONINTES (Conmoción Interna del Estado)⁷² y la

⁷⁰ Juan Carlos Cibelli, ex militante del MIR-Praxis y luego fundador de las “Fuerzas Argentinas de Liberación” (FAL), realiza una estimación más generosa y calcula que llegó a sumar entre 200 y 300 militantes distribuidos en cuatro regionales de Buenos Aires: Oeste, Norte, Sur y Capital (entrevista en Bufano y Rot, 2005: 34).

⁷¹ No profundizaremos en la experiencia del MIR-Praxis previa a la década del sesenta ya que es a partir de entonces que se producen en el movimiento una serie de transformaciones impulsadas por el grupo de nuestro interés. Sólo remitiremos algunas de sus ideas centrales para mostrar los inicios del derrotero que dio lugar a la formación del grupo fundador de las FAR y poder comparar sus distintos momentos. Para un análisis exhaustivo de esta experiencia puede verse el trabajo de Tarcus (1996).

⁷² El Plan CONINTES dispuso el establecimiento de un sistema de zonas, sub-zonas y áreas de defensa bajo la autoridad militar; la subordinación operativa de las fuerzas policiales provinciales a las Fuerzas

aprobación de una ley de represión contra el “terrorismo”, el MIR-Praxis fue ilegalizado, se censuró su periódico *Revolución* y se cerraron sus locales. En 1961 Silvio Frondizi relanzó la actividad del grupo pero ahora bajo un nuevo signo, produciendo un viraje en su orientación discursiva, programática y organizativa y abandonando su antigua denominación. El giro se expresó públicamente en el documento *Bases y puntos de partida para una solución popular* (Frondizi, 1961) y en el nuevo periódico del grupo titulado *Movimiento*, que ya no se presentaba como órgano político del MIR-Praxis sino como promotor de un nuevo “Movimiento Popular Revolucionario”. La organización transitará a partir de entonces desde un marxismo crítico de corte humanista e influencias trotskistas a una estrategia discursiva de resonancias nacional-populares, y de la práctica básicamente teórica al énfasis en el trabajo político de inserción territorial, sobre todo en barrios y villas del Gran Buenos Aires y La Plata. Mientras que el conjunto de militantes de nuestro interés impulsó de modo entusiasta estos cambios, varios sectores del MIR-Praxis rompieron con el movimiento considerando su reorientación en línea “nacional y popular” como una claudicación y reivindicando las influencias trotskistas que antes lo animaban⁷³.

Tarcus (1996: 369) ensaya diversas razones para explicar esta reorientación del MIR-Praxis. La más importante parece haber sido el impacto que causó en Silvio Frondizi la Revolución Cubana, luego de su viaje a la isla en 1960. Si bien aquel proceso parecía confirmarle su tesis sobre el carácter “permanente” de la revolución, también le habría evidenciado la distancia que existía entre el conjunto de intelectuales cubanos que con una ideología nacional-antiimperialista conformaba un amplio movimiento popular que terminaba liderando una revolución, y los escasos avances políticos del propio MIR-Praxis, ideado como vehículo de un lento proceso de construcción centrado en la formación política e intelectual de sus miembros. Por otra parte, testimonios de quienes apoyaron las transformaciones del MIR-Praxis indican que éstas no se

Armadas para la ejecución de las acciones de represión interna y el establecimiento de tribunales especiales formados por militares para juzgar a civiles acusados de “terrorismo”.

⁷³ Uno de ellos fue el sector de La Plata del MIR-Praxis, liderado por Ramón Horacio Torres Molina, que luego dará lugar al “Movimiento de Izquierda Revolucionaria Argentina” (MIRA), disuelto ya a mediados de la década del ‘60. Pese a ello, su principal dirigente se destacará años después en las filas del peronismo de izquierda. Otro de los sectores que se fue del MIR-Praxis se incorporó a un nucleamiento liderado por José Speroni que editaba la revista *Liberación* (una escisión de Palabra Obrera, partido trotskista dirigido por Nahuel Moreno). Otro fue un grupo de Capital Federal encabezado por Jorge Altamira, que luego de numerosos reagrupamientos dio lugar en 1964 a Política Obrera, también trotskista (como mencionamos en el capítulo anterior, también confluyó en ese partido el sector liderado por Carlos Ábalo que rompió con Vanguardia Revolucionaria). La regional Sur del MIR-Praxis (una célula en Lomas de Zamora) que constituirá el núcleo originario de las FAL, ya se había apartado del movimiento a fines de 1958 impugnando que se volcara más a la elaboración intelectual que a la práctica revolucionaria “concreta”, considerando que había que impulsar un mayor trabajo político entre la clase obrera e iniciar la lucha armada (entrevista a Juan Carlos Cibelli, en Bufano y Rot, 2005: 35 y Rot, 2004: 142).

debieron sólo a los cambios de orientación de su conductor sino también a las exigencias de sus miembros más jóvenes por desarrollar una actividad política más intensa y ligada a los sectores populares.

Pese a todo, para muchos de estos jóvenes la reorientación discursiva y el “giro a la práctica” pronto resultaron insuficientes. Enfatizando aún más los planteos en línea “nacional y popular” y sobre todo bajo el impulso de “pasar a la acción” profundizando la actividad política “concreta”, en 1964 un núcleo de militantes se apartó del grupo liderado por Frondizi para conformar un espacio político autónomo, el “Tercer Movimiento Histórico” (3MH)⁷⁴. El 3MH fue una breve y peculiar experiencia de fuertes tintes generacionales que promovía la gestación de un amplio movimiento popular que superara al yrigoyenismo y al peronismo. Sin dudas, su nota distintiva fue plantear que este nuevo movimiento no accedería al poder por vía insurreccional sino a través de un golpe militar de base popular y estilo nasserista. En esta línea, según *Del peronismo al Tercer Movimiento Histórico* (Lewinger, Ferrari Etcheberry, et. al., 1964), que ofició como la plataforma política del grupo, el movimiento propuesto tendría tres actores claves: el movimiento popular, hegemonizado por la clase obrera; la “nueva generación”, que sería su vanguardia y donde se incluían; y sectores nacionalistas y progresistas del Ejército, que iniciarían el proceso revolucionario incluyendo progresivamente a las masas.

Con la instauración de la dictadura de 1966 el 3MH terminó desarticulándose. Cuando se produjo el golpe, algunos de sus miembros estimaron que no expresaba las tendencias progresistas y nacionalistas que buscaban en el Ejército, por lo que no iniciaría el proceso que anhelaban. Otros, terminaron efectivamente ligados a la dictadura encabezada por Onganía. Por su parte, el conjunto de militantes de nuestro interés mantuvo expectativas en el nuevo gobierno militar por un par de meses y publicó un documento que recuperaba los planteos básicos del 3MH: *De la Reforma Universitaria a la Revolución Nacional* (Lewinger et. al., 1966)⁷⁵. Tales expectativas se

⁷⁴ La dirigencia del 3MH estaba a cargo de Arturo Lewinger, Luis Piriz, Osvaldo Acosta, Jorge Bolívar, Jorge Castro, Aldo Comotto, Alberto Ferrari Etcheberry, Héctor Vega, Enrique Ninin y Juan Carlos Gallegos (sólo los dos últimos no habían militado en el MIR-Praxis, proviniendo el primero del peronismo y el segundo del radicalismo sabattinista). Conformaron también un grupo juvenil denominado LARJA (“Liga de Acción Revolucionaria de la Joven Argentina”) que tuvo actuación sobre todo en el Colegio Nacional Buenos Aires. Entre otros, pasaron por allí Pablo Gerchunoff, Enrique Tandeter, Carlos Tarsitano, Pepe Eliashev, Sergio Calletí, Osvaldo Furman, Pacual Albanese, Pablo Bergel y Pablo Lerman (entrevistas de la autora a Mario Rabey, 2007 y Alberto Ferrari Etcheberry, 2007). Si bien resulta difícil estimar la cantidad de miembros del 3MH, Jorge Omar Lewinger (entrevista de la autora, 2007 y 2011) señala que del nucleamiento liderado por Frondizi prácticamente se había ido toda la juventud y la segunda línea de dirección y Ferrari Etcheberry calcula entre 100 y 150 militantes.

⁷⁵ Los autores del folleto eran Jorge Omar Lewinger, Luis Piriz y Jorge Diamant y como parte de su Consejo Editor además de aquellos figuraban Arturo Lewinger, Aldo Comotto y Eduardo Corro, también ex integrantes del 3MH.

sustentaban en una matriz de pensamiento fuertemente antiliberal y de visos desarrollistas en que el énfasis en la “liberación nacional” parecía ocluir la “liberación social”. De hecho, al menos en el folleto, el socialismo ya no calificaba al proceso revolucionario que se proponían gestar. Con el correr de los meses, y ya convencidos de la ausencia de sectores progresistas en el Ejército, estos militantes formaron el grupo que se entrenó en Cuba para ligarse a la experiencia guerrillera liderada por Ernesto Guevara en Bolivia y que luego confluirá en las FAR.

2.2 El itinerario político-intelectual

2.2.1 Variaciones en torno al “hecho peronista”

Como ha destacado Altamirano (2001a), a partir de 1955 interpretar el “hecho peronista” fue considerado por importantes contingentes de izquierda algo crucial no sólo en términos intelectuales sino también, y sobre todo, políticos. Desde entonces, estos sectores se abocaron a una empresa de revisión del peronismo que, en muchos casos, enlazó una fuerte crítica a los partidos tradicionales de la izquierda con la expectativa de hallar, a través de la correcta dilucidación de aquella experiencia, la clave que permitiera descifrar una “fórmula nacional” para el porvenir socialista⁷⁶.

En este contexto intelectual y político, el MIR-Praxis sostenía una interpretación del peronismo que pretendía distanciarse tanto de las posiciones que lo consideraban un “movimiento de liberación nacional”, como la de Rodolfo Puiggrós, como del antiperonismo del PC y el PS. Tal interpretación se inscribía en una perspectiva más amplia, la “teoría de la integración mundial” elaborada por Frondizi para caracterizar la etapa que atravesaba el capitalismo desde la segunda posguerra. Básicamente, sostenía que el desarrollo del sistema capitalista mundial había pasado por tres fases: la del capitalismo de libre competencia, estudiada por Marx; la del imperialismo, estudiada por Lenin y la de la integración mundial capitalista abierta tras la segunda guerra mundial, que él se esforzaba por teorizar. Esta nueva etapa estaba signada por el enorme desarrollo de las fuerzas productivas mundiales y un grado mayor aún de internacionalización del capital, por la emergencia de EEUU como potencia hegemónica, y por una nueva división internacional del trabajo. En ese contexto, el sistema colonial se había modificado. Las potencias imperialistas cedían en el aspecto

⁷⁶ El autor analiza las operaciones de reinterpretación del peronismo realizadas por lo que denomina el “polo revisionista de la cultura de izquierda”, centrándose en intelectuales como Jorge Abelardo Ramos, Rodolfo Puiggrós, Juan José Hernández Arregui, Ismael Viñas y, en menor medida, Milcíades Peña.

político, brindando mayor autonomía a sus colonias y semicolonias, para beneficiarse en el terreno económico, fomentando en los países del tercer mundo procesos de industrialización limitados generalmente a la industria liviana, que respondían a sus necesidades y se realizaban bajo la tutela del capital internacional. Una de las consecuencias políticas centrales de la teoría para los países semicoloniales -entre los cuales Frondizi ubicaba a la Argentina-, era que las burguesías nacionales, producto de la penetración imperialista y de su ligazón con los intereses del gran capital internacional, ya no tenían tareas progresistas que cumplir. Como corolario sostenía, en consonancia con la noción trotskista de “revolución permanente”, que en la Argentina no podría realizarse una “revolución democrática-burguesa” como etapa encerrada en sí misma sino que dichas tareas pendientes se realizarían simultáneamente con la marcha al socialismo. Desde esa perspectiva, el MIR-Praxis rechazaba toda estrategia de emancipación basada en una alianza con la burguesía y propiciaba la constitución de un frente de izquierda (Frondizi, 1959: 46). Estas concepciones lo diferenciaban claramente del PC, que sostenía la necesidad de completar la revolución democrática junto con sectores progresistas de la burguesía antes de realizar la revolución socialista. Y, también, de figuras de la “izquierda nacional” o el “nacionalismo popular revolucionario” como Jorge Abelardo Ramos y Rodolfo Puiggrós quienes, de distintos modos, también promovían una alianza con fracciones de la burguesía. Frondizi impugnaba duramente sus posiciones por considerar que idealizaban a la burguesía nacional y mantuvo con todos ellos agudas polémicas.

En el marco de estos planteos generales, Frondizi definía al peronismo como el intento más importante de realizar una “revolución democrático-burguesa” en el país -cuyo fracaso demostraba la incapacidad de la burguesía para cumplir con la tarea- y lo caracterizaba como un régimen “bonapartista”. Por ello entendía “una forma intermedia, especialísima de ordenamiento político (...) que, mediante el control del aparato estatal, tiende a conciliar las clases antagónicas a través de un gobierno de aparente equidistancia, pero siempre en beneficio de una de ellas, en nuestro caso la burguesía”. En este sentido, afirmaba que el gobierno peronista había sido el representante de la burguesía, tanto industrial como terrateniente, aunque se había independizado parcial y momentáneamente de aquella para canalizar la presión de las masas populares en beneficio del sistema capitalista en su conjunto. (Frondizi, 1959: 28-31).

A su vez, realizaba un balance del gobierno peronista que pretendía rescatar tanto aspectos negativos como positivos a nivel económico y político. Con respecto al último plano, sus rasgos negativos habían sido la corrupción, el crecimiento del aparato represivo, su carácter demagógico -evaluando que la “política de ayuda obrera” del peronismo se había desarrollado en muy pequeña escala pero dándole una apariencia gigantesca para canalizar las masas populares en favor del sistema- y la estatización del movimiento obrero, que habría impedido su accionar autónomo. Su mayor aporte había sido el desarrollo de la conciencia política de la clase trabajadora y su incorporación a la vida política activa. De todos modos, este logro no dejaba de considerarse como un efecto secundario de una de las facetas negativas del régimen: su demagogismo. A su vez, el resultado del balance a nivel económico era “la entrega del capitalismo al imperialismo” (Frondizi, 1959: 30). De este modo, Frondizi pretendía alejarse de las posturas que según él idealizaban las posibilidades progresistas del peronismo “magnificando sus conquistas y disimulando sus fracasos” (es decir, aquellas que lo entendían como “movimiento de liberación nacional”). Y, también, de “la crítica negativa y reaccionaria de la ‘oposición democrática’” que había identificado al peronismo con el fascismo. De hecho, rechazaba enfáticamente esta asimilación apelando a la diversa base social de ambos tipos de movimientos. En su visión, el peronismo, en tanto régimen bonapartista, se había apoyado en las clases extremas, el gran capital y el proletariado, mientras que la pequeña burguesía y la clase media sufrían el impacto económico-social de la acción gubernamental. Por el contrario, en el fascismo la pequeña burguesía era la fuerza de choque del gran capital, quien estaba a cargo de la represión del proletariado, lo que no sucedía en el peronismo. En este sentido afirmaba que era necesario distinguir entre “dictadura clasista” y “dictadura policial”. Para él, el peronismo había sido lo segundo (Frondizi, 1959: 32)⁷⁷.

La reorientación del MIR-Praxis a comienzos de los '60 conjugó un llamado explícito a las “masas peronistas” para constituir el nuevo movimiento popular propuesto, con una suavización de los aspectos críticos antes señalados. En *Bases y puntos de partida...* Frondizi volvía a caracterizar al gobierno peronista como bonapartista⁷⁸ y a destacar su contribución a la politización de las masas obreras, pero los rasgos negativos en que solía abundar el previo MIR-Praxis estaban prácticamente ausentes del texto. La

⁷⁷ Aún así, Ernesto Giudici, dirigente del PC, responderá estas formulaciones de Frondizi criticando tanto las diferenciaciones establecidas entre el fascismo y el gobierno peronista en favor de este último, como los aspectos positivos que había rescatado en este balance (Giudici, 1961: 29-30).

⁷⁸ Cabe aclarar que la lectura del peronismo como bonapartismo permitía las más variadas valoraciones políticas sobre el fenómeno. Ello explica que también haya sido realizada por intelectuales tan disímiles como Juan José Sebreli, Torcuato Di Tella, Nahuel Moreno o Jorge Abelardo Ramos.

convocatoria a las masas peronistas se reiterará en documentos posteriores, donde Frondizi subrayaba que no habría transformación posible sin la participación irrestricta de las masas, sobre todo de las peronistas “por tratarse de una realidad positiva de la que no se puede prescindir sin liquidar toda posibilidad efectiva de progreso” (Frondizi, 1962: 4). Al mismo tiempo, allí incitaba al peronismo a comprender que no podría dar por sí solo una solución a la crisis argentina.

A su vez, cabe señalar que el trabajo político del grupo en el Gran Buenos Aires, particularmente en Avellaneda, incluyó la coordinación de actividades con nucleamientos ligados al peronismo y al “nacionalismo popular” (entrevistas a Ferrari Etcheberry y Lewinger)⁷⁹ y, también, la recepción positiva que tuvieron algunos sectores relacionados con John William Cooke en el periódico *Movimiento*⁸⁰. Además, otro de los ejes de la nueva línea política tras el viraje del grupo fue su participación en un partido político preexistente de carácter comunal y previa orientación “neoperonista”, “Fuerza Autónoma Popular”⁸¹. Finalmente, y como parte de la estrategia de tender puentes hacia los trabajadores peronistas, en las elecciones de 1962 apoyaron la candidatura de Andrés Framini para la gobernación de Buenos Aires, presentando candidaturas propias sólo en el distrito de Moreno, donde habían realizado el mayor trabajo político y resultaron terceros (Chaves y Lewinger, 1999: 212).

Respecto del apoyo del grupo a la candidatura de Framini uno de los entrevistados recuerda:

“El planteo de por qué Framini..., bueno, eso da cuenta del pensamiento, de la izquierda de Silvio, en términos muy prácticos por otra parte. Él no tenía una actitud frente al peronismo como la izquierda tradicional, y para colmo con un peronismo medio proscrito era como un desafío al sistema, en fin, creo que por todas esas cosas.

P: ¿Ustedes suponían que lo iban a dejar asumir a Framini?

R: No lo sabíamos, pero lo que sí sabíamos es que era como un intento, qué se yo, alternativo digamos, o sea, no una fórmula permitida, legalizada y demás; creo que nos atraía mucho más eso que otra cosa.” (Entrevista a Lewinger).

La operación de revalorización del peronismo que el grupo había iniciado se volvió aún más pronunciada en el discurso del “Tercer Movimiento Histórico” que, además, le otorgó a su interpretación sobre el fenómeno una impronta marcadamente

⁷⁹ Ferrari Etcheberry alude a reuniones con Hernández Arregui y Arturo Jauretche y destaca la atracción que ya por entonces ejercían en el grupo este tipo de planteos. A su vez, se refiere específicamente a la coordinación de actividades políticas a nivel de base con grupos ligados a Rodolfo Puiggrós, Eduardo Astesano, Amado Olmos y John William Cooke.

⁸⁰ Tal fue el caso del “Peronismo Revolucionario de Acción Nacionalista”, agrupación recientemente creada en Santa Fe por militantes cercanos a Cooke (Movimiento, 1961a y b).

⁸¹ Según Ferrari Etcheberry, “Fuerza Autónoma Popular” era dirigida por un peronista que había sido Intendente de Morón, César Albistur Villegas (entrevista citada).

generacional. Como mencionamos, los miembros del 3MH se identificaban como parte de una “nueva generación”. Según el grupo, la experiencia común que había delineado sus rasgos distintivos era justamente la suerte corrida por el peronismo: “Esta promoción argentina es una generación porque su propio desarrollo (...) está íntimamente vinculado a un hecho fundamental que determina su visión del mundo: la caída del peronismo. Es la generación hija del peronismo” (Lewinger, Ferrari Etcheberry, et. al., 1964: 42). En su visión, luego de la Revolución Libertadora tal generación había canalizado su accionar a través de dos cauces, el social y el político. A través del primero parte de ella se habría integrado a la “resistencia peronista” y a las estructuras sindicales y, a través del segundo, a los partidos tradicionales y las luchas estudiantiles bajo concepciones antiperonistas y liberales. Sin embargo, el dato distintivo del presente era la progresiva convergencia de ambos cauces. Por ello, lo propio de la nueva generación era la emergencia de lo que denominaban “grupos de síntesis”. Se trataba de nucleamientos que, provenientes de diversas tradiciones políticas-ideológicas y abandonando muchos de ellos su origen antiperonista, plantearían la necesidad de superar al peronismo desde un planteo revolucionario, nacionalista y popular. Sin demasiadas precisiones, incluían entre ellos a “grupos de la nueva izquierda”, al “catolicismo renovador de avanzada” y al “nacionalismo revolucionario” (Lewinger, Ferrari Etcheberry, et. al., 1964). Tiempo después, algunos de estos militantes volverían sobre el tema para enfatizar su ruptura con la dirección política e intelectual de las generaciones previas, definiendo su tarea del siguiente modo: “Una generación política es una tarea histórica elaborada a la luz de la crítica a una común experiencia. Y esta tarea se evidencia como generacional a partir de la incapacidad de los grupos dirigentes actuales para realizarla” (Lewinger et. al., 1966: 39). Entre esos grupos dirigentes, el blanco principal era lo que llamaban la “vieja izquierda liberal” (PC y PS) y tanto el peronismo como la postura que esas fuerzas habían asumido frente a él, eran los ejes centrales de la experiencia que debía revisarse.

Como dejaba entrever su propio nombre, el “Tercer Movimiento Histórico” se planteaba una empresa que ataba sus condiciones de posibilidad a una interpretación histórica y a un diagnóstico preciso sobre el presente del peronismo. El grupo continuaba caracterizando al gobierno peronista como bonapartista. A su vez, consideraba que había sido un movimiento popular de gran carga revolucionaria y que era indispensable destacar su rol en la historia del ascenso de las masas. Sostener otra cosa, afirmarán algunos de ellos poco después, “es creer que un movimiento que

tenga arraigo en el pueblo argentino pueda negar al peronismo, es decir, ser antipopular” (Lewinger et. al., 1966: 10).

Ahora bien, esta valoración histórica del peronismo no brindaba respuestas unívocas sobre el rol que debía atribuírsele en el presente. Como a tantos otros sectores de izquierda, el “hecho peronista” les planteaba un dilema que Altamirano formuló en los siguientes términos: ¿qué esperar, la crisis o la transmutación?, ¿desde dónde hacerlo, desde afuera o desde adentro? (2001a: 64-65). Por ahora, este conjunto de militantes apostaba resueltamente por la primera alternativa y sostenía que el peronismo había agotado todas sus potencialidades de progreso, convirtiéndose, como el radicalismo en su momento, en “un partido más del régimen”⁸². En este contexto, la tarea de la “nueva generación” sí encontraba un antecedente con el cual filiarse. Debía emular el rol que, según consideraban, había cumplido FORJA en su momento: “el peronismo necesita su FORJA: esto es, exige un grupo lúcido, valiente y audaz que, reivindicando las líneas básicas de su significado histórico, proclame su caducidad política, se integre en el proceso popular profundo y actúe como vanguardia de la nueva aurora” (Lewinger, Ferrari Etcheberry, et. al., 1964: 11)⁸³. De este modo, se valoraba el peronismo pero deslizándolo al terreno de la historia, para poder lograr, en el mismo acto, reivindicar su legado como propio y negar su actualidad política. Era en este sentido que se apropiaban de uno de los símbolos más transitados para evocar al peronismo plebeyo y proclamaban: “El 17 de octubre ya no es hoy un día peronista. Es una fecha patria” (Lewinger et. al., 1966: 41). Reivindicado en el campo histórico, si algo quedaba de él en el presente debía considerarse, a lo sumo, transitorio. Como señala Altamirano en relación con otras figuras de la izquierda del período (2001a: 63), para el grupo que nos ocupa en el presente el peronismo sólo podía cobrar una “apariencia interina”, a la espera de otra cosa, una apariencia pasible sólo de pronósticos acerca de su desenlace futuro. A su vez, para quienes apostaban por su crisis definitiva y su incorporación a un “Tercer Movimiento Histórico”, era

⁸² Para sostener la afirmación señalaban que ya durante su segundo gobierno, el peronismo había sido dominado por sus elementos más “antipopulares”, que luego de su proscripción había aceptado participaciones retaceadas en las elecciones presidenciales de 1958 y 1963, que no había resistido la “burla a la voluntad popular” del 18 de marzo de 1962 y destacaban sus recientes intentos de conformar un “Frente Nacional y Popular” con sectores conservadores en los comicios de 1963. (Lewinger, Ferrari Etcheberry, et. al., 1964: p. 11).

⁸³ FORJA, “Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina” (1935-1945), fue un movimiento básicamente ideológico surgido en el marco del radicalismo para impulsar la línea yrigoyenista. En 1945 gran parte de sus miembros se sumaron al peronismo. Algunos de ellos, como Raúl Scalabrini Ortiz o Arturo Jauretche, que impulsaban desde una perspectiva antiimperialista un nacionalismo popular que intentaba diferenciarse del conservador, luego fueron referentes del revisionismo histórico y profusamente leídos por importantes contingentes de la “nueva izquierda”. La importancia que el 3MH le otorgaba a FORJA se reflejó también en el nombre que le dieron a su ámbito juvenil que, emulando aquella experiencia denominaron LARJA, “Liga de Acción Revolucionaria de la Joven Argentina”.

necesario realizar una doble operación discursiva que, como ha mencionado Sigal (2002: 173-195) para otros nucleamientos de la “nueva izquierda”, consistía en disociar al movimiento de su líder exiliado y a la clase obrera de su identidad peronista. En esa línea, según el 3MH, más allá de Perón, el peronismo había significado sobre todo un avatar en el ascenso de las masas, y si aún representaba políticamente a la clase obrera, era sólo por la ausencia de una opción mejor, tarea a la cual se abocaban. Cabe destacar que sus argumentos sobre la “caducidad del peronismo” apuntaban más a señalar que dicho movimiento había dejado de tener una orientación progresista que a mostrar el debilitamiento de su adhesión entre las masas, cuestiones que en sus documentos aparecen como sinónimos. Con respecto al último aspecto sólo apuntaban que resultaba evidente su apatía y su desgano (Lewinger, Ferrari Etcheberry, et. al., 1964: 29). En cualquier caso, era en base a las disociaciones señaladas que proclamaban la necesidad de constituir un nuevo movimiento popular basado en los trabajadores cuya vanguardia sería la “nueva generación”.

Sin dudas, estas reinterpretaciones del “hecho peronista”, impulsaron y fueron a su vez facilitadas por una revisión más amplia de la historia nacional que supo brindar el marco de sus nuevos significados.

2.2.2. Nación y revolución: un “camino nacional” al socialismo

Como se mencionó, el MIR-Praxis basaba su interpretación del peronismo en la “teoría de la integración mundial” elaborada por Silvio Frondizi, quien sostenía que la creciente internacionalización capitalista tendía a borrar las diferencias entre capital imperialista y capital nacional dentro de cada país, lo que a su turno atenuaba las diferencias nacionales y universalizaba la situación política. En esta línea, señalaba que el grado de interdependencia alcanzado por las relaciones económicas, sociales, políticas e ideológicas dentro de los marcos generales del capitalismo y “la madurez de la economía mundial para el socialismo”, suprimían “de hecho toda posibilidad y perspectiva ciertas de ‘un camino nacional, particular, hacia el socialismo’” (Frondizi, 1959: 51-52).

Por el contrario, para el nucleamiento liderado por el propio Frondizi que hacia 1961 reorientó su discurso en línea “nacional y popular”, la idea de hallar un camino nacional al socialismo fue central. De hecho, en *Bases y puntos de partida...* el término “revolución socialista” era reemplazado por el de “solución popular”, el “partido revolucionario” por el “movimiento de liberación”, que ahora incluía también a la

“pequeña empresa auténticamente argentina”, y la estrategia de la revolución internacional por una “salida argentina” y “auténticamente nacional” hacia el socialismo. Se afirmaba que ante la crisis del capitalismo y el avance del mundo hacia el socialismo, la solución tenía que estar en la línea del proceso mundial, pero que debía realizarse “de acuerdo a nuestros propios antecedentes históricos, a nuestras características nacionales” (Frondizi, 1961: 22). De este modo, y obviando ya toda referencia explícita a los marxistas clásicos, Frondizi se esforzaba por presentar el nuevo proyecto como expresión y resultado de un linaje histórico que incluía desde la tradición federalista del SXIX hasta el yrigoyenismo y el peronismo, ponderando virtudes y limitaciones de todas esas experiencias para incluirlas, superándolas, en una propuesta política “integradora”⁸⁴.

La idea de impulsar un movimiento popular de ese tipo continuó siendo el planteo básico del 3MH. Mencionamos que entendían necesario revisar la experiencia peronista y la postura que las izquierdas habían asumido frente a él. Ahora bien, en su planteo, esta labor crítica se ligaba a una empresa de revisión histórica más vasta. Para el grupo, la “incomprensión” de la “vieja izquierda” frente al peronismo debía situarse en el marco de una explicación que diera cuenta de su incapacidad general para comprender la realidad nacional del país y su “desencuentro” histórico con los movimientos populares. Y, explicar tal desencuentro implicaba criticar la tradición que para los autores lo sustentaba, el liberalismo, al tiempo que volvía necesario filiarse a otras tradiciones. En ese sentido, si la “situación revisionista” respecto del hecho peronista se asoció en el campo de la izquierda con la emergencia de una nueva generación que enfatizaba su escisión con los “mayores”, eso no impidió que buena parte de ella apelara a una serie de figuras que, como Puiggrós, Ramos o Hernández Arregui, no pertenecían a sus filas. Todos ellos, aún con notables divergencias, brindaban desde una perspectiva de inspiración marxista una visión distinta del peronismo y también de la historia nacional. Su influencia es notoria en el caso de este conjunto de militantes, cuyos documentos están recorridos por el espíritu de tales

⁸⁴ El sector de La Plata liderado por Ramón Horacio Torres Molina, que se apartó del MIR-Praxis en 1961 reivindicando sus influencias trotskistas antes explícitas, dedicó un extenso documento a criticar las nuevas concepciones vertidas en *Bases y puntos de partida*... Allí acusaba a Frondizi de haber abandonado el marxismo para convertirse en un “pequeño burgués nacionalista” que se afanaba por “aparecer en la línea histórica nacional”. A su vez, este sector calificaba la reorientación del MIR-Praxis de “viraje oportunista”, concibiéndola como un intento desesperado por captar a las masas peronistas y ganar el apoyo de “caudillejos locales” (en alusión a su participación en “Fuerza Autónoma Popular”), incluso bajo la perspectiva de la renovación presidencial que debía tener lugar en 1964. En este sentido, consideraban que el motivo fundamental de sus transformaciones era ganar el consenso necesario para una “aventura electoral” en detrimento de concepciones y métodos revolucionarios. (MIR-Praxis [sector La Plata], 1961: 18-19 y 61-62).

planteos⁸⁵. De este modo, adherían a una interpretación de la historia argentina contrapuesta a lo que entendían era la “versión liberal” y a una genealogía que, en clave “nacional y popular”, mostraba un ascenso de las masas que partía de los caudillos del XIX, continuaba con el yrigoyenismo y se profundizaba con el peronismo. En esa perspectiva, dos registros convergían en la crítica del liberalismo. Uno que desde una visión materialista de resonancias marxistas lo denunciaba como velo de la explotación económica, pero también otro que, en clave nacionalista, desdeñaba los “esquemas importados”. Se retomaban así las mentadas antinomias entre el “país formal” -el “régimen oligárquico demoliberal”- y el “país real” -las masas populares, verdadera expresión democrática que nunca habrían podido integrarse a las instituciones del “país formal”- lo cual, de la mano de Puiggrós, se traducía en la antinomia entre liberalismo y democracia⁸⁶. A su vez, sus documentos abordaban con insistencia otro tópico caro al revisionismo histórico: la llamada escisión entre los intelectuales y el pueblo. Sostenían que esa escisión, como tantas otras que no hacían más que reeditar la antinomia entre “civilización y barbarie”, hallaba sus causas en motivos estructurales. Era causa y efecto de una estructura económica semicolonial que daba por resultado la inexistencia de clases sociales integralmente desarrolladas y con conciencia de tales, enfrentando entre sí sectores que deberían haber coincidido. En el caso de los intelectuales, éstos siempre se habían colocado del lado equivocado favoreciendo así a la oligarquía. Por ello, y de la mano de Frantz Fanon, impugnaban su mentalidad “semicolonial”, acentuando desde una perspectiva antiimperialista su carácter “europeizante” y su incapacidad para comprender la realidad nacional del país.

Este último tópico parecía brindar las claves que le permitían a la “nueva generación” interpretar el fracaso del peronismo y de la “vieja izquierda” y, al mismo tiempo, erigirse como portadora de las respuestas que sus mayores no habían sabido formular. Por un lado, consideraban que en el pasado al pueblo le habían faltado las herramientas doctrinarias para hacer triunfar la “causa nacional”. En efecto, al igual que otros intelectuales de la izquierda nacional, sostenían que la crisis del peronismo se había debido a un déficit ideológico, a la falta de una ideología revolucionaria. Por el otro, afirmaban que en el presente las posibilidades de una izquierda cuyas teorizaciones “carecían de pueblo” ya estaban agotadas. Surgía así la necesidad de

⁸⁵ La influencia del revisionismo histórico es notoria en *Del peronismo...* y se vuelve explícita en *De la Reforma...* ya con profusas citas a Puiggrós (1965), Hernández Arregui (1960), y Rivera (1964).

⁸⁶ Se trata de la antítesis a la que apela en su análisis sobre el yrigoyenismo en Puiggrós (1965), ampliamente citado en *De la Reforma...*

una “nueva generación” -aquella en la que se incluía el grupo- que llevara a cabo junto con las masas populares la “revolución inconclusa” (Lewinger et. al., 1966: 37-38).

2.2.3 Los sinuosos caminos hacia la revolución: de la insurrección al foco guerrillero pasando por el golpe militar de base popular

La última cuestión que quisiéramos analizar respecto de este itinerario tiene que ver con los diversos caminos que este conjunto de activistas visualizó para concretar la “liberación nacional y social” que alentaba.

Como mencionamos, luego de la reorientación del MIR-Praxis estos militantes dejaron de impulsar la construcción de un partido o una organización revolucionaria de límites precisos para promover la gestación de un amplio “movimiento popular”. Ello implicaba la creación de un nuevo poder popular y de los mecanismos necesarios para que el pueblo se preparara para el ejercicio de gobierno, partiendo de la gestión de los asuntos locales, para poder encargarse luego de los municipales, los provinciales y los nacionales. En esta línea, *Bases y puntos de partida...* y *Movimiento* impugnaban duramente la democracia representativa (retomando antiguos planteos de Frondizi de influencia rousseauiana) y promovían el desarrollo de formas de democracia directa en ámbitos como sociedades de fomento y comisiones internas de fábrica. Si bien consideraban que dichos organismos debían ir ampliando sus objetivos, los concebían como posibles ámbitos de autogobierno y poder popular a nivel micro social. Esta concepción fue la que animó su trabajo político junto a ese tipo de organismos en distintos barrios y villas de La Plata y el Gran Buenos Aires. Sobre todo en Moreno, Morón, San Justo, San Fernando, Avellaneda, Zárate, Quilmes, Ramos Mejía y en el partido de Lanús, donde Arturo Lewinger militaba en Villa Jardín, cerca de la fábrica TAMET. También dentro de esa perspectiva debe entenderse su participación a nivel municipal en “Fuerza Autónoma Popular”, que alcanzó a tener alguna base en Morón, San Justo, San Fernando y Moreno. De hecho, en este último distrito, el partido había sido prácticamente creado por el grupo, que publicó su programa en *Movimiento* (1961c). Allí, se llamaba a todas las organizaciones sociales del lugar a participar de la nueva fuerza política y se promovía su protagonismo en la solución de una extensa lista de problemas comunales. Sobre el significado de su participación en ese partido uno de los entrevistados afirma:

“P: ¿Cuál era el objetivo de ustedes ahí?

R: El objetivo era dar la pelea a nivel de las intendencias porque la idea rousseauiana de la democracia directa no podía ir más arriba, la cosa tenía que ser en los niveles de representación más próximos a la gente.” (Entrevista a Lewinger)⁸⁷.

El periódico *Movimiento* comentaba también las actividades de distintas agrupaciones vecinales junto con las que el grupo trabajaba coordinadamente y la línea política que intentaba enhebrar su sentido en la sección “El pueblo en marcha”. En todos los casos la estrategia argumental era similar. Se denunciaban los problemas cotidianos de cada barrio (de vivienda, agua, energía eléctrica, etc.), el abandono de las autoridades municipales, señalando el vacío de poder existente, y se destacaba la efectividad de la autoorganización vecinal. A su vez, ante cada problema puntual, se enfatizaba la imposibilidad de hallar una solución de fondo sin alcanzar la “liberación nacional y social” del país y se incentivaba a estos organismos a ampliar sus objetivos y sobre todo a coordinar sus actividades con los trabajadores y sus sindicatos. Consideraban que de este modo se iría gestando una nueva fuerza política que debía hegemonizar la clase obrera pero reuniendo en torno suyo a todos los sectores “oprimidos por el imperialismo”. Al mismo tiempo, el desarrollo y coordinación de los sindicatos y las mencionadas asociaciones vecinales convertidas en “comités populares”, irían conformando “desde el llano” el armazón político del nuevo Estado.

Ahora bien, cabe señalar que si bien ponían el énfasis en la democracia directa y en la constitución de un nuevo poder popular desde abajo hacia arriba, no brindaban precisiones sobre el modo en que la nueva fuerza política así constituida se haría cargo finalmente de la dirección integral del país.

Será el 3MH, que se había independizado del nucleamiento liderado por Frondizi bajo la urgencia de “pasar a la acción” y profundizar el “giro a la práctica”, quien comenzó a pensar específicamente en términos de las “vías” hacia la revolución. Como señalamos, para el 3MH además de la “nueva generación” y el “movimiento popular” hegemonizado por la clase obrera (que retomando planteos previos veía emerger en el activismo de diversas agrupaciones sociales de base, con las que seguía trabajando políticamente), el último actor clave del proceso de cambio serían los sectores nacionalistas y progresistas del Ejército. Si bien este planteo parece distante de la perspectiva de Frondizi, en realidad las expectativas hacia el Ejército no fueron ajenas a su pensamiento de entonces (Frondizi, 1964)⁸⁸. Lo cierto es que fue el 3MH quien

⁸⁷ En la misma línea, según el testimonio de Ferrari Etcheberry “- R: (...) Yo creo que lo de ‘Fuerza Autónoma Popular’ fue una especie de gran ejercicio popular, político electoral, a ver cómo funcionaba la mano”.

⁸⁸ En ese escrito, aún sin apostar directamente a un golpe militar, el autor afirmaba la necesidad de que las FFAA se vincularan al pueblo y destacaba el rol que debían cumplir en la reconstrucción nacional que

hizo del tema uno de los ejes centrales de su apuesta. Pensando en la revolución como un proceso urgente, enfrentaban el tema de la violencia explicando que una política revolucionaria no podía desentenderse de sus posibilidades concretas y que el Ejército era un factor de poder imposible de soslayar. En realidad, el planteo se inscribía dentro de una perspectiva más amplia sobre la dinámica de la revolución contemporánea. Por fuera de lo que consideraba una falsa disyuntiva entre dos “imperialismos” (el de EEUU y la URSS), para el grupo tal dinámica se concentraba en el tercer mundo y adoptaba un carácter básicamente popular, nacionalista y antiimperialista. A su vez, consideraban que aquella transitaba por dos “vías” principales. A una de ellas la denominaban “vía ortodoxa” y la distinguían por la activa presencia popular que desde abajo y a través de su propia lucha iba conformando el nuevo Estado. Sus exponentes eran los procesos revolucionarios de Argelia y Cuba, que valoraban porque a su juicio evidenciaban que las revoluciones socialistas no las hacían los partidos comunistas sino amplios “movimientos de liberación nacional”. Respecto de la Revolución Cubana en particular, destacaban sobre todo su heterodoxia: la simultaneidad de la liberación nacional y social y la esterilidad de “las discusiones sobre cómo inventar partidos revolucionarios o vanguardias de clase prefabricadas en laboratorios” que el proceso cubano evidenciaría. Es decir, todos aquellos rasgos que les permitían desacreditar la estrategia de la izquierda que impugnaban, particularmente el PC. Al mismo tiempo, desde una perspectiva nacionalista, también criticaban el “cubanismo” de la “izquierda liberal” que apoyaba la Revolución Cubana pero era incapaz de postular un camino propio al socialismo (Lewinger, Ferrari Etcheberry, et. al., 1964: 29)⁸⁹.

La otra “vía” era la que denominaban “heterodoxa”, en que las FFAA conducían el proceso revolucionario incorporando paulatinamente a las masas. Para el grupo, su exponente más claro era el Egipto de Gamal Abdel Nasser y afirmaban que la Argentina peronista era un ejemplo de características precursoras. Esta era la vía que consideraban más plausible en el país⁹⁰. Sin dudas, esta apelación al Ejército, a su vocación industrialista y su “encuentro con el pueblo” se filiaba con las concepciones

llevaría a cabo el movimiento nacional que auspiciaba. También figuraba allí una mención al pasar sobre la importancia de la “nueva generación” en el proyecto que promovía. No deberían descartarse influencias recíprocas entre Frondizi y el 3MH puesto que por entonces seguían manteniendo contacto.

⁸⁹ Allí, el 3MH valoraba a la “nueva generación” porque abandonaba “los sueños fáciles de la exaltación cubanística, de las grandes exclamaciones por lo que pasa afuera, para volver hacia adentro a buscar en nuestra situación real los hilos conductores al futuro”. La misma crítica al “cubanismo” desde una perspectiva nacionalista está presente en Lewinger et. al. (1966: 32), el folleto escrito por los militantes que un año después viajarán a Cuba.

⁹⁰ En tal sentido, Rabey afirma que pensaban que el “Tercer Movimiento Histórico” emularía al “segundo” y Lewinger que consideraban posible la vía nasserista por su parentesco con el peronismo (entrevistas citadas).

de figuras como Ramos, Hernández Arregui o Puiggrós, quienes rescataban una secuencia de luchas nacionales en que la participación militar había tenido un rol destacado (caudillos federales, revolucionarios radicales y primeras figuras del peronismo)⁹¹.

En consonancia con estos planteos, los miembros del 3MH mantuvieron entrevistas con algunas figuras militares como el general Juan Enrique Guglielmelli, el comodoro Juan José Güiraldes y el general Carlos Jorge Rosas, aunque no llegaron a establecer relaciones orgánicas con ningún sector de las FFAA. De sus reuniones con los primeros les habían resultado atractivos sus planteos desarrollistas y nacionalistas pero los había “espantado” su “pensamiento fascista”. Respecto de Rosas, lo desestimaron por considerarlo un “socialdemócrata” (entrevistas a Lewinger y Ferrari Etcheberry)⁹².

De todos modos, cabe señalar que más allá de apostar por la “vía heterodoxa” -la militar- y criticar desde una perspectiva nacionalista el “cubanismo” de la “izquierda liberal”, no dejaron de debatir sobre la “vía ortodoxa”, que no consideraban contradictoria con la primera. Incluso, según testimonios, uno de los miembros del 3MH (integrante del nucleamiento que en 1967 viajará a Cuba) ya por entonces había tenido un proyecto relacionado con la instalación de un “foco” guerrillero en Tucumán⁹³. Pero lo cierto es que en 1964 vislumbraban un inminente golpe militar que no prometería elecciones a corto plazo y afirmaban que el nuevo movimiento que promovían debía prever este hecho en su estrategia, ya sea para la toma del poder, la presión o la resistencia. La disyuntiva que planteaban para el Ejército era si llegado el

⁹¹ Quien de modo más insistente apeló a la participación del Ejército en un movimiento que proyectaba como una suerte de “nasserismo” argentino fue Ramos (1959 y 1968). También cabe destacar que figuras como Cooke, que desde el peronismo también intentaban unir socialismo y nación, para 1964 ya no creían que el Ejército pudiera cumplir un rol progresista en el país. En este sentido, si bien destacaba el papel positivo que las FFAA podían cumplir en los países subdesarrollados, Cooke consideraba que, tras 1955, el Ejército se había convertido en el eje de la política reaccionaria argentina (Cooke, 1964, en Baschetti, 1988: 186-189).

⁹² Si bien es posible filiar a todos estos militares con una línea nacionalista e industrialista dentro de las FFAA, tenían diferencias muy fuertes entre sí. Guglielmelli ligaba la idea de desarrollo con la de “seguridad interior”, concibiéndolo como el mejor remedio contra la “subversión” y Güiraldes, antiguo presidente de Aerolíneas Argentinas, también era fuertemente anticomunista. Por su parte, Rosas solía ser caracterizado como demócrata y progresista y llegó a integrar el “Movimiento para la Defensa del Patrimonio Nacional”, organización colateral del PC. (Rouquié, 1986).

⁹³ Ferrari Etcheberry relata que en 1964, paralelamente a lo del 3MH, un grupo de militantes liderado por Luis Piriz (quien ya en 1962 había estado en Cuba buscando realizar contactos con dirigentes de la revolución) viajó hasta Tucumán inspirado por la idea de instalar un “foco” guerrillero que no alcanzaron a concretar. Aunque inconcluso, el proyecto de Piriz llegó a los oídos de otros militantes de la época (al respecto puede verse la entrevista a Carlos Malter Terrada, posterior líder de las FAL, en Bufano y Rot: 2008). Cabe apuntar que en la misma época el grupo de Ángel Bengochea (una escisión del trotskista Palabra Obrera dirigido por Nahuel Moreno) también preveía montar un foco rural en la misma provincia y que para entonces Masetti ya se había instalado en Salta. Y, también, que ambos proyectos habían formado parte de la estrategia continental de Ernesto Guevara para el cono sur de Latinoamérica. Trataremos el tema en el próximo capítulo.

momento se convertiría en un “Ejército de ocupación” que enfrentaría la revolución o si actuaría como “Ejército liberador” que combinaría su poder con la acción de las masas.

Como mencionamos, en 1966 el 3MH se desarticuló dispersado en sectores con apreciaciones diversas sobre la dictadura de la “Revolución Argentina” y el conjunto de militantes de nuestro interés mantuvo por un tiempo expectativas en el nuevo gobierno militar. Éstas se vieron reflejadas en *De la Reforma Universitaria a la Revolución Nacional*, documento que aún dos meses después del golpe insistía en la posibilidad de incidir en su orientación⁹⁴.

Lógicamente, la revisión de la historia nacional que realizaban brindaba las claves que respaldaban sus apuestas políticas presentes, cuya idea-fuerza era la impugnación del régimen liberal, el rasgo que más valoraban de la “Revolución Argentina”. En ese sentido, consideraban que no bastaba con “expulsar la mentalidad liberal del terreno de la interpretación histórica” sino que era necesario desprenderse de su “principal elemento castrador: la falta de vocación política” (Lewinger et. al., 1966: 43). De este modo impugnaban los mecanismos de intermediación política de la democracia liberal por confinar a los diversos sectores de la sociedad en sus ámbitos específicos, constituyéndolos en grupos de presión en pos de reivindicaciones puntuales, y clausurando su vocación política, que quedaba reservada para los “políticos burgueses”. Sin embargo, afirmaban, en los países periféricos los grupos de presión jamás lograban satisfacer sus demandas. Todas ellas, en última instancia, eran producto de la dependencia estructural del país y no hallarían respuesta hasta que no se solucionara aquel problema de fondo. En base a estos planteos, sostenían que tanto la clase obrera como la Universidad y el Ejército tenían que trascender sus funciones específicas y contribuir a delinear los objetivos de una política revolucionaria para el país cuyo eje debía ser la soberanía nacional y el desarrollo integral de la nación⁹⁵. De hecho, como indicaba el título del folleto, el énfasis estaba puesto en la “revolución nacional”. Sea porque consideraran que como mostraban diversos “movimientos de liberación nacional” debía partirse de coaliciones y premisas amplias e incluyentes, o porque creyeran que estratégicamente esta fórmula interpelaría con

⁹⁴ Por su contenido y citas de referencia, el documento no fue concluido antes del mes de septiembre de 1966.

⁹⁵ Para avalar la existencia de sectores militares guiados por estas premisas, citaban los discursos del general Juan Enrique Guglielmelli en la inauguración y cierre del año lectivo 1965 en la Escuela Superior de Guerra y Centro de Altos Estudios. Allí, Guglielmelli destacaba el rol que las FFAA podían cumplir en los países periféricos a través de la promoción de la industria pesada, único medio a través del cual podría lograrse su independencia nacional efectiva y amplios beneficios sociales para su población (Lewinger et. al., 1966: 51-56).

mayor facilidad algún sector militar, el socialismo ya no calificaba la orientación del movimiento popular que se proponían gestar. El término estaba ausente en el folleto, en que las únicas precisiones aludían a la planificación y al desarrollo. Desde esta perspectiva, haber suprimido el régimen liberal era lo que más apreciaban de la reciente dictadura militar que, por lo demás, se presentaba a los ojos de estos militantes como un escenario todavía indefinido, como un campo de fuerzas en disputa. Entendían que aún no tenía programa ni ideología definida y su apuesta era que en la nueva coyuntura el Ejército impulsara la planificación económica y social del país. Por su parte, el rol de la Universidad, como el de los intelectuales en general, era que brindaran los aportes técnicos, científicos e ideológicos necesarios para ello. Siguiendo esa lógica, afirmaban que era necesario abandonar el prejuicio que consideraba toda dictadura militar como esencialmente reaccionaria y pugnar por incidir en la orientación del golpe⁹⁶. Sólo la historia podría decir si en el proceso puesto en marcha el movimiento obrero y las FFAA serían finalmente aliados o antagonistas⁹⁷.

El escenario quedaba abierto. Sosteniendo aún expectativas en la dictadura de Onganía el folleto concluía, sin embargo, dejando entrever otra alternativa. Aquella por la que pronto apostarían varios de sus autores:

“No hay otra opción pacífica inmediata para una salida superadora de la crisis [apoyar el golpe y disputar su orientación]. La otra, la que no anhelamos, pero que en última instancia no rehuimos, es la violenta.” (Lewinger et. al., 1966: 64).

Con el correr de los meses, el grupo perderá definitivamente sus esperanzas en la existencia de sectores “nasseristas” en el Ejército y, animado por el proyecto de Guevara en Bolivia, en 1967 partirá a Cuba con la idea de conformar un “Ejército Popular”. Es decir, a prepararse para la “opción violenta” que había dejado entrever en su último folleto y que, como mencionamos, ya había estado en los planes de algunos de ellos a principios de la década. Entre ellos estaban Arturo Lewinger, su hermano Jorge Omar Lewinger, Elida D'Hippolito, Eva Gruszka, Roberto Pampillo, Luis Piriz y

⁹⁶ En el nuevo contexto, sostenían que la intervención de las universidades efectuada el 29 de julio de 1966, que conllevó una brutal represión a los estudiantes y profesores que resistían la medida en diversas facultades de la UBA, respondía a sectores nacionalistas de derecha caracterizados como “grupo paralelo al gobierno”. Según los autores, su objetivo también era disputar la orientación del golpe pero escindiendo a la clase media de los trabajadores y el Ejército e impidiendo la participación de las masas en el proceso puesto en marcha.

⁹⁷ Nuevamente, la referencia de tal actitud era la consigna lanzada por FORJA tras el golpe militar de 1943: “Con la revolución, pero no con el gobierno de la revolución. Con el país”. Jorge Abelardo Ramos, por entonces dirigente del Partido Socialista de la Izquierda Nacional, adoptó la misma actitud expectante frente al golpe de Onganía que el grupo de nuestro interés. En una polémica entablada en el semanario uruguayo *Marcha* con Ismael Viñas, dirigente del MLN, Ramos sostenía que la revolución militar todavía podía ser el inicio de una suerte de nasserismo argentino (Ramos, 1968).

Humberto D'Hippolito⁹⁸. Consultado sobre el rápido reemplazo de la apuesta al Ejército por la estrategia guevarista, y retomando el final del documento *De la Reforma...*, uno de estos militantes afirma que el denominador común entre ambas “vías” era la convicción de que la revolución requeriría un poder militar y la impugnación que realizaban de la “partidocracia liberal”:

“O sea, lo que estaba claro es que hacía falta un poder militar, ese me parece que era el denominador. Si viene de sectores militares nacionalistas, bien; sino, será más costoso. (...) En realidad el denominador común era que nosotros no creíamos en la partidocracia liberal y por lo tanto nuestras vías alternativas eran o por un sector militar o por un accionar violento, pero no creíamos que la cosa iba por vías democráticas, había un profundo cuestionamiento a esto. Y también había un cuestionamiento muy, muy de fondo a lo que llamábamos el reformismo de la vieja izquierda.” (Entrevista a Lewinger).

En este sentido, puede pensarse que el 3MH fue una experiencia sumamente heterogénea en que la crítica amplia al régimen liberal y al “reformismo” de la “vieja izquierda” actuaron como convicciones compartidas capaces de amparar concepciones y estrategias políticas muy diversas. Las cuales, además, todavía estaban en proceso de definición. De hecho, impulsados también por esa crítica a la “partidocracia liberal” a la que hace alusión el testimonio citado pero con una orientación ideológica diferente, otros ex miembros del 3MH como Jorge Castro y algunos militantes más terminaron efectivamente vinculados a la dictadura de la “Revolución Argentina”⁹⁹.

⁹⁸ Como ya mencionamos Roberto Pampillo se incorporó al grupo en ese entonces. A su vez, Luis Piriz y Humberto D'Hippolito, luego de viajar a Cuba y realizar con ellos algunas acciones armadas clandestinas a su vuelta, finalmente no ingresaron a las FAR, incorporándose el primero al PRT-ERP y el segundo a Descamisados.

⁹⁹ Ollier (1998: 113) cita el testimonio de un ex integrante del 3MH que también hace alusión a estos cambios de estrategias y a las dispares trayectorias políticas seguidas por los militantes del 3MH: “A partir de ese momento [el golpe de 1966], algunos profundizan el trabajo desde adentro y terminan pegados al ongiato y a sectores militares, otros mantienen una posición intermedia, yo y otros se desaniman profundamente, dicen que el ejército no se va a romper, se van a Cuba, muy animados por la experiencia del Che y vuelven al país y fundan las FAR. Dicen, no hay posibilidades de un ‘Tercer Movimiento Histórico’ con estas fuerzas armadas, hay que hacer el ejército popular”.

Capítulo 3

De Cuba a Garín: grupos, estrategias y debates en la formación de las FAR (1966-1970)

Hemos comentado que al no haber investigaciones sobre las FAR, prácticamente todas las referencias que aparecen en la bibliografía reproducen lo expresado por la organización en uno de sus documentos más conocidos: “Los de Garín”, publicado en *Cristianismo y Revolución* (FAR, 1971d). Allí, además de asumir por primera vez al peronismo como identidad política propia, la organización realizó un racconto sobre sus orígenes, explicando el ciclo de redefiniciones político-ideológicas atravesado por sus grupos fundadores desde la muerte de Guevara hasta el Cordobazo. Tales redefiniciones los habrían llevado a abandonar la estrategia guevarista, de alcance continental y fuerte énfasis en la guerrilla rural, y a delinear un proyecto político centrado en las especificidades de la realidad nacional que privilegiaba la lucha en las ciudades en virtud de la importancia otorgada a la clase obrera en Argentina.

Más allá de la importancia que tuvo en la época, este documento no deja de expresar la interpretación que las propias FAR elaboraron sobre su historia. Una interpretación que, como todo relato de los orígenes, enfatiza la coherencia en la evolución del grupo buscando en el pasado líneas de continuidad -y en este caso también de superación- que consoliden y legitimen sus apuestas políticas presentes. En ese sentido, puede ser pensado desde la perspectiva de Pollak (2006), considerando las estrechas conexiones entre memorias militantes e identidades políticas¹⁰⁰. Y, también, atendiendo a la dinámica entre el pasado y el futuro que se produce en el presente por la cual, como señala Koselleck (1993: 338-342), el “horizonte de expectativas” reconfigura incesantemente el pasado activado en el presente que constituye el “espacio de experiencia”.

Desde esas claves, puede observarse que tanto la participación de sus grupos fundadores en proyectos de inspiración guevarista -que en varios puntos ya no se

¹⁰⁰ Respecto a las relaciones entre memoria e identidad, que aquí pensamos en relación con las identidades políticas, Pollak destaca que la memoria es “un elemento constitutivo del sentimiento de identidad, tanto individual como colectiva, en la medida en que es también un componente muy importante del sentimiento de continuidad y de coherencia de una persona o de un grupo en su reconstrucción de sí.” (Pollak, 2006: 38).

condecían con su estrategia-, como las discusiones que antecedieron a su identificación con el peronismo, fueron señaladas por las FAR como experiencias superadas en el marco de un largo proceso de aprendizaje que conducía a su proyecto actual. Lógicamente, desde esa visión retrospectiva, ambas experiencias, y los debates implicados que no llegaron a hacerse públicos, perdieron su propia sustancialidad.

En este capítulo analizaremos el itinerario político-ideológico recorrido por los grupos que formaron las FAR entre 1966 y 1970, cuando finalmente constituyeron la organización y se presentaron públicamente en Garín. Si bien sobre el final del período las discusiones sobre el peronismo comenzaron a tener relevancia, nos centraremos en su participación en distintas experiencias guevaristas y en el paulatino alejamiento de algunas de sus premisas. Y ello porque tales opciones y redefiniciones respecto de la estrategia político-militar que debía impulsarse constituyeron de hecho las principales claves del período 1966-1970. Fue entonces cuando terminó por delinearse una de las rupturas con que caracterizamos el itinerario a lo largo del cual se gestaron las FAR. Es decir, aquella que llevó a militantes que procedían de partidos de izquierda primero a ligarse a proyectos de tipo guevarista y luego a formar una organización político-militar de actuación nacional y urbana. Como veremos, abordar en profundidad este tramo de ese itinerario y enfatizar su dimensión procesual permitirá comprender también las pervivencias y torsiones al calor de las cuales se gestaron los cambios señalados.

3.1 El frustrado intento de sumarse a la guerrilla de Guevara en Bolivia (1966-1967)

La Revolución Cubana cambió el panorama de la izquierda latinoamericana, erosionando la hegemonía que hasta entonces habían tenido los partidos comunistas alineados con la Unión Soviética. Sistematizando algunas cuestiones planteadas en capítulos previos, entre las transformaciones generadas hubo dos que consideramos centrales: aquellas que conciernen al tema de las “etapas” y a las “vías” de la revolución. La primera cuestión tiene que ver con las formas de pensar el carácter de la revolución. En sintonía con los viejos planteos trotskistas sobre el carácter “permanente” de la revolución, para importantes sectores de izquierda el caso cubano parecía mostrar la posibilidad de que en América Latina aquella fuera un proceso ininterrumpido, simultáneamente democrático-nacional y socialista. Al mismo tiempo,

el rol de las burguesías locales, cuyos intereses se consideraban irremediabilmente atados al imperialismo, pasó a considerarse secundario en dicho proceso de liberación nacional y social. La segunda cuestión consistió en reinstalar a la lucha armada como método urgente de debate frente al privilegio por las formas legales de acción política sostenido por buena parte de los partidos comunistas latinoamericanos. Según Guevara, la Revolución Cubana había realizado tres aportes fundamentales a la dinámica revolucionaria latinoamericana:

“1) Las fuerzas populares pueden ganar una guerra contra el ejército. 2) No siempre hay que esperar a que se den todas las condiciones para la revolución; el foco insurreccional puede crearlas. 3) En la América subdesarrollada el terreno de la lucha armada debe ser fundamentalmente el campo.” ([1960] 1967a: 27).

Como ha señalado Carnovale (2011: 32), se encuentran allí los núcleos de la naciente “teoría del foco”: se puede vencer a un ejército profesional mediante la construcción de un ejército popular; no hay que esperar que maduren todas las condiciones para la revolución puesto que las subjetivas pueden ser creadas y la guerrilla debe ser, sobre todo, rural. Cabe agregar el alcance continental de la lucha, también central en la perspectiva que Guevara trazó sobre todo en *La guerra de guerrillas* (1960) y “Guerra de guerrillas: un método” (1963). La simultaneidad política y militar de la dirección del proceso revolucionario, también puede hallarse en esos escritos, aunque será desarrollada más extensamente por Debray (1967).

Tanto en los discursos de Fidel Castro como en los escritos del “Che”, se consideraba que las condiciones objetivas necesarias para iniciar un proceso revolucionario estaban dadas en la mayor parte de Latinoamérica. La excepción la constituían aquellos países donde hubiera gobiernos elegidos por alguna forma de consulta popular, donde las posibilidades de lucha cívica no estaban agotadas. Mientras tanto, las condiciones subjetivas terminarían por desarrollarse al calor de la lucha, cuya modalidad privilegiada sería la acción armada¹⁰¹:

“Las condiciones objetivas para la lucha están dadas (...) Faltaron en América condiciones subjetivas de las cuales una de las más importantes es la conciencia de la posibilidad de la victoria por la vía violenta frente a los poderes imperialistas y sus aliados internos. Esas condiciones se crean mediante la lucha armada, que va haciendo más clara la necesidad del cambio (y permite preverlo) y de la derrota del ejército por las fuerzas populares y su posterior aniquilamiento (como condición imprescindible a toda revolución verdadera).” (Guevara, [1961] 1967b: 520).

¹⁰¹ Fidel Castro subrayó especialmente esta dinámica entre las condiciones objetivas y subjetivas para iniciar un proceso revolucionario en América Latina en el discurso brindado en ocasión del XIII aniversario del asalto al Cuartel Moncada (Castro, 1966a). Se trata del mismo discurso que citamos en el capítulo 1, que influenció fuertemente a Marcos Osatinsky y Sara Solarz, quienes se dedicaron a distribuirlo en Tucumán luego de ser separados del PC. El mismo texto fue profusamente citado en el único documento redactado por el ELN argentino.

De hecho, haciéndose eco de las interminables polémicas sobre las “vías” y la excepcionalidad o no del caso cubano, Guevara sostenía que la guerra de guerrillas era “la vía correcta” para América Latina ([1963] 1967c: 558).

Otro de los puntos centrales de esta perspectiva fue la consideración del campo como escenario principal de la lucha armada. Basado en cuestiones de orden estratégico y táctico, Guevara sostenía que aquél era el terreno más favorable para el combate, el que le brindaba a la guerrilla mayor capacidad de movilidad y defensa, volviéndola menos vulnerable a la represión que las fuerzas urbanas. Solo allí existían condiciones para que el pequeño núcleo guerrillero fuera conquistando sucesivas zonas liberadas donde podría realizar reformas parciales, asentarse y convertirse en un ejército popular regular que terminaría librando una guerra de posiciones contra el ejército opresor. Por ello, si bien señalaba la importancia de la lucha en las ciudades, sostenía que debía subordinarse al mando de la guerrilla rural, que constituiría la dirección político-militar del proceso revolucionario aún en los países predominantemente urbanos¹⁰². En esa fórmula se encuentra implícito el modelo de organización simultáneamente “político-militar”, esto es, sin la distinción organizativa entre un partido y un ejército, propia de las experiencias revolucionarias más conocidas. Guevara escribirá de todos modos diversos trabajos sobre la necesidad de construir un partido marxista-leninista ([1963] 1967d y e). Aunque no se trata ya de escritos que versen sobre el tema de las “vías” sino sobre la necesidad de consolidar tal partido en Cuba luego de la revolución.

Guevara no dejaba de destacar en sus escritos que la premisa básica de la guerra de guerrillas era contar con el apoyo de la población. Sin la adhesión de las masas campesinas y obreras de las zonas en que actuara -advertía-, no podía admitirse esta forma de lucha ([1963] 1967c: 551). Aún así, es necesario subrayar el papel clave que otorgaba al pequeño núcleo de hombres que iniciaba la guerrilla -aquel “pequeño motor” que pondría en marcha el “gran motor” de las masas-, y el ejemplo de la acción armada como forma no exclusiva pero sin dudas central de conquistar el apoyo de la población.

Por lo demás, en la perspectiva guevarista la guerra de guerrillas sería tanto una lucha prolongada como de escala continental. Dadas las características comunes que le atribuía a América Latina y la unidad de sus objetivos, enemigos y métodos, la lucha antiimperialista y socialista sería “a muerte entre todas las fuerzas populares y todas

¹⁰² Sobre este punto pueden verse los trabajos ya citados y para el tipo de tareas que Guevara le otorgaba a la lucha en las ciudades también el escrito que redactó en Bolivia antes de su muerte (Guevara, [1967] 2005a).

las fuerzas de represión”. Más aún luego de la Revolución Cubana, cuando ya no sería posible tomar por sorpresa al imperialismo norteamericano, que intervendría sin tener en cuenta las fronteras nacionales:

“Dado este panorama americano, se hace difícil que la victoria se logre y consolide en un país aislado. A la unión de las fuerzas represivas debe contestarse con la unión de las fuerzas populares. En todos los países en que la opresión llegue a niveles insostenibles, debe alzarse la bandera de la rebelión, y esta bandera tendrá por necesidad histórica, caracteres continentales. La Cordillera de los Andes está llamada a ser la Sierra Maestra de América, como dijera Fidel, y todos los inmensos territorios que abarca este continente están llamados a ser escenarios de la lucha a muerte contra el poder imperialista.” ([1963] 1967c: 559).

Guevara aclaraba que la dimensión continental de la lucha no excluía el estallido independiente en distintos países, pero su estrategia promovía la coordinación previa de su puesta en marcha. Al igual que los proyectos en que efectivamente se embarcó. Quedaban así trazadas las coordenadas de la llamada teoría del foco, que despertaría acaloradas polémicas a lo largo del continente. Tiempo después -cuando Guevara ya se había instalado en Bolivia-, Debray publicó *Revolución en la Revolución*, un libro que, contando con el apoyo del gobierno cubano y basado por cierto en los trabajos del “Che”, simplificaba canónicamente su perspectiva. El escrito generó gran repercusión y se convirtió en una suerte de manual en que el autor, a partir de una particular lectura de la experiencia cubana, extraía una serie de lecciones sobre el futuro desarrollo de la revolución latinoamericana. Allí, evadiendo cualquier matiz en pos de una serie de fórmulas rotundas, el lugar de la discusión y el trabajo político resultaba prácticamente prescindible aún en las zonas rurales donde eventualmente se instalara la guerrilla. Antes del desarrollo del foco, porque sólo servirían para dilatar el inicio del combate y provocar inútilmente al enemigo. Y, luego, porque en términos de ganar la adhesión de la población vecina, una acción armada exitosa valía más que “doscientos discursos”. Al mismo tiempo, la lucha urbana, subordinada en el pensamiento guevarista a la guerrilla rural, era despreciada pues mientras que la montaña proletarizaba a burgueses y campesinos, la ciudad era capaz de “aburguesar” hasta a los proletarios (Debray, 1967: 63). En ese contexto, Debray enfatizaba una y otra vez que el caso cubano mostraba que la guerrilla, embrión del “Ejército Popular”, debía constituirse simultáneamente como “organización político-militar”. Era a partir de dicho Ejército que se gestaría finalmente el partido de vanguardia. Es decir, a la inversa de lo que había sucedido en China y Vietnam, que además distinguían organizativamente la instancia militar de la política, subordinando claramente la primera a la segunda. Para ello, se basaba en que efectivamente la

Revolución Cubana no había sido encabezada por el partido comunista (aunque sí apoyada por un amplio movimiento de masas en las ciudades que no era destacado ni por Debray ni por Guevara). Como, también, en numerosas fuentes de dirigentes de la revolución¹⁰³. En definitiva, sostenía Debray basándose en discursos de Fidel Castro (1966b), toda revolución debía ser impulsada por una vanguardia, pero esta no debía ser, necesariamente, un partido marxista-leninista. Las razones que Debray apuntaba para justificar la simultaneidad político-militar de tal vanguardia eran, en principio, militares (problemas derivados de la falta de una dirección ejecutiva y centralizada, dependencia política, militar y logística del campo a la ciudad, etc.). Pero, además, extendiendo sus conclusiones del caso cubano al resto de América Latina, sostenía que los partidos comunistas de la región nunca se lanzarían a la acción armada. Forjados “en tiempos de paz” (es decir, en un contexto histórico muy distinto al de China y Vietnam), y en medio de una dinámica partidaria signada por discusiones ideológicas, congresos y luchas fraccionales, ese propósito nunca se concretaría. En definitiva, según su visión, la dirección del proceso revolucionario debía estar en el campo porque sólo en ese terreno se forjaban los “verdaderos revolucionarios”. Allí se gestaría la “vanguardia político-militar” que permitiría la “unión de los sin partido” y de “todos los partidos representados en los guerrilleros” ya que la “más decisiva de las definiciones políticas” era “pertenecer a la guerrilla” (Debray, 1967: 89).

Hacia mediados de la década del sesenta se desarrollaban con variada suerte numerosas guerrillas en América Latina, todas ellas influidas, y en muchos casos apoyadas, por la Revolución Cubana. En Guatemala el Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre dirigido por Marco Antonio Yon Sosa proclamaba objetivos socialistas en Sierra de las Minas y Luis Turcios Lima conducía las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR). Las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN) comandadas por Douglas Bravo se volcaban hacia la guerrilla rural en Venezuela recibiendo apoyo de combatientes experimentados y armas llegadas de Cuba. En Colombia ya habían surgido las FARC, que por entonces tenían una amplia base campesina, y el Ejército de Liberación Nacional (ELN) dirigido por Fabio Vázquez todavía contaba con Camilo Torres entre sus filas. El Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) ya operaba en Nicaragua y, en Perú, todavía actuaban el Movimiento

¹⁰³ Además de los escritos de Guevara que ya hemos mencionado, apelaba fundamentalmente a los problemas de mando generados entre “la sierra” y “el llano” referidos por distintos líderes de la revolución. Y, también, a diversos discursos de Fidel, especialmente aquel en que, discutiendo con el PC chileno, sostenía que en América Latina la revolución la harían “los pueblos, los revolucionarios, con partido o sin partido” (Castro, 1966b).

de Izquierda Revolucionaria (MIR) de Luis de la Puente Uceda y el ELN dirigido por Héctor Béjar (Pereyra, 2000).

En Argentina, existían antecedentes de lucha armada de diversa índole, tanto el más lejano de los Uturuncos (1959-1960), surgido al calor de la resistencia peronista (Salas, 2003), como la experiencia del Ejército Guerrillero del Pueblo, que ya hemos mencionado, y las Fuerzas Armadas de la Revolución Nacional (FARN). Esta última organización, conocida comúnmente como el grupo del “Vasco” Ángel Bengochea, rompió con Palabra Obrera, partido trotskista dirigido por Nahuel Moreno, luego de entrenarse en Cuba entre los años 1962 y 1963. Su objetivo era montar un foco rural en Tucumán, pero no pudo concretarlo puesto que en 1964 varios de sus militantes murieron a causa del derrumbe de un edificio ubicado en la calle Posadas, donde estaban manipulando explosivos (Nicanoff y Castellano, 2006). Tanto el EGP como las FARN, que alcanzaron a tomar contacto entre sí, fueron experiencias impulsadas por Guevara como parte de la estrategia para el cono sur que trazó en los primeros sesenta. Esa estrategia preveía, en principio, el desarrollo de focos guerrilleros en Argentina y Perú -fundamentalmente a través del ELN dirigido por de la Puente Uceda y el MIR de Héctor Béjar-, y contó con colaboradores de la Juventud Comunista de Bolivia, país considerado entonces como base logística y zona de tránsito (Taibo, 1996).

Entretanto, Cuba continuaba siendo el epicentro de las convocatorias revolucionarias. En enero de 1966 se realizó en La Habana la Conferencia de la Tricontinental (la Organización de Solidaridad de los Pueblos de Asia, África y América Latina - OSPAAAL-), y en agosto del año siguiente el primer y único congreso de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS). La declaración final de la OLAS constituyó un llamamiento hacia toda América Latina reafirmando la sumisión de las burguesías locales a la oligarquía terrateniente y el imperialismo, el carácter socialista de la revolución latinoamericana y la lucha armada como estrategia fundamental para alcanzarla (OLAS, [1967] 1982).

Por su parte, luego de volver del Congo en 1966, Guevara se preparaba para retomar su viejo proyecto para el cono sur de América Latina, que esta vez comenzaría asentándose en Bolivia, previendo avanzar luego hacia Argentina y Perú.

En ese contexto, diversos grupos argentinos respondieron a la convocatoria de convertir la Cordillera de los Andes en la Sierra Maestra de América, haciendo suya la consigna guevarista de crear allí “uno, dos, tres, muchos Vietnam” (Guevara, 1967f). De hecho, entre los años 1966 y 1967, cuando la dictadura de Onganía proclamaba

clausurados los tiempos de la política, más de un centenar de argentinos se entrenaron militarmente en Cuba¹⁰⁴. Si bien en muchos casos no conocían los pormenores del proyecto guevarista ni el rol que podrían jugar en él, la mayoría aspiraba a seguir los pasos del “Che”. Para entonces, él ya se encontraba en Bolivia. Provenientes de orígenes político-ideológicos diversos, como el trotskismo, el comunismo, el peronismo y el catolicismo radicalizado, la mayoría contaba ya con una considerable militancia previa, tanto en el ámbito estudiantil y gremial, como en distintos grupos y partidos políticos. Los principales enlaces que posibilitaron su entrenamiento en Cuba fueron militantes que habían participado en la trama argentina del primer proyecto sudamericano de Guevara, como Luis Stamponi, sobreviviente de las FARN; Agustín Canello, Marcelo Verd y Ciro Bustos, del EGP, y otros como Antonio Caparrós y John William Cooke. Este último ya había organizado a comienzos de la década el traslado de activistas argentinos para entrenarse allí (entre ellos, integrantes de las futuras FARN). Para entonces, era un referente destacado del espacio de convergencias gestado entre peronistas combativos y marxistas, cuna del temprano activismo de la “nueva izquierda”¹⁰⁵.

Uno de estos grupos lo conformaron militantes que habían participado en la red urbana del EGP -como Canello y Verd-, y en las FARN. Entre estos últimos, tanto Stamponi como Carlos Pérez Betancourt y Manuel Negrín habían tenido una importante inserción sindical durante su militancia en Palabra Obrera. Otro grupo, reclutado por el anterior, lo conformaron activistas del “Movimiento Universitario Reformista” (MUR) -nucleamiento estudiantil conformado por distintas agrupaciones de izquierda, sobre todo de la FJC- que militaban en la Facultad de Derecho de la UBA e incorporaron a unas treinta personas de la zona sur del Gran Buenos Aires, sobre todo de Banfield y Lomas de Zamora. Entre ellos se destacaban Ricardo Rodrigo, Guillermo Tamburrini, Eduardo Streger y Ricardo Puente, quienes, además de militar en la universidad, habían participado activamente en las movilizaciones contra la política de racionalización económica de la dictadura de Onganía en Tucumán, que implicó despidos masivos de trabajadores azucareros y el cierre de numerosos ingenios (Ramírez, 2008b). Por entonces, también coordinaban sus acciones con el Sindicato

¹⁰⁴ Coinciden en la cifra Cano (2011), Rodríguez Ostria (2011) y la entrevista realizada por la autora a Ricardo Rodrigo (2012).

¹⁰⁵ Fuertemente influido por el pensamiento de Guevara, Cooke se había instalado en Cuba en 1960, integrando al año siguiente las milicias que defendieron la isla de la invasión de Bahía Cochinos. Aunque su influencia política en las estructuras de conducción del peronismo y en las organizaciones sindicales fue escasa, sus escritos y conducta cimentaron su prestigio en los grupos radicalizados y juveniles del movimiento y también en importantes sectores de izquierda. En 1966 y 1967 fue elegido representante de la delegación argentina que participó en las conferencias de la OLAS y la Tricontinental (Bozza, 2001).

de Prensa dirigido por Eduardo Jozami y Emilio Jáuregui, el último de los cuales participará con ellos en los entrenamientos en Cuba. Tanto el grupo proveniente de las FARN y el EGP, como el del MUR de Derecho y otro grupo de veinte personas que sumaron en Córdoba, viajaron a la isla entre marzo y abril de 1967, donde se adiestraron en la zona de Pinar del Río y en las montañas del Escambray (Cano, 2011; Rodríguez Ostría, 2011 y entrevista a Rodrigo). Por la misma época, a través de Marcelo Verd, también llegó un pequeño núcleo militante del ya disuelto MIRA (una de las escisiones del MIR-Praxis, mencionada en el capítulo anterior), en el que estaban Ramón Horacio Torres Molina y Samuel Slutzky, quien luego se integrará en las FAP (Campos y Rot, 2010).

Además, para entonces ya estaban recibiendo instrucción en Cuba tanto un pequeño núcleo de militantes de La Plata¹⁰⁶, como dos grupos del peronismo combativo. Uno de ellos orientado por Gustavo Rearte, dirigente de la JRP y el MRP, y otro compuesto por militantes de “Acción Revolucionaria Peronista” (ARP) -grupo liderado por Cooke- entre los que estaban Francisco Alonso, Raimundo Villaflor y Néstor Verdinelli, luego miembros de las FAP (Anzorena, 1989; Pérez, 2003)¹⁰⁷. Y, en septiembre de 1967, llegarían a través de Juan García Elorrio -director de *Cristianismo y Revolución*- militantes de los “Comandos Camilo Torres” quienes, habiendo iniciado su militancia en el cristianismo postconciliar, ya se habían identificado con el peronismo y años después fundarían Montoneros. Entre ellos estaban Fernando Abal Medina, Gustavo Ramus, Emilio Maza y Norma Arrostito, quien se adiestró en tareas urbanas (entrevista a Lewinger y Lanusse, 2005).

Entre todos esos contingentes militantes estuvieron los tres grupos que luego fundaron las FAR: aquellos donde estaban Carlos Olmedo, Marcos Osatinsky y Arturo Lewinger. Como ya señalamos, el grupo en que estaba Olmedo se formó en el segundo semestre de 1966 con la idea de participar en un movimiento guerrillero de inspiración guevarista. Para entonces, Antonio Caparrós ya había estado en Cuba y Jozami, luego de un viaje previo, volvió en octubre con la idea de organizar el entrenamiento de militantes allí. También viajaron Roberto Quieto y Carlos Olmedo, el último de los cuales se entrenó en la isla entre diciembre de 1966 y abril de 1967¹⁰⁸.

¹⁰⁶ Laura Alcoba (2012) ha narrado en forma novelada la experiencia en Cuba de este grupo -conocido como “los cinco de La Plata”-, donde se entrenaron con varios otros mencionados aquí. Pasado el tiempo algunos de los militantes platenses se integrarán a Montoneros.

¹⁰⁷ Un documento de este grupo contemporáneo a la realización de la OLAS e influido de modo notable por el pensamiento de Guevara respecto de las “vías” de la revolución puede verse en ARP (1967).

¹⁰⁸ Caparrós estuvo en Cuba entre febrero y marzo de 1966 gracias a los contactos establecidos con Guevara a través de Néstor Lavergne, como comentamos en el capítulo 1. Jozami viajó por primera vez en mayo de 1966 invitado como representante del Sindicato de Prensa por la Central de Trabajadores

Más allá de su decidido fervor guevarista y procubano, cuando el grupo leyó por primera vez el folleto de Debray, en enero de 1967, no dejó de plantearle una serie de críticas por considerar que el “foco” subsumía la construcción del partido en el ejército, relegando la política a un lugar secundario:

“La primera vez que leímos el folleto de Debray nos pareció una cosa insostenible, todavía nos quedaba bastante de leninismo y de sentido común de la política. Yo venía de ser secretario de un sindicato donde habíamos tenido conflictos, asambleas, listas, alianzas. Y de pronto eso de que bastaba formar un ejército y que a partir de ahí se iba a ir creando el partido y qué sé yo nos parecía un disparate.” (Entrevista de la autora a Jozami).

También consideraban que eventualmente habría que consolidar una “organización más nacional, buscar el modo de que la política estuviera más presente y que las ciudades eran demasiado importantes en la Argentina” como para no darles un lugar más estratégico (entrevista a Pastoriza).

Sin dudas, el texto de Debray no adquirió la repercusión que tuvo sólo por el contenido de sus formulaciones. Su autoridad derivaba en gran medida del patrocinio del gobierno cubano, cuya colaboración e interés por el escrito se destacaba en el prólogo del folleto. Además, por entonces se acrecentaban los rumores sobre una futura guerrilla comandada por Guevara, que el mismo texto insinuaba: “Cuando el Che Guevara reaparezca, no sería aventurado afirmar que estará al frente de un movimiento guerrillero *como jefe político y militar indiscutido*” (Debray, 1967: 103, destacado en el original). En este sentido, el impacto de la convocatoria guevarista hizo que las objeciones del grupo al texto de Debray pasaran rápidamente a un segundo plano:

“Sin embargo, unos meses más tarde, nosotros, como mucha otra gente, habíamos, yo diría, olvidado esas críticas. Las habíamos olvidado porque sabíamos que era el Che el que estaba atrás de esto, que el Che estaba en Bolivia, que de alguna manera este manual era como un punto de unificación de lo que tenía que ser un movimiento latinoamericano. Y si bien nunca llegamos a decir ‘qué bueno que es este folleto’, era tal el peso que tenía la convocatoria del Che, la idea de que el camino era la revolución, que bueno, las cosas las íbamos discutiendo, pero como que uno no podía estar al margen de eso. Bueno, hay una frase de Cooke que lo expresa de una manera muy clara. Cooke dice en uno de sus escritos: yo prefiero equivocarme con el Che Guevara que acertar con Victorio Codovilla.” (Entrevista a Jozami, 2002, AOMA)¹⁰⁹.

El grupo se enteró de los pormenores del proyecto del “Che” en Bolivia -aunque no de cuál podría ser su rol preciso en él- a través de Tamara Bunke (Tania), que a pedido

cubanos, pero fue en octubre cuando volvió para organizar las actividades del grupo allí (entrevista a Jozami). Según Vignollés (2011) Quieto estuvo dos veces en la isla, una a mediados de 1966 y la otra en diciembre.

¹⁰⁹ El testimonio alude al documento del ARP, contemporáneo a los hechos narrados, que ya hemos citado (ARP, 1967, en Baschetti: 243).

de Guevara contactó a Jozami en enero de 1967 para que viajara a ese país. Jozami y Pastoriza fueron en dos ocasiones, primero en febrero, cuando llegaron hasta Camiri junto a Tania pero no pudieron quedarse a esperar al “Che” por cuestiones de seguridad, y la segunda en marzo, cuando ya no pudieron contactar a nadie debido al aislamiento de la guerrilla (entrevista de la autora a Jozami). Por entonces Caparrós y Olmedo todavía estaban en Cuba, mientras que otra parte del grupo, entre ellos Terán, Jozami y Pastoriza, estuvieron allí entre julio de 1967 y principios de 1968 recibiendo entrenamiento guerrillero. En ese período, Roberto Quieto y Carlos Olmedo permanecieron en la Argentina ampliando el grupo, que realizó por entonces algunos entrenamientos rudimentarios relacionados con tácticas de guerrilla rural¹¹⁰.

Por su parte, “el grupo de la Fede”, como se conocía al nucleamiento en que estaba Osatinsky, había iniciado sus gestiones para viajar a Cuba a mediados de 1966 a través de Ciro Bustos. Luego de un viaje de Alfredo Helman para organizar el traslado de estos militantes, en diciembre de ese año partieron a la isla el propio Helman, Marcos Osatinsky, Alejo Levenson, Marcelo Kurlat, Alfredo Moles y Jorge Gadano, donde permanecieron hasta abril de 1967. Allí se entrenaron en la zona de Pinar del Río, de donde retornaron con el objetivo de “conformar la columna argentina del proyecto guevarista”. De hecho, a su vuelta algunos de ellos se trasladaron a Perico del Carmen (Jujuy, Argentina), donde instalaron una radio capaz de recibir mensajes desde La Habana y exploraron la zona pensando en crear una base de apoyo a una eventual columna guerrillera que bajaría desde Bolivia (entrevistas de la autora a Carazo, Solarz y Moles; Helman, 2005). Previamente se habían encontrado en Cuba con militantes del grupo de Olmedo y hubo algún intento de integración entre ambos que se frustró por desavenencias personales (Helman, 2005: 137).

Respecto del grupo en que estaba Arturo Lewinger, el primero que viajó a Cuba fue Luis Piriz gracias a los fondos que obtuvo por el asalto a una mesa de dinero y a los contactos brindados por Cooke, a quien conocían desde la época de su militancia en el MIR-Praxis. Contando con ese aval, Piriz logró entrevistarse con el comandante Manuel “Barbarroja” Piñeiro (jefe de la Dirección General de Inteligencia del Ministerio del Interior cubano y encargado de los vínculos con los movimientos revolucionarios del tercer mundo), consiguiendo el dinero suficiente para el traslado de otros militantes del grupo. Entre ellos viajaron en septiembre de 1967 el propio Piriz, Arturo Lewinger, su hermano Jorge Omar Lewinger, Roberto Pampillo y Humberto D’Hippolito, quienes

¹¹⁰ El grupo se amplió con la incorporación de buena parte de los militantes que mencionamos al final del capítulo 1. Según el testimonio de Terán (2005, AOMA), quien si bien no ingresó en las FAR en 1968 todavía estaba en este grupo, por entonces serían unos cuarenta militantes.

se entrenaron primero en Pinar del Río y luego en el Escambray, permaneciendo en Cuba hasta marzo de 1968. En su caso, viajaron fuertemente influenciados por el libro de Debray, que por entonces consideraban una suerte de “Biblia”, y ya con el objetivo preciso de unirse a Guevara en Bolivia, de donde preveían bajar hacia el norte argentino para montar otro foco guerrillero (entrevista a Lewinger).

Buena parte de los grupos que hemos mencionado llegaron a cruzarse en Cuba, ya sea en los entrenamientos o en algunas reuniones que se realizaron entre los nucleamientos argentinos durante los primeros meses de 1967. En general, el elemento que los unificaba era la posibilidad de integrarse a un movimiento guerrillero liderado por el propio Guevara, a excepción de grupos peronistas como el de Rearte, que se mostraba algo más reticente señalando que su objetivo central era la lucha por el retorno de Perón (Helman, 2005: 134)¹¹¹.

Por lo demás, las relaciones entre los grupos argentinos no estuvieron exentas de fricciones y desconfianzas mutuas, no sólo por sus diversas procedencias políticas sino también debido a las rivalidades generadas por el intento de asegurarse el liderazgo, ganar el reconocimiento cubano y un lugar de privilegio en la lucha junto al “Che” (Helman, 2005: 131-136).

Pese al rol que Guevara le otorgaba a la Argentina en su proyecto (Taibo, 1996 y Garcés, 2011) y por motivos que aún no han sido suficientemente investigados por la bibliografía, ninguno de estos grupos alcanzó a sumarse al “Ejército de Liberación Nacional” que el “Che” había fundado en Bolivia¹¹². Su muerte, en octubre de 1967, los dejó sin un proyecto político claro. Sin embargo, la participación de varios de ellos en un proyecto de inspiración guevarista, incluidos aquellos que luego fundarán las FAR, proseguirá durante un par de años más.

¹¹¹ Aún así, distintas fuentes señalan que cuando se enteraron del proyecto del “Che” en Bolivia, tanto Rearte como Cooke comprometieron el apoyo del “peronismo revolucionario” si la guerrilla lograba extenderse hacia la Argentina (Pérez, 2003; Baschetti, 2007b).

¹¹² En el diario que escribió en Bolivia, Guevara mencionó en más de una ocasión su intención de contactar a los grupos argentinos. Eduardo Jozami es mencionado en el análisis del mes de diciembre de 1966; el 1/1/67, cuando precisa el viaje de Tania a la Argentina para contactarlo, y el 21/3/67 cuando comenta los frustrados intentos de encontrarse con él y le propone a Bustos “ser una especie de coordinador, tocando por ahora sólo a los grupos de Jozamy, Gelman y Stamponi y mandándome 5 hombres para que comiencen el entrenamiento” (2005b [1967]). Como señalamos, Jozami formaba parte del grupo de Carlos Olmedo y Luis Stamponi dirigía el conformado por militantes de las FARN y el EGP. Por su parte, tanto Bustos (2007) como el propio Helman (2005), afirman que la mención a Gelman en el diario del “Che” no remitía a Juan “Gelman” sino a Alfredo “Helman”, integrante del grupo en que estaba Marcos Osatinsky.

3.2 Las armas secretas: la sección argentina del ELN reorganizado por “Inti” Peredo (1968-1969)

“...el comandante Guevara entró a la muerte / y allá andará según se dice / pregunto yo / ¿quién habrá de aguantarle la mirada? / ¿ustedes momias del partido comunista argentino? / ustedes lo dejaron caer / ¿ustedes izquierdistas que sí que no? / ustedes lo dejaron caer / ¿ustedes sacerdotes del foquismo y más nada? / ustedes lo dejaron caer /... / el comandante Guevara entró a la muerte por su / cuenta pero / ustedes / ¿qué habrán de hacer con esa muerte? / pequeños míos / ¿qué?”.

Juan Gelman, Pensamientos, octubre de 1967.

Uno de los capítulos más invisibilizados del itinerario político que dio lugar a las FAR fue la participación de sus grupos fundadores en el “Ejército de Liberación Nacional” reorganizado por “Inti” Peredo luego de la muerte de Guevara. De hecho, durante años, los únicos que hicieron hincapié sobre la actuación del ELN en el país y la participación en él de tales grupos, fueron sectores vinculados a las Fuerzas Armadas y de seguridad dada su predilección por los argumentos ligados a la “injerencia cubana en la subversión”. Se trata de textos que, más allá de sus perspectivas ideológicas y sus manifiestos objetivos represivos, están plagados de inexactitudes y gruesos errores¹¹³. A la breve y difusa alusión al tema realizada por las FAR en “Los de Garín” y a la escasez de fuentes hasta ahora conocidas, se suman otros elementos que contribuyeron a la invisibilización de esta experiencia tanto en el pasado como en el presente: el hecho de que el ELN argentino no haya firmado ninguna de sus acciones y la extrema compartimentación entre las columnas que lo compusieron. Esto último hizo que no todos sus militantes estuvieran al tanto de que su accionar se enmarcaba en la estructura mayor del ELN (exceptuando a los principales dirigentes de cada columna, en su mayoría asesinados) y que inclusive algunos ex militantes de las FAR se hayan enterado hace muy poco de ello, lo cual dificulta la reconstrucción de la experiencia por medio de entrevistas.

¹¹³ Entre ellos figuran algunos de vieja data elaborados para contrarrestar la llamada “campaña antiargentina” como Poder Ejecutivo Nacional (1979) y Asociación Patriótica Argentina (1978) y también otros posteriores como Díaz Bessone (1988) y Vergez (1995). Allí, las columnas que integraron el ELN se reducen a tres (nominadas como columna 1, 2 y 8), se confunde su composición y se incluyen además militantes que nunca las integraron. Además, como era de esperar, sus relaciones con Cuba se presentan de modo lineal y sin las complejidades y tensiones que efectivamente atravesaron. Según el conocido represor Héctor Vergez, la información sobre la conformación y estructura del ELN argentino fue resultado de los interrogatorios obtenidos a militantes detenidos luego de un frustrado asalto a un Banco de Quilmes en 1969 (las investigaciones de la inteligencia policial bonaerense sobre el caso pueden verse en Legajo N° 110, Archivo DIPBA). Actualmente, ese relato es profusamente reproducido en sitios web ligados a las Fuerzas Armadas y en libros como el de Yofre (2008), quien cita como fuente un trabajo del Servicio de Inteligencia del Ejército también elaborado en 1969.

Lo cierto es que el “Ejército de Liberación Nacional” fundado por Guevara fue relanzado tras su muerte bajo la jefatura de Guido Álvaro Peredo Leigh -“Inti”-, uno de sus antiguos combatientes bolivianos. En julio de 1968, Inti Peredo lanzó su manifiesto “Volveremos a las Montañas”, reafirmando que la guerrilla era el camino correcto para liberar América Latina y asegurando que el ELN creado por el “Che” seguiría en pie de lucha (Peredo, 1968). Efectivamente, el ELN fue reorganizado a mediados de ese año previendo que su primer foco guerrillero se desarrollaría en Bolivia, país gobernado por el General René Barrientos Ortuño. Al mismo tiempo, siguió siendo pensado como una estructura continental, alcanzando a organizar esta vez sectores en otros países. Fundamentalmente en Argentina y Chile, aunque con la intención de proyectarse también hacia Perú, Uruguay y Brasil. Su Estado Mayor a nivel continental lo integraban Inti Peredo, Elmo Catalán -socialista chileno, también entrenado en Cuba- y Luis Stamponi y Ricardo Rodrigo, a quienes mencionamos entre los militantes argentinos que viajaron a la isla. En Chile, país que por estar bajo un gobierno constitucional prestaría de momento sólo apoyo político y logístico¹¹⁴, lo dirigían Elmo Catalán y Beatriz Allende, la hija de Salvador Allende¹¹⁵.

La sección argentina del ELN se organizó en el país coordinando a varios de los grupos que previamente se habían entrenado en Cuba buscando sumarse al proyecto del “Che”. Su principal responsable fue Ricardo Rodrigo, quien se encargó de convocarlos. Para ello, los cubanos le facilitaron los contactos a través del acceso a los archivos del G-2 (el aparato de inteligencia cubano), al tiempo que prometieron apoyarlos enviando armas, dinero y hombres. Actuó organizado en ocho columnas, tres de las cuales fueron integradas por los grupos que luego fundaron las FAR: la columna 2, liderada por Carlos Olmedo; la 3 compuesta por el grupo en que estaba Marcos Osatinsky y la 8, por el núcleo dirigido por Arturo Lewinger¹¹⁶. Con respecto al resto de las columnas, la 1 reunió alrededor de cuarenta militantes provenientes del grupo EGP/FARN y del MUR de Derecho. La columna 4 la dirigió Marcelo Verd y estaba compuesta por el nucleamiento de Córdoba que se había entrenado en Cuba y por militantes de La Plata provenientes de distintas escisiones del Partido Socialista. La columna 5 la dirigió Tito Drago y la integró Baluarte, un grupo de orientación

¹¹⁴ De acuerdo a las premisas guevaristas, el ELN no actuaría en el país bajo el gobierno de Frei. Sin embargo, según los testimonios, evaluaban que las FFAA no permitirían un triunfo de Allende, por lo que terminaría produciéndose un golpe militar. De allí que consideraran, vislumbrando esa futura dictadura, que pronto entrarían en acción también en Chile (entrevista a Rodrigo).

¹¹⁵ Sobre la guerrilla de Inti Peredo en Bolivia y su proyección continental puede verse Rodríguez Ostria (2006).

¹¹⁶ Caparrós, Pastoriza y Jozami, que habían participado del grupo de Olmedo, no se integraron al ELN argentino (entrevista a Jozami y Pastoriza).

trotskista, mientras que de la columna 6 participaron militantes variados, entre ellos Rubén Cerdat y Manuel Negrín, también entrenados en Cuba¹¹⁷. Por último, estaba previsto que la columna 7, que no llegó a participar de ninguna acción, estuviera dirigida por Joe Baxter.

En lo inmediato, las tareas que se trazó el ELN argentino fueron “contribuir al desarrollo de la guerrilla en Bolivia y crear las condiciones para la instalación de un foco guerrillero en el país”. Tales condiciones, previas a la implantación del foco, eran básicamente dos: consolidar sólidas bases de apoyo urbano en las ciudades y “permeabilizar” las zonas rurales donde, más adelante, se instalaría la guerrilla. Si bien nunca llegaron a esa etapa, las zonas elegidas fueron Tucumán, Salta y Jujuy¹¹⁸.

Fiel a la perspectiva guevarista, el ELN argentino sostenía que la lucha urbana debía subordinarse a la guerrilla rural, al tiempo que destacaba el tipo de rol que debía jugar para garantizar la viabilidad de aquella:

“Las acciones en la ciudad, por más efectivas que sean, no brindan las perspectivas de pasar a una etapa superior de lucha, no crean las condiciones para la construcción del ejército del pueblo, no garantizan su continuidad ya que las redes urbanas se mueven en territorio enemigo con muchas dificultades para su funcionamiento. Esto no quiere decir que no se deban realizar acciones urbanas, por el contrario, el contar con redes urbanas es una necesidad para el éxito de la lucha guerrillera. Las tareas que debe encarar la red urbana son decisivas para la instalación y el desarrollo de la guerrilla y son fundamentalmente: servir de red logística a la guerrilla, trasladar la violencia a las ciudades, romper el cerco político que el enemigo pone a la guerrilla, tratando de aislarla de las masas.” (ELN argentino, 1969: 3-4).

Efectivamente, el sector argentino del ELN dedicó buena parte de sus esfuerzos a operar en la ciudad. Allí, se propuso realizar tanto acciones de “propaganda armada” como “expropiaciones” para consolidar la infraestructura de la organización consiguiendo armas y dinero. Según lo había convenido, ninguna de ellas sería firmada hasta que la guerrilla de Inti Peredo lograra asentarse en Bolivia.

En su visión, la “propaganda armada” -inspirada en la política inicial de Tupamaros- implicaba el desarrollo de acciones político-militares que, en virtud de la ausencia de víctimas y la elección precisa de su objetivo político, fueran capaces de generar consenso entre la población evidenciando al mismo tiempo la viabilidad de la lucha armada y la vulnerabilidad del enemigo. La acción más importante que realizaron en

¹¹⁷ Previamente, Rubén Cerdat había participado como miembro de la FJC en el campamento de instrucción guerrillera descubierto en Icho Cruz en 1964, que mencionamos en el capítulo 1.

¹¹⁸ Para el proyecto del ELN argentino nos basamos en su documento “Tareas para la implementación de un frente guerrillero en la Argentina” (ELN argentino, 1969). Según Rodrigo (entrevista citada), quien participó de la redacción del documento, su primer parte está inspirada en “Instrucciones para los cuadros destinados al trabajo urbano”, un escrito redactado en Bolivia donde Guevara detalló las actividades de la lucha en las ciudades destacando su valor, aunque siempre considerándola como apoyo de la guerrilla rural (Guevara [1967] 2005a).

este sentido fue el incendio simultáneo de trece supermercados Minimax, que lograron llevar a cabo sin causar víctimas. La fecha elegida fue el 26 de junio de 1969, ocasión de la visita al país de Nelson Rockefeller, propietario de la cadena. Su gira por Latinoamérica, encomendada por el presidente Richard Nixon, ya había suscitado numerosas protestas a lo largo del continente. A su vez, por esos días el clima de tensión social en el país suscitado por el Cordobazo -ocurrido el mes anterior-, se mezclaba tanto con las movilizaciones estudiantiles y atentados de todo tipo producidos por la llegada de Rockefeller, como con las protestas que tuvieron lugar por las vísperas del primer aniversario de la Revolución Argentina. De esta acción participaron *todas* las columnas del ELN argentino. De hecho, cuando en 1971 las FAR asumieron la participaron de sus grupos fundadores en el “operativo Minimax”, señalaron al pasar que lo habían hecho como parte de “un conjunto de grupos coordinados” con el objetivo de apoyar la guerrilla de Inti Peredo en Bolivia (FAR, 1971d: 58). Se trató de la única alusión realizada por la organización sobre su apoyo a la guerrilla que continuó en Bolivia luego de la muerte del “Che”¹¹⁹.

La otra acción de este tipo que realizó el ELN argentino, finalmente fallida, fue el intento de volar los carros de asalto de la Agrupación policial Güemes en junio del mismo año, cuyos efectivos habían participado en la represión del Cordobazo. Por lo demás, realizaron numerosas operaciones de “expropiación”. Algunas para conseguir dinero, entre las que se cuenta el asalto a un Banco en Quilmes en agosto de 1969 donde resultó detenido uno de sus militantes y fue herido Alberto Camps, integrante de la columna 2 y futuro dirigente de las FAR. Y otras para obtener armas, en este caso mediante el desarme de policías y el robo de armerías¹²⁰.

Respecto de las zonas donde se montaría el foco guerrillero, se proponían “permeabilizarlas” mediante la creación de redes políticas y contactos con gente del lugar, el asentamiento de militantes con “buena cubierta” y la instalación de depósitos con equipos y provisiones necesarias ante un eventual cerco de la guerrilla (ELN

¹¹⁹ Testimonios de militantes que no ingresaron en las FAR también evidencian la participación del resto de las columnas del ELN en esta acción. Véase el relato de algunos de ellos en *Liberación* (S/d. autor, 1974a: 13-15); el testimonio de Ángel Abus (2008, AOMA), el de Drago (2007) -dirigente de la columna 5 del ELN-, además de la entrevista de la autora a Rodrigo. Sobre la quema de los supermercados Minimax *La Nación* -en adelante LN-, 27/6/69, p. 1, 14 y 20; 28/6/69, p. 12 y *PP*, 1/7/79, p. 13.

¹²⁰ Sobre la acción fallida contra la Agrupación Güemes ver LN, 19/6/69, p. 16 y Drago, 2007. Sobre el asalto al Banco de Quilmes LN, 11/8/69, p. 10; 12/8/69, p. 14; 13/8/69, p. 12 y Legajo N° 110, Archivo DIPBA. Según el testimonio de Abus (2008, AOMA), el objetivo de la última acción era obtener fondos para asaltar posteriormente el Banco Nacional de Desarrollo donde él trabajaba, operación que terminó realizando junto a otros militantes en 1972 ya dentro del PRT, al que se sumó tras la disolución del ELN argentino. En el Legajo de la DIPBA se enumeran además una serie de asaltos realizados por el ELN argentino a distintas cooperativas, empresas y negocios del Gran Buenos Aires durante el año 1969 que fueron confirmadas a la autora en entrevistas a sus militantes.

argentino, 1969). De esas tareas, que alcanzaron a realizar sobre todo en Tucumán, participaron varios militantes que luego fundaron las FAR. De hecho, el principal grupo contactado allí por Olmedo y Quieto hacia 1969, integraría poco después la regional Tucumán de aquella organización. Los contactos con la militancia tucumana los consiguieron a través de las FAP, organización que en agosto de 1968 también había intentado montar un foco guerrillero en la provincia, siendo detenidos sus militantes en Taco Ralo tan sólo un mes después¹²¹. Con el aval de las FAP, que les facilitó el acceso a militantes del peronismo local, se generó en la zona un grupo de apoyo al ELN en que coordinaron sus actividades militantes de las propias FAP, algunos dirigentes de los viejos Uturuncos y el grupo que tiempo después se sumaría a las FAR. Su principal responsable y enlace con Buenos Aires era Alejo Levenson (integrante de la columna 3 junto a Marcos Osatinsky y luego militante de las FAR), quien terminó instalándose en Tucumán al igual que María Antonia Berger (integrante de la columna 2 dirigida por Carlos Olmedo)¹²². El objetivo del grupo de apoyo tucumano era contribuir a generar “un desarrollo político en la zona que constituyera las bases campesinas de la columna, armar un aparato urbano en la Capital y garantizar un contacto con la frontera boliviana”. En esa línea, y en consonancia con el resto de las tareas que el ELN se había trazado para las futuras zonas guerrilleras, realizaron distintas actividades de tipo logístico. Entre ellas, la instalación de un criadero de conejos, el aprovisionamiento de legumbres que escondían en bolsas de plástico bajo tierra y el montaje de una empresa cuyo supuesto objetivo legal era la venta de chacinados en Tartagal y Orán, al norte de Salta y cerca de la frontera con Bolivia, lo que les permitía establecer una línea de contacto con el país vecino (entrevista de la autora a “Militante de FAR 2”, 2012, del grupo tucumano). Por su parte, Carlos Olmedo, además de encargarse junto a otros militantes del transporte de chacinados hacia la frontera boliviana, llegó a hacer un relevamiento de la zona de Tucumán y Salta mediante la toma de fotografías aéreas, observando qué áreas del

¹²¹ En parte por influencia de militantes de las FAP que habían participado de la guerrilla urbana de Tupamaros, dicho foco rural se enmarcaba en la llamada teoría de “las dos patas”, según la cual debían desarrollarse ambos frentes de lucha. En base a ello la organización decidió armar dos estructuras simultáneas bajo una dirección única: una urbana -que ya estaba funcionando- y otra rural. En Taco Ralo, donde iniciaron los entrenamientos pensando trasladarse luego a una zona más propicia para montar la guerrilla, fueron detenidos 15 militantes, entre ellos Envar El Kadri, Amanda Peralta, Néstor Verdinelli y Samuel Slutzky (Pérez, 2003).

¹²² Las relaciones entre el grupo tucumano y los militantes de las columnas del ELN argentino que luego fundaron las FAR se fueron estrechando tanto por motivos políticos como por lazos de tipo afectivo. Por entonces, Alejo Levenson y María Antonia Berger habían formado pareja con dos de los militantes tucumanos: Nélide y Agustín Villagra. Este último se había acercado al grupo a través del matrimonio Osatinsky, del cual era muy amigo. Para entonces, el matrimonio ya no residía en su provincia natal. Se había instalado en Buenos Aires a principios de 1969 por cuestiones de seguridad.

lugar eran lo suficientemente tupidas como para favorecer la instalación de un núcleo guerrillero. Al mismo tiempo, al igual que Levenson y Berger, uno de los primos de Olmedo se instaló en Tucumán con la idea de generar contactos para una futura red urbana en la zona (entrevista de la autora a “Militante de FAR 1”, 2012, del grupo de Olmedo). Por lo demás, durante este período los miembros del ELN argentino se entrenaron en distintas zonas del país, sobre todo en el Tigre, Córdoba, Tucumán y Salta, aprovechando las salidas de instrucción en las dos últimas provincias para explorar las futuras zonas guerrilleras y establecer contactos con militantes del lugar (entrevistas a “Militante de FAR 1”, a Rodrigo y testimonio de Ángel Abus, 2008, AOMA).

El sector argentino del ELN se disolvió a principios de 1970 por diversos motivos, aunque el detonante central fue el golpe represivo recibido por la guerrilla boliviana - todavía en plena fase de preparación- y el asesinato de Inti Peredo en septiembre de 1969, quien había sido su líder indiscutido en virtud del prestigio obtenido como antiguo combatiente de Guevara¹²³. En diciembre de ese año, Osvaldo “Chato” Peredo, su hermano menor, fue designado como nuevo jefe de la organización. Fue entonces cuando el ELN argentino decidió romper con Bolivia, considerando que la concepción político-militar del “Chato” Peredo no coincidía con la que habían sostenido hasta el momento. Básicamente, le objetaban su predisposición a “subir al monte de inmediato”, sin contar con suficiente apoyo en las ciudades y en las zonas rurales donde preveía montar el foco guerrillero, tareas que habían constituido el eje de sus actividades en Argentina (entrevista a Rodrigo)¹²⁴. Según Rodríguez Ostría (2006) y algunos de los testimonios citados, para entonces, y ya desde antes de la muerte de Inti Peredo, Cuba había retirado su apoyo a la guerrilla boliviana. Ello se habría evidenciado no sólo en el hecho de que no llegaron los hombres, las armas y el dinero prometidos, sino en que varios militantes del propio ELN, que habían finalizado su entrenamiento en la isla y debían retornar a Bolivia, fueron “retenidos” allí sin motivos hasta fines de 1969. Nuevamente, los motivos de este cambio en la política cubana no están claros. Entre sus hipótesis, Rodríguez Ostría considera tanto presiones soviéticas -en un año en que la dependencia cubana respecto de la URSS se acrecentó por sus dificultades con la zafra azucarera-, como los cambios en la

¹²³ Justo antes de la muerte de “Inti” Peredo, Osvaldo Olmedo, integrante de la columna 2 del ELN argentino y futuro militante de las FAR, estaba a punto de viajar a Bolivia para establecer contacto con él (entrevista a “Militante de FAR 1”).

¹²⁴ Sólo dos militantes del ELN argentino aceptaron sumarse a la guerrilla dirigida por Osvaldo Peredo, Rubén Cerdas y Ricardo Puente, donde ambos murieron. La guerrilla liderada por el “Chato” Peredo se desarrolló en Teoponte entre el 19 de julio y el 2 de noviembre de 1970. Contaba con un total de 67 hombres, de los cuales murieron 58.

coyuntura política boliviana. En este sentido, sugiere que el gobierno cubano podría haber estado al tanto y tener expectativas respecto del golpe de estado impulsado por el General Alfredo Ovando Candia en septiembre de 1969, quien impulsó una política de corte nacionalista y entre otras medidas expropió la Gulf Oil Company, una petrolera norteamericana¹²⁵.

La ruptura con Bolivia, las perspectivas de un pronto triunfo de Allende en Chile¹²⁶ y los escasos avances logrados en Perú, Uruguay y Brasil, sumieron al ELN argentino en una profunda crisis interna. A los ojos del grupo, el panorama planteado ponía en cuestión las posibilidades de desarrollar un proyecto de orden continental, del cual, siguiendo las premisas guevaristas, siempre se habían considerado un eslabón más. Las opciones que discutieron entonces fueron detener sus actividades a la espera de un cambio de panorama que les permitiera restablecer los contactos a nivel continental, o continuar con la lucha iniciada en el país. Al calor de esos debates, tres de las ocho columnas del ya disuelto ELN argentino decidieron poner en marcha la segunda alternativa, ahora bajo el liderazgo de Carlos Olmedo. Esta nueva organización, fundada a partir de la fusión de las columnas 2, 3 y 8 y que pronto convocaría nuevos contingentes militantes, permaneció innominada hasta el 30 de julio de 1970 cuando, ya como “Fuerzas Armadas Revolucionarias”, se presentó públicamente en Garín¹²⁷.

3.3 Pervivencias y torsiones: el nacimiento de la organización

Tanto en los primeros documentos públicos de las FAR (1971a y d) como en las entrevistas a ex militantes, se reiteran varios elementos que explicarían el pasaje de sus grupos fundadores desde una estrategia guevarista, de carácter continental y fuerte énfasis en la guerrilla rural, hacia otra de orden nacional que privilegiaba la lucha urbana. Básicamente, se destaca la renovada importancia otorgada a la clase obrera en Argentina, cuya combatividad, luego de un período de reflujo, volvió a evidenciarse durante el Cordobazo y los levantamientos populares que culminaron con

¹²⁵ Por otro lado, el propio documento del ELN argentino (escrito a principios de 1969), ya dejaba entrever ciertas suspicacias sobre los motivos por los cuales los contingentes sudamericanos entrenados en Cuba (entre los que se contaban los propios autores) no habían alcanzado a sumarse a la guerrilla del “Che”.

¹²⁶ Cabe recordar que la propia Beatriz Allende era una de las responsables de la sección chilena del ELN. Además, luego del 4 de septiembre, algunos de los miembros del ELN integraron la custodia personal del presidente recientemente electo.

¹²⁷ Respecto de los militantes del ELN argentino que no se incorporaron a las FAR, algunos dejaron de militar y otros se integraron con el tiempo al PRT-ERP, entre ellos, Eduardo Streger, Floreal Canalis y Alberto Julián Piera de la columna 1, Ángel Abus y Oscar Serrano de la columna 5 y Manuel Negrín de la columna 6.

el Rosariazo de septiembre de 1969. Ello habría producido una suerte de efecto “nacionalizador” sobre la estrategia anterior y los habría llevado a privilegiar la lucha en las ciudades, junto con la creciente influencia que ejercía sobre la naciente organización la guerrilla urbana de los Tupamaros uruguayos. Similar efecto “nacionalizador” habría conllevado la progresiva revalorización de la experiencia peronista, acicateada por las discusiones que los grupos fundadores de las FAR mantenían con las FAP desde mediados de 1969.

Como veremos, tales concepciones comenzaron a perfilarse en esta etapa, aunque en buena medida terminaron por delinarse posteriormente. De hecho, lo que hemos buscado subrayar en este capítulo es que dichas definiciones llevaron un proceso de discusión algo más extenso y menos lineal del que generalmente se sugiere en las visiones retrospectivas. En ese sentido, a contramano de lo que suele señalarse, hemos mostrado que la participación de los grupos que fundaron las FAR en una estrategia claramente guevarista no concluyó con la muerte del “Che” sino que continuó, al menos, hasta fines de 1969. Experiencia que, al no condecir con la estrategia que la organización se había trazado cuando narró sus orígenes, fue prácticamente soslayada en sus documentos.

Teniendo en cuenta estas cuestiones, abordaremos las conclusiones que las FAR extrajeron posteriormente sobre su historia guevarista, así como las rectificaciones sobre las cuales establecieron las bases de su proyecto político, en los próximos capítulos. A continuación, preferimos ceñirnos al estado de las discusiones que efectivamente atravesaban a principios de 1970, cuando todavía no tenían nombre ni se habían presentado públicamente en Garín. Para ello nos basaremos en un documento de circulación interna nunca publicado. El trabajo, titulado “Informe de la Reunión Nacional de Mandos”, fue redactado por Carlos Olmedo reflejando los debates acaecidos en una reunión donde la naciente organización esbozó su estrategia política futura (Olmedo, 1970)¹²⁸. Se trata de una suerte de escrito transicional -y probablemente también transaccional- donde pueden verse tanto la pervivencia de algunas premisas de la estrategia previa, como ciertas torsiones que posibilitarán tránsitos posteriores.

¹²⁸ El documento fue allanado por la policía en una casa de militantes de la “Guerrilla del Ejército Libertador” (GEL) en 1971, junto a numerosos materiales tanto de esa organización como de las FAR (Legajo N° 320, Archivo DIPBA). Lo cual, se explica por el hecho de que los militantes que dieron lugar al GEL mantenían desde sus orígenes relaciones con los grupos que luego fundaron las FAR (entrevista de la autora a Carlos Flaskamp, militante del GEL y luego de las FAR, 2007 y 2011; sobre el GEL puede verse Flaskamp, 2002 y Campos y Rot, 2010). Si bien el documento en cuestión no está firmado, pudimos comprobar fehacientemente su autoría mediante el intercambio con ex militantes tanto de las FAR como del GEL y el ELN argentino. Excepto que se indique otra fuente, todas las frases entrecomilladas que siguen corresponden a este documento, cuyas páginas no están numeradas.

En principio, caracterizaron el momento por el que atravesaba la Argentina como “etapa de guerra en sí”, es decir, como el comienzo efectivo de la “guerra de liberación”. Y ello, a diferencia de otra postura también planteada en la reunión - probablemente la que estos mismos grupos habían sostenido previamente-, que la concebía sólo como la “fase de preparación de la guerrilla”. A partir de dicha caracterización de la etapa, se trazaron tres objetivos:

- a) Consolidar una organización clandestina de accionar político-militar en las ciudades que, “alcanzando una clara identidad política, eche las bases para una sólida identificación recíproca entre la vanguardia y los sectores más avanzados de la clase obrera y el pueblo”.
- b) Seleccionar la zona más apta para montar una guerrilla rural y resolver todos los problemas técnicos y políticos necesarios para poder iniciar, más adelante, ese tipo de operaciones.
- c) Comenzar a buscar respuestas políticas y organizativas para el reclamo que -según estimaban- comenzaría a surgir por parte de los sectores más combativos de la clase obrera y el pueblo, una vez cumplidas las metas anteriores.

Lo primero que se constata es que, por entonces, seguían considerando la guerrilla rural como un objetivo de orden estratégico. Explicaban el fundamento de esa opción por la imposibilidad de lograr una “captura insurreccional” del poder al estilo soviético sin haber desgastado primero a las fuerzas represivas. Tarea que, según advertían, en esta coyuntura mundial ya no podría descansar en el accionar de otro ejército burgués (como habría sucedido en el caso soviético con la destrucción del ejército zarista por parte del ejército germano). Por eso, juzgaban indispensable oponer al Ejército regular un “Ejército del Pueblo” que fuera capaz “de obtener victorias que no valgan sólo por su significación política sino, también, por sus implicancias estrictamente militares”. Siguiendo las premisas guevaristas, sostenían que la guerrilla rural era la condición de posibilidad para la construcción de tal Ejército.

Ahora bien, estas consideraciones no eran ajenas a cierto balance sobre el fracaso de distintos movimientos latinoamericanos que desde la Revolución Cubana habían impulsado la guerrilla rural como forma dominante o exclusiva de lucha. Se trataba de fracasos que, según señalaban, se habían basado en lecturas “sobresimplificadas” de la Revolución Cubana, afirmación que conllevaba una impugnación apenas velada al libro de Debray, que luego se volverá explícita en “Los de Garín”. Las conclusiones del balance conducían en dos direcciones:

- 1) la importancia de gestar paralelamente sólidas organizaciones urbanas, y

2) la necesidad de un conocimiento más profundo sobre las especificidades de la realidad nacional donde actuaban las guerrillas.

Ambas direcciones permiten entrever, por ahora tensamente, los carriles por los cuales terminarán de perfilarse las definiciones que sostendrán la estrategia de las FAR.

Respecto del primer punto, el objetivo de montar una guerrilla rural implicaba un largo período de preparación que incluía tanto el trabajo político y la incorporación de militantes en las zonas rurales donde más adelante se instalaría la guerrilla, como, también, la consolidación de organizaciones clandestinas urbanas que realizaran acciones armadas “de carácter político”. Como mencionamos al inicio del capítulo, existen diferencias entre el libro de Debray y los escritos de Guevara respecto de ambas cuestiones (incluso las hay entre *Revolución en la Revolución* y trabajos previos del propio autor también escritos bajo el influjo de la “vía” cubana)¹²⁹. Sobre esos márgenes se había movido ya el proyecto del ELN argentino que, como vimos, también preveía dedicar un largo período a preparar las condiciones necesarias para el inicio de las operaciones rurales. Márgenes que también permiten comprender que durante su existencia haya dedicado buena parte de sus esfuerzos a realizar acciones armadas en las ciudades. Por tanto, la idea de que la acción urbana era indispensable para hacer viable la guerrilla rural no presentaba, en principio, contradicciones con el proyecto del que habían participado anteriormente.

Ahora bien, torsionando postulados previos, la consolidación de la organización urbana señalada en el escrito aparece también como un objetivo de orden estratégico que comienza a adquirir cierta autonomía, en la medida en que se le atribuyen potencialidades que cobran un papel cada vez más importante. Se trata de metas cuyo valor -advertían- no podía medirse sólo por su relación directa con la guerrilla rural: la posibilidad de ganar la adhesión de los sectores más combativos de la clase obrera y comenzar a generar vinculaciones orgánicas con las organizaciones legales y semilegales del movimiento popular.

Dentro de esa argumentación, entonces, la consolidación de una organización urbana tenía objetivos propios -ganar la adhesión y generar vinculaciones orgánicas con las masas, especialmente con la clase obrera-, aunque esas tareas seguían considerándose simultáneas a la preparación de la guerrilla rural y, ambas, indispensables para poder consolidar, más adelante, un foco guerrillero en el campo.

¹²⁹ Nos referimos a Debray (1965 y 1966), dos artículos publicados en *Pasado y Presente* y *La Rosa Blindada* respectivamente. No por casualidad, eran estos trabajos y no el libro de Debray los que el grupo valoraba en su escrito.

Cabe apuntar aquí que la autonomía de la guerrilla urbana terminó por consolidarse en las FAR, quienes posteriormente no desarrollaron actividades rurales de ningún tipo. Con todo, aún en los primeros años setenta no descartaron la necesidad de instalar un foco en el campo, como tampoco lo hicieron otras organizaciones como FAP o Montoneros (FAP, 1970a y 1971b; FAR y Montoneros, 1972)¹³⁰.

A su vez, en el escrito que estamos considerando, la argumentación daba un paso más, adelantando algunos razonamientos que luego aparecerán en “Los de Garín” sobre la concepción guevarista del “foco insurreccional”. Para el grupo, aquel no debía identificarse con ningún instrumento combativo determinable de antemano (sea la guerrilla rural o la urbana) sino que remitía a la construcción de una “vanguardia irradiando conciencia” a través de su producción político-militar. Desde tal perspectiva, señalaban que para que ese foco pudiera actuar como la chispa que enciende la pradera era necesario “tener claro el explosivo a detonar”. Por esa vía, la argumentación se desplazaba hacia el segundo punto del balance que mencionamos: la ausencia de un conocimiento profundo sobre la realidad nacional que habría signado el fracaso de diversos intentos guerrilleros.

Respecto de este segundo punto, lo primero que debe destacarse es que también subsiste cierta tensión, en este caso sobre el carácter continental o nacional de la lucha que debía librarse. Por un lado, al igual que Guevara y el ELN dirigido por Inti Peredo, sostenían la imposibilidad de alcanzar el poder en un solo país puesto que llegado el momento las fuerzas represivas a enfrentar no serían sólo locales sino también las del imperialismo norteamericano. Aún así, esa perspectiva trasnacional no se reflejaba en ninguna de las tareas que la organización se trazó para esta etapa. Teniendo en cuenta su trayectoria anterior resulta claro que, al menos, ya no creían que tal coordinación continental fuera una condición previa para la lucha en Argentina. Tiempo después, las FAR aclararán en su primer documento público que no dudaban de la necesidad de continentalizar la lucha, pero que ese proceso sólo podía darse a posteriori, es decir, a partir de la coordinación de movimientos nacionales iniciados de modo independiente y en sintonía con las particularidades propias de cada país. Similar visión sostenían por entonces otros grupos armados peronistas como FAP y Montoneros (FAR, 1971a; FAP, 1970a; Montoneros, 1971a).

Lo cierto es que, ya en el escrito que estamos considerando, el énfasis de la organización estaba puesto en señalar que hasta el momento se había carecido de

¹³⁰ Incluso, como es sabido, entre 1975 y 1976 Montoneros se sumaría a las acciones rurales iniciadas por el PRT-ERP en Tucumán.

una teoría de la guerra revolucionaria que supiera captar no sólo sus características universales sino también los rasgos originales de su desarrollo en Argentina. Se trataba de centrar el análisis en el grado de desarrollo relativo de sus fuerzas productivas, la estructura de clases vinculadas a ese desarrollo, el modo de distribución de su población y la experiencia política de sus diversos sectores. Todo ello resultaba indispensable para determinar “el explosivo a detonar” por el foco insurreccional que se proponían gestar. Dada la estructura productiva argentina, ese explosivo remitía directamente a la clase obrera, de la cual reseñaban su historial combativo. Por esa vía, realizaban una valoración de la experiencia peronista, remitiendo para ello a un documento escrito por Olmedo en 1968 bajo el título “Notas para una valoración de la situación nacional”¹³¹.

Allí, luego de criticar duramente la participación del PC y el PS en la “Unión Democrática” y de refutar su asimilación con el fascismo, se realizaba un breve balance del gobierno peronista. Se trataba de un balance que aún resultando mayormente positivo, reclamaba la necesidad de no renunciar por ello a un análisis crítico. Desde esa perspectiva, se enfatizaban las “mejoras sustanciales” concedidas a la clase obrera en términos económicos y sociales, aunque no dejaba de subrayarse que tales logros no habían transformado la estructura tradicional del país; ni sus relaciones de producción ni la distribución del poder preexistente. Por ello se destacaba que, gracias a la extraordinaria coyuntura económica de su gobierno, el peronismo había podido impulsar una política de fuerte signo popular sin necesidad de ser anti burguesa. Tal coyuntura es la que le habría permitido a Perón ser tanto el líder de los trabajadores como el político más lúcido de la burguesía (Olmedo, 1968).

Pero más allá del balance, lo que el análisis buscaba destacar era la “experiencia vivida” por la clase obrera durante el peronismo. Según el escrito, Perón había sabido interpretar las necesidades y sentimientos de las masas trabajadoras, dándoles respuestas reales o demagógicas -se añadía al pasar- pero movilizándola siempre, intensificando la conciencia de sus intereses históricos y de su peso en la vida política nacional. Incompleta, ilusoria quizás -se volvía a acotar-, la participación en el poder había sido vivida como una realidad por las masas argentinas (Olmedo, 1968).

Retomando esa perspectiva, en 1970 la organización afirmaba que mediante su persistente identificación con el peronismo, un movimiento que a nivel ideológico había pregonado la conciliación de clases, los trabajadores no habían hecho más que

¹³¹ El procedimiento para identificar la autoría de este documento, citado como propio en el escrito de 1970, fue similar al realizado con este último. Se halla también en el Legajo N° 320, Archivo DIPBA.

diferenciarse de quienes habían derrocado al gobierno de mayor respaldo popular en la Argentina, desnudando objetivamente la imposibilidad de tal armonización a largo plazo. Por ello sostenían que desde 1955 la experiencia peronista había jugado “el papel de un indicador de clase”, aquello que le había permitido al proletariado diferenciarse de la burguesía. En ese sentido, lo que distinguían -al tiempo que construían- dentro del movimiento era un “peronismo proletario”, es decir, un peronismo que en manos de la clase obrera se habría ido “despojando de las ambigüedades con que las raíces ideológicas de su pasado policlasista lo lastraban”. Con la mirada puesta en las distintas vertientes de la llamada izquierda peronista y en la escisión de la CGT de los argentinos (CGT-A) producida en 1968, confiaban en que a través de este “peronismo proletario”, los trabajadores se irían diferenciando también de todos los “burócratas” que, proclamándose parte del movimiento, sólo buscaban integrarse al “sistema”.

A su vez, la organización afirmaba que desde 1955, y sobre todo luego del 18 de marzo de 1962 -aquellas elecciones que habían sido anuladas tras el triunfo de Framini-, “ya no quedaban salidas burguesas para la situación nacional”. De ese modo, y apelando exactamente a los mismos términos con que Portantiero ya había contradicho a Codovilla antes de fundar Vanguardia Revolucionaria, sostenía que desde entonces el país vivía una “situación revolucionaria”. El grupo -al igual que el dirigente de VR previamente-, definía tal situación en términos de Lenin. Es decir, como una coyuntura en la que estaban dadas las condiciones objetivas para la revolución, en que la lucha contra el poder burgués tenía perspectivas de éxito, aunque eso no implicaba que existieran las condiciones subjetivas requeridas para ello¹³². En otras palabras, para el líder ruso -al igual que para Guevara- las condiciones objetivas eran necesarias pero no suficientes para que el proceso revolucionario pudiera desarrollarse.

Según la organización, luego de 1955 el proletariado había agotado todas las formas de resistencia y lucha que le brindaba el sistema, llegando a traspasar los límites de su

¹³² Lenin definía una situación revolucionaria mediante los siguientes rasgos: 1) La imposibilidad de las clases gobernantes para mantener su dominación sin ningún cambio, es decir, cuando hay una crisis en la política de la clase dominante que abre una hendidura por la que irrumpen el descontento y la indignación de las clases oprimidas. 2) Una agudización superior a la habitual de los sufrimientos y necesidades de aquellas clases. 3) La intensificación, en virtud de las causas anteriores, de la actividad de las masas, que en tiempos ‘pacíficos’ se dejan expoliar sin quejas, pero que en tiempos agitados son compelidas, tanto por las circunstancias de la crisis como por las mismas ‘clases altas’, a la acción histórica independiente. Lenin subrayaba que sin esas condiciones la revolución era imposible, pero que su sola presencia (la Rusia de 1905 por ejemplo) no bastaba para desencadenarla. Ello debía ser acompañado por un “cambio subjetivo, como es la habilidad de la clase revolucionaria para realizar acciones revolucionarias de masas suficientemente fuertes como para destruir (o dislocar) el viejo gobierno” que, ni siquiera en épocas de crisis, “caerá si no se lo hace caer”. (Lenin, 1970: 310).

legalidad como había sucedido en Córdoba y Rosario durante 1969. Inspirados por la perspectiva leninista del *¿Qué hacer?* (1965), sostenían que el problema era que tras la caída de Perón sólo había contado con el aparato sindical como forma de expresión política e instrumento de lucha. Y que ese aparato, por su propia naturaleza reivindicativa, había determinado que el proletariado no pudiera ir más allá de la acción defensiva ni pasar del cuestionamiento de determinado elenco gobernante al del sistema todo. De allí la organización concluía que la consolidación de las mencionadas condiciones subjetivas para la revolución en la Argentina requería de la gestación de una nueva vanguardia reconocida como tal por las masas (Olmedo, 1968 y 1970)¹³³.

Tanto en el escrito de 1968 como en el de 1970 estaba claro que se trataría de una vanguardia cuyo método principal de acción sería la lucha armada, aunando, en la misma estructura, la dirección política y militar del proceso revolucionario. Esto es, una vanguardia cuyo modelo organizativo estaba inspirado en la lectura del proceso cubano y no ya en la perspectiva leninista. Sin embargo, existen diferencias perceptibles entre ambos escritos respecto de la posición que dicha “vanguardia político-militar” debía asumir frente al peronismo. En el escrito de 1968, más allá de la valoración positiva que hemos destacado, se sostenía que la función de tal vanguardia era que los trabajadores pasaran de “reconocerse tozudamente en el peronismo” a la “plena independencia orgánica de clase” (Olmedo, 1968), evidenciado así su posición de exterioridad frente al movimiento. Mientras tanto, en 1970 dicha exterioridad aparecía en la forma de un interrogante que se tornaba clave ante la inminente aparición pública de la organización. Siguiendo los términos del grupo, lo que estaba en juego era la configuración de la “identidad política” con que se presentaría ante las masas. Y ello en relación con la aspiración de gestar, junto al resto de las organizaciones armadas, su vanguardia. Según sus palabras:

“Nuestra sigla, nuestras proclamas, deberán ir al encuentro fraternal de las de nuestros compañeros de otras organizaciones revolucionarias. Armonizándose con ellas a los ojos de las masas, estarán contribuyendo a configurar la identidad política de la vanguardia aguerrida y poderosa que surgirá de este proceso.

Para nosotros, para esa vanguardia, el camino de la identidad no es sino el de una doble identificación: la nuestra en los intereses históricos de la clase obrera y el pueblo y la del pueblo en las perspectivas de nuestra lucha, que es su lucha. Por eso nos teme el enemigo: somos pocos, pero late en nosotros la fuerza de los más. Y con los más daremos y ganaremos esta guerra.” (Olmedo, 1970).

Desde esa perspectiva, la organización afirmaba que su aspiración de formar parte de la vanguardia de la clase obrera y el pueblo no podía partir más que de “la propia

¹³³ Volveremos sobre estos temas en los capítulos siguientes.

experiencia de las masas, de su propio nivel de conciencia y expectativa". De aquel universo político en que las "masas interpretan su explotación, sus derechos y su destino". Por esa vía, y siguiendo el principio maoísta sintetizado en la consigna "de las masas a las masas", la organización comenzó a plantearse algunos interrogantes que, más allá de la cuestión armada y de las distintas respuestas elaboradas, atravesaron también a buena parte de la izquierda argentina en aquellos años:

"¿Aplicar en Argentina el principio 'de las masas a las masas' implica sólo tomar las ideas más radicales y clasistas de las masas, hacerlas nuestras, convertirlas en el sentido de nuestra lucha, volver con ellas desarrolladas a las masas y recoger una y otra vez el saldo positivo que vaya dejando su experiencia enriquecida por los combates y todo el accionar de la vanguardia?, ¿O todo esto sólo se puede lograr presentándonos como peronistas (en el sentido en que la clase es peronista) y profundizando sin límites ese componente definitorio de la ideología de la clase? Discusión abierta y decisiva que arrojará sin dudas buenas guías para la acción eficaz a corto y largo plazo." (Olmedo, 1970).

Efectivamente, la "opción por el peronismo" -como luego la denominará la organización-, claramente insinuada en este escrito, quedó abierta en las FAR durante un año más. Lo cual, tal como ocurrió con la definición de su estrategia político-militar, no sucedería sin que la organización transitara por arduos debates internos.

Sintetizando lo expuesto hasta aquí, podemos afirmar que fue a partir de un balance sobre el fracaso de intentos guerrilleros anteriores y de los derroteros de la clase obrera en la Argentina, que se fue perfilando la génesis de algunas de las definiciones centrales del proyecto de las FAR: la importancia de la cuestión nacional, el privilegio de la lucha urbana y una creciente revaloración de la experiencia peronista de los trabajadores. Y, también, que para principios de 1970 las primeras dos cuestiones convivían todavía con premisas de la estrategia previa, y la tercera aparecía bajo la forma de un interrogante que interpelaba la identidad política de la naciente organización.

En este orden de cuestiones que prefiguran futuras definiciones de las FAR, el último elemento que quisiéramos agregar tiene que ver con el modo en que estos militantes comenzaron a pensar sus relaciones con sectores sociales más amplios. Mencionamos que, por las características de la Argentina, ligaron la lucha armada en las ciudades con la posibilidad de identificarse como fuerza política, conquistar adhesiones y empezar a generar vinculaciones orgánicas con el movimiento popular. De hecho, las potencialidades que le atribuyeron a la lucha urbana en este sentido motivaron su progresiva autonomización respecto de la guerrilla rural. Al tiempo que, la necesidad de pensar respuestas políticas y organizativas para el reclamo que -según estimaban- surgiría por parte de la clase obrera y el pueblo, estuvo contemplada entre

los objetivos que se plantearon para esta etapa. Lo cierto es que para principios de 1970, en parte por una evaluación de las fuerzas propias y por la necesidad de consolidarse primero internamente, pero sobre todo por la concepción político-militar que la guiaba, la organización nacía privilegiando la acción armada como método prácticamente exclusivo de generar conciencia política entre las masas y de vincularse con ellas. En ese sentido, no sólo aclaraba que estaba fuera de su alcance estar presente y aspirar a fijar la línea de cuanta movilización popular se diera en el panorama nacional. Fiel en este caso al espíritu guevarista -en un sentido más profundo que el de la opción por el predominio de la guerrilla rural o urbana-, acotaba que, en realidad, ese era el mejor modo de defraudar a las masas. Y ello, porque “su gran motor” requería del “pequeño motor” de las organizaciones político-militares para ponerse en marcha. De ese modo, y aclarando dónde concentraría sus esfuerzos en el futuro inmediato, la organización advertía que el único modo de atender con eficacia perdurable su relación con el movimiento popular era “perfeccionar, desarrollar y dotar cada vez de mayor poder combativo a [su] aparato político-militar clandestino” que, según su visión, estaba haciendo “desde sus primeros pasos una política de masas”.

3.4 La incorporación de nuevos grupos

Comentamos que la organización se constituyó como tal a principios de 1970 luego de la fusión de las columnas 2, 3 y 8 del ya disuelto ELN argentino. Desde entonces, su líder indiscutido -y sin dudas también mítico- fue Carlos Olmedo, quien integraba su conducción junto a Roberto Quieto y Marcos Osatinsky. A su vez, sus grupos fundadores formaron la incipiente “regional” de Buenos Aires de las FAR.

Desde su constitución, la organización dedicó sus esfuerzos al intento de sumar nuevos núcleos militantes. Durante 1970, de modo más o menos contemporáneo al copamiento de Garín, logró incorporar, al menos, tres núcleos militantes más. Se trataba de grupos por entonces pequeños y poco estructurados, aunque rápidamente fueron denominados como las “regionales” de Córdoba, La Plata y Tucumán. Reseñaremos brevemente sus itinerarios políticos¹³⁴.

El grupo de Córdoba estaba compuesto por militantes que provenían de los Comandos de Resistencia Santiago Pampillón (CRSP), un nucleamiento estudiantil que había tenido activa participación en el Cordobazo. La agrupación se constituyó en 1966,

¹³⁴ Es difícil precisar la fecha exacta de la incorporación de estos grupos. Aún así, las entrevistas indican que al menos algún militante de cada uno de ellos llegó a participar del copamiento de Garín.

tomando su nombre del estudiante y trabajador de IKA-Renault que la policía había asesinado en septiembre durante una protesta. Por entonces, los CRSP resistían la intervención de las universidades decretada por Onganía, participando de la larga huelga estudiantil que tuvo lugar en la provincia durante el segundo semestre de ese año. Exigían la vigencia de la autonomía y el co-gobierno universitario, el ingreso irrestricto y la gratuidad de la enseñanza, entre otras reivindicaciones (CRSP, 1966a y b, s/f. y 1967). El grupo se caracterizaba por la acción directa, había adquirido cierta experiencia en las luchas callejeras contra la policía y coordinaba sus actividades con diversos gremios, sobre todo el de Luz y Fuerza, dirigido por Agustín Tosco. Previendo los conflictos que se avecinaban, en las vísperas del Cordobazo formaron el “Comando Universitario de Combate Organizado” (CUCO). Se trató también de un grupo de acción directa, compuesto por un centenar de estudiantes que participaron de la toma del barrio Clínicas durante las jornadas del 29 y 30 mayo, donde algunos de ellos resultaron detenidos¹³⁵. Según los testimonios, si bien los militantes de los CRSP tenían posiciones políticas diversas, luego del Cordobazo algunos de ellos comenzaron a replantearse la utilidad de continuar con una lucha restringida a las reivindicaciones del ámbito universitario. Por entonces, seguían de cerca las discusiones en torno a la necesidad de la lucha armada para combatir la dictadura, los balances sobre la muerte de Guevara en Bolivia, el fracaso de las FAP en Taco Ralo y los debates entre la guerrilla rural o urbana (entrevista a Juan “Ivo” Koncurat, 2001, AOMA). Tiempo después, Juan Julio Roqué les explicará algo similar a sus hijos en una carta. Les dirá que en aquella época era dirigente de los CRSP, los cuales constituían “grupos de choque” contra la dictadura que impulsaban tareas de agitación masiva, luchas callejeras contra la policía y otras medidas de acción directa propias de “formas muy primitivas de violencia revolucionaria”. Y que tras el Cordobazo “habían tocado un límite”, comprendiendo que aquellas no bastaban para combatir al enemigo que enfrentaban¹³⁶.

¹³⁵ El CUCO subsistió luego del Cordobazo, adhiriendo a una huelga impulsada por el segundo aniversario de la muerte de Guevara en octubre de 1969 (CUCO y CRSP, 1969).

¹³⁶ Se trata de “A mis hijos Iván y María Inés”, una carta escrita por Roqué en agosto de 1972. Allí, les explicaba los motivos de su militancia y del alejamiento de su familia en julio de 1971, cuando tras los asesinatos de varios militantes de las FAR, tuvo que pasar definitivamente a la clandestinidad y trasladarse con otro militante cordobés de la organización a Tucumán (citada completa en Levenson y Jauretche, 1998: 172-183). La lectura de esa carta, que llegó a sus manos muchos años después, constituye el hilo narrativo de *Papá Iván* (2004), la película de María Inés Roqué, hija del militante.

Hacia 1970 los CRSP se disolvieron, ingresando algunos de sus militantes al PRT y otros a las FAR¹³⁷. El principal referente del núcleo que se incorporó a las FAR fue Roqué y entre sus militantes se encontraban Mario Lorenzo, Juan “Ivo” y la “Bruja” Koncurat, Alfredo Elías Kohon y Carlos Astudillo. También se incorporó tempranamente en este grupo Héctor Pedro Pardo¹³⁸.

Respecto del grupo de La Plata, los entrevistados señalan su existencia en esta etapa y mencionan que los contactos fueron logrados a través de Arturo Lewinger, quien estudiaba Historia en la ciudad. Sin embargo, es difícil determinar la envergadura que tenía para la época de Garín, y en qué medida se trataba efectivamente de un grupo o de contactos aislados. Para 1970, sólo tenemos constancia fehaciente de la integración de Eduardo Jensen (“Andrés” o “Añamé”) y de Uriel Rieznik (“Atilio”). El primero llegó a participar del copamiento del 30 de julio. Por su parte, para esa época Rieznik mantenía junto a Arturo Lewinger las relaciones de la organización en la ciudad con el grupo que pronto lanzaría el GEL¹³⁹. Aparentemente, fue a partir de 1971 que se fueron sumando más militantes, entre los primeros y más conocidos de ellos Mirta Clara, Néstor “el flaco” Sala y Víctor Hugo Kein, los dos últimos de extensa militancia peronista en la Facultad de Arquitectura platense (entrevista a Mirta Clara, 2001, AOMA, y su testimonio en Ciollaro, 2000: 170-191 y en Baschetti, 2007a: 276-277).

Respecto del grupo de Tucumán, se trata de aquel que en 1969 había prestado su apoyo a las actividades del ELN argentino en la provincia, junto a militantes de las FAP y de los viejos Uturuncos. Entre los primeros miembros de esta “regional” estuvieron Luis Fernando Martínez Novillo, José Carlos Coronel, Miguel Ángel Castilla, Martín Gras, Alberto Simón Savransky, Nélica y Agustín Villagra y tres militantes del PCR que

¹³⁷ Ignacio Vélez (2005), luego dirigente de Montoneros y para fines de los sesenta integrante del “Movimiento Universitario de Cristo Obrero” en Córdoba, comentó que junto a algunos de sus compañeros también había participado de acciones directas impulsadas por los CRSP.

¹³⁸ Juan Julio Roqué nació en Córdoba en 1940. Era Licenciado en Ciencias de la Educación y trabajaba como docente secundario y rector en un colegio de enseñanza media. En las entrevistas se destaca generalmente su formación intelectual. Lewinger sostiene además que tenía vínculos con los integrantes de *Pasado y Presente* (entrevista citada). Por su parte, nacido en Capital Federal en 1948, Mario Lorenzo Koncurat era el segundo hijo de cinco hermanos. Su padre, nacido en Croacia, se había afincado en La Pampa. Mario Lorenzo se mudó a Córdoba para estudiar Filosofía y Letras, mientras que su hermano Juan ingresó en Medicina. Según Baschetti (2007a), Mario Lorenzo participó en el copamiento de Garín. Alfredo Elías Kohon era entrerriano, estudiaba Ingeniería en Córdoba y trabajaba allí en una fábrica metalúrgica, mientras que Carlos Astudillo, nacido en Santiago del Estero, estudiaba Medicina en la misma Universidad.

¹³⁹ La información proviene de las entrevistas de la autora a Lewinger, Flaskamp, “Militante de FAR 1” y el testimonio de Mirta Clara en Ciollaro, 2000: 170-191. En una semblanza sobre Arturo Lewinger (S/d. autor, 1975a) también se consigna que aquel creó la organización en La Plata, pero el autor de la misma fue su hermano Jorge, uno de nuestros entrevistados.

se sumaron a través de Osatinsky¹⁴⁰. Algunos de ellos tuvieron un itinerario ciertamente disonante con respecto al resto de los grupos que fundaron o se sumaron tempranamente a las FAR, por lo que nos detendremos en él.

Varios de estos militantes se incorporaron a la política a través de la militancia católica, participando de grupos como la “Juventud de Acción Católica”, la “Juventud Universitaria Católica”, la “Liga de Estudiantes Humanistas” y de partidos políticos como la Democracia Cristiana. Además, entre los años 1962 y 1963, tomaron contacto con el fenómeno de los curas obreros en Buenos Aires, particularmente en Avellaneda, cuyo obispo era Jerónimo Podestá (participante del Concilio Vaticano II y luego del “Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo”). Durante esa estadía en Buenos Aires entraron a trabajar en una metalúrgica como personal de limpieza. Allí, atravesaron una experiencia que dejaría huellas profundas en estos militantes que todavía no alcanzaban los veinte años. Cuando los dueños de la fábrica se enteraron que había estudiantes universitarios en el área de limpieza los echaron inmediatamente, corriéndose el rumor de que habían expulsado a unos “muchachos que hacían política”. En el cambio de turno, varios centenares de obreros -para quienes la expresión “muchachos expulsados que hacían política” no resultaba demasiado polisémica- los ovacionaron, cantándoles la marcha peronista a modo de despedida (entrevista a “Militante de FAR 2”). Tanto esa experiencia, como el contacto con los curas obreros y la anulación de las elecciones de marzo de 1962, los acercaron progresivamente al peronismo. Si bien ello no implicó el abandono inmediato de la militancia católica, sí terminó alejándolos de la Democracia Cristiana. Sin dudas, se trata de un itinerario en que se expresa un proceso más amplio: aquel que impulsó a importantes sectores cristianos influidos por el Concilio Vaticano II, la encíclica *Populorum Progressio* de 1967 y la Conferencia de Obispos Latinoamericanos de 1968 a “optar por los pobres” y, por esa vía, a identificarse con el peronismo. Como también fue usual, el diálogo entre “cristianos y marxistas” influyó notablemente en la formación política e ideológica de estos militantes, al igual que la muerte del sacerdote Camilo Torres en las filas de la guerrilla colombiana (Sarlo, 2001a). Por ello no es extraño que, años después, recordaran a algunos fundadores de Montoneros -como Fernando Abal Medina y Gustavo Ramus-, de aquellas redes católicas, políticas y de sociabilidad en las que habían participado (Lanusse, 2005).

¹⁴⁰ Al menos Miguel Ángel Castilla y Agustín Villagra participaron en el copamiento de Garín (FAR, “Prisioneros de guerra de la Cárcel de Villa Devoto”, 1971 y S/d. autor, 1973a). A su vez, según testimonios, otros militantes tucumanos habían participado del primer intento de tomar la localidad realizado por las FAR dos semanas antes del 30 de julio, que resultó fallido.

A nivel universitario, hacia mediados de los sesenta el grupo participaba de agrupaciones estudiantiles ligadas al humanismo, que constituían la mayoría o estaban muy bien posicionadas en distintas facultades (Derecho, Filosofía, Económicas, Ingeniería). A su vez, junto a militantes del PRT, habían colaborado con los obreros en la toma de Ingenios de 1966. Tenían también algunos contactos con la FOTIA y un incipiente trabajo barrial.

Luego de las detenciones de Taco Ralo en 1968, estos militantes lograron contactarse con las FAP y les prestaron alguna ayuda logística en Tucumán. A su vez, como ya comentamos, al año siguiente sirvieron de apoyo a las actividades del ELN argentino en la provincia.

En 1970, el grupo finalmente decidió que quería ingresar en las FAP, a las que consideraban como “la” guerrilla peronista. Sin embargo, la organización les respondió que estaba atravesando una crisis interna y no incorporaría nuevos militantes hasta resolverla¹⁴¹. De todos modos, les dijeron que iban a contactarlos con otra organización armada que estaba discutiendo el tema del peronismo: se trataba de las FAR. Cuando se reunieron, los militantes de Tucumán les advirtieron que ellos eran un grupo peronista. Aún así, las FAR los convencieron de integrarse.

Efectivamente, tal como definió a su grupo uno de los militantes tucumanos, ellos constituyeron “la FAR atípica”. Según sus palabras, “lo más lógico” hubiese sido que se incorporaran a las FAP, que era lo que en realidad buscaban (entrevista a “Militante de FAR 2”).

3.5 La toma de Garín: presentación pública de las FAR

El 8 de junio de 1970 la Junta de Comandantes desplazó a Juan Carlos Onganía del gobierno. Para entonces, la dinámica política nacional había variado sustantivamente, quedando atrás los primeros años de relativa calma atravesados por la Revolución Argentina. Tras el Cordobazo, la movilización y la protesta social dibujaban una espiral ascendente, al tiempo que la violencia parecía instalarse como medio legítimo para enfrentar la dictadura militar. Se sucedían nuevas puebladas (en Rosario, Cipolletti, luego en Tucumán) y cobraban fuerza nuevos actores. Entre ellos los curas tercermundistas y conducciones sindicales combativas, en que despuntaban ya las posiciones clasistas de los gremios cordobeses SITRAC (Sindicato de Trabajadores

¹⁴¹ Es posible que en las FAP hubieran comenzado a darse en forma larvada las discusiones que al año siguiente condujeron a la escisión de un sector llamado “oscuro” o “movimientista” (mencionaremos el tema en el capítulo siguiente).

de Concord) y SITRAM (Sindicato de Trabajadores de Materfer). Y, también, diversos grupos armados, agravando la sensación de amenaza que se instalaba en el gobierno. Efectivamente, durante el primer semestre de 1970 la actividad de las organizaciones armadas había sido particularmente intensa. El reparto de juguetes y alimentos en Villa Piolín por parte de las FAP; una ola inusitada de asaltos a entidades bancarias y destacamentos policiales sin firmar; el secuestro del cónsul paraguayo Waldemar Sánchez realizado por las FAL y el asesinato de Aramburu por parte de Montoneros, que terminó precipitando la destitución de Onganía, fueron algunas de las acciones destacadas de esos meses¹⁴². Resultaba claro que la intransigencia del ex presidente frente a cualquier forma de participación política no había contribuido a descomprimir la situación. Lo sucederá en el cargo el general Roberto Levingston, una figura hasta entonces desconocida para la opinión pública. Su prescindencia en los últimos conflictos de la interna militar y su escaso ascendiente sobre sus camaradas, parecían convertirlo en un candidato aceptable para encabezar el intento de generar un nuevo esquema de poder compartido entre la figura presidencial y la Junta de Comandantes¹⁴³. Más allá de los cálculos de la Junta, Levingston intentará encarar una suerte de “segundo ciclo” de la Revolución Argentina, signado por un pretendido sesgo “nacionalista” en materia económica y el aplazamiento de toda apertura política. Este intento de desarrollar un proyecto propio, sin el tutelaje de la Junta de Comandantes, no parecía estar en relación ni con el agudo faccionalismo de la corporación militar, ni con la amplia hostilidad pública hacia el régimen (O'Donnell, 1982; de Amézola, 2000). Efectivamente, el período de gracia del nuevo presidente duraría muy poco.

Fue en este contexto que las FAR se presentaron en la escena pública con el copamiento de la localidad bonaerense de Garín, ubicada en el partido de Belén de Escobar.

La acción perseguía varios objetivos (FAR, 1971a y d; S/d. autor, 1974b). Por un lado, tenía una función que llamaban “expropiatoria”, es decir, buscaba obtener recursos económicos, armas, uniformes policiales y otro tipo de elementos útiles. De hecho, en los últimos meses la organización ya venía realizando acciones sin firmar en ese sentido. La más importante había sido el asalto a un banco en Don Torcuato, de

¹⁴² Una crónica detallada de las acciones armadas que tuvieron lugar a lo largo del año 1970 puede verse en *Panorama*, N° 192, 29/12/70.

¹⁴³ Formado en el Arma de Caballería, Levingston había sido Jefe del Servicio de Información del Ejército y a comienzos de los '60 estaba identificado con la fracción azul en los enfrentamientos que dividieron a las FFAA. Sin embargo, para la época de su designación hacía tiempo que residía en Washington, donde se desempeñaba como agregado militar y delegado del país ante la Junta Interamericana.

amplia repercusión en la prensa dada la suma de dinero incautada y el señalamiento de los testigos respecto del carácter político del hecho y el “correcto” trato recibido¹⁴⁴. Más allá de eso, el objetivo central de la acción era demostrar la eficacia del método de la lucha armada y la vulnerabilidad del régimen militar. Debía desmentir el clima de relativa distensión producido luego de la asunción de Levingston, que según las FAR había permitido “cacarear al enemigo una paz súbitamente recuperada”. A su vez, el operativo estaba inspirado en la toma de la ciudad de Pando -Canelones, Uruguay- realizada en 1969 por los Tupamaros, considerados por entonces como el ejemplo de guerrilla urbana. Tanto aquella acción como la toma de la localidad cordobesa de La Calera por los Montoneros el 1º de julio de 1970, habían resultado fallidas en términos de las graves consecuencias represivas sufridas por ambas organizaciones. En ese sentido, según la organización, la operación buscaba reivindicar la factibilidad de tales copamientos. Por lo mismo, no debe perderse de vista que de resultar exitosa constituiría una importante muestra de poder por parte de las FAR.

La elección de Garín como lugar del operativo -denominado internamente “Gabriela”-, se basó en motivos fundamentalmente tácticos. Reunía las condiciones de tener un banco, una comisaría y dos accesos que, al tiempo que podían ser controlados, permitían una rápida retirada por la ruta Panamericana y el Acceso Norte. Además, se trataba de una localidad relativamente chica, compuesta por unas 35 manzanas pobladas por cerca de 30.000 habitantes. Y, al mismo tiempo, se hallaba a 40km de la Capital Federal y a tan sólo 15 de la guarnición militar de Campo de Mayo, por lo que tomarla significaría toda una afrenta para el gobierno militar.

Del copamiento participaron casi 40 militantes, los cuales, según las FAR, constituían más de la mitad de la organización. Un cálculo ajustado indica que para entonces contaban, como mínimo, con algo más de 50 miembros, número que varía significativamente si se consideran aquellos militantes ligados a las FAR todavía de manera laxa pero dispuestos a integrarse efectivamente a sus filas¹⁴⁵. Con todo, se

¹⁴⁴ Se trató del asalto a una sucursal del banco Delta y Norte Argentino realizado el 28 de abril de 1970. El botín fue de 31.600.000 pesos moneda nacional, suma equivalente por entonces a más de 80.000 dólares (FAR, 1971d y LN, 29/4/70 y 30/4/70).

¹⁴⁵ Varios testimonios coinciden en la cifra. Uno de ellos precisa que para entonces contarían con 50 militantes efectivamente armados, 30 más convencidos a emprender el mismo camino y unos 50 colaboradores dispuestos a prestarles una casa, ayuda médica u otras cuestiones necesarias. Por nuestra parte, en este período hemos logrado identificar 56 militantes, considerando tanto a sus grupos fundadores, como a los contingentes de Córdoba y Tucumán y a los platenses incorporados para la época de Garín. Por entonces, Marcelo Verd y Sara Palacio (previamente miembros de la columna 4 del ELN) también formaban parte de las FAR y de hecho participaron del copamiento de Garín. Sin embargo, hacia fines de 1970 se separaron de la organización, instalándose en San Juan. Según la visión de los militantes de las FAR, la ruptura se debió a que Verd no aceptaba la nueva línea de la organización que, a diferencia del ELN, privilegiaba la lucha nacional y se acercaba progresivamente al peronismo.

trataba de una acción de enorme envergadura para una organización que estaba en sus comienzos. Y, de hecho, su primer intento de copar el pueblo resultó fallido, aunque la operación logró suspenderse sin mayores consecuencias (FAR, s/f. [1970]). No sucedería lo mismo el 30 de julio.

Ese día los militantes de las FAR redujeron a los choferes de diversos remises y fletes, con los que llegaron a Garín adecuadamente caracterizados. Algunos como policías, otros como personal médico o encuestadores. Se dividieron en siete grupos comando, cada uno de ellos de accionar autónomo aunque coordinado gracias a la comunicación que mantenían con Carlos Olmedo, situado fuera de la zona de operaciones. Vigilaron la estación del tren, tomaron la central telefónica y la casa de un radioaficionado incomunicando al pueblo, coparon la comisaría, asaltaron el banco y controlaron el bar enfrentado a la institución crediticia. Al mismo tiempo, dos comandos detenían el tránsito en los principales accesos del pueblo. Fingían ser policías en búsqueda de los militantes implicados en el caso Aramburu.

El operativo se realizó en 50 minutos, durante los cuales la organización había logrado controlar simultáneamente todos los puntos neurálgicos de Garín. En el banco hirieron al cabo Fernando Sulling, que había intentado resistir el asalto y moriría pocas horas después. Luego de algunos tiroteos aislados, los militantes de las FAR lograron huir llevándose \$3.316.628 pesos moneda nacional, 7 pistolas de diverso calibre, cuatro revólveres, dos metralletas, cargadores y chapas y uniformes policiales (FAR, 1970a y b). Si bien como no pudieron abrir el tesoro del banco la suma de dinero no era la esperada, la localidad de Garín había quedado cubierta de panfletos y pintadas con las siglas de la organización. De ese modo, las FAR emergían a la escena pública mediante un operativo de características ciertamente espectaculares, logrando consolidar la alarma desatada en el gobierno y generando una enorme repercusión en la prensa de la época¹⁴⁶.

¹⁴⁶ Tras el copamiento, Levingston convocó una reunión extraordinaria del Consejo Nacional de Seguridad (creado por Onganía en el marco de la Ley de Defensa Nacional para planificar acciones de seguridad interior) a la que asistieron las principales figuras del gobierno militar. Allí se ordenó la coordinación y alistamiento permanente de las fuerzas represivas dotándolas de medios suficientes para luchar contra la "delincuencia ideológica" y aplicar con rigor las normas represivas en vigencia que, dado el Estado de Sitio, incluían la pena de muerte. Por su parte, la prensa destacó con alarma la sincronización y el adiestramiento de los protagonistas del copamiento, confirmando con ello que la actividad guerrillera había tomado una envergadura insospechada en el país (*LN, La Razón y Clarín* 31/7/70 y 1/8/70, *Confirmado* 5-11/8/70, *Análisis* 4-10/8/70). Por su parte, con su lenguaje y visiones características, la policía bonaerense destacaba: "el 'Operativo Garín' marca un hito en la Guerra Revolucionaria, de carácter total, ideología marxista, programada a partir de la Conferencia Tricontinental" (en Sumario de la Causa Judicial, Legajo N° 122, Archivo DIPBA). Un análisis detallado del copamiento puede verse en González Canosa y Chama, 2006.

Consideraciones sobre los orígenes de las FAR

A lo largo de los tres capítulos que componen la segunda parte de la tesis hemos reconstruido y analizado el proceso de gestación y surgimiento de las FAR distinguiendo dos subperíodos. El primero, más mediato (1960-1966), fue abordado en los capítulos 1 y 2, donde analizamos los itinerarios político-ideológicos que dieron lugar a la formación de los grupos fundadores de la organización: el que fue liderado por Carlos Olmedo, aquel en que se destacaba Marcos Osatinsky y otro referenciado en la figura de Arturo Lewinger. En el primer caso, examinamos el entrelazamiento de las trayectorias políticas de un conjunto de activistas que, iniciando su militancia en el PC, transitaron por distintos ámbitos disidentes del partido como VR, el Sindicato de Prensa y *La Rosa Blindada* antes de conformar el nucleamiento que intentó ligarse al proyecto del “Che”. En el segundo, se trató de un grupo que se escindió de la FJC en 1966, ya con la idea de partir a Cuba. Y, en el tercero, reconstruimos el itinerario de aquellos militantes que integraron el MIR-Praxis, el 3MH y luego buscaron participar de los planes sudamericanos de Guevara. El segundo período (1966-1970) fue considerando en el capítulo 3, donde analizamos el intento de estos grupos de sumarse a la campaña del “Che” en Bolivia, su integración en el sector argentino del ELN dirigido por Inti Peredo y la formación de las FAR.

A su vez, como ya hemos señalado, consideramos que desde sus orígenes hasta su desarrollo como organización, las FAR transitaron un proceso de *doble ruptura* respecto de las tradiciones político-ideológicas de las que provenían sus fundadores. La primera de ellas derivó en su constitución como organización político-militar de actuación nacional y urbana y, la segunda, en la asunción del peronismo como identidad política propia. De allí que en la etapa de los orígenes hayamos analizado los primeros pasos transitados por los grupos fundadores de las FAR en ese itinerario. Básicamente, las diversas estrategias políticas consideradas para viabilizar la liberación nacional y social que impulsaban y sus reinterpretaciones sobre el fenómeno peronista.

Respecto del proceso de doble ruptura señalado, en este período de los orígenes terminó por delinearse la primera de ellas. En este sentido, si bien en los itinerarios analizados puede verse un proceso de creciente revalorización del peronismo, el tema dominante de esta etapa fue el de la opción por la lucha armada.

En relación con el período de gestación de los grupos fundadores de las FAR (1960-1966), el primer tema que estuvo en juego fue el de las “etapas” de la revolución. Por entonces, todos estos grupos forjaron o reforzaron su convicción respecto de que la revolución sería un proceso de liberación simultáneamente nacional y social, tal como mostraba el caso cubano. Para aquellos que provenían del PC, la cuestión fue central en sus disidencias con el partido. En el caso del grupo liderado por Lewinger, el tema ya estaba planteado desde su participación en el MIR-Praxis, que hostigaba permanentemente al comunismo por su estrategia “etapista” y sus expectativas de consolidar alianzas con sectores de la burguesía nacional. Dichas críticas, inspiradas en los planteos trotskistas relativos a la “revolución permanente”, eran previas incluso a la Revolución Cubana, proceso en el que se creyeron ver confirmadas.

En algunos de los grupos por los que transitaban los fundadores de las FAR, pueden detectarse además ciertos razonamientos claves que actuaron como operadores para refutar la concepción que separaba en dos etapas las tareas de liberación nacional y las socialistas. Algunos fueron previos y sintonizaron inmediatamente con el caso cubano, otros surgieron directamente bajo su influjo. En el caso del MIR-Praxis, se trató de la “teoría de la integración mundial” elaborada por Silvio Frondizi, cuyo corolario político para la Argentina era que la burguesía nacional, producto de su ligazón con los intereses del gran capital internacional, ya no tenía tareas progresistas que cumplir. En virtud de ello se afirmaba que en el país no podría realizarse una “revolución democrática-burguesa” como etapa encerrada en sí misma sino que dichas tareas pendientes se realizarían simultáneamente con la marcha al socialismo. Exactamente a la misma conclusión arribaba VR en 1963 con su teoría del imperialismo como “factor interno” de la estructura económica argentina, en cuya elaboración, no por casualidad había tenido un lugar destacado Carlos Ábalo. En este sentido, es interesante señalar una cuestión. En muchos tramos de su militancia los fundadores de las FAR integraron grupos o convivieron con activistas influidos por el troskismo (el MIR-Praxis, el grupo de Ábalo en VR). Sobre todo, cuando lo que estaba en juego era fundamentalmente el tema de las “etapas” de la revolución, en que el influjo cubano resultaba coincidente con los planteos trotskistas respecto del carácter “ininterrumpido” de la revolución. Luego, esos itinerarios se bifurcaron tanto por el tema de las “vías” (el grupo de Ábalo que se integró a Palabra Obrera, criticando el “guerrillerismo” de VR y promoviendo la construcción de un partido obrero) o bien por el tema del peronismo (el sector de La Plata del MIR-Praxis, tras el viraje de éste en clave nacional-popular en 1961).

La refutación de la concepción “etapista” del PC remitía directamente al tema de la actualidad de la revolución socialista, por lo que para todos estos grupos la cuestión que se impuso desde entonces fue la de las “vías” hacia ella. Como hemos visto, en este período sus concepciones al respecto fueron sumamente variadas. Aunque, en todos los casos, se refutaba otro de los planteos del PC: la posibilidad de acceder al socialismo por vías pacíficas. En el caso del itinerario del grupo de Lewinger, las estrategias consideradas incluyeron desde perspectivas insurreccionalistas con un fuerte énfasis en el trabajo político de inserción territorial (el MIR-Praxis y sus transformaciones desde 1961) hasta la apuesta por un golpe militar de base popular (el 3MH). En el caso de los militantes provenientes del PC, hemos visto que el debate sobre las vías inundó progresivamente las páginas de *La Rosa Blindada* y el llamativo peso que, tratándose de un ámbito gremial, adquirió en el Sindicato de Prensa. También, el acercamiento de VR al EGP y su fragmentación luego del fracaso de aquella experiencia. Sin dudas, el tema de las “vías” y la discusión sobre las diversas formas de violencia que podría implicar la revolución en Argentina estaba instalado antes de la dictadura de 1966. Sin embargo, no podría exagerarse su impacto en términos de la precipitación de todas estas cuestiones. A partir de entonces, el grupo de Lewinger descartó la existencia de “sectores nasseristas” en el Ejército y optó por el camino cubano, al tiempo que el grupo en que estaba Olmedo decidía viajar a la isla. A su vez, fue entonces que, tras un largo tiempo de malestar en el PC y también bajo la convicción de que la lucha armada era la única “vía” posible hacia el socialismo, se produjo la fractura de la FJC donde estaba Osatinsky.

Si bien la opción por la lucha armada fue el tema dominante del período, hemos mostrado que las discusiones en torno al peronismo también estuvieron presentes. En general, lo que puede verse es un proceso de reinterpretación del fenómeno que implicó la revalorización del papel que había jugado entre las masas. Desde entonces, ya no se lo consideró como un “desvío” sino como un “momento” que tenía rasgos positivos en términos del desarrollo de la conciencia de la clase obrera. De todos modos, ninguno de los grupos considerados dejó de pensar que su rol ya había concluido y que para iniciar el mentado proceso de liberación nacional y social debía ser superado. Ya sea a través de un amplio movimiento popular que sintetizara los avances del yrigoyenismo y el peronismo (el MIR-Praxis tras 1961 y el 3MH) o una vanguardia que por momentos y de modo difuso llegó a proyectarse como simultáneamente política y militar (VR). En este sentido, respecto de los interrogantes sobre el “hecho peronista” que aquejaron a diversos sectores de izquierda en el

período: ¿qué esperar, la crisis o la transmutación?, ¿desde dónde hacerlo, desde afuera o desde adentro? (Altamirano, 2001a: 64-65); la respuesta fue siempre la crisis del movimiento, por lo que la segunda pregunta ni siquiera fue planteada. En definitiva, para todos estos grupos el peronismo había jugado un rol progresivo en el pasado pero en el presente sólo podía ser algo transitorio.

Con todo, la revalorización señalada fue clara y pronunciada en el itinerario que dio lugar al grupo liderado por Lewinger. Como señalamos, ya el MIR-Praxis pretendía alejarse del antiperonismo de partidos como el PC y el PS, realizando un balance del gobierno peronista que se quería distanciando y capaz de rescatar tanto aspectos negativos como positivos. Sin embargo, el punto de inflexión sobre el tema se produjo tras el viraje “nacional-popular” de 1961. Tanto a nivel discursivo, como en términos de las diversas actividades que desarrollaron cuando decidieron profundizar su “giro a la práctica” (vinculación con grupos peronistas o cercanos a la “izquierda nacional”, incorporación a “Fuerza Autónoma Popular”, apoyo a Framini, etc.). El viraje discursivo ya esbozado se profundizó aún más en el 3MH, donde el énfasis en la dinámica revolucionaria del tercer mundo en clave “popular, nacional y antiimperialista” y la influencia del revisionismo histórico brindaron el marco interpretativo para valorar rasgos positivos en el peronismo. Un movimiento que fue incorporado en una genealogía nacional y popular figurando como el punto máximo -hasta el presente- del ascenso histórico de las masas.

En el caso de los militantes disidentes del PC, también hemos visto sus reconsideraciones sobre el peronismo y sus críticas al partido por la “incomprensión” de dicho movimiento y su participación en la Unión Democrática. En cuanto a VR, el peronismo ya no era concebido como una suerte de error histórico o un desvío, sino como una “etapa de la historia de la conciencia de la clase obrera”. Una etapa que, de todos modos, debía ser superada por una nueva vanguardia revolucionaria para alcanzar el socialismo. Respecto del Sindicato de Prensa vimos sus críticas al PC por su postura frente al movimiento durante el gobierno de Illia. Y, también, todas las redes tejidas con grupos peronistas que, como la JRP y otros, eran calificados por el partido como “ultraizquierdistas”, al igual que antes lo había hecho respecto de los dirigentes de la “línea dura” (Borro, Di Pascuale y otros) que valoraba VR. A su vez, también pudimos observar la recepción de los planteos de John William Cooke en las páginas de *La Rosa Blindada*.

El segundo subperíodo que distinguimos en la etapa de los orígenes (1966-1970), se inicia cuando la decisión de poner en práctica la lucha armada ya está tomada. Lo que

se observa en esos años es cómo comenzó a delinearse el pasaje desde una estrategia continental y fuerte énfasis en la guerrilla rural, a otra de alcance nacional que terminará por privilegiar la acción urbana. Los legados y reelaboraciones de ese período los profundizaremos en el capítulo 5. De todos modos, ya señalamos que ese pasaje fue gradual. Es decir, que si bien las FAR desde 1970 no realizaron ninguna práctica concreta vinculada a la instalación de un foco rural, esa idea no desapareció de sus planteos. Y, además, que ya el sector argentino del ELN había dedicado buena parte de sus esfuerzos a realizar acciones político-militares en las ciudades, algunas de ellas bajo la idea de la “propaganda armada”, como el incendio de los supermercados Minimax en 1969.

Finalmente, sobre las discusiones en torno al peronismo, observamos que desde 1968 puede notarse una creciente revalorización del fenómeno, cuyo eje central es la “experiencia vivida” por la clase obrera y la intensificación de la conciencia de sus “intereses históricos” bajo el peronismo. De todos modos, el objetivo seguía siendo que los trabajadores dejaran de identificarse con ese movimiento para reconocerse en la nueva “vanguardia político-militar” que se pretendía gestar. Fue en 1970, ya en vistas de su presentación pública, que la exterioridad de dicha vanguardia frente al peronismo comenzó a aparecer bajo la forma de un interrogante que interpelaba fuertemente a la organización. Desde entonces, las preguntas que según Altamirano atravesaron a diversos sectores de izquierda por aquellos años, se convirtieron en la clave principal de las discusiones de las FAR. En este sentido, cabe destacar una última cuestión: la incorporación a la organización del grupo de Tucumán, ya peronista y conformado a lo largo de un itinerario ciertamente disonante en relación con aquellos que dieron lugar a los grupos fundadores de las FAR. Lo cual, permite introducir un matiz interesante respecto de la impronta general de la organización, surgida, fundamentalmente, a partir de las reconfiguraciones operadas en la cultura política de la izquierda del período. Es cierto que se trató de un núcleo pequeño de militantes, que fueron incorporados para la época de Garín, es decir, cuando el núcleo duro de la organización ya se había conformado, y que, en consonancia con su itinerario previo, no buscaban sumarse a las FAR sino a las FAP. En este sentido, como señaló uno de sus miembros, ellos constituyeron las FAR “atípicas”. De hecho, esa incorporación remite a las discusiones y estrategias que esta organización, surgida desde las filas de la izquierda, comenzará a librar en su interior respecto de la posibilidad de identificarse con el peronismo. Consideraremos este tema, que implica el análisis de la segunda ruptura planteada en nuestro problema de investigación, en el capítulo siguiente.

TERCERA PARTE

“Libres o muertos, jamás esclavos”. Las Fuerzas Armadas Revolucionarias (1970-1973)

Capítulo 4

Políticas de construcción del peronismo: la peronización de las FAR (1970-1971)

“¿Qué aguardar, entonces, la crisis o la transmutación del peronismo? Durante los diez años posteriores a 1955 (y aún durante mucho más tiempo, en realidad), la izquierda se polarizará y se debatirá entre esas dos expectativas. (...) Pero ¿cómo saber qué aguardar y desde dónde hacerlo - desde dentro o desde afuera-, o cómo saber qué significaciones anudadas en esa identidad de “enormes multitudes” eran pasibles de radicalización sin haber comprendido la experiencia histórica que la había hecho surgir como identidad? Y aquí nos reencontramos, nuevamente, con la empresa de la interpretación y la función estratégica que se le atribuía. Sólo la dilucidación correcta de esa experiencia permitiría deducir la fórmula nacional del porvenir socialista.” (Altamirano, 2001b: 64-65)

4.1 Los debates y tensiones previas

Puede pensarse que el reportaje “Los de Garín” (FAR, 1971d)¹⁴⁷, tuvo al menos dos destinatarios privilegiados, entre los cuales buscaba conquistar adhesiones. Sectores de izquierda, a quienes intentaba convencer de seguir el proceso de peronización emprendido por la organización, y la militancia peronista, ante la cual buscaba legitimarse como parte del movimiento. Este último intento estuvo signado por un tipo de argumentación que, como señalaron Sigal y Verón (1988: 226), buscaba mostrar que la adhesión al peronismo por parte de los militantes de izquierda no había

¹⁴⁷ Según los testimonios, fue Francisco Urondo el que realizó las preguntas y Carlos Olmedo quien elaboró las respuestas. En cualquier caso, se trata de un texto largamente meditado. Salió publicado en abril de 1971 y según consta en documentos de las FAR fue redactado entre febrero y marzo de ese año.

implicado un cambio de identidad sino el descubrimiento de la “verdadera naturaleza” de su identidad. O, dicho de otro modo, que no había motivos para dudar del peronismo de quienes llegaban desde la izquierda porque en realidad siempre lo habían sido.

Es cierto que, en realidad, Carlos Olmedo brindó en ese reportaje extensas argumentaciones destinadas a demostrar por qué era lógico que en la Argentina militantes de izquierda formados teóricamente en el marxismo asumieran al peronismo como identidad política. Lo cual, en sí mismo, ya evidenciaba las complejidades que era necesario explicitar para legitimar ese proceso. Y también es cierto que no dejó de señalar que la mayoría de los integrantes de las FAR provenían de partidos de izquierda. Aún así, como puede verse en el siguiente párrafo, efectivamente su argumentación estaba signada por la lógica destacada por Sigal y Verón:

“Nosotros no nos integramos al peronismo; el peronismo no es un club o un partido político burgués al que uno puede afiliarse, el peronismo es fundamentalmente una experiencia de nuestro pueblo y lo que nosotros hacemos ahora es descubrir que siempre habíamos estado integrados a ella o, dicho de otro modo, es desandar el camino de equívocos y malos entendidos por los cuales en alguna etapa de nuestra vida no supimos comprender que siempre habíamos estado integrados a ella en el sentido que está integrado a la experiencia de su pueblo todo hombre que se identifica con los intereses de los más; y no sólo de los más cuantitativamente, sino de aquellos que por su condición, por su ubicación dentro del proceso productivo, son los únicos que pueden gestar una sociedad sin explotación.” (FAR, 1971d: 64)¹⁴⁸.

Si tenemos en cuenta la batalla por el reconocimiento dentro del movimiento que comenzaba a librar la organización, no es extraño que el proceso de peronización haya sido presentado por las FAR como una suerte de tránsito “natural”, estilizándolo en virtud de sus resultados finales. Ni que los debates previos a su identificación con el peronismo nunca se hayan hecho públicos.

Sin embargo, las discusiones existieron y fueron arduas.

Mencionamos que en el itinerario de conformación de los grupos fundadores de las FAR puede observarse una progresiva revalorización del peronismo como “experiencia

¹⁴⁸ La cita es parte de la respuesta a la siguiente pregunta: “Usted me ha hablado, en algún momento de la conversación, de la integración de las FAR al peronismo: ¿esto quiere decir que la organización no había sido peronista hasta el momento?”. La idea de que, luego de superar ciertos malentendidos sobre el movimiento, las FAR habrían “descubierto” que eran peronistas -como si antes lo hubieran sido sin saberlo, por haberse identificado siempre con la causa de la clase obrera- volverá a aparecer en otros documentos (FAR, 1971e: 3). Tal razonamiento permaneció en la memoria de los militantes en relación con el proceso de peronización de la izquierda. Al respecto puede verse el testimonio de Jozami en la película *Cazadores de Utopías*, dirigida por David Blaustein (1996). Allí, comentando las consideraciones que esos sectores esgrimieron para explicar -y explicarse- su incorporación al peronismo, afirmaba: “Lo que años más tarde Carlos Olmedo va a sintetizar con esa frase feliz, aunque tal vez discutible, de que en realidad todos nosotros veníamos siendo peronistas sin saberlo”. Pueden verse algunas consideraciones sobre el film y las reconfiguraciones de la memoria de los setenta en los noventa en González Canosa y Sotelo (2010 y 2011).

política” de la clase obrera. Y que, aún así, tales grupos no llegaron a considerar la posibilidad cierta de incorporarse a dicho movimiento. Fue en 1970 cuando la organización comenzó realmente a interrogarse sobre la pertinencia o no de dicha exterioridad. Es decir, a preguntarse, tal como sugiere Altamirano en el epígrafe de este capítulo, si el peronismo tenía potencialidades de “transmutar” en socialismo y, en ese caso, si no habría que luchar por la concreción de esa virtualidad “desde adentro” del movimiento.

Si se observa la proclama de Garín -con que la organización se presentó públicamente en julio de 1970-, resulta claro que todavía no se ha consensuado una respuesta a esa pregunta. El comunicado cultiva un estilo visiblemente receptivo frente al peronismo. Se repudian ciertos hitos como los bombardeos a Plaza de Mayo de 1955, el fusilamiento de Valle y el asesinato de Vallese -junto a los asesinatos de otros militantes no peronistas-. Se habla de la necesidad de “coronar con la victoria total el camino que inició nuestro pueblo el 17 de octubre”. Es decir, la organización se filia con tradiciones de lucha identificadas con el “pueblo peronista”, concebidas como una historia inconclusa que debe ser completada. Con todo, el comunicado evita una identificación clara de la organización con el movimiento. No se reivindican allí las tres banderas peronistas. La “victoria total” que debía coronar aquella historia inconclusa apuntaba al logro de una “patria justa”, pero aquel objetivo no concluía con el resto de las banderas peronistas -libre y soberana- sino con una precisión sobre el sentido de tal justicia: “una patria libre de la explotación del hombre por el hombre”. Tampoco hay una sola mención a Perón. La única figura reivindicada es el “Che” Guevara, concebido como el “San Martín del SXX” (FAR, 1970a)¹⁴⁹. De hecho, a partir de entonces, la principal consigna de las FAR combinará el grito de guerra sanmartiniano “¡Libres o muertos. Jamás esclavos!” -expresado habitualmente bajo la sigla L.O.M.J.E-, con el mandato guevarista “¡Hasta la victoria siempre!”. Mientras tanto, las consignas de las organizaciones armadas peronistas no dejaban dudas sobre su filiación política: “¡Perón o Muerte!” (Montoneros), “Por una patria Justa, Libre y Soberana. Por el retorno del Pueblo y Perón al poder” (entre otras de las FAP).

Lo cierto es que las discusiones sobre la posibilidad de identificarse con el peronismo estuvieron presentes durante todo el año 1970. Se trata de un período en que la organización elaboró un solo documento público medianamente extenso (FAR, 1971a) y que en las memorias de los entrevistados suele aparecer de modo particularmente

¹⁴⁹ Los comunicados de otras acciones armadas realizadas por las FAR durante ese año no son más claros al respecto (FAR, 1970b y c, 1971b y c). Sólo uno de ellos fusiona el aniversario del 17 de octubre con el de la muerte de Guevara, producida el 8 del mismo mes (FAR, 1970c).

difuso. Tanto porque fueron fuertemente configuradas por el resultado del proceso, como por la acusada huella que el reportaje “Los de Garín” dejó en todas ellas. Aún así, trataremos de aproximarnos a esas discusiones.

Los debates de ese año, signados por marchas y contramarchas, múltiples matices y tensiones, tuvieron una doble dinámica. Se desarrollaron tanto hacia adentro de la organización como hacia afuera, mediante el intercambio con los grupos armados peronistas. Básicamente con las FAP, puesto que con ellas las relaciones eran de más vieja data y para entonces mucho más fluidas que con Montoneros¹⁵⁰. Como suele suceder, ambas dimensiones son inescindibles. En este caso porque el interés de la organización por acercarse al peronismo la llevó a buscar tempranamente el diálogo con las FAP, al tiempo que dicho diálogo influyó en sus discusiones internas sobre el tema (FAR, 1971a y e; entrevista a Lewinger; entrevista a Eduardo Pérez, en Martín, 2006a).

Aún así, las distinguiremos analíticamente en pos de una mayor claridad expositiva. Comenzaremos con la dinámica interna de esa discusión, para abordar luego el debate con las FAP, que permitirá ordenar algunos de los tópicos que estaban en juego.

Las discusiones al interior de la organización

Todas las entrevistas señalan lo que podríamos caracterizar como una temprana y persistente “voluntad peronizadora” por parte de la conducción de la organización¹⁵¹. Y, también, que se trató de una discusión de “arriba hacia abajo”, que fue venciendo las dudas o resistencias que surgían entre algunos de sus militantes.

Jorge Lewinger hace alusión a las resistencias que tanto él como Roberto Pampillo (ambos originalmente del grupo que lideraba Arturo Lewinger) experimentaban frente a la posibilidad de lo que en la entrevista llamó “una identificación total con el peronismo”. Sobre todo, las dudas que les generaba la posibilidad de alcanzar el socialismo enmarcando sus luchas dentro del movimiento peronista. Y remite a la intervención de Olmedo buscando convencerlos. Nos permitimos citar in extenso el testimonio para no perder el hilo de su argumentación:

¹⁵⁰ Según ambas organizaciones sus relaciones comenzaron a mediados de 1969, poco después del “operativo Minimax” (FAR, 1971e: 3; Pérez, 2003: 65). Mientras tanto, los vínculos de FAR con Montoneros se habrían consolidado recién a comienzos de 1971 (FAR, 1971e: 3). De acuerdo a los testimonios, buena parte de los militantes de las FAR habría visto con reticencias el tinte religioso de los primeros documentos de aquella organización, especialmente sus comunicados sobre el secuestro de Aramburu. Además, durante varios meses del segundo semestre de 1970, debido a la fuerte persecución represiva sufrida tras la toma de La Calera y otras acciones, la situación de Montoneros fue sumamente precaria (Lanusse, 2005: 209-217).

¹⁵¹ Cercanos a la conducción de las FAR -Olmedo, Quieto y Osatinsky- y con la misma “voluntad peronizadora”, los testimonios ubican al menos a Arturo Lewinger y Juan Pablo Maestre.

“La conducción tenía claro que debía ser así y empiezan a dar la discusión para abajo. Dos tipos que se oponían a esto, en orden decreciente, eran Roberto Pampillo y yo. Y viene Olmedo y tenemos una discusión a fondo donde él termina convenciéndonos. Yo le planteé abiertamente el tema: ‘para empezar el proceso revolucionario, estoy de acuerdo con vos, el peronismo es una identidad popular, hay que partir desde ahí. ¿Pero cuáles son las garantías de llegar a un movimiento revolucionario socialista?’. La pregunta nuestra era cómo se garantizaba ese pasaje. Y la respuesta de él era que en ningún proceso revolucionario había garantías, que dependía un poco de nosotros... Un poco no... era una respuesta voluntarista de ‘eso depende de nosotros’ ”.

A continuación, el entrevistado especifica las razones que les daba Olmedo en aquella reunión:

“Y sobre todo me acuerdo algunos razonamientos muy interesantes que después van a aparecer en el reportaje [“Los de Garín”]. Él daba esa discusión de cómo se define el peronismo como movimiento, rechazaba calificarlo como burgués y planteaba que la ideología es lo último que se transforma. Nos decía: primero hay que tomar en cuenta la composición de clases de un movimiento para saber sus posibilidades de desarrollo, y la composición de clases mayoritaria del peronismo es la clase trabajadora. En segundo lugar, hay que tener en cuenta la práctica social, política de ese movimiento, y está claro que el peronismo, con todas sus contradicciones, era el fenómeno maldito de la sociedad burguesa, lo que decía Cooke, aquello que no le permitía consolidarse al sistema oligárquico aún cuando no lo podía destruir. Y por último, como concepción ideológica... ¡ah bueno!, ahí hay mil cosas... ahí hay que disputar. Las posibilidades de superación ideológica del peronismo estaban a disposición nuestra, a lo que nosotros hiciésemos, y con un montón de antecedentes que se iban dando en corrientes del peronismo revolucionario.”

El testimonio adelanta algunas argumentaciones presentes en “Los de Garín” (que abordaremos en el apartado siguiente). Es decir, aquellas razones mediante las cuales Olmedo, partiendo de la composición de clases del peronismo, buscaba persuadir a estos militantes de sus potencialidades revolucionarias, de su capacidad de “transmutar” en socialismo. Era ese análisis de clase y, sobre todo, la valoración de la experiencia política de lucha que los trabajadores habían forjado en el marco del movimiento, lo que mostraba dichas potencialidades. Siguiendo esa lógica, si las posibilidades revolucionarias en Argentina pasaban por la radicalización del peronismo, cobraba sentido la idea de dar esa lucha “desde adentro” del movimiento. Con todo, como sugiere Lewinger, se trataba de posibilidades sin “garantías” de éxito, que para convertirse en realidad requerían -de acuerdo al tono muy propio de la época- de la “voluntad” de los militantes, de su propia lucha. Lucha que, concebida en esos términos, asumía la forma de una verdadera “apuesta”.

Se trata de un tipo de análisis que, según las palabras de Pilar Calveiro (originalmente del grupo liderado por Olmedo), volvía “más comprensible” para militantes formados en la tradición marxista la “opción por el peronismo”. También en este caso citamos in extenso:

“FAR se formula como una organización que se identifica con el peronismo. De hecho hay un documento que escribe Carlos Olmedo -un análisis muy interesante, desde hoy lo relacionaría con un análisis de tipo gramsciano- para optar por el peronismo. Y digo esto porque un análisis de ese tipo hacía más comprensible para nosotros el peronismo, porque muchos de nosotros veníamos de unas familias y de una formación marxista desde donde no estaba muy clara la posibilidad de articulación con un movimiento como el peronista. Había antecedentes por supuesto, pero no era una discusión muy hecha en ese momento. Entonces, yo recuerdo que cuando se constituyen las FAR está esta discusión y esta ‘opción por el peronismo’ -así la llamábamos- que tenía que ver con apostar al peronismo como un movimiento con potencial revolucionario. O sea, un poco la idea era: el peronismo es un movimiento muy amplio, que abarca muchos sectores, pero tiene una capacidad de desarrollo de lo revolucionario desde adentro mismo. Y había todo un análisis que tenía que ver con los grupos sociales que estaban articulados al movimiento peronista y con la potencialidad revolucionaria de esos grupos. Por ahí es nuestro contacto con el peronismo, que creo que es bastante distinto que el de los grupos originarios de Montoneros.” (Entrevista a Pilar Calveiro, 2006, AOMA).

Ahora bien, no eran estas disquisiciones sobre la composición de clases del peronismo ni su valoración como experiencia política de los trabajadores lo que generaba las mayores resistencias. Y ello, porque a estos militantes no se les escapaba que el peronismo no era sólo una identidad popular sino también un movimiento político que, por más laxo que se volviera por momentos, tenía su propio líder.

Es sabido que desde tiempo atrás Perón alentaba a la juventud radicalizada y a los dirigentes sindicales combativos de su movimiento atizando su enfrentamiento con la dictadura militar, como ya lo había hecho en relación con los gobiernos previos. Ya sea mediante reuniones en Puerta de Hierro, cintas grabadas o cartas donde alineaba al peronismo con diversos movimientos de liberación del tercer mundo, valoraba a líderes como Mao Tse Tung o Fidel Castro e incorporaba en su léxico político nuevos términos como “socialismo nacional” o “guerra revolucionaria”. Donde, inclusive, hablaba de la imposible “coexistencia pacífica” entre las clases oprimidas y opresoras e impulsaba una lucha que debía ser no sólo anti-imperialista sino también “anti-capitalista” (Perón, 1965, en Baschetti, 1988: 222-223)¹⁵². Sin embargo, y más allá de las interpretaciones elaboradas al respecto -la falta de información, las conveniencias tácticas, la ausencia de alternativas organizativas- constituía un dato de la época que el general también apelaba a dirigentes políticos y sindicales más dispuestos a la

¹⁵² Entre todas aquellas cartas, mencionaremos sólo una. Se trata de la que le envió a Antonio Caparrós, compañero de ruta de algunos militantes de las FAR en sus itinerarios disidentes del PC. Allí, el general brindaba su anuencia a aquellos interesados en la convergencia entre marxismo y peronismo: “Por eso comparto totalmente su afirmación siguiente: ‘Nuestra opinión es que el marxismo no sólo no está en contradicción con el Movimiento Peronista sino que lo complementa. Es decir, tenemos la convicción neta de que el Movimiento no debe rechazar al marxismo, sino por el contrario integrarlo en su seno e instrumentarlo’. Comienzo por decirle que jamás hemos rechazado a los hombres que, provenientes del marxismo, han llegado y se han incorporado al Peronismo.” (Perón, 1969, en Pavón Pereyra, 1983: 169). Se trata de la misma carta que mencionaremos posteriormente, donde Perón elogia las virtudes de Vandor tras su asesinato en junio de 1969.

negociación que al enfrentamiento como parte de su estrategia para retornar al poder (Ollier, 1989).

De hecho, frente a la “apuesta” señalada por Calveiro, el primer elemento que surge en las entrevistas son las resistencias que generaba el liderazgo de Perón. El siguiente testimonio, que narra una anécdota durante una salida de instrucción militar en el año 1970, es bastante gráfico al respecto:

“Yo me acuerdo que empezamos a leer, cada uno en nuestro grupo [un círculo de militancia liderado por Horacio Campiglia], los discursos sindicales de Perón... ¡y nos hicimos todos antiperonistas! ¡Tuvo que venir el Quieto a melonearnos en una salida de instrucción! [Riendo:] En medio del campo se apareció el Quieto con las botas puestas y nos tuvo como cinco horas tratando de convencer. Lo veíamos al viejo como un burgués de mierda ¿viste?” (Entrevista a “Militante de FAR 1”, originalmente del grupo liderado por Olmedo).

A su vez, Sara Solarz recuerda que si las adhesiones de la clase obrera los impulsaban a concretar lo que llamó “el paso” -al peronismo-, el liderazgo de Perón era lo que les generaba mayores incertidumbres:

“P: Me decías que el proceso llevó discusión y no fue fácil decidirse. ¿Recordás algo de esas discusiones del año ‘70, antes de que saliera el reportaje?

R: Sí, era difícil. Era difícil porque estaba toda la cosa del marxismo-leninismo, de apoyar al peronismo en el sentido de quién era Perón, qué hacía Perón, qué pasaba con Perón. El paso, que no fue oportunismo ni nada que se le parezca, estoy segura, tenía que ver con ver lo que apoyaba la clase obrera y por qué apoyaba, qué es lo que sentía y todo lo demás. Eso fue lo que aceleró...por eso era importante pasar... Esas eran parte de las discusiones.” (Entrevista a Solarz, originalmente del grupo escindido de la FJC).

Junto con las evidentes desconfianzas que despertaba el liderazgo de Perón, en las entrevistas se reiteran sintomáticamente ciertas palabras como “paso” o “pasaje” -entre una cosa y otra-; “opción” o “apuesta” -por el movimiento-, que poco tienen que ver con la idea de un tránsito “natural” al peronismo.

Aún así, no fueron estos militantes los que ofrecieron mayores resistencias frente a la posibilidad de que la organización se identificara con el peronismo. Todas las entrevistas citadas corresponden a miembros de los tres grupos fundadores de las FAR, aquellos que habían conformado su incipiente “regional” de Buenos Aires.

Para profundizar la dinámica que tuvieron estas discusiones, es necesario considerar el conjunto de nuevos núcleos militantes que la organización logró sumar a mediados de 1970.

Así relata un militante del grupo tucumano el momento en que Olmedo y Quieto viajaron a la provincia para proponerles la incorporación a la organización. Se verá también la estrategia que tenían en mente:

“Ellos nos dicen: ‘Nosotros somos un grupo que tiene tres regionales: Buenos Aires, La Plata y Córdoba. Dos ya se han definido por el peronismo, nos falta la discusión con Córdoba’. Y me dicen: ‘la incorporación de una regional peronista...’ -éramos cualquier cosa menos una regional, éramos una banda que nos habíamos juntado, pero ellos nos iban a vender como ‘la’ regional-. El peso de ser tucumano en esos momentos es difícilmente comprensible hoy. Tucumán era la provincia más peronista del país, la lucha de los Ingenios, el Tucumanazo. (...) Vos pensá que en la lógica de ‘definámonos por el peronismo’ decir ‘tenemos una regional tucumana y peronista’ era una carta de triunfo en la discusión interna. Él [Olmedo] nos lo dice, de hecho nos explicita: ‘la incorporación de una cuarta regional peronista definiría el debate en torno al peronismo tipo 3 a 1’.” (Entrevista a “Militante de FAR 2”).

En aquella reunión, Olmedo y Quieto convencieron al grupo tucumano de ingresar en la organización asegurándoles que muy pronto se definiría por el peronismo. Pero además, como puede verse en el fragmento citado, les explicitaron que su incorporación constituía una estrategia política para terciar en el debate que por entonces libraban con los militantes de Córdoba. Efectivamente, el grupo cordobés suele ser caracterizado en los testimonios como el “más marxista”. Con ello se alude no sólo a su formación teórica -generalmente destacada en el caso de Roqué-, que era de hecho una característica compartida por el resto de los militantes de la organización (aún, aunque con matices, por el grupo de Tucumán). Sino, sobre todo, a sus resistencias frente a los planteos que venía haciendo Olmedo sobre las potencialidades del peronismo y la “apuesta” por revolucionarlo “desde adentro”:

P: Me decías que el grupo de Córdoba era el más resistente al peronismo, ¿cuáles eran los argumentos de ellos, qué decían?

R: Que no estaban de acuerdo con el paso al peronismo, que era cierto que el pueblo estaba con el peronismo, eso sin dudas, pero que el marxismo-leninismo..., que el peronismo no era un partido revolucionario, que no intentaba hacer cosas que cambien realmente la situación, que Perón..., que era una cosa más bien de tipo demagógica.” (Entrevista a Solarz).

Según los testimonios, dichas resistencias habrían persistido aún luego de la publicación del reportaje “Los de Garín”. Incluso indican que, en cierto momento, estos militantes habrían optado por mantenerse como “colaboradores” de la organización. De todos modos, se habría tratado de una situación muy breve y algo ficticia, puesto que su nivel de compromiso no disminuyó. Y ello porque si bien no coincidían con los planteos sobre el peronismo, sí estaban de acuerdo “con lo que se hacía”. Es decir, por el momento, fundamentalmente acciones armadas para consolidar la infraestructura de la organización. Una organización que, al fin de cuentas, seguía reivindicándose marxista y proclamando al socialismo como objetivo final. Con todo, dichas acciones debían ser firmadas.

La siguiente anécdota, situada ya en el año 1971, muestra el modo en que las resistencias salían a la luz:

“El primer ‘Perón Vuelve’ que pinta las FAR lo pinto yo. Hacemos una operación en Capital Federal y se decide que aparte de firmar FAR, se va a firmar con el ‘Perón Vuelve’. ¡Planteo que por supuesto hacemos los tucumanos! Bueno -decimos-, somos peronistas... ponemos el P/V. Los jefes de la operación eran Carlos Olmedo y Juan Pablo Maestre. Me acuerdo que Carlos se mira con Juan Pablo y dicen: ‘sí, sí, sí hay que pintar P/V’. En esa reunión estaba el ‘Jote’ [Mario Lorenzo] Koncurat que había venido a operar en Capital. ¡El ‘Jote’ era la cosa más gorila, más antiperonista y más trotska!, típico de Córdoba [risas]. ¡Pone una cara de orto [risas]!.... cara de culo total. ‘¡Qué P/V ni qué P/V!’ [masculla, imitándolo]. Y ahí se discute la cosa y lo cagan a pedos.” (Entrevista a “Militante de FAR 2”).

Con todo, los testimonios también coinciden en que, de algún modo que no logran precisar, dichas resistencias cedieron y estos militantes terminaron convenciéndose de que la “opción” por el peronismo tomada por la organización era acertada.

Como puede verse, las discusiones hacia el interior de la organización muestran una dinámica signada por la “voluntad peronizadora” de sus principales dirigentes, que fue venciendo las dudas o resistencias que surgían entre sus militantes. Frente a ello, los debates con las FAP, una organización surgida de las filas del movimiento y definidamente peronista, adquirieron otra lógica.

Las discusiones con las FAP

Más allá de ciertos consensos generales, lo que puede verse en estas discusiones son los reparos de las FAR frente a las concepciones sobre el peronismo que por entonces sustentaban, al menos, una parte de las FAP. Para analizar esta cuestión, nos basaremos en el informe de una reunión a la que asistieron militantes de ambas organizaciones y que podemos situar en el segundo semestre de 1970 (S/d. autor, 1970)¹⁵³. Sin dudas, se trata tan sólo de una de las tantas reuniones mantenidas. Sin embargo, además de la inexistencia de otras fuentes de este estilo, el documento tiene la virtud de reflejar, al menos en germen, varios de los ejes centrales que dividirán a las organizaciones armadas peronistas. Además, dado que las posiciones se polarizaron durante la reunión -al punto que sus militantes temieron desgastar las coincidencias que venían afianzando- y que se trata de un informe de circulación

¹⁵³ El documento fue allanado por la DIPBA a militantes del GEL, que lo tenían en su poder. Según consta en el propio documento, fue elaborado por militantes presentes en la reunión y estimamos que tuvo lugar en ese período puesto que las FAR ya tienen nombre (lo cual sucedió escaso tiempo antes de julio de 1970) y todavía no se han identificado con el peronismo (recordamos aquí que “Los de Garín” fue redactado entre febrero y marzo de 1971). El documento indica que participaron de la reunión 3 militantes de las FAR, 2 de las FAP y 3 de un tercer grupo político sin nombre que a los efectos del informe fue denominado “G.3” y caracterizado como “grupo rural”. Su intervención fue menor, centrándose en la importancia de la lucha rural como condición para la creación del “Ejército del Pueblo” (se trata de planteos semejantes a los sustentados por el ya disuelto ELN argentino). Según Pérez (2003: 66) era usual que de las reuniones entre las FAR y las FAP participaran Carlos Olmedo, Roberto Quieto y Juan Pablo Maestre en representación de la primera organización y dos militantes apodados “el gordo Ramón” y “el Pata” -Jorge Andrés Cataldo- por parte de la segunda.

interna, permite evidenciar de modo notable las concepciones que por entonces rechazaban las FAR.

Para poder caracterizar las posturas en discusión, primero referiremos mínimamente cuál era la situación de las FAP en 1970.

Surgida en 1966 y conocida públicamente luego de las detenciones de Taco Ralo en 1968, la organización funcionó durante sus primeros años en torno a ciertos acuerdos mínimos. Básicamente: la concepción del peronismo como Movimiento de Liberación Nacional; el retorno de Perón y la vigencia de las tres banderas del movimiento como objetivo -justicia social, independencia económica y soberanía política-; la caracterización del imperialismo y la oligarquía como principales enemigos y la lucha armada como metodología (Raimundo, 2004: 4). Sin embargo, a lo largo del año 1970 se desataron en la organización una serie de debates que pusieron en cuestión algunos de esos consensos, derivando, a mediados del año siguiente, en la escisión de un sector conocido como los “oscuros” o “movimientistas”.

Si bien volveremos sobre el tema en el capítulo siguiente, podemos definir la postura movimientista mediante los siguientes rasgos: 1) subordinación indiscutida a la estrategia de Perón, considerado como líder revolucionario; 2) una caracterización del movimiento peronista como revolucionario en su conjunto; 3) como consecuencia de lo anterior y en nombre de la unidad del movimiento, una postura que no priorizaba la diferenciación con la “burocracia” sindical y política, siendo refractaria a los planteos clasistas (Pérez, 2003; Raimundo, 2004). De todo ello se deriva la tendencia a concebir como enemigos centrales a la oligarquía y el imperialismo, relegando a un segundo plano la contradicción entre la clase obrera y la burguesía. Y, también, el énfasis en la liberación nacional como objetivo, sin concebirla como un proceso que necesariamente conduce al socialismo.

En términos de la caracterización de las organizaciones armadas peronistas, se trata sin dudas de una suerte de modelo típico ideal, ya que al interior de cada una solía haber sectores con opiniones encontradas al menos sobre algunos de estos puntos y, además, varias de ellas fueron variando sus posturas a lo largo del tiempo.

Sea porque estas concepciones todavía predominaban en las FAP, o porque quienes asistieron a la reunión luego formaron parte de los “oscuros”, efectivamente la posición que sostuvieron allí se caracterizó por un acusado “movimientismo”. Frente a ello, los militantes de las FAR criticaron tanto su forma de caracterizar al peronismo, como la valoración de sus sectores internos y de su líder.

En principio, dejaron en claro que su objetivo era la liberación del imperialismo y también de todas aquellas clases nativas aliadas a él, destacando a la oligarquía agropecuaria y a la burguesía industrial monopolista. Pero además, considerando a la burguesía como totalidad, aclararon que no cabía esperar grandes contradicciones internas. Y ello porque la concentración monopolista en el país ya no dejaba margen a la “burguesía media” para defender sus intereses con éxito, al tiempo que estaba “ideológicamente dominada”¹⁵⁴.

Respecto de la caracterización del peronismo, las FAR rechazaban que, al menos actualmente, pudiera considerársele como un Movimiento de Liberación Nacional, postura sostenida por las FAP. En principio, sostenían que sus estructuras vigentes no eran aptas para conducir un proceso de ese tipo. Descartando a su aparato político, su planteo respecto de las estructuras sindicales continuaba la perspectiva leninista ya planteada por el líder de la organización (Olmedo, 1970). Es decir, que por su propia naturaleza reivindicativa, o bien se integraban al sistema o bien se desintegraban como tales y terminaban convirtiéndose en un grupo político, como había sucedido con la CGT-A liderada por Raimundo Ongaro. Al mismo tiempo, señalaban que los grupos peronistas combativos no tenían un grado de organicidad que los estructurara en un solo movimiento, ni una práctica consecuente detrás de metas claras. A su vez, y aludiendo a sus propios objetivos estratégicos, afirmaban que aspiraban a expresar rigurosamente los intereses de las clases explotadas y ponían en duda que las tres banderas peronistas lograran sintetizar todo el contenido político de esa lucha. De hecho, señalaban que si bien el peronismo constituía la expresión política del proletariado, no representaba todavía sus “auténticos intereses” de clase, problema que le competía a las organizaciones armadas. En el mismo sentido, criticaban la consigna “por la reconquista del poder” -propia de los primeros documentos de las FAP-, subrayando que no querían repetir el pasado y que de la “mera proyección del gobierno peronista no surgía una estrategia revolucionaria”.

Por su parte, en relación con los distintos sectores del peronismo, los militantes de las FAP aclaraban que no dividirían al movimiento entrando en contradicción con ninguno de ellos a menos que se hubieran pasado claramente a las filas del enemigo. En cambio, para las FAR ello ya había ocurrido. Por eso les reprochaban simplificar la descripción del “campo del pueblo”, incluyendo a todas las organizaciones que “se dicen peronistas” como parte del mencionado Movimiento Liberación Nacional. Aún a

¹⁵⁴ Estas y las siguientes frases entrecomilladas corresponden al informe de la reunión (S/d. de autor, 1970).

muchos que ellos consideraban “enemigos internos” como la “burocracia” sindical, cuyo papel era integrar a la clase obrera al “sistema”.

Finalmente, respecto de Perón, las FAP afirmaban su liderazgo indiscutible como conductor del movimiento, al cual debían subordinarse todos sus sectores internos. Y, como en un diálogo de sordos producto de las diversas posturas del viejo caudillo, mientras que las FAP recordaban las cartas de Perón a Ongaro, las FAR hacían lo propio con aquellas sobre Vandor¹⁵⁵.

Lo cierto es que frente a los cuestionamientos de las FAR sobre las posiciones oscilantes de Perón, las FAP señalaban que aquel tenía una estrategia que tomaba en cuenta las contradicciones internas del movimiento y que sus distintas tácticas no implicaban el renunciamento de sus banderas. Añadían que no era lo mismo “decirse peronista que serlo”, aclarando enseguida que ellos tomaban “al Viejo como líder”. Y les advertían que si se mantenían al margen del movimiento peronista iban a terminar representando a la “pequeña burguesía radicalizada”.

Más allá de todas sus reservas, los militantes de las FAR sostenían que la experiencia peronista era la clave más importante del desarrollo político del proletariado argentino. Y que, si los trabajadores se afirmaban en ella, era porque habían aprendido que eran los antiperonistas quienes los mantenían en la explotación. Con ello reafirmaban una perspectiva que ya venían planteando aún antes de presentarse públicamente en Garín: desde 1955 para el proletariado la “experiencia peronista” había jugado “el papel de un indicador de clase” (Olmedo, 1970).

Como conclusión de la reunión subrayaban sus coincidencias con las FAP: los “nuevos contenidos políticos” debían engarzarse con los que ya eran “patrimonio del pueblo” y muchas de las consignas existentes cambiaban de sentido, profundizándose, cuando eran enarboladas por las organizaciones armadas.

Ya a fines de 1971, las FAR confirmarán públicamente que en sus discusiones con las FAP del año anterior los temas más debatidos habían sido el “fenómeno burocrático” y la “valoración del papel de Perón”. Y concluirán que: “una vez que creímos verlos claros ‘descubrimos’ que éramos peronistas” (FAR, 1971e: 3). No obstante, dichos tópicos siguieron estando en el centro de los debates de las organizaciones armadas peronistas.

¹⁵⁵ Cabe recordar que dadas las aspiraciones autonomizantes de Vandor, cuando en 1968 la CGT se fracturó entre la CGT de los argentinos y la CGT Azopardo, el líder exiliado brindó su respaldo a Ongaro. Sin embargo, tras el Cordobazo llamó a la reunificación de la central obrera tras la hegemonía de Vandor (Bozza, 2009; Sotelo, 2007). A su vez, luego de su asesinato en junio de 1969, circularon varias cartas de Perón elogiando las virtudes del dirigente sindical (entre ellas a la UOM, en Galasso, 2005: 136-137 y a Antonio Caparrós, Perón, 1969), al tiempo que no por ello interrumpió su correspondencia con Ongaro.

Lo cierto es que tanto las discusiones mantenidas con las FAP en 1970, como la valoración que las FAR hacían del peronismo y los reparos que mantenían, se vieron reflejados en el primer documento público de la organización, un reportaje titulado “Con el fusil del Che” que apareció en el diario cubano *Granma* (FAR, 1971a: 111)¹⁵⁶.

Allí, luego de enfatizar que el tema del peronismo era el eje central de sus discusiones, retomaron su principal argumento: aquel constituía la experiencia más importante de la clase obrera y toda política revolucionaria debía partir de esa premisa, desarrollando sus “contenidos más revolucionarios”. Según la organización, no se trataba de un movimiento agotado, tenía plena vigencia y desde su seno surgían fuerzas revolucionarias como las FAP. Al mismo tiempo, aludiendo a su diálogo con otros grupos, manifestaban su resistencia a que se los ubicara políticamente diciendo “ustedes provienen de la izquierda y los compañeros de las FAP provienen del peronismo”. Y ello porque para las FAR, el hecho de que “algunos” de sus miembros hubieran militado en grupos de izquierda no impedía que asumieran al peronismo como la experiencia revolucionaria más importante que se había registrado en Argentina a nivel de masas.

Aún así, volvían a manifestar que, a diferencia de las FAP, no estaban seguros que el peronismo constituyera actualmente un Movimiento de Liberación Nacional. Respecto de la posibilidad de incorporarse al peronismo respondieron con extrema cautela, aclarando que no podían dar una definición oficial puesto que la cuestión estaba siendo discutida por el conjunto de la organización. Sea porque la dirección todavía no había tomado la decisión o -más probablemente- porque persistían las discusiones con el grupo cordobés, las FAR respondieron que no sabían si alguna vez llegarían a considerarse parte del movimiento. Al igual que en sus primeros comunicados, el nombre de Perón brillaba por su ausencia a lo largo de toda la entrevista¹⁵⁷.

Habiendo analizado todos los reparos frente al peronismo planteados en 1970 por las FAR, cabe preguntarse si aquellos eran contradictorios con la posibilidad de que se identificaran con el movimiento. La respuesta es que, al menos en principio, no.

¹⁵⁶ La entrevista a la organización fue realizada por el periodista de Prensa Latina Héctor Víctor Suárez y salió publicada los primeros días de enero de 1971. Por los acontecimientos políticos mencionados (el triunfo de Allende en Chile), pudo haberse realizado entre septiembre de 1970 y su fecha de publicación.

¹⁵⁷ Como mencionamos, este reportaje fue publicado en *Granma*, donde aparecieron también otras entrevistas realizadas a las FAP (1971a), las FAL (1971) y Montoneros (1971a). Luego, todos estos reportajes fueron reproducidos en *Cristianismo y Revolución* (en el número 28 de abril de 1971) excepto el de las FAR, que fue reemplazado por “Los de Garín”. El hecho no parece casual si consideramos las indefiniciones respecto del peronismo que aparecen en “Con el fusil del Che” y las disputas que las FAR comenzarán a librar en 1971 para legitimarse como parte del movimiento. Por otra parte, en la bibliografía usualmente se menciona a “Los de Garín” como si fuese la primera entrevista realizada a las FAR en *Granma*. Lo cual, no hace más que contribuir a la invisibilización de las discusiones sobre el peronismo que la organización atravesó durante todo el año 1970.

Efectivamente, la mirada de las FAR tenía una impronta singular, sobre todo para perfilar desde allí una “vía de ingreso” al peronismo. Pero también es cierto que varios de esos cuestionamientos venían insinuándose, con distinta intensidad, en diversos grupos del peronismo de izquierda. Tal fue el caso, inclusive, de las propias FAP. Como mencionamos, durante el mismo año 1970 aquellas ya habían iniciado un sordo proceso de discusión interna que finalmente conducirá a la separación de los “movimientistas” a mediados de 1971. Además, profundizando ese proceso, en septiembre de ese año las FAP lanzaron la “Alternativa Independiente” que, respecto de su visión del movimiento, en varios puntos no distaba tanto de los cuestionamientos planteados por las FAR en 1970. (FAP, 1971b, c y d). Sin dudas, de todos ellos, el que siempre fue planteado de modo más ambiguo fue el relativo al rol de Perón.

Como vimos, ese tema era el que mayores desconfianzas generaba entre los militantes de las FAR frente a la posibilidad de identificarse con el peronismo. En ese sentido, no puede dejar de considerarse que para el segundo semestre de 1970 las posibilidades de que Perón regresara a la Argentina eran sumamente inciertas, por lo que la necesidad de definirse claramente frente a su figura todavía no era tan acuciante. Recordemos brevemente que a mediados de año, Levingston había reemplazado a Onganía en el gobierno. Y que, más allá de los cálculos de la Junta de Comandantes y de algunos tímidos intentos de diálogo con dirigentes políticos, su gestión intentaba profundizar los principios de la Revolución Argentina. Es decir, seguían sin estar claros tanto los plazos como las modalidades con que la dictadura daría lugar al “tiempo político” que había prometido. Y, más aún, que llegado el momento tal apertura pudiera contemplar la participación del peronismo o el retorno de su líder exiliado. También debe tomarse en cuenta que a fines de 1970 distintos partidos políticos convergían en “La Hora del Pueblo” para reclamar elecciones, entre ellos el propio peronismo¹⁵⁸. Y lo hacía a través de Jorge Daniel Paladino, secretario del Movimiento Nacional Justicialista (MNJ), quien por entonces condenaba claramente a las organizaciones armadas y era delegado personal de Perón desde 1969. En ese sentido, por un lado, la figura y las actividades encomendadas a Paladino volvían a evidenciar que la negociación, en este caso con otras fuerzas políticas, formaba parte de las cartas que el general contemplaba en su estrategia para lograr el retorno al poder. Sin embargo, por el otro, las iniciativas de la “Hora del Pueblo” no habían hecho más que endurecer la posición de Levingston frente a

¹⁵⁸ Participaron en la “La Hora del Pueblo”: la UCRP, el Movimiento Nacional Justicialista, el Socialismo Argentino, el Partido Bloquista, Conservador Popular y Demócrata Popular (de Amézola, 2000: 37).

cualquier tipo de apertura política (de Amézola, 2000). En definitiva, las organizaciones armadas peronistas no se hallaban aún frente al tipo de encrucijada política que terminará por abrirse más de un año después del lanzamiento del “Gran Acuerdo Nacional” por parte de Lanusse.

4.2 Convergencias entre marxismo, nación y peronismo

La articulación entre el marxismo, la cuestión nacional y el peronismo fue un elemento constitutivo del discurso político de las FAR desde comienzos de 1971. Dicha conjunción, indisociablemente ligada al método de la lucha armada desde la óptica de un legado guevarista reelaborado, definió el proyecto y la estrategia de la organización. Esta última cuestión, junto con la dinámica de su accionar y la forma en que concibieron su relación con las masas, la trataremos en el próximo capítulo.

A continuación, analizaremos de modo sincrónico las diversas aristas de la convergencia entre marxismo, nación y peronismo que plantearon las FAR en 1971. Ese año la organización se identificó con el movimiento, legitimando su opción en un análisis marxista de la realidad nacional, y fue también entonces que elaboró sus documentos más conocidos sobre el tema. Aquellos que expresaron las consideraciones de orden teórico, ideológico y político que le otorgaron una impronta distintiva dentro del campo de las organizaciones armadas peronistas. Y que constituyeron un discurso atrayente para muchos militantes que, provenientes de una u otra vía, encontraron allí una serie de argumentos que o bien se sumaban a sus convicciones previas, o bien legitimaban su interés en la posibilidad de convergencia entre marxismo y peronismo.

Si bien apelaremos a entrevistas y a otros escritos menores, basaremos el análisis fundamentalmente en los tres documentos donde la organización se explayó sobre el tema, cuya factura se debe a la pluma de Carlos Olmedo. En este sentido, cabe destacar que Olmedo no sólo fue el máximo líder de las FAR hasta noviembre de 1971, cuando murió en el llamado “combate de Ferreyra”, un operativo frustrado realizado junto a FAP y Montoneros. Fue también la figura en quien la organización había delegado sus principales definiciones públicas.

Los documentos en cuestión son “Los de Garín” (1971d), “13 preguntas a las FAR formuladas por otra organización armada argentina” (1971e) y “Nuestra respuesta elaborada por el compañero Olmedo” ([1971] 1973a), escrito en polémica con el ERP

poco antes de su muerte¹⁵⁹. Hemos mencionado que mediante el primero las FAR asumieron públicamente al peronismo como su propia identidad política. Los dos siguientes muestran además su vocación de diálogo con la izquierda marxista armada, así como el interés de ésta por una organización que dentro del peronismo reivindicaba una filiación con su misma tradición teórica.

En principio analizaremos el tipo de valoración que las FAR hicieron del peronismo para legitimar su identificación con el movimiento y su conjugación con el marxismo. Luego nos centraremos en su visión sobre las complejidades del peronismo en la coyuntura, considerando la caracterización de sus distintos sectores internos y el rol de su líder. Finalmente, abordaremos su polémica con el ERP, lo cual permitirá además precisar el lugar que el concepto de ideología tenía en la articulación entre marxismo y peronismo que proponían las FAR.

Las caracterizaciones que aquí analizaremos no permanecieron indemnes frente a la dinámica política nacional del período 1972-1973. Por ello, volveremos sobre estos temas en el capítulo siguiente, pero ya de un modo diacrónico que permita captar los posicionamientos de las FAR y sus variaciones a la luz de la encrucijada política que la organización enfrentó en aquellos años.

4.2.1 El peronismo como identidad política y el marxismo como método de análisis de la realidad nacional

“Nuestro pueblo no es tanto un pueblo hambreado, como un pueblo ofendido. (...) Y lo cierto es que lo que genera conciencia no es sólo la miseria, sino la comprensión de que esa miseria es una injusticia. Esa es, quizás, la contribución más importante que la experiencia peronista ha dado a nuestro pueblo: la posibilidad de comparar, de cotejar, de desmentir. La posibilidad de hacer de la explotación una historia (...). Allí está quizá la clave de la interpretación del fenómeno peronista.” (FAR, 1971d: 68)

La convergencia entre marxismo y peronismo planteada por las FAR requirió dos operaciones simultáneas. Por un lado, delimitar el modo preciso en que debían entenderse ambos términos, situándolos en dimensiones diferentes y otorgándole a cada uno de ellos un rol determinado. Y, al mismo tiempo, hacerlo de una forma en

¹⁵⁹ “Los de Garín” fue publicado nuevamente en 1973 por *Militancia* (nº 3, pp. 37-49) dado que según la revista era “considerado uno de los documentos políticos revolucionarios más importantes emanados del peronismo”. Las “13 preguntas” aparecieron en *Nuevo Hombre* y también en un boletín de las FAR, donde se especifica que el reportaje fue realizado por la “Brigada Masetti” de las FAR (FAR, 1971f). Por su parte, “Nuestra respuesta...” formó parte de un cuadernillo de las FAR que fue reproducido por *Militancia* en 1973. Citaremos las “13 preguntas” y “Nuestra respuesta...” de las revistas mencionadas dado que actualmente tienen mayor circulación y allí sus páginas están numeradas.

que su conjunción resultara posible y también necesaria en virtud del objetivo político por el que luchaba la organización: el socialismo.

La clave de dicha convergencia fue la consideración del marxismo como herramienta de análisis de la realidad nacional y la reivindicación del peronismo como identidad política de los trabajadores.

De ese modo, el marxismo fue negado como “bandera política universal” y situado exclusivamente -restringido, según la óptica de las organizaciones de la izquierda no peronista- en el lugar de la teoría. Una teoría que, en la concepción de las FAR, resultaba un instrumento indispensable para incidir en la realidad de modo revolucionario. Por su parte, el peronismo fue situado en el ámbito de la “experiencia”, allí donde se encontraban los elementos de la conciencia obrera con mayores potencialidades de ser revolucionados, tanto mediante la teoría como a través de la lucha misma. Esa construcción -la configuración resultante de toda selección lo es- también implicaba una valoración restringida del peronismo considerado en su conjunto. Lo cual, no sólo fue explicitado por la organización, sino que constituyó la base de sus disputas con otros sectores del movimiento.

Ahora bien, si tal convergencia reclama la pregunta por los significados de aquel “peronismo del pueblo” con que se identificaron las FAR, también requiere una aproximación al tipo de marxismo con el cual se filiaron. Puesto que, en buena medida, fue desde esos lentes que se construyó el rescate de aquella experiencia histórica.

Si bien volveremos sobre el tema al abordar la polémica con el ERP, apuntaremos aquí algunas cuestiones. En principio, las FAR negaban que el marxismo definiera su identidad política. Y ello porque, como señalamos, rechazaban que aquel constituyera una “bandera política universal” o, según la expresión que ya aparece en su primer documento público, que pudiera utilizarse como “camiseta política” (1971a). Desde su visión, el marxismo era un instrumento teórico de enorme rigor científico para interpretar la realidad. En ese sentido, parafraseando a Guevara, afirmaban que en ciencia social eran marxistas así como en física se definían como einstenianos. Al mismo tiempo, y dado el peso que le otorgaban a la teoría, sostenían que no era posible diseñar una estrategia revolucionaria sin el marxismo-leninismo, puesto que ello requería del conocimiento científico de la realidad social. Lo que reclamaban era el abandono de las fidelidades de tipo dogmático, puesto que si el marxismo era una ciencia lo único que se podía hacer con él era desarrollarlo. En realidad, de lo que se trataba era de rescatar un método de análisis para analizar experiencias y formaciones

sociales concretas (1971d: 62-63, 1971e: 4). Convertir al marxismo en “bandera política universal” era justamente lo que había llevado a contraponerlo con la experiencia política de pueblos enteros. Mientras tanto, desde su perspectiva, la aplicación del marxismo-leninismo era a “la experiencia política revolucionaria” del pueblo “lo que la aplicación de las armas o de los medios técnicos al combate. Es un instrumento, no el combate mismo” (1971d: 66).

Tales consideraciones, así como el concepto mismo de “formación social”, recurrente en sus escritos y utilizado por Marx para analizar una totalidad social concreta e históricamente determinada¹⁶⁰, muestran ya que se trataba de un marxismo especialmente sensible a la “cuestión nacional”.

Sin dudas, el intento de convergencia entre marxismo, nacionalismo y peronismo no era nuevo y podía filiarse con una tradición que iba desde Hernández Arregui hasta Puiggrós y el propio Cooke. En términos de influencias, tanto algunos textos (Kohan, 2000a; Redondo, 2005; Celentano, 2007) como las entrevistas realizadas, también destacan el peso del estructuralismo francés en el pensamiento de Olmedo, especialmente de Althusser. Los testimonios van más allá, afirmando que habría tomado clases con el filósofo en Francia y que antes de su muerte preparaba junto a Juan Pablo Maestre un diccionario sobre Poulantzas para facilitar su acceso a la militancia¹⁶¹. Retomaremos las influencias señaladas al tratar el tema de la cuestión nacional, el marxismo como ciencia y el concepto de ideología como tópicos centrales en su debate con el ERP. En cualquier caso, como veremos a continuación, se trataba también de un tipo de marxismo particularmente sensible al tema de la “experiencia” para pensar la clase obrera.

El “peronismo del pueblo”

Considerado en su conjunto y desde el punto de vista de su composición de clases, para las FAR el peronismo era un movimiento policlasista. Sin embargo, sostenían que tal constatación no debía conllevar el equívoco de calificarlo como un “movimiento nacional-burgués”. Y ello no sólo por su carácter mayoritariamente obrero, sino por el significado político que tenía para los trabajadores. En ese sentido, analizar aquello que las FAR denominaban “peronismo del pueblo” -o también “peronismo proletario” (Olmedo, 1970)-, requiere prestar atención a dos cuestiones. La importancia que le atribuían a la experiencia política como elemento constitutivo de la clase obrera más

¹⁶⁰ Con ello se alude tanto a la articulación de todas sus “instancias” como a la posibilidad de que allí se conjugaran elementos de uno o más modos de producción.

¹⁶¹ Para entonces, ya se había publicado en español *Clases sociales y poder político en el estado capitalista* (1969), una de las obras más conocidas del discípulo de Althusser.

allá de su ubicación en el proceso productivo, y el tipo de valoración que, desde esa perspectiva, realizaban del fenómeno peronista.

Para la organización, el 17 de octubre de 1945 era aquella coyuntura histórica en que la clase obrera argentina se había constituido en una “fuerza social”. Es decir, aquel momento en que, más allá de su existencia objetiva en la estructura económica, se había hecho sentir en la lucha por el poder político, irrumpiendo masiva y violentamente en la escena pública para defender un líder y un programa en que sentía representados sus intereses.

Consideraban que por entonces los trabajadores se habían convertido en el eje articulador de diversos sectores de clase que, por distintas razones, también se oponían a los intereses de la oligarquía y el imperialismo. Entre ellos, la burguesía nacional. Sólo esa acumulación de fuerzas e intereses heterogéneos le había permitido al peronismo, en una coyuntura mundial muy específica, enfrentar con éxito al bloque oligárquico respaldado por el capital monopolista norteamericano. En ese sentido, y en términos no tan distintos de los afirmados por Olmedo años atrás (1968), sostenían que el gobierno peronista había llevado adelante un programa antiimperialista, antioligárquico y nacional-popular -se añadía ahora-. (FAR, 1971d: 67; [1971] 1973a: 43).

A su vez, las FAR planteaban que el poder de una clase consistía en su capacidad para realizar sus intereses específicos en una coyuntura concreta y determinada. Y que en la confrontación con el frente oligárquico-imperialista que había tenido lugar en 1945, la capacidad del proletariado para realizarlos no podía definirse todavía con independencia del poder de las clases dominantes para llevar a cabo los suyos. Por eso afirmaban que si bien el peronismo había expresado los intereses de un conjunto heterogéneo de clases y sectores sociales, no había dejado por ello de constituir la manifestación más avanzada posible del poder real con contaban los trabajadores en aquella coyuntura histórica.

Desde su visión, durante el gobierno peronista los trabajadores habían tomado conciencia de su fuerza, de sus derechos y su dignidad, una experiencia que habían visto bruscamente interrumpida tras el golpe militar de 1955. A partir de entonces, sus luchas habían sido de una enorme riqueza, asumiendo las más diversas formas de manifestación. Desde aquellas directamente vinculadas al conflicto de clases, centradas en lo económico y corporativo, hasta la plena comprensión de que sus reivindicaciones sólo podrían alcanzarse mediante el control del Estado. Y ello porque se trataba de un pueblo desalojado violentamente del poder. Un poder que había sido

jaqueado por sus propias limitaciones y contradicciones internas -enfaticaban-, pero que de algún modo había expresado los intereses populares. Por eso, uno de los aportes fundamentales de la experiencia peronista era la progresiva superación de lo corporativo por lo político, el hecho de que la clase obrera ya no concibiera las luchas reivindicativas despojadas de su significación política. En ese sentido, afirmaban que desde la perspectiva de los trabajadores toda la historia del peronismo podía resumirse con la conocida frase de Lenin: “todo es ilusión, menos el poder”. Aquellos habían aprendido a aspirar a ese poder como peronistas y era por eso que les temían las clases dominantes. (1971d: 66 y 1971e: 3-4).

De hecho, según la organización, los motivos de la persistencia del peronismo no debían buscarse en una dimensión centralmente material o económica: el pueblo argentino no era tanto “un pueblo hambreado, como un pueblo ofendido”. Y como se ve en el epígrafe de este apartado, desde la perspectiva de las FAR lo que generaba conciencia no era sólo la miseria sino la comprensión de que esa miseria constituía una injusticia. Por eso, la principal clave de la interpretación del fenómeno peronista consistía en comprender que aquel le había brindado al pueblo “la posibilidad de comparar, de cotejar y de desmentir”. Y, con ello, la posibilidad de percibir que la explotación era un fenómeno histórico ligado a intereses concretos y, por tanto, susceptible de ser transformado¹⁶². Era en esa experiencia donde se hallaban “los elementos más ricos y capaces de desarrollo fecundo respecto de la necesidad de destrucción del capitalismo”. Allí donde radicaba, “en estado práctico”, la más amplia y perdurable “posibilidad teórica y político-militar para la construcción del socialismo” (1971d: 67-68). En ese sentido, lo que le otorgaba vigencia al peronismo desde 1945 era su “condición de identidad política de la clase obrera argentina, convertida por esa experiencia y esa identidad en una fuerza social cuyos intereses históricos no pueden

¹⁶² Como nota al margen, puede realizarse aquí un breve paralelismo entre aquello que para las FAR constituía “la clave de la interpretación del fenómeno peronista” -cuya búsqueda, según Altamirano (2001a) signaba a la cultura política de izquierda desde 1955- y las derivas sobre el tema en el campo académico. Sobre todo considerando que, como hemos mostrado a través de sus itinerarios previos, estos militantes no eran ajenos a los debates intelectuales que se daban dentro y fuera de las aulas universitarias. Sin dudas, en la visión de las FAR la adhesión de los trabajadores al peronismo constituía una opción claramente racional en términos de sus intereses de clase. Es decir, porque con ello satisfacían necesidades materiales largamente postergadas, tal como señalaron Murmis y Portantiero ([1971] 1972) en su polémica con Germani ([1962] 1968). Con todo, este último autor había llamado la atención sobre una dimensión descuidada por aquellos que luego fue retomada desde distintas perspectivas por otros intelectuales. Entre ellos, Torre (1989), fuertemente influido por los planteos de Alain Touraine, o James (1999), a partir del análisis de la “experiencia” de la clase obrera peronista en términos del marxismo británico. Nos referimos a la dimensión política y cultural de aquellas adhesiones, lo cual, permitía dar cuenta de la constitución -y sobre todo de la persistencia- de nuevas identidades colectivas populares. Como puede verse, esta última dimensión constituyó el eje central de los planteos de las FAR sobre el peronismo. En algunos puntos y más allá de las valoraciones políticas, su parentesco con el enfoque que James desarrollará años después resulta notable.

satisfacerse en el marco del sistema capitalista” (1971e: 2). De allí que explicaran que al asumir el peronismo como su propia identidad política no hacían más que definirse como militantes “de la causa del proletariado nacional” (1971e: 4).

Era sobre la base de esa interpretación que las FAR impugnaban a la izquierda no peronista. Para la organización, sus problemas para valorar el fenómeno derivaban del “ideologismo” que la caracterizaba. Con ello aludían a un tipo de análisis que, en lugar de partir del papel de las fuerzas sociales en el marco de las contradicciones de una formación social determinada, se detenía en los modos en que dichas fuerzas se pensaban a sí mismas, siempre mediados por la ideología de la clase dominante. Y que, además, tendía a disociar tales expresiones ideológicas del momento concreto en que habían surgido, eternizándolas. Si bien volveremos sobre el tema, señalemos aquí que consideraban que tal visión “ideologista” estaba en la base de las caracterizaciones del peronismo como fascismo, o bien como “movimiento nacional-burgués”. Según la organización, ambas caracterizaciones respondían al mismo error: seguían buscando desperonizar a las masas. Según sus propios términos: “purgar” el peronismo de la clase obrera “a fin de ponerla en condiciones para hacer la revolución” (1971e: 4).

Ahora bien, si las FAR fustigaban a la izquierda marxista por su “incomprensión” del peronismo, aquella no dejaría de impugnar su identificación con el movimiento. Esas críticas, que asumían la forma de la sospecha, resonaban en los documentos de la organización bajo la acusación de “entrismo”¹⁶³. De hecho, en “Los de Garín”, una de las preguntas de Francisco Urendo indagaba específicamente sobre el tema. La respuesta de Olmedo diferenciaba la postura de las FAR del “entrismo” rechazando lo que este término sugería: una maniobra táctica y encubierta, cuyo fin era engañar a las masas para llevarlas donde no querían ir. Además, según afirmaba, ello solía ligarse con un “culto despreciable” hacia aquello que la clase obrera estaba dejando atrás -expresiones ideológicas y formas de lucha reformistas-. Mientras tanto, la organización planteaba la necesidad de explicitar claramente tales limitaciones y luchar por superarlas (1971d: 65). Frente a este tema, en los testimonios aparece el mismo rechazo de que la organización haya planteado la peronización como cuestión meramente “táctica”, “oportunist” o “coyuntural”. Y, también, que dicha identificación nunca implicó asumir el peronismo acríticamente ni dejar de señalar sus limitaciones.

¹⁶³ El término remite directamente al léxico de la izquierda y tiene su origen en vertientes trotskistas. Mientras tanto, las disputas internas por imponer la visión “legítima” del peronismo articularon otro vocabulario. La derecha del movimiento -y finalmente también su líder- apeló básicamente a la figura del “infiltrado” y el peronismo de izquierda a la del “traidor” (Sigal y Verón, 1988: 133-151).

Lo cual, se evidencia observando los debates y tensiones atravesados por la organización durante el año 1970, que difícilmente hubiesen tenido lugar si el tema se hubiera planteado como una táctica meramente transitoria¹⁶⁴.

Efectivamente, para las FAR en 1945 se había abierto el ciclo de la liberación nacional del país y de lo que se trataba ahora era de luchar por profundizarlo y radicalizarlo para alcanzar la liberación social. En ese sentido, si bien consideraban que toda política revolucionaria debía partir de las luchas y tradiciones políticas de la clase obrera -“todo con el pueblo, nada sin él; todo con su comprensión nada sin ella” afirmaban (1971d: 65)-, no dejaban de señalar claramente sus limitaciones. En definitiva, lo que anidaba en la experiencia peronista era todavía una “posibilidad” en “estado práctico”. Y la organización no creía que los trabajadores pudieran alcanzar plena conciencia de sus intereses de clase de modo espontáneo, ni luchar por realizarlos mediante ninguna de las formas organizativas que hasta el momento se había dado el movimiento peronista. Desde su visión, tales limitaciones eran de orden “teórico” y “político-militar”, de allí el lugar que le otorgaban al marxismo y al tipo de vanguardia que se proponían gestar ([1971] 1973a y 1971d: 65). En este sentido, el planteo no era divergente del que realizaban en sus discusiones con las FAP durante el año 1970.

Peronismo y socialismo

En lo expuesto hasta aquí se vislumbra ya que no por identificarse con el peronismo las FAR dejaron de plantear claramente que el objetivo final de su lucha era el socialismo. Evidentemente, si el marxismo podía ser pensado como un método de análisis que no definía su identidad política, nadie podría sostener que fuera un instrumento neutro. Como se sabe, tal objetivo político estaba inscripto en la propia lógica de análisis marxista, en tanto solución -necesaria o posible según las vertientes- de las contradicciones capitalistas que la propia teoría dejaba ver en toda su crudeza. En el caso de las FAR, se trataba de construir un tipo de “socialismo nacional”, una nueva sociedad que sólo podría erigirse sobre la base de las particularidades específicas del país. Un proceso que hegemonizaría la clase obrera peronista de acuerdo a sus tradiciones de lucha y gracias a aquella experiencia política que la había constituido en una “fuerza social”. Pero más allá de las estaciones por las que transitara el proceso revolucionario, que de acuerdo al modelo cubano sería simultáneamente nacional y social, el significado del mentado “socialismo nacional” no

¹⁶⁴ Como nota al margen apuntemos que en su mayoría nuestros entrevistados siguen identificándose de algún modo con el peronismo. Es decir, con alguno de sus sentidos pasados, presentes o considerados posibles.

era ambiguo. Según afirmaban las FAR, su objetivo final era destruir el capitalismo y socializar los medios de producción, único modo de terminar con la explotación del hombre por el hombre y evitar que sus relaciones continuaran regidas por el dinero. Ello implicaba destruir el Estado burgués, reemplazándolo por un nuevo poder, el de un Estado obrero. Y, también, construir el hombre nuevo, lo cual requería terminar con todas las instituciones burguesas y con una cultura que hacía del arte y el saber una mercancía. La práctica revolucionaria conllevaba por eso también el compromiso de pensar de un modo diferente, deshaciendo “la tensa telaraña de mentiras y de ilusiones” -la ideología burguesa-, tras la cual se presentaba la realidad. En definitiva, la alternativa que planteaban citando a Guevara no se prestaba a equívocos: “o revolución socialista o caricatura de revolución” (1971d: 61-62, 68-69 y 1971e: 3).

De ese modo, las FAR se sumaban a la apuesta por ligar peronismo y socialismo. Un intento que, de modo más o menos unívoco, hacía tiempo que surgía entre las corrientes de la izquierda peronista. Y, con ellas, a las disputas cada vez más encarnizadas por la definición de la “visión legítima” del peronismo que protagonizaban todos los sectores del movimiento. Un campo de diputas cuyos márgenes, como se sabe, el exilio de Perón y sus palabras de aliento a la distancia habían ensanchado considerablemente.

En lo expuesto hasta aquí se encuentran varias de las claves mediante las cuales las FAR intentaban delinear su perfil distintivo: aquella identidad política cuya búsqueda, según hemos visto, se venían planteando explícitamente aún antes de encontrar su nombre y presentarse en la escena pública (Olmedo, 1970).

Hemos mencionado que según Aboy Carlés (2001: 68), toda identidad política se forja en referencia a un sistema temporal en que la interpretación del pasado y la proyección del futuro deseado convergen para dotar de sentido a la acción presente. Se trata de una de las dimensiones constitutivas de las identidades políticas, que el autor denomina “perspectiva de la tradición”. Con Koselleck (1993: 338-342) y también con Williams (1980: 137) corresponde enfatizar que la selectividad propia de toda tradición está signada por luchas presentes y horizontes de expectativas que reconfiguran incesantemente el “espacio de experiencia”. Y, visto desde otro ángulo, que esas tradiciones selectivas y apuestas de futuro contribuyen no sólo a dar sentido sino a legitimar las propias posiciones políticas en las batallas del presente. En el caso de las FAR, estas operaciones simbólicas conllevaban dos movimientos simultáneos: la reelaboración crítica de su propio pasado y la inscripción de sus luchas en las genealogías y linajes de otra tradición. Ambas desde una apuesta que conjugaba

marxismo y peronismo en pos de un horizonte de futuro socialista que se lograría por la vía armada¹⁶⁵.

En cuanto a su pasado militante, las críticas de las FAR hacia aquellos que hacían del marxismo una “bandera política universal” eran también un ajuste de cuentas con la propia tradición de la que provenía la mayoría de sus militantes. De hecho, atribuían sus indefiniciones frente al peronismo durante 1970 a la persistencia de su propio “ideologismo”, es decir, aquella concepción que no le permitía a la izquierda valorar el fenómeno (1971e: 3). Además, explicaban su recorrido inscribiéndolo en un proceso más amplio: el de la peronización de las clases medias, especialmente del movimiento estudiantil. Es decir, en el itinerario de vastos sectores que, como muchos de sus militantes, habían nacido en familias antiperonistas y tras “malentender” aquella experiencia venían revalorizándola desde 1955 (1971d: 65).

Por otra parte, desde su actual sensibilidad frente a la “cuestión nacional”, también reelaboraban su propia historia guevarista. Hemos mencionado que luego de su desprendimiento del ELN, ya habían esbozado una crítica hacia los intentos guerrilleros que no tomaban suficientemente en cuenta las especificidades de la realidad nacional donde actuaban (Olmedo, 1970). Pero ahora llamaban la atención sobre su propia práctica, considerando que por entonces habían actuado como una “pequeña patrulla extraviada en el espacio de la lucha de clases” (FAR, 1971d: 56). A su vez, subrayaban que en aquella época se movían con un conocimiento incompleto de la “experiencia real vivida” por el pueblo argentino, puesto que su teoría -el marxismo- era todavía más un vocabulario que un “instrumento práctico” (1971e: 3). Como señalamos, hacía tiempo que consideraban que la continentalización de la lucha sólo podría ser el resultado de movimientos nacionales iniciados de modo independiente y en consonancia con las especificidades propias de cada país.

A partir de esa reelaboración crítica de su propia historia, las FAR inscribieron sus luchas en otra tradición. Aquella que, con distintos énfasis y modulaciones, venía forjando el peronismo de izquierda. Es decir, en aquel ciclo abierto en 1945 cuya continuidad estaba dada por la persistencia del peronismo como identidad política de la clase obrera. Los hitos que articulaba esa tradición son conocidos. Entre los de mayor condensación simbólica se encuentran el 17 de octubre como momento de irrupción de las masas en la escena pública, los bombardeos a Plaza de Mayo y el

¹⁶⁵ Hemos señalado que trataremos este último tema en el capítulo siguiente, pero recalquemos aquí que el perfil distintivo de la organización conjugaba indisociablemente aspectos teóricos, políticos y militares. En ese sentido, como veremos, el legado guevarista también estuvo sujeto a revisiones y persistencias que fueron explicadas en virtud de las limitaciones que veían en las tradiciones de lucha de la clase obrera peronista.

derrocamiento del gobierno peronista, la proscripción, la resistencia, los fusilamientos de José León Suárez y el asesinato de Vallese, la anulación de las elecciones del 18 de marzo de 1962 entre tantos otros como el Cordobazo y demás levantamientos populares, reivindicados desde múltiples tradiciones.

Como puede verse en la cita de “Los de Garín” con que iniciamos el capítulo, la continuidad subyacente a ese movimiento de desafiliación y reinscripción fue planteada en términos de su lucha por la causa de los trabajadores. Y su discontinuidad, bajo la figura de un pasaje que iba del “malentendido” al “descubrimiento” del “peronismo del pueblo”. De ese modo, y desde su propio bagaje marxista en clave nacional, las FAR inscribían sus luchas en una tradición disponible, aunque modelada según su propio horizonte de expectativas: aquel que rescataba del peronismo la experiencia de la clase obrera donde latían los elementos que, de ser radicalizados, podían conducir al socialismo. Cabe notar que se trataba de una tradición cuya selectividad estaba destinada a incidir en las luchas del presente, delimitando qué es lo que estaba vigente del peronismo y qué aquello que debía ser profundizado en el futuro.

Esas luchas por la convergencia entre marxismo y peronismo en pos de un futuro socialista -teóricas y político-militares-, implicaban una apuesta específica de poder. Con la perspectiva que da el paso de los años, uno de sus militantes ilustra esa apuesta de las FAR con una metáfora. La idea era forjar una “organización bisagra”:

“Mi amigo Olmedo era un hombre... un poco estructuralista ¿vió? Usaba determinadas palabras para explicar las cosas. El rol que él veía para las FAR era el de la bisagra. Siempre me decía: ‘nosotros somos la organización bisagra’. Es una definición perfecta de lo que él pensaba. Marxismo por un lado, peronismo por otro: la bisagra. Por lo cual, estamos condenados a ser la organización hegemónica, esa es la conclusión obvia. Nosotros estamos juntando la historia de la clase obrera con el instrumento científico. Nosotros teníamos lo mejor de ambos mundos. ¿Quiénes?: Nosotros. Organización bisagra, ergo, hegemónica. Esa es la visión de Carlos.” (“Militante de FAR” 2).

Esa “posición bisagra” en que la organización buscaba instalarse explica que librara sus disputas en dos frentes simultáneamente: contra los sectores “conciliadores” del movimiento peronista y contra la izquierda que hacía del marxismo una “bandera política universal”. Luchas, por cierto, de un orden diverso que se librarán en terrenos también muy distintos¹⁶⁶. Con todo, y aún persiguiendo objetivos políticos opuestos, para las FAR aquellos sectores convergían en algunas cuestiones: ambos negaban la vigencia de la antinomia peronismo-antiperonismo como expresión política de una

¹⁶⁶ Apuntemos aquí que sus diferencias con la izquierda armada -básicamente con el PRT-ERP- buscaban saldarse mediante del debate crítico y durante un tiempo no impidieron el accionar conjunto. Mientras tanto, sus disputas con otros sectores del movimiento, y ya fusionadas con Montoneros con el propio Perón, se desarrollarán mediante una lucha de “calibre” muy distinto.

contradicción social y rechazaban que la doctrina justicialista, concebida en términos de conciliación de clases, hubiera caducado. En el contexto del lanzamiento del Gran Acuerdo Nacional, ambos tópicos -cuyo sentido para la organización estaba intrínsecamente ligado-, serán centrales para la organización y en buena medida articularán sus debates en ambos frentes.

Las querellas en torno a esos tópicos, pueden pensarse claramente en términos de Bourdieu. Es decir, como luchas por las clasificaciones del mundo social, por la “visión y di-visión legítima” de ese mundo, donde se ponen en juego los principios de construcción de aquellos grupos que se aspira movilizar (2008 y 2001a y b).

En términos más amplios, desde esa perspectiva, la apuesta de las FAR puede verse como una lucha por incidir tanto en las disputas por la “visión legítima” del peronismo como del marxismo¹⁶⁷. Disputas que es necesario indagar para comprender la lógica relacional de su toma de posición en el campo político (Bourdieu 2001b). Y, también, para aproximarse a ese sistema de alteridades respecto del cual las FAR intentaban perfilar su identidad política propia (Aboy Carlés, 2001; Giménez, 2007). En los próximos apartados veremos los términos en que planteaban esas disputas en sus documentos del año 1971.

4.2.2 Disputas por la “visión legítima” del peronismo: sus sectores internos, el rol de Perón y las organizaciones armadas en el contexto de lanzamiento del Gran Acuerdo Nacional

“Con respecto a la contradicción que puede haber entre el peronismo de Paladino y el nuestro, quiero decirle que, en la medida en que el peronismo no es una camiseta política, ni el nombre de una entidad partidaria burguesa, no basta la nominación para merecer o para alcanzar esa condición. En ese sentido no nos interesa la disputa con Paladino acerca de la fidelidad o legitimidad de nuestra condición de peronistas, porque el único árbitro de esa cuestión es nuestro pueblo. De modo que cada combatiente de nuestro pueblo, a él debe remitirse para encontrar en él su reconocimiento.” (FAR, 1971d: 65).

La contradicción principal en el país y el campo de los aliados y los enemigos dentro y fuera del peronismo

A nivel estructural, para las FAR la contradicción principal en la Argentina, considerada un país capitalista dependiente, era aquella que oponía al capital monopolista con la

¹⁶⁷ Con Bourdieu, y más atrás con Weber (1969: 170-204), desligamos aquí el concepto de legitimidad de todo sentido normativo que vaya más allá del que estaba en juego en las luchas de los propios actores.

clase obrera. Ambos polos de esa contradicción se articulaban con otras fracciones de clases y grupos sociales, delimitando el campo de los enemigos y posibles aliados.

Respecto al campo de los aliados, para las FAR la clase obrera peronista era un polo de atracción de vastas capas no proletarias como el movimiento estudiantil, la intelectualidad, la pequeña burguesía asalariada y el campesinado pobre. Por su parte, el campo enemigo era caracterizado como un bloque oligárquico nacional asociado con el imperialismo norteamericano, cuyo sector hegemónico era la burguesía industrial monopolista y financiera. En torno a él tendía a articularse “el conjunto de los sectores propietarios”, identificados también como todos aquellos que “necesitan explotar para satisfacer sus intereses”. Entre ellos sobresalía como sector dominante no hegemónico la oligarquía terrateniente. También se incluían allí actores que durante buena parte del gobierno peronista se habían aliado a la clase obrera pero que ya habrían abandonado el campo popular. Se trataba de la jerarquía eclesiástica y las Fuerzas Armadas, hoy “miembros plenos” del campo oligárquico. En el último caso, la dictadura de la Revolución Argentina habría terminado por descorrer todos los velos, mostrando que aquellas eran la “vanguardia político-militar” de la burguesía (1971d: 61 y 69, 1971e: 2). En ese sentido, no tenían expectativas de hallar entre las FFAA corrientes “peruanistas” (S/d. autor, 1970)¹⁶⁸.

Junto a aquellos que se habían pasado a las filas del enemigo, las FAR ubicaban a la “pequeña y mediana burguesía” y a la “burocracia” sindical y política del movimiento peronista (1971e: 2).

En relación con la burguesía el tema era complejo puesto que, en un proceso de liberación simultáneamente nacional y social, era factible que algunos de sus sectores pudieran acompañar ciertos tramos de ese trayecto. De allí que al menos la ubicación de la “pequeña burguesía” en un sistema de alianzas resultara borrosa: en alguna ocasión se la ubica en el campo de los potenciales aliados y en otras en el de los enemigos, a raíz de sus expectativas de poder desarrollar la industria nacional sin la destrucción del capitalismo (1971d: 65, 1971e: 2). En realidad, lo que sobresale en los escritos de las FAR del año 1971 es un profundo recelo y la ausencia de toda valoración positiva respecto de la “burguesía nacional” en general, así entrecomillada en sus documentos. Tales desconfianzas se fundaban en razones estructurales, políticas e ideológicas, como se observa ya en sus discusiones con las FAP del año 1970. Para la organización, la penetración del capital extranjero en la economía

¹⁶⁸ De ese modo se aludía a sectores militares nacionalistas y antiimperialistas identificados con el proceso político peruano. Desde el golpe de 1968, ese país era gobernado por el General Juan Velasco Alvarado quien, entre otras medidas, nacionalizó el petróleo y rompió relaciones con Estados Unidos.

argentina que había tenido lugar sobre todo luego del derrocamiento del gobierno peronista constituía el inicio de un inexorable proceso de liquidación de la burguesía nacional, que en un país capitalista dependiente como la Argentina ya no tenía perspectivas de subsistencia (FAR, [1971] 1973a: 44). En esa situación estructural hallaba la razón de las “vacilaciones” políticas e ideológicas de esa clase. Es decir, en el hecho de que sometida a la doble presión de los asalariados y el capital monopolista, cifrara sus esperanzas en un gobierno que la sacara de su crisis sin cambiar el sistema social ni su modo de producción (1971e: 2). En definitiva, seguían diferenciándose de los planteos del PC y continuaban en sintonía con la perspectiva guevarista. Una visión que en este punto coincidía además con la de aquellos grupos donde algunos de sus dirigentes habían forjado parte de su militancia, como la idea del imperialismo como “factor interno” en VR o la teoría de la “integración mundial” de Silvio Frondizi.

Respecto de las estructuras “burocráticas” del movimiento, su dirigencia política no suscitaba demasiadas consideraciones más allá de las impugnaciones sobre su carácter reformista y conciliador. No sucedía lo mismo con la “burocracia sindical”, puesto que actuaba en el mismo ámbito donde la organización aspiraba conquistar adhesiones. La caracterizaban como una capa social que, más allá de sus distintos estilos -desde el participacionismo hasta las corrientes vandoristas-, se había convertido en “aliada objetiva y en algunos casos conciente del bloque oligárquico y en especial de su sector hegemónico, la burguesía industrial monopolista”. Sus demandas permanecían siempre en el plano reivindicativo, ocultando así el carácter irreconciliable de la relación entre las clases explotadas y explotadoras. Y ello no ocurría porque la burocracia no hiciera política, sino porque la suya era la “política burguesa de la clase obrera”, cuyo rasgo más típico era el no cuestionamiento del problema del poder (1971e: 2)¹⁶⁹. Ese rasgo constituía justamente la contrapartida de uno de los aportes que, según las FAR, la experiencia peronista le había brindado a los trabajadores: la progresiva superación de lo reivindicativo por lo político y la comprensión de que la satisfacción de sus demandas sólo sería posible mediante el control del Estado. De allí que, habiendo definido la “visión legítima” del movimiento tal como la analizamos en el apartado anterior -el “peronismo del pueblo”-, se refirieran a la “burocracia” sindical y política como aquellos que no eran “auténticos” peronistas. Es decir, sectores que sólo “decían” serlo, cuando en realidad eran “traidores al

¹⁶⁹ En la frase citada resuena inconfundiblemente la voz de Lenin cuando afirmaba en el *¿Qué hacer?*: “La política trade-unionista de la clase obrera es precisamente la *política burguesa* de la clase obrera” (Lenin, 1960: 92, subrayado en el original).

peronismo del pueblo” (1971e: 2; [1971] 1973a: 42 y 44). Lo anterior no debería llevar a pensar que las FAR tenían una visión ingenua sobre el movimiento. De hecho, en su debate con el ERP, enfatizaban que se trataba de un fenómeno sumamente complejo, en el cual convivían sectores con concepciones ideológicas y políticas radicalmente distintas. Esas disputas simbólicas por la “nominación legítima” -en este caso por la “visión legítima” del movimiento capaz de distinguir a los peronistas “falsos” de los “verdaderos”-, son constitutivas de toda lucha política. Se trata de disputas que, como señala Bourdieu (2008), están destinadas tanto a hacer ver como a hacer creer. Es decir, a describir y prescribir, a pre-ver el decurso de los acontecimientos buscando hacer creíbles tales predicciones y, por esa vía, contribuir a generar la voluntad colectiva necesaria para producirlas. Lo que resulta notable en este caso, como sugiere el epígrafe del apartado, es el árbitro legítimo que las FAR reconocían en esa contienda. Es decir, que remitieran el reconocimiento de la legitimidad de su condición de peronistas directamente al pueblo. Y, con ello, que velada o abiertamente no dijeran que Perón era el portavoz autorizado en esa disputa. Evidentemente, ello contrasta con las afirmaciones de las FAP, cuando en 1970 les replicaban a las FAR que no era lo mismo “decirse peronista que serlo”, aclarando a continuación que ellos “tomaban al viejo como líder”. Con todo, como veremos, la organización no desconocía que el primer principio de legitimidad derivaba del segundo, es decir, que el reconocimiento del pueblo estaba mediado por aquel que les brindara el líder.

Ahora bien, comprender cabalmente esas disputas, en términos de sus modulaciones específicas y sobre todo de la premura que adquirieron, requiere situarlas en la coyuntura específica en que tuvieron lugar: la puesta en marcha del “Gran Acuerdo Nacional”.

Disputas ante el lanzamiento del GAN: la vigencia de la antinomia peronismo-antiperonismo y la caducidad de la doctrina justicialista de 1945

En un contexto altamente convulsionado por el Viborazo cordobés y otras revueltas en el interior del país, a fines de marzo de 1971 Alejandro Lanusse reemplazó a Roberto Levingston como mandatario de la Revolución Argentina. Tal como había sucedido ya con Onganía, su incapacidad para promover una alternativa viable a la crisis y su posición reacia hacia cualquier tipo de institucionalización fueron los motivos de la destitución.

La principal preocupación de Lanusse era evitar la convergencia entre la movilización popular y las organizaciones del peronismo radicalizado y la izquierda. En base a ese diagnóstico, su plan implicaba promover la democratización del país, canalizando

institucionalmente la protesta popular y aislando políticamente a la guerrilla. Todo ello, instrumentando al mismo tiempo medidas para su represión selectiva, que no dejaron de combinarse con distintas formas de represión ilegal¹⁷⁰. Si bien sus condiciones no estaban claras, el GAN implicaba un llamamiento a deponer las antinomias volviendo a la legalidad con elecciones que incluyeran al peronismo. En su variante de máxima incluía, además, la posibilidad de que el propio Lanusse postulara su candidatura. El proceso estaba dirigido a destinatarios específicos: la dirigencia moderada del peronismo, el ala balbinista del radicalismo y las cúpulas sindicales no combativas. De ese modo, debía configurarse un campo político donde amigos (militares/aliados) y adversarios (peronismo) se enfrentarían a sus enemigos (guerrilla/sectores radicalizados), que ya no encontrarían bases de apoyo en la sociedad (de Amézola, 2000: 108)¹⁷¹. Por cierto, la readmisión del peronismo al juego político legal, luego de largos años de proscripción, estaba sujeta a numerosas condiciones. Entre las más importantes: Perón no debía presentarse como candidato y tenía que desligarse de los sectores combativos del movimiento, condenando claramente a la guerrilla. Según Ollier, para Lanusse, Perón era el único que podía lograr la convergencia entre el pueblo y la guerrilla -al menos la peronista, apuntamos nosotros-, por lo cual, también era el único que podía evitar esa alianza. Cuestión que no constituyó un dato menor en términos de la trascendencia que el viejo general comenzó a adquirir en la escena pública (1989: 157). Por su parte, Perón no desechará ninguna de las opciones disponibles para retornar al poder. Ni las cúpulas sindicales, ni los acuerdos con otras fuerzas políticas a través de Paladino, ni las negociaciones con las propias FFAA. Como, tampoco, el hostigamiento frontal al régimen para acelerar su retirada a través de los sectores combativos del movimiento, que adquirirán un rol fundamental en el período. Y ello, porque si los primeros actores constituían un terreno que ambos generales podían disputarse, los últimos eran los únicos a los que Lanusse no tenía acceso. De allí que Perón se negara sistemáticamente a condenar a las

¹⁷⁰ Entre otras medidas, Lanusse creó en mayo de 1971 la Cámara Federal en lo Penal (conocida entre la militancia como "Camarón" o "Cámara del Terror"). Este tribunal especial, cuyos jueces eran designados por el Poder Ejecutivo, tenía por objetivo juzgar exclusivamente a los detenidos acusados de "subversión y terrorismo" (Chama, 2010: 205). A su vez, aún antes de los fusilamientos de Trelew, ese tipo de medidas se combinó con casos de represión ilegal que tuvieron gran trascendencia pública y que contaron entre sus víctimas a varios militantes de las FAR (mencionaremos el tema en el capítulo siguiente).

¹⁷¹ Son frecuentemente citadas las cifras remitidas por O'Donnell (1982) para dar cuenta del grado de simpatía del que gozaban las organizaciones armadas por entonces. Se trata de los resultados de una encuesta realizada por IPSA entre mayo y octubre de 1971, en base a los cuales se elaboró un "Índice de Actitud hacia el Terrorismo". Si bien no es posible conocer la rigurosidad de la metodología empleada, según este índice el 53% de la población de Córdoba, el 51% de Rosario y el 45,5% del Gran Buenos Aires justificaba las acciones armadas emprendidas por estas organizaciones.

organizaciones armadas, alentándolas en su oposición frontal contra el gobierno militar y legitimándolas públicamente como parte del movimiento. De ese modo capitalizaba un hecho que había surgido más allá de su voluntad y que no podía controlar, al tiempo que su aval contribuía a la popularidad de las organizaciones armadas peronistas.

¿Cómo leían las FAR la coyuntura planteada por el lanzamiento del GAN?

Según la organización, tras la proscripción del peronismo el bloque oligárquico hegemonizado por la burguesía monopolista no había logrado estabilizar su dominio. Ello había conducido a la permanente violación de su propia legalidad, culminando en la Revolución Argentina, que había terminado por “descorrer todos los velos”. Con el objetivo de recobrar el equilibrio y la legitimidad perdida ante el avance de la movilización popular, la dictadura se había lanzado a su experimento más audaz. La promoción de “un pacto” con todos los sectores que pretendían “hacer del peronismo una doctrina de la conciliación de clases”, aspirando con ello “a superar la antinomia peronismo-antiperonismo pacíficamente”. Por esa vía se montaba un proceso electoral destinado a consagrar dicho acuerdo -el “Gran Acuerdo Oligárquico”-, y se buscaban los medios para dotarlo de la dosis de legalidad que las violaciones a las reglas constitucionales habían terminado quitándole al dominio oligárquico. Con todo, según la organización el GAN tenía un mérito: visibilizar a los “enemigos del pueblo peronista”, sobre todo aquellos que venían desplazándose de un campo a otro de la contradicción fundamental (1971e: 2).

De allí la importancia para las FAR de los dos tópicos que mencionamos en el apartado anterior respecto de sus disputas al interior del movimiento: la vigencia de la antinomia peronismo-antiperonismo como expresión política de una contradicción social y la caducidad de la doctrina justicialista concebida en términos de conciliación de clases, tal como había sido trazada por Perón en 1945.

Desde su visión, la antinomia señalada expresaba a nivel político la contradicción principal que en el plano estructural enfrentaba a distintas clases y grupos sociales. En esos planteos resonaba inconfundible la voz Cooke, cuando afirmaba que la antinomia peronismo-antiperonismo constituía “la forma concreta en que se da la lucha de clases en este período de nuestro devenir” (ARP, 1967, en Baschetti: 236). Efectivamente, para las FAR aquella tenía plena vigencia puesto que resumía la imposibilidad del sistema para satisfacer a un tiempo los intereses de la clase obrera y el pueblo con los de las clases dominantes. Y ello porque desde su perspectiva la herencia de la “experiencia peronista” no era soportable ni siquiera en el plano económico. El actual

capitalismo dependiente argentino ya no podría reconocerle a los trabajadores aquella posición en la distribución del ingreso, ni restituirle los logros sociales y culturales entonces obtenidos. Desde 1955 el objetivo del régimen había sido justamente impedir que el pueblo recuperara ese peso decisivo y -advertían en seguida- pusiera en práctica todas las lecciones extraídas de aquella derrota. Si como sostenía Paladino junto a Lanusse -replicaban- aquella dicotomía estaba superada, no se entendía por qué el pueblo seguía proscripto, se apelaba constantemente a la represión y no se permitía el retorno de Perón (1971e: 2, 1971d: 64).

Desde esa perspectiva impugnaban a los sectores “conciliadores” del movimiento -la dirigencia política y sindical- que promovían la superación de la antinomia para “integrar” al peronismo en el “sistema” a través del GAN. Para las FAR, por esa vía buscaban diluir el enfrentamiento social, motivo por el cual también fijaban la imagen del movimiento en 1945, enfatizando la doctrina de la conciliación de clases que lo había caracterizado. En ese sentido, si la organización sostenía que la dicotomía subsistía -entendida como expresión política de una contradicción social- era justamente porque pensaban que los integrantes del campo peronista y antiperonista habían variado. Como mencionamos, señalaban que vastos sectores de las capas medias progresistas se acercaban paulatinamente al movimiento desde 1955, comprendiendo que el peronismo había sido una experiencia política fundamental para los trabajadores. Al mismo tiempo, afirmaban que otros actores, como las propias estructuras burocráticas del movimiento y la burguesía nacional, se habían pasado a las filas del enemigo. De allí que para las FAR, la vigencia de la antinomia peronismo-antiperonismo estuviera intrínsecamente ligada al otro tópico en disputa: la caducidad de la doctrina justicialista entendida en términos de conciliación de clases.

Según explicaban en clave marxista, aquella constituía la expresión ideológica de una coyuntura histórica muy especial que había hecho posible concebir la conciliación entre los intereses de clase del capital y los del trabajo. Una situación a la que el capitalismo dependiente argentino, por sus propias contradicciones internas, ya no podría retornar. En ese sentido, consideraban que la doctrina debía cambiar tanto como se transformaba la realidad, de modo que pudiera servirle al pueblo para interpretar su situación actual. Desde esa perspectiva cuestionaban a los que querían proyectarla de modo inmutable desde 1945 hasta la actualidad, suponiendo que se podía detener la historia, volver al pasado o hacerle creer al pueblo que era posible un capitalismo sin explotación. Y sostenían que “el manejo, la manipulación de un justicialismo eterno” era lo “menos justicialista” que podía pedirse y lo “menos

peronista” que podía sostenerse (1971d: 63). Además, desde su visión -y pre-visión- el pueblo iba dejando atrás tales expresiones ideológicas. Y si todavía no lo había logrado con total claridad -porque las ideologías tendían a sobrevivir a los cambios de las estructuras, apuntaban- era porque no contaba con las “formas organizativas” y las “expresiones doctrinarias” necesarias para ello (1971d: 65). Es decir, nuevamente, el marxismo como instrumento de análisis y la “vanguardia político-militar”.

El mismo sentido conciliador que la doctrina del '45 habían tenido en su momento las tres banderas peronistas, sin embargo, consideraban que aquellas sí tenían plena vigencia puesto que en el actual capitalismo dependiente solo podrían cumplirse mediante el socialismo. De allí que las incorporaran entre sus reivindicaciones, acompañándolas generalmente de la frase “por la Argentina socialista”, que buscaba precisar el significado de aquellas tres banderas.

La perspectiva electoral, el rol de Perón y las organizaciones armadas

Es en la trama de sentidos y disputas que acabamos de analizar donde deben inscribirse las consignas de las FAR tras el lanzamiento del GAN. Especialmente aquella que comenzó a aparecer en los comunicados de varias acciones que la organizó realizó en abril de 1971, justamente luego de que Lanusse anunciara públicamente sus planes: “Por el retorno del pueblo y Perón al poder”. La más importante de esas acciones se produjo el 29 de abril y consistió en el robo de un camión militar en la zona de Pilar, que transportaba armamento desde Córdoba hacia la guarnición de Campo de Mayo. La acción produjo un hondo impacto en el Ejército puesto que allí la organización mató al Teniente 1º Mario César Azúa, el primer muerto del Arma, a cuyo entierro asistió el mismo Lanusse¹⁷².

En principio, como hemos visto, la idea del retorno del pueblo al poder que comenzó a aparecer en sus comunicados sólo podía implicar la apuesta por un futuro distinto. Es decir, si la historia no podía volver atrás -en el sentido de que el capitalismo argentino ya no toleraba la posición obtenida por la clase obrera en 1945-, en la actualidad la concreción de ese reclamo sólo podía conducir al socialismo. En efecto, esa era la precisión que en 1970 las FAR le demandaban a las FAP respecto de su consigna “por la reconquista del poder”. Pero además, esos comunicados desafiaban a la dictadura a que cumpliera sus promesas de elecciones, pero sin ningún tipo de proscripciones y

¹⁷² Las otras acciones aludidas, que también se realizaron con el objetivo de conseguir armas, uniformes y demás cuestiones para consolidar la infraestructura de la organización, fueron el asalto del destacamento policial de Virreyes, el 4/4/71 en Buenos Aires, y de la subcomisaría de Villa Ponzatti, el 10/4/71 en La Plata, donde resultó muerto un policía. Los comunicados de estas acciones en FAR, 1971g, 1971h, 1971i, 1971j. Respecto de las realizadas en Villa Ponzatti y Pilar también pueden verse los Legajos N° 111 y 297, Archivo DIPBA, respectivamente.

permitiendo la candidatura de Perón a la presidencia. Lo cual, vuelve necesario realizar ciertas precisiones.

Tanto los documentos como las entrevistas evidencian que en aquella coyuntura las FAR no pensaban que las elecciones pudieran efectuarse en esas condiciones. Además, no creían que la democracia representativa fuera un valor en sí misma, ni consideraban aún que las elecciones pudieran constituir un paso táctico al servicio de una estrategia más amplia, cuestión que llevará tiempo procesar. Desde su visión, la única forma de vencer al régimen y “desenmascarar definitivamente sus trampas” era “desencadenar una guerra civil revolucionaria”. Es decir, la superación de la antinomia sólo podría lograrse mediante la “victoria del pueblo peronista” a través de la construcción de un “Ejército Popular”, por lo que advertían que el presente no estaba signado por la “Hora del Pueblo” sino por la “Guerra del Pueblo” (1971e: 3, 1971d: 64). En definitiva, el objetivo de las acciones realizadas en abril era obtener armas -una enorme cantidad en el caso del camión de Pilar-, que según sus comunicados debían contribuir a la creación del mencionado ejército popular.

¿Cuál era entonces el sentido de aquella demanda? ¿Por qué desafiar a Lanusse a concretar una apertura electoral que permitiera la candidatura de Perón? Todo indica que levantar la candidatura del general, que por entonces frustraba todas las negociaciones abiertas por el GAN, era una forma de atizar el conflicto y evitar la “integración” del peronismo al sistema¹⁷³. En ese sentido, puede pensarse que su gran apuesta era actuar como *partisanos* en la dicotomía peronismo-antiperonismo, tal como ha destacado Altamirano para el caso de Montoneros (2001b: 128). Es decir, partir de la enemistad política por excelencia, aquella que había dividido al país desde la década del cuarenta, intentando desarrollar sus latencias agónicas como hostilidad absoluta¹⁷⁴. En el mismo sentido, Ollier (1986: 66-67) ha destacado que por entonces el objetivo del accionar de las organizaciones armadas peronistas era concitar el apoyo de amplios sectores populares movilizados, debilitar el sistema e impedir que Perón negociara una salida pacífica. Efectivamente, debe considerarse que el viejo general seguía jugando con todas sus cartas y que justamente durante ese mes de abril conversaba en España con un enviado de Lanusse y autorizaba a Paladino a

¹⁷³ Sin ir más lejos, tal había sido ya en 1970 uno de los motivos esgrimidos por Montoneros para matar a Aramburu, quien por entonces sustentaba una postura que perfilaba, en germen, los planes de Lanusse (Gillespi, 1998: 122).

¹⁷⁴ Altamirano utiliza el término *partisano* enfatizando tanto el carácter de combatientes de estos militantes, como la dimensión esencialmente política de su apuesta. De allí que cite la definición de Schmitt: “El *partisano* combate dentro de una formación política y justamente el carácter político de sus acciones valoriza el significado originario de la palabra *partisano*. En efecto, este término deriva de partido y remite al vínculo con una parte o con un grupo de algún modo combatiente, ya sea en guerra, ya en política activa.” (Schmitt, 1984, citado por Altamirano, 2001b: 128).

dialogar con Arturo Mor Roig (radical y Ministro del Interior). Pero, al mismo tiempo, seguía negándose a condenar a la guerrilla y se reunía con Rodolfo Galimberti, jefe nacional del JAEN (Juventudes Argentinas para la Emancipación Nacional), dándole una serie de instrucciones para agrupar a los sectores combativos del movimiento que incluían precisamente el impulso de su candidatura como forma de presionar al gobierno (de Amézola, 2000: 110-111). Además, como ha destacado el último autor, acciones como las de las FAR en Pilar no hacían más que atizar los conflictos de la interna militar. Es decir, alimentar el rechazo hacia el GAN de los sectores más duros que no estaban convencidos de la posibilidad de aislar por esos medios al peronismo de la guerrilla (2000: 112).

Considerando las múltiples apuestas y disputas en que se embarcaron las FAR, una pregunta parece imponerse por su propio peso: ¿cómo valoraban a Perón? Si bien volveremos sobre el tema, adelantemos aquí que la respuesta no podrá ser nunca ni homogénea ni unívoca. Los testimonios señalan que hasta las resistencias de los más renuentes tendían a ceder ante la euforia de las grandes movilizaciones populares. Y, también, que los militantes inicialmente más desconfiados eran tanto aquellos que años después creerían ver confirmadas sus sospechas, como quienes habían abrazado las nuevas convicciones con mayor fervor. Con todo, tras las discusiones del año 1970 ya analizadas y dada la posición poco “movimientista” desde la cual las FAR se identificaron con el peronismo, era esperable una postura de cierta reserva frente a la figura de Perón. Esa postura buscaba mantener un delicado equilibrio entre valorar al líder y circunscribir su papel, de modo que fuera posible formar parte del movimiento sin que la organización tuviera que renunciar a su autonomía ni a sus propios objetivos estratégicos.

Luego de diferenciar la identificación de las FAR con el peronismo de una cuestión meramente táctica, el siguiente testimonio enfatiza que lo asumían de un modo crítico, destacando que el tema del liderazgo Perón seguía siendo el punto más delicado:

“FAR lo planteaba como una cuestión de asumir el peronismo, porque era la tradición de la clase obrera, su identidad política. Ellos lo planteaban en serio como ‘peronizarse’. Aún así, no aceptaban ciertas cosas, como asumirlo como un movimiento donde todos jugaban un rol: la burocracia sindical, Perón, la juventud, las organizaciones armadas, no. Ellos tenían una actitud crítica, no era asumir el peronismo así nomás: todo lo que plantea Perón está bien. Y el problema del liderazgo era un problema serio, que ellos no resolvieron. Yo creo que nunca creyeron en serio que Perón iba a volver, que iba a retomar las riendas del peronismo acá. Con Perón en España todo el mundo podía ser peronista, no sólo las FAR, las corrientes sindicales, de izquierda y de derecha también.” (Entrevista a Flaskamp ya citada -primero militante del GEL y luego de las FAR-).

Por su parte, Lewinger remite a la misma cuestión, pero precisando que consideraban que Perón era un “líder popular” y no un “líder revolucionario”. El testimonio parte de los debates previos a la identificación de las FAR con el peronismo, para fusionarlos enseguida con sucesos posteriores en el tiempo:

“Desde el principio Roberto Pampillo era uno de los más duros, siempre lo fue. El tema más difícil de definir, más que la identidad peronista, era el papel de Perón. Nosotros sí nos negábamos a considerar que Perón tenía un papel... que era un líder revolucionario, decíamos que era un líder popular. No sé si te dije, pero Pampillo decía que Perón se murió en la alambrada...”

P: ... ¿Qué es la alambrada?

R: La alambrada es... como separando el campo popular del campo del enemigo [risas]. Esa era la idea, que se murió con una pata de un lado y una pata del otro. Y es una diferencia porque del lado de los viejos montoneros, de los montoneros originarios, sí había una concepción de Perón como líder revolucionario que nosotros no teníamos.” (Entrevista citada).

Hasta donde se ha podido saber por los testimonios, para 1971 las FAR no habían tenido contacto efectivo con Perón. En “Los de Garín”, Olmedo se refirió a entrevistas personales de algunos militantes, pero no en calidad de miembros de la organización sino simplemente “como argentinos”¹⁷⁵. Tampoco se registra correspondencia, como la que por ese tiempo mantuvieron las FAP y Montoneros con el líder exiliado.

Según planteaban en sus documentos de ese año, valoraban el examen crítico que Perón venía haciendo de su propia experiencia, fundamentalmente de los errores que habían permitido el golpe de 1955. Sobre todo, apreciaban que a partir de ese balance, y previendo el curso de los acontecimientos futuros, estuviera reorientando su pensamiento. Es decir, que habiendo intentado en el pasado conciliar los intereses de diversas clases, hoy explicitara que la libertad, la justicia y la soberanía sólo serían posibles en el socialismo, colocando al peronismo en línea con diversos procesos de liberación del tercer mundo (1971d: 63 y 68). De ese modo, la caducidad de la doctrina justicialista trazada en 1945 que la organización justificaba en principio mediante un análisis marxista, ahora también era legitimada mediante la palabra del Perón. Además, apelando a interpretaciones disponibles en la tradición del peronismo de izquierda, planteaban que sus posiciones constituían “tácticas de desgaste” para “jaquear al enemigo” que formaban parte de una estrategia más general, presumiblemente guiada por la reorientación de su pensamiento, aunque no se

¹⁷⁵ Según Ferrari Etcheberry, estando en Europa y a raíz de la propuesta de un amigo, para entonces Quieto había visitado a Perón en Puerta de Hierro. De allí que cuando lo detuvieron en julio de 1971 y la policía allanó el estudio jurídico que ambos compartían, hallara una foto dedicada por el general (entrevista citada). También puede verse otra dedicada a Marcos Osatinsky y datada en 1970 en S/d. autor, 1975b. Como se sabe, Perón distribuía esas fotos autografiadas con suma generosidad -aunque sin ingenuidad-.

abundaba al respecto¹⁷⁶. El hecho de que, como sostenían, la herencia de la “experiencia peronista” no fuera soportable para el “sistema”, era lo que explicaba la eficacia que aquellas tácticas habían tenido hasta el momento. Es decir, que aún apoyándose en los “sectores reformistas” del movimiento -la dirigencia política y sindical-, el general siempre hubiera logrado colocar el umbral de las exigencias por encima de las posibilidades del régimen. Y, así, sembrar la discordia entre sus filas, quitándole estabilidad y margen de maniobra (1971d: 69; 1971e: 2-3).

Sin embargo, lo central para las FAR era señalar las limitaciones de esas “tácticas de desgaste por jaqueo”. Y ello porque su argumentación habilitaba no sólo una forma de interpretar los movimientos de Perón, sino también una justificación sobre la necesidad de forjar una “vanguardia político-militar” en el marco del movimiento. Desde esas claves, señalaban que tales tácticas tenían sus costos para el campo popular, que ni sus militantes ni Perón ignoraban. Según su visión, dichas tácticas requerían jugar con las reglas del enemigo, lo cual limitaba su ofensiva pero también la del movimiento. Además, los sectores “reformistas” que Perón utilizaba hacían de la negociación una estrategia en sí misma, cuyo fin era mantener sus privilegios (1971e: 3-4). Ahora bien, la organización afirmaba que para poder desechar a esos sectores reformistas Perón debía tener a su alcance otras alternativas, y que las movilizaciones masivas y diversas formas de lucha emprendidas no habían constituido una opción viable para pasar de la resistencia a la ofensiva. El objetivo era, entonces, diseñar junto al resto de las organizaciones armadas una alternativa revolucionaria e intentar probar en la práctica, mediante la lucha misma, quiénes representaban de manera “más justa y eficaz” los intereses del pueblo peronista. Se trataba, en suma, de crear “las condiciones y las posibilidades de esa elección histórica” (1971d: 69). Dicho en otros términos, generar las condiciones para que Perón finalmente se decidiera por ellos y no por los otros sectores del movimiento. Con alternativas o sin ellas, no parece que se le atribuyera a Perón una voluntad política propia más allá de aquella que impusieran las condiciones objetivas, ya sean las de la marcha del proceso histórico y/o aquellas que las organizaciones armadas fueran capaces de crear a través de su lucha. La pertinencia de ese intento -crear las condiciones de aquella “elección

¹⁷⁶ Esa interpretación, junto con la idea de que si Perón se apoyaba en los sectores “reformistas” del movimiento era porque carecía de otras opciones, no sólo era sostenida también por Montoneros (1971b) y las FAP (1971b) sino que databa de años atrás. Entre otros documentos de mediados de los sesenta pueden verse MRP (1964) y Aponte, Caride, Dobler, Rodríguez, Troiano y Wayar (1965), los dos en Baschetti (1988). Inclusive, en ambos se apela a la idea del cerco para explicar la postura del gobierno desde 1952 y las condiciones que posibilitaron el golpe de 1955. Esto es, que luego de la muerte de Evita, quien habría cumplido el rol de nexo entre Perón y el pueblo, y ante la falta de una estructura revolucionaria, el líder habría sido “cercado” por la burguesía nacional y la burocracia del movimiento.

histórica”-, y la propia iniciativa que requería, era nuevamente avalada mediante la palabra de Perón. Un líder que, según las FAR, alentaba a la juventud a “no delegar” sus responsabilidades, asumiendo que la lucha emprendida superaba “el lapso y el alcance de su propia vida, de su mera presencia física” (1971d: 68)¹⁷⁷.

A fines de 1971 Lanusse terminó por fijar un calendario electoral en un clima enrarecido por conspiraciones e intentos de golpes militares. De todos modos, el panorama seguía siendo incierto. No había certezas de que las elecciones efectivamente se realizaran, cuáles serían sus condiciones si tenían lugar, si Lanusse lanzaría o no su propia candidatura. Sobre todo, seguía irresuelta la cuestión capital: el lugar de Perón en el futuro escenario político. Por su parte, pese a las presiones militares, el viejo general continuaba negándose a condenar a la guerrilla. Para entonces, el Grupo “Cine Liberación” ya le había realizado la conocida entrevista “Actualización política y doctrinaria para la toma del poder”. Allí, caracterizaba a las organizaciones armadas como “formaciones especiales”, concediéndoles parte del comando táctico en el teatro de operaciones de una lucha donde él cumplía el rol de conductor estratégico. Según señalaba, tres eran las vías de esa lucha: la guerra revolucionaria, la insurrección militar y la normalización institucional. La guerra revolucionaria, deslizaba a modo de clara advertencia, era “quizá un camino, si no hay otro camino” (Perón, 1971b). Además, en noviembre se producían dos novedades importantes dentro del peronismo. Por un lado, Perón incorporaba al Consejo Superior del Movimiento Nacional Justicialista (MNJ) a Julián Licastro -ex Teniente del Ejército y fundador del “Comando Tecnológico Peronista”- y a Rodolfo Galimberti -el líder de JAEN- como representantes de su rama juvenil. Por el otro, el general criticaba públicamente a Paladino, reemplazándolo por Héctor Cámpora como su delegado personal. Lo cual, fue leído como un triunfo por aquellos sectores que Paladino había denostado, entre ellos, las organizaciones armadas que lo impugnaban por su carácter “conciliador”. Efectivamente, según decía Perón, sus negociaciones con la dictadura y los partidos políticos habían sido demasiado estrechas, generando suspicacias sobre sus verdaderos fines y alimentando el rumor de que no era el “delegado de Perón ante Lanusse”, sino el “delegado de Lanusse ante Perón”. De todos modos, es necesario subrayar que el motivo básico de su desplazamiento fue que había tomado partido en las luchas de las distintas facciones del movimiento (Perón, 1971c), cuando el objetivo del general no era optar entre ellas sino mantener la unidad de todos sus sectores. De

¹⁷⁷ La cita es de “Los de Garín”. Dada su fecha de publicación, podría tratarse del mensaje “A los compañeros de la juventud” (Perón, 1971a, en Baschetti, 1997).

hecho, Paladino no sólo denostaba a las organizaciones armadas sino que también había tenido conflictos con el ala sindical representada por José Ignacio Rucci, secretario general de la CGT desde 1970, y con la rama femenina del movimiento. Justamente, en diciembre llegaba a la Argentina María Estela Martínez de Perón - Isabel- para promover la consigna “unidad, solidaridad y organización” que impulsaba el general.

4.2.3 Disputas por la “visión legítima” del marxismo: la polémica entre las FAR y el ERP

“El marxismo enseña a los comunistas a luchar también por sus palabras y sus significados y es el vocabulario preciso uno de los objetivos de esa lucha, pues una de las tareas fundamentales de la vanguardia de la clase obrera es la de llevar claridad, rigor científico a las masas, ya que vigor revolucionario les sobra.” (ERP [1971], 1973a: 35).

“El marxismo bien conocido y utilizado es un arma poderosa, conocido a medias o desconocido sirve solamente para complicar las cosas en lugar de ayudar a comprenderlas mejor. Un mal marxista, con poco estudio y muchas pretensiones, es como un jugador de fútbol que no levanta la cabeza: al final se enreda con la pelota y termina tirándola afuera. ‘Se marca sólo’ dirá la tribuna. Algo parecido le ha ocurrido a la izquierda en este país.” (FAR [1971], 1973a: 49).

Entre abril y mayo de 1971, un grupo de presos del ERP alojados en la cárcel de Encausados de Córdoba elaboró un documento polemizando con el reportaje a las FAR “Los de Garín”, recientemente publicado¹⁷⁸. A su vez, ese año Olmedo alcanzó a redactar un trabajo en respuesta de aquellos cuestionamientos. Denominados “Críticas del ERP al reportaje a las FAR” y “Nuestra respuesta elaborada por el compañero Olmedo”, ambos escritos fueron publicados en un cuadernillo de las FAR titulado “Aporte al proceso de confrontación de posiciones y polémica pública que abordamos con el ERP”. Luego fueron reproducidos por la revista *Militancia* (FAR [1971], 1973a y ERP [1971], 1973a). Se trató de una de las polémicas político-ideológicas más conocidas dentro del campo de las organizaciones armadas.

Como hemos señalado, la “posición bisagra” en que la organización buscaba instalarse implicaba una lucha por incidir tanto en las disputas por la “visión legítima”

¹⁷⁸ Respecto de la autoría del documento, De Santis (entrevista en Martín, 2006b) afirma que entre los detenidos sobresalía la figura del “gringo” Domingo Mena. En ese sentido, a diferencia de lo que usualmente se menciona en la bibliografía, destaca que Santucho no participó en su elaboración, lo cual parece verosímil puesto que el líder del PRT fue apresado en Córdoba recién en agosto de 1971.

del peronismo como del propio marxismo. Tal como sugieren los epígrafes, esto último es lo que estaba en juego en la polémica entre las FAR y el ERP. Ambas organizaciones sostuvieron allí combatir por el significado de las palabras y el debate se nutrió de amplias citas a los clásicos del marxismo, ya sea del propio Marx como de Kautsky, Lenin o Engels. A su vez, las dos se acusaron mutuamente de desconocer el “marxismo auténtico” y de malentender las referencias citadas. Según los términos de Olmedo, para el caso de las FAR se trataba de derrotar “las posiciones ideológicas de la izquierda internacionalista (...) empleando sus mismas armas: con la teoría marxista” ([1971] 1973a: 38).

También hay que destacar que, como en el caso de toda polémica, ésta implicaba un terreno compartido sobre el cual disputar. Un lenguaje común que seguramente estuviera en la base de las simpatías que Roberto Santucho, el principal dirigente del PRT-ERP, manifestó por Carlos Olmedo¹⁷⁹. De hecho, entre los grupos armados peronistas, las FAR fueron la organización con la cual el PRT-ERP estableció relaciones más estrechas. Inclusive llegaron a realizar algunas acciones conjuntas que no dejaron de generar ciertos celos entre las OAP¹⁸⁰.

A continuación, analizaremos la polémica entre las FAR y el ERP distinguiendo los siguientes tópicos: 1) el punto de partida del análisis para trazar una estrategia revolucionaria en Argentina -nacional / internacional-; 2) el estatuto otorgado al marxismo -ciencia / ideología / bandera política- y 3) la forma de pensar la ideología,

¹⁷⁹ La muerte de Olmedo conmocionó a Santucho. Desde la prisión le envió una carta a su compañera donde le decía: “Recién tuve una noticia muy mala. (...) me enteré que Olmedo, uno de los compañeros con que yo me reunía, el más preparado. Era muy bueno y muy posiblemente el principal dirigente del FAR. No sé si te conté alguna vez pero simpatice mucho con él y discutimos a fondo varias veces. Era un muchacho rubio, de ojos azules y maneras muy suaves, un compañero extraordinario. (...) Es una gran pérdida para la revolución.” (Citada en Kohan, 2000a: 259).

¹⁸⁰ La primera de esas acciones tuvo lugar el 10 de abril de 1972, cuando las FAR y el ERP mataron en Rosario al Comandante del II Cuerpo de Ejército, General Juan Carlos Sánchez, acusado de torturador. Según consta en un documento de las FAR, esta primera acción con una organización no peronista generó cierto desconcierto entre sus militantes y molestias en el resto de las OAP. Ello llevó a las FAR a especificar que con el PRT-ERP compartía los mismos enemigos y el objetivo final -el socialismo-, pero que los separaban profundas diferencias respecto del peronismo. De allí que, según aclaraba, pusiera expectativas distintas en su operar conjunto con el ERP que en la confluencia de las OAP, que consideraba prioritaria (FAR, 1972b). Unos meses después, las FAR, el ERP y los dirigentes montoneros presos en la cárcel de Rawson protagonizaron la fuga del penal que tuvo lugar el 15 de agosto de 1972. Finalmente, el 10 de diciembre de 1972 fue secuestrado Ronald Grove, un industrial de origen británico, gerente general del Frigorífico Anglo. Las tratativas por su liberación se hicieron en forma secreta, pero trascendió a la prensa que el autor del secuestro había sido el ERP. Luego, Grove relató ante el Foreign Office (el Ministerio de Asuntos Exteriores británico) los detalles de su secuestro y las conversaciones que mantuvo con sus captores, que en realidad eran militantes de las FAR, organización que había planificado el operativo con el ERP meses atrás (Grove, 1973 -le agradezco al investigador Michael Goebel el acceso a esta fuente-). Justamente en el período en que se concretó el secuestro, en que Perón estaba en la Argentina, se profundizaron las diferencias políticas entre ambas organizaciones y las FAR se negaron a volver a operar con el ERP, quien se los reprochó en una carta enviada a inicios de 1973. Intentando persuadirlos de lo contrario, allí el ERP apelaba a la tradición intelectual que unía a ambas organizaciones caracterizando a las FAR como “una organización armada marxista, que piensa que el peronismo es un paso hacia el socialismo.” (ERP, 1973b: 24).

que en el debate resulta indisociable tanto de sus respectivas valoraciones del peronismo, como de sus ideas sobre la vanguardia que debía construirse.

El punto de partida de una estrategia revolucionaria en Argentina

Respecto de este punto, el ERP sostenía que debía partirse del análisis de la situación mundial puesto que la revolución socialista era “internacional por su contenido y nacional por su forma”. Primero, debía considerarse la situación económica y la dinámica de la lucha revolucionaria a nivel mundial y regional. Ello permitiría establecer sus posibilidades de desarrollo y su ritmo desigual; cuál era la clase revolucionaria y sus posibles aliados y la combinación de tareas y consignas del proceso en sus distintas etapas (democráticas, socialistas, nacionalistas) para cada región y país. En segundo lugar, debía estudiarse la relación de fuerzas entre las clases, también en el orden internacional y nacional. Respecto de las fuerzas contrarrevolucionarias, su organización, cohesión y contradicciones internas, como también las complejidades de sus Estados y Ejércitos. Y en relación con las fuerzas revolucionarias, su experiencia y conciencia, si ya habían constituido un partido y una fuerza militar y las características de ambos. Lo cual, permitiría establecer la dinámica futura de la lucha revolucionaria (corta o prolongada, guerra nacional, civil o una combinación de ellas, las características de la lucha en cada período, etc.). Según resumían los pasos de este análisis, primero debía considerarse la situación económica, política y militar del mundo, el continente, la región y finalmente del país. Y, a partir de ello, determinar las etapas y fases de la guerra revolucionaria, las tareas principales y secundarias de cada una de ellas, su duración aproximada, sus características políticas y militares, y las formas y condiciones en que se produciría la toma del poder en la Argentina. Desde esa perspectiva impugnaban a las FAR por considerar al país “como si fuera una isla” (ERP [1971], 1973a: 37-38).

Por el contrario, Olmedo sostenía que el planteamiento de una estrategia revolucionaria en la Argentina debía partir del análisis de los factores nacionales. Es decir, del estudio de sus condiciones específicas y del reconocimiento de la validez de la experiencia histórica de la clase obrera argentina. Ello no implicaba desconocer el contexto mundial, sobre todo considerando la historia colonial del país y el actual carácter dependiente de su economía. Pero, en consonancia con la perspectiva de Puiggrós (1965), afirmaba que las “causas externas” sólo podían obrar gracias a las

“causas internas”, por lo cual eran éstas las que debían analizarse en primer término¹⁸¹.

Desde esas claves, criticaba a los militantes del ERP sosteniendo que en su esquema la historia argentina tenía muy poca importancia. No era más que una forma vacía, un receptáculo de un contenido que no surgía del proceso nacional mismo sino que le era insertado a partir de un largo análisis de la lucha de clases a nivel mundial. De allí que, considerada en último término, fuera utilizada a título casi anecdótico o ejemplificador. A su vez, les cuestionaba que a partir de la situación mundial presente, derivaran todas las tareas, plazos, consignas e incluso las formas y condiciones en que se realizaría la revolución en Argentina. Lo cual, para el dirigente de las FAR implicaba un total desprecio por la historia concreta del país y una “actitud catedrática” hacia el pueblo; ambos debían adaptarse a ese “libreto deducido de las condiciones económicas, políticas y militares universales”. En ese sentido, les objetaba que la forma en que se tomaría el poder Argentina no era algo que pudiera resolver hoy grupo armado alguno, sino que surgiría del desarrollo del proceso revolucionario y de la acción de la clase obrera misma. A partir de todo ello, les replicaba que, para los marxistas, la idea de dar un fundamento riguroso a la acción política no era novedad, pero que lo central siempre había sido el estudio de las formaciones económicas concretas. Y les señalaba que el propio Lenin, en las vísperas de la revolución de 1905, no había seguido la secuencia de análisis por ellos postulada sino que había escrito *El desarrollo del capitalismo en Rusia*. En definitiva, sostenía, el desprecio del ERP por la experiencia peronista no era más que “una versión en pequeño” de su actitud de ignorar la historia nacional en general (FAR [1971], 1973a: 45-48).

El estatuto otorgado al marxismo

En relación con este tópico del debate, los militantes del ERP afirmaban alternativamente que el marxismo era una ciencia, una ideología y una concepción del mundo. A su vez, rechazaban que no constituyera también una bandera política universal y que pudiera restringirse a su aspecto metódico instrumental, como sostenían las FAR. Desde una perspectiva internacionalista y en clave leninista, aseguraban que era posible una política marxista a nivel mundial dado que el imperialismo, como fase superior y última del capitalismo, había terminado por dividir a la población mundial entre capitalistas y asalariados. Aquella no sólo era factible sino también necesaria, salvo que se considerase que la explotación del capitalismo sobre

¹⁸¹ La influencia de la perspectiva de Puiggrós en el planteo de Olmedo también ha sido señalada por Kohan (2000a: 259).

los obreros argentinos fuera distinta a la ejercida sobre los demás trabajadores del mundo. Con todo, sostenían que, como quería Lenin, dicha política debía dar respuestas concretas a cada situación concreta (ERP [1971], 1973a: 36).

Por su parte, ya hemos mencionado que las FAR consideraban que el marxismo era un método de análisis para analizar realidades específicas. En principio, Olmedo sostenía que aquel se caracterizaba por su estatuto científico, cuya validez era pasible de ser comprobada por el curso de la historia. En ese sentido, no podía ser al mismo tiempo ni una ideología, ni una bandera política. Para sustentar su afirmación, reseñaba los objetivos de la obra de Marx, señalando que aquél se había limitado a defender la vigencia de la concepción materialista de la historia como descripción científica, sin sostener jamás que pudiera levantarse como bandera política universal. Es más, les recordaba que el propio Marx había declarado no ser marxista, rechazando que su teoría pudiera suplantar el estudio de la realidad¹⁸². Es decir, que fuera convertida en un esquema abstracto al cual aquella debiera adecuarse. Les devolvía también la cita de Lenin, advirtiéndoles que en política siempre había que partir de lo real y no de lo posible. Y añadía que “entre la realidad y la línea, hay que elegir la realidad”.

En definitiva, se trataba de una herramienta teórico-metodológica que les servía a los trabajadores para comprender, dentro de ciertos límites, la realidad concreta en que les tocaba actuar. Y, a partir de allí, poder forjar una política que respondiera a las condiciones particulares en que luchaban.

Desde esa perspectiva, sostenía también que la mentada política marxista a nivel mundial no existía. Sólo existían movimientos de liberación nacional que luchaban en distintos países contra el imperialismo a partir de las condiciones específicas de sus pueblos y de las banderas que aquellos habían hecho suyas. Era sobre la base de esas luchas concretas -y no de “organismos burocráticos” como la IV Internacional, les replicaba en alusión a las filiaciones del PRT-ERP-, que los pueblos de Indochina habían logrado forjar su solidaridad activa contra el imperialismo. Sólo de ese modo, añadía, también podría surgir una política común combatiente en Latinoamérica. Se trataba, en definitiva, de una perspectiva en la que también estaba en juego el tipo de

¹⁸² Olmedo citaba una carta de Engels a Schmidt fechada en 1890, donde aquel refería la conocida frase de Marx y afirmaba: “La concepción materialista de la historia también tiene ahora muchos amigos de éstos, para los cuales no es más que un pretexto para no estudiar la historia” (FAR [1971], 1973a: 41). El resto de la carta tenía un espíritu similar, que expresaba la perspectiva que Olmedo quería plantear. Allí, Engels enfatizaba que aquella concepción era “sobre todo, un guía para el estudio” y que había que examinar “de nuevo toda la historia, investigar en detalle las condiciones de vida de las diversas formaciones sociales”. (Engels, en Marx y Engels, 1957: 771).

reelaboración que las FAR habían hecho de su propia experiencia guevarista (FAR [1971], 1973a: 41 y 44-45).

Ideología, peronismo y vanguardia

Respecto de estos temas, todo el planteo del ERP giraba en torno al *¿Qué hacer?* de Lenin. Y ello porque, considerando que el peronismo expresaba una ideología burguesa, su objetivo era demostrar la necesidad de construir un partido de vanguardia marxista-leninista. Esa perspectiva era acompañada por abundantes referencias a Giap, para reforzar la idea que aquel partido era quien debía orientar política e ideológicamente el “Ejército del Pueblo”.

Para situar el debate, apuntemos brevemente que el texto leninista intentaba dar respuesta al gran enigma de la tradición marxista: cómo se generaba el pasaje de la “clase en sí” a la “clase para sí”. Lo cual, implicaba superar la escisión entre los trabajadores y la teoría revolucionaria. Combatiendo las corrientes “economicistas”, Lenin enfatizaba que la conciencia socialista no brotaba espontáneamente de la clase obrera. Sostenía que así como las condiciones objetivas de los trabajadores fomentaban su organización sindical, también hacían que sus luchas se restringieran a reivindicaciones inmediatas, limitándose a una “política trade-unionista”. Es decir, que no llegaran a plantearse por sí solos objetivos de tipo político como la toma del poder. Por ello afirmaba que “la conciencia política de clase” debía aportársele al obrero “desde el exterior, esto es, desde fuera de la lucha económica, desde fuera de la esfera de las relaciones entre obreros y patronos” (Lenin, 1960: 88). A su vez, el capitalismo también generaba que quienes tuvieran acceso al marxismo requerido para educar políticamente a las masas fueran sectores intelectuales provenientes de la burguesía. Por lo cual, también en este sentido “la conciencia socialista es algo introducido desde fuera” (Kautsky, citado por Lenin, 1960: 54). De ambas limitaciones surgía la necesidad de formar una organización política de revolucionarios profesionales donde convergieran los trabajadores más “esclarecidos” y la intelectualidad burguesa. A partir de dicha confluencia, y de la desaparición de toda distinción entre ambos, surgiría el partido de vanguardia de la clase obrera (1960: 116).

Carnovale (2011) ha señalado que si bien tanto en trabajos previos como posteriores al *¿Qué hacer?* Lenin dio respuestas distintas a este problema, el PRT apeló a la

noción de vanguardia presente en ese texto y a su consecuente modelo organizativo¹⁸³.

Ahora bien, para sustentar la necesidad del partido y su impugnación del peronismo, los militantes del ERP remitían al texto de Lenin adentrándose en el tema a través de la cuestión de la ideología. El énfasis estaba puesto en que aquella siempre respondía a los intereses de una clase social, por lo que en la práctica sólo podían existir dos ideologías enfrentadas: la socialista y la burguesa. Ambas eran separadas tajantemente para demostrar que no podía haber al respecto término medio -o, dicho de otro modo, ninguna “tercera posición”-. De allí que subrayaran que cualquier intento de alejarse de la primera constituía una forma de fortalecer a la segunda¹⁸⁴. Bajo ese ímpetu, los militantes del ERP mencionaban diversos dirigentes peronistas respecto de los cuales nadie podría decir que sostuvieran concepciones socialistas. Pero lo hacían en términos un tanto contradictorios con la propia perspectiva leninista sostenida, es decir, derivando la ideología sustentada de la clase social de pertenencia. Así, afirmaban que se podía ser “capitalista como Jorge Antonio y ser peronista”, ser “burócrata sindical como Rucci y tantos otros y ser peronista ortodoxo”, “ser general del ejército argentino y ser peronista”. Mientras que, en cambio, no se podía “ser marxista y ser capitalista, general del ejército o mantenerse en cualquier capa u otra clase social que no sea la obrera sin ser inconsecuente” (ERP [1971], 1973a: 36). En cualquier caso, el propósito era recalcar que un movimiento como el peronista, dada su composición policlasista y el carácter burgués de su ideología, jamás podría conducir a la clase obrera hacia un auténtico proceso de liberación nacional y social. Desde esa perspectiva, impugnaban a las FAR considerando que su identificación con el peronismo implicaba una posición “espontaneísta”. Es decir, por pensar que la clase obrera podría conquistar el poder político y realizar sus intereses sin construir un partido de vanguardia marxista-leninista. Pero además, cuestionaban específicamente varios de los tópicos que para las FAR eran centrales a la hora de justificar aquella

¹⁸³ Según la autora (2011: 231), un modelo de vanguardia que el PRT concebía como “espacio de confluencia entre los intelectuales provenientes de la pequeña burguesía que acercan la teoría y la ciencia revolucionarias al proletariado y los obreros políticamente ‘avanzados’ (‘aquellos obreros que han comprendido cabalmente el papel histórico de su clase y están dispuestos a dedicarse por entero a la revolución que derribe al régimen burgués’)”.

¹⁸⁴ Apuntemos aquí el fragmento del *Qué hacer* que citaba el ERP, puesto que buena parte del debate con las FAR se articuló en relación con la forma de interpretarlo: “Ya que no puede ni hablarse de una ideología independiente elaborada por las masas obreras en el curso de su movimiento, el problema se plantea así: IDEOLOGÍA BURGUESA o IDEOLOGÍA SOCIALISTA. No hay término medio (pues la humanidad no ha elaborado ninguna tercera ideología, además, en general, en la sociedad desgarrada por las contradicciones de clase nunca puede existir una ideología al margen de las clases ni por encima de las clases). Por eso, todo lo que sea rebajar la ideología socialista, todo lo que sea alejarse de ella, equivale a fortalecer la ideología burguesa.” (ERP [1971], 1973a: 36, el destacado es de la organización).

identificación. En principio, que el peronismo constituyera la expresión política de los trabajadores, cuando, más allá del “socialismo nacional” pregonado por su líder, seguía sustentando una ideología burguesa. En segundo lugar, y como consecuencia de lo anterior, que la antinomia peronismo-antiperonismo estuviera vigente en tanto manifestación política de un conflicto entre clases sociales enfrentadas. Y, finalmente, el modo en que planteaban su postura frente a Perón. Respecto de las dos últimas cuestiones, afirmaban que la mentada antinomia era desmentida por la propia situación gestada con el lanzamiento del GAN. Es decir, por el interés que desde Lanusse hasta Balbín, pasando por una amplia cantidad de partidos menores, manifestaban por el regreso de Perón. Ello demostraba que no creían en las “ideas socializantes” del viejo general, al cual parecían conocer mejor que los propios peronistas. Desde esas claves, sostenían que lo único que estaba vigente era una lucha de clases aguda. Y que el peronismo no era el más adecuado para “acaudillar” a las masas desde el momento en que se buscaba la vuelta de “su líder” para apaciguarlas. Además, impugnaban el reconocimiento del liderazgo de Perón por parte de las FAR y la forma en que concebían sus disputas al interior del movimiento. La imagen que planteaban sobre esa apuesta, que desde su visión no podía conducir a ningún lado, era la de “un policlasismo desnudo en la que dos peronismos, uno mejor que otro, compiten para demostrar cuál es el mejor” (ERP [1971], 1973a: 36-37).

Es cierto que, en realidad, en aquel contexto todavía no estaba claro que pudiera concretarse el retorno de Perón. Y que, además, el tema central no era ése sino su candidatura presidencial, cuestión vetada por la dictadura tanto entonces como después. Con todo, desde su rechazo profundo al peronismo en general, y sobre todo a partir de jugar sus apuestas políticas de modo distinto que las FAR, el ERP no dejaba de plantear un diagnóstico agudo sobre la coyuntura política Argentina.

Por su parte, respecto de estos tópicos del debate, Olmedo partía de las concepciones planteadas por Marx y Engels en *La ideología alemana*. Es decir, la ideología como una realidad ilusoria en que “los hombres y sus relaciones aparecen invertidos como en una cámara oscura” (Marx y Engels, 1985: 26). Veremos las paradojas que tal perspectiva podía conllevar y la impronta que el dirigente de las FAR le imprimía a sus razonamientos.

La concepción señalada es suficientemente conocida. Olmedo comenzaba definiendo la ideología como “el conjunto de concepciones que los hombres se forman sobre sí mismos y sobre sus relaciones con los demás”. Se trataba de una “visión de la

realidad falsa o, mejor aún, una idea de la realidad y no la realidad misma”¹⁸⁵. A partir de allí, y basándose en la obra citada, explicaba por qué en el capitalismo los trabajadores tendían a subordinarse a la ideología burguesa, es decir, a las ideas de la clase dominante¹⁸⁶. En ese contexto, lo único que surgía espontáneamente en la clase obrera era una “conciencia empírica”. Esto es, la conciencia de su explotación y humillación, del sometimiento a la arbitrariedad, producto de su experiencia repetida y cotidiana. Pero ese conocimiento empírico no le permitía acceder a las razones de tal situación. Sólo la ciencia -el marxismo- podía explicar cómo y por qué aquella era explotada por la burguesía para transformar el trabajo apropiado en capital. En ese sentido, la “ideología genérica del proletariado” -la socialista-, no era más que el conocimiento científico de la situación real de la clase obrera obtenido al investigar las tendencias del modo de producción capitalista. Por su lugar en la producción, los trabajadores eran quienes estaban en las mejores condiciones de asimilar el “socialismo científico”, puesto que reflejaba cabalmente las causas de su situación. Porque les presentaba “la realidad tal cual es” decía Olmedo (FAR [1971], 1973a: 41). Sin embargo, el marxismo no había surgido entre sus filas. Su nacimiento se debía a intelectuales provenientes de la burguesía, consecuencia lógica de un sistema como el capitalista, en que el patrimonio de la ciencia era privativo de aquella clase. De allí que Olmedo ampliara la cita del *¿Qué hacer?* referida por los militantes del ERP. Es decir, para remarcar que la conciencia socialista sólo podía surgir de un profundo conocimiento científico, pero que no era “el proletariado el portador de la ciencia sino los intelectuales burgueses”. Y que “han sido ellos los que lo han comunicado a los proletarios más destacados”, quienes “lo introducen luego en la lucha de clases (...) allí donde las condiciones lo permiten” (FAR [1971], 1973a: 40)¹⁸⁷.

El momento clave de todo el proceso era cuando la clase obrera se apropiaba de la ciencia de la historia, lo cual le servía para conocer la situación específica que

¹⁸⁵ Esta definición ya había sido sugerida en “Los de Garín” y el ERP la había caracterizado como un “embrollo”, contraponiéndole la cita del *¿Qué hacer?* que mencionamos (FAR, 1971d: 62 y ERP [1971], 1973a: 36). Olmedo no se privó de señalarles que no habían reparado que estaba basada en la mencionada obra de Marx y Engels (FAR [1971], 1973a: 39).

¹⁸⁶ Olmedo desarrollaba su explicación en base a uno de los párrafos más conocidos de *La ideología alemana*: “Las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes en cada época; o, dicho en otros términos, la clase que ejerce el poder material dominante en la sociedad es, al mismo tiempo, su poder espiritual dominante. La clase que tiene a su disposición los medios para la producción material, dispone con ello, al mismo tiempo, de los medios de producción espiritual, lo que hace que se le sometan, al propio tiempo, por término medio, las ideas de quienes carecen de los medios necesarios para producir espiritualmente. Las ideas dominantes no son otra cosa que la expresión ideal de las relaciones materiales dominantes concebidas como ideas; por tanto, las relaciones que hacen de una determinada clase, la clase dominante, son también las que confieren el papel dominante a sus ideas”. (FAR [1971], 1973a: 39).

¹⁸⁷ Se trata de una cita que Lenin hace de Kautsky. Es la misma que referimos más arriba, al esbozar el planteo de Lenin en el *¿Qué hacer?* (Kautsky, citado por Lenin, 1960: 54-55).

buscaba transformar -y no para levantarla como “bandera política universal”-. Es decir, cuando la ponía en práctica por medio de un “movimiento político organizado” que luchaba por el poder y el socialismo (FAR [1971], 1973a: 40).

Desde esa perspectiva, Olmedo cuestionaba las asimilaciones del ERP entre la clase social de pertenencia y la ideología sustentada (no se puede ser marxista y mantenerse en otra clase que no sea la obrera sin ser inconsecuente). La dinámica ideológica del capitalismo analizada por Marx explicaba por qué un proletario, pese a su ubicación en el proceso productivo, podía no adherir a las concepciones del socialismo científico. Y que debía transcurrir mucho tiempo hasta que las condiciones materiales estuvieran maduras para que la clase obrera impulsara, desde un movimiento político determinado, consignas socialistas. El propio proceso histórico mostraba también que el marxismo había surgido entre la intelectualidad burguesa. Lo importante, sostenía, era la lucha consecuente en defensa de los intereses de los trabajadores, lo cual no venía determinado mecánicamente por la extracción de clase del militante¹⁸⁸. En virtud de ello, impugnaba también la “proletarización”, una práctica extendida entre los militantes del PRT-ERP. Si bien no se refería específicamente a ellos y es difícil fechar los inicios de tal práctica en la organización, para marzo de 1971 la idea ya aparecía en sus documentos. Y, además, Olmedo derivaba su crítica justamente de aquellas asimilaciones entre clase e ideología que el ERP realizaba en su escrito de respuesta a las FAR¹⁸⁹.

Ahora bien, todas esas precisiones basadas en *La ideología alemana*, e inclusive la ampliación de la cita del *Qué hacer*, ¿no apuntalaban en realidad el planteo del ERP? Es decir, si en el capitalismo la clase obrera tendía a subordinarse a la ideología burguesa, si espontáneamente sólo adquiriría una “conciencia empírica” ¿no era necesario construir un partido de vanguardia marxista-leninista? Ese razonamiento, que parecía una derivación bastante lógica de los planteos de Olmedo, torcía su rumbo al conjugarse con las consideraciones de las FAR ya analizadas: la importancia

¹⁸⁸ En este sentido, no perdió la oportunidad de recordar que Engels había sido propietario de una fábrica, lo cual no le había impedido colaborar en la elaboración del materialismo histórico. Ni que sus ganancias habían servido para solventar buena parte de la obra de Marx, “un rentista burgués no inconsecuente”. (FAR [1971], 1973a: 40).

¹⁸⁹ Sobre la proletarización en el PRT-ERP puede verse Carnovale (2011: 229-250). Con ello, la organización buscaba “compartir la práctica social de la clase obrera” y “adquirir sus características y puntos de vista”. En términos concretos, consistía en que sus militantes no proletarios ingresaran a trabajar en la industria o se fueran a vivir a barrios pobres (2011: 229). La autora señala la tensión entre la perspectiva del *Qué hacer* y dicha práctica, inspirada más bien en corrientes trotskistas y maoístas que también influenciaban a la organización. Por su parte, Olmedo sostenía que, para los sectores burgueses, la lucha por los intereses de la clase obrera habitualmente conducía a una modificación de sus pautas de conducta, a lo sumo a un desclasamiento. Pero no implicaba necesariamente la conversión en proletario, es decir, ocupar un lugar en la producción radicalmente distinto del de origen. (FAR [1971], 1973a: 40).

atribuida al tema de la “experiencia” para pensar la clase obrera y el tipo de valoración que hacían del peronismo.

En realidad, los análisis de Olmedo basados en la obra de Marx y Engels, lo llevaban a cuestionar la antítesis tajante entre ideología socialista e ideología burguesa abstraída de las luchas concretas de los trabajadores. Como, también, la impugnación del movimiento peronista porque parte de sus sectores, e inclusive la mayoría de la clase obrera, sostuvieran aún una ideología burguesa. Todo ello, subrayaba, era un hecho perfectamente lógico en virtud del sometimiento material y espiritual de aquella clase bajo el capitalismo. La claridad ideológica sólo podría surgir como resultado de una práctica revolucionaria constante y consecuente, que en el país recién había comenzado. En definitiva, como señala Lewinger en el primer fragmento de entrevista citado en este capítulo, la ideología era lo último en transformarse. En todo caso, se trataba de entender que “si los hombres y sus condiciones aparecen en toda ideología invertidos como en una cámara oscura, ese fenómeno resulta de un proceso vital histórico” (Marx y Engels, 1985: 26). Lo que debía analizarse entonces, apelando al materialismo histórico, era si constituía un hecho razonable o no que la clase obrera hubiera adherido al peronismo y a su doctrina en la coyuntura histórica abierta en 1945. Como ya hemos visto, según las FAR aquél la había expresado en sus intereses concretos e históricamente determinados, acordes con su grado de desarrollo, dejando para la izquierda la defensa de sus “verdaderos y universales intereses” (FAR [1971], 1973a: 42). Por entonces, su doctrina no era sino la expresión ideológica de un proceso cuyas bases eran la burguesía nacional y la clase obrera. Y, además, aquella no había dejado de expresar el poder real alcanzado por los trabajadores bajo el Estado peronista¹⁹⁰. Ahora bien, desde 1955 tanto las condiciones objetivas como el propio movimiento habían cambiado. Desde esas claves, Olmedo retomaba tópicos que también hemos analizado ya: la forma de valorar la “experiencia peronista del

¹⁹⁰ Previamente, Olmedo (1968) ya había apelado a la cita completa de *La ideología alemana* recién referida para impugnar al PC y al PS por sus asimilaciones entre el peronismo y el fascismo. Tales caracterizaciones habrían sido “ideologistas” al guiarse por el “estilo” fascista de algunos de dirigentes peronistas en lugar de partir del papel de las fuerzas sociales en el marco de las contradicciones de la Argentina de entonces. Es decir, por ciertas expresiones ideológicas que, en definitiva, surgían “de un proceso vital histórico” en el cual se había jerarquizado el peso de la clase obrera en la vida política nacional, configurando un campo de fuerzas en el que “ningún leninista” podría encontrar su lugar junto a Braden. Por otra parte, allí el dirigente de las FAR definía al fascismo como “el enfrentamiento agudo, armado o no, de la pequeña burguesía manipulada por el gran capital contra la clase obrera y sus organizaciones gremiales y políticas”. Y lo diferenciaba del peronismo que se caracterizaría “por haber organizado a la clase obrera para enfrentarla al gran capital sin retener en sus filas más que a los estratos inferiores de la pequeña burguesía” (Olmedo, 1968). En “Los de Garín” (1971d: 68), esta precisión se toma de modo casi textual del escrito de 1968 que, por lo demás, recuerda los señalamientos de Germani ([1962] 1968), quien también diferenciaba ambos tipos de movimientos en virtud de su distinta base social.

pueblo”, la caducidad de la doctrina trazada en 1945 puesto que ya no representaba la situación del país y la vigencia de la antinomia peronismo-antiperonismo como expresión política de una contradicción social. Recordemos sólo brevemente que era en la experiencia peronista donde se hallaban los elementos de la conciencia obrera que podían ser radicalizados en una dirección socialista. Y, también, que aquella se consideraba ya como una conciencia política y no meramente “tradeunionista”. Respecto de la doctrina justicialista concebida en términos de conciliación de clases, retomaban que el pueblo la iba superando progresivamente puesto que ya no expresaba las condiciones objetivas del país. Según afirmaban en su debate con la izquierda, ese cambio que se había producido en las condiciones objetivas de la Argentina estaba determinado por el “inexorable proceso de liquidación de la burguesía nacional y de superexplotación de la clase obrera” abierto tras 1955 (FAR [1971], 1973a: 45). A partir de allí, Olmedo cuestionaba al ERP por realizar un análisis estático y homogeneizador del movimiento. De hecho, sostenía Olmedo, lo único que no señalaban en su documento era que se podía ser “obrero y peronista”. Además, pasaban por alto no sólo que esa era la composición mayoritaria del movimiento, sino la radicalización de muchos sectores combativos y el surgimiento de las organizaciones armadas peronistas, que sustentaban concepciones socialistas.

En todo caso, lo que interesa subrayar aquí es que en su debate con el ERP las FAR volvían a poner en juego su argumento central: toda política revolucionaria debía partir de la experiencia de las masas, la cual determinaba qué es lo que estaba vigente y qué no. De allí que el documento enfatizara que la vanguardia -hoy inexistente, se recalcaba- surgiría cuando el pueblo adhiriera a una lucha constante y total contra el sistema, algo que todavía no ocurría, volvía a remarcarse. Y que era aquél quien se encargaría de formarla y alimentarla. De allí también su énfasis en que los grupos que aspiraban a conformar esa vanguardia no debían asumir una “actitud catedrática” hacia el pueblo, del cual tenían que ser “intérpretes y no maestros” (FAR [1971], 1973a: 46).

De todos modos, es importante señalar que ello no debería llevar a suponer que las FAR tenían una posición espontaneísta como sostenía el ERP. O, al menos no, que la idea de vanguardia que sostenían fuera menos pronunciada. Ni en términos prácticos, es decir, en el estilo de su accionar; ni en el modo en que planteaban el tema en sus documentos. Se trataba sí, de una vanguardia que debía enmarcarse dentro del movimiento peronista, buscando con ello partir de las tradiciones y la identidad política de las masas. Pero, justamente por eso, la necesidad de construirla era el eje central

de sus planteos. Podemos distinguir dos motivos centrales que, en su perspectiva, volvían indispensable la construcción de tal vanguardia.

En primer lugar, las limitaciones de la experiencia del “peronismo del pueblo” que subrayaban una y otra vez: las de tipo “doctrinario” y las referidas a sus métodos y formas organizativas de lucha. Y ello porque, por un lado, pese a sus críticas al ERP y tal como sostenían en sus debates con las FAP de 1970, las FAR seguían buscando que los trabajadores lucharan por sus “verdaderos” intereses históricos, para lo cual era necesario el marxismo. Por el otro lado, porque sus cuestionamientos a las estructuras sindicales excedían a la “burocracia” peronista. Esto es, porque sostenían en clave leninista que aquellas, por su propia naturaleza reivindicativa, no eran aptas para conducir un proceso de liberación nacional y social.

En segundo lugar, tal vanguardia era necesaria no sólo para superar las limitaciones de la experiencia peronista de la clase obrera, sino porque, además, sería necesario imponer sus intereses en el conjunto del movimiento.

De hecho, ambas cuestiones eran las que justificaban la propia existencia de las FAR como organización. Desde todas esas claves, sostenían la necesidad de gestar una vanguardia cuya identidad política sería el peronismo y que debía apelar al marxismo como método de análisis de la realidad nacional. Y, a partir del legado guevarista, que su forma organizativa sería simultáneamente política y militar.

Ni en este documento en polémica con el ERP ni en los anteriores, se problematizaban las implicancias del intento de construir una vanguardia dentro de un movimiento que reconocía claramente el liderazgo de Perón.

4.3 Consideraciones sobre la peronización de las FAR

Hemos visto que en las discusiones de las FAR durante el año 1970, se evidenció una dinámica signada por la “voluntad peronizadora” de su dirigencia, que fue venciendo las dudas y resistencias que surgían entre sus militantes. Y, también, las concepciones respecto del peronismo que la organización rechazaba en sus discusiones con las FAP. Ahora bien, analizando en profundidad sus planteos a lo largo de los años 1970 y 1971, lo primero que puede concluirse es que, en realidad, no varían tanto. Hay, por supuesto, nuevas modulaciones e inflexiones, ciertos términos que desaparecen y otros que se incorporan. Hay, sobre todo, una mayor elaboración y sofisticación teórica -que habla tanto de los motivos de una opción como de sus racionalizaciones posteriores-. Pero respecto del diagnóstico fundamental, tanto sobre las virtudes y

limitaciones del movimiento peronista en general como de la experiencia de los trabajadores en particular, las continuidades son notables. Un modo de observarlas es advertir las semejanzas entre la posición renuente al movimientismo de 1970 y la forma crítica en que asumieron el peronismo como identidad política propia en 1971. Lo interesante en este sentido no es sólo examinar sus debates previos a la identificación, que nunca se hicieron públicos. Sino también poder rastrear, a partir de ese análisis, las persistencias de esa visión crítica en sus documentos más conocidos del año 1971.

En realidad, el cambio de diagnóstico fue paulatino y progresivo, y sólo puede apreciarse considerando el tiempo largo de sus itinerarios militantes que hemos analizado en los capítulos precedentes. Primero, de modo tímido y sobre todo bajo la forma del descarte de otras opciones. Es decir, de aquellas visiones y alternativas políticas ensayadas desde los distintos partidos y grupos de izquierda en los que participaron durante la década del sesenta. Experiencias, todas ellas, vividas como frustraciones en términos de lograr saldar su distancia respecto de una clase obrera de persistente identidad peronista. Luego, sobre todo a partir del auge del movimiento popular desatado tras el Cordobazo, bajo la forma de una revalorización del peronismo ya sí definitivamente pronunciada.

Por ello, consideramos que más que un cambio radical en su visión sobre el peronismo, lo que medió entre 1970 y 1971 fue la *decisión* de realizar una *apuesta* específicamente política. Aquel fue el momento en que, a partir de un diagnóstico cuyas bases sustanciales estaban echadas, la conducción de las FAR terminó de forjar una convicción: dada la historia reciente argentina, las posibilidades revolucionarias en el país sólo podían pasar por el peronismo. Y en que logró conseguir, por distintas vías -desde el debate hasta la incorporación de sectores ya identificados con el movimiento para terciar en él-, el consenso interno necesario para actuar en consecuencia. De hecho, las resistencias manifestadas por los militantes de las FAR a sus dirigentes en 1970, tenían mucho en común con las críticas que éstos últimos les realizaban a las FAP. De lo que unos y otros terminaron por convencerse fue de las potencialidades del movimiento peronista.

En definitiva, buena parte de las limitaciones señaladas tanto en 1970 como en 1971 (las carencias “doctrinarias” del peronismo, sus métodos y formas organizativas de lucha) remitían al estado *actual* del peronismo. Y la decisión de las FAR se fundó justamente en una *apuesta* por desarrollar sus *potencialidades* revolucionarias. En este sentido, se trató de una decisión y de una apuesta en el sentido fuerte de ambos

términos, de posibilidades concebidas sin garantías de éxito, cuya concreción dependería de la *voluntad* de los militantes. De su acción -junto con la de todos aquellos que luchaban en la misma dirección- dependería que el peronismo se convirtiera en un movimiento de liberación nacional que condujera al socialismo, tal como había sucedido en el caso cubano. Es decir, un movimiento que finalmente fuera capaz de expresar los “auténticos” intereses de la clase obrera. El mismo desarrollo del proceso revolucionario consolidaría la claridad ideológica de los trabajadores, al tiempo que también marginaría a la “burocracia” peronista y a la burguesía nacional, si es que algún sector de ella se había decidido a acompañarlo.

En realidad, entre todas las resistencias previas a su identificación con el movimiento y que persistieron luego de ella, el tema central siempre fue el liderazgo de Perón. Y ello porque desde la perspectiva de las FAR, más allá de cuál fuera el resultado del combate con los enemigos, sólo aquel podía poner en juego la viabilidad de la apuesta en el campo propio.

Hasta aquí hemos señalado que la identificación de las FAR con el peronismo fue concebida como una *apuesta* por revolucionar aquellos elementos de la conciencia obrera donde latían, “en estado práctico”, las posibilidades de destrucción del capitalismo. Y, por esa vía, nos hemos alejado de la visión acrítica y candorosa tanto del movimiento como de su líder, con que a veces se caracteriza globalmente a las organizaciones armadas peronistas.

Por otro lado, a lo largo del capítulo hemos sostenido que las FAR intentaron perfilar su identidad política en torno a dos disputas: aquellas ligadas con la “visión legítima” tanto del peronismo como del marxismo. Podemos señalar ahora ciertos solapamientos entre ambas. De hecho, hemos destacado también que, en buena medida, fue a partir de la tradición marxista que se forjaron los lentes desde los cuales se rescató la “experiencia peronista del pueblo” y se analizó su persistencia. A su vez, las argumentaciones relativas al estado *actual* y a las *potencialidades* del movimiento, en este caso también parecen estar marcadas por las huellas de aquella tradición.

Dado que el peronismo debía conducir al socialismo, el gran enigma de la tradición marxista, el pasaje de la “clase en sí” a la “clase para sí”, fue de algún modo traspolado al análisis de la experiencia peronista de los trabajadores, aunque en el camino fuera transfigurado. Si se nos permite la expresión, puede plantearse que para las FAR, los trabajadores identificados con el movimiento debían pasar del “peronismo en sí” al “peronismo para sí”. Nuevamente: lo que latía en la experiencia obrera *actual* era una *potencialidad* en “estado práctico”. De todos modos, la traslación implicaba

una reconfiguración sustancial, de lo contrario las FAR no hubieran forjado la convicción a la que arribaron. Desde su perspectiva, aquella experiencia no suponía una conciencia meramente reivindicativa. Se trataba de una conciencia que, en virtud de la práctica misma, es decir, de la historia y las luchas del peronismo, ya se había “elevado” a un nivel político. Con todo, no era aún una conciencia socialista, de allí las persistencias en términos del pasaje que debía consumarse. De ahí también que, para el ERP, las FAR sostuvieran una posición espontaneísta. Aunque, como hemos destacado, su idea de vanguardia no fuera menos pronunciada. Aún considerado en el plano de la conciencia política, el problema del pasaje subsistía, y la forma de pensar su solución era la gestación de una “vanguardia político-militar”.

Considerando ya las disputas de las FAR por la “visión legítima” del peronismo con otros sectores del movimiento, apuntemos simplemente algo conocido: el fenómeno no era nuevo. Es decir, se inscribe en un proceso más amplio que data, al menos de forma encarnizada, desde 1955, y que no se detuvo ni en 1973, ni tras la muerte de su líder. Partiendo de otro contexto histórico -la década del noventa-, Altamirano (2001d) ha escrito un ensayo titulado justamente “El peronismo verdadero”. Allí, refiriéndose a las visiones de los actores involucrados, muestra que las luchas en nombre del “peronismo verdadero” han sido una constante dentro del movimiento. Destaca que desde su proscripción, la imagen del peronismo se hizo doble, volviéndose soporte tanto de lo fáctico como de lo virtual. Es decir, tanto de lo que podría llamarse el “peronismo empírico” o “positivo” -aquel “realmente existente”-, como del “peronismo verdadero” -el potencial, por cuya concreción se lucha-. Lo interesante es advertir, como hace el autor, que éste último no ha sido menos real. Por el contrario, subraya, el “peronismo verdadero” siempre ha sido una expectativa muy real, así como una forma real de ser y de estar en el peronismo. Apuntemos aquí sólo un par de cuestiones sobre la dinámica del “peronismo verdadero” que pueden verse también en el presente capítulo. Según el autor, hasta el fin de la proscripción, evocar el peronismo verdadero era remitir a una ausencia: sea la de Perón expatriado o la del pueblo excluido del juego político. En ese sentido, inclusive el propio general no fue siempre ni para todos el depositario del peronismo verdadero. A veces, aquel era colocado en el registro del peronismo empírico y entonces el evocador de lo virtual era otro: el pueblo, la clase obrera. En este caso, la representación del peronismo verdadero no se extendía a los dirigentes sindicales -tampoco en el otro, habría que agregar-. Ellos, como los líderes políticos, siempre pertenecieron al orden de lo fáctico. Esta versión del “peronismo verdadero” parece ser la que predominó en las FAR, al

menos durante los años analizados aquí. Esto es, una mezcla del peronismo “en sí” y “para sí” -de la conciencia política obrera fáctica o posible-, de acuerdo a que su discurso enfatizara más la descripción o la pre-visión. A su vez, señala el autor, el peronismo verdadero es siempre inactual, en un sentido constitutivo. Es decir, implica la inactualidad de lo que en el presente es siempre sólo virtual. Se trata de la inactualidad de una expectativa: el peronismo verdadero es una expectativa sobre las virtualidades del peronismo que constituyen su verdad. ¿Cuándo se ha manifestado esa verdad, en el presente reprimida? Según el autor, para los peronistas verdaderos generalmente se ha mostrado plena en el pasado. Por ello, el tiempo de la expectativa -del retorno de Perón y/o del rescate del peronismo de los trabajadores- y el del pasado, son los dos dominios temporales del peronismo verdadero. Para el caso de las FAR, y de todos aquellos que buscaron su conjunción con el socialismo, habría que añadir que en esa simultaneidad de tiempos, la expectativa del retorno y/o el rescate siempre fue una apuesta por un futuro diferente.

Finalmente, hemos dicho que fue a través del marxismo que se forjaron los lentes desde los cuales se construyó el “peronismo verdadero” por el que luchaban las FAR. Un marxismo sensible a la “cuestión nacional” y pensado como método de análisis, no como identidad ni bandera política. Respecto de esos lentes, se ha destacado la influencia de Althusser, cuestión también señalada en las entrevistas¹⁹¹. En los documentos de Olmedo, las huellas de aquel pensador -nunca citado- podrían notarse especialmente en la oposición tajante entre ciencia e ideología. Cuestión que, junto con la ampliación de la cita del *Qué hacer* de Lenin, implicaba una especial valoración del lugar de la teoría y los intelectuales en la lucha revolucionaria¹⁹². En cambio, otras afirmaciones suyas, indicando que el marxismo podía entenderse como una “concepción del hombre”, parecen alejadas de la perspectiva althusseriana (FAR, 1971d: 62). Como, también, su persistente apelación a *La ideología alemana*, que según la clasificación del filósofo galo no correspondía aún al “período científico” de la obra de Marx¹⁹³.

¹⁹¹ En términos más generales, por esos años la influencia de Althusser fue notable. Trabajos como los de Celentano (2007) y Starcenbaum (2011a y b) han indagado sus diversas formas de recepción en la “nueva izquierda” intelectual y política argentina de los sesenta y setenta.

¹⁹² Probablemente ello contribuya a explicar la presencia de numerosos intelectuales entre sus filas. En este sentido, se ha señalado la comodidad de Francisco Urondo en las FAR (Redondo, 20005; Montanaro, 2003). También es muy recordada una frase del poeta, quien según Juan Gelman alguna vez dijo que había tomado las armas para encontrar “la palabra justa” (entrevista en Mero, 1987: 121). El documental de Desaloms (2004) sobre la vida de Urondo se titula justamente de ese modo.

¹⁹³ Althusser fecha la llamada “ruptura epistemológica” en 1845, ubicando a *La ideología alemana* entre sus “obras de ruptura”. Es decir, aquellas que, si bien habrían facilitado el pasaje a sus escritos “maduros”, todavía estarían demasiado cercanas al “período ideológico” y humanista del pensamiento del joven Marx (Althusser, 2004a).

En todo caso, sosteniendo la influencia de Althusser, siempre es difícil determinar el tipo de recepción realizada, que en Argentina fue sumamente variada y nutrió prácticas políticas también muy disímiles (Celentano, 2007). No es nuestra intención internarnos en esas derivas, pero señalemos que Olmedo sostiene todos sus razonamientos sobre la ideología a partir de la citada obra de Marx y Engels. Y que es también por esa vía que llega al tema de la “experiencia”. Es decir, destacando el núcleo de verdad que, aún velado, se hallaría en toda ideología al surgir ésta de un “proceso vital histórico”. De ese modo, por un lado sostenía que la clase obrera tendía a subordinarse a la ideología burguesa. Y, al mismo tiempo, dado que ello era perfectamente lógico bajo el capitalismo y que sólo podría resolverse mediante la práctica, la experiencia política de la clase obrera era sumamente revalorada. La cuestión de la “experiencia”, de llamativo peso en sus escritos y central en las consideraciones sobre el peronismo, nunca es definida como concepto ni se señalan referencias teóricas puntuales al respecto. Se trata, por cierto, de un tema más propio del historicismo marxista y de las vertientes inclinadas a pensar los aspectos subjetivos, que del althusserianismo. De allí que los militantes recuerden hoy ese texto como gramsciano. La historia de las recepciones del filósofo galo en Argentina muestra que los intentos -siempre tensos- de tender puentes entre su pensamiento y el de Gramsci tuvieron cierto peso por esos años (Starckenbaum, 2011a). Probablemente, textos de ese entonces como “Contradicción y sobredeterminación” e “Ideología y aparatos ideológicos del Estado” (Althusser, 2004b y 2005a) los facilitarían. Al igual que ciertos trabajos de Poulantzas, que según las entrevistas también influenciaba a Olmedo¹⁹⁴.

Más allá de sus fuentes específicas, de lo que no caben dudas es de la fuerte impronta intelectual de los documentos de las FAR que hemos analizado. Como, tampoco, de la importante presencia de intelectuales entre sus filas (desde Olmedo, hasta Francisco Urondo o Juan Gelman), por no mencionar la gran cantidad de ellos que habían pasado por las aulas universitarias en carreras como Derecho, Sociología, Historia o en otras vinculadas a las ciencias exactas. En este sentido, no es difícil notar la diferencia que existe entre esgrimir que el peronismo “es un sentimiento” y las

¹⁹⁴ Portantiero, miembro de *Pasado y Presente* y exponente del pensamiento gramsciano en Argentina, señaló que por entonces el único texto de Althusser que le interesaba era “Contradicción y sobredeterminación” (Burgos, 2004: 189). Como se sabe, este escrito se basaba en la tesis maoísta sobre la contradicción para sostener que en ciertas coyunturas podía haber instancias no económicas que funcionaran como determinantes. Y, más en general, que toda contradicción estaba siempre determinada por factores políticos e ideológicos. A su vez, “Ideología y aparatos...” también fue publicado por *Pasado y Presente*, que en 1974 celebró su “sorprendente aproximación” respecto del concepto gramsciano de hegemonía (Althusser, 2005b: 9).

larguísimas argumentaciones de Olmedo basadas en *La ideología alemana* para justificar la opción de las FAR. Es decir, para comprender, mediante tales elementos *intelectuales*, el *sentimiento* de las masas.

Esa impronta de las FAR, podría contribuir al menos a matizar el “anti-intelectualismo” generalmente atribuido a todas las organizaciones armadas peronistas, como si de allí derivaran sus problemas políticos¹⁹⁵. Se trata de una caracterización que, aplicada de modo indistinto y homogeneizante, hasta el momento ha funcionado más como estigma que como clave de análisis.

¹⁹⁵ También para importantes sectores de las FAP y aún para corrientes internas de Montoneros introducir tales matices resulta indispensable.

Capítulo 5

Estrategias y prácticas políticas: las armas, la política, las masas

5.1 Legados, estrategias y prácticas políticas (1970-1971)

5.1.1 Reelaboraciones y persistencias de la concepción del “foco” y lecturas sobre la violencia popular previa

Hemos mencionado que a partir de 1971 la posición de las FAR se fue perfilando mediante una singular convergencia entre marxismo y peronismo. Tal perfil distintivo no podría entenderse cabalmente sin analizar el modo en que todo ello se conjugó con la reelaboración del legado guevarista. En este sentido, si desde su tradición marxista las FAR rescataron el “peronismo del pueblo” y se integraron al movimiento, aquel legado dejó sus huellas a la hora de pensar tanto las limitaciones de aquella experiencia como la forma de superarlas. En el apartado siguiente, veremos como todo ello estaba inscripto en la lógica de sus prácticas políticas y en la manera en que se plantearon la relación con las masas durante sus primeros años.

En el capítulo 3 adelantamos ya las líneas centrales de su replanteo de la estrategia guevarista a inicios de 1970, por lo que ahora podemos ahondar en el análisis retrospectivo de la organización. Según afirmaban, la idea del “foco” se había “nacionalizado” y “urbanizado”.

Por un lado, tras la muerte de Guevara en Bolivia, los grupos fundadores de las FAR habrían extraído diversas conclusiones de aquel fracaso. En principio, que el “Che” no se “insertaba en una experiencia política nacional”, que no “era reconocido por las clases populares bolivianas como respondiendo a sus necesidades y a sus mandatos”. Luego, que tal constatación apuntaba a las limitaciones de su propio accionar (FAR, 1971d: 57). Lo cual, como vimos, implicó un proceso relativamente extenso que no les impidió participar de un proyecto de perspectivas regionales hasta fines de 1969. La combatividad demostrada por la clase obrera desde el Cordobazo y la revalorización de su experiencia peronista habrían cumplido un rol central en dicha “nacionalización”.

A su vez, la otra cuestión que no estaba vigente de la teoría del foco era la asimilación entre aquel y la columna guerrillera rural. Según sostenían sin brindar detalles, se trataba de una simplificación consagrada por Debray (1967) pero que había comenzado antes que él la divulgara. Mientras tanto, como ya adelantamos, para la organización lo central era considerar cuál era el explosivo que ese foco debía detonar en cada sociedad nacional. Es decir, en la Argentina, la clase obrera. En ese sentido, según las FAR el aporte más importante que se podía hacer a aquella concepción era el realizado por los Tupamaros, que no por organizarse en comandos que practicaban la guerrilla urbana dejaban de constituir un foco (FAR, 1971d: 58).

Así recuerda hoy Lewinger las discusiones sobre estos temas con Olmedo, cuando se fusionaron los grupos en que ambos estaban (a principios de 1970):

“-P: Y en relación con esto que me decías de lo urbano ¿qué charlaban?

R: Él es el que más aportaba la idea de que la Revolución Cubana se hizo donde estaba el grueso de la clase social fundamental, que era el campesinado, y que no se podía trasladar eso a la Argentina donde básicamente había clase obrera. (...) El planteo entonces es que las características sociales de la Argentina hacen que haya que impulsar la idea del foco como cosa urbana. Y ahí, además, aparece también mucho el contacto con los Tupas, que son los que más desarrollaron la idea de la cosa urbana.”

Efectivamente, las FAR mantuvieron tempranamente relaciones con la organización uruguaya. Inclusive, según Lewinger, hacia 1970 su hermano Arturo y Olmedo se reunieron con Raúl Sendic, quien les confió una parte de las libras esterlinas de oro que los Tupamaros le habían robado a la firma Mailhos para que las cambiaran en el exterior¹⁹⁶. A su vez, posteriormente los asesoraron en técnicas relativas a la seguridad y la clandestinidad.

Según destacaba Olmedo en “Los de Garín”, los criterios señalados eran los que habían permitido que la organización se sustrajera de la “estéril polémica” entre guerrilla rural y urbana, superando la imagen de las ciudades como “meros centros de apoyo logístico” (FAR, 1971d: 57). De todos modos, eso no significaba que se rechazara la necesidad de consolidar un foco en el campo más adelante -un futuro nunca precisado-. De hecho, si en “Los de Garín” esa eventualidad no se descartaba, puede rastrearse el lugar que se le otorgaba en documentos tanto del año 1970, como de 1972 y 1973 (FAR, 1970d y 1973b, FAR y Montoneros, 1972). En todos ellos siguió considerándose que aquél era el escenario donde, en algún momento, terminaría por

¹⁹⁶ La firma era de una tradicional familia uruguaya, propietaria de un diversificado complejo comercial e industrial. El asalto se produjo en abril de 1970 y los Tupamaros obtuvieron unos 300.000 dólares en libras esterlinas y lingotes de oro, además de documentación comprometedor. Dadas las dificultades para cambiar la moneda extranjera, la organización le dio parte del botín a distintos grupos revolucionarios para que lo hicieran. Entre ellos, al ELN boliviano dirigido por “Chato” Peredo (Rodríguez Ostria, 2006: 266; Marchesi: 2009: 46).

consolidarse el “Ejército del pueblo” en tanto fuerza regular. De todos modos, las FAR no realizaron acciones rurales de ningún tipo, por lo que aquellos planteos no tuvieron ningún correlato práctico antes de su fusión con Montoneros¹⁹⁷.

Independientemente del alcance nacional o continental de la lucha y de su forma rural o urbana, las FAR explicitaban claramente aquello que sí estaba vigente de la concepción guevarista. En principio, que no era preciso esperar que se dieran todas las condiciones necesarias para iniciar un proceso revolucionario, era posible contribuir a crearlas mediante el “ejercicio de la acción”. Por ello, las FAR entendían fundamentalmente la realización de acciones político-militares que actuaran como “un foco irradiador de conciencia acerca de la posibilidad del cambio revolucionario” (1971e: 3). En ese sentido, apuntaban siguiendo a los Tupamaros (1968) que el “hecho mismo de armarse, de pertrecharse, de accionar, genera conciencia, organización y condiciones revolucionarias” (1971d: 65). De allí que sostuvieran que la mejor propaganda de la lucha armada era la lucha armada misma, definiendo al combate como la “máxima expresión política” de la organización (1970d: 1 y 1971e: 4). A su vez, entendían que la concepción del foco constituía una reinterpretación de la teoría leninista del eslabón más débil adecuada a las condiciones latinoamericanas¹⁹⁸. Esto es, una situación internacional signada por la hegemonía global del imperialismo norteamericano, donde ya no podría delegarse en las guerras inter-imperialistas la destrucción del ejército burgués de cualquier sociedad nacional. Con ello se apuntaba a refutar la posibilidad de una salida insurreccional que lograra capturar el poder en el corto plazo. Por el contrario, sería necesario construir un Ejército que librara una guerra popular y prolongada. Aquel debía ser una organización político-militar de masas, conformada tanto en base a los grupos armados como mediante la incorporación del pueblo a la guerra. De ese modo, se constituiría en la vanguardia de la clase obrera y los sectores populares alineados tras ella.

Además, las FAR fundamentaban por qué ese “instrumento de poder popular” no debía disociar lo político de lo militar sino “armar su política”. Es decir, los motivos por los cuales tenía que descartarse toda diferenciación entre la organización militar de

¹⁹⁷ En los documentos citados de 1970 y 1973 las FAR fijaron la línea de su accionar político-militar. Si bien el primero no está firmado, es reproducido casi en su totalidad en el segundo que, titulado de igual modo y según se indica, constituye su actualización. Este último, fechado en enero de 1973, si bien introduce agregados significativos con respecto al primero, sigue sosteniendo la necesidad de desarrollar un “frente rural” para la consolidación de un Ejército Popular que permita pasar a una etapa de “ofensiva estratégica”, “librando una guerra total”. El documento de 1972, escrito junto con Montoneros, contiene ideas similares.

¹⁹⁸ Debray (1965) enfatizó especialmente este punto en su artículo “El castrismo. La gran marcha de América Latina”, publicado en *Pasado y Presente*. Como mencionamos en el capítulo 3, este trabajo sí fue valorado por las FAR, quien incluso lo citó en sus documentos.

masas (el ejército) y la organización política de vanguardia (el partido). Ello se debía a que en la Argentina la guerra que encaraban no estaba destinada a vencer un invasor extranjero. Esa situación sería la que en otros países -China y Vietnam- había vuelto necesario conformar un ejército donde convergieran diversas clases aliadas para derrotar al enemigo externo. Y, en consecuencia, un partido que asegurase la hegemonía de los trabajadores durante el proceso. En cambio, según las FAR, en Argentina se trataba de una lucha contra otras clases nacionales, y no había sector social que pudiera acompañar a los trabajadores por la liberación nacional y social en nombre de intereses no proletarios. A partir de allí afirmaban que el Ejército del Pueblo sería, como tal, el partido de vanguardia. (1971d: 58 y 1971e: 3 y 5). En definitiva, aquel Ejército popular simultáneamente político-militar, del cual las FAR se consideraban un embrión, sustituía como modelo organizativo al partido leninista, esto es, cumplía la función de la vanguardia. Habría que señalar aquí algunas cuestiones. En primer lugar, la argumentación que sostenía esa perspectiva no dejaba de sugerir fuertes tensiones. No había en la Argentina, se afirmaba, otros sectores que pudieran acompañar a los trabajadores en su lucha en nombre de intereses no proletarios. Sin embargo, más allá que las FAR rescataran del movimiento peronista la “experiencia del pueblo”, aquel no dejaba de estar compuesto por distintas clases, sectores sociales y estructuras sindicales y políticas de todo tipo. Por eso, más allá del modelo organizativo -difícilmente pudiera plantearse abiertamente la construcción de un partido en el marco del peronismo-¹⁹⁹, siempre estuvo en juego la forma de garantizar la hegemonía de los intereses de la clase obrera dentro del movimiento. En las discusiones entre las organizaciones armadas peronistas y, también, como cuestión latente que prefiguraba posibles tensiones con Perón. Todo ello en términos de la función que debía cumplir la mencionada vanguardia en el conjunto del movimiento. En segundo lugar, respecto del papel de aquella en relación con la clase obrera y el pueblo, resulta notable la importancia central que se le otorga a la acción armada como forma de generar conciencia entre las masas. Es decir, como ya señalaba la organización antes de presentarse en Garín, la idea de construir una vanguardia que “irradiara conciencia” básicamente a través de su producción político-militar (Olmedo, 1970). En definitiva, lo que empieza a entrar en juego aquí son las prácticas políticas y las formas organizativas consideradas adecuadas para superar las limitaciones que,

¹⁹⁹ Con todo, hay que señalar que durante los sesenta esta idea no fue ajena a ciertos sectores del peronismo radicalizado. Puntualmente Cooke llegó a plantear la necesidad de crear un partido revolucionario en el marco del movimiento peronista, al margen del Partido Justicialista. Lo hizo tras el fallido “operativo retorno” de Perón en 1964 (Cooke, 1964).

según el diagnóstico de la organización que señalamos en el capítulo anterior, signaba la “experiencia del pueblo”. Trataremos estas cuestiones en los apartados siguientes. Antes de ello, dado que los diagnósticos sobre tales limitaciones y las formas de superarlas se refuerzan mutuamente, analizaremos las visiones de las FAR sobre distintos episodios previos de violencia popular.

La perspectiva que hemos señalado fue impulsada al tiempo que configuró la lectura de las FAR respecto de la resistencia peronista y el Cordobazo. Episodio, este último, donde creyó ver confirmadas tanto la pertinencia como la viabilidad de sus planteos. Las FAR no fueron una excepción en este sentido. En realidad, como señala Brennan (1996), lo mismo sucedió con las más variadas vertientes de la izquierda y el peronismo radicalizado. Todos leyeron el levantamiento a través de su propio marco de preceptos ideológicos y construyeron sus programas revolucionarios en torno a su ejemplo²⁰⁰.

Nos acercaremos al tema a través de un testimonio:

“P: ¿Cómo impactó el Cordobazo en las discusiones que tenían?

R: Bueno, impactó confirmándonos todas nuestras ideas de que era el movimiento obrero la fuerza social rectora o principal para un proceso guerrillero. (...) En todos nuestros documentos hay dos ideas míticas casi. Una, los 18 años de resistencia desde la caída del peronismo. Y la otra es el Cordobazo como mandato popular hacia la guerrilla, hacia el ejercicio de la violencia, como legitimador de nuestra violencia. Violencia guerrillera que, además, empieza integrarse cada vez más en una estrategia de guerra popular y prolongada porque integra, empieza a acercarse a la idea no sólo de una guerrilla sino también de momentos insurreccionales.”

Posteriormente el entrevistado amplía el tema:

“La idea, el eje principal, es que eso aparece para nosotros como un mandato popular. Que hay un movimiento insurreccional que le da otro contenido a la idea guerrillera de lo que hacíamos nosotros. La idea de guerra popular supone la integración de la estructura guerrillera que nosotros teníamos, una cosa clandestina, cerrada, con la posibilidad de que haya procesos insurreccionales, y esto asociado al tema de la identidad política [peronista].” (Entrevista a Lewinger).²⁰¹

²⁰⁰ Difícilmente pueda exagerarse el impacto político del Cordobazo en este sentido. En términos muy generales, según el autor, para la izquierda maoísta del PCR y VC, fue la prueba del poder latente de las masas y la eficacia de la huelga general revolucionaria y la insurrección popular como camino al socialismo. Para otros marxistas-leninistas confirmó la necesidad de construir un partido revolucionario que diera a la clase obrera la disciplina requerida para impedir la disipación de sus esfuerzos. Para el PRT y las FAL, apuntó a la necesidad de diseñar un ejército revolucionario capaz de enfrentar en el futuro al poder represivo del Estado. Finalmente, para la izquierda peronista constituyó una reivindicación de la esencia revolucionaria de la clase obrera identificada con el movimiento (Brennan, 1996: 207-208).

²⁰¹ Como veremos a continuación, esa valoración de las puebladas como “momentos insurreccionales” no debe confundirse con la idea de que las FAR sostuvieran una estrategia insurreccional puesto que, de hecho, bregaban por la construcción de un Ejército en el marco de la guerra popular y prolongada. En ese sentido, probablemente para no dar crédito a perspectivas de tipo insurreccional, más adelante las FAR precisaron que, en realidad, las movilizaciones masivas del tipo del Cordobazo no debían confundirse con insurrecciones en sentido estricto (FAR, 1972a). Desde las mismas claves, las FAR ya habían afirmado: “Nuestra estrategia se opone a la insurrección popular como vía revolucionaria. Y es

Podemos retomar y ampliar los elementos presentes en el testimonio. Tal como señalamos en el capítulo anterior respecto de otras cuestiones, también en este caso las FAR inscribieron su accionar como continuación de gestas previas, legitimando de ese modo los nuevos métodos de lucha puestos en práctica. Y lo hicieron tanto a partir de la valoración de las previas formas de violencia popular como, sobre todo, del señalamiento de sus limitaciones.

Por un lado, el Cordobazo fue un acontecimiento impactante y sumamente valorado por la organización, al igual que por todo tipo de grupos radicalizados. Había evidenciado la combatividad de la clase obrera, mostrando que la pasividad con que algunos definían su accionar durante los primeros años de la dictadura era tan sólo aparente (FAR, 1971a). Y, tanto aquel, como los levantamientos populares sucesivos, fueron caracterizados en sus documentos del año 1971 como movilizaciones de carácter “insurreccional”. A su vez, las FAR siempre destacaron que la lucha que debía librarse sería una guerra popular y masiva. Y que, como tal, tenía que integrar y articular distintos métodos de lucha y formas organizativas.

Ahora bien, según los testimonios, tanto la resistencia peronista como las diversas puebladas, fueron pensadas como antecedentes o etapas de un ciclo ascendente que evidenciaba la necesidad de la violencia guerrillera. De allí la idea de responder con ella a un “mandato popular”, que efectivamente es una constante en sus documentos de aquellos años (1970a y b; 1971d, g, i, j). De hecho, aparece ya en la proclama de Garín, donde destacaban que los levantamientos sucedidos desde el Cordobazo constituían un “mandato impostergable para los revolucionarios argentinos: el de prepararse y combatir con métodos nuevos que garanticen la supervivencia y el desarrollo de las organizaciones armadas del pueblo” (1970a). En este sentido, por todo lo que hemos dicho ya, está claro que si hay algo que las FAR nunca sostuvieron -y que rechazaron explícitamente- fue una estrategia insurreccional. Por eso, tan importante como la valoración de la violencia popular previa, era subrayar sus carencias. Según la organización, lo que entonces había emergido era una “violencia masiva, formidable, pero como toda violencia masiva sin vanguardia, discontinua” (1971d: 58). Desde esa perspectiva afirmaban:

“Las movilizaciones masivas de carácter insurreccional no son una alternativa a la construcción del Ejército del Pueblo: son la máxima demostración de su necesidad histórica, puesto que sólo él puede aprovechar realmente el impulso de las masas y

erróneo fundamentar esa teoría en hechos como las acciones masivas de 1969 en nuestro país, que tampoco fueron guiadas por esa concepción. Tampoco se inscribieron en una estrategia de lucha armada.” (FAP, 1970a).

evitar que el contraataque represivo recupere cuanto le había sido arrebatado. La conquista del poder será necesariamente un esfuerzo prolongado.” (FAR, 1971e: 3).

El grupo de Córdoba, que participó del levantamiento en dicha provincia, había llegado a la misma conclusión, como puede verse en la carta de Roqué a sus hijos, que ya citamos y corresponde ampliar aquí. Allí, el dirigente cordobés señalaba que con los CRSP habían aprendido a “organizarse y a organizar a otros, a elegir objetivos vulnerables y golpear en el momento oportuno para desencadenar acciones masivas”. Sin embargo, aquel ciclo había culminado con la “insurrección de Mayo de 1969”. Desde entonces, habían comprendido que “la insurrección, el levantamiento espontáneo o pobremente preparado, de nada servía contra un enemigo poderoso, inescrupuloso y multifacético como el nuestro” (en Levenson y Jauretche, 1998: 179). En definitiva, todas las organizaciones armadas que rechazaban una estrategia insurreccional y se proponían la construcción de un “Ejército popular” (dentro y fuera del peronismo, con partido previo o sin él) realizaron una lectura bastante semejante. Para evidenciar el carácter distintivo de esta visión es interesante compararla con otras posibles, como hace Celentano (2010). El autor contrasta las lecturas del Cordobazo y el Viborazo realizadas entre 1969 y 1971 por dos revistas de gran circulación en la época: *Los Libros* (de relativa cercanía a grupos maoístas) y *Cristianismo y Revolución* (proclive a las organizaciones armadas peronistas). Más allá de la diversidad de notas y matices del caso, el autor muestra que la primera tendió a ver en esa secuencia temporal la confirmación de la centralidad fabril, la potencia del clasismo sindical y las limitaciones del accionar de las organizaciones armadas. Mientras tanto, la segunda subrayó el carácter espontáneo e inorgánico del Cordobazo, asegurando de modo creciente el papel de las organizaciones político-militares como forma de superar aquellos rasgos de las movilizaciones populares. En todo caso, para quienes apostaban por la consolidación de un “Ejército popular” lo que comenzará a emerger como problema es el modo en que se integrarían los diversos métodos de lucha y formas organizativas en la guerra popular y prolongada que invocaban. Sin dudas, para algunas organizaciones esta cuestión fue más importante que para otras, al tiempo que fue considerada de modos distintos. De hecho, se trataba de un problema signado por facetas diversas: desde las formas de concebir la conjugación entre luchas de masas y acciones armadas, organizaciones político-militares y agrupaciones de base, las funciones atribuidas a cada una y a sus vinculaciones, hasta la existencia o no de canales organizativos específicos para ello y

sus características. Abordaremos la postura de las FAR sobre estos temas a continuación.

5.1.2 La lógica de sus prácticas político-militares y el problema de la relación con las masas

El accionar armado como “ejemplo”

Durante 1970 y buena parte de 1971, las organizaciones armadas más importantes del peronismo de izquierda funcionaron como “focos” relativamente aislados de la población. Por supuesto, eran el emergente de una trama de conflictividad social y política más amplia, y sus miembros habían iniciado su militancia años atrás en partidos y grupos políticos, estudiantiles o gremiales. Todas le otorgaban un sentido político intrínseco a su accionar armado y la mayor parte de la bibliografía destaca la simpatía que por entonces aquel generaba en importantes sectores sociales. Muchos de sus miembros conservaban además relaciones con sus previas redes de militancia y con activistas de base, al tiempo que todas las organizaciones contaban con colaboradores y gente que buscaba sumarse a sus filas. A su vez, los lazos que lograron consolidar desde 1972 con grupos de activistas estudiantiles, barriales y obreros fueron notables, sobre todo en el caso de Montoneros.

Dicho todo eso, lo que queremos indicar es que en el período señalado su accionar fundamental se desarrolló de modo paralelo a las diversas formas de lucha del movimiento social más amplio, aún cuando buscaran acompañarlo²⁰².

Inclusive, tal fue el diagnóstico que aquellas trazaron sobre su propia práctica. Hacia fines de 1971 las FAR declaraban que “la superación de la etapa en que la guerrilla opera como foco relativamente aislado de las masas no se decreta de palabra”, destacando las complejidades que tal proceso implicaba (1971e: 3). Montoneros afirmaba que a partir de ese año se abría un nuevo período: “el comienzo de la transición entre el ‘foco’ guerrillero como método y la ‘infección’ generalizada del mismo en el seno del pueblo” (1971c, en Baschetti, 1997: 370). Por su parte, para las FAP se trataba de “pasar de la etapa del foco como generador de conciencia a la etapa de la guerra popular prolongada” (1971d, en Duhalde y Pérez, 2003: 227). También fue ese el año en que, a partir de un diagnóstico común aunque sustentado

²⁰² Coincidimos con la periodización de Salas (2009) respecto de los vínculos de las organizaciones armadas peronistas con el movimiento social más amplio. Excluimos del análisis a Descamisados, de menor envergadura y aún menos estudiada que el resto. Por lo que se sabe, su accionar político-militar fue muchísimo menor y su postura “movimientista” coincidía con su interés en el desarrollo de un trabajo político de inserción territorial que al parecer nunca abandonaron (Salas y Castro, 2011; Ollier, 1986: 118).

en visiones políticas distintas, comenzaron a esbozar ciertas concepciones y alternativas organizativas para superar aquel período. Las FAP lanzaron la “Alternativa Independiente” y Montoneros incluyó las “Unidades Básicas Revolucionarias” (UBR) en su estructura organizativa.

Pueden hallarse motivos diversos para esa situación inicial y para el intento posterior de revertirla. En el primer caso, tanto la necesidad de consolidar la infraestructura operativa de organizaciones recientes, algunas de las cuales habían sufrido además fuertes golpes represivos, como concepciones políticas más generales. Y, en el segundo caso, sin dudas estaba en juego la necesidad de responder al desafío político planteado por Lanusse, que con el GAN buscaba aislar a las organizaciones armadas tanto del peronismo como del movimiento social más amplio. Tampoco podría obviarse el prestigio que habían adquirido justamente en el período anterior, que redundó en la demanda de integración por parte de importantes contingentes militantes.

Lo que sostendremos aquí, tanto a partir del análisis de sus prácticas políticas como de los documentos de aquella primera etapa, es que en el caso de las FAR ello no se debió solamente a la necesidad de consolidar su infraestructura. Por su puesto, esta cuestión no podía dejar de estar presente en una organización emergente. Sin embargo, la lógica de su accionar estaba basada en una concepción política más general sobre las potencialidades de la acción armada y el modo en que la organización debía vincularse con las masas.

En términos generales, esa concepción estaba basada en la idea de que una organización revolucionaria debía elegir los medios “más eficaces” de lucha política, que consistían justamente en la acción armada (FAR, 1971d y e). En este sentido, si bien se hacía hincapié en que todas las formas de lucha eran importantes, la acción armada siempre fue considerada como la principal, por lo que, en definitiva, todas las demás debían encuadrarse en la perspectiva de la construcción de un “Ejército popular”. En esa línea puede comprenderse la corrección que las FAR hacían respecto de la conocida consigna del dirigente sindical Raimundo Ongaro:

“El compañero Ongaro acierta cuando dice que sólo el pueblo salvará al pueblo. Pero esa frase adquiere una dimensión más clara si se dice que sólo la guerra del pueblo salvará al pueblo. Y en la guerra el pueblo armado es invencible.” (FAR, 1971d: 70).

Respecto de las masas, señalamos en el capítulo anterior que consideraban que la clase obrera y el pueblo tenían una conciencia política que trascendía lo corporativo, aunque eso no implicaba que su mayoría luchara por objetivos socialistas. Ello se lograría al calor del proceso de liberación, durante el cual, como mencionamos, la

acción armada jugaba un rol central como “foco irradiador de conciencia acerca de la posibilidad del cambio revolucionario” (1971e: 3). Desde esa perspectiva, de modo pronunciado durante sus primeros años y con persistencias después, las FAR consideraban que lo central era transmitir al movimiento popular una *metodología* -la lucha armada-, lo cual se lograría básicamente a través del “ejemplo” de las acciones político-militares realizadas.

Esta concepción puede observarse desde la constitución misma de la organización, que implicó que sus militantes se apartaran de las diversas formas de militancia pública antes sostenidas. En realidad, ello ya había ocurrido años atrás con sus grupos fundadores. Básicamente desde 1966, cuando fueron a entrenarse a Cuba y posteriormente se sumaron al ELN dirigido por Inti Peredo. Pero siguió rigiendo respecto de la incorporación de nuevos núcleos militantes durante el año 1970. Ello no implicaba necesariamente que abandonaran las relaciones tejidas en base a esas redes que, de hecho, eran centrales para el reclutamiento individual de nuevos miembros. Pero sí se consideraba que la especialización en la vía político-militar requería que no se involucraran directamente en esos otros tipos de militancias. Había para ello motivos fundados en la seguridad de sus integrantes, aunque en su mayoría no llevaban aún una vida estrictamente clandestina. Sin embargo, subyacía en esa política la concepción más general que hemos señalado. Así relata un militante del grupo tucumano la incorporación de su grupo a las FAR en 1970:

“Nosotros tenemos la organización que tenemos, cuando nos incorporamos. Ellos [Olmedo y Quieto] nos dicen: ‘bueno muchachos, ahora están en un grupo armado en serio, dejen de hacer todas las actividades políticas que están haciendo’. Le digo: ‘pero pará, estamos manejando tres o cuatro facultades, tenemos esto, esto y esto’. Carlitos Olmedo: ‘No, ustedes van a pasar a la forma superior de hacer política que es la lucha armada, tienen que cortar con todas las otras formas’. ‘Pero: ¿y los trabajos y la gente que tenemos?’. ‘No, no, ellos van a venir solos después, atraídos por el accionar armado’. Y nosotros aceptamos eso. O sea, no puedo acusar a nadie. (...) De hecho me prohíben incorporar a todo ese grupo, unos locos. Todo ese grupo que era nuestro, después cuando yo salgo de la cárcel y vamos a hacer la fusión con Montoneros descubro que es la gente que tiene Montoneros.” (“Militante de FAR 2”) ²⁰³.

Ello no quiere decir que el tema de la vinculación con las masas no estuviera presente desde los inicios de la organización. La cuestión es cómo visualizaban por entonces que ello podría lograrse. En principio, como puede verse en el testimonio, se trataba de algo que se preveía para un momento posterior, recién luego de una fuerte consolidación interna. Y que, además, se lograría no tanto en base a un trabajo

²⁰³ En el grupo que refiere el entrevistado se encontraba Ismael Salame, quien en 1972 será nombrado delegado de la Regional V de la JP (Salta, Jujuy, La Rioja y Tucumán) ante el Consejo Superior Nacional de la rama juvenil del Movimiento Nacional Justicialista (MNJ).

político propio de inserción en ámbitos gremiales, barriales o estudiantiles, sino a través de la atracción que generaría su accionar político-militar. No por casualidad, en sus reuniones con las FAP del año 1970, las FAR sostuvieron una posición taxativa ante la preocupación que aquella organización ya manifestaba por el “trabajo de superficie”. Les respondieron que lo que hacía falta era “una vanguardia que no se pregunte cómo sumergirse en el pueblo, sino cómo hacer ingresar al pueblo en la guerra de liberación” (S/d. autor, 1970). El desdén respecto del planteo de las FAP muestra, como el testimonio, que por el momento el primer objetivo no se consideraba necesario para avanzar sobre el segundo ni tampoco compatible con él.

Esta perspectiva puede verse también en otros documentos de la organización de ese año. Aparece de modo diáfano en aquel elaborado antes del copamiento de Garín, que analizamos en el capítulo 3 (Olmedo, 1970). Recordemos que allí ya se preveía la necesidad de buscar respuestas políticas y organizativas para atender las repercusiones que generarían las acciones armadas firmadas. Sin embargo, se aclaraba que la única forma de responder con eficacia perdurable ese reclamo era perfeccionar su “aparato político-militar clandestino”. Un aparato que, desde sus primeros pasos, estaba haciendo “una política de masas”. Podemos encontrarla en “Con el fusil del Che”, donde también aparece el tema de las relaciones con el movimiento popular. Allí las FAR aclaraban: “nos planteamos en términos serios esta tarea, no tanto de la vinculación con las masas, que nosotros pensamos que, de alguna manera, se logra con las mismas acciones”. La cuestión era cómo aquellas se iban incorporando a la lucha revolucionaria -el problema de las “correas de transmisión”, apuntaban-. Nuevamente, y sin brindar precisiones, su respuesta se ceñía a la necesidad de “hacer un trabajo político-militar” (FAR, 1971a: 110-111). Aún a fines de 1971, la organización insistía en esa perspectiva, señalando que su “relación política e ideológica con la clase obrera y las masas populares” había comenzado “con el primer combate”. Por entonces, añadían que dicha relación reconocía “un salto de claridad, alcance y eficacia” a partir de su asunción del peronismo como identidad política (FAR, 1971e: 4).

El hecho de que las FAR no elaboraran ninguna publicación destinada específicamente a las agrupaciones de activistas que actuaban en el ámbito gremial, barrial o estudiantil apunta en la misma dirección. El siguiente testimonio narra una anécdota ubicada ya en 1971, cuando la organización comenzó a plantearse la necesidad de establecer contactos con diferentes grupos de activistas de base. En este caso, militantes sindicales de la FOTIA a quienes les llevaron el reportaje “Los de

Garín". La anécdota remite a las dificultades que suscitaba la recepción de ese tipo de documentos, por su complejidad teórica y probablemente también por los cruces entre peronismo y marxismo que planteaban:

"Yo llevé esa revista *Cristianismo y Revolución* [con "Los Garín"] a militantes peronistas sindicales -chicos de veintipico de años que dos años después me los voy a encontrar encuadrados en Montoneros- y me dicen: "¡Che, qué difícil que es leer estas cosas, hace doler la cabeza!". ¡Lo cual es cierto!, son reportajes complejos. Olmedo habla un lenguaje abstruso, un lenguaje típico del Colegio Nacional Buenos Aires, de Filo de la UBA: "saldar", "rigurosidad"... Entonces vos explicame cómo diablos yo le llevo eso a un chico de la FOTIA, que ha sido custodio de Isabelita, cuando Isabelita vino a la elección de Corvalán Nanclares y Serú García en Mendoza, y que el pibe está con nosotros porque nosotros somos peronistas de los fierros y nos conoce; y yo le llevo eso"²⁰⁴.

En consonancia con la perspectiva que hemos señalado, ni en sus documentos ni en las entrevistas realizadas hemos hallado indicios de que en 1970 las FAR realizaran otro tipo de prácticas políticas más allá de sus acciones armadas. Durante 1971, se observa sin dudas la misma tendencia, aunque a mediados de ese año pueden notarse ciertos cambios sobre las formas de concebir su relación con las masas en sus documentos. Y, también, algunas variaciones respecto de sus prácticas políticas, como puede verse en el último testimonio citado, que evidencia el interés de la organización por establecer contactos con agrupaciones de activistas sindicales. Analizaremos estos cambios posteriormente. Por lo pronto, a continuación precisaremos los significados que las FAR le atribuían a sus acciones armadas y brindaremos un panorama de aquellas realizadas en el período 1970-1971. Mencionaremos también algunos hechos políticos de relevancia en que la organización se vio involucrada por entonces.

Un panorama sobre el accionar político-militar de las FAR durante 1970-1971

En noviembre de 1970 las FAR elaboraron un documento de circulación interna titulado "Objetivos y métodos de nuestra producción operacional" (1970d). Allí sistematizaron la línea de su accionar político-militar y el significado que le otorgaban, clasificando sus operativos de acuerdo a distintos criterios.

Por un lado, estaban las acciones de envergadura. Consideraban que dada la capacidad de planificación y ejecución que demostraban constituían la mejor propaganda del método de la lucha armada. Su ventaja era la repercusión política que generaban, constatada por la atención que les dedicaba la prensa. Aunque, por lo

²⁰⁴ El testimonio alude a las elecciones realizadas en Mendoza en 1966, durante el gobierno de Illia. En ellas estuvo en juego la disputa entre los llamados peronistas "ortodoxos y leales" a Perón, expresados por el candidato a gobernador Ernesto Corvalán Nanclares, y los "neoperonistas", representados por Alberto Serú García y apoyados por el vandomismo. En ese contexto Isabelita realizó, como emisaria de Perón, una gira por Mendoza para respaldar la campaña electoral de Corvalán Nanclares. Producto de la división del peronismo, las elecciones fueron ganadas con escaso margen por el Partido Demócrata.

mismo, requerían una importante inversión de recursos y tiempo de preparación. Por entonces, la toma de Garín fue un ejemplo de este tipo de operativos.

Por el otro, estaban las acciones de menor envergadura, que tenían menos importancia respecto de los rubros mencionados. Sin embargo, planteaban varios motivos por los cuales también debían realizarse. En principio, eran necesarias para garantizar la continuidad operativa de una organización todavía incipiente y consolidar “el espíritu y la capacidad de combate” de sus miembros. A su vez, mostraban que las acciones simples también formaban parte de la guerra pueblo. De ese modo evidenciaban no sólo la “bondad del método sino su accesibilidad”, promoviendo la incorporación a la lucha de sectores que las organizaciones político-militares no estaban en condiciones de sumar orgánicamente a sus filas (1970d: 1).

Además, las FAR enfatizaban que toda acción armada, independientemente de su finalidad específica, tenía una significación política al superar el control represivo en que se sustentaba la legalidad burguesa. Por eso sostenían que su carácter político no era un criterio adecuado para distinguirlas. En todo caso, podía diferenciarse entre las operaciones “expropiatorias”, destinadas a conseguir los elementos necesarios para forjar la infraestructura de la organización, y las “no expropiatorias”. Ambas debían considerarse acciones políticas y modos de “propaganda armada” ya que demostraban la vulnerabilidad del enemigo y la eficacia del método. Además, durante buena parte de ellas los guerrilleros distribuían comunicados divulgando los motivos de su lucha y pintaban las consignas de las FAR. A su vez, sostenían que todas ellas dejaban “saldos logísticos”, aún las que no eran expropiatorias. Y ello porque, según afirmaban: “[a través de] la eficacia con que movilizan la conciencia y la combatividad de nuestro pueblo -medida en la incorporación a la lucha de nuevos compañeros-, se logran tarde o temprano todo tipo de recursos”. Finalmente, destacaban que en esta etapa debían privilegiarse las acciones expropiatorias, dado su valor para consolidar la infraestructura de la organización (1970d: 1).

Brindar un panorama cuantitativo sobre los operativos realizados por las FAR y el resto de los grupos armados durante aquellos años resulta dificultoso. En principio, porque no todos eran relevados por los diarios, pero además porque en gran cantidad de casos no se consignaban sus autores. A veces era la prensa quien no los señalaba, otras eran las organizaciones las que actuaban sin identificarse, lo que constituía una constante en el caso del robo de vehículos para realizar operativos. Probablemente los datos más cercanos al respecto son los que brinda Ollier, basados en un relevamiento anual, día por día, del diario *Clarín* (1986: 117-118). Según la autora, entre 1970 y

1971 la organización que más acciones realizó fue el ERP (223), seguida por las FAL (54). Respecto de los grupos peronistas, se ubica primero Montoneros (40), luego las FAR (25), después las FAP (21) y finalmente Descamisados (8)²⁰⁵.

En el caso de las FAR, más allá de variaciones menores, los datos de la autora, aquellos brindados por Lanusse (2007) y los nuestros arrojan el mismo promedio: algo más de un operativo por mes desde julio de 1970 hasta diciembre de 1971²⁰⁶. Además, en consonancia con los criterios de la organización que hemos señalado, nuestro relevamiento indica que durante ese período las acciones expropiatorias fueron absolutamente mayoritarias²⁰⁷.

Ese tipo de operativos estaba destinado a obtener diversos recursos indispensables para el funcionamiento de la organización. El dinero era uno de ellos, necesario para alquilar casas, solventar la vida cotidiana de los militantes clandestinos y acceder a otros elementos logísticos. La forma de conseguirlo era el robo de bancos, empresas o diversa clase de instituciones. Entre los operativos de este tipo se cuentan el asalto al Banco Galicia en Gerli, al Banco Comercial de La Plata y al Banco Provincia en Córdoba, todos ellos realizados a fines de 1970²⁰⁸.

El asalto realizado el 29 de diciembre de 1970 al Banco de Córdoba merece una breve mención puesto que resultó sumamente desgraciado. Luego de un confuso episodio con un custodio, que habría ofrecido resistencia y según los partes policiales terminó con siete heridas de bala, los guerrilleros emprendieron una retirada accidentada, tiroteándose con múltiples patrulleros. El resultado final de la peripecia fue la muerte de dos policías y de una militante de las FAR. Se trató de Raquel Liliana Gelín, una joven de 21 años que se convirtió en la primera integrante fallecida de la organización.

²⁰⁵ Para el período 1970-1972, la autora proporciona los siguientes datos: ERP (262), Montoneros (67), FAL (61), FAR (39), FAP (26), Descamisados (10). Los operativos realizados por las OAP en 1971 los registra aparte. Si a todos ellos se suman los realizados por otros grupos peronistas y de izquierda, por organizaciones no identificadas o sin firmar pero de carácter político, el número total se acerca 1.300.

²⁰⁶ Lanusse también realizó una estimación comparativa de este tipo, pero en su caso partiendo de la cronología de hechos armados que publicaba *Cristianismo y Revolución* -en adelante CyR-, que luego contrastó con los diarios entre octubre de 1970 y agosto de 1971. Respecto de Ollier, sus datos varían en relación con la ubicación de las FAP y las FAR, cuyo nivel de operatividad es semejante aunque ambas figuran en ese orden en su trabajo. La diferencia puede deberse a sus fuentes aunque también al período abordado, ya que las FAP dejaron de operar frecuentemente a fines de 1971 debido a la crisis que atravesaban por entonces.

²⁰⁷ En nuestro caso sistematizamos las acciones armadas realizadas por las FAR desde julio de 1970 hasta diciembre de 1971 cruzando sus comunicados y las cronologías de CyR y *Estrella Roja* del ERP, con diarios de la época. La información debe suponerse incompleta ya que no es seguro que aquellas revistas consignaran todas sus operaciones, aunque de todos modos arribamos a un número semejante al brindado por Ollier. Pese al carácter provisorio de la información, la tendencia a las acciones expropiatorias difícilmente se revierta puesto que es totalmente mayoritaria. En el texto señalaremos sólo algunas de las operaciones realizadas con el objetivo de ejemplificar sus distintos tipos.

²⁰⁸ El asalto en Gerli, donde robaron 20 millones de pesos moneda nacional, se realizó el 18/11/70 (LP, 19/12/70, p. 18). El de La Plata tuvo lugar el 15/12/70, donde obtuvieron 10 millones y resultó herido un custodio que falleció días después (FAR, 1971b, LN, 16/12/70, p. 4 y 17/12/70, p. 16). Dada la debilidad de la organización en dicha ciudad, recibieron apoyo logístico de los militantes que fundaron el GEL.

A su vez, cuatro miembros de las FAR resultaron detenidos y fueron ferozmente torturados: Marcos Osatinsky, Alfredo Kohon, Carlos Astudillo y Alberto Camps -pareja de Gelín-²⁰⁹. Lo cual, derivó en el descubrimiento policial de casas de las FAR en la provincia y obligó a otros militantes a pasar a la clandestinidad, afectando fuertemente la estructura que la organización tenía en Córdoba. Tiempo después, los detenidos en esta acción fueron trasladados a la cárcel de Rawson. Osatinsky -junto a Quieto, apresado posteriormente- fue uno de los seis guerrilleros que lograron fugarse del penal el 15 de agosto de 1972, partiendo primero a Chile y luego a Cuba. Kohon y Astudillo estuvieron entre los 19 combatientes asesinados durante la masacre de Trelew del 22 de agosto. Por su parte, Camps fue uno de los tres sobrevivientes de aquellos sucesos, junto con María Antonia Berger, también de las FAR, y Ricardo René Haidar, de Montoneros.

Otro recurso indispensable para las actividades de la organización eran las armas. Ellas se conseguían mediante acciones relativamente sencillas, como el desarme de policías, y a través del robo de armerías y la toma de comisarías, destacamentos o puestos policiales. En estos casos, generalmente también se sustraían equipos transmisores y uniformes policiales, los cuales les servían para caracterizarse durante los operativos. Se registran varias acciones de este tipo durante 1971. Hemos mencionado ya el copamiento del destacamento policial de Virreyes, de la subcomisaría de Villa Ponzatti y el asalto al camión de Pilar donde murió el Teniente Azúa. Más allá de otras acciones menores, puede señalarse también la toma de la comisaría ubicada en la localidad de Las Banderitas en Tucumán, realizada el 27 de mayo²¹⁰.

Otros elementos requeridos por los guerrilleros eran documentos y registros de conducir para ocultar su verdadera identidad y garantizar así su seguridad. Procurando conseguirlos las FAR coparon el Registro de las Personas y una oficina del Registro Nacional Automotor de Capital Federal, en marzo y junio de 1971 respectivamente.

²⁰⁹ Para entonces, hacía seis meses que Camps y Gelín vivían en Córdoba. La policía allanó inmediatamente su domicilio, donde encontró un verdadero arsenal. Ambos habían tenido que clandestinizarse luego de la participación de Camps en el asalto al Banco de Quilmes realizado por el ELN el 10/8/69. En esa ocasión, aquel había utilizado el auto del padre de su novia, quien, tras la confesión de su yerno, lo denunció a la policía. A partir de allí Gelín comenzó a militar junto a su pareja, primero en el ELN y luego en las FAR (entrevista a Rodrigo). No deja de resultar curiosa la semejanza sobre la joven que realizó *El Descamisado* en 1974, donde se la caracteriza como “virgencita montonera” e “hija de Evita” (S/d. autor, 1974c). Recordamos que por entonces las FAR ni siquiera se habían identificado con el peronismo. Sobre los hechos de Córdoba puede verse FAR, 1971c; LN, 30/12/70, 31/12/70, 3/1/71, 5/1/71 y 7/1/71. También LP, 30/12/70, 31/12/70, 2/1/71 y 3/1/71.

²¹⁰ LN, 28/5/71, p. 10.

Generalmente, en estos casos se llevaban también sellos y máquinas de escribir, los primeros para falsificar documentación y las segundas para redactar sus proclamas²¹¹. Finalmente, otro tipo de operaciones estaban destinadas a obtener tanto material quirúrgico y demás elementos sanitarios para curar a los militantes que resultaran heridos, como pelucas para disfrazarse.

En este período, las FAR también llevaron a cabo algunas acciones cuya finalidad exclusiva era la propaganda. Generalmente las realizaban en ocasión de ciertas fechas conmemorativas, haciendo detonar explosivos contra símbolos asociados a las fuerzas represivas, la “oligarquía” y el “imperialismo”. Con ese objetivo, las FAR incendiaron buena parte de los carros de asalto de la Guardia de Infantería de Córdoba, considerada como la “manifestación local más desvergonzada de la violencia represiva del régimen”. El atentado se produjo en octubre de 1970, recordando las fechas del 17 y el 8 del mismo mes -la muerte de Guevara-. Otro operativo de ese estilo se realizó el 16 de septiembre de 1971 en La Plata, donde se quemaron vehículos policiales repudiando el aniversario de la “Revolución Libertadora”. Además, conmemorando la muerte de Eva Perón, en julio de ese año dinamitaron el aristocrático Golf Club de Rosario y exigieron la subasta de los bienes de la institución para comprar alimentos y repartirlos en villas miseria²¹².

Hemos mencionado que el fallido asalto al Banco de Córdoba de fines de 1970 constituyó un duro golpe para la organización. Otro tanto ocurrió a mediados de 1971, cuando se produjeron una serie de hechos de gran relevancia política que no podríamos dejar de mencionar aquí²¹³. Por entonces, varios de sus militantes fueron víctimas de la represión ilegal, como ya había sucedido, entre otros casos, con Néstor Martins y Norberto Centeno, un abogado laboralista y su cliente desaparecidos en diciembre del año anterior.

En principio, el 2 de julio fueron secuestrados y luego asesinados Marcelo Verd y Sara Palacio. Para entonces, el matrimonio estaba instalado en San Juan y ya se había desvinculado de las FAR. Sus cuerpos nunca aparecieron y alrededor del hecho se tejieron todo tipo de versiones inverosímiles. Lo que de modo confuso trascendió a la

²¹¹ Sobre estas operaciones CyRNº 29, p. 23 y LN, 12/6/71, p. 4.

²¹² Respecto de la acción de Córdoba FAR, 1970c y LP, 22/10/70, p. 14; sobre la de La Plata FAR, “Comando Eva Perón”, 1971 y la de Rosario LN, 27/7/71, p. 11 y 28/7/71, p. 14.

²¹³ Sin dudas, el “combate de Ferreyra”, como se denominó al intento de secuestro de un directivo de la Fiat en Córdoba, fue también un durísimo golpe para las FAR. Mencionaremos esta acción junto a otras realizadas por las OAP posteriormente.

prensa fueron los viajes que efectivamente Verd había realizado a Cuba y su relación con el proyecto de Guevara en Bolivia²¹⁴.

Algunos integrantes de las FAR atribuyen el secuestro a las delaciones de un funcionario de inteligencia cubano, quien le habría entregado los nombres de los militantes entrenados en la isla a la CIA y ésta a los gobiernos sudamericanos. Otros, aseguran que se trató de una intrincada derivación de las investigaciones de las fuerzas de seguridad luego de la operación de Pilar. En efecto, si bien desde fines de 1970 el matrimonio ya no militaba en las FAR, mantenía contactos frecuentes con sus miembros. Inclusive, según testimonios, el día del secuestro Olmedo estuvo con ellos en San Juan, ocasión en que Verd le daría los datos necesarios para un operativo que las FAR iban a realizar en la zona (el asalto a un tren pagador)²¹⁵.

En cualquier caso, lo cierto es que luego de aquellos hechos se desató una intensa búsqueda policial y varios militantes de las FAR -todos los que conocían a Verd desde los orígenes- tuvieron que pasar a la clandestinidad²¹⁶. Pocos días después, Roberto Quieto sufrió un intento de secuestro en Buenos Aires, pero ante el escándalo generado en la calle y la azarosa aparición de un patrullero no implicado en los hechos, se logró legalizar su detención. El 13 de julio, Juan Pablo Maestre y Mirta Misetch fueron secuestrados cuando salían de la casa de los padres de aquella en el barrio de Belgrano. En este caso, las pruebas de la participación de las fuerzas de seguridad eran inequívocas. Esa mañana, efectivos de Superintendencia de Seguridad Federal habían preguntado por Maestre en la empresa Gillette donde trabajaba. Además, el anuncio del procedimiento fue escuchado en la frecuencia policial por radioaficionados de la zona de Belgrano. Días después fue identificado el cadáver de

²¹⁴ Entre las versiones circulantes se dijo que el matrimonio había sido secuestrado por las FAR o que había decidido fugarse con ellas, puesto que en su casa aparecieron pintadas con las siglas de la organización. Por otra parte -y como si no fuera un indicador de nada-, trascendió a la prensa que en los últimos meses organismos de seguridad del Estado habían solicitado información sobre las actividades políticas de Verd entre 1966 y 1969 (sobre éstos y otros hechos que mencionaremos LN 3, 5, 6, 7, 10, 12 y 14 de julio de 1971, 18 al 25 del mismo mes, 29/7/71 y 19/8/71). Luego se supo que quien comandó el operativo fue el jefe del Servicio de Inteligencia del Ejército regional, coronel Carlos Néstor Bulacios (luego involucrado en el Operativo Independencia en Tucumán y en la represión en Jujuy durante la última dictadura militar).

²¹⁵ La primera versión sobre los motivos del secuestro es reproducida también por Larraquy y Caballero (2000) y la segunda por Bonasso (1997). Respecto de esta última, nuestros testimonios indican que, rastreando a los autores del operativo de Pilar, las fuerzas de seguridad dieron con Verd a través de los contactos telefónicos que mantenía con las FAR. A su vez, el día del secuestro varios militantes estaban viajando a San Juan para buscar a Olmedo y realizar el operativo mencionado. Entre los elementos que según la prensa se hallaron en la casa de los Verd (planos con la ubicación de bancos y comisarías, armas, explosivos) figuraban los datos necesarios para el asalto de un tren pagador de la zona.

²¹⁶ Además de los casos que mencionaremos, por entonces la policía allanó el domicilio de Marcelo Kurlat y su esposa -Mercedes Inés Carazo- (LN, 10/7/71, p. 4). A su vez, ya en noviembre de 1971, luego de un intento de secuestro, fue legalizada la detención de Jorge Vargas Álvarez en San Juan, un militante de las FAR en la provincia (LP, 4/11/71, p.12).

Maestre, que había sido hallado en un paraje de Escobar y enterrado como NN sin realizar ninguna investigación pese a que presentaba heridas de bala. El cuerpo de Mirta Misetich nunca apareció.

Los hechos generaron gran repercusión pública. El General Jorge Cáceres Monié, Jefe de la Policía Federal, aparecía directamente implicado, cuestión subrayada tanto por la familia de las víctimas como por sus abogados, entre los que estaban Rodolfo Ortega Peña, Eduardo Luis Duhalde, Mario Hernández y Roberto Sinigaglia. Durante el entierro de Maestre, al que asistió una numerosa concurrencia, Bernardo Albarte -ex delegado de Perón- leyó un comunicado de las FAR que impactó a los presentes. La organización reconocía la militancia del joven entre sus filas y mencionaba su participación en los operativos de Garín y Pilar. Entre las ofrendas florales de diversas organizaciones políticas y sociales figuraba una de Juan Domingo Perón²¹⁷.

Por otro lado, paralelamente a que se producían todos estos hechos, a mediados de 1971 las FAR decidían imprimir ciertos cambios en su accionar. Además de continuar con las acciones militares para consolidar su infraestructura, se propusieron impulsar otros dos procesos simultáneos: intensificar en todas sus regionales el acercamiento con el resto de las organizaciones armadas peronistas y desarrollar relaciones con agrupaciones de activistas (FAR [Regional Córdoba], s/f. [1971]). De allí en más, esos tres elementos fueron las claves de la estrategia mediante la cual las FAR buscaron consolidar las fuerzas propias. El acercamiento con las organizaciones armadas peronistas tuvo un primer avance en junio con la creación de las OAP, que analizaremos después. A continuación, nos centraremos en los planteos de la organización sobre la necesidad de articular vínculos con las “organizaciones de base”.

La emergencia de la relación con las masas como problema

Dentro de una concepción general cuyo eje central seguía siendo transmitir al pueblo una *metodología* a partir del operar político-militar, durante 1971 se registran nuevas inflexiones respecto del modo en que las FAR planteaban su relación con sectores movilizables más amplios. Esta cuestión ya se enunciaba como desafío a resolver en “Los de Garín” -abril de 1971- (1971d), pero es en las “13 preguntas”, de noviembre de ese año (1971e), donde aparece cierta problematización que intenta ir más allá del

²¹⁷ Además de las organizaciones armadas, manifestaron su repudio por los hechos la CGT-A, el Movimiento Nacional Justicialista, el Encuentro Nacional de los Argentinos, la Juventud de la UCR -que inculpaba a su correligionario Mor Roig, Ministro del Interior- y de la Democracia Cristiana, entre otros. Reconocidos intelectuales y artistas le dirigieron también una “carta abierta” a Lanusse (Anguita y Caparrós, 1997: 455). Además de los diarios citados, sobre el velorio de Maestre puede verse Gurucharri (2001).

carácter ejemplar del accionar armado. Ya en febrero de 1972, la organización le dedicó al tema un documento específico que se tituló “Extensión de la guerra”²¹⁸.

Como puede verse en el título de ese documento, el tema fue denominado por las FAR -y por otras organizaciones- como el problema de la “extensión de la guerra”, aludiendo con ello al modo en que las masas se incorporarían al proceso revolucionario que impulsaban. Para las FAR, ello implicaba trascender la incorporación individual de activistas y promover tanto la coordinación entre la lucha armada y las diversas formas de movilización popular, como la consolidación de vínculos entre agrupaciones de activistas de base y las organizaciones político-militares. Lo que debía lograrse es que todas esas formas organizativas y métodos de lucha confluyeran en una estrategia común cuyo objetivo era la conformación de un Ejército popular que librara una guerra popular y prolongada.

El proceso de “extensión de la guerra” implicaba profundizar dos tipos de tareas que para la organización requerían por ahora de distintas estructuras organizativas. Por un lado, el fortalecimiento de las organizaciones armadas peronistas, que dependía tanto de la fusión entre todas ellas como de su vinculación con los sectores populares. Por el otro, la profundización y radicalización de las luchas de masas, extendiendo la influencia de la propuesta política y los métodos de lucha de la organización en el seno de las bases obreras y populares.

En términos de estructuras organizativas, la última tarea era la función primordial que las FAR le asignaban a lo que llamaban organizaciones “de base”. De ese modo denominaban a las agrupaciones de activistas que realizaban tareas agitativas vinculadas a las reivindicaciones de diversos ámbitos sociales. Se referían sobre todo a aquellas identificadas con el peronismo, que actuaban en la esfera gremial y estudiantil y que estaban de acuerdo con los objetivos de las organizaciones político-militares. Se trataba de un nivel de militancia no armado que concebían como el primer canal organizativo a través del cual las masas se incorporaban a la guerra popular.

Desde fines de 1971 en sus documentos públicos y durante 1972 en sus comunicados, las FAR convocaban permanentemente a las “organizaciones de base” a realizar un conjunto de tareas para contribuir al desarrollo de la guerra popular y prolongada. Ellas eran: impulsar movilizaciones masivas, incorporando formas crecientes de violencia; elevar el nivel de conciencia, combatividad y organización de

²¹⁸ Este documento no ha podido ser hallado. Excepto que se indique otra fuente, las consideraciones que siguen se basan tanto en las “13 preguntas” como en extractos de “Extensión de la guerra” citados en un escrito posterior de las FAR, titulado “Documento de Actualización Política” y fechado en septiembre de 1972 (FAR, 1972a).

las masas, propagandizando la estrategia de la lucha armada a través de la discusión y difusión de las posiciones de las organizaciones armadas peronistas; brindarles apoyo logístico a esas organizaciones, básicamente información de valor operativo y político; y convertirse en red de captación de militantes para la guerra popular.

La idea con que las FAR comenzaron a pensar sus vínculos con las agrupaciones de activistas fue la de “articulación”. Se trata de una noción bastante general pero que de hecho fue asociada con el modo en que la organización planteaba la cuestión incluso en documentos de Montoneros y las FAP.

Según las FAR, la idea de articulación expresaba adecuadamente el tipo de relación que, por el momento, podía plantearse entre las organizaciones guerrilleras y las organizaciones de base. Ello implicaba dejar de lado tanto la unificación o fusión absoluta, como la división del trabajo entre unas y otras. Desde su visión, plantearse una fusión inmediata era pasar por alto la diversidad de formas organizativas resultante de las tareas encaradas, que todavía exigían niveles de seguridad, recursos y militantes con formaciones distintas, lo cual conllevaría que ninguna de ellas pudiera desempeñar cabalmente su papel. A su vez, consideraban que proponer una división del trabajo entre las organizaciones de base y las organizaciones armadas los llevaría a terminar disociando lo político de lo militar. Entendían que con ello se retrasaría el “alza de la militarización” y las transformaciones organizativas que debían producirse en las primeras para que en el futuro fueran menos vulnerables a la represión. Y, también, la capacidad de las segundas para jugar cabalmente su papel de organizaciones políticas (FAR, 1971e: 4). Idealmente, los riesgos que las FAR buscaban evitar eran dos. Por un lado, sustituir a las agrupaciones de base, reemplazando con su accionar militar los cambios en los métodos de lucha que ellas mismas debían protagonizar. Y, por el otro, que la propia organización terminara constituyéndose exclusivamente como “brazo armado” del movimiento popular (FAR [Regional Córdoba], s/f. [1971]).

Además de los contactos que comenzaban a entablarse en distintas regionales, un indicio temprano de la política de “articulación” de las FAR podemos encontrarlo en la zona de La Plata. Allí, a mediados de 1971 se conformó el “Frente de Agrupaciones Eva Perón” (FAEP), de actuación en diversas facultades de la ciudad. Esta agrupación estrechó rápidamente vínculos con las FAR donde, de hecho, ya militaban o comenzarían a hacerlo en breve varios de los fundadores del FAEP. En esta y otras experiencias que mencionaremos después puede verse que, a diferencia del momento

en que se constituyeron las FAR, sus nuevos miembros ya no abandonaban necesariamente aquellos ámbitos en los que militaban en forma pública.

Hemos mencionado que la realización de acciones armadas y la articulación con las organizaciones de base eran objetivos estratégicos en el proceso de construcción de la vanguardia que las FAR buscaban gestar. La otra cuestión central en términos de la consolidación de las fuerzas propias era la fusión de todas las organizaciones armadas peronistas. A continuación nos referiremos a las OAP, una instancia de coordinación que se gestó con la idea de avanzar en esa perspectiva.

5.2 Debates y combates: las “Organizaciones Armadas Peronistas” (1971-1972)

Desde sus orígenes, las organizaciones armadas peronistas fueron gestando relaciones entre sí. En los primeros tiempos solían destacar que junto con la identidad peronista -desde 1971 en el caso de las FAR-, había tres cuestiones básicas que las unían: la metodología, el enemigo y el objetivo final (FAP, 1971a; FAR, 1971d). Sin embargo, a la hora de definir con mayor precisión cada una de ellas, pronto emergían las diferencias. De hecho, sus primeros vínculos se forjaron a través de una solidaridad práctica basada en la lucha armada, que consistía en el intercambio de información operativa, armas, dinero y elementos logísticos (FAR, 1971a). Sobre todo las FAP, que eran la organización más antigua y para 1970 ya tenían cierto desarrollo, les brindaron ayuda a las demás en momentos difíciles. Así sucedió en el caso de Montoneros, a quienes asistieron cuando su situación se volvió sumamente precaria a causa de la persecución represiva que sufrieron tras la toma de La Calera y otras acciones armadas realizadas en el segundo semestre de 1970 (Lanusse, 2005: 209-217). También apoyaron a Descamisados -que se presentaron públicamente en noviembre de 1970-, facilitándoles armas y apoyatura logística para sus primeras operaciones (Pérez, 2003: 67). Según Salas y Castro (2011), esta última organización, más pequeña que las demás y asentada exclusivamente en Buenos Aires, compartía con Montoneros su origen cristiano y el temprano acercamiento al peronismo. Sus fundadores provenían mayormente de la Democracia Cristiana, habiendo militado también en agrupaciones universitarias católicas y en grupos peronistas relacionados con la CGT-A, como “Acción Peronista”. Entre sus referentes estaban Norberto Habegger, Horacio Mendizábal y Fernando Saavedra Lamas, y una de sus

características fue la importancia que le otorgaron al trabajo político de inserción territorial en barrios del Gran Buenos Aires, que al parecer nunca abandonaron.

Respecto de las FAR, por entonces sus relaciones más estrechas eran con las FAP, con quienes sus grupos fundadores habían comenzado a dialogar ya en 1969. A su vez, según ambas organizaciones, las FAP ejercieron una influencia considerable en la peronización de las FAR (FAR, 1971e: 3; FAP, 1972b; entrevista a Eduardo Pérez, en Martín, 2006a). Por el contrario, con Montoneros no hubo demasiados contactos durante 1970. Inclusive, varios entrevistados recuerdan la desconfianza que les inspiraba el origen nacionalista de buena parte de sus miembros y el tinte religioso de sus comunicados sobre el secuestro de Aramburu (entrevista a Solarz y a “Militante de FAR 1”). Sus vínculos comenzaron a gestarse recién a principios de 1971, sobre todo a través de Sabino Navarro, un obrero correntino de familia peronista que tras la muerte de Fernando Abal Medina -y de Gustavo Ramus- en un tiroteo en la localidad de Williams Morris, se convirtió en el principal líder de Montoneros. Con él los dirigentes de las FAR establecieron enseguida buena sintonía, aunque Navarro murió a mediados de ese año.

Las OAP se crearon en junio de 1971 sobre la base de esas relaciones previas. La sigla, más allá de usarse para aludir genéricamente a las organizaciones armadas peronistas, fue la denominación que se le otorgó a una instancia específica de coordinación entre las FAR, las FAP, Montoneros y Descamisados. En la práctica, consistió en brindar un marco para la realización de reuniones periódicas donde discutir sus coincidencias y divergencias y consolidar acuerdos con vistas a una futura fusión que todas las organizaciones consideraban estratégica. Con la misma perspectiva, también realizaron algunas acciones armadas conjuntas, aunque siempre mantuvieron su independencia política y organizativa. Esta instancia de coordinación, también llamada la “cuatripartita”, funcionó hasta abril de 1972, cuando fue disuelta en medio de la crisis de las FAP y la exacerbación de sus diferencias con Montoneros (FAR y Montoneros, 1971; Montoneros, 1971b; FAR, 1972b; FAP, 1972a y b). De ese modo, las OAP veían frustrados sus objetivos de convergencia, aunque resultaron un antecedente importante para el acercamiento entre FAR y Montoneros. Con Descamisados las afinidades de esta última organización eran aún mayores, por lo que se fusionaron ya a fines de 1972.

A continuación abordaremos los ejes centrales de las discusiones entabladas por las OAP y luego comentaremos brevemente algunas acciones que realizaron en conjunto.

5.2.1 Principales ejes de debate entre las OAP

Las discusiones de la “cuatripartita” giraron alrededor de dos cuestiones centrales: las visiones sobre el movimiento peronista y el rol de su líder, y los modos de encarar el proceso de “extensión de la guerra”, es decir, cómo vincular a las organizaciones armadas con las agrupaciones de activistas de base. Ambas cuestiones estaban estrechamente vinculadas con una tercera: la necesidad de fijar una postura frente al desafío del GAN planteado por Lanusse y las posibilidades de una apertura electoral. En torno a esos ejes se gestaron los alineamientos al interior de las OAP. Las principales coincidencias se daban entre Montoneros y Descamisados, y las contradicciones más fuertes entre esas organizaciones y las FAP, que por entonces lanzaron la “Alternativa Independiente”. Las FAR quedaron en medio de esa polarización, coincidiendo al principio con la postura de las FAP para luego acercarse a Montoneros. Para comprender estos alineamientos y las cuestiones que estaban en juego, es necesario remitirse primero a la evolución de las FAP, puesto que sus nuevos planteos y la crisis que atravesaron signaron la dinámica general de las OAP.

El lanzamiento de la “Alternativa Independiente” y la evolución de las FAP

A lo largo del año 1970, los acuerdos mínimos que habían forjado la unidad de las FAP -el peronismo como Movimiento de Liberación Nacional, las tres banderas del movimiento como objetivo, el imperialismo y la oligarquía como enemigos y la lucha armada como metodología (Raimundo, 2004: 4)- entraron en crisis. Según señala Pérez (2003), las diferencias, hasta entonces soterradas, salieron a la luz con la publicación del reportaje “12 preguntas a las FAP” en septiembre de ese año (FAP, 1970a). A partir de entonces se precipitaron las discusiones entre los llamados “clasistas” y “movimientistas” u “oscuros” en la jerga interna de las FAP²¹⁹. De ese modo se iniciaba la primera etapa de una extensa crisis que culminará con la fragmentación de la organización. Esas posturas convivieron tensamente hasta mediados de 1971, lo cual se observa incluso en sus documentos públicos. En las “12 preguntas” las FAP señalaban la existencia de “sectores reformistas” dentro del movimiento vinculados con la “burguesía nacional” y los “dirigentes sindicales

²¹⁹ En la evolución de los planteos “clasistas” jugaron un rol clave un grupo de Avellaneda liderado por Raimundo Villaflor, donde también estaba esta Bruno Cambareri, de previa militancia en el ARP de Cooke y en la CGT-A, y Jorge Cafatti, oriundo del MNRT, la escisión de izquierda de Tacuara liderada por Joe Baxter. La postura “movimientista” fue impulsada por el llamado “destacamento universitario” y también por algunos militantes cristianos. Entre ellos estaban Eduardo Moreno, Ernesto Villanueva, Alejandro Peyrou y el ex cura Juan Marcelo Soler. Según comenta Gurucharri (2001: 305), su denominación como los “oscuros” surgió en una reunión de las FAP, donde el sector “movimientista” afirmó que “una concepción peronista era incompatible con el punto de vista clasista”. Luego de ello, consternado por las arduas discusiones, Raimundo Villaflor les habría contestado que veía “todo oscuro”.

burocratizados”, aclaraban que su objetivo no era la “mera distribución de la riqueza” sino consolidar “formas socialistas de producción” y que la liberación nacional sólo sería posible liquidando las “estructuras capitalistas” (FAP, 1970a: 18). Mientras tanto, la postura “movimientista” es clara en un comunicado emitido el 17 de octubre de 1970, donde no se hacen mayores distinciones al interior del movimiento peronista, sólo se habla de “liberación nacional” y no hay ambivalencia alguna respecto del rol de Perón como conductor de ese proceso (FAP, 1970b).

Con la escisión de los “movimientistas” a mediados de 1971, que en su mayoría se incorporaron a Montoneros, se cierra una etapa en este proceso de cambios. A partir de allí, la organización profundizó sus planteos en una serie de documentos que perfilaron el lanzamiento de la “Alternativa Independiente” -AI-, que fue además una propuesta para el conjunto de las OAP (FAP, 1971b, c y d). Desde un punto de vista clasista y sin abandonar la identidad peronista, esa propuesta planteaba la construcción de una herramienta política autónoma para la clase obrera peronista, independiente de los “burócratas” y las estrategias “reformistas”, “electoralistas” o “golpistas”. En consonancia con esa línea, planteaban al socialismo como objetivo final, la existencia de contradicciones de clase al interior del movimiento peronista, a los trabajadores como único sujeto revolucionario y la imposibilidad de alianzas con la burguesía nacional. Si bien en sus documentos públicos de aquel entonces no se cuestiona abiertamente a Perón, escritos posteriores y diversos testimonios permiten ver que el general ya no era considerado un líder revolucionario (Raimundo: 11-12). A su vez, las FAP se proponían reorientar su práctica hacia la profundización del trabajo de base entre los trabajadores, rechazando toda participación en las estructuras formales del movimiento, inclusive las sindicales. Este énfasis en la organización de los trabajadores “desde las bases” pretendía ser una vía para superar el “foquismo” que según la organización había signado su práctica anterior.

Buscando elaborar y extender la propuesta de la AI entre todos sus militantes, a fines de 1971 las FAP iniciaron el llamado “Proceso de Homogeneización Política Compulsiva” (PHPC), que traería consecuencias no buscadas. Los debates duraron casi todo el año 1972 y en la práctica implicaron que la organización se cerrara sobre sí misma, dejando de operar y reduciendo al mínimo su trabajo político en “frentes de masas”. De ese modo, las FAP se sumieron en la parálisis y el aislamiento en un

contexto en que la dinámica política nacional, producto la apertura electoral, cambiaba decisivamente, lo cual provocaría nuevas crisis y fragmentaciones²²⁰.

Visiones sobre el movimiento peronista y el rol de su líder

La evolución de las FAP imprimió su tono a la dinámica general de las OAP, contribuyendo a la polarización de dos posturas en su interior que se definían una en contraposición con la otra y que se utilizaban también para caracterizar a grupos de la izquierda peronista no armada. Tal como mencionamos en el capítulo anterior, deben considerarse como tipos ideales que raramente se daban en estado puro en la realidad, dada la heterogeneidad interna de las organizaciones en cuestión y la variación de sus planteos a lo largo del tiempo.

La postura “alternativista”, mantenía la identidad peronista pero partía de una posición clasista que planteaba contradicciones irreconciliables al interior del movimiento. Dadas esas contradicciones, la concepción de la clase obrera como único sujeto revolucionario y la imposibilidad de alianzas con la burguesía nacional, el objetivo era construir una herramienta política que, en el marco del movimiento, organizara a los trabajadores de modo independiente. Si bien no se lo planteaba abiertamente, Perón ya no era concebido como un líder revolucionario, aunque podría conducir al menos parte del proceso de liberación nacional en la marcha al socialismo. Con esta postura se identificaba a las FAP y a grupos del activismo sindical ligados a ellas, como el “Peronismo de Base” (PB), los restos de la CGT-A (Ongaro, Di Pascuale), la “Organización Política 17 de octubre” y el “Movimiento de Bases Peronistas”²²¹.

Como ya señalamos, la postura “movimientista” ponía el énfasis en la liberación nacional como objetivo, sin concebirla como un proceso que necesariamente conducía al socialismo. Se consideraba a Perón como líder indiscutido de ese proceso y al

²²⁰ Para 1973 las FAP se habían escindido en tres grupos. El más duradero fueron las “FAP-Comando Nacional”, cuyo referente era Raimundo Villaflor. Este sector reivindicaba los planteos de la AI pero decidió poner fin al PHPC a fines de 1972 para retornar a una práctica política más activa. Otro grupo era el liderado por Jorge Cafatti, conocido como los “iluminados”, que se escindió en oposición a la finalización del PHPC, aunque parte de ellos retornó a las “FAP-Comando Nacional” a fines de 1973. Por otro lado estaban las “FAP-Regional Buenos Aires”, cuyo referente era Amanda Peralta y los presos de Taco Ralo liberados el 25/5/73 (Carlos Caride, Envar El Kadri, Néstor Verdinelli). Este grupo, que lanzó a su vez las “FAP 17 de Octubre” como organización de superficie, se acercó más a la postura de FAR y Montoneros, reivindicando su participación en el proceso electoral y en las estructuras formales del movimiento, aunque se desintegraron ya en 1974 (Pérez, 2003).

²²¹ El PB había surgido en Córdoba en 1969 y tenía inserción en los sindicatos “antiburocráticos” de la provincia. Según Lanusse (2005) algunos de sus militantes habían formado parte de los grupos originarios de Montoneros, pero luego se vinculó estrechamente a las FAP. En 1970 se creó el PB también en Tucumán y luego en otros puntos del país como Buenos Aires, Rosario, Chaco y Corrientes. La OP 17 incluía un núcleo de activistas de la Juventud Peronista de Vicente López (ex militantes del Partido de Vanguardia Popular), el equipo de la JP de Buenos Aires y la Lista Marrón del sindicato Telefónico, FOETRA, encabezada por Julio Guillán. El MBP fue formado por ex militantes del ARP en Mar del Plata (Pérez, 2003).

movimiento peronista como revolucionario en su conjunto, por lo que no se hacían mayores distinciones en su interior. Si bien se denunciaba la existencia de “traidores”, las diferencias con ellos eran puestas en segundo plano en nombre de la unidad del movimiento. Esta postura fue asociada con organizaciones como “Guardia de Hierro”, cuyo referente era Alejandro Álvarez, el “Frente Estudiantil Nacional” (FEN) liderado por Roberto Grabois, Descamisados y atribuida también a Montoneros.

Si bien desde la visión de las FAP Montoneros era claramente “movimientista”, parece más adecuado ubicar a esta organización en un lugar intermedio entre ambas posiciones polares, tal como propone Lanusse. Según el autor, esta tercera postura, que denomina “tendencista”, sostenía que dentro del movimiento peronista existían diferencias irreconciliables en términos de objetivos estratégicos, aunque se le atribuían potencialidades revolucionarias y se llamaba a dar el combate en su interior. La idea era conformar una “tendencia revolucionaria” que representara los intereses de la clase obrera y hegemonizara el movimiento, transformándolo en una herramienta política capaz de producir cambios radicales. De allí que, a diferencia de la postura “alternativista” de las FAP, no se rechazara de plano la participación en las estructuras formales del peronismo. En esta visión, los “burócratas” eran considerados enemigos, aunque se toleraba la convivencia “táctica” con ellos. A su vez, se asumía que si Perón no era un líder cabalmente revolucionario, se volcaría hacia esa postura si la “tendencia” lograba hegemonizar el movimiento. (Lanusse, 2005: 255-256).

De todos modos, debe tenerse en cuenta tanto la variación de los planteos montoneros como sus diferencias internas. Según destaca el propio Lanusse, sus primeros escritos denotan una posición claramente movimientista. Sin embargo, ya en el documento interno “Línea político-militar” de fines de 1971, se proclama la liberación nacional y social como objetivo final, entendiendo por ello la “destrucción total del sistema capitalista” a través de la “socialización de los medios de producción” y la “construcción de un sistema socialista” (1971c: 249-250 y 262). Este documento y otros elementos de análisis le han permitido a Salcedo (2011) refutar la idea corriente que afirma que la introducción del análisis marxista y el objetivo socialista fueron producto únicamente de la influencia que las FAR ejercieron sobre Montoneros tras su fusión en 1973. Pese a todo, dada la heterogeneidad interna que hemos señalado, algunos sectores de Montoneros siempre se definieron a sí mismos como “movimientistas”, por lo que sus lazos con quienes venían de Descamisados fueron particularmente estrechos (Amorín, 2005).

Respecto de las FAR, hemos visto en el capítulo anterior que en sus documentos del año 1971 se plantea una visión sobre el peronismo que no es movimientista. Lo cual, explica buena parte de sus diferencias iniciales con Montoneros y su recelo frente a Descamisados, con quienes discutieron fuertemente en el marco de las OAP. En el siguiente testimonio, un militante de las FAR narra el relato que le hizo Saavedra Lamas, dirigente de Descamisados, sobre sus discusiones con Olmedo en las reuniones de la “cuatripartita”. Se verá que por entonces las FAR calificaban la postura de esa organización como “reformista”. Y, también, que a veces los talantes personales y el tono de la discusión no eran los mejores para saldar las diferencias con organizaciones con las que, de hecho, se buscaba confluir:

“El gordo [Saavedra Lamas] un día tomando mate en Salta me cuenta de las OAP y sale el tema de Carlitos Olmedo. Me dice: ‘Él estaba por la FAR en las reuniones de las OAP, realmente se llevaba muy mal con Montoneros, pero como no se quería pelear con ellos nos pegaba a nosotros’. Claro, en las OAP estaban FAR-FAP por un lado y Montoneros-Desca por otro, y el que hegemonizaba el debate era Carlitos.”

Continúa el entrevistado comentando el relato de Saavedra Lamas:

“El gordo me dice: ‘Nosotros no queríamos ni ir a las reuniones porque Olmedo nos sopapeaba (...) y un día me toca ir a mí. Entonces yo me pongo a explicar lo que la organización pensaba de la política. Bah, lo que yo pensaba, nosotros muy elaborados no estábamos ¿viste?, el peronismo... y se hablaba. En el fondo se hablaba para Olmedo, entonces yo hablaba y lo miraba. Y Olmedo sonreía y me asentía con la cabeza. Y yo me dije ¡grande gordo, lo convenciste a Olmedo!, entonces me embalo y hablo como media hora. Terminó de hablar, Olmedo me mira y dice: ¡magnífico, fantástico, la mejor explicación del reformismo en la Argentina que he escuchado en toda mi vida! Me mató, todo el mundo se me empezó a cagar de risa’. ” (“Militante de FAR 2”).

Teniendo en cuenta la anécdota, resulta plausible el relato de Amorín, quien afirma que las FAR se habrían mostrado reticentes a la incorporación de Descamisados en las OAP. Al mismo tiempo, según el autor, aquella organización era refractaria a los “argumentos de izquierda” y al “guevarismo” de las FAR, motivo por el cual justamente el grupo de Amorín -integrante de Montoneros- había peleado por el ingreso de Descamisados a la “cuatripartita” (Amorín, 2005: 75). A su vez, según consta en el acta de disolución de las OAP redactada por las FAP, éstas luego promovieron la expulsión de Descamisados -no se indican los motivos, es de suponer que por diferencias políticas-, propuesta que fue avalada por las FAR. Y también por Montoneros, cuestión llamativa hasta para el propio Amorín, puesto que al poco tiempo Descamisados se integró en aquella organización (FAP, 1972b; Amorín, 2005: 75).

Durante buena parte del período en que funcionaron las OAP, la postura de las FAR coincidió en gran medida con la de las FAP respecto de la visión sobre el movimiento

peronista. De este modo, los planteos de una organización de izquierda que se había “peronizado” -FAR- tendían a converger con la progresiva redefinición del movimiento que realizaban las FAP. Inclusive, según documentos de las FAP, testimonios de sus militantes y bibliografía sobre la organización, las FAR habrían considerado apoyar la propuesta de la AI para el conjunto de las OAP, previendo incluso una fusión cercana con las FAP (FAP, 1972a; entrevista a Pérez, en Martín, 2006a; Pérez, 2003: 74; Luvecce, 1993: 103). Según esas fuentes, la convergencia se habría frustrado tanto por el proceso internista en que se sumieron las FAP desde fines de 1971, como por la temprana muerte de Olmedo, con quien las FAP tenían mayor sintonía y habrían establecido las bases del acuerdo.

No encontramos evidencias que confirmen esa versión en escritos de las FAR ni en entrevistas a sus ex militantes, aunque no resulta inverosímil al menos en términos de las visiones sobre el peronismo que ambas organizaciones sostenían por entonces. Si bien los documentos de las FAR del año 1971 no parten de una posición estrictamente clasista -perspectiva que en las FAP todavía estaba en desarrollo- pueden encontrarse allí rasgos coincidentes con el planteo de la AI. Ellos son: la importancia otorgada al marxismo para analizar la realidad nacional y una clara definición por el socialismo; el recelo frente a la posibilidad de alianzas con la burguesía nacional; el señalamiento de fuertes contradicciones al interior del peronismo y las críticas al “movimientismo”. Y, también, ciertas reticencias respecto del papel de Perón como conductor del proceso revolucionario que impulsaban, cuestión que en ambas organizaciones se evidencia más en los testimonios de sus militantes que en sus documentos públicos. Pese a estas coincidencias, aún en vida de Olmedo, había otras cuestiones implícitas en la AI con que las FAR no coincidían. Éstas tienen que ver con los modos de pensar el proceso de “extensión de la guerra”, el otro eje de discusión entre las OAP.

Visiones sobre la “extensión de la guerra”

Mencionamos que durante 1971 las organizaciones armadas peronistas comenzaron a plantearse cómo vincularse orgánicamente con los sectores combativos del movimiento popular. Entre fines de ese año y principios de 1972 el tema adquirió una renovada urgencia, ligándose con otra cuestión central: cómo posicionarse frente a una apertura electoral que, pese a las incertidumbres del escenario político de entonces, parecía cada vez más probable. El avance de esa perspectiva -y las expectativas que concitaba- impuso uno de los mayores desafíos que experimentaron las organizaciones armadas: cómo evitar el aislamiento respecto del peronismo y el movimiento social más amplio al que parecía conducirlos la nueva coyuntura.

En el caso de las FAP, el replanteo sobre la forma de pensar sus ligazones con los sectores combativos del movimiento popular fue profundo pues consideraban que existía una contradicción insalvable entre la “práctica foquista” que caracterizaba su accionar -como el del conjunto de las OAP, acotaban-, y los postulados de la guerra popular y prolongada. Ello se habría puesto de manifiesto al comenzar a pensar las formas de incorporar al pueblo a la guerra, problema que buscaban resolver mediante la AI. Si bien la forma concreta que asumiría esa herramienta para organizar de modo autónomo a la clase obrera peronista no estaba clara, su construcción excluía la participación en las estructuras formales del movimiento. Se consideraba que dentro sus marcos no era posible escapar de la lógica de la burocracia sindical y política, que siempre lograba utilizar a los trabajadores para sus objetivos reformistas. Por el momento, la organización planteaba la necesidad de reorientar sus prácticas hacia el trabajo de base en el seno de la clase obrera, sobre todo a partir de una relación cada vez más estrecha con el PB, y rechazaba toda participación en el proceso electoral planteado por el GAN (1971d y 1972a). Ya en 1973, tras superar la larga crisis de la organización, las “FAP-Comando Nacional” precisaron esa política. El principal instrumento organizativo que impulsaron fueron las “agrupaciones de base”, sobre todo a nivel fabril, que eran coordinadas por el PB. A su vez, desde mediados de 1973 se caracterizaron por la realización de acciones armadas de pequeña envergadura, cuyos objetivos se ligaban principalmente con el ámbito laboral. De ese modo, si bien persistía la idea de conformar un “Ejército del Pueblo”, sus operaciones fueron tomando cada vez más la forma de “autodefensa armada” (Raimundo, 2004).

Por su parte, Montoneros planteaba una relación de continuidad entre el “primer período foquista” de la organización y “la paulatina incorporación de la base popular” en la guerra revolucionaria. La primera etapa había sido esencial para la formación del grupo guerrillero inicial, que a través de sus acciones armadas había consolidado su infraestructura operativa, formado a sus combatientes y generado “conciencia” en cuanto al método de lucha. Continuando con esas tareas, ahora se trataba de “generar canales de comunicación orgánicos entre los combatientes y la base”. Desde esa perspectiva, la relación con las masas aparece como un problema central en los documentos montoneros más importantes del año 1971 (1971b, en Baschetti, 1997: 264 y 1971c). Por entonces, la organización incorporó las “Unidades Básicas Revolucionarias” en su estructura organizativa. Las UBR constituían un nivel intermedio dentro de Montoneros que debía oficiar de nexo con las agrupaciones de base. Su objetivo era convertirse en “conducción táctica” de dichas agrupaciones, por

lo que sus miembros, si bien estaban encuadrados en la organización, no abandonaban la militancia de “superficie” en los “frentes de masas”. La lucha armada seguía siendo el método principal de la guerra revolucionaria, por lo que serían los combatientes quienes constituirían su conducción estratégica (1971b y c; Lanusse, 2005: 264-267). A su vez, como señalamos, Montoneros no rechazaba la participación en las estructuras del movimiento como forma de conquistar su hegemonía. Esta cuestión y un recelo frente a Perón menos homogéneo y pronunciado que el que comenzaban a experimentar las FAP, fueron dos diferencias profundas con aquella organización en el marco de las OAP. En consonancia con esa línea, el otro punto de confrontación fue la decisión de Montoneros de impulsar las elecciones (FAP, 1972a; entrevista a José Osvaldo Villafior, en Cullén, 1992). A partir de allí la organización se involucraría de lleno en la campaña del “Luche y Vuelve”, estableciendo relaciones cada vez más estrechas con la “Juventud Peronista Regionales”, una estructura que, unificando agrupaciones preexistentes, se consolidó a nivel nacional bajo el impulso de Rodolfo Galimberti, representante de la rama juvenil ante el Consejo Superior del MNJ que terminaría encuadrándose en Montoneros.

Respecto de las FAR, hemos visto ya sus planteos sobre el tema. Para la organización, al igual que para Montoneros, había una relación de continuidad entre su primera etapa y el nuevo período que encaraban. Pero, a diferencia de aquellos, para 1971 no habían avanzado más allá de la idea genérica de “articulación”. Ya a principios de 1972, también se propusieron gestar una estructura organizativa intermedia entre el nivel de militancia armado (la propia organización) y el no armado (las “organizaciones de base”). Se trató de los “comandos de apoyo”, aunque no parecen haber tenido una realidad práctica demasiado extendida, al punto que sólo uno de nuestros entrevistados los recuerda vagamente. En los casos que hemos logrado conseguir fuentes al respecto, se observa que a veces los constituían de modo independiente militantes que buscaban ligarse a la organización -en sus comunicados de 1972 las FAR convocaban permanentemente a las “bases” a formarlos- y en otras surgían a partir de un contacto previo. En ambas modalidades parecen haber funcionado como una instancia de transición hasta la incorporación plena de dichos militantes en las FAR²²². A su vez, a diferencia de las UBR, que buscaban convertirse en “conducción táctica” de la movilización popular, la función que las FAR le atribuían

²²² Además de los “comandos de apoyo”, en los documentos de la organización se mencionan también los “comandos de apoyo y encuadramiento” (FAR y Montoneros, 1972), aunque no hemos encontrado otras evidencias sobre su efectiva existencia. Como mencionamos, los mismos “comandos de apoyo” funcionaron como una primera instancia de integración de nuevos militantes.

a estos comandos era básicamente contribuir al fortalecimiento de la organización armada a partir del apoyo logístico y la realización de operativos de poca envergadura. Las tareas de agitación, movilización y extensión de la influencia de la guerra popular entre las masas se le atribuían a las organizaciones de base, con las que buscaban articularse a través de sus direcciones, al tiempo que la expectativa era crear otras nuevas allí donde no existieran o no tuvieran suficiente desarrollo. Tanto las organizaciones armadas, como los “comandos de apoyo” y las “agrupaciones de base” eran considerados como “formas organizativas ‘de transición’ hacia el Ejército del Pueblo” (FAR, 1972a). Los documentos ya analizados y la menor profundidad de los cambios organizativos experimentados en relación con las tareas de “extensión de la guerra”, sugieren que la visión de la acción armada como “foco irradiador de conciencia” adquirió mayor pregnancia en las FAR que en el resto de las organizaciones armadas peronistas. De allí derivaban sus diferencias con el planteo de la AI de las FAP. Un militante de esta organización relató en una entrevista las discusiones que entablaron sobre este tema con las FAR en la época de las OAP:

“Estos temas se discutían mucho con la dirección de las FAR, ellos planteaban que su coincidencia política acerca del peronismo y de Perón eran mayores con nosotros [FAP] que con los Montoneros, pero planteaban sus dudas acerca de la Alternativa Independiente y el PB pues decían que no era a su juicio la forma más eficaz para la construcción del Ejército, y en esto creo que tenían razón. Esto que te digo, que es central para discutir la cuestión del foquismo, lo planteaba Olmedo que era un hombre de una gran preparación teórica marxista y está considerado por un escritor inglés que leí [Gillespi] como el mayor teórico de la guerrilla peronista y creo que lo fue.”

Prosigue el entrevistado caracterizando la posición de Olmedo en sus discusiones con las FAP:

“Pero su lucidez lo llevaba a descubrir que había algo en la propuesta de la organización desde abajo del PB que cuestionaba centralmente toda la estrategia foquista que por lo menos hasta el 70 o 71 llevaron adelante las OAP. Decía Olmedo, creo que con razón, que nuestra propuesta relegaba la formación del Ejército. Fue la claridad de esta gente, de estos militantes de las FAR, que tenían una elaboración muy sólida de la teoría del foco como irradiador de conciencia revolucionaria, lo que llevó a la discusión al interior de las FAP, ya que algunos no teníamos claro en ese momento que la propuesta de la AI abría discusiones cuyo resultado no estaba claro y de hecho no lo estuvo.” (Entrevista a José Osvaldo Villafior, en Cullén, 1992).

En la misma línea, un documento de las FAR hace alusión a estas diferencias con las FAP, afirmando que en las discusiones de las OAP se había terminado por “enfrentar la práctica de la guerra con la tarea de extensión, en vez de complementarlas”, agregando que dicha complementación sólo era posible “en la medida en que se combate y se crece para combatir mejor” (FAR, 1972b).

Entre fines de 1971 y principios de 1972, cuando las FAP ya estaban sumidas en su crisis interna y llevaban a cabo el PHPC, las discusiones en las OAP se tornaron álgidas, como puede verse en una serie de documentos que intercambiaron por entonces. En principio, sin desmedro del avance conjunto de las OAP, las FAP habían planteado consolidar acuerdos bilaterales con las FAR, propuesta que fundamentaban en la mayor identificación política que vislumbraban con esa organización. Su planteo era tratar en conjunto “los problemas de ambas direcciones” y “comenzar a encarar en común la construcción de la Alternativa Independiente”. Sin embargo, las FAR les contestaron en conjunto con Montoneros. Y, además, interpretando la propuesta de las FAP como un pedido de colaboración para la superación de su crisis, cuestión que consideraban central para que las OAP no se sumergieran en ella. En ese escrito conjunto, les señalaron que debían hallar una metodología de discusión colectiva para superar su crisis y que, más allá de su resolución definitiva, mantuvieran el “ejercicio de la acción directa” (FAR y Montoneros, 1971). A su vez, las FAP les respondieron que la contradicción entre la práctica foquista y la necesidad de forjar una herramienta política para organizar a los trabajadores por fuera de las “estructuras reformistas” del peronismo era una cuestión política que no podía saldarse mediante acciones armadas. En consonancia con sus nuevos planteos, la conclusión de las FAP era que las OAP habían centrado su desarrollo “en la práctica militar, sin que ésta fuera la resultante de una propuesta política organizativa para la clase obrera” (FAP, 1972a). La “cuatripartita” se disolvió formalmente en abril de 1972 (FAP, 1972b). Para entonces, las visiones de FAP y Montoneros sobre el peronismo, la valoración de su líder, las formas de superar sus contradicciones internas y los modos de pensar sus ligazones con las masas se tornaron irreconciliables, a lo que se sumó la decisión de la última organización de impulsar el proceso electoral.

Entretanto, las FAR, inicialmente cercanas a las FAP, habían terminado por acercarse a Montoneros, prefigurando la futura convergencia entre ambas organizaciones. Como vimos, si bien su visión sobre el peronismo no distaba de la que sostenían las FAP, sus concepciones sobre el proceso de “extensión de la guerra” se distanciaron a partir del lanzamiento de la AI. Además de no coincidir con el carácter “basista” que vislumbraban en aquella propuesta, ya en sus comunicados de abril de 1972 las FAR proclamaban que las organizaciones armadas y de base, sin desviarse de su estrategia de guerra popular, debían “dar batalla en todos los frentes y en todos los terrenos”, yendo a “las Unidades Básicas y a todos los centros de movilización para expulsar del movimiento a los traidores” (FAR, “Comando Eva Perón”, 1972). Es decir

que, al igual que Montoneros, no rechazaban impulsar la movilización a partir de las estructuras del peronismo sino que buscaban hegemonizarlas. Al mismo tiempo, aunque de modo más tardío que aquella organización, las FAR también se sumarán al apoyo a la campaña electoral que lanzará el peronismo.

A su vez, debe considerarse que durante el crucial año de 1972 las FAP siguieron en crisis y volvieron a fragmentarse, por lo que la fusión con ellas no parecía brindar buenas perspectivas. Mientras tanto, la política de Montoneros, tendiente a hegemonizar el peronismo en el marco de la apertura electoral, pronto derivó en su crecimiento exponencial. Esta cuestión, como motivo de acercamiento de las FAR a Montoneros, puede verse en el siguiente testimonio. Se trata del mismo entrevistado que comentaba la aspiración de las FAR de convertirse en una “organización bisagra” a partir de la conjunción entre marxismo y peronismo y, también, la apuesta hegemónica que ello implicaba:

“Organización bisagra, ergo, hegemónica. Esa es la visión de Carlos [Olmedo]. Muerto Carlos, en la visión de Marcos [Osatinsky] y en la visión del Negro [Quieto], es una organización que se va a diluir en el marco de la que tuvo, digamos, el mayor acierto político, que es Montoneros.” (“Militante de FAR 2”).

Pocos meses después, este acercamiento entre las posturas de FAR y Montoneros se estrecharía en la cárcel, donde los dirigentes presos de ambas organizaciones elaboraron un documento estableciendo sus principales coincidencias políticas como aporte para un proceso de fusión cuya concreción avizoraban cercana. Se lo conoció como “el Balido de Rawson” porque fue elaborado en el penal poco antes de la fuga del 15 de agosto (FAR y Montoneros, 1972).

5.2.2 Acciones conjuntas

Durante su breve existencia, las OAP alcanzaron a realizar algunas acciones conjuntas. Dos de ellas se llevaron a cabo en Buenos Aires y el resto en provincias donde, independientemente de las encarnizadas discusiones que se daban a nivel nacional, las relaciones entre las organizaciones armadas peronistas eran particularmente estrechas: Tucumán y Córdoba.

La primera acción de las OAP, encabezada por las FAP con la colaboración de FAR y Montoneros, fue realizada el 26 de junio de 1971. Se trató de la liberación de cuatro militantes detenidas en la Cárcel de Mujeres “Asilo del Bueno Pastor”, operación en la

que resultó muerto Bruno Cambareri, dirigente de las FAP²²³. También en Buenos Aires, en octubre de 1971, las OAP atentaron sin éxito contra la vida del Jefe de la Policía Comisario Mayor Alfredo Benigno Castro (Montoneros, 1971b).

En Tucumán, donde las FAP se formaron recién a fines de 1971, se produjo un fuerte acercamiento entre FAR y Montoneros (Vaca Narvaja y Frugoni, 2002; FAR [Regional Tucumán], s/f. [1971]). Por entonces, formaban parte de la regional provincial de las FAR el grupo que le había dado origen (Coronel, Gras, Martínez Novillo, etc.) al que se habían sumado otros militantes por problemas de seguridad, como los cordobeses Juan Julio Roqué y Héctor Pedro Pardo. Entre los referentes de la regional montonera estaban Fernando Vaca Narvaja y Susana Lesgart. Su primera acción conjunta la realizaron en julio de 1971, cuando tomaron la subcomisaría de Villa Mariano Moreno robando armas y otros elementos útiles. A su vez, en octubre de ese año volaron las instalaciones del aristocrático Club de Golf del Jockey en Yerba Buena y en noviembre irrumpieron en la casa del juez de instrucción militar, Mayor Hugo Anadón, buscando robar armas y uniformes²²⁴. Producto de las investigaciones policiales sobre estas y otras operaciones resultaron apresados varios dirigentes de ambas organizaciones. De las FAR, fueron detenidos en agosto Coronel, Gras y Novillo, quienes se encontraban en Rosario junto a Raúl Ameri, un militante de dicha ciudad que había recibido a los tucumanos para preparar un operativo y que también resultó preso. Otro tanto sucedió en diciembre con Héctor Pedro Pardo²²⁵.

Por su parte, en Córdoba las OAP llevaron a cabo dos operativos de gran repercusión pública. El primero se realizó el 29 de julio de 1971, cuando un comando conjunto de FAR, FAP y Montoneros mató en plena calle al ex Jefe de Policía y Director del Servicio Penitenciario de la provincia, Julio Ricardo Sanmartino. En los comunicados sobre la acción, las OAP lo acusaban de ser el “máximo responsable de los asesinatos y torturas sufridas por el pueblo cordobés y sus combatientes” y recordaban varios hechos represivos que había comandado como jefe policial. Entre ellos se contaban la muerte de Raquel Liliana Gelín, las torturas sufridas por los militantes de las FAR detenidos tras el asalto al Banco Provincia en diciembre de 1970 y la represión del Viborazo en marzo de 1971 (FAP, FAR y Montoneros, 1971a y b)²²⁶.

²²³ Las reclusas liberadas fueron Amanda Peralta, Ana María Solari, Lidia Malamud y Ana María Papiol, militantes de FAP y FAL. *LN*, 27/6/71, p. 1, 10, 14 y 15; 28/6/71, p. 6 y FAP (1971f).

²²⁴ Sobre la primera acción *LN*, 28/7/71, p. 20 y 29/7/71, p. 6; sobre la segunda Montoneros (1971b) y FAR [Regional Tucumán] (s/f. [1971]) y respecto de la tercera *LN*, 23/11/71 y 28/11/71, en p. 12, y 29/11/71, p. 6.

²²⁵ *LN*, 1/9/71, p. 12 y 03/12/71, p. 23. En esos meses también fueron detenidos Vaca Narvaja y Lesgart, entre otros militantes de la regional montonera (Lanusse, 2007: 22).

²²⁶ Sobre esta acción *LN*, 30/7/71, p. 1 y 6, y 31/7/71, p. 18.

El segundo operativo en la provincia, que sería una de las últimas acciones conjuntas de las OAP, se llevó a cabo el 3 de noviembre de 1971 y resultó trágico para las FAR y las FAP. Se trató del intento de secuestro a un alto directivo de Fiat, Luchino Revelli-Beaumont, que luego se conoció como el “combate de Ferreyra” por la localidad cordobesa donde tuvo lugar. El 26 de octubre, efectivos policiales y militares dirigidos por el Comandante del III Cuerpo de Ejército, Alcides López Aufranc, habían ocupado dicho complejo industrial, rodeando las plantas Materfer y Concord, quitado la personería gremial a SITRAC-SITRAM y detenido a varios de sus activistas. Por su parte, la Fiat había despedido a más de 200 trabajadores intentando quebrar la organización sindical. El operativo de las OAP pretendía canjear la libertad del directivo de la empresa por la reversión de dichas medidas. El jefe de la acción era Carlos Olmedo, quien junto a otros militantes de FAR y FAP se encargarían de interceptar a Revelli-Beaumont de camino a la fábrica simulando realizar un retén policial frente a una estación de servicio. Luego, Montoneros lo retendría en cautiverio en una “cárcel del pueblo”²²⁷. Sin embargo, el directivo de Fiat no pasó por la estación de servicio en el horario habitual y tras una hora de espera -demasiado tiempo según las normas de seguridad guerrilleras para no levantar el operativo-, los autos que lo esperaban despertaron las sospechas de un empleado del lugar, quien los denunció a la policía. A partir de allí se inició un combate de proporciones. En principio, Carlos Olmedo y Agustín Villagra, de las FAR, y Juan Carlos Baffi y Raúl Peressini, de las FAP, fueron muertos por la policía durante el tiroteo que se desarrolló en la estación de servicio. El intercambio de disparos continuó por distintos lugares de la ciudad, donde resultaron heridos varios guerrilleros que habían logrado huir. Además, desde ese día y durante toda la semana siguiente, medio millar de policías rastrillaron la capital y el interior de la provincia realizando un centenar de allanamientos y varias detenciones. Entre ellas, las de militantes de las FAR como María Antonia Berger y Miguel Ángel Castilla, quien moriría días después a causa de las heridas sufridas el 3 de noviembre. A su vez, las requisas policiales dieron por resultado el descubrimiento de varias casas con material político y operativo de las OAP. En una de ellas se halló un túnel que conducía a la Cárcel de Encausados de Córdoba, mediante el cual buscaban liberar a militantes de las FAR -Osatinsky, Astudillo, Kohon y Camps-, Montoneros y el ERP (FAR [Regional Córdoba], s/f. [1971], entrevista a Lewinger) y, en otra, una “cárcel del pueblo”, probablemente destinada al cautiverio de Revelli-

²²⁷ Con esta denominación se aludía a un cuarto especialmente preparado y oculto en alguna casa con el fin de custodiar a los rehenes secuestrados hasta su liberación.

Beaumont. Como consecuencia de los procedimientos, se hallaron pistas sobre la autoría de diversas acciones de las OAP, varios militantes tuvieron que pasar a la clandestinidad y se destruyó parte de la infraestructura que dichas organizaciones tenían en sus regionales provinciales²²⁸.

A su vez, el desenlace del operativo suscitó ciertas discusiones al interior de las FAR que en el fondo tenían que ver con las visiones de la organización sobre las formas de impulsar la “extensión de la guerra”. En principio, la regional cordobesa, donde se habían asentado varios dirigentes importantes de las FAR -entre ellos el propio Olmedo antes de su muerte-, elaboró un informe interno donde realizaba una autocrítica sobre los errores militares del operativo (su escaso tiempo de preparación, la decisión de no levantarlo pese a la demora de Revelli-Beaumont y las sospechas sobre el alerta dado a la policía, etc.). Pero, al mismo tiempo, lo reivindicaba en virtud de sus objetivos políticos: fortalecer la unión de las OAP y su articulación con las organizaciones de base. Es decir, las dos cuestiones centrales en el proceso de “extensión de la guerra” que las FAR buscaban encarar desde mediados de año. De allí que, en un contexto en que el GAN intentaba encerrarlos en “un cerco político mortal” y por tratarse de una acción tripartita que además buscaba acompañar un conflicto obrero altamente politizado como el de SITRAC-SITRAM, la regional justificara la decisión de los combatientes de continuar con el operativo contrariando las normas de seguridad de la organización (FAR [Regional Córdoba], s/f. [1971]). El informe suscitó un documento crítico de un conjunto de presos de las FAR, entre los que se encontraban los militantes tucumanos detenidos en agosto. Más allá del cuestionamiento a las fallas militares del operativo, la discusión subyacente era otra. Lo que les impugnaban era buscar la fusión de las OAP -cuyas discusiones políticas ya se encontraban estancadas- y la articulación con las organizaciones de base -que recién comenzaba-, exclusivamente mediante acciones armadas de tipo “espectacular”, lo cual explicaba que éstas se realizaran a toda costa. El informe no cuestionaba la necesidad de fortalecer el aparato militar de las FAR, pero recordaba que la guerra no era una tarea exclusiva de las OAP y advertía que la organización corría el riesgo de convertirse simplemente en el “brazo armado” del movimiento popular. De lo que se trataba era de intensificar los esfuerzos tendientes a que las propias agrupaciones de base transformaran sus métodos y formas organizativas para participar en el proceso revolucionario, lo cual no podría lograrse si se las

²²⁸ Sobre esta acción y la represión policial LN, 4/11/71, p. 1 y 6; 5/11/71, p. 12; 6/11/71, p. 4; 8/11/71, p. 12; 9/11/71, 10/11/71 y 17/11/71 en p. 6; FAR [Regional Córdoba], s/f. [1971] y S/d. de autor, 1973b y c.

reemplazaba en sus luchas. Desde esa visión, se preguntaban si las FAR tenían realmente un “esquema de articulación” o si éste dependía de “éxitos militares circunstanciales” y sostenían que su estructura organizativa no era apta para impulsar las tareas de extensión de la guerra. A su vez, sugerían la necesidad de crear “grupos intermedios” entre las organizaciones armadas y las agrupaciones de base que fueran capaces de acompañar e impulsar las luchas de la clase obrera. (FAR-“Comando de Prisioneros de Guerra Miguel Ángel Castilla”, 1971). Se recordará que para entonces Montoneros ya había lanzado las UBR y que las FAR harían lo propio a principios de 1972 con los “comandos de apoyo”, aunque sus objetivos no eran estrictamente coincidentes con los de aquellas ni alcanzaron a tener demasiada relevancia práctica. En medio de estas discusiones culminaba 1971, un año duro para las FAR. Para entonces, su máximo líder había muerto y los dirigentes de mayor jerarquía en la organización estaban presos.

5.3 El crecimiento de la organización: un panorama sobre sus regionales y contactos con “agrupaciones de base”

Durante sus primeros años, las FAR fueron conformando una estructura centralizada y piramidal. La autoridad máxima de la organización estaba constituida por su conducción nacional, de la cual dependían las direcciones regionales, asentadas en distintas provincias del país. Según los testimonios, la relación entre la conducción nacional y las regionales era básicamente radial, por lo que las relaciones de estas últimas entre sí no eran muy frecuentes. A ello se sumaba la compartimentación interna que intentaban sostener para resguardar la seguridad de sus integrantes, lo que implicaba que todos mantuvieran en reserva las actividades de su ámbito de militancia y que contaran sólo con la información estrictamente necesaria respecto de otros miembros y del funcionamiento general de la organización.

Internamente, las regionales estaban compuestas por grupos de militantes que tenían un responsable, quien oficiaba de nexo con la dirección de la zona. Esos grupos podían especializarse en alguna tarea específica (elaboración de documentación falsa, realización de inteligencia -acopio de información política y operativa-, etc.) pero todos realizaban acciones armadas, es decir, eran “combatientes” claramente encuadrados en la organización. Por debajo de ellos se encontraban los “comandos de apoyo”, que en los casos en que llegaron a crearse parecen haber funcionado también como una primera instancia de encuadramiento; las “agrupaciones de base”, con las cuales las

FAR buscaban articularse a través de sus direcciones, y los “colaboradores” de la organización, es decir, simpatizantes que estaban dispuestos a prestarles una casa, un auto, asistencia médica u otras cuestiones necesarias.

A su vez, desde 1971 los militantes de las FAR habían comenzado a realizar sus operaciones estructurados en “comandos”, cuyas denominaciones aludían a fechas conmemorativas o a militantes muertos. Antes de ello, según las palabras de un entrevistado, habían actuado en “alegre comunión”. Se trataba de una unidad organizativa integrada por un conjunto de combatientes que operaban juntos, generalmente en sus respectivas regionales, aunque en los comienzos y más adelante en las operaciones de mayor envergadura, podían actuar en otras zonas.

Según los testimonios, ya en 1973 los militantes fueron jerarquizados mediante grados militares, al tiempo que las FAR adoptaron la misma estructura organizativa que Montoneros (que además de las “Unidades Básicas de Combate”²²⁹ incluía las UBR). Se trataba de una forma de facilitar su fusión con aquella organización, que si bien fue anunciada públicamente en octubre, se venía desarrollando desde meses atrás a nivel de sus estructuras intermedias y los grupos de activistas con que se habían ligado.

Como apuntamos, entre fines de 1970 y 1971 las FAR habían sufrido fuertes golpes que afectaron la estructura nacional que intentaban consolidar. Las detenciones de diciembre de 1970 (Astudillo, Kohon, Camps) habían debilitado la regional de Córdoba, y las de agosto y diciembre de 1971 (Coronel, Gras, Novillo, Pardo) la regional de Tucumán. Varios de sus militantes habían muerto, como Gelín, Maestre, Misetich, Castilla, Villagra y Alejo Levenson²³⁰. Además, la represión había alcanzado a la propia conducción nacional de la organización: Osatinsky y Quieto estaban presos y había muerto Olmedo, el máximo dirigente de las FAR. Pese a ello, a lo largo de su segundo año, pero sobre todo entre 1972 y 1973, la organización logró crecer. Su conducción se recompuso con la incorporación de Arturo Lewinger, Juan Julio Roqué, Marcelo Kurlat y Mercedes Inés Carazo (entrevista a Solarz y Lewinger)²³¹. Luego, cuando Osatinsky y Quieto vuelvan de Cuba (ya entre fines de 1972 y principios de 1973), se reintegrarán a la conducción nacional, de la que serán sus figuras centrales junto a Roqué.

Además, durante esos años consiguieron consolidar sus primeras regionales y formar otras nuevas. Ello se logró mediante la redistribución de sus integrantes en distintos

²²⁹ Las UBC eran las unidades organizativas integradas por “combatientes” -los cuadros militares montoneros- y tenían a su cargo las UBR.

²³⁰ Levenson murió de un ataque de asma en diciembre de 1970, luego de un operativo.

²³¹ En el caso de las FAR, cuando sus dirigentes eran detenidos dejaban de integrar la conducción nacional de la organización.

puntos del país y, sobre todo, a través de la incorporación de nuevos miembros. A partir de libros testimoniales, publicaciones militantes, diccionarios biográficos como el de Baschetti (2007a y b) y entrevistas, hemos logrado identificar casi 200 militantes de las FAR entre los años 1970 y 1973, número que debe considerarse como un piso mínimo de integrantes que además sólo incluye a los estrictamente encuadrados como “combatientes”. La advertencia debe tomarse en cuenta pues las fuentes citadas sólo mencionan aquellos militantes que están muertos.

Además de contactos aislados o pequeños grupos militantes en otros lugares, para 1972 las FAR contaban con cinco regionales en distintas provincias del país: Buenos Aires, Tucumán, Córdoba, Santa Fe y Mendoza²³². Si bien un análisis de las distintas realidades provinciales de las FAR merece estudios específicos y un relevamiento empírico que excede el alcance de esta tesis, a continuación brindaremos un panorama somero sobre sus distintas regionales, registrando hasta donde ha sido posible los grupos militantes que las integraron y el tipo de acciones realizadas en este período. Debe considerarse que lo que sigue sólo tiene la intención de proporcionar una suerte de mapa -sin dudas incompleto- que muestre aquellos lugares donde las FAR alcanzaron a tener presencia en su época de mayor crecimiento. Y, también, que dada la ausencia de trabajos previos sobre el tema la información con la que contamos es fragmentaria. A su vez, se verá que las referencias sobre la regional de Buenos Aires son mayoritarias. Probablemente ello se deba tanto a que fue el lugar donde las FAR adquirieron mayor consolidación, como al hecho de que generalmente los relatos y referencias sobre esa provincia son más numerosos que los que circulan sobre otras zonas del país. En el marco del mapa en cuestión, señalaremos algunos contactos con agrupaciones de activistas que pudieron identificarse a partir de entrevistas, referencias bibliográficas y relatos testimoniales. Luego de brindar este panorama regional sobre el accionar de la FAR, en el apartado siguiente abordaremos los planteos generales de la organización ante la nueva coyuntura electoral. Ello nos permitirá retomar e iluminar desde otra perspectiva algunas de las acciones e iniciativas que señalaremos a continuación.

²³² Durante el segundo semestre de 1972 también se registran acciones de las FAR en provincias lindantes, como Entre Ríos, Santiago del Estero y Corrientes, aunque ni en los documentos ni en las entrevistas existen indicios de que se hayan estructurado regionales allí en este período. Es posible que las realizaran pequeños núcleos militantes de esas provincias o bien de las regionales cercanas. Al menos en el caso de Santiago del Estero, los testimonios indican que las FAR se relacionaron con militantes que previamente habían estudiado en La Plata, donde se habían vinculado con el GEL. A su vez, algunos trabajos también registran que desde 1971 las FAR establecieron contactos informales con agrupaciones estudiantiles de la Universidad del Comahue y que, ya en 1973, existieron “células” de la organización en Neuquén y Río Negro (Echenique, 2005).

La regional Buenos Aires

- Gran Buenos Aires

Buenos Aires fue la primera zona en que la organización logró asentarse y siempre fue la regional más numerosa. De allí provenían todos los integrantes de sus tres grupos fundadores (menos el matrimonio Osatinsky, que de todos modos vivía en la provincia desde 1969), donde siguieron militando a excepción de algunos traslados para resguardar su seguridad o consolidar otras regionales. Además de aquellos que se sumaron directamente a la organización²³³, en la zona se registra la integración de algunos grupos que rompían con otras organizaciones armadas. Generalmente se trataba de núcleos de izquierda que decidían integrarse al peronismo, aunque también de activistas de trayectoria militante dentro del movimiento para los cuales Montoneros era demasiado “movimientista”²³⁴ o que provenían de las FAP pero no habían estado de acuerdo con la AI. En el primer caso, puede mencionarse un núcleo de las FAR que actuaba en la Facultad de Ciencias Exactas y se sumó a las FAR a principios de 1971. Entre ellos estaban Gustavo Stenfer, Bernardo Daniel Tolschinsky -pareja de Ana Weissen, otra militante de las FAR-, Eduardo Tomás Molinete y el “colorado” Adrián (entrevista a “Militante de FAR 1”)²³⁵. También se incorporó un grupo del GEL que, como mencionamos, mantenía estrechos vínculos con las FAR desde los orígenes de ambas organizaciones. Según Flaskamp (entrevista de la autora y Flaskamp, 2002), a fines de 1970 el núcleo político-militar que formó el GEL y que todavía actuaba sin nombre realizó un intento de fusionarse con las FAR que desató una crisis interna. Tras esos hechos, se apartó de la organización un grupo de veinte personas que se sumó a las FAR. Luego, cuando el GEL se disolvió a principios de 1972 debido a sus discusiones sobre el peronismo, los militantes que optaron por enmarcar sus luchas dentro del movimiento ingresaron en las FAR mientras que los otros lo hicieron en el PRT. Además, durante 1971 se registran incorporaciones aisladas de militantes peronistas que habían integrado el ARP de Cooke (Bartoletti, 2011: 253) y de miembros de las FAP disconformes con el lanzamiento de la AI (Pérez, 2003: 71).

²³³ Entre muchos otros militantes de las FAR que actuaron en la región pueden mencionarse algunos de los más conocidos, como Francisco Urendo, Lidia Mazzaferro, Juan Gelman, Antonio Nelson Latorre, Luisa Galli -pareja de Eusebio Maestre, de los grupos fundadores-, Bernardo Levenson -hermano de Alejo, de los grupos fundadores-, y su mujer Marta Bazán, Antonio Langarica, Estela Gache -mujer de Jorge Simón Adjiman-, Emiliano Costa. Luego mencionaremos otros militantes que actuaban en zonas específicas de la provincia.

²³⁴ Es el caso de “Yuyo” que militaba en Montoneros en la zona de Merlo y se pasó a las FAR (Bartoletti, 2011: 254), de activistas de La Plata y también de otras regionales, como la de Mendoza, que mencionaremos después.

²³⁵ Molinete, Stenfer y Weissen participaron en las tareas de preparación y apoyo externo de la fuga de Rawson.

Durante el año 1972 se registran numerosas acciones de las FAR en el Gran Buenos Aires, tanto las usuales de expropiación (básicamente armas, dinero y documentación) como otras exclusivamente de propaganda. Entre estas últimas, comienzan a ser frecuentes las acciones sencillas que buscaban interpelar a un público básicamente popular, como la colocación de artefactos lanzapanfletos cerca de villas, fábricas, paradas de colectivos o estaciones ferroviarias. También se observa una nueva modalidad: la toma momentánea de fábricas, como la realizada en DECA (Deutz-Cantábrica) en Morón y Otis en Tigre a fines de 1972, en que los militantes reducían a sus guardias, arengaban a los obreros y distribuían sus panfletos (entrevista a “Militante FAR 1”; FAR, “Comando Eva Perón” y “Comando Abal Medina-Ramus”, ambos 1972). En este tipo de acciones y también en las de “expropiación”, los comunicados de la organización de este nuevo período invocaban permanentemente a los trabajadores y a los sectores populares a movilizarse, y a las “agrupaciones de base” a formar “comandos de apoyo” a las organizaciones armadas y a transformar sus métodos de lucha confluyendo en la formación del Ejército popular (FAR, “Comando Eva Perón”, “Comando Abal Medina-Ramus” y “Comando Carlos Olmedo”, todos 1972, entre otros). En la zona, también se registra el accionar del “Comando ‘Evita’ de apoyo a las FAR”, con acciones de propaganda como la colocación de un artefacto explosivo en una dependencia de las FFAA en agosto de 1972 (FAR, 1972c). Esta lógica no dejaba de conjugarse con acciones de gran envergadura que buscaban mostrar la potencia militar de la organización. A nivel nacional, la fuga de Rawson fue un claro ejemplo de ello. Además, en Merlo, a principios de noviembre tuvo lugar el primer secuestro de las FAR. Se trató de Enrique Barrella, propietario de una fábrica metalúrgica en Avellaneda, cuya libertad fue canjeada a cambio de dinero (FAR, 1972c)²³⁶.

En términos de agrupaciones de activistas, a nivel estudiantil pueden señalarse vínculos con la “Corriente Estudiantil Nacional y Popular” (CENAP) y el “Movimiento de Acción Secundaria” (MAS) en Capital Federal. CENAP era una agrupación estudiantil peronista, surgida de una escisión del FEN. Había estado estrechamente vinculada a la CGT-A, conformando en 1970 el llamado “Bloque Noroeste” de la central, cuando ésta ya estaba en plena dispersión (Bartoletti, 2010; FAP, s/f.). En sus definiciones de 1971 se destaca una clara opción por la estrategia de guerra popular y prolongada y el apoyo a las organizaciones armadas “como camino necesario a recorrer para llegar al

²³⁶ LP, 9/11/72. A su vez, como mencionamos en el capítulo anterior, según el relato de Ronald Grove - gerente general del Frigorífico Anglo- ante el Foreign Office, militantes de las FAR participaron de su secuestro junto con el ERP, que se llevó a cabo el 10 de diciembre de 1972 en Hurlingham.

poder” (CENAP, 1971a: 5 y 1971b). Para entonces la agrupación tenía fuerte presencia en distintas facultades de la UBA. Los testimonios indican que las FAR lograron vincularse con CENAP sobre todo en Arquitectura y Exactas, donde militaban varios miembros de la organización como Horacio, Susana y Alcira Machi, Nora Patrich, Rodolfo Carlos Durante y José Albisu (entrevista de la autora a Nora Patrich, 2012). A su vez, otro integrante de las FAR destaca que fue a militar al CENAP de Derecho, donde formó un “comando de apoyo” a la organización (testimonio citado en Bartoletti, 2010: 442-443). Respecto del MAS, se trató de una agrupación secundaria peronista creada en 1971, que logró tener presencia en colegios como el Nacional Buenos Aires, el Pellegrini, el Mariano Moreno y el Pueyrredón. Los testimonios destacan su acercamiento a las FAR, sobre todo a partir de estudiantes como Marcelo Gelman (hijo del poeta), Carlos Ocampo y Guillermo Pagés (relato de Juan Salinas en Garaño, Pertot y Binaghi, 2002). Según Martín Caparrós -otro activista de la agrupación-, él se enteró que el MAS “dependía” de las FAR en el verano de 1973 cuando le ofrecieron integrarse a la organización, donde ya militaban varios de sus compañeros (entrevista a Martín Caparrós, en Trímboli, 1998).

Por otra parte, a fines de 1972 se ubicaba en el barrio de Belgrano el “Ateneo Evita”, que de acuerdo a los testimonios “era el único ateneo orgánico” que las FAR tenían en Capital Federal. Allí comenzaron a militar Augusto María Conte y David “Coco” Blaustein, quien destaca que le atraía de las FAR “esa mezcla entre marxismo y guevarismo, y la lectura crítica que desde allí hacían del peronismo”. Según Blaustein, el Ateneo era un “típico local del Partido Justicialista (...) que se llenaba de gente de la juventud” y su dinámica expresó una estrategia que se repetiría en otros locales de la Capital: “llenaban de gente los locales y terminaban al mejor estilo del *Diario de la guerra del cerdo* tirando por una ventana a los gorilas que los ocupaban” (Vicente, 2006: 29-33).

A su vez, en consonancia con la nueva línea planteada por la organización de “dar batalla en todos los frentes y en todos los terrenos”, durante 1972 los miembros de las FAR comenzaron a militar territorialmente en distintas zonas del conurbano bonaerense, ya sea en Unidades Básicas (UB) o en agrupaciones barriales. Allí se presentaban como peronistas y ayudaban a los vecinos en sus necesidades más urgentes, buscando organizarlos y discutir políticamente con ellos. En la zona sur tenían presencia al menos en UB de Lanús y Lomas de Zamora (entrevista a Lewinger) y también en el partido de Almirante Brown. Lidia Mazzaferro militaba en San Francisco Solano y otros miembros de las FAR como Susana Mata, Jorge, Henry

y John Alec Barry lo hacían en distintas UB cercanas a Adrogué (Anguita y Caparrós, 1997: 437 y entrevista a Jorge Barry, en Mendoza y Espinosa, 2007)²³⁷. También desarrollaron trabajo político en la zona norte y oeste. En el primer caso, Sara Solarz militaba en barrios de San Miguel, mientras que ya después de las elecciones de 1973 Mercedes Depino y Hernán Páez lo hacían en la UB de las FAR “Facundo Quiroga”, de José C. Paz, donde estaban asentados Carlos Goldemberg y Sergio Paz Berlín (entrevista a Depino, 2003, AOMA y a Solarz)²³⁸. Por su parte, en la zona oeste tenían presencia en Morón, donde el responsable era Horacio Campiglia, y en Merlo, donde militaba Carlos Pereyra Rossi (“Militante de FAR 1”)²³⁹.

Finalmente, en términos de activistas sindicales, para 1972 sólo hemos hallado referencias sobre contactos en Tigre con un grupo de militantes del astillero Astarsa denominado “El Obrero”. Según el relato de Benencio (2003), activista del astillero, después de 1971 los integrantes de dicha agrupación “fueron de las FAR”. Lorenz (2007:42) indica que el referente de “El Obrero” era Juan Sosa, un músico que había dejado de lado su carrera como artista para “proletarizarse”. Y precisa que en realidad se trataba de un “grupo político-militar de orientación política marxista y clasista que centró su actividad en la politización de los trabajadores”²⁴⁰.

- Otras zonas

Dentro de la Regional Buenos Aires, una zona donde las FAR tuvieron bastante inserción fue en La Plata y Berisso. A partir de las primeras integraciones de 1970 (Jensen, Rieznik) se fue conformando un grupo de militantes bastante considerable. Entre ellos estaban Mirta Clara, Néstor Sala, Víctor Kein, Juan Carlos González Gentile, Beatriz Quiroga, Antonio Quispe, Roberto Zaffora, Osvaldo Lenti, Héctor Rizzo, Jorge “el Pampa” Álvaro y Carlos Starita. Según Flaskamp (2002), Juan Gasparini y Antonio Nelson Latorre integraron la conducción local de la organización y Marcelo Kurlat solía oficiar de nexo con la dirección nacional de las FAR.

²³⁷ El núcleo de Adrogué surgió en 1970 como un grupo de estudio de izquierda que se fue peronizando y radicalizando, tomando contacto con militantes de Mar del Plata -que también ingresarían a las FAR- y activistas de La Plata. A través de estos últimos, con quienes habían realizado algunas acciones armadas, llegó el contacto con las FAR (Paco Urendo, Eusebio Maestre y Arturo Lewinger), a las que se integraron entre fines de 1971 y 1972 (entrevista a Jorge Barry, en Mendoza y Espinosa, 2007).

²³⁸ Tras la fusión con Montoneros, estos y otros militantes de las FAR integraron la “Columna Norte” de la organización, conocida por sus disidencias con la conducción montonera durante la dictadura.

²³⁹ Salcedo (2011) menciona las rivalidades de los militantes de Moreno incorporados a Montoneros con los militantes de las FAR de Merlo. Según el autor, tras la fusión, Pereyra Rossi se hizo cargo de ambos partidos, pero su conducción fue rechazada por los montoneros oriundos de Moreno. Lo impugnaban por ser ajeno a la zona y rechazaban en general a las FAR por la formación marxista de sus miembros, a quienes no consideraban peronistas. Varios militantes de Moreno se incorporaron a la Juventud Peronista Lealtad, una escisión de Montoneros producida cuando se agudizó el enfrentamiento con Perón.

²⁴⁰ Lorenz analiza los vínculos de estos y otros militantes del astillero con Montoneros en una época posterior, cuando esa organización ya se había fusionado con las FAR. La zona formó parte de la “Columna Norte” de Montoneros donde, como mencionamos, militaron Depino, Goldemberg y Paz Berlín.

Además de operaciones de expropiación, en la zona se registran acciones exclusivamente de propaganda como la quema de los depósitos de papel de los diarios *El Día* y *La Gaceta*, el copamiento de emisoras musicales para difundir proclamas y la colocación de lanzavolantes en fábricas (Petroquímica Sudamericana, SIAP, Propulsora Siderúrgica) y en la estación del ferrocarril²⁴¹. De hecho, según sus documentos, este grupo militante estaba especialmente preocupado por el tema de la propaganda, planteándose un relevamiento completo de los barrios de la zona a través de sus “comandos de apoyo”, “organizaciones articuladas”, colaboradores y combatientes para detectar los mejores lugares y modalidades para llevarla a cabo (FAR [La Plata], s/f. [1972]).

En cuanto a la relación con organizaciones de activistas, a nivel estudiantil las FAR gestaron una estrecha relación con el “Frente de Agrupaciones Eva Perón” (FAEP) y también vínculos con el “Movimiento de Acción Secundaria” (MAS). El FAEP se formó en 1971 a partir de una escisión de la “Federación Universitaria de la Revolución Nacional”, una agrupación estudiantil peronista, y alcanzó a tener presencia en casi todas las facultades de la UNLP (Arquitectura, Humanidades, Derecho, Económicas, Periodismo, Medicina, Ingeniería, Ciencias Naturales)²⁴². Respecto de los motivos de la ruptura, la bibliografía menciona sus reticencias iniciales a apoyar la salida electoral propuesta por Lanusse -por considerarla una trampa que terminaría proscribiendo al peronismo- y su mayor inclinación a utilizar el marxismo como herramienta de análisis para pensar la realidad nacional (Lanteri, 2009; Simonetti, 2011). Al mismo tiempo, tanto los testimonios citados por Simonetti como trabajos de corte periodístico (Amato y Boyanovsky, 2008), sugieren que fue impulsada por militantes que ya pensaban articular la nueva agrupación con las FAR, lo que resulta plausible considerando que entre ellos estaban Sala y Kein, quienes rápidamente se integraron a la organización -sino lo estaban ya-²⁴³. Ambos eran activistas de larga militancia peronista en la facultad de Arquitectura, por lo que en este caso sus trayectorias no evidencian el proceso de “peronización” de la izquierda sino la dinámica inversa, es decir, su

²⁴¹ Entre las acciones de expropiación, además del desarme de policías, pueden mencionarse el asalto al Banco Crédito de Berisso, el robo de dinero al Hospital Italiano y de material quirúrgico a la Clínica Santa Fe en abril, julio y octubre de 1972 (LN, 11/4/72; FAR, 1972d, c y f). Sobre las acciones exclusivamente de propaganda FAR, 1972e y Legajos N° 2275, 552, 2240, 2239, 667, 2241, Archivo DIPBA.

²⁴² La FURN, gestada en 1966, constituyó una de las primeras manifestaciones medianamente organizadas del peronismo en la Universidad platense de la época que, a su vez, estrechó fuertes lazos con sectores barriales y sindicales, como la JP, de vieja data en la zona, y el MRP. Se caracterizó por un discurso fuertemente antiliberal, en línea con la tradición del revisionismo histórico y el “pensamiento nacional” y, al menos en sus inicios, por una impugnación no menos tenaz del pensamiento marxista, entendiendo que desde esa perspectiva se negaban las peculiaridades de la realidad del país.

²⁴³ Además, los otros motivos de ruptura apuntados también estaban en línea con la política de las FAR, que impulsaron la participación del peronismo en las elecciones de modo más tardío que Montoneros.

progresiva redefinición del movimiento hasta coincidir con las posiciones de las FAR. Entre los dirigentes conocidos del FAEP que luego se encuadraron en la organización pueden mencionarse a Starita, “el Pampa” Álvaro y Lenti²⁴⁴.

Por su parte, el MAS, fundado a fines de 1971, fue una de las primeras agrupaciones secundarias locales que se identificó con la llamada “Tendencia Revolucionaria” del peronismo y tuvo actuación en varios colegios de la zona, entre ellos el Nacional de la UNLP, las Escuelas Normal 3, España y Virgen del Pilar²⁴⁵. La bibliografía testimonial señala sus nexos con el FAEP y las FAR (Asuaje, 2004; García Lombardi, 2005), al tiempo que las investigaciones muestran que varios de sus fundadores, como Dardo Benavides y Mario Noriega, para entonces ya pertenecían a las FAR, cuando contaban con tan sólo 16 años y estudiaban en el Liceo Naval Militar Almirante Brown de Río Santiago, en Ensenada (Duizeide y Ortiz, 2011). Otros dirigentes del MAS encuadrados en las FAR fueron Joaquín Areta y Roberto Gamonet²⁴⁶.

A nivel de los barrios, el trabajo político comenzó a fines de 1972, pero se profundizó ya en 1973. Allí, los miembros de las FAR militaron en distintas UB, como la “17 de octubre” -que dirigía Quispe-, “17 de noviembre”, “Juan Pablo Maestre” -donde estaba Gentile- y “Antonio Quispe”²⁴⁷. También se ligaron con agrupaciones preexistentes como el “Comando de la Juventud Peronista” de Berisso, a través del cual consiguieron algunos contactos con trabajadores de Propulsora Siderúrgica (entrevista a José Miguel Candia, militante de la JP de Berisso, 2012, y a Flaskamp).

Finalmente, Mar del Plata es otra zona donde las FAR parecen haber tenido cierta presencia. Su primera acción armada fue en agosto de 1972, cuando asaltaron el Banco Provincia de la ciudad, tras lo cual realizaron otras operaciones de expropiación (desarmes de policías, robos de fotocopiadore y máquinas de escribir en una comisaría) y algunas de propaganda, como el reparto de barriletes en barrios de la ciudad. De los comunicados de esas acciones se desprende una dinámica que ya hemos mencionado: el surgimiento en forma autónoma de “comandos de apoyo” que, tras realizar algunas acciones armadas de modo independiente, terminaban

²⁴⁴ El FAEP convergió posteriormente en la JUP con la FURN, que para entonces se había ligado a Montoneros. La JUP fue lanzada en abril de 1973, cuando avanzaba el proceso de fusión entre FAR y Montoneros, y allí debían converger todas las agrupaciones universitarias ligadas a ambas organizaciones. Lanteri (2009) muestra que en La Plata la constitución de la JUP se demoró hasta agosto debido a las rivalidades locales entre FURN y FAEP.

²⁴⁵ No tenemos constancias de que se trate del mismo MAS que se formó en Capital Federal.

²⁴⁶ José María Donda, compañero de Noriega y Benavides en el Liceo Naval, también militó en las FAR, al igual que Jorge Ignacio “Iñaki” Areta, el hermano mayor de Joaquín. Luego, el MAS confluyó con la “Federación de Estudiantes Peronistas” en la UES, lanzada en abril de 1973.

²⁴⁷ A Antonio Quispe lo mataron el 20 de junio de 1973 en Ezeiza. Un análisis sobre las UB platenses que se ligaron a Montoneros puede verse en la investigación de Robles (2011).

incorporándose a las FAR²⁴⁸. A su vez, según Pérez (2003: 74-75), se integró a la organización un grupo del “Movimiento de Bases Peronistas”, creado por ex militantes del ARP de Cooke que tenían bastante inserción entre los trabajadores de las industrias locales (pescado, puerto y transportes).

Las regionales de Córdoba y Tucumán

Sobre estas regionales ya hemos señalado varias cuestiones, pues los grupos que las conformaron se sumaron a la organización en 1970, cuando las FAR salieron a la luz pública con el copamiento de Garín. Entre ellas, la tensión regional y fuertemente simbólica que se había dado entre los militantes de la “provincia más peronista del país” -Tucumán, según las palabras de un entrevistado- y Córdoba -“la docta”-, en el momento en que los dirigentes de las FAR pugnaban por definir la “opción” de la organización por el movimiento. También identificamos ya a sus primeros grupos militantes. A su vez, como mencionamos, en ambas regionales se había producido un fuerte acercamiento entre las OAP. En el caso de Tucumán, las relaciones entre FAR y Montoneros no se limitaron a las acciones armadas realizadas en el segundo semestre de 1971. Durante ese período los recursos organizativos y logísticos eran considerados comunes y se había creado en la provincia una instancia única para la relación con las organizaciones de base. Es decir, encaraban como OAP los contactos y discusiones con las direcciones de las agrupaciones de activistas con que buscaban vincularse, lo cual, según las FAR, obligaba a ambas organizaciones a “ir elaborando juntas una concepción acerca de la extensión de la guerra” (FAR [Regional Tucumán], s/f. [1971]). Una de esas agrupaciones fue el PB, cuando las FAP todavía no se habían formado en la provincia (Luvecce, 1993: 105), al tiempo que las entrevistas también señalan contactos con Armando Jaime, un combativo dirigente de la FOTIA (“Militante de FAR 2”).

De acuerdo a los testimonios, antes de las detenciones de agosto de 1971 sumarían unos 15 militantes y, para entonces, Roqué se había trasladado a la provincia integrando la conducción regional. También militaron allí René Ahuallí, un cordobés apodado “Juanca” y su mujer la “Bruja” -posiblemente hermana de los Koncurat- (entrevista a Solarz, “Militante de FAR 2”, Vaca Narvaja y Frugoni, 2002). Durante 1972 se registran varias acciones de propaganda como la colocación de artefactos

²⁴⁸ En este caso se trató del “Comando Sabino Navarro de apoyo a las OAP”. Su accionar autónomo y posterior incorporación a las FAR puede verse a través de varios comunicados (“Comando Sabino Navarro”, 1972; FAR, “Comando Capuano Martínez de las FAR” y “Comando Sabino Navarro de Apoyo a las OAP”, 1972 y FAR, “Comandos Sabino Navarro y Gerardo Cesaris de las FAR”, 1972 y 1973). Todos fueron allanados a militantes de las FAR detenidos en Mar del Plata (Legajo N° 641, Archivo DIPBA).

explosivos en dependencias de la policía, la Marina y locales de empresas como IBM y Fiat (FAR, 1972c).

Por su parte, en Córdoba se realizaron varios tipos de acciones que ya hemos mencionado: “expropiaciones” (de dinero en el City Bank en abril de 1972, de máquinas de escribir y fotocopadoras en septiembre, desarmes de policías y militares) y también colocación de artefactos lanzavolantes en fábricas (firma Domingo Marimón en octubre de 1972, para entonces en conflicto con sus trabajadores), a veces con su copamiento momentáneo (fábrica de caucho Iacommelli, a principios de 1973) (FAR, 1972c y FAR, “Comando 3 de noviembre”, 1972). Además, en algunas entrevistas se mencionan contactos con los sindicatos clasistas, pero no parecen haber ido más allá de los que SITRAC-SITRAM mantenía con numerosas organizaciones armadas y no armadas de la izquierda y el peronismo. Aparte de los dirigentes que ya hemos mencionado, militaron en la provincia Miguel Canizzo, “Boxy” Guevara y “Pancho” Rivas.

Las regionales de Santa Fe y Mendoza

A diferencia de las regionales de Tucumán y Córdoba, las primeras de las FAR, las de Santa Fe y Mendoza fueron creadas entre 1971 y 1972.

La Regional de Santa Fe comenzó a organizarse a mediados de 1971 a partir de un grupo que contactó Olmedo. Se trató de unos diez militantes de origen universitario que hacía un año habían formado en Rosario el llamado “Comando Argentino Revolucionario Popular”, realizando desde entonces algunas acciones armadas (entrevista a “Militante de FAR 2”)²⁴⁹. Ese grupo fue el que en julio de 1971 había dinamitado parte del Club de Golf de Rosario, exigiendo la subasta de sus bienes para comprar alimentos y repartirlos en villas miseria. En esa acción, que ya hemos mencionado, el comando rosarino anunció públicamente que pasaba a formar parte de las FAR. Entre otros militantes, integraron esta regional Raquel Negro, por entonces asistente social, su marido Marcelino Álvarez, Raúl Ameri, Víctor Bie (“Inri”), Oscar Vicente Delgado (“Gabino”), Roald Montes, Reinaldo Ramón Briggiler, Luis Gaitini y Horacio Maggio, miembro de la comisión interna del Banco de la Provincia de Santa Fe (entrevista a Solarz y “Militante de FAR 1”; Baschetti, 2007a y b). De las trayectorias de estos militantes reconstruidas por Baschetti surge que varios de ellos desarrollaron trabajo territorial en distintos barrios de la ciudad de Santa Fe, como Alto

²⁴⁹ Entre ellas se cuentan la colocación de artefactos explosivos en casas de policías y el robo de documentación en el Registro de las Personas de Rosario en mayo y septiembre de 1970 (CyR N° 27, p. 22-23). Es probable que se trate del mismo grupo que en enero de 1971 desarmó policías y robó dinero en un molino harinero en la misma ciudad (CyR N° 28, p. 24).

Verde, Villa del Parque y Santa Rosa de Lima, donde fundaron la UB “Carlos Olmedo”²⁵⁰. Además, en la zona se realizaron diversas acciones armadas durante 1972, varias de “expropiación”, como el robo de instrumental quirúrgico, de dinero en el Banco Facundo Zuviría y desarmes de policías, y otras exclusivamente de propaganda, entre ellas la voladura del Club del Orden conmemorando el 17 de octubre y la colocación de artefactos explosivos contra la concesionaria Fiat en el aniversario del “combate de Ferreyra” en noviembre (FAR, 1972c). A su vez, continuando con la línea de los denominados “ajusticiamientos revolucionarios” iniciada con Sanmartino en el marco de las OAP, el 10 de abril de 1972 las FAR junto con el ERP mataron en Rosario al Comandante del II Cuerpo de Ejército, General Juan Carlos Sánchez, al que acusaban de los asesinatos y torturas sufridas por numerosos militantes populares bajo su jurisdicción (FAR, “Comando Juan Pablo Maestre”, 1972). De las FAR participó en el operativo Juan Julio Roqué, además de militantes de la regional y de otras zonas²⁵¹. Como era de esperar, el hecho causó una enorme conmoción pública. Además de constituir un suceso impactante en sí mismo, se produjo en un contexto político fuertemente convulsionado. Poco tiempo antes el ERP había secuestrado a Oberdam Sallustro, directivo de Fiat, que el mismo 10 de abril resultó muerto en un fallido intento de rescate por parte de la policía. Y, el 4 de abril, había estallado el “Mendozazo”, un levantamiento popular desatado a partir de un aumento de tarifas eléctricas que terminó con la destitución del gobernador y repercutió en distintos puntos del país, con protestas en la propia ciudad de Rosario además de San Juan, Tucumán y Córdoba.

Luego del asesinato de Sánchez, el gobierno acusó a las organizaciones armadas de querer frustrar el “proceso de institucionalización” iniciado y el secretario general de la CGT, José Ignacio Rucci, condenó explícitamente los hechos. Mientras tanto, Perón se rehusaba a hacer declaraciones pese a las presiones del embajador argentino en España, el Brigadier (RE) Jorge Rojas Silveyra, que con esos fines lo visitaba en Puerta de Hierro. Días después afirmó que “la violencia del pueblo respond[ía] a la violencia del gobierno”, palabras que fueron recogidas por las FAR en sus

²⁵⁰ El diccionario biográfico de Baschetti es constantemente ampliado por el autor en su sitio web: <http://www.robertobaschetti.com>. De allí provienen los datos a los que nos referimos.

²⁵¹ En los meses siguientes fueron detenidos varios militantes de las FAR acusados de participar en el asesinato de Sánchez como Gaitini, Briggiler, Gabriela Yofre -por entonces pareja de Roqué- y también Jorge Emilio Reyna y Graciela Lavalle, miembros de las FAR en La Plata. Durante el operativo fue herida de muerte la dueña de un quisco, hecho que la organización lamentaba en sus comunicados sobre el tema (FAR, “Comando Juan Pablo Maestre”, 1972). Sobre la acción *El Litoral*, 10/4/72; 12/2/72 y 24/6/72. Ya en 1973, también fue acusado por estos hechos Juan Julio Roqué, tras ser detenido el 14 de febrero en una quinta ubicada en Tortuguitas, provincia de Buenos Aires, junto a otros militantes como Francisco Urondo, Lidia Mazzaferro, Claudia Urondo, Mario Lorenzo Koncurat, Miguel Ángel Ponce y Luis Alberto Labraña.

comunicados sobre el hecho (Anzorena, 1988: 201; FAR, “Comando Juan Pablo Maestre”, 1972).

Por su parte, en base a la información disponible hasta el momento, la Regional de Mendoza parece haberse conformado mediante una dinámica particularmente interesante. Allí, entre los mendocinos que se sumaron a las FAR estuvieron Roberto Miguel Torres, Alfredo Guevara, Juan Carlos Cerrutti, Faud Surballe, el “mudo” Zárate, Rino Piazza, Walter Salinas y Daniel Peña. Como en otros casos que hemos visto, la integración de este grupo no respondió al proceso de “peronización” de sectores de izquierda sino a la progresiva redefinición del movimiento que se venía operando entre sus propias filas. Estos militantes se incorporaron a las FAR básicamente a partir de dos grupos: el “Movimiento de la Juventud Peronista” (MJP) y la “Central de Acción Sindical y Adoctrinamiento” (CASA)²⁵².

En el grupo del MJP estaban Torres y Guevara, quienes habían iniciado su militancia en la época de la resistencia peronista. Uno de los primeros nucleamientos de los que participaron fue la “Unión de Trabajadores Auténticamente Peronistas” (UNTAP), que coordinaba sindicatos y activistas diversos que se identificaban con un peronismo “duro y ortodoxo”, cuyo rasgo central era la lealtad al liderazgo de Perón²⁵³. En el marco de la UNTAP estos militantes formaron parte de la “Juventud Peronista” local, realizando pequeñas acciones de resistencia como actos relámpagos donde tiraban panfletos y gritaban el nombre del líder exiliado. En base a esa experiencia, tomaron contacto con militantes de la JP de Buenos Aires -Gustavo Rearte, Héctor Spina, Jorge Rulli, Envar el Kadri- y con un grupo mendocino liderado por Antulio Lencinas, quien había sido el primer diputado comunista de la provincia y provenía de una familia de extensa tradición política -su padre y hermano habían sido gobernadores de Mendoza por el radicalismo-. Para entonces, el grupo de Lencinas, surgido a partir de una escisión del PC, había actuado como “apoyo urbano” del EGP de Masetti y se acercaba progresivamente al peronismo (Bustos, 2007: 243; Casa de la Memoria y la Cultura Popular, 2010: 73). Los lazos del nucleamiento de Guevara y Torres, que hacia mediados de los sesenta ya se conocía como MJP, se estrecharon sobre todo con Lencinas y Rearte -para entonces líder del MRP y la JRP-, quienes según los

²⁵² Las consideraciones que siguen se basan principalmente en las entrevistas a Roberto Miguel Torres, 2008, AOMA y Juan “Ivo” Konkurat, 2001, AOMA y en los testimonios de Alfredo Guevara, Rino Piazza, Walter Salinas, Daniel Peña y René Ahuallí compilados por de Marinis y Abalo (2005) y Casa de la Memoria y la Cultura Popular (2010). Todos ellos fueron miembros de las FAR oriundos de Mendoza o fueron a militar a la provincia.

²⁵³ Según Álvarez (2004), a nivel nacional la UNTAP fue una especie de continuación de la CGT Auténtica, central sindical surgida a fines de los cincuenta bajo el liderazgo de Framini. De acuerdo al testimonio de Torres, en la UNTAP de Mendoza “había de todo, inclusive nacionalistas de derecha” (2008, AOMA).

testimonios fueron los responsables de la “radicalización” del grupo. Ellos los “introdujeron en el marxismo”, lo cual condujo al MJP a un tipo de planteo que, como se verá, era bastante coincidente con el que sostendrán las FAR:

“(…) era un marxismo tipo Puiggrós, un marxismo nacional. Para nosotros el marxismo - el gordo [Alfredo Guevara] lo repetía mucho, hasta el cansancio-, no es nada más que un método de interpretación de la realidad, decíamos, es un método, políticamente teníamos una identidad que es el peronismo y qué sé yo, utilizamos el marxismo como herramienta de análisis y transformación de la realidad, no otra cosa. El gordo siempre se burlaba de los marxistas, decía: salgan con un cartel que diga ‘Viva Marx’ a ver quién les da pelota en la calle. Para nosotros el marxismo era eso (...) sigue siendo para mí eso, una herramienta muy válida, fundamental te diría, pero de análisis e interpretación de la realidad, no otra cosa.” (Entrevista a Roberto Miguel Torres, 2008, AOMA).

Hacia finales de los sesenta, el MJP reforzó sus vínculos con listas gremiales combativas (de sindicatos como sanidad, petroleros, canillitas, telefónicos) y en 1968 participó de la conformación de la CGT-A en Buenos Aires, que luego fue también creada en Mendoza²⁵⁴. A partir de aquella experiencia se gestó en la provincia la “Coordinadora Peronista”, donde convergieron activistas sindicales, el MJP, curas tercermundistas y estudiantes referenciados en el FEN, liderado a nivel nacional por Grabois. Paralelamente, el MJP también se preparaba para una práctica más clandestina, realizando pequeñas acciones armadas y relacionándose con otro tipo de grupos. A través de Lencinas, que recibió a Marcelo Verd -oriundo de San Juan- en Mendoza, tomaron contacto con lo que para entonces era la sección argentina del ELN, al punto que, según Torres, cuando se produjo el “operativo Minimax” en 1969, ellos estaban al tanto de quienes habían sido sus autores.

En cuanto a CASA, Álvarez (2004: 193-194) indica que fue creada en 1971 por sectores de la “Coordinadora Peronista”, del “Comando Tecnológico Peronista” - liderado a nivel nacional por Licastro, miembro de la rama juvenil del Consejo Superior Justicialista-, gremios de las 62 Organizaciones y el “Instituto Jurídico Sindical”. Por su parte, los testimonios ubican su creación algo más atrás en el tiempo y la recuerdan como una “organización tipo paraguas de los sindicatos combativos”, aunque destacan que “también había mucha ortodoxia y vandorismo”. Fue en ese marco que se gestó un grupo clandestino -“una orguita”- integrada por militantes jóvenes que comenzaron a realizar un “mínimo entrenamiento militar y reuniones más o menos clandestinas”.

²⁵⁴ Álvarez (2004: 183) sostiene que la filial Mendoza de la CGT-A “no constituyó como en el orden nacional un centro de convergencia de sectores progresistas y combativos, sino más bien un acercamiento oportunista de algunos gremios y dirigentes”. Entre ellos destaca a Edgardo Boris, líder de ATSA -trabajadores de sanidad-, que años después encabezó la campaña contra el gobernador justicialista Alberto Martínez Baca acusándolo de ser partidario de la “Tendencia”. Mientras tanto, Torres alude en su testimonio a agrupaciones internas de los sindicatos mencionados y destaca que pese a su comportamiento posterior, para fines de los sesenta ATSA era “lo más progresista de Mendoza” (2008).

Entre ellos estaban Cerrutti, Surballe, Zárate y Piazza, quienes al poco tiempo se incorporaron a las FAR (relato de Rino Piazza en de Marinis y Abalo, 2005: 30).

Según los testimonios, los primeros militantes de las FAR llegaron a Mendoza entre fines de 1971 y 1972 a través de los contactos que la organización tenía con Lencinas. Se trató de la “Bruja” y el “Juanca”, quienes tras abandonar Tucumán por problemas de seguridad comenzaron a conformar la regional provincial. Más adelante, también fueron a militar a Mendoza Juan Koncurat, René Ahuallí y Carlos Emilio Assales.

Paralelamente, también habían arribado a la provincia los primeros militantes de Montoneros, que se relacionaron con nucleamientos como la “Organización de la Juventud Peronista” y el “Movimiento 17 de noviembre”²⁵⁵. Mientras tanto, como mencionamos, las FAR se contactaron con el MJP y el grupo de CASA, que para entonces habían tenido una activa participación en el “Mendozazo”.

Respecto de los motivos por los cuales estos militantes se incorporaron a las FAR y no a Montoneros, algunos destacan su afinidad con la visión crítica del movimiento que, desde una posición de izquierda, sostenía la organización:

“Obviamente en algún momento tuvimos conversaciones con los Montos, y no, nosotros ya habíamos pasado la etapa que el gordo Guevara denominaba, creo yo acertadamente, el “peronismo mogólico”, el peronismo de ‘Perón, Perón, Perón’, qué sé yo, ya habíamos dejado atrás esa etapa. Ya éramos más bien... nos definíamos como de izquierda sin tanta vergüenza, y algunas cosas las decíamos abiertamente, como que las veinte verdades del peronismo eran una boludez, que la comunidad organizada no existe y que no puede haber conciliación de clases.” (Entrevista a Torres, 2008, AOMA)²⁵⁶.

Por su parte, Walter Salinas -un peronista de larga trayectoria que había apoyado al EGP junto a Lencinas y luego se había vinculado por un tiempo a las FAP- destaca el rechazo que les generaba el origen religioso de Montoneros. Una cuestión que, como vimos, también suscitaba reticencias en otros militantes de las FAR:

“(…) a mí me convencieron más las FAR, porque lo otro venía muy... no sé, uno lo veía demasiado místico al montonerismo de esa época. Nosotros siempre dijimos en las FAR que los Montos terminaban un operativo y, en vez de tirar tiros, tiraban estampitas y ellos se enojaban.” (Testimonio de Walter Salinas, en Casa de la Memoria y la Cultura Popular, 2010: 97).

Las primeras acciones armadas de las FAR en Mendoza se realizaron entre octubre y noviembre de 1972 y consistieron en el robo de explosivos en una cantera de la zona

²⁵⁵ En realidad, la primera organización que se afincó en Mendoza, logrando hegemonizar la “Coordinadora Peronista” a través del PB, fueron las FAP. Sin embargo, se desarticularon luego de la detención de sus dirigentes locales tras el asalto a un depósito de explosivos en marzo de 1971. Respecto de las agrupaciones con las que se ligó Montoneros, Martínez Agüero -militante de la organización en la zona- caracteriza a la OJP como un grupo de tipo “más tradicional” y “peronista ortodoxo” y al M17 por su identificación con la línea de la revista CyR (de Marinis y Abalo, 2005: 84).

²⁵⁶ La expresión “peronismo mogólico” -sin dudas desagradable-, era muy corriente en la época y aludía a posturas de tipo movimientista.

de Pareditas, la colocación de cargas explosivas en un local del Servicio de Inteligencia del Ejército y el copamiento del puesto policial de la Estación del Ferrocarril General San Martín, expropiando armas y dinero (FAR, 1972c). Paralelamente, los militantes mendocinos de las FAR continuaban con su militancia pública, desarrollando trabajo político de inserción territorial en barrios de los departamentos de Las Heras, Guaymallén, Rivadavia y Lavalle. A su vez, algunos de ellos participaron activamente en el proceso de fusión de las juventudes peronistas de la zona, que a nivel nacional se había iniciado en julio de 1972 bajo la coordinación de Galimberti, representante de la rama juvenil en el Consejo Superior del MNJ. Como ya señalamos, ello dio lugar a la creación de la JP Regionales, una estructura en la que Mendoza, San Luis y San Juan se integraron bajo la denominación JP Regional sexta. Durante ese proceso de fusión se creó en la zona primero la Mesa Unificadora de la Juventud Peronista y luego la Mesa Única de la JP Regional Cuyo, de las que Alfredo Guevara y Ramón Torres participaron como representantes de las FAR (entrevista a Torres, 2008, AOMA y Álvarez, 2004: 195-196)²⁵⁷.

5.4 La postura de las FAR frente a las elecciones: una táctica para consolidar las fuerzas propias en el marco de la guerra popular y prolongada (1972-1973)

“La única verdad es la realidad”, Juan Domingo Perón²⁵⁸.

“... porque las masacres, las redenciones, pertenecen a la realidad, como / la esperanza rescatada de la pólvora, de la inocencia / estival: son la realidad, como el coraje y la convalecencia / del miedo, ese aire que se resiste a volver después del peligro / como los designios de todo un pueblo que marcha / hacia la victoria / o hacia la muerte, que tropieza, que aprende a defenderse / a rescatar lo suyo, su / realidad. / Aunque parezca a veces una mentira, la única mentira no es siquiera la traición, es / simplemente una reja que no pertenece a la realidad.”

Francisco Urondo, “La verdad es la única realidad”, Cárcel de Villa Devoto, abril de 1973.

²⁵⁷ Luego de las elecciones de marzo de 1973, varios de los militantes mendocinos de las FAR que hemos mencionado ocuparon importantes cargos públicos en el gobierno peronista de Alberto Martínez Baca. Juan Carlos Cerrutti fue Subsecretario de Gobierno y Municipalidades, Daniel Peña Director de Acción Social y Walter Salinas trabajó en la Dirección de Tránsito y Transporte. Sobre las vicisitudes del gobierno de Martínez Baca puede consultarse el libro de Servetto (2010).

²⁵⁸ La frase, además de ser usual en el léxico político del viejo general, fue el título del documento con que lanzó el FRECILINA a principios de 1972.

Como referimos en el apartado anterior, las FAR comenzaron a crecer y articularse con diversas agrupaciones de activistas sobre todo a partir de 1972. Desde entonces, el avance de las tratativas en torno a la apertura electoral y las posibilidades ciertas de que el peronismo terminara “integrándose al sistema”, acrecentaron la encrucijada política que la organización ya vislumbraba desde el año anterior: la necesidad de ampliar su base de sustentación para evitar la situación de aislamiento a la que podría conducirla la nueva coyuntura.

Durante ese período, que culminó con la designación de Cámpora como candidato para las elecciones del 11 de marzo de 1973, Perón siguió jugando todas las cartas a su alcance para lograr el retorno del peronismo al poder. Desde el arte del asedio a través del impulso a la movilización popular, la legitimación de las “formaciones especiales” y su propio retorno en noviembre de 1972, hasta las negociaciones con la dictadura y las declaraciones de tono pacificador, pasando por los ingentes esfuerzos tendientes a encauzar el propio movimiento y ampliar sus alianzas políticas y sociales. Es en el marco de esa estrategia de múltiples aristas en que debe situarse la conformación del “Frente Cívico de Liberación Nacional” (FRECILINA), que tras ser lanzado a principios de 1972 mediante el documento “La única verdad es la realidad”, publicado en la revista peronista *Las Bases*, se fue consolidando a lo largo del año hasta sentar las bases del “Frente Justicialista de Liberación” (FREJULI) que triunfó en las elecciones de marzo.

Siguiendo a Bozza (1999), la constitución del FRECILINA expresó la revitalización de la ofensiva política del movimiento peronista contra la dictadura, buscando convertirse en un polo de convergencia antigubernamental que permitiera ampliar las alianzas del peronismo restándole bases de apoyo a Lanusse. Con esos objetivos, supo posicionarse como una herramienta tanto de negociación como de confrontación, cultivando en sus objetivos, declaraciones e iniciativas, la ambivalencia necesaria para concitar las adhesiones de actores sociales y políticos sumamente diversos.

Por un lado, desde su lanzamiento el Frente se propuso como una “alianza de clases” tendiente a la “reconstrucción del capitalismo nacional”. Es decir, un proyecto basado en el acuerdo entre el capital y el trabajo que prometía crecimiento económico, pleno empleo, desarrollo industrial y redistribución del ingreso. Al mismo tiempo, aspiraba a constituirse como un frente electoral que no dejaba de apelar a la “pacificación nacional”. Esos objetivos signaron sus alianzas interpartidarias e intersectoriales. Además de realizar reuniones multipartidarias para efectuar diversas exigencias a Lanusse, el Frente incorporó en sus filas a diversos partidos provinciales, fracciones

del conservadurismo popular y la democracia cristiana, sectores menores del socialismo y al “Movimiento de Integración y Desarrollo” (MID) liderado por Arturo Frondizi. Más que en su caudal electoral, la importancia de este último radicaba en su carácter de usina ideológica del desarrollismo, de donde provenían buena parte de los objetivos del Frente. A su vez, Frondizi fue una figura clave en la búsqueda de respaldos entre diversos capitales europeos, apoyos que solían presentarse ante los sectores juveniles y combativos del movimiento como expresión del sesgo antinorteamericano del Frente. Al mismo tiempo, su propuesta de reconstrucción y modernización capitalista facilitó la consolidación de acuerdos con sectores del empresariado nacional representados en la “Confederación General Económica” (CGE), uno de los pilares básicos de la alianza de clases que buscaba gestar.

Más allá de estas negociaciones y del discurso moderado que requerían, Perón también supo instrumentar el Frente como una herramienta de confrontación tendiente a acorralar a la dictadura a través de la movilización popular. Siguiendo esa lógica, Perón aclaraba que “el proceso electoral [era] un medio, no un fin”, por lo que advertía que el FRECILINA no debía reducirse a un “simple frente para los comicios”. Desde esa tónica, lo definía como un “frente de lucha en pos de la emancipación nacional”, a la que debía seguirle “la liberación de un pueblo hoy explotado” (Ollier 1989: 215). El discurso de la liberación nacional, que entusiasmaba a los sectores combativos del ala gremial y juvenil del peronismo, signó la otra forma de acumulación política del Frente, que Bozza (1999) caracteriza como su “perfil movilizador”. Es decir, una dinámica basada en un tipo de “difusión territorial ‘por abajo’” que buscaba captar también a importantes contingentes en proceso de activación externos al movimiento. Como apuntamos, Licastro y Galimberti habían sido incorporados al Consejo Superior para organizar a la juventud, portadora de un espíritu confrontativo que Perón alentaba aunque no pudiera controlar totalmente sus impulsos autonómicos. Entre las iniciativas movilizadoras del Frente se contó la constitución de “mesas de trabajo”, de las que participaban diversos grupos sociales, universitarios, culturales y técnicos proponiendo políticas de gobierno. Licastro intentaba coordinarlas, quien no dudaba en proclamar que el Frente contemplaba la vía pacífica en el caso de una apertura electoral irrestricta y el camino “revolucionario” si aquella no tenía lugar (Bozza 1999: 154). Por su parte, como mencionamos, Galimberti fue el encargado de poner en marcha la

reorganización y unificación de la Juventud Peronista, dando lugar a la conformación de la JP Regionales que alcanzaría una envergadura verdaderamente masiva²⁵⁹.

Tan importante como ampliar las alianzas políticas y sociales del peronismo era consolidar el frente interno, intentando encausar las propias fuerzas del movimiento. Una tarea que excedía largamente a la organización de la juventud y que Perón encaró buscando mantener el equilibrio entre las diversas facciones del movimiento según el principio de la conducción personalista y la verticalidad. Bajo el mandato de listas únicas, a mediados de año culminaron las elecciones internas de las autoridades del PJ, que de ese modo lograba organizarse de acuerdo al Estatuto de los Partidos Políticos en vigencia. Perón fue elegido presidente de la cúpula partidaria, que se completó con dos vicepresidentes (Isabel y Cámpora), un secretario general y doce secretarías repartidas de modo equilibrado entre el sector político, femenino, sindical y juvenil, lo que no dejó de generar protestas de la rama gremial, que exigía mayores cuotas de poder dentro del aparato partidario. Con todo, el general también logrará, aunque de modo siempre precario, apaciguar el descontento de la dirigencia sindical tradicional y su disposición a negociar en forma autónoma con el gobierno²⁶⁰. Para la “alianzas de clases” que el Frente buscaba gestar, la reunificación sindical resultaba clave, por lo que hacia mediados de año Perón legitimó a las autoridades de la CGT y a los referentes de la “62 organizaciones” -la llamada “burocracia sindical”- instando a todas las tendencias gremiales a acatar su decisiones. Ese tipo de políticas compensatorias y los variados roles que Perón le asignaba a los distintos sectores del peronismo dentro de una estrategia sumamente flexible, signaron toda la reorganización de la estructura del movimiento. Ello explica que, al mismo tiempo que el general alentaba a la juventud y avalaba a las organizaciones armadas -cuyas iniciativas tampoco podía controlar-, incorporaba al Consejo Superior del MNJ a una figura de la ultraderecha peronista como el teniente coronel Jorge Osinde. Si la juventud encarnaba la estrategia de confrontación con el gobierno, el oscuro oficial de

²⁵⁹ Según indica Pozzoni (2009:176), en julio de 1972 el Consejo Superior Nacional de la JP dividió el territorio nacional en siete Regionales, cada una de ellas representada por un delegado: Juan Carlos Dante Gullo por la Regional I (Capital Federal, Buenos Aires, La Pampa); Jorge Obeid por la Regional II (Santa Fe, Entre Ríos); Miguel Ángel Mosse por la Regional III (Córdoba, Santiago del Estero, Catamarca); Guillermo Amarilla por la Regional IV (Formosa, Chaco, Corrientes, Misiones); Ismael Salame por la Regional V (Salta, Jujuy, La Rioja, Tucumán); Luis Orellana por la Regional VI (San Juan, Mendoza, San Luis) y Hernán Ossorio por la Regional VII (Neuquén, Río Negro, Chubut, Santa Cruz).

²⁶⁰ Hacia 1972 podían reconocerse cuatro tendencias dentro del mapa gremial peronista: la “Corriente de Opinión” -conocida como “participacionismo”-, donde se destacaba la figura de Rogelio Coria; la vertiente de confrontación-negociación, principal heredera del vanderismo y nucleada alrededor de la UOM liderada por Rucci y los grandes sindicatos; el “grupo de los 8”, un desprendimiento temporal del vanderismo que se había opuesto a la reelección de Rucci en la conducción de la CGT y, distantes de esas tres tendencias que no tenían antagonismos irreductibles entre sí, los gremios enrolados en el denominado peronismo gremial “combativo” (Bozza, 1999: 139).

inteligencia era uno de los encargados de los contactos con las FFAA, a través de los cuales Perón buscaba aislar a Lanusse del conjunto de la institución castrense. Por su parte, el nombramiento de Juan Manuel Abal Medina como secretario general del MNJ, efectuado meses después, condensaba la intención del general de mantener unidas a las disímiles vertientes de su movimiento. Su apellido lo ligaba a Montoneros, aunque su principal virtud era que a esa relación podía sumarle sus contactos con un importante sector de la oficialidad de las FFAA y también de la dirigencia sindical encabezada por Lorenzo Miguel y Rucci.

Paralelamente a los avances que se lograban en términos de la reorganización del peronismo y el armado de nuevas alianzas políticas y sociales, a mediados de 1972 el duelo entre Perón y Lanusse alcanzó un punto de inflexión y el diálogo entre ambos generales dio paso a una etapa de desafío abierto. En julio, Perón divulgó una serie de conversaciones mantenidas con emisarios de Lanusse que la Junta de Comandantes desconocía, generando un conflicto en la interna militar. Por su parte, Lanusse hizo públicas las reglas de la apertura electoral fijada para marzo de 1973, incorporando una cláusula por la cual se le prohibía presentar candidaturas a quienes no permanecieran en el país desde el 25 de agosto hasta los comicios, como también, a aquellos que desempeñaran cargos públicos después de esa fecha. De esta forma, Lanusse conseguía la proscripción de Perón como candidato presidencial -se descontaba que el viejo general no aceptaría el condicionamiento- y aquietaba la interna militar, auto proscribiéndose como posible candidato. A partir de allí, la JP Regionales convocará movilizaciones multitudinarias bajo la consigna del “Luche y Vuelve” y se anunciará el retorno de Perón, que se concretó en noviembre.

¿Cuáles fueron los planteos de las FAR ante la nueva coyuntura signada por la cuestión electoral? En principio, se entusiasmaron con la etapa de confrontación abierta entre Perón y Lanusse que se desató en julio, considerándola como el “hundimiento del GAN”. Según sostenían en sus documentos de esos meses, Perón había desbaratado “la maniobra integracionista del enemigo”, consistente en “incorporar a la masa peronista al sistema institucional burgués”. De ese modo, afirmaban, el viejo general impedía el “aislamiento” de las organizaciones armadas y posibilitaba su “sólido desarrollo en un fértil terreno político”. En ese contexto, la organización podría seguir cumpliendo su “papel de foco en el marco del peronismo”, lo cual -indicaban según la tónica de sus planteos previos-, contribuía a generar “organización y condiciones revolucionarias en el MNJ” (FAR, 1972a). Como puede verse, más allá de la cuestión de la candidatura de Perón, la apertura electoral no

aparecía como un escenario deseable para su propia estrategia. Aún así, antes de agosto también preveían la eventual participación del peronismo en los comicios y se posicionaban frente al tema junto con Montoneros. En ese escenario, dado que el pueblo no estaba preparado aún para rechazar las elecciones, éstas debían ser utilizadas para ampliar las fuerzas propias y debilitar al enemigo. La idea era convertir la coyuntura electoral en un “elemento concientizador” y que el período de funcionamiento de la “democracia liberal” sirviera para demostrar que ese no era el camino para resolver los problemas fundamentales del pueblo. Como, también, para poner en evidencia el “carácter burgués y las limitaciones de la superestructura político-gremial del Movimiento”. Debía, en fin, ser utilizada como una táctica en función de sus objetivos estratégicos: construir el Ejército del pueblo que condujera una guerra popular y prolongada en pos del socialismo (FAR y Montoneros, 1972). Con el correr de los meses, el término más usual para aludir a esa lucha que debía darse en “todos los terrenos”, desde la acción armada hasta la participación electoral, será el de “guerra integral”, tomado del léxico aggiornado del viejo general. Que las FAR siguieron considerando las elecciones como una táctica al servicio de una estrategia más amplia surge claramente de todos sus comunicados y de las consignas enarboladas durante la campaña electoral del verano de 1973, como veremos más adelante.

Ahora bien, como señalamos, la coyuntura también estuvo signada por las múltiples iniciativas de Perón para reorganizar el peronismo y ampliar sus apoyos políticos y sociales. En este sentido, cabe preguntarse: ¿cómo se posicionaron las FAR frente a la renovada importancia que adquirirían las estructuras formales del peronismo, el FRECILINA y las alianzas que Perón se esforzaba por consolidar? En definitiva, ¿qué nuevas modulaciones pueden hallarse en sus consideraciones sobre el movimiento, sus sectores internos y el rol de su líder respecto de aquellas que, como vimos, sostenían en 1971? Abordaremos estas cuestiones en los próximos apartados. Para ello, además de entrevistas y escritos menores, nos basaremos en dos documentos claves de esos meses. Uno de ellos, fechado en septiembre, se denominó “Documento de Actualización Política” (FAR, 1972a) y el otro “Opiniones sobre los problemas centrales de la guerra revolucionaria en esta etapa” -el llamado “Balido de Rawson”-, que fue escrito en la cárcel junto a dirigentes de Montoneros (FAR y Montoneros, 1972). Como se verá, buena parte los planteos de las FAR en el nuevo contexto pueden leerse a partir de su necesidad de consolidar las fuerzas propias, de modo de evitar el aislamiento y lograr posicionarse como un actor con el cual la

estrategia de Perón tuviera que contar. En ese sentido, las consideraciones que siguen nos permitirán retomar e interpretar bajo un nuevo prisma algunas de las acciones e iniciativas de las FAR que mencionamos en el apartado anterior. Sobre todo aquellas que tienen que ver con los tres elementos que para la organización eran claves en esa tarea de consolidar las fuerzas propias: la realización de acciones armadas, sus ligazones con “organizaciones de base” y también la renovada urgencia por revitalizar la confluencia de las OAP que se había frustrado a principios de año.

Reposicionamientos en la nueva coyuntura: las estructuras del movimiento, el FRECILINA y la necesidad de consolidar las fuerzas propias

Como apuntamos, la reorganización del peronismo y las iniciativas del FRECILINA estuvieron lejos de agotarse en el aliento a los sectores juveniles y combativos del movimiento. Frente a este nuevo escenario, pueden rastrearse tanto continuidades como variaciones respecto de las posiciones de las FAR sobre las estructuras del movimiento y los sectores sociales involucrados en las nuevas alianzas trazadas por Perón.

En consonancia con sus planteos previos, las FAR consideraban que el peronismo era un movimiento de masas policlasista pero cuyo eje central era la clase obrera. De ese modo, el movimiento sintetizaba todos los avances y limitaciones actuales de la conciencia política de la clase obrera y de sus métodos de lucha, como, también, la heterogeneidad y las contradicciones de las distintas fuerzas o fracciones de clase que lo integraban. Por su parte, el MNJ -que consideraban compuesto tanto por sus “estructuras legales” como por las organizaciones armadas peronistas- era la estructura organizativa que expresaba al movimiento a nivel de su lucha por el poder político, por lo que sus formas ideológicas y organizativas sintetizaban también las heterogeneidades y contradicciones antes mencionadas. Desde esas claves, afirmaban que la historia interna del MNJ debía verse como el derrotero de la lucha de la clase obrera peronista por construir los “instrumentos ideológicos y organizativos” capaces de expresar sus “intereses objetivos en el nivel de la lucha política”. Esto es, la “historia de las sucesivas etapas hacia la construcción de un instrumento *específico y autónomo* de poder de la clase obrera peronista, *en el marco de las estructuras políticas del movimiento*” (FAR, 1972a, el subrayado es nuestro). Frente a dicha formulación, donde pese a situar la construcción del citado instrumento “autónomo” de los trabajadores en el “marco” de las estructuras del movimiento podía resonar cierto eco de la propuesta de la AI de las FAP, las FAR sentaban su distancia de lo que llamaban el “purismo clasista”. La presencia masiva de la clase obrera peronista hacía

del movimiento, y también del MNJ, el instrumento político más efectivo de oposición a los intereses del “polo oligárquico-imperialista”. A su vez, el desarrollo de esa estrategia de oposición conducida por Perón -acotaban-, agudizaba las contradicciones internas del MNJ, que eran el motor de la progresiva constitución autónoma de los trabajadores frente a las otras clases que integraban el movimiento. Como ya hemos visto, también en 1971 las FAR planteaban que su objetivo era lograr la hegemonía de los “intereses históricos” de la clase obrera dentro del peronismo.

Ahora bien, a tono con la nueva coyuntura política y con la postura “tendencista” de Montoneros a la que se iban acercando, pueden rastrearse nuevas modulaciones respecto de la visión de las FAR sobre las estructuras del MNJ y la política a darse con ellas. En este punto aparece un matiz inexistente en sus documentos del año 1971: la distinción entre tales estructuras en sí mismas y los dirigentes que representaban la “táctica integracionista y conciliadora del enemigo” dentro del MNJ. Ahora planteaban que como organización armada no tenían “contradicciones antagónicas” con dichas estructuras en sí mismas, puesto que instrumentadas por Perón en el marco de una estrategia de conjunto, servían para enfrentar al enemigo en el terreno de la “institucionalidad burguesa”. Por ello, sólo debían negarse cuando ya no sirvieran a ningún “objetivo táctico” (FAR, 1972a). Respecto de la política a darse con ellas, seguían sosteniendo que la “superestructura” política y sindical del movimiento, dado que se movía en el marco de las normas legales del régimen, no era una herramienta apta para conducir el proceso revolucionario. El objetivo central continuaba siendo la creación del Ejército popular y la integración del pueblo en los organismos que lo iban construyendo (las organizaciones armadas, los niveles intermedios -“comandos de apoyo” en las FAR, UBR en Montoneros- y las agrupaciones de base). Sin embargo, afirmaban junto a Montoneros que eso no significaba evitar la militancia en dichas estructuras, pues lo importante no era el “lugar donde se lleva[ba] a cabo un trabajo” sino la “política que se impulsa[ba]” (FAR y Montoneros, 1972). Según las FAR, con quienes sí tenían “contradicciones antagónicas” era con buena parte de la “burocracia sindical y política” que ocupaba tales estructuras. Más allá de la “justicia popular” que pudiera caberle a algunos de ellos -advertían-, el objetivo era aislarlos, restarles apoyos dentro de las propias estructuras que les daban base de sustentación (FAR, 1972a). Como señalamos, esa estrategia podía vislumbrarse ya en los comunicados de abril de 1972, cuando tras la frustración de las OAP las FAR comenzaron a acercarse a Montoneros y proclamaban que la batalla debía darse “en todos los frentes y en todos los terrenos”, yendo a “todos los centros de movilización para

expulsar del movimiento a los traidores”. En términos más concretos, es en esa línea de acción donde debe ubicarse tanto la militancia territorial que comenzaron a desarrollar en Unidades Básicas del PJ como el envío de comunicados y su presencia en las multitudinarias manifestaciones de la JP Regionales durante el segundo semestre de 1972 (FAR, 1972c).

Respecto del FRECILINA, afirmaban que constituía tanto una maniobra táctica de Perón para aislar a la dictadura como, también, una propuesta estratégica para nuclear en torno al MNJ a todos los sectores “dispuestos a luchar por la liberación nacional y social”. En términos del respaldo buscado entre los capitales europeos, lo atribuían a una maniobra espuria del “tándem Frondizi-Frigerio”, cuyo objetivo era utilizar la base social del peronismo para un proyecto de desarrollo capitalista dependiente de una nueva metrópoli (FAR, 1972a). Por el contrario, en su escrito conjunto con Montoneros, lo planteaban como una iniciativa más de Perón para aislar a Lanusse y a la “fracción hegemónica de las clases dominantes” que éste representaba, aprovechando las contradicciones internas de la “burguesía monopolista” (FAR y Montoneros, 1972). Más allá del debate sobre los capitales europeos, frente al nuevo esquema de alianzas trazado por Perón los planteos de las FAR introducen un cambio notable respecto de sus escritos del año 1971: su mayor predisposición a aceptar la existencia de contradicciones internas en la burguesía nacional. Ahora sostenían que si bien la burguesía industrial había sido “casi” totalmente absorbida por la burguesía monopolista, existían “algunos sectores de la burguesía” y “grandes sectores de la pequeña burguesía” cuyos intereses sólo podían satisfacerse junto con los de la clase obrera (FAR, 1972a). El nuevo planteo, más a tono con la alianza de clases propuesta por el FRECILINA, dejaba atrás uno de los tópicos centrales que había marcado el derrotero de los grupos fundadores de las FAR y la perspectiva de la organización durante sus dos primeros años. En la nueva coyuntura, la convergencia con sectores de la burguesía se consideraba viable al menos durante cierto tramo del proceso de liberación nacional y social que impulsaban.

De todos modos, la apuesta central de las FAR tanto en el marco del MNJ como del FRECILINA era otra. Según la organización:

“Nuestro papel es el de confluir y *articularnos* con todos los sectores del peronismo que desarrollan la guerra de liberación *para expresar los intereses de la clase obrera*, tanto en el campo ideológico como en el organizativo. *La organización resultante de ese proceso será el instrumento que ha de constituirse en pilar hegemónico del MNJ, y, por ende, del FCLN*. Sólo así contribuiremos a construir un arma integral para la guerra de liberación.” (FAR, 1972a, el subrayado es nuestro).

Decididamente en coincidencia con la postura “tendencista” de Montoneros, la apuesta por hegemonizar tanto el MNJ como el FRECILINA es clara. Ante la nueva coyuntura, donde la organización corría el riesgo de quedar aislada frente a la renovada importancia que adquirirían las estructuras formales del peronismo, se tornaba acuciante consolidar las fuerzas propias para hegemonizar el movimiento. Si bien la intención de ligarse con sectores sociales más amplios siempre estuvo en el proyecto de las FAR, es en el marco de esta encrucijada política, signada tanto por la apertura electoral como por la puja de poder dentro del movimiento, donde también debe ubicarse el carácter estratégico y la premura que adquirió su “articulación” con “organizaciones de base” y la militancia territorial en UB. Su acercamiento y futura fusión con Montoneros también llevaba inscripta esa lógica.

Ahora bien, tan importante como analizar los posicionamientos de las FAR ante las iniciativas de Perón, resulta abordar los planteos que hacían sobre el propio general en esta nueva coyuntura signada por un tiempo político sumamente vertiginoso.

Perón: un líder popular...

Durante estos meses del segundo semestre de 1972, en que Perón estaba en el centro de la escena pública, se observan en los documentos de las FAR todas las ambivalencias y tensiones que concitaba su figura. Por un lado, en sus escritos y comunicados reconocían de modo entusiasta su liderazgo, al tiempo que varios entrevistados recuerdan -con cierta perplejidad retrospectiva- los arrebatos de fervor en favor del general que experimentaban sobre todo durante las movilizaciones desatadas a partir de su primer retorno. Pero, por el otro, reivindicaban abiertamente la autonomía de la organización para definir su estrategia y métodos de lucha y le dirigían a Perón una serie de críticas apenas matizadas con el argumento de que el general sintetizaba el grado de conciencia alcanzado hasta el momento por el pueblo.

La afirmación de independencia para definir sus propios objetivos y la línea de su accionar es explícita en el “Documento de Actualización Política”. Allí, las FAR proclamaban que como “estructura integrante del MNJ”, la organización “reivindica[ba] su autonomía en lo que hac[ía] a la elaboración política y estratégica”, que definían con “total independencia de juicio”. Y, concientes de la tensión que ello sugería, aclaraban que no existía ninguna incompatibilidad entre esa pretensión y su reconocimiento de la conducción estratégica de Perón. Bajo el argumento de que la estrategia del viejo general no era “una entidad abstracta” a la que las fuerzas revolucionarias pudieran “someterse sin más preocupaciones”, las FAR retomaban las clásicas interpretaciones de la izquierda peronista sobre las posiciones de Perón. Es

decir, la imagen de un líder despojado de voluntad política propia que estaba constreñido a la utilización táctica de las estructuras disponibles de su movimiento, por lo que había que brindarle una nueva alternativa revolucionaria que pudiera elegir.

Más allá de esa fuerte declaración de autonomía, es el “Balido de Rawson” el escrito que más se adentra en la caracterización del rol de Perón, realizando una serie de observaciones críticas que sorprenden por el carácter explícito de su formulación.

En principio, advirtiendo que debía evitarse tanto la mistificación como la negación de su figura, de las que se derivaría su calificación como “líder revolucionario” o bien como “líder burgués”, se afirmaba que Perón era un *líder popular*. Como mencionamos en el capítulo anterior, según los testimonios, esa era la caracterización que las FAR hacían del general. Mientras tanto, Vaca Narvaja, quien participó de la redacción del documento junto a Quieto y Osatinsky, aclara que el escrito fue criticado por la dirigencia montonera que no se encontraba en el penal de Rawson justamente porque calificaba a Perón como líder popular y no como un líder revolucionario (Vaca Narvaja y Frugoni, 2002: 130)²⁶¹. En el mismo sentido, Lewinger sostiene que esa distinta valoración del liderazgo del general era uno de los principales puntos de fricción entre ambas organizaciones fuera de la cárcel (entrevista citada).

La argumentación que sostenía dicha valoración de Perón no era menos controversial que la caracterización misma. Partía de las clásicas consideraciones sobre las limitaciones de las tácticas de “jaqueo y desgaste” del general, quien debía moverse en el “campo del sistema” con los recursos a su disposición, es decir, la “superestructura política y sindical” del movimiento. Como señalamos, era a las fuerzas revolucionarias a quienes les cabía la responsabilidad de generar una alternativa por la que Perón finalmente pudiera optar. Sin embargo, a las limitaciones señaladas, FAR y los dirigentes montoneros presos les sumaban otras: “sus fallas en lo ideológico y su poco clara adhesión a una sólida estrategia de poder”, una afirmación apenas compensada con la aclaración de que tales falencias expresaban las “limitaciones generales del Movimiento” (FAR y Montoneros, 1972). A su vez, las consideraciones del “Balido” daban un paso más. Se afirmaba que la relación establecida entre el líder y las masas correspondía a un “primer plano de la

²⁶¹ Por lo dicho, parece claro que respecto de la valoración de la figura de Perón, las consideraciones del “Balido de Rawson” son más representativas del pensamiento de las FAR que de Montoneros. Además de los dirigentes mencionados, es probable que participaran de su redacción los militantes de mayor jerarquía de ambas organizaciones que estaban detenidos en Rawson. Ellos eran Alberto Camps, Alfredo Kohon, Carlos Astudillo, María Angélica Sabelli y María Antonia Berger por las FAR, y Mariano Pujadas, Susana Lesgart y Ricardo René Haidar por Montoneros. De ellos, sólo Camps, Berger y Haidar lograron sobrevivir a la masacre de Trelew del 22 de agosto de 1972 que se produjo tras la fuga del 15 del mismo mes.

conciencia” del pueblo. Perón unificaba las voluntades de las masas y sintetizaba políticamente sus avances, pero ese tipo de relación correspondía a una primera etapa del movimiento, cuando el nivel de conciencia del pueblo no había producido aún una herramienta político-militar que lo organizara para la toma del poder. Mientras tanto, la relación que se establecería entre la futura vanguardia y las masas implicaba un “salto cualitativo” que se daría en un “plano superior de conciencia”, propio de la etapa de la guerra popular prolongada. Por si no quedaba claro que el liderazgo de Perón era considerado transitorio y que debía ser reemplazado por el de las organizaciones armadas, FAR y los dirigentes presos de Montoneros explicitaban:

“Pero ¿hay una oposición entre el accionar de Perón y el de nosotros, gérmenes de esa futura vanguardia? No, el grado de conciencia actual alcanzado por el pueblo se expresa en su relación con el líder que, como Perón, sintetiza sus esfuerzos. Paralelamente a ello va surgiendo y consolidándose su vanguardia: el EPM [Ejército Peronista Montonero], que va planteando formas de organización superiores, acordes con mayores niveles de conciencia y *va convirtiéndose en dirección del Movimiento.*” (FAR y Montoneros, 1972, el subrayado es nuestro)²⁶².

Dentro de la perspectiva que hemos esbozado, en que las elecciones terminaron por aceptarse como una táctica al servicio de la creación del Ejército popular y las FAR reivindicaban abiertamente su autonomía dejando entrever sus apuestas hegemónicas, resulta comprensible que nunca asumieran para sí el rol de “formaciones especiales” que les adjudicaba Perón. Es decir, la idea de que constituían una fuerza armada que así como podía ser útil en una coyuntura determinada, también podía ser desactivada si la estrategia del general lo demandaba. De hecho, en los testimonios, esa denominación es rechazada de modo rotundo como “una cosa de Perón” (“Militante de FAR 1”). Al mismo tiempo, como ya hemos mostrado, si bien las FAR desplegaron en este período una política tendiente a “articularse” con “organizaciones de base” y a insertarse territorialmente en distintas UB, no por ello dejaron de realizar acciones armadas, ni consideraron que aquellas debían supeditarse a una apertura electoral que, en definitiva, no era su objetivo estratégico. Pero además, dichas acciones, sobre todo las de mayor resonancia pública como la “ejecución” del General Juan Carlos Sánchez, la propia fuga del penal de Rawson y otras que mencionaremos después, constituían una demostración de poder cuyo destinatario no era sólo la dictadura. Por esa vía, las FAR también buscaban posicionarse en la puja interna del movimiento e imponerse como un actor

²⁶² Como mencionamos, las consideraciones del “Balido” intentaban fijar acuerdos entre FAR y Montoneros como aporte para la fusión entre ambas organizaciones. Allí, se proponía que el futuro Ejército popular que buscaban gestar se denominara “Ejército Peronista Montonero”.

con el cual Perón tuviera que contar. Así ilustra el siguiente testimonio la lógica del accionar de la organización durante esos meses:

“Yo me acuerdo que teníamos una discusión con Montoneros porque planteaban que en la etapa de la campaña electoral había que bajar el nivel de la acción militar y nosotros decíamos lo contrario. Ese fue el motivo por el que Montoneros no se integra a la fuga de Rawson. Y lo que nosotros hacíamos era lo contrario, me acuerdo que el ejemplo que usábamos era la guerra de Vietnam y las negociaciones en Ginebra. Cuanto más hacés acciones armadas, más capacidad de negociación tenés.

P: ¿Tiene Perón, por ejemplo, para volver?

R: *No, tenemos nosotros.*

P: Ah, claro. Uds. para posicionarse, negociar su presencia en esa estrategia, entiendo.

R: Esa era la idea, que no era la de Montoneros. Montoneros era más de un respeto a lo que Perón planteaba.” (Entrevista a Lewinger, el subrayado es nuestro).

La “metáfora vietnamita” había sido utilizada por el propio Perón un año atrás, cuando afirmaba que la “vía de la lucha armada [era] imprescindible”. Por entonces, sostenía que con sus acciones las organizaciones armadas: “patean para nuestro lado la mesa de las negociaciones y fortalecen la posición de los que buscan una salida electoral limpia y clara”. Y advertía que “sin los guerrilleros del Viet Cong atacando sin descanso en la selva, la delegación vietnamita en París [habría tenido] que hacer las valijas y volverse a casa” (Anzorena, 1988: 174). De ese modo, el general avalaba el accionar de las “formaciones especiales”, aunque también evidenciaba el uso instrumental que les daba en su estrategia. A su vez, si con el correr de los meses se volvía cada vez más claro que Perón instrumentaba a la guerrilla al servicio de una estrategia electoral, el testimonio citado muestra que las FAR le otorgaban a la “metáfora vietnamita” un sentido muy distinto del que le había dado Perón.

La campaña electoral y el progresivo acercamiento a Montoneros

Tras 17 años de exilio, en noviembre Perón retornó al país. Había anunciado en tono conciliador que volvía en son de paz y para garantizar la reconciliación de todos los argentinos, aunque entre tanto Héctor Cámpora, su delegado personal y vicepresidente del PJ, estrechaba filas con la juventud y se hacía presente en las manifestaciones de la JP Regionales, donde se aclamaba a las organizaciones armadas en las que varios de los dirigentes juveniles ya se habían encuadrado. Por su parte, las FAR, como también otros sectores del movimiento, preveían el lanzamiento de una insurrección si la dictadura no dejaba ingresar al país al general, lo cual evidentemente no tuvo lugar ya que el 17 de noviembre Perón aterrizó en Ezeiza²⁶³.

²⁶³ Previendo que la dictadura impediría su llegada, las FAR distribuyeron una serie de instrucciones que indicaban tomar barrios y fábricas, cortar rutas, acopiar elementos para armar barricadas, etc. (FAR, 1972h). De hecho, un miembro de la organización recuerda haber participado de esos preparativos en la zona de Morón (“Militante de FAR 1”). A su vez, Elbio Alverione relata que también se preparaba un alzamiento de militares peronistas si esa eventualidad tenía lugar. En la ESMA, los preparativos fueron

Una multitud se movilizó para recibirlo, pero un fuerte dispositivo de seguridad frustró el intento y el general se dirigió a la residencia de la calle Gaspar Campos, en Vicente López, donde tenía previsto instalarse. Durante varios días desfilaron por allí enormes columnas de la JP, al tiempo que el general organizó un encuentro con la dirigencia de las organizaciones armadas al que concurrió Arturo Lewinger en nombre de las FAR²⁶⁴. A su vez, en plenas tratativas electorales, Perón se reunió con la dirigencia de diversos partidos políticos, entre ellos antiguos adversarios como Ricardo Balbín.

Tras un mes de estadía en el país el general partió nuevamente no sin antes realizar dos movimientos claves: constituir el FREJULI, un frente electoral que además del peronismo incluía al MID, al Partido Popular Cristiano, Conservador Popular y a una rama del socialismo liderada por Jorge Selser, y nombrar a Cámpora como candidato presidencial. El peronismo concurriría a elecciones pero el candidato no sería su líder. La designación, que fue apoyada por la JP, Montoneros y FAR, generó las resistencias del aparato sindical encabezado por Rucci y Coria, quienes, tras haber propuesto a Antonio Cafiero, ahora amenazaban con no aceptar otra candidatura que la de Perón. Pese a todo, apenas un día después de la partida del general, el Congreso del PJ proclamaba la fórmula “Cámpora-Solano Lima” que luego sería adoptada por el FREJULI.

A fines de enero de 1973 se lanzó oficialmente la campaña electoral del nuevo Frente, signada por una dinámica de creciente movilización, radicalización política y consignas desafiantes, donde la juventud, Montoneros y FAR tuvieron una presencia protagónica pegando afiches, realizando pintadas, abriendo Unidades Básicas y organizando manifestaciones. Tras la designación del candidato del FREJULI, la JP había acuñado la conocida consigna “Cámpora al gobierno, Perón al poder”. FAR y Montoneros consensuaron otra que también adquirió predicamento entre la juventud: “Con el Frente ganaremos las elecciones, con el Ejército Peronista tomaremos el poder” -o, en

descubiertos antes de tiempo, lo que precipitó una sublevación al mando del teniente Julio César Urien que reunió a unos 80 hombres, en su mayoría suboficiales (Chaves y Lewinger, 1998: 141-145).

²⁶⁴ Según Gasparini (2008: 48-49), al salir de la reunión Arturo Lewinger manifestó entusiasmado que todo marchaba “a las mil maravillas”, acotando: “fue emocionante, hasta me acarició la cabeza”. Se desconoce el contenido del encuentro aunque el relato sugiere que fue alentador para las organizaciones armadas. Aún así, la candidez de las palabras de Lewinger parece sorprendente en relación con los planteos de las FAR que hemos analizado. Sin embargo, están a tono con algunas anécdotas relatadas por su hermano Jorge en una semblanza que realizó en ocasión de su muerte (S/d. autor, 1975a). Allí relató que durante las encarnizadas discusiones que antecedieron a la peronización de las FAR, Arturo llegó afirmar que “Perón era bueno” para convencer a sus compañeros. Por otra parte, se sabe que por esos meses el general también se reunió en Europa con dirigentes de las organizaciones armadas, entre ellos Quieto, quien todavía no había vuelto al país tras la fuga de Rawson (Anzorena, 1988 y Gasparini, 2008).

su versión reducida: “Con el Frente al gobierno y con las armas al poder”- (FAR, 1973c).

La consigna expresaba de modo diáfano la postura de las FAR ya analizada. En sus comunicados reafirmaban que con las elecciones se ganaría “una batalla pero no la guerra” y que los comicios y el gobierno popular resultante serían “avances importantes para el campo popular” pero que el objetivo final era la “toma del poder”. La historia del peronismo mostraba que si el pueblo no estaba organizado y armado esos avances populares serían desconocidos por los “dueños del poder económico y militar”. En definitiva, aclaraban, en esta etapa lo fundamental era la movilización y organización de las masas en función de la construcción del instrumento que permitiría la toma del poder: “el Ejército Peronista como fuerza hegemónica del campo popular” (FAR, 1973 d, e y f). Dichas consideraciones eran compartidas por Montoneros, al punto que al calor de un trabajo político cada vez más mancomunado, las FAR invitaban a sus militantes a firmar con las siglas de ambas organizaciones todos sus panfletos de campaña (FAR, 1973c). Poco después, los planteos señalados fueron rubricados en un comunicado conjunto (FAR y Montoneros, 1973a).

La dinámica política de esos meses no estuvo signada sólo por la radicalización de las consignas de campaña. En el caso de las FAR, el 28 de diciembre habían matado al contralmirante recientemente retirado Emilio Berisso, a quien responsabilizaban por la masacre de Trelew (FAR, 1972g)²⁶⁵. Tras esos hechos, Perón abandonó el tono “pacificador” que lo había caracterizado durante su estadía en el país y declaró ante la prensa que “si tuviera 50 años menos, no sería incomprensible que anduviera ahora colocando bombas o tomando justicia por mano propia” (Anzorena, 1988: 229). Días después, en un conocido reportaje para la revista *Mayoría*, retomó su discurso confrontativo. Allí declaraba que los militares eran una “banda de gángsters”, avalaba la consigna “Cámpora al gobierno, Perón al poder” y advertía: “o la juventud toma esto en sus manos y lo arregla, aunque sea a las patadas, pero lo arregla, o no se lo va arreglar nadie”. Como era usual, en el mismo reportaje atemperaba esas palabras afirmando el valor de las elecciones, un terreno donde sostenía tener el triunfo asegurado. En ese sentido, aunque sin abandonar el tono amenazante, declaraba: “Se lo he dicho a los muchachos y los muchachos se han parado, porque estaban para más.” (Bonasso, 1997: 352-353). Sin embargo, las acciones armadas continuaron. El 22 de enero las FAR se adjudicaron la muerte de Julián Moreno, secretario adjunto de

²⁶⁵ *Clarín*, 29/12/72. Berisso había sido asesor de la delegación militar argentina en la Junta Interamericana de Defensa en Washington. Además, desde febrero de 1971 y hasta su reciente retiro, había ocupado el cargo de Jefe de Política y Estrategia del Estado Mayor General Naval.

la UOM de Avellaneda, debido a que junto con parte de su gremio había desobedecido las órdenes de Perón respecto de las candidaturas del FREJULI en Buenos Aires. En la prensa circuló la versión de que el hecho respondía a una interna sindical y que el comunicado era falso. En este caso, Perón se hizo eco de los rumores y declaró que consideraba apócrifa la firma de “esa formación especial”, atribuyendo el atentado a “provocadores”²⁶⁶.

Entre tanto, las iniciativas de la dictadura de Lanusse no hacían más que envolver a todos los protagonistas en un clima de desconcierto e incertidumbre (De Riz, 1989: 51). Durante esos meses, la Cámara Federal en lo Penal denunciaba a Perón por incitación a la violencia colectiva, la Junta de Comandantes amenazaba con proscribir al FREJULI por la consigna “Cámpora al gobierno, Perón al poder” y prohibía el retorno del general antes de las elecciones. Todo ello acrecentaba los rumores sobre la efectiva concreción comicios y contribuía al discurso confrontativo del peronismo y de su líder, quien no dudaba en afirmar que el movimiento estaba preparado “para otras cosas además de votar” (Gillespi, 1998: 137).

Pese a todo, las elecciones finalmente tuvieron lugar y el 11 de marzo de 1973 el FREJULI triunfó con el 49,6 % de los votos, frente al 21,3% obtenido por la UCR que quedó en segundo lugar.

Como mencionamos, siguiendo la lógica de consolidar las fuerzas propias, durante la campaña electoral las FAR trabajaron de modo cada vez más estrecho junto a Montoneros, una tendencia que se consolidará tras los comicios. Ese acercamiento había tenido su puntapié inicial el año anterior, sobre todo tras la frustración de las OAP en abril, el alejamiento de las FAR de las nuevas posiciones de las FAP y los acuerdos establecidos en Rawson con algunos dirigentes montoneros. Tal como señalamos, esos meses de 1972 fueron claves en términos de la reorientación de los planteos de las FAR ya que se acercaron cada vez más a la postura “tendencista” de Montoneros. Aún así, persistían algunas diferencias donde se perciben ciertas huellas de origen de las previas posiciones de las FAR. Una de ellas, que ya hemos mencionado, era su distinta valoración del liderazgo de Perón, que las FAR

²⁶⁶ Sobre el hecho *LN* y *Crónica*, 23/1/73. En diciembre, Luis Guerrero, secretario general de la UOM de Avellaneda, también había sufrido un atentado -en su caso frustrado-, que Bonasso (1997: 370) le atribuye a las FAR y Gillespi (1998: 154) a Montoneros. Tiempo antes, Guerrero se había postulado a vice de Manuel Anchorena -un acaudalado terrateniente peronista de derechas- para la gobernación de Buenos Aires, contrariando las instrucciones de Perón respecto de tales candidaturas. Poco después, ante la oposición generada al interior del movimiento, ambos tuvieron que desistir de su empeño. Julián Moreno, muerto junto a su chofer Argentino Deheza, también había formado parte de la maniobra, por lo que el comunicado de las FAR (1973g) lo acusaba de “traidor a Perón”. A primera vista, el escrito no parece apócrifo. En cualquier caso, la muerte de Moreno, incorporada a la lista de “traidores al pueblo y a Perón” alcanzados por la “justicia popular”, fue reivindicada por las FAR en comunicados posteriores.

consideraban un “líder popular” y la mayor parte de la dirigencia montera un “líder revolucionario”. La otra tiene que ver con la forma de caracterizar la “contradicción principal” del país en la nueva etapa que se abría y puede rastrearse en algunos documentos que ambas organizaciones intercambiaron por entonces, ya con vistas a su fusión (Montoneros, 1973; FAR, 1973h). Montoneros definía tal contradicción principal bajo los términos “Nación-Imperialismo”. Por su parte, las FAR acordaban en que dicha formulación permitía visualizar la característica esencial del país que era su dependencia, pero requerían que se explicitara claramente las clases y sectores que integraban cada uno de esos campos antagónicos. Según su visión, el riesgo de aquella formulación era no subrayar lo suficiente que el imperialismo había penetrado en la estructura económica argentina -o que constituía un “factor interno” tal como había sostenido VR años atrás- y, por lo tanto, concebir como enemigo sólo al capital extranjero. De allí que las FAR sugirieran a Montoneros precisar la formulación de esa contradicción aclarando que la misma enfrentaba a la alianza constituida por el imperialismo y la oligarquía nativa (donde incluían a la alta burguesía industrial, financiera, comercial y agropecuaria) con la clase obrera, demás sectores populares y la mediana burguesía urbana y rural. Como ya mencionamos, a diferencia de sus planteos de 1971, ahora las FAR sí consideraban viable la convergencia con la mediana burguesía durante cierto tramo del proceso de liberación nacional y social que impulsaban. Según aclaraban, la etapa que abierta tras los comicios no estaba signada por una política “aniburguesa”, sino “antiimperialista, antimonopólica y antioligárgica, como primer paso en la transición al socialismo”. Por tanto, en esa etapa, las contradicciones de la clase obrera con la mediana burguesía eran de carácter secundario (FAR, 1973h: 617-623).

Pese a que el análisis de la fusión entre ambas organizaciones excede los objetivos y el período abordado en esta tesis, apuntemos que si bien el “Acta de Unidad” fue fechada el 12 de octubre de 1973 -nada menos que el día en que Perón asumió su tercera presidencia- (FAR y Montoneros, 1973f), el proceso de convergencia había sido puesto en marcha meses atrás. En realidad, de acuerdo al testimonio de Perdía, la decisión de fusionar ambas organizaciones bajo el nombre Montoneros fue tomada de modo contemporáneo a la victoria electoral. A su vez, según su relato, dada la dificultad que entrañaba unificar las estructuras que FAR y Montoneros habían desarrollado a lo largo del país, lo primero que se hizo fue constituir la nueva conducción nacional, que sería la encargada de dirigir el resto del proceso (Perdía, 1997: 179-180). De hecho, a partir de la victoria electoral las principales declaraciones

públicas de ambas organizaciones se realizaron de modo conjunto (FAR y Montoneros, 1973a, b, c, d y e) y las agrupaciones de activistas con que ambas se habían ligado fueron confluyendo en los “frentes de masas” que se lanzaron entre abril y mayo, entre ellos la JUP, la UES y la JTP. Para entonces, Montoneros era una organización mucho más numerosa que las FAR. Ya se había fusionado con Descamisados y, sobre todo, había crecido exponencialmente gracias a sus ligazones con variadas agrupaciones de activistas, sobre todo con la JP. Lo cual, se evidenció tanto en la composición de la nueva conducción nacional como en el reparto de todos los cargos intermedios de la organización unificada. De acuerdo a Perdía, la conducción nacional quedó integrada por 8 miembros, 5 de Montoneros y 3 de las FAR, al tiempo que los dos primeros puestos de esa estructura correspondieron a la primera organización, donde Roberto Quieto ocupaba recién el tercer lugar²⁶⁷. Según se convino, dichas proporciones (5 a 3) luego fueron utilizadas como factor de “corrección política” en la distribución de los cargos del resto de los ámbitos militantes que debían unificarse. En definitiva, durante los meses que siguieron a las elecciones, en que las conducciones nacionales de ambas organizaciones ya habían decidido la convergencia, la realidad de las FAR estuvo signada por la perspectiva de su fusión con Montoneros. A partir de allí, lo que siguió fue un proceso que asumió una dinámica específica en cada una de las regionales y “frentes de masas” implicados y que requiere un abordaje empírico particularizado que, como mencionamos, excede los alcances de esta investigación.

No existen investigaciones que indiquen si esa fusión tuvo algún peso específico en la dinámica posterior de Montoneros, y las memorias sobre la cuestión son disímiles. Nuestros entrevistados, afirman haber considerado estratégica la convergencia, pese a que buena parte de ellos reivindican su previa filiación con las FAR por sus posiciones menos “movimientistas” y “más de izquierda”. En cualquier caso, ninguno sostiene que las derivas posteriores de Montoneros se hayan debido a la fusión. Por su parte, los testimonios de algunos ex dirigentes montoneros tienden a atribuir las posiciones que hoy consideran erradas a las tendencias “militaristas” y de mayor afinidad con la izquierda de las FAR (Perdía, 1997 y Amorín, 2005). La dinámica de

²⁶⁷ Según Perdía (1997: 180), la conducción nacional se constituyó del siguiente modo: 1- Mario Eduardo Firmenich (Montoneros); 2- Roberto Cirilo Perdía (Montoneros); 3- Roberto Quieto (FAR); 4- Carlos Alberto Hobert (Montoneros); 5- Raúl Clemente Yáguer (Montoneros); 6- Julio Roqué (FAR); 7- Horacio Mendizábal (incorporado a Montoneros tras su fusión con Descamisados) y 8- Marcos Osatinsky (FAR). Gasparini (2008: 142) brinda en este punto un testimonio divergente. Apunta que, en realidad, Roberto Quieto ocupaba el 2º lugar en la conducción nacional, del que habría sido despromovido al 3º recién en 1975, el año en que lo mataron. Según su relato, por entonces Quieto había solicitado alejarse de la conducción nacional por diferencias políticas -que no especifica- y problemas personales, pedido que fue rechazado por sus pares, quienes lo despromovieron por ello.

esa nueva organización fusionada durante el período democrático abierto en 1973 forma parte de otra historia.

Conclusiones

A lo largo de esta tesis hemos reconstruido y analizado el proceso de gestación y desarrollo de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, una de las organizaciones armadas peronistas de las cuales no se contaba con ningún trabajo de investigación específico. Abordamos esa tarea considerando a las FAR como exponente de un conjunto de problemáticas más amplias que fueron claves en las décadas del sesenta y setenta: la peronización de importantes sectores de izquierda, particularmente de sus filas juveniles de clase media ilustrada, la legitimación de la violencia como forma de intervención política y la opción por la lucha armada como modalidad específica de ponerla en práctica. Esos procesos generales se gestaron al calor de las transformaciones y rupturas producidas en distintas tradiciones político-culturales, fundamentalmente el peronismo, el catolicismo, el nacionalismo y la izquierda. En términos generales, las FAR fueron un emergente de la radicalización del propio campo peronista y Montoneros del mundo del nacionalismo y los cristianos postconciliares, origen este último compartido con los militantes de Descamisados. Considerando el conjunto de las organizaciones armadas peronistas, creemos que el principal aporte de esta tesis sobre las FAR ha sido mostrar un *tercer cauce* a través del cual discurrió el proceso de radicalización política del período: las profundas reconfiguraciones operadas en la cultura política de la izquierda argentina. Tanto de sus tradiciones político-ideológicas, deudoras del pensamiento liberal y sumamente críticas del peronismo, como de sus formas de hacer política, que privilegiaban los métodos legales de lucha y donde la violencia figuraba, a lo sumo, como un recurso de última instancia ejercido en forma masiva luego de una gran insurrección popular. De allí que nuestra indagación se haya movido en ambas direcciones, intentando comprender el proceso de *doble ruptura* respecto de esas tradiciones que expresa el itinerario de formación y desarrollo de las FAR. Como mencionamos, se trataba de analizar, tanto en sus orígenes, como en su desarrollo e implicancias, el proceso de identificación de las FAR con el peronismo, cuyos antecedentes se remontan a las reinterpretaciones de sus grupos fundadores sobre el fenómeno, y su dinámica de funcionamiento como organización político-militar, gestada al calor de los sucesivos cambios de estrategias que aquellos grupos habían ensayado para lograr la liberación nacional y social deseada. Dadas esas intenciones, resultó indispensable retrotraernos

hasta principios de la década del sesenta, único modo de explicar cómo se fue perfilando ese *tercer cauce* de radicalización y peronización de la izquierda y la impronta distintiva que dejó en las FAR, así como la trama social y política más amplia de la cual la organización fue un emergente.

Las nociones de *tercer cauce* y *doble ruptura* constituyeron, de hecho, las ideas-fuerza que animaron esta tesis y que esperamos la investigación haya logrado evidenciar. Al mismo tiempo, cabe destacar dos matizaciones sugeridas en la introducción y problematizadas a lo largo del trabajo, que nos permitieron complejizar esas ideas-fuerza.

En principio, dado que en la historia las rupturas son siempre relativas, hemos destacado tanto los *cambios* como las *continuidades* que signaron ese largo itinerario. Por un lado, porque el proceso de *doble ruptura* señalado se fue gestando de modo gradual y progresivo, al tiempo que los nuevos planteos conservaron ciertas *huellas de origen* -el marxismo como método de análisis y la reelaboración del legado guevarista- que le imprimieron a las concepciones y el estilo de accionar de las FAR su perfil particular. Por el otro, porque los nuevos planteos no permanecieron indemnes ante la vertiginosa dinámica política nacional, por lo que también era necesario explicar las variaciones que experimentaron -y la coyuntura política específica que las promovió-, de modo de volver comprensible su posterior fusión con Montoneros.

En segundo lugar, si es indispensable matizar tales rupturas señalando las continuidades que subyacieron en ese derrotero, también cabe advertir que el *tercer cauce* de radicalización que le otorgó a las FAR su impronta distintiva no impidió que sus planteos convergieran y lograran acoplarse con los de organizaciones provenientes de orígenes disímiles, y que resultaran atractivos para militantes formados en otras tradiciones político-culturales. De hecho, las transformaciones que todas esas tradiciones experimentaron en el período, y los puentes y confluencias que posibilitaron, constituyen una de las claves de la envergadura que alcanzó el fenómeno de la “nueva izquierda”. En ese sentido, desde sus inicios las FAR lograron sumar a militantes formados en el catolicismo postconciliar, influidos por el diálogo entre “cristianos y marxistas” y que, para entonces, ya habían pasado de la “opción por los pobres” a la “opción por el peronismo” (los del grupo de Tucumán). Al mismo tiempo, desde principios de 1971, cuando las FAR se identificaron públicamente como peronistas, se abrió una nueva dinámica política para la organización. A partir de entonces, no sólo se incorporaron activistas de izquierda que emprendían el mismo camino de peronización que los fundadores de las FAR. También lo hicieron militantes

de larga trayectoria peronista atraídos por el discurso de una organización que reivindicaba su misma identidad política desde una visión de izquierda y apelando a un lenguaje decididamente marxista. Es decir, activistas cuyas trayectorias expresaban la dinámica inversa: la progresiva redefinición del peronismo que se venía operando entre las propias filas del movimiento (militantes de la regional Mendoza y de La Plata, entre otros).

Teniendo en cuenta estas consideraciones y siguiendo la lógica arriba señalada tendiente a rastrear tanto rupturas como persistencias, a continuación destacaremos las principales claves del itinerario analizado a lo largo de la tesis.

Respecto de la etapa de los orígenes de las FAR (1960-1970) y en términos del proceso de *doble ruptura* señalado, el tema dominante fue el de la opción por la lucha armada, una discusión en que la Revolución Cubana tuvo un impacto notable. Leída desde una dinámica política local signada por proscripciones y dictaduras, forjadora de nuevas convicciones o ejemplo histórico al que se apelaba para confirmar creencias previas, es difícil exagerar la influencia que tuvo entre los militantes que formaron las FAR. Aún así, en el período de gestación de sus grupos fundadores (1960-1966), el impacto inicial del proceso cubano no tuvo tanto que ver con el método guerrillero como ejemplo a seguir sino con el de las “etapas” de la revolución, el primer debate que estuvo en juego. Durante los primeros años de la década, estos militantes forjaron la convicción -los disidentes del PC- o bien confirmaron las creencias previamente sostenidas en clave trotskista -los provenientes del MIR-Praxis- respecto de que la revolución en Argentina sería un proceso de liberación simultáneamente nacional y social. En todos los casos, el planteo se erigía impugnando la línea política medular del PC, que separaba en dos las tareas de liberación nacional y las socialistas, impulsando en lo inmediato una revolución “democrático-nacional” en que las alianzas con la burguesía nacional jugaban un rol central. Por entonces, ese debate supo conjugarse con otros temas, como la búsqueda de un “camino nacional” o latinoamericano al socialismo, en línea con el resto de los países del tercer mundo, y la idea de que allí las revoluciones socialistas no las hacían los partidos comunistas sino los grandes movimientos nacionales. Una convicción que además de contribuir a desacreditar al PC, también influirá en sus reinterpretaciones del fenómeno peronista. Saldada la discusión contra la concepción “etapista”, que implicaba situar en primer plano la “actualidad” de la revolución socialista, la cuestión que se impuso fue el debate sobre las “vías” hacia ella. También en este caso se refutaba otro de los planteos centrales que el PC sostenía en línea con la política soviética: la posibilidad

de acceder al socialismo por vías pacíficas. No obstante, bajo esa perspectiva los grupos por los que transitaban los fundadores de las FAR hasta mediados de los sesenta vislumbraron alternativas sumamente diversas, desde estrategias de visos insurreccionales con fuerte énfasis en el trabajo político de inserción territorial (el MIR-Praxis y sus transformaciones desde 1961) hasta la apuesta por un golpe militar de base popular y estilo nasserista (el 3MH). En este sentido, el primer acercamiento hacia la estrategia guerrillera que se registra tuvo que ver con los disidentes del PC, puntualmente con los contactos de VR, donde militaba Roberto Quieto, con el EGP de Masetti. Como puede verse, la convicción de que la revolución requeriría formas concretas de violencia estaba instalada antes de la dictadura que Juan Carlos Onganía instauró en 1966. Sin embargo, no podría exagerarse su impacto en términos de la precipitación de todas estas cuestiones. A partir de entonces, el grupo de Lewinger descartó la existencia de “sectores nasseristas” en el Ejército y optó por el camino cubano, al tiempo que los grupos escindidos del PC hallaban en el escenario abierto por la dictadura el contexto propicio para poner en práctica su convicción de que la lucha armada era la única vía posible al socialismo.

El período de los orígenes más inmediatos de la organización (1966-1970) es el de la participación de los grupos que fundarán las FAR en proyectos guevaristas. En esta etapa lo que se observa es el pasaje desde una estrategia continental y fuerte énfasis en la guerrilla rural hacia otra de alcance nacional que terminará privilegiando la lucha urbana. Ese tránsito también fue gradual, al punto que los grupos fundadores de las FAR participaron de la sección argentina del ELN dirigido por Inti Peredo hasta fines de 1969, una experiencia que, como vimos, quedó invisibilizada en los documentos donde la organización narró sus orígenes. Diversos factores convergieron impulsando ese pasaje: la muerte de Inti Peredo y la desarticulación del ELN argentino, el propio antecedente que éste había sentado en términos del accionar urbano (el “operativo Minimax”), la influencia de los Tupamaros y, de modo progresivo, los balances sobre el fracaso de los movimientos latinoamericanos que habían promovido la guerrilla rural como forma dominante o exclusiva de lucha y la derrota del propio Guevara en Bolivia. A ello se sumó, también paulatinamente, el efecto “nacionalizador” producido por la revalorización de la experiencia peronista, acicateada por la combatividad mostrada por la clase obrera durante el Cordobazo y los debates que los grupos fundadores de las FAR mantenían con las FAP. Desde entonces, la organización sostendrá que la continentalización de la lucha sólo podría darse a posteriori, a partir de la coordinación de movimientos nacionales iniciados de modo independiente y en sintonía con las

particularidades de cada país. A su vez, si bien la idea de montar un foco en el campo nunca desapareció como planteo estratégico, ya no orientará sus prácticas políticas concretas. De todos modos, más allá del alcance nacional o continental de la lucha y de su forma rural o urbana, las FAR conservaron como *huella de origen* de este itinerario la enorme importancia otorgada a la acción armada como foco irradiador de conciencia entre las masas, como hemos evidenciado a través de sus reelaboraciones posteriores del legado guevarista y de la lógica de sus prácticas políticas, sobre todo durante sus dos primeros años aunque con persistencias después.

Si bien la opción por la lucha armada fue el tema dominante del período de los orígenes, que culmina justamente con la constitución de las FAR como organización político-militar, las discusiones en torno al peronismo también estuvieron presentes.

Más allá de los matices analizados en relación con cada uno de los grupos por los que transitaban los fundadores de las FAR hasta mediados de los sesenta, lo que puede verse es un proceso de reinterpretación del peronismo que implicó la revalorización del papel que había jugado entre las masas. Desde entonces, ya no lo consideraron un “desvío” sino un “momento” con rasgos positivos para el desarrollo de la conciencia obrera. De todos modos, ninguno de esos grupos dejó de pensar que su rol histórico había concluido y que debía ser superado. Ya sea a través de un amplio movimiento popular que sintetizara los avances del yrigoyenismo y el peronismo, un planteo donde resulta notable la influencia del revisionismo histórico y el nacionalismo popular (el MIR-Praxis tras 1961 y el 3MH), o de una nueva vanguardia que de modo difuso llegó a proyectarse como simultáneamente política y militar (VR). Unos años después, en los escritos de Olmedo de la época del ELN y donde todavía se postulaba la formación de una vanguardia político-militar externa al movimiento, ya se insinúa la pista de análisis que guiará a las FAR en su búsqueda por hallar la clave de interpretación del fenómeno peronista: la “experiencia vivida” por los trabajadores bajo su gobierno y el papel que aquella identidad política había jugado tras 1955. Aún así, fue en 1970, en vísperas de su presentación pública, cuando la organización comenzó realmente a interrogarse sobre la pertinencia o no de esa posición de exterioridad frente al peronismo de la vanguardia político-militar que pretendía gestar.

Esta *segunda ruptura* -la identificación de la organización con el peronismo- terminó de concretarse durante el período de existencia pública de las FAR (1970-1973), más precisamente a principios de 1971, luego de una serie de discusiones que también quedaron invisibilizadas en sus documentos más importantes. Fue entonces cuando la conducción de las FAR terminó de forjar una convicción y logró conseguir el consenso

interno necesario para actuar en consecuencia: dada la historia reciente argentina, las posibilidades revolucionarias en el país sólo podían pasar por la radicalización de la experiencia peronista de los trabajadores. Esta “opción” por el peronismo no implicó que desaparecieran las resistencias que los militantes de las FAR les habían planteado a sus dirigentes en 1970, ni las críticas que éstos últimos realizaban a las posiciones “movimientistas” de las FAR en las discusiones que ambas organizaciones mantuvieron ese año. Por el contrario, las *continuidades* respecto de este punto son notables, como hemos evidenciado a través de las semejanzas existentes entre la posición renuente al movimientismo de 1970 y la forma crítica en que las FAR asumieron el peronismo como identidad política propia en 1971. Esa visión crítica tenía que ver con una clara afirmación del socialismo como objetivo final de su lucha - que la doctrina de la conciliación de clases trazada en 1945 parecía invalidar-; el profundo rechazo hacia la dirigencia sindical y política del movimiento; su renuencia a toda alianza con la burguesía nacional -que el gobierno justicialista había expresado y proclamado en su doctrina- y, sobre todo, con las evidentes desconfianzas que les despertaba el liderazgo de Perón. Sin embargo, todas esas cuestiones remitían al estado *actual* del peronismo, mientras que la decisión de las FAR se fundó en una apuesta por desarrollar sus *potencialidades* revolucionarias. En este sentido, se trató de una *decisión* y de una *apuesta política* en el sentido fuerte de ambos términos, de posibilidades concebidas sin garantías de éxito, cuya concreción, de acuerdo al tono muy propio de la época, dependería de la *voluntad* de los militantes. De su acción - junto con la de todos los que luchaban en la misma dirección- dependería que el peronismo se convirtiera en un movimiento de liberación nacional que condujera al socialismo, expresando los “auténticos” intereses de la clase obrera. En este punto, existía una enorme confianza en que la propia dinámica del proceso revolucionario terminaría consolidando la claridad ideológica de los trabajadores y marginando tanto a la “burocracia” peronista como a la burguesía nacional, si es que algún sector de ella había decidido sumarse al proceso. En realidad, entre todas las resistencias previas a su identificación con el peronismo y que persistieron después, el tema central siempre fue el liderazgo de Perón. Y ello porque desde la perspectiva de las FAR, más allá de cuál fuera el resultado del combate con los enemigos, sólo aquel podía poner en juego la viabilidad de la apuesta en el campo propio. En este sentido, en el caso de las FAR las reticencias frente al liderazgo Perón son claras desde los primeros tiempos de la organización. Resultan evidentes en las entrevistas, pero también en las aspiraciones planteadas en sus documentos de la época: constituirse en la vanguardia político-

militar de un movimiento que ya tenía un líder, como forma de garantizar la hegemonía de los intereses de la clase obrera dentro del peronismo y que éste pusiera en marcha un proceso socialista. Como, también, en sus intentos de definir cuál era la “visión legítima” del peronismo y cuáles debían ser sus formas organizativas y métodos de lucha. Todas esas aspiraciones prefiguraban futuras tensiones con Perón, quien a los ojos de las FAR era un “líder popular” capaz de impulsar ciertos tramos del proceso de liberación argentino, pero no un “líder revolucionario”, como sostenían las FAP durante sus primeros años y buena parte de la dirigencia montonera aún en 1972.

La “opción” de las FAR por el peronismo se basó en un análisis -que operaba también como predicción política destinada a movilizar voluntades colectivas-, donde se percibe claramente una de las *huellas de origen* de ese *tercer cauce* a través del cual se formó la organización. Nos referimos a los lentes marxistas desde los cuales construyó su visión sobre el peronismo y la posibilidad de conjugarlo con el socialismo. En definitiva, a esa convergencia entre marxismo y peronismo planteada en sus principales documentos de 1971, que permaneció en la memoria militante de sectores afines y que le otorgó a las FAR su perfil distintivo. Esa posición en que la organización buscaba instalarse explica que librara sus disputas -por cierto de orden muy diverso- en dos frentes simultáneamente. Por un lado, contra los sectores “conciliadores” del peronismo, las cuales se tornaron especialmente álgidas a partir del lanzamiento del GAN en 1971 y el intento de Alejandro Lanusse de sumarlos a su proyecto. Y, por el otro, contra la izquierda armada no peronista. En ese sentido, su apuesta implicaba una lucha por incidir tanto en las disputas por la “visión legítima” del peronismo como en aquellas destinadas a definir la “visión legítima” del marxismo, como hemos visto a través de su polémica con el ERP.

La clave de esa convergencia que caracterizó a las FAR consistió en la consideración del marxismo como método de análisis de la realidad nacional y en la reivindicación del peronismo como identidad política de los trabajadores. Para ello, el marxismo fue negado como “bandera política universal” y ubicado exclusivamente en el lugar de la teoría. Se trató de un tipo de marxismo “situado”, especialmente sensible a la “cuestión nacional” y al tema de la “experiencia” para pensar la formación de la clase obrera más allá de su ubicación en el proceso productivo. Desde esos lentes las FAR rescataron -al tiempo que construyeron- el “peronismo del pueblo”. Bajo esa denominación la organización expresaba su valoración de la experiencia forjada por los trabajadores en el marco del movimiento, donde creyó encontrar la clave de interpretación del fenómeno peronista y de su persistencia como identidad política popular. Se trataba de

un análisis centrado en una dimensión política y simbólica más que material. Desde su visión, durante el gobierno peronista la clase obrera había tomado conciencia de su fuerza, sus derechos y su dignidad, una experiencia que había visto clausurada tras el golpe de 1955. A partir de entonces, esa experiencia vivida y sobre todo su brusca interrupción, habían contribuido a que los trabajadores ligaran la concreción de sus reivindicaciones económicas con la perspectiva de la conquista del poder político, politizando todos sus conflictos sociales. Es decir, que progresivamente trascendieran lo corporativo por lo político. A su vez, sostenían que el pueblo argentino no era tanto “un pueblo hambreado, como un pueblo ofendido” y que lo que generaba conciencia no era sólo la miseria sino la comprensión de que esa miseria constituía una injusticia. Para las FAR ése era el principal aporte que la experiencia peronista le había brindado al pueblo: la posibilidad de “comparar, cotejar y desmentir”. Y, con ello, de percibir que la explotación era un fenómeno histórico ligado a intereses concretos y, por tanto, susceptible de transformación. En definitiva, sostenían que era en esa experiencia donde latían, “en estado practico”, los elementos de la conciencia obrera que de ser radicalizados podían conducir al socialismo. De ese modo, las FAR se sumaban a la apuesta por ligar peronismo y socialismo, un intento que, de modo más o menos unívoco, hacía tiempo que surgía entre distintas corrientes de la izquierda peronista. Ahora bien, todo ello era por ahora sólo una posibilidad, ya que para la organización esa conciencia política de los trabajadores que el peronismo había contribuido a forjar no era aún una conciencia socialista. De allí que no dejara de señalar las limitaciones de aquella experiencia peronista del pueblo. Esas limitaciones eran fundamentales dos y, de hecho, justificaban la propia existencia de las FAR y el rol que buscaban jugar. Por un lado, señalaban las carencias “doctrinarias” del peronismo, que remitían a la necesidad del marxismo como instrumento de análisis. Y, por el otro, la precariedad de sus formas organizativas y métodos de lucha, que apuntaban a la necesidad de conformar una vanguardia político-militar. Es decir, el “Ejército del pueblo” que debía conducir el proceso de liberación nacional y social en el país.

La otra *huella de origen* a la que hemos aludido y que también contribuyó a delinear el perfil de las FAR, tiene que ver con la notable importancia que le otorgaban al accionar armado como forma de generar conciencia entre las masas. Desde esa perspectiva, de modo pronunciado durante los primeros tiempos y con persistencias después, consideraban que lo central era transmitir al movimiento popular una *metodología* -la lucha armada-, lo cual se lograría básicamente a través del “ejemplo” de los operativos político-militares realizados. Por entonces, la relación orgánica con las masas se

preveía para un momento posterior, luego de una fuerte consolidación interna. Y, además, se consideraba que se lograría no tanto en base a un trabajo político de inserción en ámbitos gremiales, barriales o estudiantiles, sino a través de la atracción que generaría su accionar político-militar. El problema de la generación de vínculos orgánicos con sectores sociales más amplios comenzó a aparecer recién en sus documentos del año 1971, bajo la idea de “articular” la organización político-militar con agrupaciones de activistas “de base”. Uno de los indicios tempranos de esa política de articulación fue su relación con la agrupación universitaria de La Plata llamada FAEP, donde militaron varios miembros de las FAR. Ya a comienzos de 1972 se crearon los “comandos de apoyo”, como suerte de grupo intermedio entre la organización y las agrupaciones de activistas, aunque no alcanzaron a tener una realidad práctica demasiado extendida.

Esta problemática -que formaba parte del denominado proceso de “extensión de la guerra”- atravesó también al resto de las organizaciones armadas peronistas. Por entonces, las FAP lanzaron la “Alternativa Independiente” y Montoneros incorporaron las UBR en su estructura organizativa. Tanto los documentos de las FAR como la menor profundidad de los cambios organizativos experimentados en relación con las tareas de “extensión de la guerra”, parecen sugerir que la visión del accionar armado como “foco irradiador de conciencia” adquirió mayor pregnancia en las FAR que en el resto de las organizaciones armadas peronistas. A su vez, cabe destacar que si bien las FAR enfatizaban que todas las formas de lucha eran importantes, siempre consideraron, al igual que Montoneros, que la acción armada era el método principal, por lo que, en definitiva, todos los demás debían subordinarse a la perspectiva de la construcción del “Ejército popular”.

Los planteos que hemos analizado no permanecieron indemnes a la encrucijada política que terminó de perfilarse en 1972, una coyuntura clave para comprender la reorientación de algunas posiciones de las FAR y su posterior fusión con Montoneros. Por entonces, el avance de las tratativas en torno a la apertura electoral y la ofensiva de Perón tendiente a la reorganización del movimiento y a la ampliación de sus alianzas políticas y sociales, impusieron uno de los mayores desafíos que experimentaron las organizaciones armadas peronistas: cómo ampliar sus bases de sustentación para evitar el aislamiento respecto del peronismo y el movimiento social más amplio al que parecía conducirlos la nueva coyuntura.

De allí que, en el nuevo contexto, las tres líneas de acción que para las FAR eran centrales a la hora de consolidar las fuerzas propias adquirieran un carácter acuciante

y renovados sentidos. Nos referimos a la realización de acciones político-militares, a la convergencia entre las organizaciones armadas peronistas y a las relaciones con sectores más amplios del movimiento social, una política que, ya avanzado el año 1972, sumó a la “articulación” con “agrupaciones de base” la militancia de inserción territorial en Unidades Básicas y asociaciones vecinales. A través de esas tres líneas de acción se buscaba posicionar a la organización como un actor con el cual la estrategia de Perón tuviera que contar y avanzar en la tarea de hegemonizar el movimiento.

El período de existencia de las OAP (junio de 1971 - abril de 1972) constituyó una suerte de bisagra en términos de la reorientación de los planteos de las FAR, como evidenciamos a través de los cambiantes alineamientos al interior de la “cuatripartita”. Durante buena parte de ese período, la visión de las FAR sobre el movimiento peronista, sus sectores internos y el rol de su líder coincidió en gran medida con la de las FAP, que por entonces estaban perfilando la “Alternativa Independiente”. También aquí se observa una dinámica que ya hemos señalado: los planteos de una organización de izquierda que se había “peronizado” -las FAR- tendían a converger con la progresiva redefinición del peronismo que realizaban las FAP, surgidas, predominantemente, de las propias filas del movimiento. Sin embargo, sus posturas se alejaron debido a la impronta “basista” que las FAR comenzaron a entrever en la propuesta de la “Alternativa Independiente”, a la decisión de las FAP de rechazar toda participación en una eventual apertura electoral y a la propia crisis atravesada por esa organización, que la llevó a cerrarse sobre sí misma en un momento decisivo en términos de la dinámica política nacional. A su vez, para el momento en que se disolvieron las OAP, las FAR comenzaban a acercarse a la postura “tendencista” de Montoneros. A diferencia de las FAP, aquella organización no rechazaba de plano la participación en las estructuras formales del movimiento peronista como forma de intentar hegemonizarlo, era mucho menos renuente a las alianzas con sectores de la burguesía nacional y había decidido capitalizar políticamente la coyuntura electoral. Siguiendo esa perspectiva, y en consonancia con la renovada importancia que adquirirían las estructuras del movimiento al calor de las tratativas electorales y la alianza de clases que Perón había esbozado con el FRECILINA, los documentos de las FAR del año 1972 introducen dos cuestiones inexistentes en los escritos de 1971. Por un lado, la idea de que no había que desechar el trabajo político en las estructuras formales del movimiento. Sin perder de vista la estrategia de la guerra popular y prolongada, había que intentar hegemonizarlas quitándoles base de sustentación a

sus dirigentes, una línea de acción expresada en la militancia territorial de los integrantes de las FAR en las Unidades Básicas del peronismo. Por el otro lado, su mayor predisposición a aceptar la existencia de contradicciones al interior de la burguesía nacional, dejando atrás uno de los tópicos centrales que había marcado el derrotero de los grupos fundadores de las FAR y la perspectiva de la organización durante sus dos primeros años. En la nueva coyuntura, la convergencia con sectores de la mediana burguesía se consideraba viable al menos durante cierto tramo del proceso de liberación nacional y social que impulsaban. Paradójicamente o no, respecto de este punto la postura de las FAR ya no se encontraba tan distante de la del PC, partido en el que habían iniciado su militancia la mayoría de sus fundadores. De ese modo, aunque persistían ciertas diferencias -entre las más importantes, la valoración del rol de Perón-, las FAR se habían acercado progresivamente a la postura “tendencista” de Montoneros, que durante el año 1972 había crecido exponencialmente. Ambas organizaciones estrecharán filas durante la campaña electoral del FREJULI, bajo la idea de convertir los comicios en una táctica para ampliar las fuerzas propias en el marco de la guerra popular y prolongada que invocaban. Tras la victoria electoral de Héctor Cámpora el 11 de marzo de 1973, las cúpulas de FAR y Montoneros decidirán la fusión de ambas organizaciones, determinando la composición de su nueva conducción nacional. A partir de allí se inició la unificación tanto de sus estructuras internas como de las agrupaciones de activistas con que ambas organizaciones se habían ligado, un proceso que excede el alcance de esta tesis ya que requiere un análisis de la dinámica específica que asumió en cada una de las regionales y “frentes de masas” implicados. Desde entonces, y en medio de su reacomodamiento interno, la nueva organización fusionada deberá asumir uno de sus mayores desafíos: encontrar el modo de posicionarse y determinar sus nuevas líneas de acción bajo un gobierno democrático conducido nada menos que por Juan Domingo Perón.

Para finalizar, quisiéramos retomar una cuestión planteada en la introducción de la tesis sobre el enfoque de esta investigación. Allí, a partir de la problemática de la “nueva izquierda”, esbozamos dos líneas de análisis que consideramos relevantes en relación con el abordaje de las organizaciones armadas y que han sido relativamente poco exploradas por la bibliografía. Una de ellas tiene que ver con el análisis de los orígenes de este tipo de organizaciones, mostrando los procesos sociopolíticos de los cuales fueron emergentes y que despertaron un conjunto de interrogantes y expectativas que atravesaron también a amplios sectores de una sociedad

crecientemente movilizada. Esta tesis ha avanzado de modo exhaustivo en esa dirección, buscando, a su vez, imprimirle a la investigación una impronta procesual capaz de evitar la tentación teleológica que asoma al conocer el drástico final de este tipo de experiencias. La otra línea de análisis se relaciona con la exploración del tipo de vínculos que estas organizaciones visualizaron o intentaron consolidar con el movimiento de protesta social más amplio. Como advertimos en la introducción, esta investigación se propuso avanzar sólo de modo panorámico en esa dirección, a partir del análisis de las concepciones generales de las FAR sobre el tema y de la identificación de algunas agrupaciones de activistas con las que se ligaron. Dada la ausencia de trabajos previos sobre la organización, creemos que realizar este primer análisis panorámico resultaba indispensable. Sin embargo, poco sabemos sobre los sentidos que le atribuyeron a esos vínculos los miembros de las FAR que militaron efectivamente en los llamados “frentes de masas”, o sobre la forma en que los concibieron los activistas de las agrupaciones con que se relacionaron. Tampoco es mucho lo que se conoce sobre las modalidades específicas que asumieron tales nexos en las distintas regionales de las FAR y en los “frentes de masas” donde tuvieron lugar. Consideramos que hay allí una línea de investigación interesante para profundizar en el futuro.

Bibliografía citada

AAVV (2007), *No Matar. Sobre la responsabilidad*, Ediciones El cíclope-Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba.

Aboy Carlés, Gerardo (2001), "Fundamentos teóricos para el estudio de las identidades políticas", en *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*, Homo Sapiens, Rosario.

Acha Omar (2010), "Dilemas de una violentología argentina: tiempos generacionales e ideologías en el debate sobre la historia reciente", en *V Jornadas de Trabajo sobre Historia Reciente*, Universidad Nacional de General Sarmiento, Buenos Aires.

Alcoba Laura (2012), *Los pasajeros del Anna C.*, Edhasa, Barcelona.

Alonso, Luis (1998), *La mirada cualitativa en sociología*, Fundamentos, Madrid.

Altamirano, Carlos (2001a), "Peronismo y cultura de izquierda en la Argentina (1955-1965)", en *Peronismo y cultura de izquierda*, Temas Grupo Editorial, Buenos Aires.

_____ (2001b), "Montoneros", en *Peronismo y cultura de izquierda*, Temas Grupo Editorial, Buenos Aires.

_____ (2001c), "La otra revolución", en *Bajo el signo de las masas*, Ariel, Buenos Aires.

_____ (2001d), "El peronismo verdadero", en *Peronismo y cultura de izquierda*, Temas Grupo Editorial, Buenos Aires.

Althusser, Louis (2004a), *La revolución teórica de Marx*, SXXI, México.

_____ (2004b), "Contradicción y sobredeterminación", en *La revolución teórica de Marx*, SXXI, México.

_____ (2005a), "Ideología y aparatos ideológicos del Estado", en *La filosofía como arma de la revolución*, SXXI, México.

_____ (2005b), *La filosofía como arma de la revolución*, SXXI, México.

Álvarez, Graciela Yamile (2004), *El Peronismo en Mendoza (1955-1973): su evolución y sus luchas a lo largo de dieciocho años de proscripción*. Tesis de Doctorado en Historia, UNCuyo, Mendoza. Disponible en línea en:

http://bdigital.uncu.edu.ar/objetos_digitales/2579/alvarezperonismomendoza.pdf

Amato, Fernando y Boyanovsky Bazán, Cristian (2008), *Setentistas. De La Plata a la Casa Rosada*, Sudamericana, Buenos Aires.

Amaral, Samuel (2005), "Silvio Frondizi y el surgimiento de la nueva izquierda", en *Serie Documentos de Trabajo* de la Universidad del CEMA, N° 313. En: <http://www.cema.edu.ar/publicaciones/download/documentos/313.pdf>.

_____ y Ben Plotkin, Mariano (comps.) (2004), *Perón: del exilio al poder*, EDUNTREF, Buenos Aires.

Amorín, José (2005), *Montoneros. La buena historia*, Catálogos, Buenos Aires. Versión electrónica en: http://www.elortiba.org/pdf/amorin_montoneros.pdf.

Anguita, Roberto y Caparrós, Martín (1997), *La Voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina, 1966-1973*, Norma, Buenos Aires.

Anzorena, Oscar (1988), *Tiempo de violencia y utopía (1966-1976)*, Contrapunto, Buenos Aires.

_____ (1989), *JP. Historia de la Juventud Peronista (1955/1988)*, Eds. del Cordón, Buenos Aires.

Asociación Patriótica Argentina (1978), *La Argentina y sus derechos humanos*, APA, Buenos Aires.

Balvé, Beba (1989), *El 69: huelga política de masas. Rosariazo/ Cordobazo/ Rosariazo*, Contrapunto, Buenos Aires.

Bartoletti, Julieta (2010), *Montoneros: de la movilización a la Organización. Un caso paradigmático de militarización*. Tesis de Doctorado en Ciencia Política, UNSM, Buenos Aires. Disponible en línea en: <http://eltopoblindado.com>

Bartoletti, Julieta (2011), *Montoneros: de la movilización a la organización*, Laborde Editor, Rosario.

Barletta, Ana (2002), "Una izquierda universitaria peronista. Entre la demanda académica y la demanda política (1968-1973)", en *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, N° 6.

Baschetti, Roberto (1988), *Documentos de la Resistencia Peronista 1955-1970*, Punto Sur, Buenos Aires.

_____ (1997), *De la guerrilla peronista al gobierno popular. Documentos 1970-1973*, De la Campana, Buenos Aires.

_____ (2007a), *Hombres y mujeres del peronismo revolucionario. La memoria de los de abajo*, Vol. 1, De la Campana, Buenos Aires.

_____ (2007b), *Hombres y mujeres del peronismo revolucionario. La memoria de los de abajo*, Vol. 2, De la Campana, Buenos Aires.

Ben Plotkin, Mariano (2003), *Freud en las pampas. Orígenes y desarrollo de una cultura psicoanalítica en la Argentina (1910-1983)*, Sudamericana, Buenos Aires.

- Benencio, Luis, (2003), "La forma de la historia", en Doljanin, Nicolás, *La razón de las masas*, Nuestra América, Buenos Aires.
- Bonasso, Miguel (1997), *El presidente que no fue. Los archivos ocultos del peronismo*, Planeta, Buenos Aires.
- Bonavena, Pablo, Califa, Juan Sebastián, y Millán, Mariano (2007), *El movimiento estudiantil argentino. Historias con presente*, Ediciones Cooperativas, Buenos Aires
- Bourdieu, Pierre (1993), "Espacio social y poder simbólico", en *Cosas dichas*, Gedisa, Barcelona.
- _____ (2001a), "La representación política", en *El campo político*, Plural Editores, La Paz.
- _____ (2001b), "El campo político", en *El campo político*, Plural Editores, La Paz.
- _____ (2008), "Describir y prescribir: las condiciones de posibilidad y los límites de la eficacia política", en *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*, Akal, Madrid.
- _____ Bozza, Alberto (1999), "Las artes del asedio y la negociación. Perón y el lanzamiento del Frente Cívico de Liberación Nacional", en *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*, Eudeba, Buenos Aires.
- _____ (2001), "El Peronismo Revolucionario. Itinerario y vertientes de la radicalización, 1959-1969", en *Sociohistórica*, Nº 10.
- _____ (2009), "La voluntad organizada. La CGT de los Argentinos, una experiencia de radicalización sindical", en *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, Nº 9.
- Brennan, James (1992), "El clasismo y los obreros. El contexto fabril del sindicalismo de liberación en la industria automotriz cordobesa", en *Desarrollo Económico*, vol. 32, Nº 125.
- _____ (1996), *El Cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba 1955-1976*, Sudamericana, Buenos Aires.
- Burgos, Raúl (2004), *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*, SXXI, Buenos Aires.
- Bustos, Ciro (2007), *El Che quiere verte*, Vergara, Buenos Aires.
- Calveiro, Pilar (2005a), *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años '70*, Norma, Buenos Aires.
- _____ (2005b), "Antiguos y nuevos sentidos de la política y la violencia, en *Lucha Armada*, Nº 6.

- Campione, Daniel (2007), "El Partido Comunista de la Argentina: Apuntes sobre su trayectoria", en Concheiro, Elvira, Modonesi, Máximo y Crespo, Horacio (eds.), *El comunismo: otras miradas desde América Latina*, UNAM, México.
- Campos, Esteban y Rot, Gabriel (2010), *La Guerrilla del Ejército del Libertador. Vicisitudes políticas de una guerrilla urbana*, El Topo Blindado, Buenos Aires.
- Cano, Diego (2011), "¿Estrategia foquista? La estructura política argentina en la estrategia de revolución de Ernesto Guevara. Notas preliminares", en *Izquierdas*, Nº 11.
- Carnovale, Vera (2005), "Jugarse al Cristo: mandatos, y construcción identitaria en PRT-ERP", en *Entrepasados*, Nº 28.
- _____ (2006), "Postulados, sentidos y tensiones de la proletarización en el PRT-ERP", en *Lucha Armada*, Nº 6.
- _____ (2008), "Política armada: el problema de la militarización en el PRT-ERP", en *Lucha Armada*, Nº 11.
- _____ (2011), *Los combatientes. Historia del PRT-ERP*, SXXI, Buenos Aires.
- _____ (2007), Aportes y problemas de los testimonios en la reconstrucción del pasado reciente en la Argentina, en Franco, Marina y Levín, Florencia (comps.), *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Paidós, Buenos Aires.
- Casa de la Memoria y la Cultura Popular (2010), *Hacerse cargo. La identidad de los detenidos-desaparecidos y asesinados en Mendoza (1974-1983)*, Casa de la Memoria y la Cultura Popular, Mendoza.
- Cavarozzi, Marcelo (2002), *Autoritarismo y democracia (1955-1996). La transición del Estado al mercado en la Argentina*, Eudeba, Buenos Aires.
- Caviasca, Guillermo (2006), "Arturo Lewinger y los orígenes de las FAR", en *Lucha Armada*, Nº 6.
- Celentano, Adrián (2007), "El althusserianismo en la filosofía y la política de la nueva izquierda", en *XIVº Congreso de la Asociación Filosófica Argentina*, San Miguel de Tucumán.
- _____ (2010), "Del Cordobazo al Viborazo. Entre *Los Libros* y *Cristianismo y Revolución*", en *Vº Jornadas de Trabajo sobre Historia Reciente*, Universidad Nacional de General Sarmiento, Buenos Aires.
- Cernadas, Jorge (2005), "La vieja izquierda en la encrucijada: *Cuadernos de Cultura* y la política cultural del Partido Comunista Argentino (1955-1963)", en *Xº Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia*, Universidad Nacional de Rosario.

Chama, Mauricio (2012), *Compromiso político y labor profesional en los primeros setenta. Indagaciones sobre psicólogos y abogados*, Edulp, La Plata (en prensa).

_____ (2010), "La defensa de presos políticos a comienzos de los '70: ejercicio profesional, derecho y política", en *Cuadernos de Antropología Social*, N° 32.

Ciollaro, Noemí (2000), *Pájaros sin luz. Testimonios de mujeres de desaparecidos*, Planeta, Buenos Aires.

Crenzel, Emilio (1991), *El Tucumanazo (1969-1974)*, CEAL, Buenos Aires.

Chaves, Gonzalo y Lewinger, Jorge Omar (1998), *Los del 73. Memorias Montoneras*, De la Campana, La Plata.

Combessie, Jean-Claude (2005), *El método en sociología*, Ferreira Editor, Córdoba.

Cotarelo, María y Fernández, Fabián (1997), "La toma de fábricas en argentina, 1964", en *Razón y Revolución*, N° 3.

De Amézola, Gonzalo (2000), *Levingston y Lanusse o el arte de lo imposible. Militares y políticos de la Argentina a fines de 1970 y principios de 1971*, Buenos Aires.

De Certeau, Michel (1995), *La toma de la palabra y otros escritos políticos*, Universidad Iberoamericana, México.

De Riz, Liliana (1981), *Retorno y Derrumbe*, Folios Ediciones, Buenos Aires.

De Marinis, Hugo y Abalos, Ramón (2005), *Mendoza Montonera. Memorias y sucesos durante el gobierno de Martínez Baca*, Corregidor, Buenos Aires.

Deustcher, Isaac (1974), *Rusia, China y Occidente*, ERA, México.

Diana, Marta (1997), *Mujeres Guerrilleras*, Planeta, Buenos Aires.

Díaz Bessone, Ramón (1988), *Guerra Revolucionaria en la Argentina*, Círculo Militar, Buenos Aires.

Drago, Tito (2007), *Cara y Cruz. El Che y Fidel*, Sepha, Málaga.

Duhalde, Eduardo (2002), "A 40 años, la lectura del crimen: los saberes en pugna", en *Felipe Vallese. Proceso al sistema*, Punto Crítico, Buenos Aires.

Duizeide, Juan Bautista y Ortiz, Daniel (2011), "Hijos de Brown. Los insurgentes del Liceo Naval Militar", en *Lucha Armada en la Argentina*, Anuario.

Echenique, José (2005), "El movimiento estudiantil universitario del Comahue (1970-1976)", en Favaro, Orietta (comp.), *Sujetos sociales y políticos. Historia reciente de la Norpatagonia Argentina*, La Colmena-Centro de Estudios Históricos de Estado, Política y Cultura, Buenos Aires.

Engels, Federico (1957), "Engels a K. Schmidt. 5 de agosto de 1890", en Marx, Carlos y Engels, Federico, *Obras Escogidas*, Editorial Cartago, Buenos Aires.

- Flaskamp, Carlos (2002), *Organizaciones político militares. Testimonio de la lucha armada en la Argentina (1968-1976)*, Ediciones Nuevos Tiempos, Buenos Aires.
- Garaño, Santiago, Pertot, Werner y Binaghi, Jorge (2002) *La otra juvenilia: Militancia y represión en el Colegio Nacional de Buenos Aires, 1971-1986*, Biblos, Buenos Aires.
- Gasparini, Juan (2008), *Montoneros: final de Cuentas*, De la campana, La Plata.
- Germani, Gino ([1962] 1968), *Política y sociedad en una época en transición*, Paidós, Buenos Aires.
- Gilbert, Isidoro (2009), *La Fede. Alistándose para la revolución*, Sudamericana, Buenos Aires.
- Gilman, Claudia (2003), *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, SXXI, Buenos Aires.
- Gillespi, Richard (1998), *Soldados de Perón. Los Montoneros*, Grijalbo, Buenos Aires.
- Giménez, Gilberto (2007), "Cultura política e identidad", en *Estudios sobre la cultura y las identidades sociales*, CONACULTA-Iteso, México.
- Giménez, Gilberto (2002), "Materiales para una teoría de las identidades sociales", en Valenzuela Arce, José Manuel (coord.), *Decadencia y auge de las identidades*, El Colegio de la Frontera Norte / Plaza y Valdéz, México.
- Giunta, Andrea (2001), *Arte, vanguardia e internacionalismo en los sesentas*, Paidós, Buenos Aires.
- Gurucharri, Eduardo (2001), *Un cura entre obreros y guerrilleros*, Colihue, Buenos Aires.
- González, Ernesto (1995), *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina. Palabra Obrera, el PRT y la Revolución Cubana*, T. 3, Antídoto, Buenos Aires.
- González Calleja, Eduardo (2002), *La violencia en la política. Perspectivas teóricas sobre el empleo deliberado de la fuerza en los conflictos de poder*, Consejo Superior de investigaciones Científicas, Madrid.
- González Canosa, Mora (2010), "Los pasos perdidos. Acerca del itinerario político-ideológico de uno de los grupos fundadores de las 'Fuerzas Armadas Revolucionarias' (1960-1966)", en *Cuestiones de Sociología*, Nº 7.
- _____ (2011), "Las puebladas de principios de los '70, un estudio de caso. Movilización y protesta social en Trelew: la "Asamblea del Pueblo" (octubre de 1972)", en Tortti, Cristina (comp.), *Trabajos finales Licenciatura en Sociología: 1985-2010*, Vol. 2, UNLP, La Plata.
- _____ (2012), "Modelo para armar. Itinerarios y ámbitos disidentes del Partido Comunista en la formación de uno de los grupos fundadores de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (1960-1967)", en *Izquierdas*, Nº 12.

_____ y Chama, Mauricio (2006), "Los de Garín. Aspectos nacionales y locales de la presentación *pública de las Fuerzas Armadas Revolucionarias*", en *Jornadas La Política en Buenos Aires. Siglo XX*, Centro de Estudios de Historia Política, Universidad Nacional de San Martín, Buenos Aires.

_____ y Sotelo, Luciana (2010), "Memorias militantes. Un análisis de las reconfiguraciones de la memoria sobre la militancia armada argentina a través del film *Cazadores de utopías*", en *Question*, Vol.1, Nº 25. Disponible en: <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/article/view/914>.

_____ y Sotelo, Luciana (2011), "Futuros Pasados, Futuros Perdidos. Reconfiguraciones de la memoria de los setenta en la Argentina de los noventa", en *Nuevo Mundo-Mundos Nuevos*, Nº 11. Disponible en línea en: <http://nuevomundo.revues.org/61701>.

Gordillo, Mónica (1996), *Córdoba en los '60. La experiencia del sindicalismo combativo*, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba.

_____ (2003), "Protesta, rebelión y movilización: de la resistencia a la lucha armada, 1955-1973", en James, Daniel (dir.), *Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*, Tomo IX de la colección Nueva Historia Argentina, Sudamericana, Buenos Aires.

Healey, Mark Alain (2003), "El Interior en disputa: proyectos de desarrollo y movimientos de protesta en regiones extrapampeanas", en James, Daniel (dir.), *Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*, Tomo IX de la colección Nueva Historia Argentina, Sudamericana, Buenos Aires.

Helman, Alfredo (2005), *El Militante*, Edizione Clandestine, Milán.

Hilb, Claudia y Lutzky, Daniel (1986), *La nueva izquierda argentina: 1960-1980. (Política y violencia)*, CEAL, Buenos Aires.

James, Daniel (1999), *Resistencia e Integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina 1946-1976*, Sudamericana, Buenos Aires.

_____ (2003), "Sindicatos, burócratas y movilización", en James, Daniel (dir.), *Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*, Tomo IX de la colección Nueva Historia Argentina, Sudamericana, Buenos Aires.

Jozami, Eduardo (2006), *Rodolfo Walsh. La palabra y la acción*, Norma, Buenos Aires.

Kohan, Néstor (1999), *La rosa blindada, una pasión de los '60*, La Rosa Blindada, Buenos Aires.

_____ (2000a), *De ingenieros al Che*, Biblos, Buenos Aires.

_____ (2000b), "Gramsci en Argentina", en Dora Kanoussi (ed.), *Gramsci en América. Conferencia internacional de estudios gramscianos*, Plaza y Valdez Editores, México.

King, John (1985), *El Di Tella y el desarrollo cultural argentino en la década del sesenta*, Gaglianone, Buenos Aires.

Koselleck, Reinhart (1993), "Espacio de experiencia y horizonte de expectativa, dos categorías históricas", en *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*, Paidós, Barcelona.

Lanusse, Lucas (2005), *Montoneros. El mito de sus doce fundadores*, Vergara, Buenos Aires.

_____ (2007), "Caer y volver a levantarse. La situación de Montoneros entre fines de 1970 y comienzos de 1972", en *Jornada Académica Partidos Armados en la Argentina de los Setenta*, Centro de Estudios de Historia Política, Escuela de Política y Gobierno, UNSAM.

Lanteri, Magdalena (2009), "Los pasos previos. El largo proceso de conformación de la JUP en la Universidad Nacional de La Plata (1960-1973)", en *XIIº Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, Universidad Nacional del Comahue, Bariloche.

Larraquy, Marcelo y Caballero, Roberto (2000), *Galimberti. De Perón a Susana, de Montoneros a la CIA*, Norma, Buenos Aires.

Lenin, Vladimir (1960), *¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento*, Anteo, Buenos Aires.

_____ (1970), "La bancarrota de la II Internacional", en *Obras Completas*, Tomo XXII, Cartago, Buenos Aires.

Levenson, Gregorio (2000), *De los bolcheviques a la gesta montonera*, Colihue, Buenos Aires.

_____ y Ernesto Jaureche (1998), *Héroes. Historias de la argentina revolucionaria*, Eds. del Pensamiento Nacional, Buenos Aires.

Lenci, Laura (1998), "La radicalización de los católicos en la Argentina. Peronismo, Cristianismo y Revolución (1966-71)", en *Sociohistórica*, Nº 4.

Luvecce, Cecilia (1993), *Las Fuerzas Armadas Peronistas y el Peronismo de Base*, CEAL, Buenos Aires.

Longoni, Ana y Mestman, Mariano (2008), *Del Di Tella a "Tucumán arde"*, Eudeba, Buenos Aires.

Lorenz, Federico (2007), *Los zapatos de Carlito. Una historia de los trabajadores*

- navales de Tigre en la década del setenta*, Norma, Buenos Aires.
- Marchesi, Aldo (2009), "Geografías de la protesta armada", en *Sociohistórica*, Nº 25.
- Marx, Carlos y Engels, Federico (1985), *La ideología alemana*, Pueblos Unidos, Buenos Aires.
- McGuire, James (2004), "Perón y los sindicatos: la lucha por el liderazgo peronista", en Amaral, Samuel y Ben Plotkin, Mariano, *Perón: del exilio al poder*, UNTREF, Buenos Aires.
- Montanaro, Pablo (2003), *Francisco Urondo. La palabra en acción, biografía de un poeta y militante*, Homo Sapiens, Rosario.
- Murmis, Miguel y Portantiero, Juan Carlos ([1971] 1972), *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, SXXI, Buenos Aires.
- Morello, Gustavo (2003), *Cristianismo y Revolución. Los orígenes intelectuales de la guerrilla argentina*, Universidad Católica de Córdoba, Córdoba.
- Nicanoff, Sergio y Castellano, Axel (2006), *Las primeras experiencias guerrilleras en la Argentina: La historia del "Vasco" Bengochea y las Fuerzas Armadas de la Revolución Nacional*, Ediciones del CCC, Buenos Aires.
- O'Donnell, Guillermo (1982), *El estado burocrático autoritario, 1966-1973*, Editorial de Belgrano, Buenos Aires.
- Ollier, María Matilde (1986), *El fenómeno insurreccional y la cultura política. 1969-1973*, CEAL, Buenos Aires.
- _____ (1998), *La creencia y la pasión*, Ariel, Buenos Aires.
- _____ (1989), *Orden, poder y violencia (1968-1973)*, CEAL, Buenos Aires.
- Pastoriza, Lila (2006), "La Traición de Roberto Quieto: Treinta años de silencio", en *Lucha Armada*, Nº 6.
- Perdía, Roberto Cirilo (1997), *La otra historia: testimonio de un jefe montonero*, Grupo Ágora, Buenos Aires.
- Pereyra, Daniel (2000), *Del Moncada a Chiapas. Historia de la lucha armada en América Latina*, Canguro, Buenos Aires.
- Pérez, Eduardo (2003), "Una aproximación a la historia de las Fuerzas Armadas Peronistas", en Duhalde, Eduardo y Pérez, Eduardo (comps.), *De Taco Ralo a la alternativa independiente. Historia Documental de las Fuerzas Armadas Peronistas y del Peronismo de Base*, Tomo I, De la Campana, Buenos Aires.
- _____ y Duhalde, Eduardo (comps.) (2003), *De Taco Ralo a la alternativa independiente. Historia Documental de las Fuerzas Armadas Peronistas y del Peronismo de Base*, Tomo I, De la Campana, Buenos Aires.

Piovani, Juan Ignacio (2007), "La entrevista en profundidad", en Marradi, Alberto; Archenti, Nélida y Piovani, Juan Ignacio, *Metodología de las ciencias sociales*, Emecé, Buenos Aires.

Poder Ejecutivo Nacional (1979), *El terrorismo en la Argentina*, PEN, Buenos Aires.

Pollak, Michael (2006), "Memoria e identidad social", en *Memoria, olvido, silencio*, Al margen, La Plata.

_____ y Heinch, Natalie (2006), "El testimonio", en *Memoria, olvido, silencio*, Al margen, La Plata.

Pontoriero, Gustavo (1991), *Sacerdotes para el Tercer Mundo*, CEAL, Buenos Aires.

Portantiero, Juan Carlos (1977), "Economía y política en la crisis argentina: 1958-1973", en *Revista Mexicana de Sociología*, Nº 2.

Portelli, Alessandro (1991), "Lo que hace diferente a la historia oral", en Schwarzstein, Dora (comp.), *La historia oral*, CEAL, Buenos Aires.

Pozzi, Pablo (1996), "Los Perros. La cultura guerrillera del PRT-ERP"; en *Taller. Revista de sociedad, cultura y política*, Nº 2.

_____ (2004), *Por las sendas argentinas. El PRT-ERP. La guerrilla marxista*, Imago Mundi, Buenos Aires.

Pozzoni, Mariana (2009), "La Tendencia Revolucionaria del peronismo en la apertura política. Provincia de Buenos Aires, 1971-1974", en *Estudios Sociales*, Nº 36.

Pucciarelli, Alfredo (1999), "Introducción", en *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*, Eudeba, Buenos Aires.

Rabotnikof, Nora (2009), "Mito político y memorias de la política", en Mudrovic, María Inés (ed.), *Pasados en conflicto. Representación, mito y memoria*, Prometeo, Buenos Aires.

Raimundo, Marcelo (2000), "En torno a los orígenes del peronismo revolucionario. El Movimiento Revolucionario Peronista", en *Taller. Revista de Sociedad, Cultura y Política*, Nº 12.

_____ (2004), "Izquierda peronista, clase obrera y violencia armada: Una experiencia alternativa", en *Sociohistórica*, Nº 15-16.

Ramírez, Ana Julia (2003), "Las Puebladas en la Argentina de los 1970. El caso de General Roca (julio 1972)", en *III Jornadas de Sociología*, UNLP, La Plata.

_____ (2008a), "Las mediaciones locales de la protesta. El caso del trelewazo, octubre de 1972", en *Sociohistórica*, Nº 19-20.

_____ (2008b), "Tucumán 1965-1969: movimiento azucarero y radicalización política", en *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, julio. Disponible en <http://nuevomundo.revues.org/38892>.

Redondo, Nilda (2005), *Si ustedes lo permiten prefiero seguir viviendo: Urondo, de la guerra y del amor*, De la Campana, La Plata.

Robles, Horacio (2011), *Radicalización política y sectores populares en la Argentina de los '70. La Juventud Peronista (JP) y su articulación con Montoneros en los barrios periféricos de la ciudad de La Plata*. Tesis de Maestría en Ciencias Sociales, FaHCE, UNLP, La Plata. Disponible en línea en: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.437/te.437.pdf>

Rodríguez Ostría (2006), Gustavo, *Sin tiempo para las palabras. Teoponte: la otra guerrilla guevarista en Bolivia*, Grupo Editorial Kipus, Cochabamba.

_____ (2011), "Luis Faustino Stamponi. Una vida en la lucha armada, 1967-1976", en *Anuario Lucha Armada*.

Rot, Gabriel (2000), *Los orígenes perdidos de la guerrilla en la Argentina: la historia de Jorge Ricardo Masetti y el Ejército Guerrillero del Pueblo*, El Cielo por Asalto, Buenos Aires.

_____ (2004), "Notas para una historia de la lucha armada en la Argentina. Las Fuerzas Argentinas de Liberación", en *Políticas de la Memoria*, Nº 4.

_____ (2006), "El Partido Comunista y la lucha armada", en *Lucha Armada*, Nº 7.

Rouquié, Alain (1986), *Poder Militar y Sociedad Política en la Argentina* T. 2, Hyspamérica, Buenos Aires.

Rubinich, Lucas (2003), "La modernización cultural y la irrupción de la sociología", en James, Daniel (dir.), *Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*, Tomo IX de la colección Nueva Historia Argentina, Sudamericana, Buenos Aires.

Salas, Ernesto (2003), *Uturuncos. El origen de la guerrilla peronista*, Biblos, Buenos Aires.

_____ (2009), "Del foco a la infección. Montoneros y los movimientos sociales", en *III Jornada Académica Partidos Armados en la Argentina de los Setenta*, Centro de Estudios de Historia Política, Escuela de Política y Gobierno, UNSAM.

_____ y Castro, Flora (2011), *Norberto Habegger: cristiano, descamisado, montonero*, Colihue, Buenos Aires.

Salcedo, Javier (2011), *Los montoneros del barrio*, EDUNTREF, Buenos Aires.

Sarlo, Beatriz (2001a), "Cristianos en el siglo", en *La Batalla de las ideas (1943-1973)*, Ariel, Buenos Aires.

- _____ (2001b), "Los universitarios", en *La Batalla de las ideas (1943-1973)*, Ariel, Buenos Aires.
- Servetto, Alicia (2010), 73/76. *El gobierno peronista contra las "provincias montoneras"*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- Sigal, Silvia (1991), *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Puntosur, Buenos Aires.
- _____ (2002), "Nación y clase", en *Intelectuales y poder en Argentina. La década del sesenta*, SXXI, Buenos Aires.
- _____ y Verón, Eliseo (1988), *Perón o Muerte*, Hyspamérica, Buenos Aires.
- Simonetti, María Fernanda (2011), "Tocar el cielo con las manos. La actividad política de la FURN en la UNLP durante 1966-1973", en Tortti, Cristina (comp.), *Trabajos finales Licenciatura en Sociología: 1985-2010*, Vol. 2, UNLP, La Plata.
- Sotelo, Luciana (2011), "Más vale honra sin sindicatos que sindicatos sin honra. El nacimiento de la CGT de los Argentinos y algunas líneas para pensar su desarrollo posterior (1968-1969)", en Tortti, Cristina (comp.), *Trabajos finales Licenciatura en Sociología: 1985-2010*, Vol. 2, UNLP, La Plata.
- Suasnábar, Claudio (2004), *Universidad e intelectuales. Educación y política en la Argentina (1955-1976)*, FLACSO/Manantial, Buenos Aires.
- Starckenbaum, Marcelo (2011a), "El marxismo incómodo: Althusser en la experiencia de *Pasado y Presente* (1965-1983)", en *Izquierdas*, N° 11.
- _____ (2011b), "Althusserianismo y lucha armada. Mauricio Malamud, Luis María Aguirre y la recepción de Althusser en los orígenes de las FAL", en *XII° Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca.
- Strafacce, Ricardo (2008), *Osvaldo Lamborghini, una biografía*, Mansalva, Buenos Aires.
- Taibo, Ignacio (1996), *Ernesto Guevara, también conocido como el Che*, Planeta, Buenos Aires.
- Tarcus, Horacio (1996), *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*, El Cielo por Asalto, Buenos Aires.
- _____ (dir.) (2007), *Diccionario biográfico de la izquierda argentina*, Emecé, Buenos Aires.
- Tarrow, Sidney (1997), *El Poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Alianza Universidad, Madrid.
- Terán, Oscar (1991), *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda*

intelectual en la Argentina, 1956-1966, Puntosur, Buenos Aires.

_____ (1997), "Pensar el pasado", en *Punto de Vista*, Nº 58.

_____ (2004), "Modernización, tradicionalismo y radicalización (1956-1969)", en *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano*, SXXI, Buenos Aires.

_____ (2006), "Lecturas en dos tiempos", *De utopías, catástrofes y esperanzas*, SXXI, Buenos Aires.

_____ (2006), "La Década del '70: la violencia de las ideas", en *Lucha Armada*, Nº 6.

Torre, Juan Carlos (1989), "Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo", en *Desarrollo Económico*, V. 28, Nº 12.

_____ (2004), *El gigante invertebrado. Los sindicatos en el gobierno, Argentina 1973-1976*, SXXI, Buenos Aires.

_____ (2011), "Escribir historia política, escribir historia". Entrevista a Juan Carlos Torre realizada por Elisa Pastoriza, en *PolHis*, Nº 8.

Tortti Cristina (1999a), "Izquierda y 'Nueva Izquierda' en la Argentina. El caso del Partido Comunista", en *Sociohistórica*, Nº 6.

_____ (1999b), "Protesta social y Nueva Izquierda durante el Gran Acuerdo Nacional", en Pucciarelli, Alfredo (ed.) *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*, Eudeba, Buenos Aires.

_____ (2006), "La Nueva Izquierda en la historia reciente de la Argentina", en *Cuestiones de Sociología*, Nº 3.

_____ (2009), *El viejo partido socialista y los orígenes de la nueva izquierda*, Prometeo, Buenos Aires.

Vaca Narvaja, Gustavo y Frugoni, Fernando (2002), *Fernando Vaca Narvaja, con igual ánimo*, Colihue, Buenos Aires.

Vazeilles, José (2006), *Memorias de la Militancia*, Manuel Suárez, Buenos Aires.

Vélez, Ignacio (2005), "Montoneros, los grupos originarios", en *Lucha Armada*, Nº 2.

Vergez, Héctor (1995), *Yo fui Vargas. El antiterrorismo por dentro*, ed. del autor, Buenos Aires.

Vezzetti, Hugo (2009), *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos*, SXXII, Buenos Aires.

Vicente, Néstor (2006), *Augusto Conte: Padre de la plaza*, Galerna, Buenos Aires.

Vignollés, Alejandra (2011), *Doble Condena. La verdadera historia de Roberto Quieto*, Sudamericana, Buenos Aires.

Visacovsky, Sergio Eduardo (2002), *El Lanús. Memoria, política y psicoanálisis en la Argentina* (1956-1992), Alianza, Buenos Aires.

Weber, Max (1969), *Economía y Sociedad*, FCE, México.

Williams, Raymond (1980), *Marxismo y literatura*, Península, Barcelona.

Yofre, Juan Bautista (2008), *Nadie Fue*, Sudamericana, Buenos Aires.

Fuentes citadas

Fuentes documentales escritas²⁶⁸

Acción Revolucionaria Peronista (1967), "Documento interno para los compañeros peronistas", en Baschetti, Roberto (1988), *Documentos de la Resistencia Peronista 1955-1970*, Punto Sur, Buenos Aires.

Aponte, José María; Caride, Carlos; Dobler, Guillermo; Rodríguez, Carlos A.; Troiano, Hugo y Wayar, Jorge (1965), "El pensamiento revolucionario peronista desde las cárceles de Caseros y Villa Devoto", en Baschetti, Roberto (1988), *Documentos de la Resistencia Peronista 1955-1970*, Punto Sur, Buenos Aires.

Agosti, Héctor Pablo (1963), "Intervención de Héctor Pablo Agosti (Comisión de Asuntos Culturales)", en Partido Comunista, *XII Congreso del Partido Comunista de la Argentina. Informes e Intervenciones*, Anteo, Buenos Aires.

Avalos, Carlos [seudónimo de Carlos Ábalo] (1964), "Tesis sobre las condiciones que originaron el conflicto China-URSS", en *Táctica*, Nº 1.

Bergstein, Jorge (1962), "La nueva situación política y el trabajo de masas de la Federación Juvenil Comunista", en Federación Juvenil Comunista, *Informes al Comité Central de la FJC del 23 y 24 de Junio de 1962*, Voz Juvenil, Buenos Aires.

_____ (1963), "Intervención de Jorge Bergstein (Federación Juvenil Comunista)", en Partido Comunista, *XII Congreso del Partido Comunista de la Argentina. Informes e Intervenciones*, Anteo, Buenos Aires.

Caparrós, Antonio (1965), "Incentivos morales y materiales en el trabajo", en *La Rosa Blindada*, Nº 6 y 7.

²⁶⁸ Las fechas o datos de autoría que se presentan entre corchetes proporcionan información que no se encuentra indicada en el encabezamiento de las fuentes citadas, pero que es explícita en el contenido de los documentos en cuestión o ha sido chequeada con militantes que participaron de su redacción o accedieron a ellos en la época en que fueron producidos.

Castro, Fidel (1966a), "Discurso pronunciado en la conmemoración del XIII aniversario del Asalto al Cuartel Moncada, en La Habana el 26 de julio de 1966". Disponible en: <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/>

_____ (1966b), "Discurso pronunciado en la clausura del XII Congreso de la CTC-R, efectuada en el teatro de la CTC-R, el 29 de agosto de 1966". Disponible en: <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/>

Codovilla, Victorio (1962), *El significado del 'giro a la izquierda' del peronismo. Informe rendido en la reunión del CC del PC realizada los días 21 y 22 de julio de 1962*, Anteo, Buenos Aires.

_____ (1963), "Informe del Comité Central sobre el primer punto del orden del día", en Partido Comunista, *XII Congreso del Partido Comunista de la Argentina. Informes e Intervenciones*, Anteo, Buenos Aires.

Comandos de Resistencia Santiago Pampillón (CRSP) (1966a), "Etapas".

_____ (1966b), "Responso".

_____ (s/f.), "Resistencia o colaboración".

_____ (1967), "El Rector y las ratas".

_____ y Comando Universitario de Combate Organizado (CUCO) (1969), "Compañeros: el 8 no es un día de duelo".

Cooke, John William (1965), "Bases para una política cultural revolucionaria", en *La Rosa Blindada*, N° 6.

_____ (1964), "Universidad y país. Conferencia de John William Cooke. Córdoba, 4 de diciembre de 1964", en Baschetti, Roberto (1988), *Documentos de la Resistencia Peronista 1955-1970*, Punto Sur, Buenos Aires.

Debray, Régis (1965), "El castrismo: la Gran Marcha de América Latina", en *Pasado y Presente*, N° 7-8.

_____ (1966), "América Latina: problemas de estrategia revolucionaria", en *La Rosa Blindada*, N° 8.

_____ (1967), *Revolución en la Revolución*, Casa de las Américas, La Habana.

"Comando Sabino Navarro" (1972), "Al pueblo de Mar del Plata. Mar del Plata, 16 de junio de 1972", en Legajo N° 641, "Opereta Corina", Carpeta Bélico, Mesa DS, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata.

Corriente Estudiantil Nacional y Popular (CENAP) (1971a), "Universidad. Pasión y muerte de una institución", en *Cristianismo y Revolución*, N° 30.

_____ (1971b), "Sobre el programa SITRAC-SITRAM", en *Antropología del Tercer Mundo*, N° 8.

Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires (DIPBA), Legajo N° 179, s/título, Capital Federal, Carpeta 127, Mesa B, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata.

_____ Legajo N° 122, "Día 30/7 autores ignorados asaltaron la localidad de Garín, el Destacamento Policial, Banco, etc.", Carpeta Varios, Mesa DS, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata.

_____ Legajo N° 110, "Día 11/8 asaltaron la sucursal del Banco Provincial de Quilmes. Detenido xxx y otros", Carpeta Varios, Mesa DS, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata.

_____ Legajo N° 641, "Opereta Corina", Carpeta Bélico, Mesa DS, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata.

_____ Legajo N° 297, "Día 29/4 autores ignorados asaltaron camión militar robando armas y municiones. Se dirigía de Córdoba a Campo de Mayo, Ruta N° 8 altura Río Luján. Tigre, 29 de Mayo de 1971", Carpeta Bélico, Mesa DS, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata.

_____ Legajo N° 111, "Asalto al Destacamento de Villa Ponzatti. Calle 122 e/ 81 y 82, La Plata", Carpeta Varios, Mesa DS, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata.

_____ Legajo N° 667, "Copamiento y robo de arma en Destacamento de Vigilancia N° 8 de 'Propulsora Siderúrgica' en Ensenada el 11-4. Autores FAR", Carpeta Bélico, Mesa DS, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata.

_____ Legajo N° 2239, "Explosivo y panfletos de las FAR en Camino General Belgrano y calle 14 Ringuelet, frente a Empresa SIAP", Carpeta Daños, Mesa DS, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata.

_____ Legajo N° 2240, "Explosivo y panfletos de las FAR en el exterior de 'Petroquímica Sudamericana' de Olmos el 2-8-72", Carpeta Daños, Mesa DS, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata.

_____ Legajo N° 552, "Proclama organización FAR mediante cinta magnetofónica, en la emisora de música 'La Plata Musical' en Galería Geminis. 16-11-72", Carpeta Varios, Mesa DS, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata.

_____ Legajo N° 2275, "Incendio intencional por elemento del FAR, en Galpón del Diario 'El Día' ubicado en las calles 44 y 153. 15-9-72", Carpeta Daños, Mesa DS, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata.

_____ Legajo N° 2241, “Explosivo y panfletos de las FAR en la Estación del Ferrocarril N.G. Roca de La Plata el 2-8-72”, Carpeta Daños, Mesa DS, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata.

ELN argentino (1969), “Tareas para la implementación de un frente guerrillero en la Argentina”, en Legajo N° 110, “Día 11/8 asaltaron la sucursal del Banco Provincial de Quilmes. Detenido xx y otros”, Carpeta Varios, Mesa DS, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata.

Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) ([1971], 1973a), “Crítica del ERP al Reportaje a las FAR”, en FAR, “Aporte al proceso de confrontación de posiciones y polémica pública que abordamos con el ERP”, en *Militancia*, N° 4.

_____ (1973b), “Queridos compañeros” [Carta del ERP a las FAR], en Legajo N° 684, “Cuadro de situación sobre el Ejército Revolucionario del Pueblo. Informe de la SIDE”, Carpeta Varios, Mesa DS, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata.

Eusebio, Enrique y Abel Ramírez [seudónimos de Carlos Olmedo y Oscar Terán] (1966), “Sebreli y la cuestión bastarda”, en *La Rosa Blindada*, N° 9.

Frondizi, Silvio (1959), “Contesta el doctor Frondizi”, en Strasser, Carlos (comp.), *Las izquierdas en el proceso político argentino*, Palestra, Buenos Aires.

_____ (1961), *Bases y puntos de partida para una solución popular*, Ciencias Políticas, Buenos Aires.

_____ (1962), “Al pueblo de la Nación Argentina”, s/d. editorial, Buenos Aires.

_____ (1964), *Manifiesto de la Reconstrucción nacional*, s/d. editorial, Buenos Aires.

Fuerzas Armadas de Liberación (FAL) (1971), “El marxismo en la cartuchera”, en *Cristianismo y Revolución*, N° 28.

Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) (1970a), “12 preguntas a las Fuerzas Armadas Peronistas”, en *Cristianismo y Revolución*, N° 25.

_____ (1970b), “Comunicado por el 17 de Octubre”, en Duhalde, Eduardo y Pérez, Eduardo (comps.) (2003), *De Taco Ralo a la alternativa independiente. Historia Documental de las Fuerzas Armadas Peronistas y del Peronismo de Base*, Tomo I, De la Campana, Buenos Aires.

_____ (1971a), “Con las armas en la mano”, en *Cristianismo y Revolución*, N° 28.

_____ (1971b), “Documento Político Número 1”, en Duhalde, Eduardo y Pérez, Eduardo (comps.) (2003), *De Taco Ralo a la alternativa independiente. Historia*

Documental de las Fuerzas Armadas Peronistas y del Peronismo de Base, Tomo I, De la Campana, Buenos Aires.

_____ (1971c), "Prólogo al Documento Político Número 1", en Duhalde, Eduardo y Pérez, Eduardo (comps.) (2003), *De Taco Ralo a la alternativa independiente. Historia Documental de las Fuerzas Armadas Peronistas y del Peronismo de Base*, Tomo I, De la Campana, Buenos Aires.

_____ (1971d), "Ampliación del Documento Político Nº 1", en Duhalde, Eduardo y Pérez, Eduardo (comps.) (2003), *De Taco Ralo a la alternativa independiente. Historia Documental de las Fuerzas Armadas Peronistas y del Peronismo de Base*, Tomo I, De la Campana, Buenos Aires.

_____ (1971e), "A nuestro pueblo" [lanzamiento de la Alternativa Independiente], en Duhalde, Eduardo y Pérez, Eduardo (comps.) (2003), *De Taco Ralo a la alternativa independiente. Historia Documental de las Fuerzas Armadas Peronistas y del Peronismo de Base*, Tomo I, De la Campana, Buenos Aires.

_____ (1971f), "El rescate de cuatro combatientes", en *Cristianismo y Revolución*, Nº 30.

_____ (1972a), "Respuesta al documento para la reconstrucción de las FAP", en Duhalde, Eduardo y Pérez, Eduardo (comps.) (2003), *De Taco Ralo a la alternativa independiente. Historia Documental de las Fuerzas Armadas Peronistas y del Peronismo de Base*, Tomo I, De la Campana, Buenos Aires.

_____ (1972b), "Acta de disolución del ámbito cuatripartito (OAP)", en Duhalde, Eduardo y Pérez, Eduardo (comps.) (2003), *De Taco Ralo a la alternativa independiente. Historia Documental de las Fuerzas Armadas Peronistas y del Peronismo de Base*, Tomo I, De la Campana, Buenos Aires.

_____ (s/f.), "Punteo para llegar al Documento Político Totalizador", en Duhalde, Eduardo y Pérez, Eduardo (comps.) (2003), *De Taco Ralo a la alternativa independiente. Historia Documental de las Fuerzas Armadas Peronistas y del Peronismo de Base*, Tomo I, De la Campana, Buenos Aires.

_____, FAR y Montoneros (1971a), "Nuestro primer ajusticiamiento revolucionario", en *Cristianismo y Revolución*, Nº 30.

_____, FAR y Montoneros (1971b), "Comunicado. Córdoba, 3 de agosto de 1971", en *Estrella Roja*, Nº 7.

Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) (1970a), "Comunicado Nº 1", en *Cristianismo y Revolución*, Nº 25.

_____ (1970b), "Comunicado Nº 2", en *Cristianismo y Revolución*, Nº 25.

_____ (s/f. [1970]), "Descripción y análisis de la operación Gabriela", en Legajo N° 320, "G.E.L", Carpeta Bélico, Mesa DS, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata.

_____ (1970c) "Las FAR al pueblo de Córdoba", en *Cristianismo y Revolución*, N° 26.

_____ (1970d), "Objetivos y métodos de nuestra producción operacional", en Legajo N° 641, "Opereta Corina", Carpeta Bélico, Mesa DS, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata.

_____ (1971a), "Con el fusil del Che", en s/d. comp., *América Latina en Armas*, Eds. M.A, Buenos Aires.

_____ (1971b), "Golpe en La Plata: Comunicado de FAR", en *Cristianismo y Revolución*, N° 27.

_____ (1971c), "Muerte en combate de Raquel Liliana Gelín", en *Cristianismo y Revolución*, N° 28.

_____ (1971d), "Los de Garín", en *Cristianismo y Revolución*, N° 28.

_____ (1971e), "13 preguntas a las Fuerzas Armadas Revolucionarias (formuladas por otra organización armada argentina)", en *Nuevo Hombre*, N° 17.

_____ (1971f), "Reportaje. 13 preguntas de la Brigada 'Jorge R. Masetti' de las FAL", en Legajo N° 641, "Opereta Corina", Carpeta Bélico, Mesa DS, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata.

_____ (1971g), "Copamiento del Destacamento policial de Virreyes (Buenos Aires)", en *Cristianismo y Revolución*, N° 29.

_____ (1971h), "Copamiento de la subcomisaría de Villa Ponzatti (La Plata)", en *Cristianismo y Revolución*, N° 29.

_____ (1971i), "Expropiación de armas de un camión del ejército gorila", 24 de abril de 1971, en *Cristianismo y Revolución*, N° 29.

_____ (1971j), "A nuestro pueblo", en Legajo N° 111, "Asalto al Destacamento de Villa Ponzatti. Calle 122 e/ 81 y 82, La Plata", Carpeta Varios, Mesa DS, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata.

_____ "Comando Eva Perón" (1971), "Ciudad Eva Perón, 16 de septiembre de 1971". Disponible en Centro de documentación de las organizaciones político-militares argentinas "El topo blindado": <http://eltopoblindado.com/>.

_____ "Prisioneros de guerra de la Cárcel de Villa Devoto" (1971), "Balance de Quique. Miguel Ángel Castillo, un combatiente, por sus compañeros", *Nuevo Hombre*, N° 19.

_____ [Regional Tucumán] (s/f. [1971]), "Informe sobre el proceso de confluencia en la regional IV", en Legajo N° 244, "Homicidio del Dr. xx "Nueva Fuerza", Carpeta Varios, Mesa DS, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata.

_____ [Regional Córdoba] (s/f. [1971]), "El combate de Fiat", en Legajo N° 641, "Opereta Corina", Carpeta Bélico, Mesa DS, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata.

_____ "Comando de Prisioneros de Guerra Miguel Ángel Castilla" (1971), "Informe de la discusión sobre el balance de la operación Fiat", en Legajo N° 641, "Opereta Corina", Carpeta Bélico, Mesa DS, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata.

_____ (1972a), "Documento de actualización política", en Legajo N° 641, "Opereta Corina", Carpeta Bélico, Mesa DS, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata.

_____ (1972b) "Informe del proceso de discusión sobre la Operación Sánchez", en Legajo N° 641, "Opereta Corina", Carpeta Bélico, Mesa DS, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata.

_____ (1972c), *Boletín* N°4, s/d. editorial ni lugar.

_____ (1972d), "A nuestro Pueblo. Berisso, 10 de abril de 1972", en Legajo N° 342, "Asalto Banco Crédito Provincial de Berisso. 10/4/72", Carpeta Bélico, Mesa DS, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata.

_____ (1972e), "A nuestro Pueblo. Ciudad Eva Perón, 15 de septiembre de 1972", en Legajo N° 2275, "Incendio Intencional por elemento del FAR, en Galpón del diario El Día ubicado en las calles 44 y 153", Carpeta Daños, Mesa DS, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata.

_____ (1972f), "A nuestro pueblo. Ciudad Eva Perón, 25 de octubre de 1972", en Legajo N° 641, "Opereta Corina", Carpeta Bélico, Mesa DS, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata.

_____ (1972g), "¡Leña a los gorilas asesinos y vendepatria!", en Legajo N° 626, "Homicidio del Contraalmirante xx, Jefe del Comando Político y Estratégico de la Armada en Lomas de Zamora 1ra el 28-12-72", Carpeta Varios, Mesa DS, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata.

_____ (1972h), "Orientaciones para proteger las movilizaciones", en Amato, Fernando y Boyanovsky Bazán, Cristian (2008), *Setentistas. De La Plata a la Casa Rosada*, Sudamericana, Buenos Aires.

_____ [La Plata] (s/f. [1972]), "Propaganda", en Legajo N° 641, "Opereta Corina", Carpeta Bélico, Mesa DS, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata.

_____ "Comando Juan Pablo Maestre" (1972), "Las FAR y el ajusticiamiento del General Juan Carlos Sánchez", en *Punto Final*, N° 162.

_____ "Comando Eva Perón" (1972), "A nuestro Pueblo. Dock Sur, 30 de abril de 1972", en Legajo N° 641, "Opereta Corina", Carpeta Bélico, Mesa DS, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata.

_____ "Comando Abal Medina-Ramus" (1972), "A nuestro Pueblo. 27 de mayo de 1972", en Legajo N° 641, "Opereta Corina", Carpeta Bélico, Mesa DS, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata.

_____ "Comando Carlos Olmedo" (1972), "A los compañeros peronistas de Villa Mitre", en Legajo N° 641, "Opereta Corina", Carpeta Bélico, Mesa DS, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata.

_____ "Comando José Sabino Navarro", (1972), "Compañeros de Deca", en Legajo N° 2353, "Intimidación pública, robo e incendio en el establecimiento fabril DECA en Morón el 27-12-72. Autores FAR", Carpeta Daños, Mesa DS, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata.

_____ "Comando 17 de noviembre" (1972), "Compañeros. Buenos Aires, 29 de noviembre de 1972", en Legajo N° 576, "Amenazas a obreros de Fábrica Ottis en Tigre el 29-11-72", Carpeta Varios, Mesa DS, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata.

_____ "Comando Carlos Capuano Martínez de las FAR" y "Comando José Sabino Navarro de Apoyo a las OAP" (1972), "Al nuestro pueblo. Mar del Plata, 30 de agosto de 1972", en Legajo N° 641, "Opereta Corina", Carpeta Bélico, Mesa DS, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata.

_____ "Comandos José Sabino Navarro y Gerardo Cesaris de las FAR" (1972), "Al pueblo de Mar del Plata. Mar del Plata, 21 de diciembre de 1972", en Legajo N° 641, "Opereta Corina", Carpeta Bélico, Mesa DS, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata.

_____ "Comandos José Sabino Navarro y Gerardo Cesaris de las FAR" (1973), "A nuestro pueblo. Mar del Plata, 6 de enero de 1973", en Legajo N° 641, "Opereta Corina", Carpeta Bélico, Mesa DS, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata.

_____ “Comando 3 de noviembre” (1972), “A nuestro pueblo. Córdoba, 18 de mayo de 1972”, en Legajo N° 641, “Opereta Corina”, Carpeta Bélico, Mesa DS, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata.

_____ ([1971] 1973a), “Nuestra respuesta elaborada por el compañero Olmedo”, en FAR, “Aporte al proceso de confrontación de posiciones y polémica pública que abordamos con el ERP, en *Militancia*, N° 4.

_____ (1973b), “Objetivos y métodos de nuestra producción operacional”, en Legajo N° 1154, “Detención de elementos pertenecientes a la organización FAR en Ranchos el 11/10/73”, Carpeta Varios, Mesa DS, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata.

_____ (1973c), “Informe interno”, en Legajo N° 641, “Opereta Corina”, Carpeta Bélico, Mesa DS, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata.

_____ (1973d), “Con el frente al gobierno, con el Ejército Peronista al poder”, en Legajo N° 694, “Robo en Registro Civil de Bernal el 8-3-73. Autores FAR”, Carpeta Varios, Mesa DS, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata.

_____ (1973e), “Cámpora al gobierno, Perón al poder”, en Legajo N° 641, “Opereta Corina”, Carpeta Bélico, Mesa DS, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata.

_____ (1973f), “A nuestro pueblo. Buenos Aires, 1 de abril de 1973”, en Legajo N° 718, “Toma del edificio central de Tribunales grupo FAR en San Isidro el 1/4/73”, Carpeta Varios, Mesa DS, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata.

_____ (1973g), “A nuestro pueblo”, en Legajo N° 641, “Opereta Corina”, Carpeta Bélico, Mesa DS, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata.

_____ (1973h) “Aportes críticos de las Fuerzas Armadas Revolucionarias al “Documento Base para la Reactualización de la Línea Político-Militar, en Baschetti, Roberto (1997), *De la guerrilla peronista al gobierno popular. Documentos 1970-1973*, De la Campana, Buenos Aires.

_____ y Montoneros (1971), “Documento Preliminar para la tarea de reconstrucción de las FAP, en Duhalde, Eduardo y Pérez, Eduardo (comps.) (2003), *De Taco Ralo a la alternativa independiente. Historia Documental de las Fuerzas Armadas Peronistas y del Peronismo de Base*, Tomo I, De la Campana, Buenos Aires.

_____ y Montoneros (1972), “Opiniones sobre los problemas centrales de la guerra revolucionaria en esta etapa”, en FAR, *Boletín* N° 4.

_____ y Montoneros (1973a), "Al pueblo de la patria", 24 de mayo de 1973". Disponible en Centro de documentación de las organizaciones político-militares argentina "El topo blindado": <http://eltopoblindado.com/>.

_____ y Montoneros (1973b), "Construir poder popular", en *Militancia*, Nº 1.

_____ y Montoneros (1973c), "Defender la victoria", en *Militancia*, Nº 2.

_____ y Montoneros (1973d), "Perón enfrenta a la conspiración", en *El Descamisado*, Nº 9.

_____ y Montoneros (1973e), "Los yanquis son los mayores enemigos de nuestro pueblo", en *El Descamisado*, Nº 19, septiembre de 1973.

_____ y Montoneros (1973f), "Acta de la unidad", en *Militancia*, Nº 19.

Giudici, Ernesto (1961), "Neocapitalismo, Neosocialismo, Neomarxismo", en Giudici, Ernesto, Agosti, Héctor Pablo, Portantiero, Juan Carlos, Schneider y Lebedinsky, Mauricio, *Qué es la izquierda*, Documentos, Buenos Aires.

Guevara, Ernesto (1965), "El socialismo y el hombre en Cuba", en *La Rosa Blindada* Nº 6.

_____ (1967a), "La guerra de guerrillas", en Fernández Retamar, Roberto (comp.), *Obra revolucionaria*, Era, México.

_____ (1967b), "Cuba: ¿excepción histórica o vanguardia en la lucha anticolonialista?", en Fernández Retamar, Roberto (comp.), *Obra revolucionaria*, Era, México.

_____ (1967c), "Guerra de guerrillas: un método", en Fernández Retamar, Roberto (comp.), *Obra revolucionaria*, Era, México.

_____ (1967d), "Sobre la construcción del partido", en Fernández Retamar, Roberto (comp.), *Obra revolucionaria*, Era, México.

_____ (1967e), "Prólogo al Partido marxista-leninista", en Fernández Retamar, Roberto (comp.), *Obra revolucionaria*, Era, México.

_____ (1967f), "Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental", en Fernández Retamar, Roberto (comp.), *Obra revolucionaria*, Era, México.

_____ (2005a), "Instrucciones para los cuadros destinados al trabajo urbano", en Soria Galvarro, Carlos, *El Che en Bolivia. Documentos y testimonios*, T. 2, La Razón, La Paz.

_____ (2005b), "Diario del Che en Bolivia", en Soria Galvarro, Carlos, *El Che en Bolivia. Documentos y testimonios*, T. 1, La Razón, La Paz.

Grove, Ronald (1973), "Report of my kidnapping", Carpeta ALA1/2, en Carpeta FCO 7/2390. Foreign and Commonwealth Office, National Archives (la documentación

forma parte de un apéndice de una carta de JA Robson, Latin America Department, Foreign and Commonwealth Office, a Robert Duff, Canada House, fechada el 18 de enero 1973).

Hernández Arregui, Juan José (1960), *La formación de la conciencia nacional, (1930-1960)*, Hachea, Buenos Aires.

La Rosa Blindada (1965a), "Por qué nuestro homenaje", en *La Rosa Blindada*, Nº 4.

_____ (1965b), s/título [introducción a Cooke, "Bases para una política cultural revolucionaria"], en *La Rosa Blindada*, Nº 6.

Lewinger, Arturo; Ferrari Etcheberry, Alberto; Piriz, Luis; Acosta, Osvaldo; Bolívar, Jorge; Castro, Jorge; Comotto, Aldo; Gallegos, Juan Carlos; Vega, Horacio; Ninin, Enrique (1964), *Del peronismo al Tercer Movimiento Histórico*, Ediciones 3MH, Buenos Aires.

Lewinger, Jorge Omar; Piriz, Luis y Diamant, Jorge (1966), *De la Reforma Universitaria a la Revolución Nacional*, Editorial Nueva Generación, Buenos Aires.

Medinabeytia, Fernando (1964), "¿Puede pensar un militante de izquierda?", en *Táctica*, Nº 1.

Montoneros, (1971a), "El llanto del enemigo", en *Cristianismo y Revolución*, Nº 28.

_____ (1971b), "Memoria del año 1971. Informe especial", en Baschetti, Roberto (1997), *De la guerrilla peronista al gobierno popular. Documentos 1970-1973*, De la Campana, Buenos Aires.

_____ (1971c), "Línea político-militar", en Baschetti, Roberto (1997), *De la guerrilla peronista al gobierno popular. Documentos 1970-1973*, De la Campana, Buenos Aires.

_____ (1973), "Boletín Interno Nº 2. Primera quincena de mayo", en Baschetti, Roberto (1997), *De la guerrilla peronista al gobierno popular. Documentos 1970-1973*, De la Campana, Buenos Aires.

Movimiento (1961a), "La reacción conservadora intenta copar el peronismo", en *Movimiento*, Nº 2.

_____ (1961b), "Reportaje a la izquierda peronista. Habla Damián Martínez del PRAN", en *Movimiento*, Nº 3.

_____ (1961c), "Fuerza Autónoma Popular de Moreno. Declaración de principios y programa", en *Movimiento*, Nº 4.

Movimiento de Izquierda Revolucionario-Praxis [sector La Plata] (1961), *¿Táctica...o entrega? La política del profesor Silvio Frondizi*, s/d. editorial, Buenos Aires.

Movimiento Revolucionario Peronista (1964), "Programa del 5 de agosto de 1964, en Baschetti, Roberto (1988), *Documentos de la Resistencia Peronista 1955-1970*, Punto Sur, Buenos Aires.

Olmedo, Carlos (1968), "Notas para una valoración de la situación nacional", en Legajo N° 320, "G.E.L", Carpeta Bélico, Mesa DS, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata.

Olmedo, Carlos (1970), "Informe de la Reunión Nacional de Mandos", en Legajo N° 320, "G.E.L", Carpeta Bélico, Mesa DS, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata.

Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) (1982), "Declaración General de la Primera Conferencia Latinoamericana de Solidaridad", en Löwy, Michael (comp.), *El marxismo en América Latina*, Era, México.

Partido Comunista (PC) (1963a), "Por la acción de las masas hacia la conquista del poder", en *Nueva Era*, N° 2.

_____ (1963b), "Declaración del Comité Central del Partido Comunista sobre la situación política actual", en *Nueva Era*, N° 10.

_____ (1967), *No puede haber una "Revolución en la Revolución"*, Anteo, Buenos Aires.

Perón, Juan Domingo (1965), "Carta de Juan D. Perón a la Juventud Peronista. Octubre de 1965", en Baschetti, Roberto (1998), *Documentos de la Resistencia Peronista 1955-1970*, Punto Sur, Buenos Aires.

_____ (1969), "Carta al Dr. Antonio Caparrós. Julio de 1969", en Pavón Pereyra, Enrique (1983), *Correspondencia*, Vol. 1 Corregidor, Buenos Aires.

_____ (1971a), "A los compañeros de la Juventud", en Baschetti, Roberto (1997), *De la guerrilla peronista al gobierno popular. Documentos 1970-1973*, De la Campana, Buenos Aires.

_____ (1971b), "Actualización política y doctrinaria para la toma del poder, junio, julio y octubre, en Baschetti, Roberto (1997), *De la guerrilla peronista al gobierno popular. Documentos 1970-1973*, De la Campana, Buenos Aires.

_____ (1971c), "Para nuestra autocrítica. Algunas observaciones a la gestión del compañero Paladino. Madrid, 15 de noviembre", en Baschetti, Roberto (1997), *De la guerrilla peronista al gobierno popular. Documentos 1970-1973*, De la Campana, Buenos Aires.

Portantiero, Juan Carlos (1961), "Algunas variantes de la neoizquierda", en Giudici, Ernesto, Agosti, Héctor Pablo, Portantiero, Juan Carlos, Schneider y Lebedinsky, Mauricio, *Qué es la izquierda*, Documentos, Buenos Aires.

_____ (1963), "Política y clases sociales en la Argentina actual", en *Pasado y Presente*, Nº 1.

_____ (1964), "Crisis en la izquierda argentina", en *Táctica* Nº 1.

Puiggrós, Rodolfo (1965), *Historia crítica de los partidos políticos*, Jorge Álvarez, Buenos Aires.

Ramos, Jorge Abelardo (1959), *Historia Política del Ejército Argentino*, Peña Lillo, Buenos Aires.

_____ (1968), "El Ejército argentino y la teoría de Pavlov", en *Ejército y semicolonía*, Sudestada, Buenos Aires.

Rivera, Enrique (1964), *La Reforma Universitaria*, Atahualpa, Buenos Aires.

Rozitchner, León (1966), "La izquierda sin sujeto", en *La Rosa Blindada*, Nº 9.

S/d. autor (1970), s/título [Informe de un militante sobre una reunión mantenida entre miembros de FAR, FAP y G.3], en Legajo Nº 320, "G.E.L", Carpeta Bélico, Mesa DS, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata.

_____ (1973a), "¿Para qué murió el Tin Villagra?", en *Militancia*, Nº 10.

_____ (1973b), "Libres o Muertos. Olmedo, Villagra, Baffi, Peressini", en *Militancia*, Nº 22.

_____ (1973c), "Caen peleando cuatro combatientes peronistas. 3 de noviembre de 1971: el combate de Fiat", *El Descamisado*, Nº 25.

_____ (1974a), "Operativo 'Juanita' (la quema de los supermercados Minimax)", en *Liberación por la patria socialista*, Nº 21.

_____ (1974b), "30 de Julio de 1970. Las FAR toman Garín", en *La Causa Peronista*, Nº 5.

_____ (1974c), "Fuiste hija de Evita", en *El Descamisado*, nº 36.

_____ (1975a), "Oficial superior Arturo Lewinger caído en acción", en *Evita Montonera*, Nº 5.

_____ (1975b), "Dos jefes Montoneros caídos", en *Evita Montonera*, Nº 9.

Semán, Elías (2004), "El Partido Marxista-leninista y el guerrillerismo" [1964], en *Temas Revolucionarios. Cuadernos del Partido Revolucionario de Liberación*, Nº 11.

Strasser, Carlos (comp.) (1959), *Las izquierdas en el proceso político argentino*, Palestra, Buenos Aires.

Terán, Oscar (1965), "Garaudy: en el tiempo de los hombres dobles", en *La Rosa Blindada*, N° 7.

Tupamaros (1968), "30 preguntas a un Tupamaro", en Löwy, Michael (comp.) (1982), *El marxismo en América Latina*, Era, México.

Vanguardia Revolucionaria (VR) (1963), *Los comicios del 7 de julio y las perspectivas de la izquierda*, Ediciones VR, Buenos Aires.

_____ (s/fecha [1964]), "Frente a la tregua de la CGT que cada fábrica sea fortaleza de la lucha del proletariado", en *Vanguardia Revolucionaria*, N° 1.

_____ (1964), "Guerrillas. Nueva forma de lucha popular", en *Vanguardia Revolucionaria*, N° 2.

Principales publicaciones periódicas consultadas

Nuestra Palabra (NP), 1963-1967.

Nueva Era. Revista Teórico-Política del Partido Comunista, 1963-1964.

Movimiento. Por un movimiento popular revolucionario, 1961.

La Rosa Blindada, 1964-1966.

Vanguardia Revolucionaria (VR), 1964.

Táctica, 1964.

Nueva Política, 1965.

Cristianismo y Revolución (CyR), 1966-1971.

Nuevo Hombre, 1971-1974.

Estrella Roja, 1971-1973.

Liberación por la patria socialista, 1973-1974.

El Descamisado, 1973-1974.

Militancia peronista para la liberación, 1973-1974.

Diario Noticias, 1973-1974.

La causa peronista, 1974.

El peronista, 1974.

Evita Montonera, 1974-1975.

Punto Final, 1965-1973.

Revistas Primera Plana (PP), *Confirmado*, *Análisis*, ediciones varias.

Diarios La Nación (LN), *La Prensa (LP)*, *Clarín*, ediciones varias.

Entrevistas

Realizadas por la autora

Mario Rabey, Buenos Aires, 29 de agosto de 2007.

Alberto Ferrari Etcheberry (dos sesiones), Buenos Aires, 7 de septiembre y 16 de diciembre de 2007.

Eduardo Jozami, Buenos Aires, 14 de diciembre de 2007.

Jorge Omar Lewinger (tres sesiones), Buenos Aires, 27 de diciembre de 2007 y 15 y 27 de diciembre de 2011.

Carlos Flaskamp (dos sesiones), Buenos Aires, 28 de diciembre de 2007 y 20 de diciembre de 2011.

“Militante de VR” (tres sesiones), Buenos Aires, 23 de enero y 6 de mayo de 2009 y 15 de abril de 2010.

Carlos Ábalo (dos sesiones), Buenos Aires, 27 de diciembre de 2009 y 21 de abril de 2010.

Lila Pastoriza, Buenos Aires, 9 de marzo de 2010.

Alfredo Moles, intercambio electrónico Buenos Aires / España, abril-marzo de 2010 y diciembre de 2011.

“Militante de FAR 1”, Buenos Aires, 11 de enero de 2012.

Ricardo Rodrigo, intercambio electrónico Buenos Aires / España, enero-marzo de 2012.

Néstor Lavergne, Buenos Aires, 16 de febrero de 2012.

“Militante de FAR 2”, Buenos Aires, 6 de marzo de 2012.

Mercedes Inés Carazo, intercambio electrónico Buenos Aires / Perú, marzo-abril de 2012.

Sara Solarz (dos sesiones vía skype), Buenos Aires / Suiza, 4 y 11 de abril de 2012.

Nora Patrich, Buenos Aires, 12 de abril de 2012.

José Miguel Candia, La Plata, 10 de septiembre de 2012.

Consultadas en el “Archivo Oral Memoria Abierta” (AOMA)

Mirta Clara, Buenos Aires, 21 de julio de 2001.

Juan “Ivo” Koncurat, Buenos Aires, 30 de noviembre de 2001.

Gregorio Levenson, Buenos Aires, 14 de octubre de 2002.

Eduardo Jozami, Buenos Aires, 17 y 25 de octubre de 2002.

Mercedes Depino, Buenos Aires, 28 de noviembre, 5 y 15 de diciembre de 2003.

Oscar Terán, Buenos Aires, 16 y 25 de noviembre de 2005.

Pilar Calveiro, Buenos Aires, 6 de octubre de 2006.

Ángel Abus, Buenos Aires, 2 y 9 de abril de 2008.

Roberto Miguel Torres, Buenos Aires, 23 de julio y 14 de agosto de 2008.

Éditas

Ayzemberg, Sergio y Mario Hernández (2003), "Entrevista a José Luis Mangieri". Disponible en: http://www.lafogata.org/libros/li_fiesta.htm. Fecha de consulta: 2/5/2008.

Bardini, Roberto (2006), "El exilio de un muchacho peronista". Entrevista a Carlos Arabelos, militante del MNRT y de las FAP. Disponible en: <http://www.rodelu.net/bardini/bardini117.html>. Fecha de consulta: 2/8/2010.

Bufano, Sergio y Rot, Gabriel (2008), "Fuerzas Argentinas de Liberación. Entrevista a Carlos Malter Terrada", en *Lucha Armada*, N° 10.

_____ (2005), "Orígenes de las FAL. Entrevista a Juan Carlos Cibelli", en *Lucha Armada*, N° 1.

Casabella, Hernán y Karina Barrozo (eds.) (2004), *Es rigurosamente cierto. Entrevistas a José Luis Mangieri*, Libros del Rojas, Buenos Aires.

Cullén, Rafael (1992), "Guerrilla, peronismo y clase obrera". Entrevista a José Osvaldo Villaflor, militante de las FAP y el PB, en *Cuadernos de debate* de la Corriente de Estudiantil de Unidad Popular La Mariátegui, N° 4. Disponible en <http://www.elartefacto.com.ar/?pg=documentos&id=56&unidad=>. Fecha de consulta: 2/8/2010.

Garcés, María del Carmen (2011), *Conversaciones con Pombo. Combatiente de la guerrilla del Che en Bolivia*, Colihue, Buenos Aires.

Martín, Gabriel (2006a), "Esta historia termina con la derrota del Pueblo en general y de la clase obrera en particular". Entrevista a Eduardo Pérez, militante de las FAP. Disponible en: <http://www.rodolfowalsh.org/spip.php?article1802>. Fecha de consulta: 2/8/2010.

_____ (2006b), "El PRT y Montoneros apostaban principalmente al movimiento de masas". Entrevista a Daniel de Santis, militante del PRT-ERP. Disponible en: <http://www.rodolfowalsh.org/spip.php?article1811>. Fecha de consulta: 3/4/2008.

Mero, Roberto (1987), *Conversaciones con Juan Gelman. Contraderrota, Montoneros y la revolución perdida*, Editorial Contrapunto, Buenos Aires.

Russo, Miguel (2001), "Juan Gelman: el gran poeta en primera persona". Disponible en: <http://sololiteratura.com/gel/gelenprimera.htm>. Fecha de consulta: 2/5/2008.

Tortti, Cristina y Chama, Mauricio (2006), “Los nudos político-intelectuales de una trayectoria. Entrevista a Juan Carlos Portantiero”, en *Cuestiones de Sociología*, Nº 3.

Trímboli, Javier (1998), Entrevista a Martín Caparrós, en *La izquierda en la Argentina*, Manantial, Buenos Aires.

Mendoza, Mónica y Espinosa, Eduardo (2007), Entrevista a Jorge Barry, en *Recordando a Montoneros: los Barry de Adrogué*, Imago Mundi, Buenos Aires.

Películas documentales citadas

David Blaustein (1996), *Cazadores de Utopías*.

María Inés Roqué (2004), *Papá Iván*.

Daniel Desaloms (2004), *La palabra justa*.

Siglas utilizadas

3MH: Tercer Movimiento Histórico
AI: Alternativa Independiente
ARP: Acción Revolucionaria Peronista
CASA: Central de Acción Sindical y Adoctrinamiento
CENAP: Corriente Estudiantil Nacional y Popular
CGT: Central General de Trabajadores
CGT-A: Central General de Trabajadores de los argentinos
CRSP: Comandos de Resistencia Santiago Pampillón
EGP: Ejército Guerrillero del Pueblo
ELN: Ejército de Liberación Nacional
FAEP: Frente de Agrupaciones Eva Perón
FAL: Fuerzas Armadas de Liberación
FAP: Fuerzas Armadas Peronistas
FAR: Fuerzas Armadas Revolucionarias
FARN: Fuerzas Armadas de la Revolución Nacional
FATPREN: Federación Argentina de Trabajadores de Prensa
FEN: Frente Estudiantil Nacional
FORJA: Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina
FOTIA: Federación Obrera Tucumana de la Industria del Azúcar
FRECILINA: Frente Cívico de Liberación Nacional
FREJULI: Frente Justicialista de Liberación
FURN: Federación Universitaria de la Revolución Nacional
GAN: Gran Acuerdo Nacional
GEL: Guerrilla del Ejército Libertador
JAEN: Juventudes Argentinas para la Emancipación Nacional
JP: Juventud Peronista
JRP: Juventud Revolucionaria Peronista
JTP: Juventud Trabajadora Peronista
JUP: Juventud Universitaria Peronista
LARJA: Liga de Acción Revolucionaria de la Joven Argentina
MAS: Movimiento de Acción Secundaria

MID: Movimiento de Integración y Desarrollo
MIR-Praxis: Movimiento de Izquierda Revolucionaria - Praxis
MIRA: Movimiento de Izquierda Revolucionaria Argentina
MJP: Movimiento de la Juventud Peronista
MLN: Movimiento de Liberación Nacional
MNJ: Movimiento Nacional Justicialista
MNRT: Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara
MRP: Movimiento Revolucionario Peronista
MUCS: Movimiento de Unidad y Coordinación Sindical
MUR: Movimiento Universitario Reformista
OAP: Organizaciones Armadas Peronistas
OLAS: Organización Latinoamericana de Solidaridad
OSPAL: Organización de Solidaridad de los Pueblos de Asia, África y América Latina
PB: Peronismo de Base
PC: Partido Comunista
PCR: Partido Comunista Revolucionario
PHPC: Proceso de Homogeneización Política Compulsiva
PJ: Partido Justicialista
PRT-ERP: Partido Revolucionario de los Trabajadores - Ejército Revolucionario del Pueblo
PS: Partido Socialista
PSA: Partido Socialista Argentino
PSAV: Partido Socialista Argentino de Vanguardia
SITRAC: Sindicato de Trabajadores de Concord
SITRAM: Sindicato de Trabajadores de Materfer
UB: Unidad Básica
UBR: Unidad Básica Revolucionaria
UCRI: Unión Cívica Radical Intransigente
UCRP: Unión Cívica Radical del Pueblo
UES: Unión de Estudiantes Secundarios
UNTAP: Unión de Trabajadores Auténticamente Peronistas
UOM: Unión Obrera Metalúrgica
VC: Vanguardia Comunista
VR: Vanguardia Revolucionaria

Índice Onomástico

- Abal Medina, Fernando: 98, 120, 208, 227.
Abal Medina, Juan Manuel: 242.
Ábalo, Carlos: 46 n., 50 n., 51 y n., 52 y n., 72 n., 126.
Abus, Ángel: 105 n., 107, 108 n.
Acosta, Osvaldo: 73 n.
Adjiman, Jorge Simón: 35 n., 68, 226.
Adjiman, Leonardo: 35 n., 68 y n.
Agosti, Héctor: 60 y n., 61 y n.
Ahualí, René: 232, 235 n., 237.
Aizemberg, Roberto: 60 n.
Albanese, Pascual: 73 n.
Alberte, Bernardo: 204.
Albisu, José: 228.
Allende, Beatriz: 103, 108 n.
Allende, Salvador: 103 y n., 108, 142 n.
Alonso, Francisco: 98.
Alonso, José: 55.
Altamira, Jorge: 52, 70 n., 72 n.
Álvarez, Alejandro: 212.
Álvarez, Marcelino: 233.
Álvaro, Jorge: 229, 231.
Alverione, Elbio: 250 n.
Amarilla, Guillermo: 241 n.
Ameri, Raúl: 220, 233.
Anadón, Hugo: 220.
Anchorena, Manuel: 253 n.
Antonio, Jorge: 174.
Aramburu, Pedro Eugenio: 122, 124, 133 n., 163 n., 208.
Arbo y Blanco, Rubén: 53 y n.
Areta, Joaquín: 231.
Areta, Jorge Ignacio: 231 n.
Arrostito, Norma: 98.
Assales, Carlos Emilio: 237.
Astesano, Eduardo: 77 n.
Astudillo, Carlos: 119 y n., 201, 221, 224, 248 n.
Azúa, Mario César: 162, 201.
Baffi, Juan Carlos: 221.
Balbín, Ricardo: 175, 251.
Barraza, Pedro: 53 y n., 54, 58-59.
Barrella, Enrique: 227.
Barrientos Ortuño, René: 103.
Barry, Henry: 228-229.
Barry, Jhon Alec: 229.
Barry, Jorge: 228, 229 y n.
Baxter, Joe: 53 n., 104, 209 n.
Bazán, Marta: 226 n.
Béjar, Héctor: 96.
Benavides, Dardo: 231 y n.
Benencio, Luis: 229.
Bengochea, Ángel: 86 n., 96.
Bergel, Pablo: 73 n.
Berger, María Antonia: 35 n., 68 y n., 106 y n., 107, 201, 221, 248 n.
Bergstein, Jorge: 43 y n.
Berisso, Emilio: 252 y n.
Bie, Víctor: 233.
Blaustein, David: 228, 131 n.
Bolívar, Jorge: 73 n.
Boris, Edgardo: 236 n.
Borro, Sebastián: 40 y n., 49, 55 n., 128.
Bravo, Douglas: 95.
Briggiler, Reinaldo Ramón: 233, 234 n.
Brocato, Carlos: 60 y n., 63 y n.
Bulacios, Carlos Néstor: 203.
Bunke, Tamara (Tania): 99-100, 101 n.
Bustos, Ciro: 51 n., 63 n., 64 n., 67 y n., 97, 100, 101 n., 235.
Cáceres Monié, Jorge: 204.
Cafatti, Jorge: 209 n., 211 n.
Cafiero, Antonio: 251.
Calleti, Sergio: 70 n., 73 n.
Calveiro, Pilar: 35, 68 y n., 134-136.
Cambareri, Bruno: 209 n., 220.
Campiglia, Alcira: 35 n., 68.
Campiglia, Horacio: 35 n., 68, 136, 229.
Cámpora, Héctor: 15, 17, 167, 250-253, 267.
Camps, Alberto: 35 n., 68, 105, 201 y n., 221, 224, 248 n.
Canalis, Floreal: 108 n.
Ovando Candia, Alfredo: 108.
Candia, José Miguel: 28 n., 231.
Canello, Agustín: 97.
Canizzo, Miguel: 223.
Canto, Estela: 60 n.
Caparrós, Antonio: 34 n., 45 n., 46 n., 47 n., 62 y n., 63-64, 68, 97, 98 y n., 100, 103 n., 135 n., 141 n.
Caparrós, Martín: 228.

Capuano Martínez, Carlos: 232 n.
 Carazo, Mercedes Inés: 35 n., 66 y n., 67 y n., 100, 203 n., 224.
 Caride, Carlos: 166 n., 211 n.
 Carri, Roberto: 70 n.
 Casal, Horacio: 60 n.
 Castilla, Miguel Ángel: 119, 120 n., 221, 223-224.
 Castro, Alfredo Benigno: 220.
 Castro, Fidel: 52 n., 62, 67, 92 y n., 95 y n., 135.
 Castro, Jorge: 73 n., 89.
 Catalán, Elmo: 103.
 Cataldo, Jorge Andrés: 138 n.
 Centeno, Norberto: 202.
 Cerdat, Rubén: 104 y n., 107.
 Cerrutti, Juan Carlos: 235, 237, 238 n.
 Cesaris, Gerardo: 232 n.
 Cibelli, Juan Carlos: 71 n., 72 n.
 Clara, Mirta: 119 y n., 229.
 Codovilla, Victorio: 38-40, 43-44, 59 n., 99, 114.
 Comotto, Aldo: 73 n.
 Conte, Augusto María: 228.
 Cooke, John William: 58, 61-63, 77 y n., 86 n., 97 y n., 98-100, 101 n., 128, 134, 147, 160, 190 n., 209 n., 226, 232.
 Coria, Rogelio: 241 n., 251.
 Coronel, José Carlos: 119, 220, 224.
 Corro, Eduardo: 73 n.
 Corvalán Nanclares, Ernesto: 198 y n.
 Cossa, Roberto: 60 n.
 Costa, Emiliano: 226 n.

D'Hippolito, Elida: 35 n., 88.
 D'Hippolito, Humberto: 35 n., 89 y n., 100.
 Damiano, Manuel: 53 y n.
 Dante Gullo, Juan Carlos: 241.
 De Santis, Daniel: 168 n.
 Deheza, Argentino: 253.
 de la Puente Uceda, Luis: 96.
 del Campo, Hugo: 70 n.
 Delfino, Liliana: 46 n.
 Delgado, Oscar Vicente: 233.
 Depino, Mercedes: 68 n., 229 y n.
 Di Pascuale, Jorge: 40 y n., 49, 55 n., 128, 211.
 Diamant, Jorge: 73 n.
 Díaz, Oscar: 60 n.
 Donda, José María: 231 n.
 Drago, Tito: 103, 105 n.
 Duhalde, Eduardo Luis: 204.
 Durante, Rodolfo Carlos: 228.

 El Kadri, Envar: 106 n., 211 n., 235.
 Eliashev, José: 73 n.

 Feis, Alfonso: 54 n.
 FerrariEtcheberry, Alberto: 73 y n., 77 y n., 78, 79 y n., 80, 84 n., 85, 86 y n., 165 n.
 Firmenich, Mario Eduardo: 255 n.
 Flaskamp, Carlos: 15, 17, 109 n., 119 n., 164, 226, 229, 231.
 Flichman, Guillermo: 46 n.
 Framini, Andrés: 30 y n., 39 y n., 41, 43 n., 49, 77, 114, 128, 235 n.
 Frigerio, Reinaldo: 246.
 Frondizi, Arturo: 38-39, 40 n., 45, 54 n., 55 n., 71, 240, 246.

Frondizi, Silvio: 7, 35, 38 n., 39 n., 70-72, 73 y n., 74-75, 76 y n., 77, 80, 81 y n., 83-84, 85 n., 157.
 Furman, Osvaldo: 73 n.

 Gache, Estela: 226 n.
 Gadano, Jorge: 35 n., 66, 68, 100.
 Gaitini, Luis: 233, 234 n.
 Galimberti, Rodolfo: 17, 164, 167, 216, 238, 240.
 Gallegos, Juan Carlos: 73 n.
 Galli, Luisa: 226.
 Gamonet, Roberto: 231.
 García Elorrio, Juan: 98.
 Gasparini, Juan: 229, 251 n., 255 n.
 Gelín, Raquel Liliana: 68, 200, 201 y n., 220, 224.
 Gelman, Juan: 34 n., 58, 60 y n., 61 y n., 63 y n., 101 n., 102, 184 n., 185, 226 n.
 Gelman, Marcelo: 228.
 Gerchunoff, Pablo: 46 n., 73 n.
 Getino, Octavio: 60 n.
 Ghioldi, Rodolfo: 45.
 Gillone, Alicia: 35 n., 66, 68.
 Giudici, Ernesto: 38, 60, 76 n.
 Goldemberg, Carlos: 35 n., 68, 229 y n.
 Goldemberg, Isabel: 35 n., 68 y n.
 Goldemberg, Liliana: 35 n., 68.
 Goldemberg, Mauricio: 62 n.
 González Gentile, Juan Carlos: 229.
 González Tuñón, Raúl: 60, 63 n.
 Gorriarena, Carlos: 60 n.
 Grabois, Roberto: 212, 236.
 Gras, Martín: 119, 220, 224.

- Griffoi, Hugo: 60 n.
 Gruszka, Eva: 35 n., 88.
 Guagnini, Luis: 46 n.
 Guerrero, Luis: 253 n.
 Guevara, "Boxy": 233.
 Guevara, Alfredo: 235 y n., 236-238.
 Guevara, Ernesto "Che": 8, 21, 34 y n., 35, 45, 50, 52 n. 61-62, 63 y n., 64-68, 74, 86 n., 88, 89 n., 90-92, 93 y n., 94, 95 y n., 96, 97 y n., 98 n., 99-100, 101 y n., 102-103, 104 n., 105, 107, 108 n., 109, 111-112, 114, 118 y n., 125, 132 y n., 142 y n., 146, 152, 187, 197, 202-203, 260.
 Guglielmelli, Juan Enrique: 86 y n., 87 n.
 Guido, José María: 53, 57.
 Guillán, Julio: 211.
 Güiraldes, Juan José: 86 y n.
- Habegger, Norberto: 207.
 Haidar, Ricardo René: 201, 248 n.
 Harizpe, Guillermo: 60 n.
 Helman, Alfredo: 35 n., 42 n., 66 y n., 67 n., 68, 100, 101 y n.
 Hernández Arregui, Juan José: 74 n., 77 n., 81, 82 n., 86, 147.
 Hernández, Mario: 204.
 Hobert, Carlos Alberto: 255 n.
- Illia, Arturo: 44, 47, 50, 55-57, 63, 128, 198 n.
- Jaime, Armando: 54 n., 232.
 Jáuregui, Emilio: 52, 54, 57-58, 59 y n., 98.
 Jaureche, Arturo: 77 n., 79 n.
- Jensen, Eduardo: 119, 229.
 Jonch, Juan: 40 y n.
 Jozami, Eduardo: 34 n., 35 n., 41, 45 n., 46 n., 52 y n., 54 y n., 55-57, 58 n., 59 y n., 64, 65 y n., 68, 98 y n., 99 y n., 100 n., 101, 103, 131.
 Juárez, Nemesio: 60 n.
- Kein, Víctor Hugo: 119, 229-230.
 Kohon, Alfredo Elías: 119 y n., 201, 221, 224, 248 n.
 Koncurat, Juan: 118, 119 y n., 235 n., 237.
 Koncurat, Mario Lorenzo: 119 y n., 138, 234 n.
 Kurlat, Marcelo: 32 n., 35 n., 66 y n., 100, 203 n., 224, 229.
- Lamborghini, Osvaldo: 53-54, 59 y n.
 Langarica, Antonio: 226 n.
 Lanusse, Alejandro: 14, 22, 144, 158, 159 y n., 161-162, 163 y n., 167, 175, 195, 204 n., 209, 230, 239, 242, 246, 253, 263.
 Latendorf, Abel Alexis: 38 n., 39 n.
 Latorre, Antonio Nelson: 226 n., 229.
 Lavalle, Graciela: 234 n.
 Lavergne, Néstor: 28 n., 63, 98 n.
 Lencinas, Antulio: 235-237.
 Lenti, Osvaldo: 221, 231.
 Lerman, Pablo: 73 n.
 Lesgart, Susana: 220 y n., 248.
 Levenson, Alejo: 32 n., 35 n., 42 n., 66 y n., 67 n., 100, 106 y n., 107, 224 y n.
- Levenson, Bernardo: 226 n.
 Levenson, Gregorio: 42 n., 66 n.
 Levingston, Roberto: 122 y n., 123, 124 n., 143, 158.
 Lewinger, Arturo: 7, 16, 32 n., 35 y n., 70, 73 y n., 78, 79 y n., 80, 83, 85, 88, 98, 100, 103, 119 y n., 125-128, 133 y n., 188, 224, 229 n., 251 y n., 260.
 Lewinger, Jorge Omar: 15, 35 n., 73 y n., 77-79, 83-84, 85 n., 86, 87 y n., 88-89, 98, 100-101, 119 n., 133-134, 165, 178, 188, 191, 221, 224, 228, 248, 250, 251 n.
 Licastro, Julián: 167, 236, 240.
 Lizarraga, Andrés: 60 n.
 López Aufranc, Alcides: 221.
- Machi, Alcira: 228.
 Machi, Horacio: 228.
 Machi, Susana: 228.
 Maestre, Eusebio: 35 n., 68, 226 n., 229 n.
 Maestre, Juan Pablo: 35 n., 68 y n., 133 n., 138 y n., 147, 203, 204 y n., 224, 231, 234 y n., 235.
 Maggio, Horacio: 233.
 Mainardi, Ricardo: 54 n.
 Malamud, Lidia: 220 n.
 Malter Terrada, Carlos: 86 n.
 Mangieri, José Luis: 58, 60 y n., 61, 63 y n., 64.
 Martínez Agüero, Guillermo: 237 n.
 Martínez Baca, Alberto: 236, 238 n.
 Martínez Novillo, Luis Fernando: 119, 220, 224.
 Martins, Néstor: 202.

- Masetti, Jorge Ricardo: 50, 64 n., 86 n., 145 n., 235, 260.
Mata, Susana: 228.
Matheu, Venido: 53, 54 n., 58.
Maza, Emilio: 98.
Mazzaferro, Lidia: 226 n., 228, 234 n.
Mena, Domingo: 168 n.
Mendizábal, Horacio: 207, 255 n.
Meschiatti, Teresa: 35, 68 y n.
Miguel, Lorenzo: 242.
Misetich, Mirta: 35 n., 68, 203-204, 224.
Moles, Alfredo: 35 n., 66 y n., 67 y n., 68, 100.
Molinete, Eduardo Tomás: 226 y n.
Montes, Roald: 233.
Mor Roig, Arturo: 164, 203 n.
Moreno, Eduardo: 209 n.
Moreno, Julián: 252, 253 n.
Moreno, Nahuel: 72 n., 76 n., 86 n., 96.
Mosse, Miguel Ángel: 241 n.

Nasser, Gamal Abdel: 85.
Navarro, Sabino: 208, 232 n.
Negrín, Manuel: 97, 104, 108 n.
Negro, Raquel: 233.
Ninin, Enrique: 73 n.
Noriega, Mario: 231 y n.

Obeid, Jorge: 241.
Ocampo, Carlos: 228.
Olmedo, Carlos: 7, 16, 28 n., 34, 45, 62-65, 68 y n., 98, 100, 101 n., 103 y n., 106-109, 113, 115-117, 124-125, 130 n., 131 y n., 133 y n., 134-137, 138 y n., 140-141, 144, 147-148, 150, 152-154, 165, 168, 169 y n., 170, 171 n., 172 y n., 175, 176 y n., 177 y n., 178 y n., 179, 184-186, 188, 190, 196-198, 203, 213-214, 217, 219, 221-222, 224, 227, 233-234, 261.
Olmedo, Osvaldo: 35 n., 68 y n., 107 n.
Olmos, Amado: 77 n.
Onganía, Juan Carlos: 34, 53 n., 59, 64, 65 n., 73, 88 y n., 96-97, 118, 121-122, 124 n., 143, 158, 260.
Ongaro, Raimundo: 58, 140, 141 y n., 195, 211.
Onofrio, Norberto: 60 n.
Orellana, Luis: 241 n.
Ortega Peña, Rodolfo: 204.
Ortolani, Luis: 46 n., 52 n.
Osatinsky, Marcos: 7, 32 n., 35 n., 42 n., 66 y n., 67-68, 92 n., 98, 100, 101 n., 103, 106 y n., 117, 120, 125, 127, 165 n., 201, 219, 221, 224, 226, 248, 255 n.
Osinde, Jorge: 241.
Ossorio, Hernán: 241 n.

Páez, Hernán: 229.
Pagés, Guillermo: 228.
Palacio, Sara: 123 n., 202.
Paladino, Jorge Daniel: 143, 155, 159, 161, 163, 167, 168.
Pampillo, Roberto: 35 n., 88, 89 n., 100, 133-134, 165.
Papiol, Ana María: 220 n.
Pardo, Héctor Pedro: 119, 220, 224.
Pastoriza, Lila: 34 n., 45 n., 46 n., 64-65, 68, 99-100, 103 n.
Patrich, Nora: 228.
Paz Berlín, Sergio: 35 n., 68, 229 y n.

Peña, Daniel: 235 y n., 238.
Peña, Milcíades: 74 n.
Peralta, Amanda: 106 n., 211 n., 220 n.
Perdía, Roberto Cirilo: 254, 255 y n.
Peredo, Guido Álvaro "Inti": 8, 35, 68, 102, 103 y n., 104-105, 107 y n., 112, 125, 188 n., 196, 260.
Peredo, Osvaldo "Chato": 107 y n., 188.
Peressini, Raúl: 221.
Pereyra Rossi, Carlos: 229 y n.
Pérez Betancourt, Carlos: 97.
Perón, Eva: 62, 63 n., 166 n., 202 y n., 206, 218, 227-228, 230.
Perón, Juan Domingo: 16-17, 20-22, 39 n., 40 n., 56 y n., 62, 80, 101, 113, 115, 132, 135 y n., 136-139, 141 y n., 142-143, 152, 154 n., 155, 158-164, 165 y n., 166 y n., 167 y n., 169 n., 175, 180, 182-184, 190 y n., 198 n., 204, 210-212, 214, 216-217, 229 n., 234-235, 237-247, 248 y n., 249-250, 251 y n., 252, 253 n., 254, 262-263, 265-267.
Perón, María Estela Martínez de (Isabelita): 14, 168, 198 y n., 241.
Peyrou, Alejandro: 209 n.
Piazza, Rino: 235 y n., 237.
Piera, Alberto Julián: 108 n.
Piñeiro, Manuel: 67 n., 100.
Piriz, Luis: 35 n., 73 n., 86 n., 88, 89 n., 100.
Plaza, Ramón: 60 n.
Podestá, Jerónimo: 120.
Pomer, León: 60 n.

Portantiero, Juan Carlos: 39, 44, 46 y n., 47, 48 y n., 51, 52 y n., 54 n., 58 y n., 61 n., 114, 149 n., 185 n.

Puente, Ricardo: 97, 107 n.

Puiggrós, Rodolfo: 39 n., 74 y n., 75, 77 n., 81, 82 y n., 86, 147, 170, 171 n., 236.

Pujadas, Mariano: 248 n.

Quieto, Roberto: 7, 16-17, 32 n., 34 n., 35 n., 41, 45 n., 46 y n., 51-52, 54 n., 58 y n., 59, 64-65, 98, 99 n., 100, 106, 117, 133 n., 136-137, 138 n., 165 n., 196, 201, 203, 219, 224, 248, 251 n., 255 y n., 260. Quiroga, Beatriz: 229. Quispe, Antonio: 229, 231 y n.

Rabey, Mario: 73 n., 85 n.

Rabinovich, Elsa: 66 n.

Racchini, Juan: 40 n.

Ramírez, Roberto: 52 n.

Ramos, Jorge Abelardo: 39 n., 74 n., 75, 76 n., 81, 86, 88 n.

Ramus, Gustavo: 98, 120, 208, 227.

Raschella, Roberto: 60 n.

Rearte, Gustavo: 53, 54 y n., 98, 101 y n., 235.

Reyna, Jorge Emilio: 234 n.

Richard, Nixon: 105.

Rieznik, Uriel: 119, 229.

Rivas, "Pancho": 233.

Revelli-Beaumont,

Luchino: 221-222.

Rivera, Andrés: 58, 60 n., 61, 63 n., 64 n.

Rizzo, Héctor: 229.

Roberts, Milton: 58.

Rockefeller, Nelson: 105.

Rodrigo, Ricardo: 97 y n., 98, 103 y n., 104 n., 105 n., 107.

Rodríguez, Enrique: 46 n.

Rojas Silveyra, Jorge: 234.

Roqué, Juan Julio: 118 y n., 119 y n., 137, 193, 220, 224, 232, 234 y n., 255 n.

Rosas, Carlos Jorge: 86 y n.

Rucci, José Ignacio: 168, 174, 234, 241 n., 242, 251.

Rulli, Jorge: 235.

Saavedra Lamas, Fernando: 207, 213.

Sabelli, María Angélica: 35 n., 68, 248.

Sala, Néstor: 119, 229, 230.

Salame, Ismael: 196 n., 241 n.

Salinas, Juan: 228.

Salinas, Walter: 235 y n., 237, 238 n.

Sallustro, Oberdam: 234.

Sánchez, Juan Carlos: 169 n., 234 y n., 249.

Sánchez, Waldemar: 122.

Sanmartino, Julio Ricardo: 220, 234.

Santucho, Roberto: 168 n., 169.

Savransky, Alberto Simón: 119.

Selser, Jorge: 251.

Semán, Elías: 50 n., 51 n.

Sendic, Raúl: 188.

Serrano, Oscar: 108 n.

Serú García, Alberto: 198 y n.

Sidicaro, Ricardo: 70 n.

Sinigaglia, Roberto: 204.

Slutzky, Samuel: 98, 106 n.

Solano Lima, Vicente: 251.

Solari, Ana María: 220.

Solarz, Sara: 35 n., 66 y n., 67 y n., 92 n., 100, 136-137, 208, 224, 229, 232-233.

Soler, Juan Marcelo: 209 n.

Sosa, Juan: 229.

Spangaro, Néstor: 46 n.

Speroni, José: 72 n.

Spina, Héctor: 235.

Stamponi, Luis: 97, 101 n., 103.

Starita, Carlos: 229, 231.

Stenfer, Gustavo: 226 y n.

Streger, Eduardo: 97, 108 n.

Sulling, Fernando: 124 n.

Surballe, Faud: 235, 237.

Szpunberg, Alberto: 63 n.

Tamburrini, Guillermo: 97.

Tandeter, Enrique: 46 n., 73 n.

Tarsitano, Carlos: 73 n.

Terán, Oscar: 34 n., 45 n., 61, 62 y n., 63-65, 100 y n.

Tolschinsky, Bernardo Daniel: 226.

Torre, Juan Carlos: 46 n.

Torres, Camilo: 95, 98, 120.

Torres, Roberto Miguel: 235 y n., 236 y n., 237-238.

Torres Molina, Horacio: 70 n., 72 n., 81 n., 98.

Tosco, Agustín: 118.

Turcios Lima, Luis: 95.

Ure, Alberto: 70 n.

Urien, Julio César: 251 n.

Urondo, Claudia: 35 n., 68, 234 n.

Urondo, Francisco: 60 n., 68, 130 n., 150, 184 n., 185, 226 n., 229 n., 234 n., 238.

Vaca Narvaja, Fernando: 220 y n., 232, 248.
Vallés, Susana: 60 n.
Vallese, Felipe: 53 n., 132, 154.
Valotta, Mario: 53 n.
Vargas Álvarez, Jorge: 203 n.
Vázquez, Fabio: 95.
Vega, Héctor: 73 n.
Velasco Alvarado, Juan: 156 n.
Vélez, Ignacio: 119 n.
Verd, Marcelo: 97-98, 103, 123 n., 202, 203 y n., 236.

Verdinelli, Néstor: 98, 106 n., 211 n.
Villafañe, Javier: 60 n.
Villaflor, José Osvaldo: 216-217.
Villaflor, Raimundo: 98, 209 n., 211 n.
Villagra, Agustín: 106 n., 119, 120 n., 221, 224.
Villagra, Nélida: 106 n., 119.
Villalón, Héctor: 53 n., 54 n.
Villanueva, Ernesto: 209 n.
Villegas, César Albistur: 77 n.

Viñas, Ismael: 39 n., 52, 58 n., 74 n., 88 n.
Viñas, María Adelaida: 35 n., 68.
Walsh, Rodolfo: 59.
Weissen, Ana: 226 y n.
Yäguer, Raúl Clemente: 255 n.
Yofre, Gabriela: 234 n.
Yon Sosa, Marco Antonio: 95 n.
Zaffora, Roberto: 229.
Zárate, "el mudo": 235, 239.